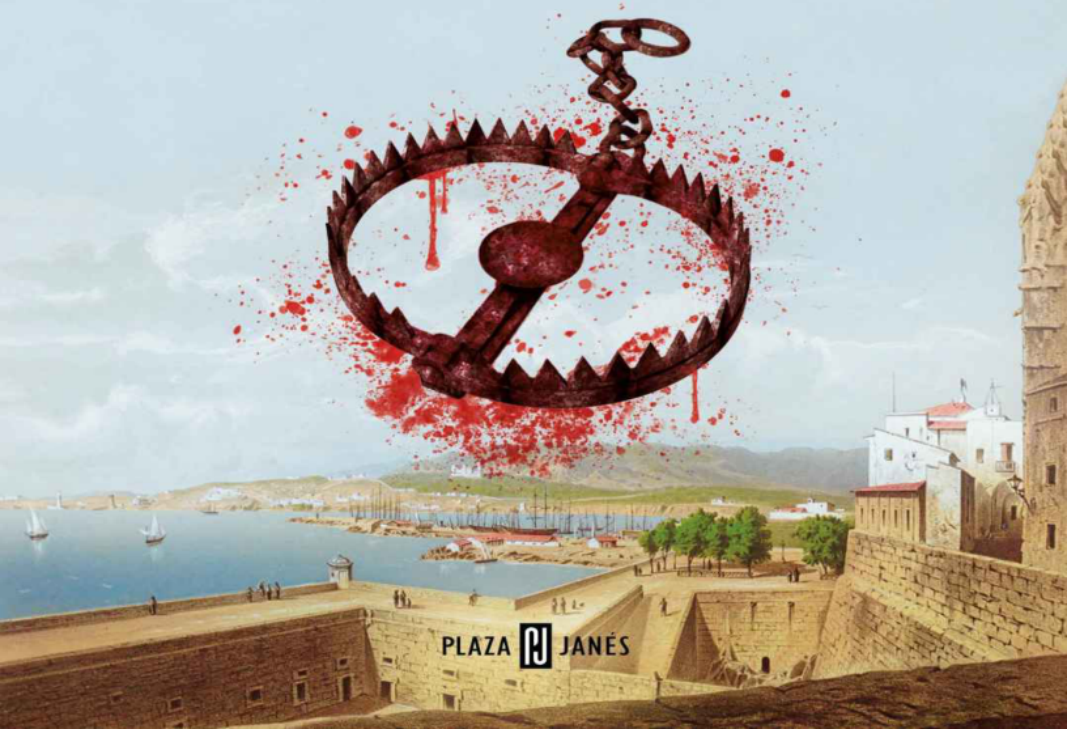
TONI MONTSERRAT

MALA MAR

Un asesinato brutal sacude la Mallorca de 1866.
Los protagonistas de Isla negra afrontan un nuevo caso.



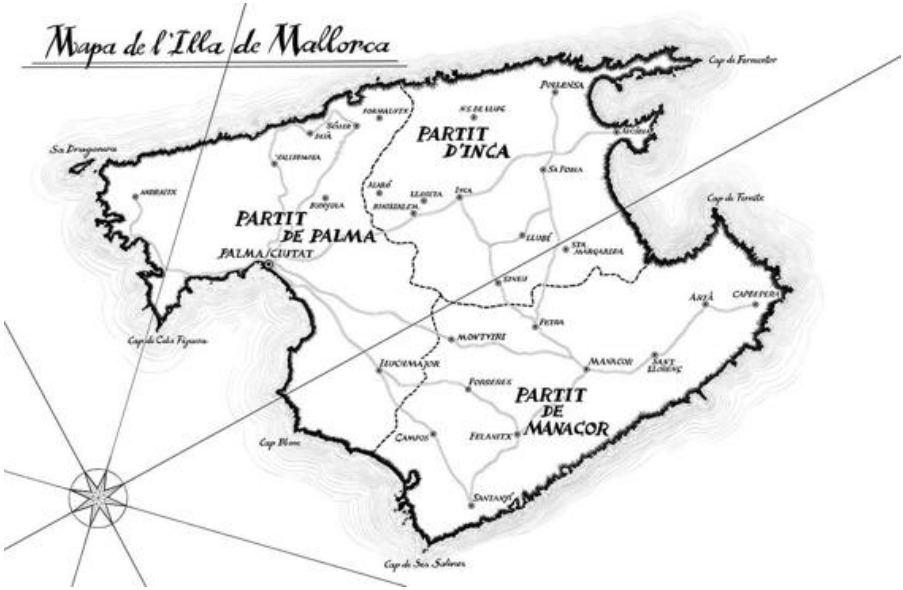
PLAZA JANÉS

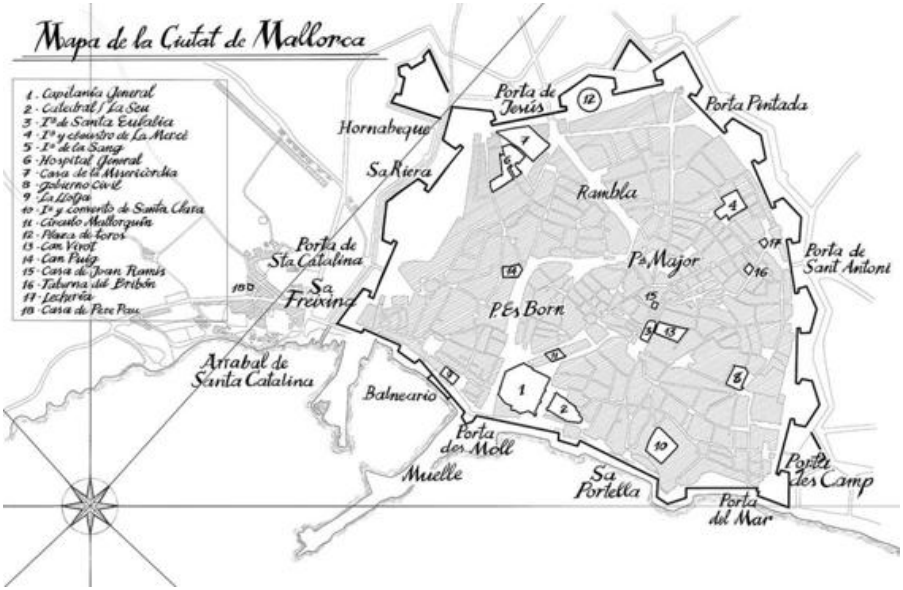
TONI MONTSERRAT

MALA MAR

PLAZA JANÉS

A mi madre,
porque la recuerdo y la sigo queriendo


Mapa de l'Illa de Mallorca
Cap de Formentor
Pollensa
Formalutx
N.S. de Lluc
Sóller
Deià
Sa Dragonera
Valldemosa
PARTIT D'INCA
Sa Pobla
Andratx
Alaró
Lloseta
Inca
Binissalem
Binyola
PARTIT DE PALMA
Llubí
Sta Margarida
Cap de Ferrutx
Palma Ciutat
Sineu
Ariá
Capdepera
Petra
Cap de Cala Figuera
Montuiri
Lluchmajor
Manacor
Sant Llorenç
Porreres
PARTIT DE MANACOR
Campos
Felanitx
Cap Blanc
Santanyí
Cap de Ses Salines


Mapa de la Ciutat de Mallorca
1. Capellanies General
2. Catedral / La Seu
3. Iº de Santa Eulalia
4. Iº y cloustro de La Merced
5. Iº de la Sang
6. Hospital General
7. Casa de la Misericòrdia
8. Gobierno Civil
9. La Llotja
10. Iº y convento de Santa Clara
11. Circulo Mallorquín
12. Plaza de toros
13. Can Virot
14. Can Puig
15. Casa de Joan Ramis
16. Taberna del Bribón
17. Lecturería
18. Casa de Pere Pau
Hornabeque
Porta de Jesús
Porta Pintada
Sa Riera
Rambla
Pº Major
Porta de Sta Catalina
Sa Freixina
Porta de Sant Antoni
Pº Es Born
Arrabal de Santa Catalina
Balneario
Porta des Moll
Muelle
Sa Portella
Porta des Camp
Porta del Mar

Prólogo

Huye

Teresa

La mujer clavaba la estaca en su propio cuerpo con fuerza, en el costado derecho, a la altura del corazón. Una mueca contraía su rostro, que reflejaba el dolor y la angustia que la habían llevado a cometer aquella acción desesperada. Le habían explicado que se llamaba Lucrecia, que había sido violada por el hijo de un rey de Roma y que, después de confesar la vejación a su marido, había preferido suicidarse antes que seguir viviendo con el tormento y la vergüenza sufridos.

Teresa tragó saliva, dio unos pasos atrás y deslizó la mirada, hipnotizada, hacia otra de las macabras figuras que decoraban las ventanas de Can Catlar y que tanto la fascinaban; esta representaba a un inquietante hombre barbudo con enormes pechos femeninos que contemplaba desde lo alto el destino de los mortales que transitaban bajo sus pies. El hombrecillo parecía preguntarse qué hacía una mujer sola en la calle una noche de locura como aquella.

—No es de tu incumbencia —dijo Teresa en voz alta.

Un coro de risas provenientes de la plaça del Temple la trajo de vuelta al mundo real, aquel del que debía guardarse de verdad. Dos enmascarados con capas negras aparecieron por el otro extremo del carrer del Sol y se encaminaron hacia ella. Aquello no le gustó. Se olvidó de las amenazantes esculturas, torció por el carrer de la Criança y se dirigió hacia el antiguo convento de los jesuitas y la iglesia de Monti Sion.

No quería llegar tarde, por eso había salido apenas terminados sus

quehaceres. Se planteó que quizá fuera demasiado temprano y valoró la posibilidad de regresar al casal para hacer tiempo. Todavía estaba cerca. Sin embargo, lo descartó. Si iba con cautela no tenía de qué preocuparse.

Dejó atrás la recargada fachada de Monti Sion y se deslizó por el carreró del Vent, donde, como de costumbre, sintió la brisa del puerto y el aroma salado del mar. Apoyó la mano en las piedras del ábside de la iglesia, erosionadas y ennegrecidas por el paso de los siglos. Le llegaron risas lejanas y el rasgueo ligero de una guitarra acompañada por una voz afligida.

La luz del día se desvanecía en aquella primera noche de carnaval que, una vez superado el azote de la epidemia, los palmesanos acogían con alegría y necesidad. El *dijous llarder*, el jueves lardero, de 1866 sería una fecha para recordar.

La historia de Lucrecia le había recordado la violación sufrida años atrás por una amiga, apenas una adolescente, en las fiestas del pueblo. No solo no se identificó al agresor ni se impartió justicia, sino que, además, la joven quedó marcada por el juez más implacable: sus propios vecinos y familiares, que a partir de entonces no podían referirse a ella sin mencionar el «triste incidente» y lamentar que, mancillada, la muchacha ya no podría encontrar un marido digno.

Fue ese hecho el que terminó de convencer a Teresa de que, en cuanto tuviera ocasión, huiría de ese pueblo a las faldas de la sierra y marcharía a Ciutat para abrirse camino y labrarse un porvenir alejada del control asfixiante y de las murmuraciones de sus allegados. Y allí estaba, construyendo su destino, decidida, sola y, sobre todo, viva después de sortear la primera gran prueba que había debido afrontar en la capital: una terrorífica epidemia de cólera morbo asiático. Casi dos mil personas, en su mayoría mujeres jóvenes, habían muerto por aquella plaga maldita a la que ella, afortunada, había sobrevivido.

Recordó adónde se dirigía y que aquella noche debía ser especialmente discreta. No podía cometer errores estúpidos que lo estropearan todo.

Giró por la calle del Beato Alonso en busca de la de Portella, que conducía a una de las puertas de las murallas. Aquel tramo estaba

desierto, y en ese momento solo le llegaba, más allá del ronroneo gatuno de la ciudad, el cantar melifluo de las monjas de Santa Clara.

Alcanzaba la esquina de Can Fonollar cuando dos calaveras se abalanzaron sobre ella. Teresa dio un paso atrás y ahogó un grito de pánico. Uno de sus atacantes era grande; el otro, inmenso. Vestían sacos de un tejido tosco, llevaban las piernas desnudas y sucias, los pies descalzos y en los rostros, medio cubiertos por capuchas de la misma tela, sendas calaveras de cerdo con quijadas de caninos largos y retorcidos.

Asomaron las lenguas por debajo de las mandíbulas y se echaron a reír.

Teresa sintió que el corazón se le escapaba por la boca.

—¡Apartaos! —bramó, empujando con todas sus fuerzas al que tenía más cerca.

No lo movió.

Intentó rodearlos, pero el más alto la asió del brazo. Tenía la mano húmeda y la voz pastosa. Apestaba a una repugnante mezcla de sudor rancio y alcohol barato.

Chilló, se revolvió y se liberó de la zarpa.

—¿Por qué no vienes con nosotros? Pasaremos un buen rato juntos —propuso el otro intentando volver a agarrarla.

—Dejadla en paz.

La voz surgió de un portal cercano en el que se distinguía, entre las sombras, la silueta de un hombre que les daba la espalda. El sonido, una especie de zumbido agudo y constante, no dejaba lugar a dudas respecto a su ocupación: estaba orinando.

Teresa aprovechó el despiste de los hombres para echar a correr, pero solo pudo dar un par de zancadas antes de trabarse. Estuvo a punto de caer.

—¡Eh! —reaccionó el gigante—¿A dónde vas?

Se levantó la falda y las enaguas por encima de las rodillas y se lanzó calle abajo cuando ya podía oler el aliento fétido de sus perseguidores. Abrió la boca para gritar, pero el esfuerzo de la carrera no se lo permitió. Necesitaba encontrar a alguien que la socorriera. La ciudad estaba a reventar, pero justo ahora que precisaba de algún ser

humano no se cruzó con nadie. Los balcones de hierro forjado y las señoriales tribunas también estaban vacíos.

Escuchó el repiqueteo de pasos rebotando en las paredes y apretó todavía más el ritmo. No podía perder ni un segundo en comprobar si se trataba o no del eco de sus propias pisadas. Trató de pensar a dónde ir, pero con el corazón latiéndole en la garganta no resultaba sencillo.

Entonces resonó en su cabeza, con total claridad, la advertencia de una voz femenina que tanto podía pertenecer a Lucrecia como a su amiga mancillada:

—¡Huye, Teresa, huye por tu vida!

PRIMERA PARTE

1

Ciutat

Guasch

El sol tocaba en retirada y empezaba a teñir el cielo con un caleidoscopio de colores. Un par de criados uniformados encendían aupados en sendas escaleras los faroles del *clastra*, el enorme patio rectangular alrededor del cual se distribuían las dependencias principales de la *possessió* de Son Armadans.

Marc Guasch y su hermano Claudio, vestidos de etiqueta, departían frente a la puerta de entrada de la *casa des senyors* en presencia de Xisco, el cochero de pelo entrecano y orejas protuberantes que los llevaría a Ciutat. Habían llegado a la isla la noche anterior en el flamante vapor Mallorca procedentes de Barcelona en compañía de Lucía, la esposa de Guasch desde hacía casi un año, y de Apolonia, la mujer mallorquina de Claudio. El propósito de aquella visita no era otro que pasar un par de semanas disfrutando de las bondades de la mayor de las Baleares, después de verse obligados a anular el viaje del verano anterior debido al terrible brote de cólera que había azotado la isla.

La familia de Apolonia pertenecía a una importante estirpe de la aristocracia local desde que en 1618 Felipe III otorgara el título de marqués de Bellpuig a Albertín Dameto en el antiguo Ducado de Milán. De hecho, los suegros de Claudio pertenecían a una de las nueve grandes familias, *ses Nou Cases*, que en el siglo XVIII habían formado una alianza para, una vez desaparecidas las instituciones del antiguo reino de Mallorca, seguir monopolizando el poder, reforzar sus economías y afianzar la causa felipista, reduciendo el riesgo de

que la pequeña nobleza local apoyara al archiduque Carlos.

A mediados del pasado mes de agosto, al igual que la práctica totalidad de hacendados de Palma, los marqueses y sus hijos habían abandonado la villa y huido del contagio para refugiarse en Son Armadans, una de sus numerosas propiedades y que, colindante con el castillo de Bellver, se contaba entre los más privilegiados predios de los alrededores de la capital.

Pese a que la epidemia se había dado por extinguida oficialmente a finales de noviembre, apenas dos meses atrás, los padres de Apolonia, Francisco de Rocabertí-Boixadors Dameto y Margarita de Verí i Salas, no se habían atrevido todavía a regresar a su palacio en la plaça de la Constitució, una céntrica plaza al final de un paseo llamado es Born. Sus hijos Antonio y Tomàs, «despreocupados como todos los jóvenes», hacía semanas que se habían mudado a Ciutat y llevaban una vida normal. La otra hermana de Apolonia, Joana-Adelaida, vivía en un palacio cercano con su marido, también un aristócrata e integrante de otra familia perteneciente a una de las *Nou Cases*.

La temperatura de principios de febrero era fresca, aunque no demasiado. Comparado con el frío gélido que habían dejado en Madrid, podría incluso decirse que el ambiente era agradable.

Guasch observó el *portal forà*, la entrada principal del patio por la que ahora salían varios miembros del servicio cargando los restos de las grandes ensaimadas de *tallades* con que los señores, siguiendo la tradición, les habían obsequiado aquella jornada señalada; paseó la mirada por la explanada y la posó en la torre rectangular que se elevaba en uno de los ángulos y adosada a la cual se había construido otra más estrecha y más alta de forma circular.

—Son Armadans se construyó hace siglos —explicó Xisco, advirtiendo su interés—. Mi padre es el actual *amo*, y antes que él lo fue su padre, *es pradí*. Trabajamos para los marqueses de Bellpuig desde hace muchas generaciones.

—Estar al servicio de unos señores es formar parte de una gran familia —aclaró Claudio, que, después de tanto tiempo con Apolonia, conocía bien la idiosincrasia mallorquina.

—Pensaba que *l'amo* era el propietario.

—Aquí es quien arrienda y explota las tierras de la *possessió*, y su mujer, la *madona*, la encargada de organizar la *casa des senyors* y…, ¡ah!

Claudio levantó una ceja e hizo un gesto con la barbilla.

—Ya están aquí las reinas de la noche.

Xisco envaró la pose, hizo una reverencia rápida y se lanzó hacia el carruaje para abrir la puerta.

Guasch se dio la vuelta y contempló cómo su cuñada y su esposa salían al patio. Ambas iban ataviadas para la ocasión, un baile de disfraces que, con motivo del carnaval, organizaban los socios del Círculo Mallorquín, la sociedad de recreo de referencia de la clase media y alta local así como la de aquellos aristócratas que preferían el dinamismo de esa institución a la rigidez y el encorsetamiento del Casino Palmesano. Apolonia había optado por un vestido de Reina de las Hadas de un brillante color celeste y Lucía había escogido un favorecedor pero menos pomposo disfraz de Colombina blanco que se había hecho confeccionar en París y que tocaba con un elegante sombrero triangular que completaba el conjunto. Las dos, al igual que sus maridos, lucían máscaras de terciopelo a juego con sus vestimentas. Los padres de Apolonia habían declinado la invitación a última hora aduciendo una repentina y poco creíble indisposición del marqués.

Guasch miró a su esposa embelesado, consciente de lo extraordinario que era tenerla cerca y poder disfrutar de su compañía. Cierto que él, gracias a un acuerdo con el director de su unidad policial, podía desplazarse cada dos meses a París, donde Lucía era una de las contadas mujeres que estudiaba la carrera de medicina, pero los días sin ella eran monótonos y transcurrían despacio, mientras que los pocos que tenían la suerte de compartir se escabullían como granos de arena fina entre los dedos. Aquella expedición a Mallorca era un hecho ilusionante y excepcional. De hecho, al margen de alguna que otra escapada corta, era la primera vez que viajaban juntos por placer.

Lucía y Guasch se habían conocido durante un caso que lo había llevado a Ibiza un par de años atrás en una investigación en la que,

además de resolver un crimen complejo y cerrar viejas heridas familiares, había encontrado el amor. Y es que la vida, caprichosa e injusta, pero en ocasiones también genial, tiende a veces emboscadas inesperadas y fascinantes. Como aquella.

La vio por primera vez en una cena en la residencia del gobernador de Ibiza. Hija de un reputado cirujano, Lucía se había presentado allí en busca de su progenitor para que asistiera un parto difícil; la anfitriona de la casa y el propio Guasch se las habían apañado para que la joven permaneciera en el ágape y, una vez concluido, la acompañó a su casa. Fue allí, en pleno paseo por la fría y estrellada noche ibicenca cuando, para su sorpresa, descubrió a un ser admirable que estudiaba medicina en París, que devoraba libros con pasión y que era inteligente, ocurrente, libre y valerosa. Él había tardado un suspiro en caer rendido a sus pies y ella, según averiguó después, tampoco necesitó demasiado para prendarse de él. Todavía no acertaba a comprender por qué.

Lucía aceptó la mano que le ofrecía y se dejó guiar hacia el ómnibus.

Guasch admiró el cabello oscuro recogido en un juego de trenzas, el cuello delicado, los ojos color almendra y su habitual expresión resuelta. Se dijo una vez más que le fascinaba aquella mujer, y que si era cierto aquello de que el amor se basa en la admiración, entonces él debía de amarla con locura.

—Está usted preciosa esta noche, madame Lequerica.

—También usted se deja mirar, monsieur Guasch —respondió ella, guiñándole un ojo.

Una vez instalados en el espacioso compartimento del carruaje, Xisco cerró la portezuela, subió al pescante y arreó a la caballería. Los cuatro corceles arrancaron sin dilación.

Pasaron frente a la fachada principal, donde se dejaron seducir por el embriagador perfume de las adelfas, el agradable sonido del agua de la fuente y la visión de una palmera de fuste infinito similar a las que, según el cochero, tenían muchas *possessions* grandes y que permitían localizar la casa desde cualquier posición.

Enfilaron el camino que cruzaba la propiedad, costeado por árboles

de troncos robustos y copas frondosas, mientras Apolonia aprovechaba para contar la leyenda de los Armadans.

—A finales del siglo XV una criada de la familia Spanyol, siguiendo la tradición carnavalesca de la época, lanzó una jarra de agua sobre un caballero que pasaba bajo su ventana y que resultó ser Jaume Armadans, quien, muy enfadado, entró en la casa y azotó a la joven en presencia de la señora.

—Vaya genio… —dijo Guasch.

—Cuando el marido, Pere Spanyol, llegó a casa, se sintió muy ofendido y quiso vengarse asaltando la morada de los Armadans…

—Pero no lo hizo —interrumpió Claudio.

—Te equivocas, ya lo creo que lo hicieron. Acuchillaron a Jaume, hirieron gravemente a su esposa y también a un primo suyo. La cuestión es que, si antes ya existían diferencias entre ellos, a partir de ese hecho las dos familias quedaron definitivamente enfrentadas, y el día de difuntos del año siguiente, en la iglesia de Sant Francesc, se desencadenó una batalla campal entre trescientos caballeros de ambos bandos. Dicen las crónicas que no hubo muertos, pero sí infinidad de heridos de distinta gravedad y condenas severas para muchos de ellos.

—Que en bastantes casos no fueron aplicadas…

—Querido, déjame terminar de contarlo a mí, que tú te dispersas —se quejó la Reina de las Hadas—. La estirpe de los Armadans desapareció un siglo después, cuando, según se cuenta, solo quedaban dos niños huérfanos y un esclavo pagado por los Spanyol los arrojó desde lo alto de esta torre y los mató.

—Recuerdo que ya nos habías contado este relato —comentó Lucía —, pero escucharlo aquí hace que adquiera una perspectiva mucho más…, ¿cómo diría?

—¿Siniestra? —propuso Guasch.

Apolonia posó los ojos en su cuñado.

—En aquella época, la gente era poco remirada. ¡Me dan escalofríos solo de pensarlo!

—Querida, Marc ha visto de todo en su trabajo, y conoce mejor que nadie la maldad que anida en el corazón de las personas —dijo Claudio sin dejar de mirar a poniente, como si quisiera guardar en su

retina la belleza de las últimas luces de aquel día especial—. Para él, cualquier comportamiento humano entra dentro de lo posible.

—Lo mismo podría afirmar yo de ti. ¿O vas a negar que las Cortes de Madrid no están repletas de desalmados sin escrúpulos capaces de todo con tal de lograr sus objetivos?

Claudio se volvió, ahora sí, y lo señaló con el dedo.

—*Touché,* hermanito.

Rieron.

Aquel apelativo era una broma habitual que venía a ironizar sobre sus físicos dispares; en contraposición con Guasch, Claudio era bajo de estatura, de constitución más robusta y lucía el pelo canoso desde temprana edad, algo que, según resaltaba él a menudo, era «del todo apropiado para cualquier político que quisiera hacerse respetar».

Guasch notó una sensación que, a pesar de no ser del todo extraña, tampoco era habitual: una dicha completa ante la perspectiva de aquel viaje extraordinario con su mujer y en compañía de su hermano favorito.

La madre de Guasch había fallecido durante su alumbramiento en una casa perdida en medio del campo ibicenco. Su padre biológico, un hombre duro que ya contaba en aquella época con un batallón de hijos, lo entregó en adopción a las pocas semanas de nacer a su próspero socio en el negocio del contrabando y gran amigo, Gaspar Tur, un antiguo campesino de Ibiza mudado a la costa valenciana, de mente brillante y ambición desmedida que, entre sus numerosas virtudes, no contaba con la capacidad de engendrar descendencia. Por eso adoptó cuatro niños, siendo Guasch el mayor de ellos, seguido por Hugo, Diego y Claudio. Mientras los dos primeros hacía tiempo que daban continuidad a la gestión de los numerosos, rentables y variados negocios familiares, legales e ilegales, Claudio, el menor, siguió la carrera política que su progenitor había iniciado tiempo atrás como diputado en las Cortes y para la que demostraba tener un afilado talento. Guasch rompió los esquemas de su padre adoptivo y, tras una larga controversia, abandonó el paraguas familiar en busca de su propio camino, que no resultó ser otro que el de policía, para sorpresa de todos. Primero, en una unidad urbana en Madrid, y después en un

grupo de nueva creación formado por una pequeña élite de investigadores que dependía del director de la Guardia Civil, pero que actuaba con total independencia de esta: el Cuerpo de Investigación del Crimen. Y allí permanecía casi un lustro después, disfrutando de los retos constantes que le ofrecía su trabajo y resolviendo la mayoría de los misterios y crímenes a los que se enfrentaba.

Inspiró y expulsó el aire fresco del atardecer. Como Claudio, continuó absorbiendo la grandiosidad del espectáculo que se le brindaba.

Palma o Ciutat, como la llamaban los autóctonos, se ubicaba en un valle ondulado a levante, envuelta en una zigzagueante estructura amurallada de la que sobresalían, como alfileres de piedra, los torreones de las numerosas iglesias que poblaban su interior. La catedral de la diócesis mostraba apenas un amago de su esplendor por culpa del aparatoso andamio de madera que cubría la fachada y cuya reforma dirigía un conocido suyo, el arquitecto madrileño Juan Bautista Peyronnet. La Seu lucía contundente en su privilegiada posición junto al mar y frente al palacio de la Capitanía General o la Almudaina, antigua residencia de los reyes de Mallorca. A sus pies, un par de finas lenguas de tierra se adentraban en la bahía para dar cobijo a un enjambre de embarcaciones de vela latina que, pese al resguardo, subían y bajaban con cada latido de aquel mar picado y centelleante. Los rayos luminosos del sol se proyectaban sobre el lateral del lienzo amurallado, refulgiendo en un intenso color anaranjado.

—Imagino —dijo Apolonia, tan ceremoniosa como desvergonzada —, que emplearéis estos días de tranquilidad para buscar un primito con el que puedan jugar nuestros hijos, ¿verdad? Ya empieza a ser hora…

Claudio puso los ojos en blanco.

—Me temo —respondió Lucía—que la búsqueda empezará, como muy pronto, el verano que viene, cuando por fin termine mis estudios.

—¡Me cuesta creer que tu formación esté por encima de la satisfacción de ser madre! ¿Dónde se ha visto?

Lucía advirtió la mirada de Guasch. Ambos conocían lo suficiente a

su cuñada para saber que, a pesar de sus ideas tradicionales y sus palabras directas, hablaba sin maldad y desde la confianza y el cariño que les profesaba a ambos.

—Reconozco que, por desgracia, «se ha visto» en pocos sitios, Polita, porque apenas somos un puñado de privilegiadas las mujeres que en todo el continente podemos cursar estudios universitarios. Y créeme si te digo que esta vez no estoy dispuesta a desaprovechar la oportunidad.

Apolonia chascó la lengua, como si su cuñada fuera un caso perdido.

El carruaje terminó de descender la leve pendiente de la colina para alcanzar la bahía e incorporarse, traqueteando, al camino de Portopí, repleto de personas disfrazadas que se dirigían alegres a Ciutat. Hombres cubiertos con pieles de animales y niños con el rostro tapado por sacos agujereados se apartaban para cederles el paso y, cuando el coche les alcanzaba, saludarles con efusión. Aquella era la magia del carnaval, de un pueblo deseoso de divertirse y que al mismo tiempo se preparaba para soportar la contención y las privaciones que acompañaban al siguiente tiempo de Cuaresma. El Miércoles de ceniza quedaba en aquellos momentos muy lejos en la mente de todos.

Pasaron es Jonquet y el arrabal de los pescadores, coronado por unos pintorescos molinos, y ascendieron por el sendero que se abría en el amplio terraplén de Sa Feixina y desde el que admiraron los arcos del sólido puente de Santa Catalina, iluminado ya por antorchas, que daba acceso a la puerta homónima de la fortificación.

—Durante los terremotos de 1851, muchos vecinos de la ciudad y del arrabal que no querían morir aplastados en sus hogares improvisaron aquí, en chozas y tiendas de campaña, un campamento inmenso. Aunque era una niña, lo recuerdo como si fuera ayer.

—¿También vosotros vinisteis aquí? —preguntó Guasch, cándido.

—¡Oh, no! Nosotros nos trasladamos a uno de nuestros *rafals* de la *part forana*.

—¿Qué es eso?

—Un *rafal* es una finca en el campo de menor tamaño y valor que una *possessió*, y la *part forana* es como llamamos a la zona rural de

Mallorca. Vendría a ser todo lo que no es Ciutat.

—¿Acaso son habituales los movimientos sísmicos en la isla? —se interesó Lucía.

—En absoluto, pero durante aquel año y el siguiente sí fueron numerosos, aunque leves. Más allá de los daños que ocasionaron en La Seu, la Casa de Comedias y un par de edificios más, no hubo grandes desperfectos.

El perfil de la fortaleza parecía no tener fin, y Apolonia explicó, orgullosa, que el contorno tenía seis kilómetros, «como las murallas de Barcelona», y que la mole saliente que se intuía al fondo era el Hornabeque.

—El torrente de sa Riera pasa entre esa estructura y el Baluard de Sitjar —señaló con el dedo cuando cruzaban el viaducto—, y desemboca, por el foso, a los pies del Baluard de Santa Creu, que da al muelle.

Guasch y Lucía iban siguiendo con la mirada los puntos que indicaba su cuñada.

—Me alegra que finalmente hayamos podido venir juntos —reconoció su hermano—, teníamos muchas ganas de mostraros todo esto.

—Y nosotros de que lo hicierais.

Apretó la mano de su esposa, que le correspondió.

Cruzaron la puerta y se adentraron en la urbe.

Las calles estrechas estaban muy transitadas. Los vecinos se apretujaban en los balcones. Las sombras se asomaban por las estilizadas ventanas *coronelles* que se abrían en los antiguos palacios señoriales. La municipalidad había encendido aquí y allá *festers*, unos fogariles altos con una jaula de hierro en cuyo interior se colocaba la leña que había de arder, generalmente grandes trozos de pino resinoso que iluminaban y calentaban a la vez. Todo el mundo iba disfrazado, cada cual a su manera, aprovechando ropa vieja adaptada para la ocasión o vestimentas más elaboradas que podían representar casi cualquier cosa; se veían hombres vestidos de mujer y parejas cogidas del brazo que caminaban exagerando el paso con expresión grave, como si fueran importantes *senyors*; los niños correteaban entre las

máscaras y les tiraban harina, almidón, naranjas o cualquier ingrediente que pudiera ensuciarlos para mofarse de ellos. Los adultos se unían a sus risas y los afectados no se lo tomaban a mal, o al menos no lo demostraban. Unos que entraban en las tabernas con paso firme se cruzaban con otros que salían con andares inseguros.

Entre música y cantos, risas y gritos, el bullicio era abrumador.

Poco a poco el ómnibus se fue abriendo paso y logró alcanzar el final del carrer de Sant Feliu para, a continuación, bajar el último tramo de es Born, iluminado por el fulgor de unas formidables farolas de gas.

En mitad del paseo se levantaba un escenario de madera en el que una banda de música militar tocaba un fandango. Los bailarines se apretujaban a sus pies y danzaban sin apenas espacio para moverse, pero nadie parecía molestarse, todo era alegría, como siempre que una comunidad celebra unida el sacrificio y la superación de un desafío mayúsculo e incierto. Como el cólera.

—Este era el cauce de sa Riera antes de que lo desviaran. Dividía la ciudad en dos haciendo zigzag. —Apolonia señaló la parte que acababan de cruzar y que quedaba a la derecha bajando es Born—. A un lado, la Vila d'Avall, o villa baja, que se corresponde con el distrito de la *llotja* y, hacia levante, la Vila d'Amunt o villa alta, que es el distrito de la catedral.

La estatua de la reina fue testigo silencioso, en la plaza que llevaba su nombre, de cómo el carruaje daba la vuelta a la glorieta y enfilaba la costa de Santo Domingo para por fin detenerse, a mitad de esta, frente a la distinguida fachada del Círculo Mallorquín.

Dos criados se acercaron raudos para abrir la portezuela del coche y ayudarlos a descender.

Los acordes atenuados de la orquesta brotaron del interior del edificio y se mezclaron con la algarabía de la calle. Un corro de curiosos se arremolinó a su alrededor en un santiamén para admirar sus lujosos atuendos.

—Queridos —exclamó Apolonia, espontánea y feliz, colocándose la máscara—: ¡auguro que esta noche será inolvidable!

Iba a acertar de pleno.

2

El baile

Guasch

El director agitó la batuta y la orquesta inició a una nueva mazurca.

Guasch no estaba acostumbrado a trasnochar por asuntos mundanos. Tenía sueño y le dolían los pies de bailar, algo que tampoco solía hacer. Se tapó la boca con el puño y bostezó con disimulo para que el alcalde, don Joan Vanrell, no reparara en la descortesía. El mandamás les había explicado a él y a Claudio que llevaba apenas dos meses en el cargo después de un carrusel de dimisiones que se habían producido durante el cólera, a raíz de la disputa política entre el Consistorio, liderado por el progresista don Miquel Estade, y el Gobierno Civil de la provincia, en manos del ya exgobernador y conservador don Adolfo García de León y Pizarro, marqués de Casa Pizarro, en lo que había sido una réplica a escala local de la agitada vida pública que asolaba el país. Claudio y don Joan habían departido largo y tendido sobre la actualidad de las Cortes de Madrid, en convulsión permanente aquellos últimos años desde la caída de O'Donnell y el fin del gobierno largo de Unión Liberal, debido a la crisis del ferrocarril, la crisis financiera derivada de aquella y la inestabilidad política que caracterizaba el veleidoso reinado de Isabel II y que alcanzaba ya visos dramáticos con sus caprichosos cambios de gobierno. El último pronunciamiento que el general Prim acababa de protagonizar en Villarejo de Salvanés había fracasado unas semanas atrás gracias a que el general Serrano, referente unionista, había logrado que los cuarteles de Madrid no se sumaran a la sublevación provocando que el líder catalán cruzara la

frontera de Portugal ante la aparente desidia de sus perseguidores. Claudio expuso su teoría de que tarde o temprano los progresistas comprenderían la necesidad de buscar el apoyo popular para lograr sus imprecisos objetivos y que, suponía, incluirían en breve la cabeza de la monarca y el fin de la Casa de Borbón.

—Ya verá como esto se va al garete el próximo año de malas cosechas —había augurado su hermano.

Entonces habían iniciado un acalorado debate sobre las causas y las consecuencias de la crisis del ferrocarril del que Guasch se desentendió.

Contempló su propio reflejo en uno de los grandes espejos del salón y reparó en que llevaba el cabello ondulado y oscuro más largo y revuelto de lo habitual; el antifaz negro ocultaba sus ojos pequeños enmarcados por dos frondosas cejas y una nariz recta al tiempo que resaltaba sus labios carnosos y el mentón anguloso e impecablemente rasurado.

Suspiró, cansado, confiando no tener que esperar mucho más para regresar a casa y encontrarse a solas con Lucía para disfrutar de su intimidad.

Una pareja de ancianos vestidos con atuendos medievales se acercó para despedirse. Los asistentes de mayor edad, muchos de los cuales salían por primera vez desde que se decretara el fin de la epidemia, daban la noche por concluida y empezaban a marcharse. Los jóvenes seguían con el ánimo intacto, cuando no enardecido. Su esposa, infatigable, danzaba en ese momento con Tomàs, el hermano menor de Apolonia, junto a otros bailarines camuflados bajo disfraces variopintos.

A Guasch le intrigaban y divertían al mismo tiempo los bailes de máscaras, suponía que como a casi todo el mundo, por el misterio que suscitaba desconocer la identidad de las personas que se escondían tras ellas e, incluso cuando la sabía, por la imposibilidad de intuir los verdaderos estados de ánimo que los antifaces ocultaban.

La fiesta tenía lugar en el salón principal del Círculo Mallorquín, recuperado un par de años atrás después de haber albergado durante casi una década El Coliseo del Círculo, que, a raíz del derribo de la

Casa de las Comedias por los desperfectos sufridos en el último terremoto, se había convertido en el único teatro de Ciutat. Después de una época de funciones variadas, problemas económicos y anécdotas grotescas entre artistas y público, se había decidido que, construido y operativo el Teatro Príncipe de Asturias, ya era hora de recobrar el salón para su propio uso y disfrute. La realidad, sin embargo, había sido muy diferente, y la sala había quedado desmantelada y en desuso hasta que un grupo de socios propuso realizar un pequeño arreglo para poder celebrar, a la espera de una reforma mayor, aquel primer carnaval posterior al cólera. Y así era como lo habían adecentado y adaptado para, pese a las limitaciones, celebrar aquel despampanante baile.

Las arañas señoriales colgaban del techo, y sus cristales tallados refulgían destellos de luz en toda la estancia y en las largas y lustrosas telas con las que habían cubierto los muros altos de aquel espacio majestuoso. Los sirvientes portaban bandejas de plata en las que ofrecían confites, azucarillos, esponjados y demás exquisiteces a los invitados, que picoteaban y charlaban, bailaban y reían a placer, como si el cólera nunca hubiera existido, como si la enfermedad no se hubiera llevado a familiares, amigos, vecinos y criados. Y seguramente así era en la mayoría de los casos, pues los socios del Círculo, que venían a representar la práctica totalidad de la clase acomodada de Ciutat, habían pasado los meses de la epidemia resguardados en alguna de sus propiedades rurales, aireados y alejados del mortal hacinamiento de la ciudad. Pero por mucho que su exposición hubiera sido menos arriesgada y dolorosa que la de las clases populares, también ellos habían sufrido el temor y la incertidumbre y necesitaban ahora olvidar y celebrar haber sobrevivido a aquel periodo fatal.

Guasch, que como siempre sacaba entre media y una cabeza de altura al común de los mortales, paseó la vista por la sala e identificó a varios de los asistentes que, camuflados bajo sus atuendos, le habían sido presentados esa noche: burgueses acaudalados, aristócratas con distinto pedigrí y autoridades políticas, civiles y militares.

Entonces reparó en la presencia de unos sujetos discordantes que trataban de abrirse paso entre aquella fauna ecléctica, un hombre

ataviado con los ropajes de mayordomo del casino, que estiraba el cuello en busca de alguien, y un segundo caballero, detrás de él, enfundado en el uniforme azul de la Guardia Civil que, pese a no portar máscara, lucía una expresión descompuesta que bien podía pasar por la más sofisticada de ellas. Era evidente que aquel singular dueto no iba disfrazado y que sus integrantes eran lo que aparentaban ser. Siguió con la mirada la persona hacia la que se dirigían esquivando invitados y descubrió la figura de un centurión romano rodeada por un corrillo de aduladores. O había una legión romana al completo en la fiesta o aquel era el recientemente relevado gobernador civil de la provincia del que habían estado hablando y a quien horas atrás le habían presentado: don Adolfo García de León y Pizarro.

El debate con Claudio había tocado a su fin y el alcalde, después de saludar a otros conocidos, se dirigió a Guasch con la misma cortesía que había mostrado a lo largo de toda la velada para referirse a una investigación en la que había participado tiempo atrás y que habían comentado con anterioridad:

—O sea, que al final el asesino resultó ser el vecino gruñón —dijo don Joan, alzando la voz por encima de la orquesta—. No me entra en la cabeza que alguien llegue a semejante extremo. ¿Qué necesidad tenía de matarlo? Y no solo eso, ¿cómo puede dormir por las noches después de hacer algo así?

—Eso mismo me pregunto yo a diario. —Guasch seguía las evoluciones del guardia y su guía—. A pesar de todos los crímenes que he investigado, todavía no acierto a comprender por qué los asesinos no buscan alternativas a arrebatarle la vida a alguien. Una cosa es un arranque irracional, en caliente, que no justifico pero que podría llegar a entender, y otra matar de forma fría, planificada e innecesaria.

—Entiendo que no cree en la maldad humana, en las personas insensibles capaces de infligir daño porque sí.

Guasch meditó bien su respuesta.

—No niego su existencia, por supuesto, pero no le encuentro una explicación racional y, por suerte, lo he visto en escasas ocasiones.

Un invitado de aspecto intimidante gesticuló airado al mayordomo, probablemente recriminándole un empujón. Debía de ser alguien poderoso, pero el guardia hizo caso omiso y conminó a su acompañante a continuar en su avance. El mensaje era, además de importante, muy urgente.

Le hizo la observación al alcalde y este miró en la dirección indicada mientras sacaba unos confites de almendra del bolsillo y se los llevaba a la boca de manera instintiva.

—Tiene usted razón. Qué extraño… —Esta noche hay jarana en la ciudad. Tal vez se haya producido algún altercado.

Hubo un nuevo empellón, en esta ocasión a una dama.

—Tanto apremio parece impropio de un asunto menor —advirtió Guasch. Don Joan asintió cariacontecido. Debía de olerse que se avecinaban problemas—. ¿Le parece si nos acercamos?

No estaban lejos del exgobernador, al que alcanzaron al mismo tiempo que la extraña pareja. El corrillo de acompañantes se abrió para dejarlos pasar. Don Adolfo se quitó el antifaz, ahora fuera de lugar, y dejó a la vista un semblante preocupado.

Las palabras del guardia, que lucía galones de teniente, apenas se escucharon.

El marqués de Casa Pizarro se señaló la oreja y negó con la cabeza. El hombre se aclaró la garganta y, esta vez sí, esforzándose, consiguió elevar la voz por encima de la música y el barullo:

—¡Hemos encontrado un cadáver, señor!

El antiguo mandamás frunció el entrecejo, como si no hubiera entendido bien.

Los aduladores intercambiaron miradas furtivas entre ellos y de reojo con otro de los integrantes del grupo, vestido con la túnica de un senador romano.

—¿Un cadáver, ha dicho? ¿Dónde?

—En una de las cabinas del balneario —dijo el teniente sin emplear el artículo salado balear y con un marcado acento catalán.

—¿Otra víctima del cólera?

—¡No, señor, es un…!

—¡Un momento! —interrumpió don Adolfo, alzando la mano y la

voz—. Debería tratar usted este asunto con el gobernador interino. Imagino que estará al corriente de que yo ya no estoy a cargo del gobierno de la provincia y que quien ocupa ahora mi lugar, hasta la llegada de don Primitivo, es don Ricardo de las Cuevas.

—Por supuesto, señor —se excusó el mayordomo—, el problema es que no sabemos dónde encontrarlo.

Don Adolfo señaló con el dedo al hombre vestido de senador romano y que, al oírlo, se despojó de la máscara.

—¡Dígame, teniente! —saludó don Ricardo con fogosidad castrense —. Estoy listo para lo que necesite. Y lo que comenta respecto al muerto, hum…, estamos en invierno y los baños están cerrados, ¿no?

—No creo que se estuviera bañando, señor. O quizá sí, yo ya no sé…

—¿Qué pretende decir con eso?

El catalán se encogió de hombros.

—Que lo único que sabemos es que hay una mujer muerta y que está destrozada.

3

El balneario

GUASCH

Se reunieron en la puerta trasera que daba al carrer del Palau. Guasch, a petición expresa de don Joan, que también los acompañaba; los dos gobernadores, tanto el destituido como el interino, y dos guardias civiles: el teniente que había dado el aviso, Ignasi Arnall, y un cabo que aguardaba fuera con cara de circunstancias y dos fusiles colgados del hombro. Claudio quiso unirse a ellos, pero Guasch le rogó que acompañara a las damas a Can Puig, el palacio que los marqueses de Bellpuig tenían en Ciutat. Después de saber que una mujer había sido asesinada, parecía lo más sensato. Se despidió de Lucía con un beso rápido, lamentando el curso inesperado que había tomado la noche.

Pasaban de las tres de la madrugada y la calle seguía en plena ebullición. Cuando salieron, los viandantes les aplaudieron entre risas y jarana, y Guasch pensó que por mucho que hubieran cubierto parte de sus llamativos disfraces con capas, debían de parecer un grupo, como poco, peculiar. Se escuchó un improperio dirigido a don Adolfo seguido de unas carcajadas y alguien le lanzó un puñado de harina y unas pieles de naranja que le alcanzaron en los zapatos. El gobernador destituido resopló y propuso emplear un carruaje.

El alcalde negó de manera categórica.

—Estamos cerca, llegaremos antes a pie.

Y se puso en marcha.

Los guardias miraron indecisos a don Ricardo, el mandatario temporal, quien con cara de pocos amigos, quizá superado por las circunstancias, dio su bendición. La pareja corrió fusil en mano,

alcanzó a don Joan y lo rebasó para franquearle el paso. El centurión y el senador siguieron su estela, cuchicheando por lo bajo, y Guasch tuvo que darse prisa para no quedarse atrás.

Bajaron la pronunciada cuesta de La Seu al trote. Los transeúntes, exultantes y serenos, ebrios y sobrios, los observaban con curiosidad mientras se apartaban a su paso. Cuando no lo hacían, los guardias los empujaban sin miramientos. Alguno se volvió para encararse con ellos, pero se detuvo al descubrir la excelsa identidad de sus contrincantes.

Dejaron a la izquierda s'Hort des Rei y enfilaron el paseo de la Marina en dirección al puerto. La estatua de Isabel II les ignoró esta vez desde lo alto de su pedestal. Pasaron el Cuartel de Caballería de Palacio y alcanzaron la Porta des Moll en un santiamén.

Los soldados se cuadraron presurosos.

—¿Quién de ustedes está al mando de la vigilancia? —berreó don Ricardo.

—¡Yo, señor!

—Acompáñenos.

—Sí, señ…

—¡Ahora!

El guardia se apresuró a colocarse tras ellos y Guasch casi pudo sentir el esfuerzo que le suponía tragar saliva. A las preguntas iniciales, mientras seguían caminando, el hombre reconoció no haber visto nada destacable desde su posición. El gobernador interino gritó algunas imprecaciones nerviosas, innecesarias y fuera de lugar, y Guasch tuvo la sensación de que, al tratarse de un antiguo subordinado de don Adolfo, tal y como le había explicado el alcalde, el hombre representaba un papel frente a su antiguo superior. Aquello no era más que una actuación. En cualquier caso, lo que debía ser un periodo de interinidad aséptico, una transición insustancial hasta la llegada de don Primitivo Seriñá a finales de mes, se acababa de enfangar de manera insospechada.

El balneario no quedaba lejos de la entrada de las murallas y, como correspondía a unas instalaciones de este tipo, estaba en el borde mismo del mar. Se trataba de una larga estructura de madera que,

aunque cerrada al público en invierno, permanecía montada todo el año a la espera de que las damas y los caballeros más distinguidos la emplearan durante los meses de calor para bañarse en la intimidad. El armazón contaba con dos entradas que lo dividían en tres espacios de aproximadamente la misma longitud.

Un pelotón de curiosos se arremolinaba alrededor del portón más alejado. Los murmullos del gentío generaban un zumbido de fondo que se incrementó a medida que se acercaban. Los disfraces de los espectadores, unidos a los suyos propios, transformaban aquella escena cruel en una fantochada. Guasch no recordaba haber vivido un momento tan irreal, y tuvo la sensación de encontrarse en mitad de una pesadilla absurda donde la única sensatez la aportaban la docena de uniformes azules con tricornio que, apostados alrededor del cubículo de madera, mantenían a la muchedumbre a raya. Un par de guardias abandonaron sus posiciones para abrirles paso entre el tumulto. El público se movió de mala gana, entre silbidos y abucheos.

Dos antorchas flameaban a ambos lados de la puerta de acceso. Un hombre permanecía sentado en un costado, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza pelada sujeta entre las manos. Debía de tratarse del vigilante del balneario. Deseó poder intercambiar unas palabras con él más tarde.

Guasch no se había hecho todavía a la idea de que iban a examinar el cadáver de una mujer brutalmente asesinada. Sintió un mareo fugaz, nimio, pero suficiente para que el alcalde interino se percatara de que le sucedía algo.

—¿Se encuentra mal?

—No es nada, solo que no estoy muy acostumbrado a ver según qué tipo de espectáculos.

—Pero ¿no se dedica usted a este negocio?

—Sí, pero de un modo diferente. Mi unidad solo se pone en marcha una vez que las autoridades locales se han dado por vencidas y solicitan nuestra ayuda. Cuando nosotros llegamos, los difuntos llevan semanas o meses enterrados.

—Sé cómo trabaja el Cuerpo de Investigación del Crimen, pero me cuesta creer que no haya visto antes un muerto.

Guasch negó lentamente, recordando todos y cada uno de los cadáveres que había tenido la desdicha de contemplar, que no eran pocos, en circunstancias siempre terribles e injustas. Había resuelto casi todos aquellos casos y confiaba en que este no fuera a engrosar la reducida lista de investigaciones fallidas.

—Quédese tranquilo, no se preocupe por mí.

—Le aseguro que mis pensamientos se centran en la mujer que tenemos ahí dentro. ¡A ver! —vociferó inquieto—. ¿Entramos o no?

Don Ricardo le dedicó una mirada poco amistosa y dio orden al teniente de que les guiara. Guasch levantó la mano para llamarle la atención y carraspeó mientras buscaba las palabras menos hirientes:

—Disculpe, pero me parece que somos demasiados para…

—Puede quedarse fuera, si lo desea.

—Deberíamos ser cuidadosos con lo que haya en ese baño, y si accedemos todos podríamos alterar las posibles pruebas.

El mandamás vació sus pulmones despacio, como si se contuviera.

—Pero ¿usted quién es…?

—Marc Guasch, inspector del…

—Eso ya lo sé, quiero decir que no está usted al mando de esta investigación. Sé cómo lograr que mis subordinados hagan su trabajo. Don Joan entrará como máximo responsable de la ciudad en estos momentos y creo conveniente, incluso necesario, que sea testigo de lo que hemos encontrado; don Adolfo —hizo un gesto rápido hacia el centurión romano— lo hará por el cargo que ostentaba hasta hace cuatro días y porque es una persona de mi máxima confianza, y usted nos acompaña porque el alcalde me lo ha pedido expresamente. No haga que me arrepienta. Si vuelve a cuestionar algo, haré que lo saquen.

Don Joan trató de apaciguar los ánimos.

—Don Ricardo, no es necesario tratar así al hermano del diputado don…

—¿Queda claro o no?

Lo que quedaba claro era que el hombre estaba acostumbrado a interrumpir a sus interlocutores, que quería llevar las riendas de todo aquello y que tenía el poder para hacerlo. Guasch sabía que había

pulsos que estaban perdidos de antemano, y aquel era uno de ellos.

—Descuide.

—Fantástico, entonces. —El senador miró a Arnall—. Basta de charla.

El teniente tomó una lámpara de aceite y lideró la comitiva. Guasch no perdió el tiempo en lamentos inútiles y se colocó junto a él. Quería entrar en el escenario del crimen antes de que sus acompañantes tuvieran tiempo de tocar nada, algo que muy a su pesar seguramente ya habrían hecho los otros guardias. Debía estar atento a las primeras impresiones.

El pasillo, de un par de metros de anchura, se extendía en ambas direcciones y, aún en penumbra, mostraba una longitud soberbia, en especial hacia el ala izquierda, donde se encontraban las cabinas para damas que, según explicó el teniente, eran más numerosas que las de caballeros. En uno de los laterales, el que corría por encima de la orilla, se abrían, separadas entre ellas cuatro o cinco pasos, las puertas que daban acceso a los cuartos de baño. Disponía cada una del número correspondiente, fabricado en latón. De las paredes colgaban quinqués para alumbrar a los usuarios que terminaban de bañarse después de la puesta de sol. Unos pocos permanecían encendidos e iluminaban cicateros a su alrededor. El tabique opuesto del pasillo era liso y estaba decorado con litografías descoloridas de mujeres al borde del mar ataviadas con pudorosos trajes de baño que las cubrían hasta los tobillos.

Caminaban en silencio. Despacio. Los tablones de madera crujían bajo sus pies.

—No da la sensación de que haya llovido recientemente, ¿verdad? —murmuró Guasch.

—No —respondió el alcalde—. ¿Por qué?

—¿No oyen el goteo?

El grupo se detuvo y prestó atención. También ellos advirtieron, al cabo de cierto tiempo, otra gota solitaria que repiqueteaba en una superficie líquida.

—Serán las instalaciones —informó Arnall—. El sistema funciona con una bomba que aspira agua del mar y la distribuye a las pilas de

baño a través de unas tuberías.

—¿Cuántas bañeras hay en cada cuarto? —preguntó Guasch, descolgando un quinqué.

—Las que yo he visto tienen una sola.

—¿Y cómo hacen para…?

—Si no avanzamos de una maldita vez, no llegaremos nunca —espetó don Ricardo—. ¿Dónde está el cadáver, teniente?

—En la cámara ocho, señor. El cabo Pons está custodiando a la víctima.

Se encontraban frente a la número tres.

Retomaron el paso.

—¿Cómo son las cabinas?

El suelo estaba cubierto por una gruesa capa de polvo sobre la que estaban impresas numerosas pisadas de distintos tamaños en ambas direcciones. Por allí había desfilado un batallón al completo.

—Bastante espaciosas. Cada una tiene su propio vestuario y una compuerta en el suelo por la que se accede al mar. También disponen, como le decía, de una bañera privada.

La siguiente gota resonó más cercana.

La octava puerta estaba entreabierta y de ella brotaba un resplandor cálido y sutil.

—Qué callado está el cabo —observó el alcalde—. ¿No nos ha oído?

—¡Pons! —gritó el teniente—. ¿Va todo bien?

Silencio.

—Maldita sea —masculló don Adolfo.

—¿Hay algún otro acceso a las instalaciones?

—Como le decía, las escotillas dan al mar, y el segundo portón, justo aquí delante, está cerrado y atrancado por dentro.

—Quizá lo ha abierto alguien.

—Ya me explicará para qué…

—¡Pons!

El cabo tampoco respondió esta vez, y don Adolfo soltó una blasfemia malsonante.

—Podría haberse marchado —sugirió Guasch.

—Sin una orden y en estas circunstancias, por supuesto que no —

replicó el centurión que, pese a haber sido destituido de su ilustre cargo, parecía deseoso de llevar la iniciativa. Don Ricardo le dejaba hacer—. Me pregunto más bien si habrá entrado alguien mientras ustedes vigilaban la puerta principal.

—Imagino que no, señor.

—¿Cómo que imagina?

—Quiero pensar que los hombres han cumplido con sus tareas de vigilancia mientras yo les he ido a buscar al Círculo.

—Si es que al final tendré que hacerlo yo… ¡Deme su arma!

El guardia miró al gobernador interino, que asintió y se la entregó.

Ver un centurión empuñando una pistola resultaba un anacronismo atroz. El militar romano se llevó el dedo a los labios pidiendo silencio y dio un paso al frente. Guasch y el teniente se miraron y lo flanquearon con las luces en alto sin decir nada. El hombre encañonaba a las tinieblas del fondo del pasillo.

Puerta siete.

Cubrieron los últimos pasos con el máximo sigilo.

Guasch contuvo la respiración.

Don Adolfo pegó la espalda a la pared, vació los pulmones y, haciendo un giro rápido dio una fuerte patada a la puerta y apuntó hacia el interior.

Entonces se volvió y exclamó:

—Pero ¿esto qué es?

4

Una bañera roja

GUASCH

Guasch se asomó y alcanzó a ver cómo un guardia con la cabeza apoyada en el pecho y los brazos cruzados sobre el regazo daba un respingo y se ponía en posición de firmes.

—¡A sus órdenes, señor!

Don Adolfo negó con vehemencia, Arnall se abalanzó sobre él para abroncarle y Guasch aprovechó para echar un primer vistazo al cuarto de baño. Tendría cuatro pasos de ancho por cinco de profundidad. De la pared izquierda colgaba una única lámpara que iluminaba perezosa un banco largo, parte del tabique del fondo y un cubo rectangular de piedra rojiza. A su derecha, nada más entrar, se abría un pequeño espacio que hacía las funciones de vestidor.

Las luces recelosas temblaban a su alrededor y las sombras que dibujaban parecían cobrar vida. Se desplazó hacia el centro de la estancia y levantó el quinqué para estudiar la parte interior del lugar. A continuación del cambiador, en el piso, se situaba la famosa trampilla. Estaba cerrada y cubierta por una capa de sangre coagulada. Lo mismo que las paredes, el suelo y la bañera, pues buena parte de aquella piedra aparentemente roja no era sino piedra caliza gris teñida de escarlata.

Guasch se colocó frente a la gran mancha que se extendía junto a sus pies y sobre la que se dibujaban surcos de formas ondulantes, como si se hubiera arrastrado algo sobre ella. O como si se hubiera limpiado con un trapo. También aparecían pisadas limpias, seguramente del vigilante y de los propios guardias.

La bañera estaba a rebosar de líquido. Se dijo que no podía ser solo sangre. Era imposible que el cuerpo de un único ser humano albergara semejante volumen. Guasch pensó que se habría llenado de agua antes o después del asesinato. De la superficie lisa como el cristal sobresalía, en la esquina más alejada, un pie desnudo y blanco. Era pequeño y tenía la punta estirada hacia delante. Pertenecía a un niño o a una mujer de complexión pequeña.

Una gota cayó del techo al interior de la bañera y onduló el líquido rojizo como un suave soplido de viento. Guasch levantó la cabeza y vio las tuberías que, como había explicado el teniente, cruzaban la estancia de lado a lado.

Sintió que la humedad le embotaba la nariz.

—¿Qué ha pasado aquí? —murmuró don Joan a su espalda.

—Esto es una carnicería —masculló don Ricardo, acercándose hacia la piedra caliza y evitando pisar la mancha del suelo—. ¿Cómo supieron que era una mujer?

—Basta con ver el cuerpo, señor. —Arnall le entregó su lámpara—. Sosténgala sobre la pila y asómese.

El gobernador interino siguió las instrucciones.

—¡Por Dios! —gritó, apartando la mirada.

—Hum…, yo les espero afuera —dijo el alcalde, dándose la vuelta —. Ya he visto suficiente.

—Le acompaño —añadió don Adolfo.

—¿Me permite? —pidió Guasch, que dio un paso adelante.

El gobernador interino no respondió. Daba la sensación de que no le había oído. Agarró al teniente del codo, lo llevó hasta la puerta y le preguntó de forma sucinta si habían dado aviso al juez. Arnall respondió en sentido afirmativo y añadió que tardaría mucho en llegar. Después, como si se hubieran olvidado de Guasch, se dirigieron hacia la salida.

Guasch reaccionó con rapidez. No sabía de cuánto tiempo disponía. Armándose de valor, se colocó frente a la bañera y acercó la luz.

Los rayos lumínicos se colaron en el líquido, traspasaron la superficie sanguinolenta y alcanzaron la forma humana y fantasmagórica que yacía en el interior.

Era el cuerpo de una mujer joven.

Estaba desnuda.

Su piel mostraba innumerables moratones y heridas de diversa gravedad y profundidad.

La pierna izquierda sobresalía del agua y se apoyaba en el borde del recipiente. La derecha se plegaba sobre sí misma, de manera que el pie se colocaba debajo de la nalga contraria en una posición forzada y hacía que el cuerpo se inclinara de costado y se volviera hacia la puerta. La pelvis era estrecha. El pubis tenía apenas una sombra de vello oscuro y su alrededor presentaba numerosos arañazos oscuros. El vientre, plano. Los pechos ingrávidos eran puntiagudos, de pezones firmes y areolas pequeñas y oscuras. Y el rostro…

—No tiene cara —dijo una voz desde la puerta.

Guasch se sobresaltó.

El cabo Pons apoyaba el hombro en el marco de la puerta, con las piernas cruzadas y las manos hundidas en los bolsillos del pantalón. Parecía tranquilo, como si aquel escenario macabro y esa víctima machacada no supusieran un hecho extraordinario, como si se tratara de algo cotidiano para él.

—Creía que lo habían echado.

—Ignasi está casado con una prima mía —dijo, como si eso lo explicara todo—, y los gobernadores, después de lo que han visto, ni se han acordado de mí. Solo me habían hecho salir al pasillo.

—Ya veo…

Guasch centró de nuevo su atención en la víctima y se obligó a examinar el rostro, si podía llamarse así a semejante amasijo de carne, huesos y órganos triturados. A simple vista era imposible distinguir partes tan reconocibles como los ojos, la boca o la nariz, que habían sido aplastados y se mezclaban con astillas y fragmentos de cráneo y quién sabe qué otras vísceras intracraneales. Unos filamentos mucosos se elevaban por encima de esa papilla, como algas sumergidas en un mar de sangre que se mecían hacia la superficie buscando desprenderse del cadáver.

Trató de calcular cuántos golpes le habían propinado a aquella cabeza para dejarla en ese estado lamentable. Demasiados. ¿Cómo

podía un ser humano actuar de forma tan brutal con otro? ¿Qué ofensa o interés era capaz de generar una reacción tan desproporcionada?

Se forzó a seguir analizando aquella matanza diciéndose que ni los cerdos recibían un final tan inhumano al ser sacrificados. Sintió que le temblaba el cuerpo de rabia e impotencia.

Los brazos de la joven se extendían a ambos lados del cuerpo, pegados a la pared de la tina. No alcanzaba a ver las manos con claridad, medio ocultas bajo los muslos.

—Está hecha un guiñapo —observó Pons—, es una muñeca rota.

Guasch se giró para examinar por primera vez al cabo: un hombre de baja estatura y mediana edad, calva incipiente, cabeza prominente y facciones comunes y fácilmente olvidables que se expresaba en un mallorquín cerrado.

—¿Cómo ha sido capaz de dormirse?

Él guardia se encogió de hombros.

—Era tarde, estaba cansado, en silencio y a solas…

—Hombre, tanto como a solas…

—Ya me entiende. Los muertos no cuentan.

Era innecesario preguntarle si la presencia del cadáver le perturbaba.

Guasch oteó detrás de la bañera.

—¿Dónde está la ropa?

—Se la han llevado.

—¿Ha mirado en el vestidor?

—Claro. Está vacío.

—Tal vez la tiraron por la trampilla.

El hombre se acarició el mentón antes de compartir sus reflexiones en voz alta.

—No he visto marcas en la portezuela. No digo que no la hayan podido arrojar por ahí, pero no lo parece, y tampoco sé qué sentido tendría hacerlo. Las prendas flotarían y alguien las encontraría. Si querían deshacerse de ellas se las habrán llevado consigo.

Pons, que tenía las manos entrelazadas a la espalda y el cuerpo arqueado, le dedicó una mirada de curiosidad indisimulada.

—¿Quién es usted? Me sorprende que le hayan permitido entrar.

Guasch no tuvo inconveniente en explicar su trabajo de investigador en el Cuerpo, su viaje familiar a Mallorca y la petición de auxilio del alcalde tras el descubrimiento del cadáver.

—Habla usted con el artículo salado, pero su acento no es de aquí —advirtió Pons, que lo miró de arriba abajo extrañado—. Ese deje me es familiar… ¿es ibicenco?

—Tiene usted buen oído. Es una larga historia, para abreviar le diré que nací allí, pero me crie en Madrid, con una tía oriunda de la isla.

—No parece usted de Ibiza… Nada que ver con la realidad de esa isla.

—Suelen decírmelo. —Guasch se acuclilló y se centró en el charco de sangre—. Me pregunto qué pueden ser estas marcas.

El guardia se sentó en el banco y cruzó los brazos.

—Ni idea. Lo que me sorprende es la total ausencia de objetos personales.

Apoyaron las luces en el suelo, se arrodillaron y, evitando en lo posible la sangre, escudriñaron entre los tablones, alrededor de la bañera, bajo la banqueta y en el vestidor. Como Pons había adelantado, la búsqueda resultó infructuosa.

—Aquí no hay muchos escondites más.

Guasch se situó junto a la trampilla, la abrió, acercó la lámpara y se asomó al mar negro y espumante que subía y bajaba, amenazante como el pecho de un demonio durmiente, varios palmos por debajo de sus pies. Tragó saliva y trató de no pensar en aquella inmensa masa de agua oscura que tan poco le gustaba. Una empinada escalera de madera se sumergía en el agua, poco profunda en esa zona. En cualquier caso, la escasa luz no le permitía vislumbrar el fondo. Bajó de nuevo la trampilla.

—No hay nada —dijo—. Convendría que mañana alguien confirme que no han hundido un bulto con un peso muerto. —Señaló el charco rojo—. Quizá han fregado el suelo con la misma ropa, de ahí los surcos…

—¿Para qué tomarse tantas molestias?

Unos pasos decididos y una voz autoritaria proveniente del pasillo

anunciaban la llegada del juez y de los alguaciles, tal vez en compañía del cirujano.

—Fíjese que tampoco hay anillos, collares o pulseras —resaltó Pons —. Y todas las mujeres suelen llevar abalorios, aunque sean de escaso valor.

—Es cierto. A mí solo se me ocurre una cosa, y es que el asesino demuestra mucho interés en ocultar la identidad de la víctima.

5

Pere Pau

PERE PAU

Los golpes sonaron contundentes en la puerta. Pere Pau sintió que el cerebro le iba a estallar. Con un movimiento brusco, retiró la almohada rellena de paja de debajo de la nuca y se cubrió la cara. Escuchó un lamento femenino de protesta a su lado. Hizo memoria, pero apenas fue capaz de evocar algunos fogonazos de la noche anterior. Un disfraz de marinero; la taberna del Bribón; las risas con Miquel y el flirteo con cualquier mujer que se cruzara en su camino. Alargó el brazo bajo la *flassada* de lana y recorrió el cuerpo cálido y desnudo que reposaba junto a él. Las formas eran sinuosas, muy sinuosas, y la piel suave, muy suave. La noche había sido provechosa, ahora solo le faltaba recordar quién era su acompañante y en qué momento habían llegado a su casa.

Resopló. Se dijo que pediría explicaciones al Bribón por el alcohol inmundo que servía.

Los mazazos detonaron aún con más fuerza en su cabeza. Pere Pau apretó la almohada contra sus orejas y gruñó, pero entonces empezaron a aporrear sin cesar al tiempo que gritaban su nombre.

Conocía esa voz.

Se levantó, cruzó el piso con dos zancadas y abrió de un tirón.

—*Mem! Es pot saber què vols?*

—*Uep!* —Miquel fingió sorprenderse—. *Dormies?*

Pere Pau miró por encima del hombro de su amigo. El callejón oscuro estaba más negro de lo habitual.

—¡Pero si todavía es de noche! ¿Qué haces aquí?

Miquel lo miró con suficiencia, sin ocultar que se lo pasaba en grande.

—Ya veo que no te has enterado.

Pere Pau fue a cerrar la puerta, pero el otro colocó el pie en el resquicio.

—Vístete, rápido.

—Ni lo sueñes, estoy bien acompañado.

La sonrisa de Miquel se ensanchó y, tras una ligera pausa, se apiadó de él.

—En tu cama no sé quién habrá, pero en el balneario hay un cadáver.

—¡Un cadáver! ¡Pero qué co…! ¿Quién es?

—Ni idea.

—¿Cómo ha muerto?

—He oído que es un asesinato. Lo han descubierto hace unas horas.

—¿Por qué no me has avisado antes?

—No sabía que estuvieras aquí. Cuando nos hemos separado daba por supuesto que prolongarías la fiesta hasta el amanecer.

Pere Pau se volvió para vestirse y descubrió que la chica se había incorporado y los observaba con los ojos entrecerrados y el torso descubierto. Era muy joven, tenía la piel de color alabastro, el pelo negro revuelto y las tetas bien rellenas. Le gustaba lo que veía. Mucho. Solo le faltaba recordar quién era y cómo había terminado allí.

—¿Qué ocurre? —murmuró la íntima desconocida.

Él hizo equilibrios sobre una pierna mientras se ponía los pantalones a tirones. Miquel miraba a la muchacha con descaro. A ella parecía no importarle.

Un gato callejero aprovechó para colarse puerta adentro.

—Tú espérame aquí quietecita, luego te cuento.

Antes de lanzarse a la carrera por los callejones de Santa Catalina echó un último vistazo a aquellos pechos redondos y lamentó tener que marcharse sin saborearlos. Se terminó de colocar la camisa de *drap* corriendo por el arrabal mientras el bueno de Miquel le sostenía el chaleco y el *capot* de paño negro y le tendía su inseparable pañuelo de *llista* roja.

—¿Qué más sabes? —le preguntó esquivando catalineros que seguían de jarana.

—He oído de todo: que se trata de un niño, que es una mujer e incluso un *miró*.

—¿Un *xueta*? ¿Han asesinado a un judío?

—No hagas caso, ya sabes que dicen cualquier cosa. Ahora lo averiguaremos.

Pere Pau aceleró aún más el paso sin poder quitarse de la cabeza que por fin había ocurrido el milagro que llevaba tanto tiempo invocando, la noticia que le permitiría desplegar todas sus artes y auparse en la redacción de *El Isleño*. Nadie tenía sus contactos ni se movía como él.

Después de la aparición y cierre de varios periódicos, que iban y venían como las olas del mar, ahora quedaban en liza el *Diario de Palma*, propiedad de la familia Guasp, de perfil liberal conservador; *El Correo de Mallorca*, que se consideraba de corte liberal moderado, y *El Isleño*, que permanecía como la única publicación mallorquina de carácter progresista. Eran los faros que iluminaban la necesidad informativa de los mallorquines de bien y de no tan bien, pues todos ellos tenían que pasar por sus páginas para conocer las noticias de la isla y, a menudo también, pues la prensa nacional e internacional no era habitual, de lo que sucedía más allá de sus fronteras.

Pere Pau era el periodista de origen más humilde y menos formado del rotativo, y sus funciones habituales se limitaban a la búsqueda de anunciantes, a la cobertura de alguna crónica social o religiosa de segundo orden y, gracias a sus conocidos en el inframundo palmesano, al seguimiento de hurtos y otros delitos menores que ocurrían en Ciutat. Los temas políticos y económicos, es decir, los importantes y que requerían de una mayor capacidad de análisis, conocimientos, altitud de miras y nivel de desarrollo, los escribían sus compañeros, mucho más experimentados que él, quien, aunque espabilado, no dejaba de ser un pobre autodidacta, un don nadie salido del orfanato.

El instinto le gritaba al oído que este era el caso que necesitaba para dar el salto definitivo y convertirse en un auténtico redactor. ¡Oh! Redactor… ¡Le encantaba la musicalidad de esa palabra!

Atravesaron la explanada de Sa Feixina corriendo, cruzaron el puente de madera que salvaba el torrente de Sa Riera y, bordeando el Baluard de Santa Creu, llegaron a la zona del muelle. En los alrededores del balneario se concentraba una multitud formada por más de un centenar de personas. La mayoría iban disfrazadas en una noche que para ellos aún no había concluido. Pere Pau, en cambio, pese a lo poco que había descansado y al ligero abotargamiento de la cabeza, se sentía como si fuera primera hora de la mañana y les llevara ventaja a todos.

—¿Qué hacemos? —preguntó Miquel.

Pere Pau no necesitó pensarlo demasiado.

—Buscar alguna de mis fuentes y exprimirla. Algún guardia conocido habrá por aquí.

—Espero que te ayuden…

Pere Pau esbozó una sonrisa confiada. Su sonrisa confiada.

—Ni lo dudes.

—Hace tiempo que aprendí a no dudar de ti.

A Pere Pau le constaba la sincera admiración que su amigo sentía por él, y es que a Miquel, que todavía vivía con sus padres y por tanto nunca había tenido que buscarse la vida, le maravillaban su instinto de supervivencia, su capacidad para sobresalir en circunstancias adversas y su desparpajo con propios y extraños… y extrañas, sobre todo con aquellas. Pocos niños salidos de la inclusa se habían labrado un futuro con la determinación y la solidez de Pere Pau, que reconocía que su mayor acierto había sido apreciar en su justa medida la importancia de saber leer y escribir, así como encontrar el camino para aprender, primero con la ayuda de los religiosos del hospicio y después recibiendo lecciones de un sobrino del Mestre Lloissó, famoso e ilustrado catalinero. Cuando logró cierta desenvoltura con las letras se convirtió en lector de cartas. Cobraba una moneda por cada lectura y dos por escribir la consiguiente respuesta. Durante varios años ejerció la labor de lector y escribiente, que compaginó con otras faenas físicamente más esforzadas y con las que no hacía sino convencerse todavía más de la necesidad de dedicarse a tareas intelectuales.

La muchedumbre no formaba una masa densa en la pequeña explanada junto al mar, a los pies de la imponente fortaleza, sino que se componía de múltiples grupos, cuando no de individuos solitarios o parejas que guardaban cierta distancia entre sí sin llegar a molestarse. No prestaban especial atención al gran armazón de madera, sino que, pensaba Pere Pau, habían acudido alertados por el descubrimiento del cadáver y querían enterarse de primera mano de las novedades del fatal incidente. Si además alcanzaban a ver a la víctima ya dispondrían de una anécdota morbosa que contar durante el resto de sus días.

Poco a poco, sembrando disculpas y recolectando malas caras, se abrieron paso hasta casi llegar a la barrera que formaban los guardias alrededor de uno de los portones de entrada. Entre la autoridad y ellos se interponía un grupo de curiosos que, de puntillas, murmuraban y estiraban el cuello en busca de cualquier novedad o movimiento sospechoso.

Pere Pau se dirigió a uno de ellos, un anciano cadavérico disfrazado con un hábito de monje sobre el que destacaba, colgado del cuello, un rosario de cuentas de madera y una cruz de no menos de un palmo.

—*Se sap qui és es mort*?

El viejo se giró hacia ellos antes de volver a clavar la mirada en la puerta.

—¡Fíjese en sus rostros! No saben nada. Los que estaban dentro han salido traspuestos. El gobernador nuevo tenía la cara blanca como la cera, el impresentable del viejo tampoco andaba muy fino y el alcalde todavía debe de estar corriendo, no creo que se detenga hasta llegar a Alcudia.

Rio su propia ocurrencia, mostrando unas encías grisáceas y un par de dientes solitarios y amarillentos. Su aliento apestaba a gato muerto.

—¿Estaban aquí don Adolfo, don Ricardo y el alcalde don Joan?

—*Ves*…! El juez y un cirujano todavía siguen dentro.

La alarma que se había generado era importante, aunque después de dejar atrás una epidemia de cólera que había sido el apocalipsis era comprensible que la población estuviera conmocionada ante un crimen como aquel. El señor Gelabert, dueño y editor del rotativo, lo

estaría un poco menos pues una de sus máximas era que «las calamidades nunca vienen solas».

Pere Pau se frotó las manos y trató de concentrarse en lo suyo: debía sacar el máximo provecho y averiguar todo lo que pudiera. Se repitió una vez más que aquella era su oportunidad.

—He oído que el muerto es un *xueta*…

El supuesto monje dejó de controlar los movimientos de los guardias y lo observó, esta vez sí, con curiosidad.

—¡Vaya tontería!

—Me lo ha dicho un amigo.

—Pues su amigo no se entera de nada.

—Está claro que no sabe tanto como usted, señor.

—Ni sé el tiempo que llevo aquí. Tengo los pies destrozados. —El viejo se acercó a él y adoptó una actitud de confidencia. Pere Pau tuvo que esforzarse por no alterar el gesto cuando su halitosis le impactó en la nariz—. Sé que se trata de una mujer joven, y también que está en muy mal estado. Lo comentaban antes dos guardias.

—¿Porque lleva mucho tiempo muerta?

—Porque está desfigurada.

—¿En serio?

Un guardia increpó a un hombre, no lejos de ellos, por no mantener la distancia. Los curiosos lo abuchearon y le lanzaron unas pieles de naranja. Dos compañeros acudieron raudos en su ayuda. Una nueva oleada de gente se colocó tras ellos y los empujó entre gritos.

El altercado no fue a más.

Pere Pau se fijó en la profusión de lamparones de diferentes tonos que cubrían el disfraz de monje y que parecían llevar toda la vida allí. A saber de qué estercolero había sacado el viejo aquel hábito.

—¿Eso es todo? —preguntó, elevando el volumen por encima de la algarabía.

—Está desnuda.

En el portón de entrada sucedió algo que llamó su atención. Un guardia con galones al que conocía bien de vista, el teniente Arnall, catalán, salió del balneario y dio instrucciones a los de fuera, que empezaron a gritar para despejar el espacio alrededor de la puerta. La

gente calló, y el silencio se propagó por la explanada hasta que se pudo escuchar el canto de los grillos y los aullidos apagados de la ciudad. Una hilera de sombras humanas se perfilaba, expectante, por encima de los parapetos del lienzo amurallado.

La calma luctuosa de la masa lo hizo estremecer. Las masas silenciosas lo conmovían.

Un carro con dos agentes en el pescante apareció por la Porta des Moll y se dirigió hacia el balneario. Los presentes se fueron apartando de manera natural para permitirle cruzar la explanada y llegar hasta los baños.

Pere Pau sintió cómo el gentío se comprimía todavía más a su alrededor e hizo un gesto a Miguel con la cabeza. Tenían que colocarse en primera fila como fuera. Intentaron abrirse paso entre la multitud, pero el público esta vez no se mostraba dispuesto a colaborar. Tras varias horas de tensa espera, no se apartaría precisamente ahora que iba a ocurrir algo interesante. Miró en dirección a los guardias e identificó un par de caras conocidas. Gesticuló con los brazos, pero no logró que lo vieran. Llamó a gritos a uno de ellos, que se volvió y encogió los hombros, dando a entender que no podía hacer nada por ayudarle.

El falso monje seguía sus esfuerzos con una sonrisita.

—¿Quieren pasar delante?

—Claro, ¿usted no?

El tipo meditó un momento, como si la respuesta no fuera del todo obvia.

—Estaría bien —convino al fin.

—Pues me temo que será imposible.

El hombre asintió, se santiguó y agarró la cruz que le colgaba del cuello. Luego la alzó por encima de la cabeza y empezó a recitar una frase en un idioma que se asemejaba mucho al latín.

—*Fratres, discedite a me! Ego autem dico vobis non resistere malo sed si quis te percusserit in dextera maxilla tua praebe illi et alteram!*

El viejo empezó a caminar y a empujar a los que se encontraban frente a él, que, desconcertados, se vieron obligados a abrir una rendija por la que el supuesto religioso avanzó con decisión. Pere Pau

y Miquel se miraron sin comprender, pero sintieron que cedía la presión de quienes los rodeaban y siguieron sus pasos. A medida que el viejo avanzaba aumentaba el volumen de su letanía.

Alcanzaron la primera fila en el preciso instante en el que el carro se detenía frente a la puerta. Los cocheros saltaron del pescante, y de la portezuela trasera extrajeron una camilla plegable que introdujeron en las instalaciones termales. Pululaban por la entrada la delicada figura del juez, un caballero de aspecto frágil y ojos tristes; el médico cirujano cargando con su maletín; el vigilante de aquel mamotreto de madera, calvo y cariacontecido; Arnall; el cabo Pons y un desconocido de elevada estatura, porte elegante y movimientos confiados con el que cruzó una mirada rápida. Como los demás, vestía los ropajes que con seguridad llevaba en alguna fiesta fatalmente interrumpida. Por su prestancia, auguró que en el Círculo Mallorquín.

—¿Quién es ese?

—No tengo la menor idea —respondió el viejo—. Nadie me lo ha sabido decir.

—Oiga —susurró Miquel, dándole un codazo de camaradería—, ¡enhorabuena! ¡Qué bien recitadas esas plegarias! Parecían de verdad.

—¡Y qué disfraz tan logrado! —añadió Pere Pau—. Ha sido usted muy convincente.

—¿Cómo?

Pere Pau ensanchó la sonrisa y señaló el traje.

—Que su disfraz de fraile es buenísimo.

El hombre miró a uno, luego al otro y soltó una carcajada desdentada y fuera de lugar.

—Me parece que se confunden, jóvenes —espetó, enjugándose una lágrima cuando consiguió aplacar la risa entre murmullos de reprobación—. Soy fraile, y este hábito no es ningún disfraz.

6

Brisa marina

GUASCH

Guasch se detuvo en el umbral y censuró con la mirada a un anciano con hábito de monje que se reía en primera fila. Siempre había gente incapaz de comportarse en situaciones delicadas. El número de mirones se había multiplicado en el tiempo que llevaban dentro, y los agentes de la ley que formaban el cordón de seguridad a duras penas podían contenerlos. La dotación, pese a que se había ampliado con algún guardia municipal y un par de soldados, debería haber sido más numerosa, pero comprendía que aquella noche de desenfreno era difícil organizar un contingente en condiciones y que debían contentarse con los escasos recursos de que disponían.

Un murmullo surgió entre los espectadores cuando los guardias colocaron sin excesivo miramiento el cadáver en el carro. Una voz los tildó de desalmados y al instante se desencadenó un movimiento general que Guasch temió que desembocara en un tumulto. Arnall pensó lo mismo, porque, ágil, organizó a la media docena de hombres que escoltarían al carruaje y ordenó que partieran de inmediato hacia la morgue del Hospital General.

Sin víctima no habría morbo, y Guasch confiaba en que la multitud se disolviera.

El juez, serio y distante en todo momento, subió a otra pequeña *galereta* después de despedirse del teniente con un gesto breve. Tanto él como el galeno podían haberse marchado nada más llegar, pues era evidente que la joven estaba muerta. Sin embargo, la autoridad judicial siguió rigurosamente el protocolo, dio orden de extraer el

cuerpo de la bañera y esperó paciente a que dos corpulentos y atribulados guardias completaran el penoso proceso: se quitaron los tricornios, los cintos, las casacas azules, las camisas y las camisetas de franela hasta quedar con el pecho descubierto; se colocaron cada uno en un extremo de la pila e introdujeron los brazos en el líquido rojizo. Luego, uno pasó las manos por debajo de los muslos y el otro agarró el cuerpo por las axilas. Lo izaron a la de tres, sin esfuerzo aparente, mientras el agua sanguinolenta, o la sangre aguada, rebosaba por los cuatro costados. La cabeza sin rostro se derrumbó hacia atrás, como pidiendo explicaciones al guardia que tenía a su espalda y que desvió los ojos con repugnancia. La depositaron en el suelo junto a la bañera mientras el olor a muerte infestaba la cabina. Guasch, que había seguido las evoluciones con atención, tosió repetidamente y se cubrió la nariz con un pañuelo.

El magistrado apenas le había dedicado una mirada interrogativa al llegar y Arnall se limitó a explicar que tenía el beneplácito de la autoridad para estar allí. Más preocupado por la suerte de la víctima que por su identidad, su señoría no le prestó mayor atención.

La piel del cadáver era blancuzca y viscosa, como la de un pescado recién sacado del mar. El líquido que la cubría resbaló hasta empapar de nuevo la alfombra de sangre reseca. El galeno hizo que acercaran las lámparas y se acuclilló junto a la finada. Después de un primer análisis, separó ligeramente las piernas y confirmó lo que parecía evidente.

—No sé si han conseguido forzarla, pero desde luego lo han intentado con saña.

Se levantó para proceder con la cabeza y los miró de uno en uno, como si hasta aquel momento no hubiera reparado en la presencia de tanto público. Guasch se dio por aludido e hizo un gesto a Arnall para indicarle que esperaría fuera. Ya le preguntaría más tarde o leería el informe de la autopsia.

Pons salió con él.

Guasch apoyó las manos en las rodillas e inspiró varias veces para llenar sus pulmones de aire limpio y fresco.

El corredor daba la sensación de ser ahora más largo y estrecho. Y

más lúgubre.

—Voy a echar un vistazo por el fondo.

El cabo, que permanecía a su lado con aparente normalidad, contuvo un bostezo, y Guasch fue por primera vez consciente de su propio cansancio.

—Le acompaño, y de paso le muestro algo que le interesará.

Aquello animó a Guasch, que cogió una de las pocas lámparas que quedaban encendidas.

—¿Qué hay ahí? ¿El cuarto técnico?

—Sí.

En el suelo se distinguían pisadas de distinto tamaño; unas iban, otras venían.

—Algunas son mías y de un compañero. También las habrá del guardia, que ha hecho su ronda.

—Aquí hay más de tres…

—Así es. —El mallorquín señaló un sendero de marcas—. Pasemos por allí, si no le importa, para no pisotear las iniciales.

Podía parecer una obviedad, y seguramente lo era, pero le gustó que el cabo demostrara ser un tipo cuidadoso.

—Defina «iniciales».

—Eso es precisamente lo que quiero que vea. No sé si sabrá que en Ciutat, en verano, tenemos dos balnearios.

—No tenía la menor idea, solo llevo un día en la isla.

—Uno es este, que como puede comprobar permanece en pie todo el año. El otro se monta en primavera y se desmonta en otoño.

Guasch miró a su alrededor.

—Debe de resultar complicado desmantelar todo esto.

—Supongo que sí. El problema es que mantenerlo en invierno tiene un coste.

—¿Lo dice por el salario del vigilante?

—Y por las roturas que provocan los temporales.

—¿Ah, sí? No es que entienda mucho, pero pensaba que con la configuración de la bahía y el muelle todo esto quedaría protegido de la mala mar.

—Pues no. Cada invierno hay daños, y en ocasiones son muy

importantes.

Llegaron al final del pasillo.

La última puerta estaba cerrada, como las anteriores, pero a diferencia de aquellas, esta carecía de numeración. Las pisadas del suelo provenían y también se dirigían a su interior.

—No entiendo por qué me cuenta todo esto.

—Porque uno de los destrozos está relacionado con el crimen. Por eso he dicho iniciales.

—¿Pretende decirme que algunas de estas huellas pertenecen a la víctima y al asesino?

Pons abrió la puerta y Guasch sintió cómo la brisa le acariciaba el rostro, algo curioso en un lugar que se presuponía cerrado.

La habitación era de idéntica dimensión que la cabina ocho y, supuso, que todas las demás. Estaba presidida por un gran tanque y una caldera cubiertos de polvo y telarañas. Varios sistemas manuales de bombeo conectados a uno u otro depósito se situaban entre ellos. Dos tuberías de buen calibre surgían de los recipientes, subían hasta el techo y se introducían en el tabique de madera hacia los cuartos de baño. Una pila de troncos y ramas de diferente grosor se amontonaba en una esquina. Una rata los miró desafiante y se ocultó con parsimonia tras unos leños.

Pons señaló una esquina en la parte posterior, la que daba al exterior.

—Mire ahí.

Guasch observó que algunas de las pisadas procedían de aquel rincón. Al acercarse descubrió unos tablones rotos y que la pared se había quebrado de tal modo que una persona podía colarse con facilidad.

—¡Perelló! —gritó Pons levantando la lámpara.

Una cara con bigote y ojeras asomó por una rendija.

—¡Aquí sigo, mi cabo!

Y volvió a desaparecer.

—¿Esto lo ha hecho el temporal?

—Entre otras cosas. Debajo de cada cabina hay una estructura, una especie de caja de madera que da privacidad a los bañistas. Cada año

antes de la reapertura se ven obligados a reparar muchos de esos cubículos.

Guasch se agachó.

—Mire, las huellas más pequeñas entran, pero no regresan.

—Ahora mismo es lo único que tenemos claro: a quién pertenecen y el motivo por el que no ha vuelto a salir. Para su información, se dirigen directamente a la cabina número ocho.

—Tal vez se tratara de una pareja de amantes en busca de intimidad. Podían haber entrado juntos o haberse citado aquí —razonó Guasch en voz alta.

—Caray, pues para ser dos amantes, la cosa se torció un poco…

—No hay duda de que la chica entró por su propio pie. Quizá luego no cedió a las pretensiones de su acompañante… —Se incorporó de nuevo—. Desde luego, el vigilante no estaba lo que se dice muy atento. Se le va a caer el pelo a ese hombre.

Pons rio entre dientes.

—¿Qué es tan gracioso?

—Quizá no se ha fijado en que está calvo como una ciruela.

Guasch examinó al guardia. Aquella observación le había recordado al subinspector Toni Riera, un antiguo compañero, ahora amigo, con el que coincidió en un caso en Ibiza un par de años atrás.

—Era una manera de hablar, Pons.

El cabo borró la sonrisa y recuperó su expresión seria.

—En descargo del guardián he de decir que la vigilancia esta noche de carnaval ha tenido que ser muy complicada. ¿Sabe lo del Baluard del Príncep?

—No sé dónde está ni a qué se refiere.

Pons hizo un movimiento con la barbilla hacia un lugar indeterminado.

—Es el baluarte que se levanta al final del muelle, por levante. Se había reunido una multitud al atardecer para ver la prueba de unas piezas de artillería.

—¿Ha habido algún accidente?

—Resulta que el ensayo se canceló y que la muchachada, junto con algunos mayores, se enzarzó en una pedrea feroz en la que alguien

resultó herido. Tuvimos que ir a poner orden y a dispersarlos. Como le decía, ha sido una noche movida…

—Entiendo, pero, aún y así, volviendo a lo nuestro, no veo por qué era tan difícil la vigilancia. Bastaba con candar las puertas y apostarse en esta sala, que es donde está la apertura…, la rotura, quiero decir.

—Hay otro boquete en una de las cabinas.

—Entonces, que se hubiera colocado en mitad de la galería. Sin más. Lo han interrogado, ¿no?

—Naturalmente.

—¿Sigue aquí?

—Yo diría que sí.

—Vamos a verle, me interesa hablar con él.

En efecto, el vigilante continuaba sentado junto a la entrada, en la misma silla que antes. Serio y con la mirada perdida. La calva sudada relucía bajo las llamas ondulantes. Guasch se presentó sin dar demasiados detalles. El tipo respondía al nombre de Joan Ramis y no hizo ni el amago de levantarse. Al contrario, se reclinó en su asiento.

—¿Qué quiere?

—Saber cuándo fue la última vez que comprobó la cabina.

—Ya lo he explicado a los guardias…

—Repítanoslo a nosotros. —El celador fue a replicar, pero optó por permanecer en silencio—. Le agradecería que me contara desde el principio lo que ha hecho esta noche.

Ramis se puso en pie. Era bastante alto y de cuerpo voluminoso. Cabeza grande, torso redondo y brazos poderosos. Guasch no supo definir bien su estado de ánimo. Parecía enfadado y afligido al mismo tiempo. Su actitud era retadora.

—Llegué antes del anochecer para hacer mi turno de doce horas. Di la primera ronda antes de empezar, mientras mi compañero recogía sus cosas.

—¿Qué revisa durante la patrulla?

—El exterior y los cuartos de baño. A veces no todos, la verdad. Como habrá visto, no están cerrados con llave ni tienen cierre. Ni por fuera ni por dentro.

—¿Comprobó el número ocho?

Aquello pareció molestarlo. Guasch reconoció que la pregunta era incómoda. Una respuesta negativa implicaba que no había examinado si recibía las instalaciones en buen estado, lo que probablemente sería un error con respecto a sus instrucciones; de responder en sentido afirmativo, el fallo era todavía más flagrante, pues significaba que al menos dos personas habían entrado durante su turno y hecho lo que les había venido en gana.

Joan Ramis asintió con desgana.

—La inspeccioné por encima, pero lo suficiente como para darme cuenta de que no había ningún cadáver.

Al menos no escurría el bulto ni implicaba injustamente a su compañero.

—¿Qué más hizo durante su turno?

—Permanecí aquí, en esta puerta.

El hombre señaló un pequeño escritorio que asomaba desde el otro lado del pasillo.

—¿Todo el rato? ¿Se encontraba abierta?

—Sí a todo.

—¿Estaba solo?

—Quién, ¿yo?

—*No, la Mare de Déu dels Òrfens* —replicó Pons—. *Vols respondre, cony, Joan?*

Ramis le dirigió una mirada de rencor.

—Quizá en algún momento me visitaran unos conocidos…

—Defina «en algún momento».

El guardia levantó un dedo admonitorio y el calvo optó por responder:

—Estuvieron varias horas haciéndome compañía, charlamos…

—Y bebisteis *aigordent* —remató Pons.

—Tal vez un poco…

—¿Qué puede decirnos de las brechas en la estructura?

—Que no son recientes. La semana pasada tuvimos un par de días de temporal y se acentuaron todavía más. El propietario estaba avisado. Nosotros no podemos hacer nada más que decírselo.

En ese momento advirtieron un movimiento en la galería. La

inspección del cirujano había concluido. Dejaron a Ramis y fueron al encuentro de los prohombres, que no compartieron sus conclusiones, si es que tenían alguna, ni hicieron ningún comentario. A Guasch le molestó aquel ninguneo al que no estaba acostumbrado, pero se abstuvo de exteriorizarlo.

Con el carruaje llegaron dos guardias que entraron corriendo con una camilla y unas telas. Después de amortajar y recoger el cuerpo, los acompañaron hasta la puerta.

La carreta con el cadáver y la guarnición que lo escoltaba había atravesado ya la puerta de las murallas, y la multitud, como había previsto, empezaba a dispersarse. El fraile continuaba charlando animadamente con dos jóvenes de buena planta. Uno de ellos, de cabello y ojos claros, le pareció particularmente agraciado, con una belleza inusual que tenía un punto de femenina. No iba disfrazado y lucía un peculiar pañuelo rojo anudado al cuello.

Pons lo sacó de su ensimismamiento:

—Creo que ha llegado la hora de marcharnos. Al menos yo me voy a casa.

Guasch cayó en la cuenta de que no sabía regresar a la *possessió* ni llegar a la mansión de la familia de Apolonia en Ciutat. Seguro que alguien conocía la ubicación del palacete. Decidió que iría hasta allí andando, no debía de quedar muy lejos y necesitaba despejarse. Quería asearse y reposar, estaba agotado. Le urgía hablar con Lucía y pedirle disculpas por aquella situación inesperada que hacía añicos todos sus planes. Por la mañana, apenas despertara, visitaría al gobernador interino. Tenían mucho que organizar.

—¿Sabe dónde está la casa del marqués de Bellpuig en Ciutat?

Pons levantó una ceja.

—¿Hay alguien en toda la isla que no sepa dónde está Can Puig?

7

¡Pues disfrute!

Guasch

Guasch sacó el reloj de bolsillo del chaleco y consultó nuevamente la hora. Eran casi las nueve de la mañana. Llevaba desde las siete y media sentado en un banco de la primera planta del edificio que ocupaba el Gobierno Civil de la provincia, tenía el trasero entumecido y empezaba a impacientarse. En realidad, hacía ya mucho que estaba nervioso, en especial viendo el incesante ir y venir de funcionarios, guardias y militares de todos los rangos que subían y bajaban por la imponente escalera de mármol del edificio. Toda la ciudad estaba en efervescencia menos él, que perdía allí su valioso tiempo.

Suspiró y se dijo que debía calmarse.

Pensó en Lucía, como siempre que quería ocupar la mente en algo agradable. La recordó la noche anterior, cuando entró en su habitación en el palacio de Can Puig, que como bien le indicó Pons, se encontraba en la plaça de la Constitució, al final del passeig des Born, frente al obelisco de la Font de Ses Tortugues. En la misma calle que desembocaba en la Porta des Moll. Lucía leía *Rojo y negro*, de Stendhal, en la cama a la luz de un quinqué. Se levantó nada más verlo, fue hasta él y lo abrazó. Mientras Guasch se quitaba la ropa de fiesta y se ponía cómodo le fue explicando lo ocurrido sin escatimar detalles, pues su esposa, y todavía más desde que se estaba especializando en medicina forense, no era una mujer fácilmente impresionable. Más bien al contrario. Le pidió más detalles.

Se metieron juntos en la cama. Lucía apoyó la cabeza en el pecho de Guasch, que terminó de contarle sus impresiones con respecto a la

escena del crimen, el interrogatorio a Ramis y su paseo hasta el palacete esquivando estudiantinas y grupos de trasnochadores en plena euforia etílica.

Guasch conocía de primera mano los índices de delincuencia de las diferentes regiones españolas y recordaba que las Baleares tenían, de lejos, la ratio más baja del país. Sin embargo, también sabía que el archipiélago estaba formado por dos grupos de islas diferentes y que estos presentaban unos comportamientos diametralmente opuestos: las pacíficas Gimnesias, formadas por Mallorca y Menorca, y las indómitas Pitiusas, compuestas por Ibiza y Formentera, con unos datos criminales sonrojantes o, como diría Riera con su humor negro, sangrantes. Por ello, un asesinato en la mayor de las Gimnesias, y también de las Baleares, era algo excepcional y escandaloso, más aún si la muerte era tan cruel como aquella.

—Este asesinato quedará grabado en la memoria de la ciudad —concluyó Guasch.

Lucía le había preguntado por el doctor, seguramente para comprobar si se trataba de alguna de las antiguas amistades de su padre, también médico cirujano. Guasch le dio su nombre y se lo describió físicamente. Ella hizo un gesto de negación. Dijo que tal vez habrían coincidido en algún momento, pero estaba segura de que no pertenecía a su círculo más cercano.

—Siento haberme tenido que marchar de la fiesta —se disculpó Guasch.

Ella le acariciaba el pelo con suavidad.

—No tienes que excusarte conmigo, Marc. Has hecho lo que debías. Si alguien puede ayudar a encontrar al culpable eres tú.

—Me gustaría hablar mañana con el gobernador interino para coordinar con él la investigación, pero confío en que a lo largo del día pasemos algún momento juntos. No querría dejar de hacer alguna excursión con Claudio y Polita, después de la cancelación del verano pasado y del tiempo que llevábamos esperando este viaje. Nuestra querida cuñada no me lo perdonaría, teniendo en cuenta el cariño con el que ha planeado nuestra estancia aquí.

—Marc, Marc, Marc… —susurró al tiempo que le besaba el cuello

—. No voy a ser yo quien te explique cómo funcionan tus investigaciones y cuánto te involucras en ellas. Creo que deberías centrarte en resolver el caso, no es realista pensar que podemos salir a pasear mientras el asesino anda suelto por la isla. No serías capaz.

Guasch vació sus pulmones en una exhalación lenta. Sabía que su mujer tenía razón. Como siempre. Era demasiado sensata, demasiado cabal.

—Entonces, tendré que resolver el crimen lo más rápido posible, ¿no?

—Eso está mejor. También he pensado algo que creo que te gustará…

Lucía le expuso detalladamente su idea. Tal y como había adelantado, le gustó.

Dos militares de rango pasaron al trote frente a Guasch, que decidió que ya había esperado lo suficiente. Se levantó y repasó mentalmente los pasos que debían dar a continuación. No sería sencillo, porque raramente lo era, pero las fuerzas del orden eran numerosas en Palma y, por lo que había constatado hasta el momento, estaban bien instruidas.

Se acercó al mostrador por cuarta vez.

El secretario de cabello ralo suspiró, alzó unos párpados entrecerrados y oteó por encima de sus anteojos negros.

—Disculpe, pero llevo toda la mañana esperando. ¿Puede recordarle a don Ricardo que sigo aquí?

—No es necesario. El señor gobernador ya está al corriente —anunció el burócrata con voz monótona—. Le ruego que tome asiento. En seguida le atenderá.

—Me ha dicho eso mismo hace media hora, y hace una hora también. Además, empleando exactamente esas mismas palabras.

El funcionario lo atravesó con una mirada de indiferencia, esbozó una sonrisa postiza y volvió a centrarse en su documento.

—Gracias —dijo melindroso.

Encima con sorna. Guasch apretó los puños y sintió cómo una oleada de calor le trepaba por la espalda y le llegaba hasta la nuca.

—Gracias a usted —respondió, extremando la cortesía—. Ha sido

muy amable.

Y, sin perder un segundo más, se abrochó la americana y se dirigió con decisión hacia la escalera mientras empezaba a contar mentalmente.

—¡Eh, oiga! ¿A dónde va?

Ocho. El secretario había tardado ocho segundos en reaccionar. No estaba mal, podía decirse que era un vigilante celoso de su amo.

Guasch mantuvo el rumbo y el ritmo sin alterarse. La decisión ya estaba tomada.

Oyó una silla arrastrarse contra el suelo y el claqueteo de unos pasitos animosos que se dirigían hacia él. Era la primera vez que veía a un autómata cobrar vida.

El hombrecillo le dio alcance cuando Guasch ya se encontraba en la planta superior. Apenas le llegaba al pecho.

—¡No puede subir aquí!

—Acabo de hacerlo.

—¡Me refiero a que no tiene autorización!

—Vaya por Dios…

Guasch echó un vistazo a la gran sala que se abría ante sí en busca del despacho de don Ricardo. El propio secretario se lo mostró al interponerse en su camino con los brazos levantados.

—Gracias por las indicaciones, es usted de lo más cortés.

Aceleró el paso y esquivó a su insignificante oponente, que empezó a correr tras él. Ni así logró darle alcance.

Llegó a la puerta, tocó y abrió sin esperar respuesta.

Casi pudo sentir cómo al auxiliar se le paraba el pulso.

El gobernador eventual de la provincia durante las próximas tres semanas departía con el relevado don Adolfo García de León y Pizarro, marqués de Casa Pizarro. Un gran escritorio de madera noble se interponía entre ellos. Los gerifaltes se mostraban distendidos y fumaban sendos habanos recostados en sus asientos. La densa neblina de la estancia daba a entender que llevaban un buen rato deleitándose con la compañía, la conversación y los cigarros.

La expresión del interino había quedado congelada al verlo de pie en la puerta.

En su despacho.

Sin su consentimiento.

Frente a su antiguo superior.

—¿Se puede saber qué hace aquí? —voceó.

—¡Ha pasado sin esperar a la debida autorización, señor! —gimoteó el secretario, explicando la obviedad—. He tratado de impedírselo, pero…

—Es cierto —Guasch mostró las palmas de las manos en son de paz y pasó la mirada de un gobernador a otro—. Admito mi culpa y le ruego que absuelva a este caballero que tan bien defiende sus intereses. Lamento la interrupción, don Ricardo, pero necesito que me atienda con urgencia y que tracemos los pasos a seguir en la investigación del crimen del balneario. No podemos perder más tiempo.

Don Ricardo fijó en Guasch su semblante colérico.

—¿Qué se ha creído?

—Hace hora y media que estoy esperando y…

—¡Como si llevara una semana! —El mandamás se levantó, salió de detrás de su escritorio y se dirigió hacia Guasch con la misma tonalidad cutánea morada de su lacayo—. ¿Quién es usted para irrumpir en mi despacho y andar con exigencias en un caso que no le compete?

—¿Que no me compete? Le recuerdo que soy miembro del Cuerpo de…

—Y yo soy en estos momentos la máxima autoridad de la provincia, director de la Guardia Civil de la Ciutat de Mallorca y responsable último de estas pesquisas en las que tengo a todo el cuerpo trabajando en colaboración con la guardia municipal y parte de la dotación militar de la isla. Nadie ha solicitado ayuda a su unidad en Madrid ni le ha pedido que se involucre en esta investigación…

—El alcalde, anoche.

—Ayer pudo acceder usted al balneario por deferencia mía hacia don Joan, pero hasta aquí ha llegado su participación. Gracias. Está usted con su familia descansando en Mallorca, ¿no? ¡Pues disfrute! Aproveche estos días maravillosos para pasear por esta preciosa isla.

—Puedo ser de ayuda, este es mi trabajo.

—O sale de aquí ahora mismo, o hago que lo detengan por desacato, ¿me comprende? No lo volveré a repetir.

Guasch, como en la velada anterior, concluyó que tenía todas las de perder si decidía forzar aquel pulso, por lo que reunió la escasa dignidad que le quedaba, dio media vuelta y, sin despedirse, atravesó el umbral de la puerta ante la mirada espantada del pequeño autómata de pacotilla.

8

Oportunidad

Pere Pau

Pere Pau cerró la puerta de su casa tras de sí y despidió a la morenaza con un largo beso en los labios. Ya tenía nombre e identidad, y habían creado unos nítidos, deliciosos e íntimos recuerdos conjuntos. La chica se marchó calle arriba hacia los molinos de Ponent exagerando el bamboleo de sus caderas; se giró para comprobar si él la miraba y le sonrió con coquetería. Pere Pau sabía que trataba de provocarlo para que la recordara y volviera con ella. Pero no eran necesarias tantas florituras, era más que obvio que lo haría.

Pero no ahora. Ahora tocaba trabajar.

La campana de Sant Magí tocó anunciando la misa de las nueve de la mañana. Habría tenido que salir de casa con más antelación, pero no le parecía correcto dejar según qué cosas a medias, en especial si estaban relacionadas con una mujer atractiva.

La redacción de *El Isleño* se encontraba en Pas d'en Quint, cerca de la plaça de Cort y no muy lejos del passeig des Born y de la plaça des Mercat. «En medio de todo y cerca de todos», como repetía el infatigable señor Gelabert, propietario del periódico.

Se veía gente disfrazada por la calle, y se seguiría viendo durante los próximos días.

Pere Pau rio al recordar la noche anterior y la confusión con fra Alipi, que, lejos de ir disfrazado de monje, llevaba una treintena de años ejerciendo como tal, si bien hacía una década y media que, a raíz de las desamortizaciones, malvivía como jardinero, escribano o cualquier otra ocupación que le permitiera llenar el buche al final de

la jornada. Se habían separado del religioso como viejos conocidos cuando el horizonte empezaba a clarear, poco después de que se llevaran el cadáver de la chica. Fra Alipi había regresado a su celda en el antiguo convento de Nuestra Señora de la Merced, o simplemente La Mercè, como era conocida por los palmesanos, y Pere Pau y Miquel se dispusieron a husmear por los alrededores de los baños.

Los guardias se habían mostrado distendidos tras la dispersión del populacho, reían y hablaban entre ellos sin dejar de custodiar la puerta principal, pero el vigilante grande y calvo había desaparecido sin que Pere Pau se percatara. Tanto daba, no le costaría dar con él para hacerle unas preguntas cuyas respuestas esperaba que fueran jugosas.

Se había dirigido al agente que más conocía y lo había saludado con amabilidad.

—Fuera de mi vista —respondió este con cara de pocos amigos—. La última vez me pusiste en un compromiso frente a mis superiores al desvelar lo que te conté en confianza.

Pere Pau fingió indignarse.

—¿Que hice qué? Te equivocas, yo jamás diría quién…

—Largo. No quiero verte por aquí.

Sin inmutarse, eran gajes del oficio, Pere Pau y Miquel se encaminaron hacia el otro extremo de la alargada caja de madera que era el balneario; al girar la esquina descubrieron, en la pared que daba al mar, unos desperfectos provocados por los últimos temporales. Junto al boquete se desperezaba un agente de mostacho frondoso y ojeras profundas. Aunque no lo había tratado en persona, sí lo conocía de vista, como a la mayoría de los efectivos. Si no estaba equivocado, se llamaba Perelló y era oriundo de Llubí, un pueblo del interior.

—Menudo inicio de carnaval —comentó Pere Pau mientras sacaba un paquete de tabaco del bueno que llevaba encima para ocasiones como aquella. Le ofreció uno al guardia, que aceptó, y extrajo otros dos para ellos.

Miquel sacó una mecha y encendieron los cigarrillos.

—Terrible —reconoció el otro después de exhalar un humo azulado y mirar el pitillo con satisfacción—. Ahora que por fin empezábamos a

dejar atrás lo del cólera nos encontramos con esta desgracia.

—Esto no ha sido espontáneo.

—¿Perdón?

—Que el cólera es una enfermedad y el asesinato lo ha provocado una persona. O varias… He oído que se han encontrado con una carnicería y que a la chica le han reventado la cabeza. ¿Es cierto?

—Yo no la he visto, por suerte.

—Pero le habrán contado…

El otro asintió, desviando la vista.

—Se ve que ha sido espantoso.

—Y además de desfigurada, estaba desnuda.

El guardia hizo un gesto afirmativo.

—¿Accedieron por aquí?

—Creo que estoy hablando demasiado —dijo quitándose una hebra de los labios e incorporándose—. No puedo responder a eso.

—Tampoco es necesario, apuesto mi magro salario del periódico a que sí.

En seguida se arrepintió de haber dicho eso.

Perelló se puso serio y lanzó los restos del cigarrillo al suelo, dando por zanjada la conversación. Pere Pau no lo quiso forzar y se despidieron con cordialidad. No había que cerrar puertas para el futuro, como había ocurrido antes.

Se alejaron con su deambular parsimonioso.

—Tengo una idea —susurró Pere Pau.

—Sorpréndeme.

—Creo que si entro en el agua desde, por ejemplo, la desembocadura de la Riereta o desde la punta del muelle, que están lo suficiente alejados, y doy un rodeo, podría llegar a los baños, forzar una de las trampillas y acceder al interior. ¿Qué te parece?

—Me parece que es noche cerrada, que el agua está helada, que nadas fatal y que el interior del balneario estará infestado de guardias que te echarán a patadas o te detendrán apenas vean asomar tu narizón. Yo me olvidaría.

—¿Que nado fatal?, ¿narizón? ¿A qué viene ese maltrato?

Miquel rio y Pere Pau le propinó un empujón cariñoso. Aplastó los

restos de la colilla con el pie.

—Tienes razón, queda descartado. Voy a dedicar el tiempo a hacer otra cosa que me apetece casi tanto como averiguar lo que ha sucedido ahí dentro

—Que es…

—Volver a «saludar» a la chica que me espera desnuda en la cama —dijo torciendo la sonrisa—. He visto cómo la mirabas, por lo que dudo mucho que la hayas olvidado. ¿Has visto qué tetas?

—Pensaba que querías ir al periódico cuanto antes.

—Allí no hay nadie todavía, y esto es urgente.

Se habían despedido allí mismo y él había regresado a la calidez del cuerpo de su acompañante desconocida.

Pere Pau sonrió ahora al evocar lo ocurrido en su lecho mientras ascendía de dos en dos y con largas zancadas los amplios, bajos e incómodos escalones del Pas d'en Quint. Sentía el sabor de la chica en la lengua y su aroma en la nariz. Después de adelantar a varios transeúntes más prudentes, alcanzó el portal de la imprenta y subió a la redacción, ubicada en la primera planta. Dos mujeres de aspecto humilde y un par de jóvenes esperaban sentados en las incómodas sillas de la recepción mientras la esposa del editor atendía a una criada para dar razón de préstamos, puertas, ventanas, carruajes o cualquier otro producto o servicio pregonado en la sección de anuncios del periódico. Aunque la inmensa mayoría de los mallorquines no sabía leer ni escribir, las noticias circulaban rápido y, casi siempre, aparecía alguien interesado en alguno de aquellos reclamos. Un par de años atrás, una joven de Santa Eugenia que publicó un anuncio ofreciéndose como nodriza casi secó sus pechos de tantos pequeños que le habían salido para amamantar.

La propietaria le guiñó un ojo y Pere Pau correspondió con una reverencia exagerada. Su marido, el insigne editor, impresor y hombre de mil negocios don Pedro José Gelabert, no lo acogió de tan buen humor.

—¿Se puede saber dónde estabas? —escupió levantando los ojos por encima de las pilas de cartas, telegramas y prensa foránea que poblaban su escritorio. Un hilo de humo juguetón surgía del cenicero

que se escondía en algún recodo de su mesa—. Quiero sacar un especial sobre el crimen del balneario a primera hora de la tarde.

Se confirmaba su intuición.

El resto de la redacción estaba desierta.

—¿Y los demás?

—¡Trabajando! No todos tienen tu horario de señorito…

Pere Pau aguantó la embestida con buen talante, y en lugar de ponerse nervioso optó por recitar el discurso que había hilvanado por el camino.

—Don Pedro, este crimen es la ocasión que llevo tanto tiempo esperando. Ya sabe que tengo acceso a un tipo de personas, digamos… diferentes de las que conocen mis compañeros del periódico y que a menudo me pueden proporcionar información privilegiada. —Llenó los pulmones de aire—. Me gustaría pedirle un espacio para publicar un artículo propio. Con una columna quizá tenga suficiente, tal vez dos…

—¡Dos columnas! —El editor se reclinó en la silla de madera con una sonrisita en los labios—. Llegas tarde y encima con exigencias. ¡Qué desfachatez!

—Lamento la tardanza, pero esta noche he seguido las evoluciones de la Guardia Civil en el balneario y me ha sido imposible venir antes. Yo trabajaba mientras los demás dormían o seguían de fiesta.

Como si lo hubiera accionado un mecanismo invisible, el hombre se levantó y apoyó las manos sobre las pilas de papeles, derribando una de ella. Su expresión había mutado por completo.

—¿Has estado en el balneario esta noche? ¿Qué has averiguado?

—Todavía estoy resolviendo algunas dudas, don Pedro. Preferiría solucionarlas antes de hablar sin criterio. —Tocaba apretar de nuevo —. Confío en que me dé esas columnas.

El jefe lo miró con interés renovado, como si de repente se sintiera orgulloso de aquel cachorro catalinero al que había acogido bajo su ala protectora un par de años atrás. «El niño se hace mayor», parecía pensar. Sin embargo, pese a aquel aparente ataque de romanticismo, no dio su brazo a torcer. Al menos no del todo.

—Ya veremos —dijo, adoptando de nuevo una pose severa—. ¡A ver

qué eres capaz de averiguar!

—¿Eso significa que sí?

—Significa que puede ser. Escribir dos columnas con contenido de verdad, no hablo de relleno, no es sencillo y supone encontrar mucha información y saber redactarla bien. No te las voy a regalar, te las tendrás que ganar.

No necesitaba más.

—Eso es lo que llevo haciendo toda la vida.

Y, sin perder un segundo, se lanzó escaleras abajo.

9

Quemar las naves

Guasch

Guasch entró en el patio de cal marqués de Bellpuig sin prestar atención a las maravillosas columnas de capiteles jónicos, a los magníficos arcos rebajados de media punto y al delicado trabajo de ebanistería del artesonado que cubría la entrada del majestuoso palacete mallorquín. Subió a buen ritmo los escalones de mármol de la elegante escalinata con pasamanería de *marès* tallado y entró en el salón principal de la planta noble dando grandes zancadas.

Claudio, Apolonia y el hermano menor de esta, Tomàs, desayunaban en una interminable mesa bajo la glotona mirada de la infinidad de retratos de antepasados de su cuñada: hombres con uniformes de almirante o de general rebosantes de condecoraciones o de comerciantes con cara de haber descubierto tierras ignotas y vencido batallas imposibles. Todos ellos, sin embargo, habrían entregado sus posesiones y renunciado a sus gestas más heroicas a cambio de poder descender de sus lienzos de fondos ahumados y degustar una vez más cualquiera de los manjares que surtían aquella mesa privilegiada. Guasch no pudo evitar recordar las palabras que repetía su padre, el Gran Picaflor, siempre que se referían a la incuestionable futilidad de la vida: *ubi sunt*.

Cuatro criados uniformados montaban guardia a su alrededor en posición de firmes, con los ojos fijos en el infinito y los oídos atentos a cualquier solicitud o queja que pudiera surgir de labios de sus señores. Claudio y Polita compartían el gusto por la pomposidad en su hogar madrileño y que no podía ser más opuesto a la sencillez de Guasch y

Lucía, quienes mantenían como todo servicio a un viejo matrimonio y a su hijo que hacía las labores de cochero, de cuidado de las cuadras y animales de tiro y, en realidad, de chico para todo.

—¿Dónde está Lucía? —preguntó Guasch sin tomar asiento ni quitarse el abrigo.

—Buenos días, Marc. Está en vuestros aposentos —respondió Apolonia, posando con delicadeza una cucharilla de plata repujada junto al plato—. Todavía se está preparando. No contaba con que fueras a llegar antes del mediodía, querido.

—¿Va todo bien, hermanito?

Guasch dedicó una mirada a Claudio, al que le había costado poco deducir que algo iba rematadamente mal.

—Digamos que he tenido un serio desencuentro con el gobernador interino.

—¿El que conocimos anoche que iba disfrazado de senador? Parecía un tipo sensato.

—No precisamente…

—Pero si solo estará en el cargo unas semanas, ¿no le convendría apoyarse en ti para solucionar el caso?

—No quiere perder la ocasión de resolver esto por su cuenta y atribuirse el mérito.

—Don Ricardo no es muy amigo de esta familia —apuntó Tomàs mientras dejaba la servilleta en la mesa—. Es bien sabido por todos que su ideario político no se encuentra alineado con el nuestro.

Claudio miró de nuevo a Guasch.

—Explícate.

—Hay poco que contar, simplemente estoy fuera del caso. Polita, creo que podremos seguir con nuestros planes iniciales y recorrer juntos tu maravillosa isla.

—Tal vez reconsidere su postura —tanteó su hermano.

Guasch soltó una risa amarga que no podía ocultar su decepción ni la molesta sensación de que había actuado de manera demasiado impulsiva al irrumpir sin permiso en el despacho del gobernador. Aunque era obvio, dada su actitud, que don Ricardo tenía aquella decisión tomada de antemano.

—¡Es una excelente noticia, Marc! —exclamó Apolonia sin disimular su alivio—. Ahora ya puedo decir que me hacía muy poca gracia que fueras persiguiendo al loco que ha cometido el crimen más horroroso que se recuerda en Ciutat. ¡Decidido, pues! ¡Hoy iremos a La Seu, y mañana subiremos la Tramuntana para visitar Valldemossa! ¡Os vais a enamorar de La Cartoixa! Se lo diré a mi hermana Joana-Adelaida para que venga con su Ramón, ¡son tan tiernos!

Claudio no despegaba la mirada de Guasch mientras tamborileaba con los dedos en la mesa, en una señal inequívoca de que su cabeza obviaba el parloteo de su esposa y funcionaba a pleno rendimiento.

—¿Por qué no vas a ver a Lucía? —sugirió sin más.

Guasch admiraba a su hermano por múltiples motivos, entre los que destacaban sus innegables habilidades políticas y oratorias, su inteligencia sutil, su capacidad para identificar las necesidades de los demás y, por supuesto, su buen juicio a la hora de dar consejos. Y aquella recomendación era sensata. Su mujer se estaba preparando para cumplir la tarea que ella misma había propuesto la noche anterior y que ahora, muy a su pesar, carecía de sentido. Guasch deseó a sus familiares que siguieran disfrutando del desayuno y se dirigió a su habitación con los ánimos algo más serenos.

Lucía se encontraba frente al espejo, luchando con el cierre de unos pendientes. Lo miró a través del reflejo del cristal y esbozó una sonrisa que se esfumó apenas reparó en su expresión.

—Te esperaba más tarde. ¿Me ayudas con esto?

—Cambio de planes —respondió desprendiéndose, ahora sí, del abrigo y acercándose para auxiliar a su esposa—. Me han apartado de la investigación.

Guasch la besó en el cuello y le resumió los detalles de la breve y humillante entrevista con el nuevo gobernador. Ella se dio la vuelta y le rodeó la cintura con los brazos. Olía bien, como siempre, como a él le gustaba, a una deliciosa mezcla de bergamota, almizcle y sándalo. Guasch la cogió por las mejillas y la besó en los labios. La apretó contra sí. No había día que no agradeciera haberla encontrado e iniciado un camino junto a ella.

—No sabes cuánto valoro lo que ibas a hacer.

Lucía se retiró un poco y lo miró directamente a los ojos.

—¿Quieres decir que se acabó?

Guasch dudó antes de responder.

—Por mucho que me pese, el planteamiento de don Ricardo es acertado. Sin un caso no resuelto por las autoridades locales y una solicitud formal al Cuerpo, no podemos entrar oficialmente a investigar nada. Son las normas. Y te aseguro que la posición de ese hombre es inamovible por lo que respecta a mi posible involucración. Por tanto…

—Por tanto, vas a tener que investigar por tu cuenta. Y yo te ayudaré en lo que pueda.

—Claro que sí…

Guasch rio. Ella no.

Se apartó para estudiarla mejor

—No puedes hablar en serio.

Su mirada rebosaba convicción, y cuando Lucía estaba decidida a hacer algo, lo que fuera, era difícil que cambiara de opinión. Aquella era una de las razones por las que se había enamorado de ella.

—Recuérdame qué iba a hacer yo ahora —preguntó su esposa.

—El plan que me explicaste anoche: convencer al doctor responsable de la autopsia para que te permita asistir como ayudante durante la intervención.

Ella se encogió de hombros.

—Hagámoslo igualmente.

—A ver si lo he entendido bien: estás sugiriendo continuar con la investigación como si nada y actuar al margen de la autoridad, ¿me equivoco?

—No siempre vas a poder trabajar teniéndolo todo de tu parte. Esta situación tenía que llegar tarde o temprano, por el motivo que fuera. No me digas que nunca se te había pasado por la cabeza.

Guasch se pellizcó el labio inferior.

—Estoy solo. O, mejor dicho, estamos solos, tú y yo.

—¿Te parece poco?

Lucía sonrió y él sintió un cosquilleo en el estómago. Adoraba la determinación, a veces rayana en la temeridad, de aquella mujer para

la que no parecían existir imposibles. Si se proponía algo, desfallecería por llevarlo adelante, y muy raro sería que no lograra su objetivo. Sin embargo, en un caso como aquel era preferible contar con más efectivos. Más manos. Más ojos. Más mentes.

—Necesitamos ayuda —se limitó a decir.

—E imagino que no puedes enviar un cable al Cuerpo.

—A ellos no… —dio una palmada al aire—, pero tal vez tenga una opción mejor. Termina de arreglarte y baja al patio mientras yo escribo un telegrama. Me has dado una idea.

Diez minutos después partían en el carruaje al mismo tiempo que un chiquillo de la casa salía corriendo en sentido contrario, en dirección a la estafeta de Correos y Telégrafos. Una vez cumplido aquel encargo ya no habría vuelta atrás, como Hernán Cortés al quemar las famosas naves con las que alcanzó las costas del nuevo mundo.

Superadas las dudas iniciales, estaba deseando encender las mechas.

10

Muriendo

Pere Pau

Pere Pau accedió a la plaza porticada desde el antiguo carrer des Segell, recientemente bautizado como de Jaime II, y se detuvo bajo la placa con el nombre que la comisión municipal rotuladora pretendía llamar aquel amplio espacio: plaça Major. Una denominación que no había calado entre los mallorquines, que, cuatro años después, la continuaban llamando plaça d'Abastos, pues allí era donde se alzaban, gracias a las arduas gestiones del consistorio, el cobertizo de la pescadería, el rastrillo de los carniceros y los tinglados cubiertos con toldos de lona de las vendedoras de hortalizas, y donde, en definitiva, se vendían el grueso de los alimentos que demandaba Ciutat.

Se adentró en el laberinto de pasajes que formaban los puestos y se dejó hechizar por la embriagadora mezcla de olores y colores: el dulce e intenso perfume de los cítricos competía con el aroma terroso de las hortalizas frescas y la fragancia picante de hierbas, como el romero y el tomillo, o las delicias recién horneadas como panes, bizcochos o ensaimadas. El abanico cromático no era menos cautivador, y cubría desde el anaranjado cálido de las zanahorias, las calabazas y las apetitosas naranjas, hasta el amarillo chispeante de los limones, pasando por el verde vivo de los espárragos, las hojas de espinaca y de apio y el colorado de las carnes rojas de la carnicería y los crustáceos de la pescadería, donde rivalizaban por llamar la atención con los tonos plateados y azules atornasolados de pescados de infinidad de tamaños y variedades. Toda una explosión para los sentidos, un lienzo pintado con las tonalidades más puras que les ofrecía la naturaleza. La

sinfonía del lugar venía marcada por las voces de las vendedoras anunciando sus mercancías con su cantar melódico y persuasivo que buscaba llamar la atención de los clientes y el murmullo de los compradores que se entremezclaban con el chasquido de las ruedas de las carretillas, las cestas arrastrándose sobre el empedrado y el golpeo rítmico de los cuchillos en las tablas de cortar de la carnicería y la pescadería.

Pere Pau echó de menos algo que en tiempos no demasiado remotos era la esencia de aquel y de cualquier otro lugar en el que convivían seres humanos: las risas. Solo cuando afinó el oído y prestó atención a las conversaciones comprendió que el crimen del balneario había irrumpido con fuerza y desplazado de un plumazo, como tema de conservación, a las batallas personales, la épica, los lamentos y los chismorreos relacionados con el cólera y con la dispar gestión de sus gobernantes. La humanidad, en concreto la que vivía en aquella isla tranquila, no hacía sino ir pisando de un tiempo a esta parte un charco tras otro.

El sitio estaba repleto de rostros conocidos, incluidos los de algunos niños que, sucios y desvergonzados, correteaban entre los puestos y mortificaban a las mercaderas, que los enviaban *a porgar fum* sin miramientos. Pere Pau encontró, por fin, al pequeño que andaba buscando. Toni Petit era delgado y no levantaba más de cuatro palmos del suelo, tenía el pelo rojizo corto y liso, con un flequillo que le cubría los ojos vivarachos. Se dispuso a ir a su encuentro, pero después de pensarlo mejor, optó por apoyarse en una fachada, cruzar los brazos y observar el espectáculo que, intuyó, se le iba a brindar. Toni Petit gesticulaba de manera excesiva e innecesaria mientras intentaba distraer a una vendedora de un puesto de frutas y verduras. Aquella mañana, además de las variedades habituales, la mujer tenía unas cestas repletas de unas voluminosas y apetitosas zanahorias de idéntico color que el cabello del crío.

Pere Pau detectó un movimiento y, según había previsto, empezó la función.

La tendera gritó «reina» a una cándida mujer vestida de negro y, cuando ya la había hechizado y se disponía a atenderla, Toni Petit

estiró una mano experta y capturó una de las zanahorias, ahuecó la mano y la apretó contra el muslo; en ese momento realizó una exagerada reverencia de despedida y empezó una retirada discreta dando pasitos laterales al modo de los cangrejos.

Pere Pau ya había visto lo suficiente. Rio para sí y se dirigió hacia el niño, que, más atento a los movimientos de la comerciante que a su retaguardia, no se percató de su aproximación hasta que notó que alguien lo asía del brazo y lo elevaba dos dedos del suelo. Entonces empezó a patalear en el aire y a gritar «¡socorro!», «¡auxilio!» y «¡guardias a mí!» a todo pulmón. Se oyeron risas a su alrededor y a varias tenderas indignadas vocear que ya estaba bien de aquellos ladronzuelos y que la autoridad tenía que hacer algo para detenerlos. La vendedora puso los brazos en jarras mientras sus ojos brillantes y un conato de sonrisa rebajaban el tono severo del sermón que le dio.

El niño dedicó una mirada de indignación a Pere Pau antes de girarse hacia la mujer y, con sonrisa beatífica, posar delicadamente la hortaliza en la cesta y apretar a correr.

—*Perdona'm, Catalina* —gritó riendo—*, però em feien molta gola!*

Pere Pau no tardó en darle alcance en el carrer del Sindicat. El niño iba dando saltitos y canturreando, despreocupado y sin ápice de rencor, como si lo que acababa de ocurrir no fuera más que un juego, o como si la vida en sí lo fuera y las cartas que recibía fueran siempre buenas.

Pero él sabía que aquel mocoso era muchísimo más de lo que su apariencia insignificante o su aspecto travieso daban a entender y que iba a serle de mucha utilidad.

—Necesito que hagas algo por mí —dijo sin ambages.

—Pues has empezado bastante mal para pedirme algo…

Pere Pau le lanzó una zanahoria y el pelirrojo la cogió al vuelo, se sentó en un escalón y le dio un bocado crujiente.

—No me digas que a ti te las regala por tu cara bonita.

—¿Por quién me tomas? —respondió Pere Pau, sacando otra para él —. Soy un hombre honrado que paga sus caprichos religiosamente.

—¡Cuánto has cambiado desde que el ayuntamiento te dio la medalla!

—Si quieres, te la presto.

Toni Petit rio de buena gana y unos trocitos de zanahoria se le cayeron al suelo.

Pere Pau había recibido unas semanas atrás, como otros palmesanos que habían llevado a cabo actos heroicos para ayudar a sus congéneres durante la plaga, una insignia de reconocimiento por parte de la municipalidad. En su caso habían valorado su actitud valiente al haber accedido a viviendas cerradas en cuyo interior se sospechaba que había contagiados necesitados de cuidados especiales. Lo habitual era hallar las casas vacías porque sus moradores habían huido a sus pueblos de origen sin dar aviso a los vecinos; media docena de veces había descubierto los restos mortales de palmesanos o catalineros que, infectados, habían sido desatendidos y abandonados a su suerte por unos familiares insensibles, pero también había encontrado a un hombre y a una mujer moribundos que habían podido recibir los cuidados oportunos y salvar la vida.

Gracias a él.

Aquellas vidas habían sido su verdadera gratificación, si bien tampoco había despreciado el halago público y el agradecimiento por parte del consistorio y de sus vecinos. Incluso alguna chica había caído embelesada en sus brazos los últimos días gracias a su merecida fama como héroe de la comunidad.

—Bueno, dime qué necesitas de mí. Supongo que algo relacionado con lo del balneario.

—¿Qué has oído?

—Probablemente lo mismo que tú o que cualquiera.

—Pues me sirves de poco.

—No me vengas con esas.

—¿Por…?

—Lo importante no es lo que sé ahora, sino lo que puedo averiguar. Lo sabes muy bien, y por eso has corrido a buscarme.

—Te he encontrado de casualidad.

—No recordaba que mintieras tan mal.

Aquel niñato descarado llegaría lejos.

—¿Hay algún rumor sobre quién es la chica o el asesino y por qué la

ha matado?

—No creo que nadie lo sepa todavía.

Toni Petit tendió la mano y Pere Pau sacó otra zanahoria del bolsillo.

—Cuéntame lo que sepas.

—Preferiría hablar antes de cuánto voy a sacar yo de todo esto.

Llegaría muy, muy lejos.

—Lo de siempre, por supuesto.

—Ni lo sueñes.

—¿Por qué no? —exclamó con fingida indignación.

—Porque esto es mucho más importante y porque yo también tendré que recompensar a los que me ayuden. —Miró la hortaliza como si la viera por primera vez—. Te aseguro que no podré comprarlos con zanahorias.

—Me sales más caro que un hijo tonto…

—Yo soy más divertido.

—En eso tienes razón. A ver, ¿cuánto me piensas sablear esta vez?

—Veinte reales. Es lo mínimo.

Pere Pau se metió el resto de la zanahoria en la boca, se levantó y se sacudió el abrigo con las dos manos mientras giraba la cabeza a izquierda y derecha, como si valorara el camino más corto para llegar a algún sitio.

—Amigo mío —dijo, sin dejar de masticar—, voy a visitar a tus queridos competidores. Otra vez será…

—No te ayudarán por menos.

—Yo creo que sí.

—Quince reales, ni uno menos. Por ser tú.

—Ocho.

—Imposible.

—Hasta luego.

Hizo un gesto de despedida con la mano.

Se había alejado unos pasos cuando escuchó la voz aflautada del crío a su espalda.

—Doce y la medalla.

Pere Pau se giró ahora sí sorprendido.

—¿La del cólera?

Las mejillas del niño habían enrojecido y Pere Pau se dijo que, al fin y al cabo, por muy bien que supiera moverse y por muy espabilado que fuera, Toni Petit no dejaba de ser un chiquillo de poco más de diez años.

—Hecho, enano. Búscame cuando tengas algo.

Después de hacer varias visitas, Pere Pau se dirigió a la taberna del Bribón, un antro que abría de manera ininterrumpida todos los días de la semana. Muchos decían que era el lugar más infame de la ciudad; otros, un agujero en el que beber barato siempre que no se fuera remilgado. Pere Pau, que la valoraba en su justa medida, se sentía fascinado por la exuberante personalidad del propietario, quien sin proponérselo ofrecía siempre a los asiduos algo con lo que entretenerse mientras agotaban el contenido de sus jarras. Pere Pau había sido testigo en más de una ocasión de cómo algún cliente furibundo vociferaba que su local era «sucio y repugnante» y cómo el tabernero, sin alterar el gesto, lo cogía del pescuezo y lo lanzaba al callejón de dos patadas bien dadas al grito de «¡empieza la limpieza!». A continuación, entre vítores y aplausos, invitaba a toda la clientela a una ronda a cuenta de la casa.

No se sorprendió al encontrar a varios parroquianos con los cuerpos derrumbados sobre sus respectivas mesas, o abrazados a ellas, y se dijo que alguno dormía la mona desde antes de que Eva hincara el diente a la manzana prohibida. Se fijó en un tipo cabizbajo que se apoyaba en un barril y creyó recordar que la víspera, en plena noche de carnaval, ya lo había visto allí en idéntica posición. Quizá estuviera muerto. Antes de marcharse se lo comentaría al Bribón.

Desde que se había despedido de Toni Petit, una hora atrás, había tenido tiempo de visitar el cuartelillo de la Guardia Civil y varios lupanares, realizando algunas averiguaciones relevantes, como que la víctima no ejercía la prostitución, pues no se echaba en faltaba ninguna meretriz, o que no se había encontrado nada importante en los bajos submarinos ni en los alrededores del balneario. Una de sus fuentes había confirmado que, además de estar el cuerpo totalmente desnudo, su ropa y demás objetos personales habían desaparecido.

Tampoco se había encontrado el arma empleada para golpearla. En resumen, carecían de pistas, al margen de unas huellas imprecisas en el polvo acumulado en los baños de las que ninguna conclusión clara se podía sacar. Las autoridades estaban interrogando de manera masiva a cualquiera que hubiera pasado frente al balneario, pero nadie sabía ni había visto nada. La cosa no sería sencilla.

El Bribón dormitaba detrás de la barra desde la que atendía y rellenaba las copas de los feligreses en una ceremonia casi religiosa. En plena ensoñación, el hombre, que de alguna manera detectó movimiento en su área de control, abrió un ojo y retorció sus frondosas cejas.

—¿Ya has acabado con la zagala de ayer, canalla? ¿Qué haces aquí? Si vienes a por otra vas mal encaminado, ya ves cómo está el panorama…

—Solo necesito información —respondió Pere Pau tomando asiento en un taburete tan inestable como cualquier otro.

—¿De lo ocurrido en los baños de los señoritos?

—¿De qué si no?

—No sé qué te hace suponer que yo sepa algo.

—Tú siempre sabes algo.

El Bribón señaló la escasa concurrencia del local.

—Estos no hablan demasiado.

—Seguro que te han llegado cosas.

Le contó varias trivialidades que Pere Pau ya conocía.

—Lo lamento por esa mujer —remató el tabernero.

A Pere Pau le extrañó tanta sensibilidad en un hombre frío y práctico que en ese momento fruncía los labios en una mueca de preocupación.

—Lo digo porque estaría feliz por haber sobrevivido al cólera y no imaginaría que su nueva vida iba a durar solamente tres meses.

—La epidemia no tiene nada que ver con un asesinato, Bribón.

—Por eso mismo.

Pere Pau dejó unas monedas en el mostrador, bajó del taburete y se encaminó hacia la puerta.

—Si averiguas algo, piensa en mí.

—No eres mi tipo. —El mesero cerró los ojos, dispuesto a recuperar su posición de amodorramiento—. Prefiero imaginar mujeres jóvenes de carnes generosas.

Pere Pau señaló al tipo apoyado en el barril.

—Deberías mejorar el anisado, creo que has envenenado a un cliente.

—No te hacía tan observador —respondió el Bribón sin alzar los párpados—. La arpía de su mujer lo ha echado de casa y lleva una semana viviendo aquí.

—Querrás decir muriendo…

El otro contestó con una risa afónica.

—Anda, ponte a trabajar, a ver qué eres capaz de averiguar.

11

Guiñito

GUASCH

—¿No recuerdas nada de nada? —preguntó Guasch, exagerando a propósito su asombro—. ¿Lo dices en serio?

—¡Pero si solo tenía cinco años cuando vine con mis padres a Mallorca! —replicó Lucía, divertida—. ¿Cómo quieres que lo haga?

El traqueteo del carruaje era relajante. Guasch había optado por no referirse a lo que Lucía se disponía a hacer y consideró que lo más conveniente era distenderse un poco.

—Es que me parece imposible, con tu buena memoria… Venga, haz un esfuerzo.

Ella fue a quejarse, pero lo repensó y en lugar de hablar se mordió el índice, señal inequívoca de que se disponía a hurgar en serio en su memoria.

Guasch se fijó en los transeúntes con los que se cruzaban, en los *volants* y en los *rebosillos* con que las mujeres se cubrían las cabezas, los jubones con los que se tapaban el torso y los faldones gruesos de distintos y vivos colores; los hombres llevaban sombreros de fieltro de ala ancha y, a menudo, pañuelos anudados debajo, pantalones anchos y abombados que caían en cierto modo como faldas; la mayoría se cubría con unas capas negras de telas gruesas y anchas solapas. Dos muchachas de rostros ovalados le saludaron con la mano cuando el coche las superó. Él correspondió de igual modo, provocando que las chicas se echaran a reír. Se dijo que le gustaba esa gente de naturaleza pacífica y pensó en el contraste entre aquella inocencia pura y el salvajismo del crimen del balneario. La víctima podría haber sido

perfectamente una de esas jóvenes. Quizá incluso se tratara de una de sus amistades.

—*Amunt, amunt!* —canturreó Lucía, sacándolo de sus pensamientos.

—¿Qué es eso?

—El recuerdo de Mallorca que me pedías.

—Enhorabuena, ¡ahora sí que me tienes intrigado!

—Estuvimos en casa de mis tíos, ya sabes que él estuvo destinado aquí. —Guasch hizo un gesto afirmativo—. Yo tenía cinco años, así que mi primo tendría cuatro… o tres, mejor dicho, porque él cumple en septiembre… Bueno, tanto da. La cuestión es que nos alojamos en su casa y que nuestra habitación estaba junto a una escalera. Uno de los días vino a despertarme. Me viene a la cabeza su manita sacudiéndome, su cara pegada a la mía y su voz aguda que me decía *amunt, amunt*! para que me levantara a jugar con él.

—No lo imagino hablando mallorquín.

—No creo que ahora sepa decir ni una palabra.

—Qué curioso… ¿Cuánto tiempo estuvisteis aquí? ¿El mes de agosto entero? —Su esposa asintió—. Me refería a que os bañaríais en el mar y haríais infinidad de cosas divertidas que no mencionas, y sin embargo has pensado en este detalle insignificante.

Su mujer se encogió de hombros. Sus ojos relucían.

—Y tú, que viajabas tanto con tu familia, ¿tienes algún recuerdo especial de tu infancia?

—Define «especial».

—¿Gracioso?

Guasch no tuvo que pensar demasiado.

—Tendría más o menos la misma edad que tú cuando viniste a Mallorca, tal vez un año o dos más. Mi abuelo, el padre de mi madre, nos acompañaba en el carruaje, una diligencia con dos filas de asientos: mis padres y la tía Pepa iban delante, y yo detrás con el abuelo y mis tres hermanos. Acabábamos de visitar una finca que teníamos en Morella e íbamos en dirección a la casa de Altea. La cuestión es que el mayoral nos había entregado una cesta llena de huevos…

—¡Cuántos detalles!

—Espera y verás. En cierto punto, mi madre preguntó dónde estaban los huevos, si alguien los había cogido o si se habían quedado en la finca. Yo vi que mi abuelo tenía la cesta en el suelo, a sus pies o, mejor dicho, entre sus pies. Y respondí eso: que el abuelo tenía los huevos entre las piernas.

Lucía se tapó la boca con la mano y soltó una carcajada diáfana y transparente. Guasch la secundó y no pudieron parar hasta que los ojos se les anegaron de lágrimas que secaron con el dorso de la mano.

—Dios mío, Lucía, ya sabes lo seria y formal que es mi madre… Pues bien, nunca en mi vida la he oído reír como aquel día, ¿sabes? Nunca. ¿Cómo podría olvidarlo?

Su mujer se apoyó en él y le acarició la pierna.

—¿Sabías ya por aquel entonces que tú y tus hermanos erais adoptados?

—Supongo que sí. Reconozco que mi memoria tampoco da para mucho, pero tengo claro que no nos lo han ocultado nunca.

El carruaje subió la pendiente de la costa de La Sang y aminoró el ritmo para detenerse en la plaza frente a la entrada del hospital, que según se había informado quedaba cerca del Baluard de Sitjar y de la Porta de Jesús, la que conectaba Ciutat con los caminos de la cordillera.

Había oído comentar al doctor en el balneario que tenía intención de empezar la operación a las diez, por lo que llegaban puntuales. La charla les había ayudado a relajarse, pero ahora tocaba centrarse.

Antes de abrir la puerta del coche, Lucía posó una mano sobre su antebrazo y sonrió.

—Me ha gustado que me contaras algo tierno de tu infancia, Marc.

—¿Los huevos son tiernos?

Guasch le dio entre risas un beso rápido en la mejilla y bajó de un salto del carruaje. Ya en tierra, ofreció la mano a Lucía y, cogidos del brazo, se dirigieron hacia los dos grandes arcos rebajados que daban paso al amplio distribuidor de la entrada, donde se ubicaba la farmacia, el acceso al patio de la parroquia de la Anunciación de María, popularmente conocida como La Sang, y a las dos entradas del hospital, una frente a la otra. Entraron en la que quedaba a su derecha

en busca de la recepción, donde les dieron las indicaciones oportunas.

Caminaron por un pasillo hasta llegar a un ala que quedaba en la vertiente norte del edificio. El espacio estaba frío y escasamente iluminado por unas ventanas estrechas y alargadas que filtraban la raquítica luz de aquella mañana de febrero. La sala de autopsias se encontraba en mitad de aquel desangelado corredor.

Guasch miró a Lucía. Ahora que se paraba a pensarlo, consideraba que quizá la posibilidad de que el médico accediera a su petición era más bien remota. Su plan consistía en que él persuadiera al doctor para que permitiera que una persona, sin concretar, le ayudara en la autopsia. El galeno probablemente se negaría, pues solo le conocía de la noche anterior, pero confiaba en que el currículum académico de su esposa terminara por convencerle: último curso de medicina en la Academia de París, iba camino de especializarse en medicina forense y había viajado a Praga para colaborar durante un tiempo con el ilustre Carl von Rokitansky, un cirujano innovador en el campo de las autopsias que había desarrollado una técnica propia y, al parecer, muy precisa.

Posó la mano en el pomo de la puerta y tomó aire.

Lucía le retuvo.

—Espera, es mejor que entre yo sola. Creo que tengo más posibilidades.

—¿Cómo…?

—Antes o después sabrá que quien pretende ayudarlo no es un hombretón de brazos peludos y patillas frondosas…

—Por suerte —sonrió—. ¿Qué le vas a contar?

—Mi experiencia, naturalmente —se encogió de hombros—, y las situaciones concretas a las que me he enfrentado durante las autopsias y cómo las he resuelto. Despertaré su curiosidad, ya verás. Además, quizá conozca a mi padre. Déjame probar.

Su actitud era tan confiada que Guasch no se pudo oponer y, conociéndola, seguro que peor que él no lo haría.

—Te espero aquí. Si en diez minutos no has salido, me marcharé. Le diré a Xisco que aguarde junto a la puerta de entrada hasta que salgas, sea la hora que sea, para que te acompañe a casa.

—Puedo ir a pie, la casa de los marqueses no queda lejos.

—Me quedo más tranquilo si él te acompaña.

Ella le dio un beso rápido, se ajustó el abrigo y golpeó con los nudillos. Después de recibir autorización, entró y cerró tras de sí no sin antes, cuando la apertura de la puerta era ya mínima, guiñarle un ojo.

Le fascinaban aquellos guiñitos.

Veinte minutos después, convencido de que Lucía ya no saldría, Guasch cruzó la enorme entrada del hospital mientras se preguntaba cómo conseguiría encaminar aquella investigación imposible.

En realidad, no dejaba de ser un nuevo reto, con la particularidad de que esta vez iba no a incumplir, pero sí a actuar de espaldas a la ley que siempre había guiado su labor profesional. Aquel hecho paradójico era más un estímulo que un inconveniente.

No tenía apoyos y los debía buscar.

Y se dirigió a la primera de las puertas que estaba obligado a tocar.

12

Ayuda

GUASCH

Guasch bajaba por el passeig des Born rabioso y sin prestar atención a cuanto le rodeaba. Sus pensamientos iban y venían del alcalde don Joan Vanrell al teniente de la Guardia Civil Ignasi Arnall, pues ambos le habían dado la espalda y se había negado a interceder por él el primero, y a tenerlo al día de las novedades de la investigación el segundo. Ninguno quería enfrentarse a la máxima autoridad de la provincia, por mucho que el cargo fuera temporal, ni poner su carrera en entredicho intercediendo a favor de un desconocido recién llegado, con independencia de quién fuera su familia directa o política.

Era comprensible. Hasta cierto punto.

—Si don Ricardo no acepta su ayuda no hay nada que yo pueda hacer —resumió el político municipal, acompañando una sonrisa forzada al frotado nervioso de manos—. Pero quédese tranquilo, no tengo ninguna duda de que si él procede de este modo es desde el convencimiento de que dará con el culpable de un crimen tan atroz. A ningún pastor le gusta que maten a sus ovejas, y estoy seguro de que él hará todo lo posible por resolverlo, en especial…, ejem, después de haber sido la mano derecha de don Alfonso en su controvertida gestión de la epidemia.

Arnall, por su parte, se había mostrado cortés, aunque distante.

—Me han informado de manera muy precisa de que ha sido usted apartado de la investigación. Lo lamento, pero, como comprenderá, me debo a mis superiores. Bastante tengo con atrapar al culpable como para encima desobedecer órdenes.

—Solo le pido que comparta conmigo las novedades para ayudar en lo que sea posible.

—Le ruego que no me ponga en un compromiso —dijo levantando las manos—. Olvídelo y disfrute de la isla, de verdad. Y no se haga mala sangre.

Pues sí, se estaba haciendo muy mala sangre y se estaba empezando a cansar del consejito paternalista de «disfrutar de la isla». Como si fuera tan sencillo. ¿Se habían puesto de acuerdo? Porque Guasch no podía olvidar aquel cuerpo níveo y retorcido, aquella cabeza sin rostro, aquella vida joven sesgada violentamente.

La familia de Guasch se contaba entre las grandes fortunas no ya de España, sino del continente, y él había renunciado a una vida fácil y acomodada para dedicarse a la que había resultado ser su pasión, que no era otra que la investigación policial. Algo para muchos incomprensible y para otros, que conocían su secreto, curioso, al estar los orígenes de su familia vinculados al contrabando de tabaco. Pero importar cigarrillos de manera clandestina no era comparable a sesgar una vida humana, en algunos casos como aquel, de un modo desproporcionado y brutal. Guasch afrontaba los casos, cuya resolución consideraba justa y necesaria, como un reto intelectual y a él dedicaba su tiempo y su inteligencia. Incluso, en ocasiones, sus propios recursos económicos. Guasch creía sinceramente que en el Cuerpo había talentos más brillantes que el suyo, ¡y menos mal! Pero esta circunstancia, lejos de abrumarlo, lo estimulaba a mejorar.

Resopló y consultó el reloj de bolsillo.

Solo le quedaba una carta por jugar.

Un guardia municipal le había informado de que encontraría a Pons en la Porta des Moll, no lejos del balneario, y en efecto allí estaba, interrogando junto a un compañero de expresión aburrida a una pareja de militares de bajo rango que, supuso, serían los vigilantes de aquella entrada en alguno de los turnos de la jornada anterior.

Guasch esperó paciente en la distancia a que el guardia acabara. La entrevista no se demoró demasiado. Al terminar, el cabo se le acercó con su andar parsimonioso.

—¿Ha averiguado algo?

—*Mem*! No es que no recuerden nada, es que una noche así, en la que todo el mundo va disfrazado y desbocado, es complicado fijarse en alguien en concreto. Unos corrían, otros reían, todos gritaban… Ya lo vio usted. Llamaron la atención a un grupo y detuvieron a dos borrachos que iniciaban una pelea cerca de la puerta. Al margen de eso, no se encontraron con nada fuera de lo normal.

Era obvio que nadie le había informado de que estaba apartado de la investigación y Guasch decidió no decírselo por el momento. Su compañero permanecía alejado, mirando a la nada. Quedaba claro quién de los dos era el espabilado, no ya solo por rango, sino por actitud y, seguramente, por capacidad.

—Hemos revisado los alrededores del balneario a la luz del día y hemos encontrado unas manchas de sangre detrás del cuarto de máquinas, ¿recuerda? Donde apostamos al guardia…

—¿Perelló?

Pons hizo un gesto de asentimiento.

A lo lejos se veían, diminutas, las lavanderas que bajaban del arrabal de Santa Catalina cargadas de cestas y se dirigían a un pequeño tinglado, cerca de la desembocadura de sa Riera. Un par de figuras vestidas del esplendoroso azul de la Guardia Civil revoloteaban a su alrededor e interactuaban con ellas.

—¿Y esos guardias? ¿Buscan prendas ensangrentadas?

—Sí.

—¿Puede mantenerme informado de lo que averigüen, por favor?

Guasch procuró decirlo de manera que el compañero no le oyera.

El cabo le miró sin comprender. O tal vez sí lo había entendido a la perfección, pero quería una explicación.

—¿Por qué me lo pide a mí? Debería ser Ignasi quien le pusiera al día.

Guasch suspiró, consciente de que no podía engañarlo ni provocar que le abrieran un expediente por su culpa, así que le contó su desvinculación del caso con sinceridad y sin florituras, asumiendo la incertidumbre de cómo iba a reaccionar. Y le comunicó también su voluntad de continuar por su cuenta y riesgo con la investigación.

Pons se cambió el fusil de hombro, miró a su pareja y luego de

nuevo a Guasch.

—Sé quién es usted.

—¿Perdón?

—Que conozco su trabajo. Estuve destinado en Ibiza bastante antes de que fuera usted a resolver el caso de Sant Jordi.

El mallorquín dejó la frase ondeando en el aire sin dejar de mirarlo fijamente.

—Buena gente, los ibicencos —dijo Guasch para rellenar el silencio incómodo.

—Unos sí y otros no tanto; de hecho de los primeros casi no conozco a ninguno. —Ahora fue él quien miró a su compañero y bajó la voz—. La cuestión es que sabía de los asesinatos del cura y su criado, aunque ayer, cuando nos conocimos, no los relacioné con usted.

—Ya, bueno… Me alegro, pero ¿qué pretende decir con esto?

—Que me gusta cómo trabaja y que cuente conmigo.

Guasch trató de no exteriorizar el alivio, pero se vio en la obligación de advertir a aquel hombre, pues valiente y temerario eran dos conceptos cercanos pero muy distintos.

—¿Sabe usted que está poniendo su carrera en peligro, Pons? No querría que se arriesgara sin valorar las posibles consecuencias.

El guardia hizo una mueca.

—En primer lugar, a mí nadie me ha avisado de nada con respecto a usted; en segundo, ya procuraré que no se enteren y, por último y para serle sincero, creo que vale la pena. Vi a esa chica y quiero encontrar al malparido que la torturó y la mató. No veo qué problema hay en que un investigador honesto haga su trabajo, con o sin la colaboración de la Guardia Civil.

Y dando un grito, puso firme al compañero y se encaminó hacia las murallas.

13

Refuerzos

Riera

Al subinspector Toni Riera le encantaban las soleadas mañanas de febrero como aquella, cuando el frío aflojaba y podía pasear por las calles del arrabal de La Marina, en Ibiza, sin que la humedad del ambiente le calara hasta los huesos.

Aquel día, antes de salir de su casa, ubicada en el último piso de un pequeño y céntrico edificio frente a la iglesia de Sant Elm, se había despedido de su mujer con un achuchón y bajado canturreando con el *caputxó* abierto y la camisa desabotonada. Al asomar a la calle miró el templo, se santiguó y recitó una oración rápida, más por costumbre que por devoción. Después giró a la derecha y se dirigió con paso relajado, saludando a cuantos se cruzaban con él, conocidos todos, hacia la plaça de la Constitució.

La plaza, un descampado a los pies de las imponentes murallas de la ciudad, era el lugar habitual en el que los payeses venidos de toda la isla se reunían para comprar y vender la cosecha, harina, animales vivos o muertos y objetos de cualquier naturaleza y condición de los que se pudieran desprender. El Portal de Ses Taules, el acceso principal de la ciudad amurallada, se abría enfrente y, antes de la hora de comer, exhaustos de sus interminables mañanas de inactividad, los señoritos de Dalt Vila y las autoridades civiles y militares bajaban a estirar las piernas y a hacer la tertulia en la fonda que Miquel Guevara regentaba junto a la *drassana*. Riera disfrutaba de la algarabía, de las chanzas y las risas, de mezclarse con unos y otros y de burlarse de cualquiera, empezando por sí mismo.

Los últimos tiempos habían sido particularmente apacibles en su trabajo, que no era otro que, aparte de la expedición de pasaportes, mantener la ley y colaborar con la Guardia Civil en la identificación y captura de los canallas que alteraban el orden público y atentaban contra sus semejantes. Era como si los ibicencos, de naturaleza sensible y prestos a desenfundar cuchillas y *catxorrillos* por cualquier insignificancia, hubieran entrado en una etapa de relativo letargo. No todo era paz y *germanor*, desde luego, pero era un hecho palpable que las reyertas, los heridos y sobre todo los muertos, se dilataban en el tiempo de un modo que al menos él no alcanzaba a recordar.

Riera gozaba de buena fama entre sus conciudadanos, ganada años atrás por participar de manera activa en la resolución de un difícil caso que tuvo a la isla en vilo. Él no había liderado la investigación, pero sí había sido la mano derecha, el guía e incluso en cierto modo el confesor de Marc Guasch, el responsable de todo. Al final, pese a sus evidentes diferencias, habían terminado tejiendo una sólida amistad. La excitación que generó el desenlace de los crímenes de Sant Jordi se había difuminado en el tiempo, pero un poso de todo aquello había quedado en la memoria colectiva, y esa esencia, ese recuerdo generalizado, hacía que la gente lo siguiera tratando con el mayor de los respetos.

Algo llamó su atención por el rabillo del ojo. Un movimiento brusco, más rápido del que habitualmente regía el ritmo pausado, cuando no mortecino, de los ibicencos. Eran dos guardias que cruzaban corriendo la puerta de las murallas mientras esquivaban mulas cargadas de cántaros y aguadores; uno de ellos agarraba el tricornio con una mano. Varios campesinos dejaron sus quehaceres para observar el entretenimiento que se les brindaba.

Entonces, uno de ellos pareció reparar en alguien entre el gentío e hizo un gesto al otro, que se giró y señaló en dirección a Riera, el cual miró a su alrededor sin ver nada más que un payés y una criada que negociaban, a su lado, la venta de una cesta de huevos.

Los guardias alcanzaron las montañas de carbón que se apilaban junto a la rampa y se adentraron en la plaza sorteando campesinos y chocando con alguno de ellos. Un brazo uniformado se elevó por

encima de las cabezas que le rodeaban asiendo un papel de un blanco inmaculado. Riera advirtió que se le secaba la campanilla y comprendió que llevaba un buen rato con la boca abierta.

Finalmente, llegaron resoplando hasta su posición y uno de ellos, un cabo de Úbeda que se expresaba en un enrevesado dialecto al que llamaba *ubedí*, le entregó un pequeño sobre con el sello de la estafeta de Correos y Telégrafos de Ibiza.

—Han mandao esto pa usté, subispectó.

—¿Eh? —Riera todavía no había salido de su estupor. El otro le puso el telegrama en la mano—. ¿Esto es para mí?

La pareja asintió a la vez y Riera empezó a abrir el sobre.

—¿Qué es?

—Lo reclaman a usté.

—¿Quién?

—Un tal Guá.

—¿Cómo dice?

Riera no entendía nada. Por fin logró abrir el cable. Lo acercó y alejó de los ojos hasta dar con la distancia apropiada para leerlo con un mínimo de claridad y empezó a recitar con voz pausada, palabra por palabra:

—«Apreciado Riera. Estoy en Palma. Mujer asesinada. Terrible crimen. Necesito ayuda. Venga rápido en el primer vapor. Respuesta en esta dirección. Le abraza. Guasch».

—¿Este Guasch es Marc Guasch? —preguntó el otro guardia, abriendo los ojos.

—Están todavía cargando er vapó. —El cabo, práctico, miró las agujas del reloj de la catedral—. Sale en una hora.

—No… no puedo prepararme en tan poco tiempo —balbuceó Riera —, necesito llevarme algo…. no tengo maleta, ni documento sanitario. No tengo nada… ¡Es imposible! Además, en Palma hay cólera morbo… ¡no quiero morir!

—Er cólera s'acabó hace mese, no pase pena por eso. El tema é si quiere usté ir o no. ¡Eso e ante que na!

—Nunca he salido de la isla —fue lo único que acertó a responder.

El ubetense sonrió y lo organizó todo en un santiamén.

—Ea, no pué fallá a ese hombre, usté se prepara y yo me encargo de da er aviso ar puerto, de tramitá er papeleo y de que er barco no zarpe sin usté. Er compañero que suba a la estafeta a respondé al señó Guá pa que vaya a recogerlo allí, ¿le parece?

—Bueno, yo…

—Vamos, ¡no se duerma y alivie!

Riera lo contempló, le dio unas palmadas en la espalda y, sin decir una palabra más, apretó a correr hacia su casa a prepararse.

14

Abordaje

GUASCH

Guasch sintió que el guardia civil que vigilaba la abertura del balneario no le quitaba el ojo de encima cuando se agachó para examinar las manchas de sangre adheridas a las rocas. Si la autoridad hubiera querido que no fueran accesibles habría instalado algún sistema que impidiera acercarse, pero no era el caso, así que Guasch llegó sin impedimentos y sin que el agente pudiera recriminarle nada.

Por la forma de las salpicaduras parecía descartable que alguien se hubiera caído y malherido allí; las marcas serían diferentes de aquel goteo, habría una única mancha y, de ser varias, estarían juntas y serían más compactas. Estas se encontraban alineadas y formaban una especie de línea recta colocada en diagonal con respecto al balneario y a la costa.

Guasch se arrodilló y quedó con el trasero levantado en una posición que, en cualquier otro contexto, habría pasado por indecorosa o, cuanto menos, poco elegante. Allí, en aquellas circunstancias, resultaba irrelevante. Ni el guardia era un vigilante de la moralidad ni a él le preocupaba lo más mínimo lo que pudiera pensar de él o de sus posaderas.

El mar estaba revuelto y el viento proyectaba la espuma, que le impactaba en la cara. Era agradable y refrescante.

Observó que las marcas de las gotas de sangre no eran perfectamente redondas sino que su forma era alargada, similar a la de un cono, como si hubieran sido lanzadas con fuerza y, una vez en el suelo, una parte del líquido se hubiera prolongado. Tenían todas un

contorno parecido. Se rascó la cabeza, preguntándose qué había sucedido allí, como si el asesino, pues todo apuntaba a que las manchas las había provocado él, hubiese sacudido algo ensangrentado, pero ¿el qué? ¿Las manos?, ¿el arma?

Miró el edificio alargado de madera y decidió que tenía que interrogar de nuevo y con mayor profundidad al vigilante de los baños.

Aunque el agente de guardia dijo que no podía desvelar dónde vivía Ramis, Guasch sospechó que en realidad no tenía la menor idea. Las siguientes catorce personas a las que preguntó, pescadores, marineros, lavanderas, campesinos, soldados, ancianas y paseantes, ni siquiera sabían quién era aquel hombre, pero la decimoquinta afirmó saber de quién se trataba y, además, le dio referencias de un zapatero que podría orientarlo acerca de su lugar de residencia, según creía, «donde los *xuetes*».

—¿*Xuetes*? ¿Qué es eso?

Su interlocutor, un hombre de cuerpo menudo, espaldas anchas y olor a pescado, escupió al suelo y se santiguó tres veces.

—Los malditos judíos que asesinaron al *nostre Senyor*. Tenga cuidado con ellos. ¡No son trigo limpio!

Y prosiguió su camino refunfuñando y sin dar más explicaciones.

Según el pescador, debía encaminarse hacia la iglesia de Santa Eulària detrás de la plaça de Cort, la sede del ayuntamiento donde ya había estado esa mañana cuando visitó al alcalde. A este paso, en un par de días conocería la ciudad como la palma de su mano.

El zapatero no desvió la atención de su labor mientras lo orientaba sobre cómo llegar al domicilio de Ramis, enclavado en mitad del carrer de s'Argenteria, que nacía en la parte trasera del templo.

La calle era angosta, ligeramente curvada y corta, tanto que alcanzaba a verla entera desde un extremo. A ambos lados había numerosos negocios abiertos al público, la mayoría joyerías y talleres de orfebrería entre los que se colaba algún anticuario cuyas mercancías se acumulaban unas sobre otras hasta tocar el techo. Los comercios lucían letreros con los nombres de los propietarios. Algunos apellidos, como Piña, Miró o Fuster, se repetían con frecuencia. El

trasiego de gente era constante, y muchos de ellos cargaban cajas y cajones cubiertos con telas, con mercaderías quizá valiosas que los dueños querían ocultar de las miradas de los transeúntes.

Guasch entró en una de las tiendas para hacer una consulta cuando avistó una calva reluciente que salía del portal de enfrente. El cráneo giró de lado a lado antes de torcer hacia su derecha. Guasch salió y vio que el hombre oteaba de nuevo a su alrededor, como para comprobar que no lo seguía nadie, se encasquetaba un sombrero de lana negra y se levantaba el cuello del chaquetón en una gesto que delataba su interés en pasar desapercibido más que para protegerse de la rasca, porque no hacía demasiado frío. Llevaba un capazo colgado del hombro.

Echó a andar tras el guardián, manteniendo cierta distancia de seguridad.

Torcieron por una calle breve llamada Bosseria y se sumergieron en un humilde barrio de menestrales en el que serpentearon por unas callejuelas de aleros modestos, alta densidad humana y amplitud y luminosidad desigual. Pasearon frente a un sinfín de talleres de artesanos y comercios agrupados por géneros, la mayoría de las dimensiones reducidas y sin apenas espacio para la movilidad; quizá por ello, y también seguramente buscando llamar la atención de los transeúntes, muchos realizaban sus labores en plena calle. Guasch se fijó en los nombres de las vías, por si podía ser de utilidad, y descubrió que en los edificios miserables del carrer de la Gerreria se abrían almacenes de alfarería que realizaban toda clase de vasijas de barro cocido, y también tejedores y esparteros; en Verge de Lluc se localizaban talleres de sombreros de fieltro; en el carrer de la Corderia, franqueada por soportales sostenidos por bastas columnas cuadradas, habitaban zapateros, cordeleros de esparto o torneros; en el carrer de la Ferreria se situaban los herreros, y en el propio carrer del Sindicat, pañeros, sombrereros y cacharreros, así como tiendas de loza y comercios con mercancías variadas.

Algunas calles estaban parcialmente destripadas y dejaban a la vista un entramado de tuberías que el ayuntamiento reparaba o ampliaba.

Ramis entró y salió de varios establecimientos en los que

permanecía poco tiempo hasta que finalmente accedió a una cacharrería en la que dejó el capazo que había cargado hasta el momento y en el Guasch pudo comprobar, desde fuera, que llevaba una olla ennegrecida.

Continuaron su ruta por el carrer dels Socors hasta alcanzar el carrer del Sol, tranquilo y señorial, donde Guasch atemperó sus pasos por miedo a ser descubierto. El griterío de la ciudad, estruendoso hasta entonces, sonaba ahora atenuado por los edificios de varios niveles. Los aleros de madera labrada destacaban generosos de las viviendas y creaban un entoldado sofisticado y elegante que protegería a los caminantes en las jornadas de lluvia. El canturreo de una mujer invadía la calle desde algún edificio cercano. Un olor a sofrito indicaba que las familias pudientes de aquel barrio se sentarían en breve a almorzar.

Reparó en una imponente fachada con tres pisos desiguales que se erigía frente a él. En el piso inferior se abría un portal abovedado junto al que resaltaba, entre angelotes, un escudo tallado en piedra y la figura de una mujer que clavaba una espada en su propio cuerpo, probablemente en referencia a la leyenda romana de Lucrecia. La planta noble presentaba un estiloso conjunto de cinco ventanas de estilo renacentista y gran tamaño con medallones en la parte superior y jambas con figuras antropomorfas, como la de un hombre barbudo con grandes pechos de mujer que parecía observar a los viandantes con mirada curiosa. El artista de la época tenía un peculiar sentido del humor.

Se preguntó cómo le estaría yendo a Lucía con el galeno y confió en que no tardara demasiado en regresar a casa. Estaba impaciente por abrazarla y conocer los resultados de la autopsia.

Prosiguieron hasta la plaça de Sant Francesc, al lado de cuya iglesia vio la entrada de un claustro que parecía en ruinas, y delante de la cual pululaban ancianos desharrapados y mendigos varios. Después de un último giro desembocaron en un callejón estrecho que resultó llamarse de Can Savellà. Guasch vio, parapetado en el zaguán de un portal, cómo el vigilante se detenía frente a la entrada de un patio, se asomaba de puntillas sin llegar a entrar y se apoyaba en la pared de

enfrente dispuesto a esperar.

Reflexionando sobre el trayecto, supuso que la iglesia que veía al final del callejón sería la de Santa Eulalia y que, por tanto, no se encontraban lejos de la casa de Ramis.

Al cabo de un rato, un grupo de hombres de distintas edades y aspecto impecable apareció a su espalda y se aproximó hacia él. Los dejó pasar y caminó tras ellos a una distancia prudencial. Los caballeros se detuvieron en un cruce en el que por lo visto pensaban separar sus caminos y Guasch vio, a través de ellos, la espalda encorvada de un hombre de cabello claro que salía del casal con una carretilla cargada de cántaros y se dirigía hacia Ramis, que asintió y sacó una mecha del bolsillo con la que le ayudó a encender un cigarrillo. Durante el proceso, el vigilante no dejó de dirigir miradas de soslayo al grupo de caballeros, como si se interesara por uno de sus integrantes. ¿Quién? El carretillero, que no era tan mayor como en un principio había pensado, dio una cabezada de agradecimiento y se llevó su mercancía hacia el final de la calle hacia la iglesia de Santa Eulalia. Su mente volvió a centrarse en Ramis. ¿Por qué no entraba a preguntar en lugar de quedarse esperando allí? ¿Qué relación tenía un hombre de condición humilde con una familia distinguida como la que previsiblemente moraba en aquel casal? ¿Estaría unido por lazos familiares o afectivos con alguien del servicio?

Uno de los hombres, un joven que rondaría la mitad de la veintena, de estatura moderada aunque buena figura, se despidió y se dirigió hacia la casa. Los otros se desviaron por la otra callejuela. Guasch se quitó el sombrero y se ocultó en otro portal para poder seguir observando sin ser visto.

Ramis abordó al joven, que se detuvo a unos pasos de él y miró a su alrededor. El hecho de que mantuviera una distancia prudencial demostraba que no se sentía cómodo en presencia del guardián o que no quería que los vieran juntos. La visita, en cualquier caso, podría calificarse como inesperada, inoportuna o molesta, quizá las tres cosas a la vez. Ramis se acercó y alzó una mano que el otro recibió sin en apariencia inmutarse, seguro de sí mismo y de la buena posición que su traje evidenciaba. Hablaban, o mejor dicho, era el calvo quien lo

hacía. Y gesticulaba. El joven escuchaba. En algún momento fue a decir algo, pero el vigilante lo cortó y prosiguió con una diatriba que Guasch desde la distancia no entendió. Aquella actitud tenía poco del servilismo que *a priori* debía mostrar una persona de origen humilde ante alguien de un estrato social superior.

No entendía nada. ¿Por qué hablaban dos individuos tan dispares apenas unas horas después de que Ramis descubriera el cadáver en el balneario? No sabía qué pensar.

El joven se retiró hacia el interior de la casa después de decirle algo al vigilante, que asintió y se alejó con paso seguro callejón arriba, quizá de regreso a su casa. Cuando desapareció por la esquina, Guasch salió de su escondrijo y se acercó a la mansión. Su interés se centraba ahora en aquel lugar y en la identidad de su joven morador.

El patio, uno de los más impresionantes que había visto hasta la fecha, tenía planta rectangular y estaba compuesto por un amplio y elegante conjunto de columnas de mármol rojo con fustes convexos y capiteles corintios sobre los que reposaban unos arcos rebajados de longitud notable. Sin duda, aquella familia pertenecía a la más granada élite local y por fuerza tenía que conocer a la de Apolonia.

Cuatro carruajes se repartían en las esquinas como grandes monstruos durmientes: un coupé verde, un par de ómnibus y un excepcional *break* de un reluciente color negro. A los pies de las columnas y en las esquinas lucían numerosas macetas de barro con helechos de hojas majestuosas. Enfrente, centrada en el patio y con el escudo de la familia bien visible en el testero del rellano, se levantaban la extraordinaria escalera imperial con pasamanería de forja y la *loggia*, una galería con tres estilizados arcos de medio punto.

En el patio se abrían varias puertas que seguramente daban a las habitaciones del servicio, cuadras, despensas, bodegas u otros almacenes. A ambos lados de la escalera se emplazaban dos grandes arcos que permitían pasar a lo que parecía un segundo patio posterior. A derecha e izquierda también se accedía a otros edificios y patios anexos. El conjunto parecía no tener fin o, con probabilidad, abarcaba toda la manzana.

Del piso superior llegaba el sonido casi imperceptible de un piano.

Si su oído no le traicionaba, aquella pieza era uno de los primeros nocturnos de Chopin. ¿El segundo, tal vez? No estaba seguro. Apolonia también interpretaba con frecuencia a aquel compositor por el que los mallorquines parecían sentir adoración.

Pensó en lo cómodo que resultaba ser forastero para justificar determinadas conductas, como pedir ayuda en los sitios apropiados sin levantar sospechas. Y eso se dispuso a hacer. Tocó varias puertas del patio principal. Nadie le abrió, por lo que se dirigió al patio trasero, en apariencia más antiguo.

La casa del portero estaba vacía, y advirtió que junto a ella se ubicaba otra entrada que daba a la calle trasera. Subió una pequeña escalera y probó suerte de nuevo. Si el olfato no le fallaba, la cocina no debía de andar muy lejos.

Ahora sí le abrió una joven de tirabuzones oscuros, pómulos marcados, grandes ojos pardos y labios generosos. Sus rasgos eran armoniosos y su expresión, interrogativa. Vestía ropajes negros sobre los que destacaba un inmaculado delantal blanco adornado con puntillas. Sujetaba una cebolla en una mano y un cuchillo en la otra.

Guasch esbozó su mejor sonrisa y se esforzó para que pareciera espontánea.

—Lamento importunarla —dijo, rascándose el mentón—, creo que me he perdido. Busco la casa de don Francisco Rocabertí-Boixadors, marqués de Bellpuig, pero tengo la sensación de que no es aquí, ¿verdad?

—¡Oh, no! —rio ella—. ¡Se ha desviado usted mucho!

Lo acompañó hasta el portón de entrada, que en efecto daba a una calle llamada de Sa Campana, y le dio indicaciones para que pudiera salir de aquel laberinto de callejones estrechos para llegar a Can Puig. Guasch suspiró con falso alivio y dirigió una mirada de admiración a aquel majestuoso palacio. Esta vez no fue necesario fingirla, el conjunto era extraordinario.

—¿Cómo se llama esta casa? Quiero explicárselo al marqués para que se ría con ganas a mi costa.

—Can Vivot —respondió la chica—. Estoy segura de que a don Francisco le hará mucha gracia la confusión.

Guasch agradeció su ayuda, hizo una breve reverencia y se marchó.

15

Molestias

GUASCH

Lucía le esperaba sentada en un sillón de la habitación. El libro de Stendhal descansaba cerrado sobre la mesita mientras observaba la plaça de la Constitució por la ventana sumida en sus pensamientos, rememorando muy probablemente el amasijo de carne y huesos que había tenido la desdicha de examinar aquella mañana. Guasch admiraba a su mujer desde el mismo momento en que la había conocido, y esas experiencias juntos no hacían sino aumentar su fascinación por ella.

Lucía le dirigió una mirada distraída y señaló el otro sillón.

—Siéntate y te cuento, ¿por dónde quieres que empiece?

Guasch la besó e hizo un gesto vago con el que dejaba la elección a su criterio.

—La chica era muy joven, unos veinte años. No había dado nunca a luz y estaba destrozada no solo por fuera, sino también por dentro.

—¿Cómo que «por dentro»? ¿Qué significa eso?

—Que la violaron de una manera extrema, con una brutalidad poco habitual…

Guasch recordó el cuerpo desnudo junto a la bañera y se esforzó por olvidar que se trataba de un ser humano con sentimientos y centrarse en temas prácticos relacionados con el crimen. No lo logró.

—La mancillaron con un objeto alargado. No tenía la hoja de un cuchillo, pero por el tipo y la profundidad de las marcas no tenemos dudas de que era metálico.

—¿Metálico pero no cortante? Podría ser una barra de hierro, o

algún tipo de herramienta de las que emplean pescadores o campesinos. Quizá otro oficio… ¿Un herrero? ¿De dónde la sacaría?

—Pensamos que quizá eran dos.

—¿Dos qué?

—En la entrepierna se aprecia que la forma no es curva, pero de las marcas de la cabeza se desprende que sí. Esta segunda también es de metal.

Guasch se frotó la cara con ambas manos.

—¿Tenemos dos armas diferentes?

—Puede ser.

—¿Podría tratarse de más de una persona?

—A raíz de la autopsia no tenemos elementos suficientes para afirmarlo ni para desmentirlo. Lo siento.

—Ya… —Guasch recordó el lugar del crimen—. Las huellas del suelo son confusas, pero no parece que accedieran más que dos personas al balneario, de las que solo salió una. Lo extraño es el uso de dos armas diferentes. —Hizo un gesto con la mano como si quisiera pasar página—. ¿Algo más?

—Esta no es una violación normal, no hemos encontrado semen. Que la forzaron con un objeto está claro, pero al no haber encontrado restos orgánicos no podemos saber si el asesino también la penetró.

—¿Qué más?

—Las manos no eran delicadas, propias de una mujer ociosa, sino de una trabajadora: no estaban cuidadas y tenía las uñas estropeadas y pequeñas heridas típicas de quien realiza trabajos manuales. Lo que también te interesará es que no presentaban restos de piel debajo de las uñas que indicaran una pelea ni, tampoco marcas de haber estado maniatada.

—¿Quieres decir que no se defendió cuando la forzaban?

—Eso es.

—¿Y el agua no habría podido eliminar posibles evidencias?

—Algo hubiera quedado, estoy segura. No llevaba tanto tiempo sumergida, y el líquido además estaba estancado.

Guasch sintió un escalofrío solo de pensarlo.

—La única explicación que se me ocurre, teniendo en cuenta cómo

la dejaron y el dolor que le debieron causar, es que estaba inconsciente cuando le hizo todo eso. —Suspiró y aprovechó para ordenar la información—. Recapitulando, tenemos a una mujer de cabello oscuro, alrededor de veinte años y clase trabajadora a la que han dejado inconsciente antes de violarla de manera brutal con un objeto metálico que es diferente del empleado para desfigurarla y matarla. Además, se han llevado su ropa y cualquier otro objeto personal.

—Es duro, pero correcto.

—¿Por qué se tomaría el asesino tantas molestias para ocultar la identidad de la víctima? —Chascó la lengua—. ¡Qué tontería! Lo que consigue es precisamente esto, que todavía no sepamos quién es ni tengamos la menor idea de por dónde empezar a buscar.

—¿Sabes si ha habido alguna denuncia por desaparición?

—Contactaré con Pons, confío en que podamos vernos hoy en algún momento y me cuente las novedades.

—¿Es el guardia civil mallorquín del que me hablaste?

—Está dispuesto a ayudarme.

—Me alegro. —Lucía apoyó la mano en su pierna—. No todo podía ser negativo.

Tocaron a la puerta y alguien del servicio avisó desde el pasillo de que el almuerzo se serviría en diez minutos. Lucía se puso en pie.

—¿Sabes algo de Riera? —preguntó.

—Espero que le haya llegado el mensaje, que no tenga compromisos y que haya podido subirse al vapor. En fin, son muchas las cosas que pueden fallar. Confío en que salga bien, me sería de gran ayuda que estuviera aquí… Por cierto, ¿cómo te metiste en el bolsillo al forense?

—Casi diría que se metió él solito.

—No esperaba menos.

—¿Acaso dudabas de mis aptitudes, querido?

Guasch tuvo que sonreír. Solo ella era capaz de lograrlo en unas circunstancias como aquellas.

—Vas a tener que enseñarme alguna de esas habilidades tuyas.

—¡Me temo que ya conoces unas cuantas!

—Una persona inquieta nunca deja de aprender.

—Me presenté, haciendo énfasis en mi apellido, y enumeré los estudios que estoy cursando en París. Resulta que coincidió con mi padre en un encuentro en Barcelona hará seis o siete años, y desde entonces han mantenido cierta correspondencia para comentar algún caso. También es viudo, lo que hizo que conectaran más. Fíjate que mi padre hasta le había hablado de mí, por lo que ya estaba al corriente de mis clases en Francia.

—¿Lo dices en serio?

—Se interesó por las prácticas forenses que había realizado y, después de escucharme, me permitió realizar la autopsia con él. Hasta me tomé la libertad, dentro por supuesto de la máxima cordialidad, de hacerle algunas pequeñas correcciones. No me malinterpretes, es un hombre muy competente, pero nuestra manera de trabajar permite obtener información adicional muy valiosa.

—Es usted una *rara avis* entre los de su género, doctora Lequerica.

—Sobre todo entre «las» de mi género.

Guasch le tendió el brazo a su mujer, que lo tomó con ambas manos y, sonriendo pese a la situación, salieron de la habitación para despejarse un poco.

16

Telegrama

GUASCH

Don Pere d'Alcàntara Penya era un hombre comedido, polifacético e interesante, muy interesante. Su presencia en el almuerzo familiar había sido el motivo definitivo por el que los marqueses de Bellpuig habían decidido poner fin a su prolongado retiro campestre, acudir al palacio de es Born y retomar su hasta la fecha inexistente vida social. Doña Margarita lo había presentado como un amigo de la familia, abogado, periodista, matemático, astrónomo, litógrafo, topógrafo, escritor y «ahora, además, dramaturgo». El visitante se había atusado la frondosa barba y le había quitado importancia con un gesto, alegando que muchas de aquellas actividades no eran más que meras aficiones en las que apenas era un aprendiz.

Maestro Mayor de Fortificaciones desde hacía más de una década, Alcàntara había publicado hacía unos años un plano detallado de la ciudad y presentado al ayuntamiento de Palma una memoria que había servido de base para, unos meses atrás, enviar al Ministerio de la Guerra una solicitud para derribar las murallas de la ciudad y proyectar un ensanche al estilo de Madrid y Barcelona. Pero el cólera no había tenido la paciencia de esperar a que el gobierno tomara una decisión y había impuesto su ley implacable con las murallas levantadas y los palmesanos hacinados en su interior.

Alcàntara, a diferencia de la gran mayoría de los ciudadanos acomodados, no solo había permanecido en Ciutat durante la epidemia, sino que había activado las obras que dirigía como arquitecto, como la reparación de caminos vecinales, para que los

jornaleros más desvalidos pudieran ganarse el salario y sobrevivir a la carestía.

Se encontraban sentados alrededor de la gran mesa del comedor de Can Puig, junto a uno de los enormes ventanales que daban a la privilegiada terraza y que se elevaba varios metros por encima del passeig des Born. El sol flotaba en el cielo desteñido muy por encima de las copas de los plátanos del paseo mientras las criadas servían en silencio unos apetitosos platos rebosantes de caldo de pollo con sobrasada, garbanzos, zanahorias, col y fideos. Después, según Apolonia, probarían el famoso *bullit*, un cocido a base de carne y verdura que se acompañaba con salsa de tomate y el *principi*, un estofado de carne de ternera.

Que Dios los pillara confesados.

Alcàntara se ajustó la servilleta en el cuello, agarró la bruñida cuchara de plata y la hundió en la sopa cuando Guasch le preguntaba acerca de la vida en la ciudad durante la epidemia.

El prohombre asintió con pesar.

—En los momentos más duros, a mediados de septiembre, las calles estaban desiertas, las casas y las tiendas cerradas, la gran mayoría de ellas abandonadas por sus moradores. Un silencio sepulcral reinaba por todas partes y solo lo interrumpía el tétrico y acompasado sonido de los carros fúnebres, la triste campanilla del viático como un último gemido de agonía y el murmullo de las oraciones que, arrodillados en medio de la calle ante cualquier capillita, dirigían a sus Santos Patronos los vecinos de Ciutat. De manera puntual transitaba alguna persona solitaria que, arrastrando los pies, se dirigía a una de las farmacias que quedaban abiertas para buscar remedio al moribundo. Se oían gritos desesperados de madres desde el interior de los hogares, gimoteos rabiosos y agónicos de perros desnutridos arañando las puertas de sus hogares vacíos y ratas gordas paseando a sus anchas, hinchadas de roer ropas o alimentos putrefactos. Me conmovió un hombre con un bebé en brazos que gritaba desesperado en busca de una mujer que le diera el pecho a su hijo, pues la madre acababa de morir y él se había olvidado del pequeño, que hacía dos días que no comía e iba a morir de hambre. En mi vida me había enfrentado una

situación como esa, creo que pocos de nosotros lo habíamos hecho…

Alcàntara se mostró desolado e indignado por las inmisericordes consecuencias de la enfermedad y por la manifiesta desorientación, pasividad e incluso mala fe mostradas por el gobernador, don Adolfo, triste protagonista de toda aquella historia tras haber llegado a la isla apenas un día antes del inicio oficial de la epidemia el 18 de agosto. En contraposición, hablaba maravillas del celo y la diligencia mostrados por don Miquel Estade y Sabater, anterior alcalde de la localidad.

—No pasó un día sin que don Miquel visitase, cuando menos, uno de los hospitales de coléricos, mientras que el gobernador no se interesó ni por un solo enfermo. Se dice rápido…

El Maestro Mayor de Fortificaciones había defendido durante la crisis sanitaria medidas aislacionistas como el establecimiento de un cordón exterior militarizado que controlara toda la costa de la isla así como la obligación de los buques con patente sucia a purgar la cuarentena en el lazareto de Maó o la creación de un segundo cordón terrestre que incomunicara Ciutat del resto de Mallorca, buscando soluciones para asegurar el suministro de los bienes básicos necesarios para la población, además de avalar una serie de medidas higiénicas definidas por la Academia de Medicina y Cirugía. El gobernador había dado al traste con los acordonamientos y llevado a cabo prácticas extravagantes como, para demostrar que no había peligro alguno y animar al vecindario, programar pasacalles con bandas de música. Había que reconocerle, admitió, otras medidas acertadas, como la apertura de hospitales temporales, el incremento del número de facultativos disponibles o el aseguramiento de la provisión de medicamentos. Reconoció que el problema principal había sido la falta de colaboración entre las administraciones y la intromisión de don Adolfo en unas funciones que, según la Ley Sanitaria, correspondían a las municipalidades. Había voces que afirmaban que el gobernador, reconocido conservador, llegó a la isla con la única intención de cesar al alcalde, su contrario político y fervoroso progresista, por desavenencias ideológicas.

El brasero bajo la mesa les calentaba las piernas y producía un calor

agradable. Los presentes escuchaban sus reflexiones con la máxima expectación, casi con veneración. La marquesa se olvidó hasta de comer.

—Al final logró que don Miquel dimitiera, ¡pero a qué precio! Mil novecientas sesenta y dos personas fallecidas entre estos muros —lamentó el maestro mientras partía un trozo de pan y lo mojaba en el caldo—. Al margen de planteamientos sanitarios, desconozco cuántas de estas vidas se habrían podido salvar de haber demolido previamente las murallas, pero calculo que bastantes. Comprendo que la decisión no debe tomarse a la ligera, pero cualquier aplazamiento es una pérdida de tiempo y, como ha quedado demostrado, también de vidas.

Doña Margarita agradeció las explicaciones con unas cabezaditas de asentimiento que el resto secundaron.

—Me deja de una pieza —admitió el marqués—, y respecto al tema del derribo, imagino que no se ha obtenido respuesta desde la solicitud presentada en junio, al margen de las polémicas con la clase militar y el Ministerio de la Guerra…

—Sin noticias, y la verdad es que las consecuencias positivas del derrumbamiento son tan obvias que, honestamente, no entiendo la espera.

—Mucha gente se hubiera salvado de haber seguido sus sabios consejos, don Pedro —afirmó la marquesa, entregada al invitado—. ¡O de haber sido usted el responsable de gestionar esta terrible crisis!

—Agradezco su fe ciega en mi persona, doña Margarita, pero, al margen del gobernador, reconozco que la corporación municipal, con la ayuda del obispo y de las órdenes religiosas como las Agustinas Hermanas del Amparo, tres de cuyas integrantes murieron durante la epidemia, no lo podía haber hecho mejor. No tengo la menor duda.

—El coste de derruir la muralla es alto —intervino Guasch—, y seguramente uno de los motivos por los que no se lleva a cabo es el económico. Debe de ser un caso parecido al de Ibiza, ¿no? Me consta que sus gobernantes también querían demoler las murallas.

Alcàntara le señaló con la cuchara mientras engullía un pedazo de sobrasada.

—En realidad es muy diferente: las murallas de Ibiza se levantan en una colina y apenas albergan a un millar de personas. En Dalt Vila se vive con desahogo. Los ibicencos que ahí residen pueden respirar. Aquí somos alrededor de cincuenta mil almas y estamos rodeados de una llanura inmensa. En Ibiza no es imprescindible tirar el conjunto amurallado para desarrollar un crecimiento urbano razonable, cuando aquí es vital. La fortaleza nos ahoga y nos condiciona para crecer. Otra cosa es el coste del derribo. En ambos casos, como bien apunta usted, sería altísimo, pero creo que las mejoras en las condiciones de salubridad y las vidas que podrían salvarse bien justifican cualquier inversión.

Tomàs, el hermano menor de Apolonia, siempre exquisito, carraspeó y se limpió los labios con una almidonada servilleta de hilo anunciando su intención de intervenir.

—Don Pere, ¿es cierto que ha tenido tiempo de escribir una obra de teatro durante la epidemia?

—Lo ha apuntado su madre antes. —Alcàntara relajó por fin la expresión—. Por lo que veo, las noticias vuelan. Ya saben que no sé quedarme quieto. Se titula *El cordó de la vila* y está relacionada precisamente con la situación que hemos vivido durante la epidemia. Confío en poder representarla en el Teatro Príncipe de Asturias en un par de meses y, obvia decirlo, ¡cuento con su presencia el día del estreno!

—¡No nos lo perderíamos por nada! —respondió la marquesa con ojos brillantes—. Hablaré con todas mis amistades para que asistan. ¡No faltará nadie! Será un gran acontecimiento, en especial después de estos meses tan difíciles.

La expresión desolada de doña Margarita parecía decir que había logrado superar la terrible infección en carne propia.

La conversación derivó en cómo la crisis sanitaria había afectado a sus respectivos conocidos, la gran mayoría de los cuáles, con segundas residencias en zonas rurales en las que refugiarse, no habían sufrido ningún percance. En alguna ocasión puntual había fallecido algún miembro de una familia de renombre, pero lo más habitual era que faltaran los integrantes del servicio, pertenecientes al pueblo llano.

Alcàntara afirmaba que la epidemia había validado su hipótesis de que las clases más desfavorecidas habían sido también las más afectadas por la enfermedad mortal.

—El peculio marca siempre el devenir de todo cuanto nos rodea —concluyó.

En un momento dado de la conversación se hizo mención al marqués de Vivot, y Guasch no desaprovechó la ocasión para sacar a colación el tema que le interesaba.

—¡Qué coincidencia! Precisamente esta mañana me he fijado en un patio maravilloso en el que había un carruaje no menos extraordinario. He preguntado por el nombre del casal y ha resultado ser Can Vivot.

—Tiene usted buen ojo —admiró el marqués—, ese *break* se cuenta entre los más destacados de la isla. Don Joan, el marqués, vivió un tiempo en el extranjero, donde desarrolló un gusto muy europeo por los coches. Le aseguro que no pierde ocasión de sacarlo para que el resto de los palmesanos no nos olvidemos de él, ¡me consta que incluso a veces sale a rondar vacío de ocupantes!

La «coincidencia» hizo sonreír a los congregados, pues no solo, según explicaron, ambas familias se habían ido entroncando en varias ocasiones a lo largo de los siglos, sino que la actual esposa del marqués de Vivot, doña Bárbara, era ni más ni menos que hermana de doña Margarita: la sangre que corría por las venas de Can Vivot era la misma que la de Can Puig.

—He visto entrar a un joven caballero muy elegante que debe de formar parte de la familia —continuó Guasch, dispuesto a aprovechar su suerte.

—¿Puede describirlo? —preguntó Tomàs, interesado.

—Estatura media, delgado, cabello oscuro, rasgos serenos, nariz importante…

—Acaba de definir a la práctica totalidad de los jóvenes mallorquines, señor Guasch —puntualizó Alcàntara.

La marquesa celebró la ocurrencia con un aspaviento.

—Y tendría más o menos mi edad, ¿cierto? —insistió el hermano.

—Así es.

—Entonces es Biel. Mi primo.

—Me ha parecido muy apuesto —prosiguió Guasch, por decir algo —. ¿A qué se dedica?

—Estudia Derecho en el Instituto Balear.

—¿Como usted?

—Yo estoy terminando ingeniería de minas.

Guasch dio una cabezada afirmativa agradeciendo la información.

—¡Me encantaría ver ese *break*! —exclamó de repente Lucía, que sonrió con complicidad a su marido y, después, al marqués—. ¿Sería posible hacer una visita a Can Vivot? Hace tiempo que le digo a Marc que deberíamos procurarnos uno, no demasiado llamativo, y tal vez así pueda convencerlo.

Guasch representó un gesto de rendición y obvió la mirada interrogativa de su cuñada, que conocía bien sus gustos sencillos y su manera de vivir carente de alardes.

—Cuente con ello, Lucía —respondió don Francisco solícito—. Enviaré una nota ahora mismo a Can Vivot. No tardarán en responder. Quizá hoy sea algo precipitado, pero seguramente mañana podamos ir allí para admirar el carruaje. Don Joan estará encantado de mostrarlo y de llevarlos de paseo.

Alcàntara dedicó a Guasch media sonrisa.

—Ya sabe lo que dicen los ingleses, ¿no? —comentó mientras alzaba una copa en dirección a Lucía—. *Happy wife, happy life*! ¡Mujer feliz, vida feliz!

Guasch trató de no exteriorizar su satisfacción y puso los ojos en blanco.

—Ya veo que tocará rascarse el bolsillo…

El almuerzo continuó con conversaciones más o menos predecibles y Apolonia enumeró los planes previstos para los días siguientes. Hubo un par de intentos de reconducir la charla hacia puertos más sangrientos y más morbosos con varias preguntas directas a Guasch sobre el crimen del balneario, pero doña Margarita amenazó con desmayarse si algún caballero pretendía hablar de semejante barbarie en su presencia, por lo que no hubo discusión, ni siquiera durante la sobremesa. El tiempo prometedor, la temperatura agradable, el sabor

intenso de los manjares del menú y un largo y monótono etcétera ocuparon las conversaciones durante el resto del festín.

La cita en Can Vivot quedó fijada para la mañana siguiente a las diez, en forma de desayuno entre familias, y don Joan hizo saber de manera expresa a Lucía mediante una nota pulcramente escrita que había dado orden de sacar brillo a los embellecedores de latón para que lo encontrara todo a su gusto.

—En realidad —aclaró don Francisco, chispeante—, no pasa día sin que un miembro del servicio de Can Vivot se deslome bruñendo hasta el último resquicio de ese carruaje mimado.

Avanzada la tarde, en una de las *quadres*, que era como los mallorquines llamaban a las salas de sus palacios, el mayordomo entró para entregar un telegrama a Guasch. Él y Lucía aprovecharon para disculparse y subir a sus aposentos a descansar. Casi no pudo esperar a llegar a su habitación para leerlo.

Era muy breve.

SUBINSPECTR ZARPA N VAPOR. LLEGA STA NOCH.

Quedaban claras varias cosas: que Riera se había apresurado a organizar su partida, que alguien, probablemente algún guardia, había enviado el cable en su nombre, y que el presupuesto de la dotación para envíos oficiales no era muy holgado.

Pero el mensaje se entendía a la perfección y no podía ser más satisfactorio.

Guasch se tumbó en la cama vestido, respiró aliviado y, de repente, se le vino encima todo el cansancio acumulado desde que la tarde anterior partieran hacia el Círculo Mallorquín. Solo había descansado un par de horas. Y mal.

Sin darse cuenta, se quedó dormido.

17

Éxito

PERE PAU

Edición especial **Viernes 9 de febrero de 1866** **ISLAS BALEARES**

EL ISLEÑO.

APARECE EL CADÁVER DESFIGURADO, DESNUDO Y VIOLENTADO DE UNA JOVEN EN EL BALNEARIO DEL MUELLE

Se investiga cualquier indicio que permita esclarecer los terribles hechos

Por PERE PAU BESTARD, *redactor*

Sobre las tres horas de la madrugada de ayer, jueves lardero, con los palmesanos entregados en cuerpo y alma a la celebración del primer carnaval tras los estragos producidos por el cólera, el vigilante del balneario del muelle de Ciutat, Juan Ramis, en su ronda habitual, descubrió con horror el cadáver de una mujer sumergido en la bañera de una de sus bien apreciadas cabinas.

La pila estaba a rebosar de agua y sangre, que se derramaba por el suelo y salpicaba las paredes hasta alcanzar el techo del cuarto de baño. La víctima, una joven, quizá una adolescente de cándida belleza, piel clara y cabello negro, se encontraba completamente desnuda y con evidentes muestras de haber sido forzada de manera salvaje. Su rostro lucía brutalmente desfigurado y el cuerpo enteramente cubierto de laceraciones; habían desaparecido tanto su vestimenta como su calzado y el resto de sus objetos personales. Pareciera que el asesino, o

asesinos, hubieran querido eliminar cualquier rastro, por nimio que fuera, que permitiera conocer la identidad de la víctima. No queremos ni imaginar cuánto debió sufrir aquel ser angelical hasta el momento de abandonar este mundo cruel, y es que no se recuerda un caso como este de violencia gratuita e injustificada contra un ser inocente y desamparado.

Tanto la muchacha como los criminales accedieron a las instalaciones a través de un desperfecto causado por los recientes temporales y que la propiedad todavía no había reparado.

No se han encontrado hasta el momento objetos sospechosos ni en las instalaciones ni en sus alrededores. Tampoco el arma del crimen. La única pista en estos momentos son unas vagas huellas en el polvo que difícilmente pueden ayudar en la resolución del caso.

Y hete aquí algunas de las muchas preguntas que a día de hoy nos hacemos todos los mallorquines de bien: ¿quién es la desdichada difunta?, ¿por qué razón fue torturada y asesinada de esta manera brutal?, ¿por qué se llevaron sus prendas de vestir?, ¿qué desalmado ha venido del infierno para cometer semejante atrocidad?, ¿cómo puede un ser humano actuar tan fríamente, sabiendo que un vigilante se encuentra a pocos pasos de él?

El gobernador civil interino, don Ricardo de las Cuevas, que apenas lleva un par de días ocupando su transitorio cargo tras la celebrada destitución del marqués de la casa Pizarro, y a la espera de la llegada de don Primitivo Seriñá, acudió junto al alcalde de Ciutat para ser testigo en primera persona de tan trágico suceso y tomar conciencia de la magnitud de un crimen que exige una respuesta inmediata y contundente por parte de la autoridad, pues tiene en jaque a una población que, después de lo sufrido durante la epidemia, no merece vivir con el miedo de saber que un asesino despiadado y sangriento anda suelto. Se ruega encarecidamente a los ciudadanos que dispongan de cualquier información que lo pongan en conocimiento de las autoridades o se acerquen a la redacción de este periódico para dar cuenta del mismo. Toda información que permita arrojar un poco de luz sobre este suceso espeluznante será bien recibida. Mientras tanto, recuerden que un asesino anda suelto por Ciutat y que las vidas de otras jóvenes mallorquinas pueden estar en peligro. Tomen las máximas precauciones durante estos días de carnaval y, sobre todo, no permitan que las damas salgan a la calle sin compañía, en especial por las noches y en zonas poco concurridas. Es imprescindible dar cuanto antes con el culpable para que la normalidad vuelva a reinar y los palmesanos podamos caminar con tranquilidad por nuestras otrora pacíficas calles.

Los dos hermanos, en esa edad *granuda* a caballo entre la infancia y

la adolescencia, solían ayudar al señor Gelabert a distribuir y, en ocasiones, vender *El Isleño*. Aquella tarde se las veían y deseaban para cobrar el real de vellón que costaba el ejemplar, el triple de la tarifa habitual, y entregarlo a todos los clientes que formaban una fila amplia e impaciente que ocupaba medio passeig des Born. La ciudad al completo, de entre los ciudadanos que sabían leer, quería adquirir el número especial con la información del que ya era conocido como El asesinato del balneario. El *Diario de Palma* y *El Correo*, que también preparaban números especiales, todavía no había salido a la venta, y *El Isleño*, más ágil, ya estaba en manos y en boca de todos los palmesanos.

Los compradores no podían esperar para leerlo en casa, y apenas lo tenían en su poder se sumergían en la lectura de aquella prodigiosa portada.

En el plano profesional, aquel era su mayor éxito.

Y acababa de empezar.

El editor había puesto el grito en el cielo nada más asomar un pie en la redacción. Lo había reprendido a gritos señalando el reloj y diciendo que tenía con una hora escasa para escribir, revisar y corregir el artículo. La mayoría de sus compañeros, que intercambiaban entre ellos miradas burlonas y se repartían codazos cómplices, estaban terminando sus piezas con informaciones variopintas aunque, como descubriría después, vagas: entrevistas poco jugosas a dirigentes locales; declaraciones sin contenido de la policía y opiniones de los que «pasaban por allí» y que «habrían podido ver algo» pero que, en realidad, no habían visto un carajo. En una palabra: relleno.

Otro artículo más meritorio escrito por el hijo de Gelabert trataba sobre la creciente inseguridad en Ciutat, con datos que apuntaban a que Palma durante y después del cólera, con una población que había sido llevada al límite, presentaba unas cifras de criminalidad superiores a las de cualquier periodo conocido anterior. ¿Alguien lo dudaba? Durante la epidemia había sido necesario instituir rondas nocturnas que patrullaran las calles para evitar el pillaje provocado por el abandono de muchas casas y el incremento desbocado de los precios de los productos básicos. El pueblo necesita comer para

sobrevivir, y para lograrlo, cuando no era posible por otra vía, había que tomar medidas desesperadas, como apropiarse del bien ajeno. Aquello no debía sorprender a nadie, o al menos no a él, que en otros tiempos se había visto abocado a hurtar en más de una ocasión.

Pero lo del asesinato era otra cosa. Aquello excedía lo normal.

Y aquí era donde Pere Pau había estado sublime. Antes de dirigirse a Pas des Quint había visitado al vigilante, Joan Ramis, quien le había dado algunos detalles interesantes para enriquecer el artículo a cambio de no solo no acusarlo de negligencia, sino de que saliera bien parado. No le había resultado difícil convencerlo. Pere Pau había escrito el texto del tirón y apenas necesitó correcciones durante el proceso de revisión. Se lo había entregado a don Pedro antes de la hora límite y el editor se lo había arrancado de las manos. El humo del cigarrillo que mordían sus dientes amarillentos caracoleaba frente a sus ojos, que permanecían fijos en los de Pere Pau.

—*Esper que valgui la pena, bon al·lot, si no, et ben reventaré…*

Pere Pau colocó en el suelo una pila de periódicos viejos que se acumulaban en una silla, se sentó, cruzó las piernas y sonrió confiado.

—Lea, lea…

Pero el hombre ya hacía rato que leía. Y a la máxima velocidad.

Se demoró unos minutos antes de que su mirada atravesara de nuevo la cortina de humo y desplegara una sonrisa enigmática.

—Es bueno, puñetero, muy bueno. Cómo lo sabías, ¿eh? —Se levantó y se dirigió al resto de redactores—. ¡A ver si espabiláis, *collons*, que este os está tomando la delantera! ¡Pere Pau, la portada es tuya!

Y entonces fue él quien, mientras sus compañeros empequeñecían en sus escritorios, esbozó una sonrisa de suficiencia. Su sonrisa de suficiencia.

Uno de los ayudantes de la imprenta bajaba ahora a toda prisa empujando una carretilla cargada de nuevos ejemplares, pues los chicos estaban a punto de agotarlos. La cola no se había reducido. Un corro de caballeros, cada uno con su correspondiente ejemplar bajo el brazo, conversaba animadamente alrededor de la Font de Ses Tortugues.

Pere Pau lo observaba todo y a todos, regodeándose de su triunfo con el hombro apoyado en el tronco de un plátano y expresión de euforia. No podía ocultarla. Ni quería. Se sentía orgulloso y tenía todo el derecho a disfrutarlo. Había que detenerse a paladear los éxitos personales para valorar en su justa medida el esfuerzo dedicado, y porque a menudo la única recompensa era la propia satisfacción personal.

Se despegó del árbol y serpenteó entre los prohombres que se referían, sin excepción, al artículo, a su artículo, y que se preguntaban inquietos quién, o quiénes, habrían sido los salvajes que habían cometido aquel asesinato cruel, o cómo podía suceder algo así en un lugar pacífico como ese. «La isla de la calma» dijo uno de ellos. Otro se preguntó si el culpable, que claramente era un desequilibrado, volvería a matar, lo que inició un acalorado debate.

Descubrió a Miquel, su amigo, que asomaba por uno de los laterales de es Born. Debía de haber salido antes de la alfarería de su padre. El chico buscó arriba y abajo hasta que lo vio.

Se acercó corriendo y lo abrazó.

—*Enhorabona, estimat! T'ho mereixes!*

—No nos recordarán por lo merecido, sino por lo conseguido, Miquelet —pontificó Pere Pau con tono de seminarista.

—Lo que tú digas, pero invítame a algo. ¡Esto hay que celebrarlo como Dios manda!

Pere Pau le palmeó la espalda.

—Dale, ¿vamos a que nos envenene el Bribón?

18

Cómplices

GUASCH

La situación era claustrofóbica. Casi tocaba las paredes del pasillo con los hombros y apenas vislumbraba el tenue resplandor del fondo inalcanzable. Y lo debía de ser, pues tenía la impresión de llevar horas caminando y no haber avanzado nada. Le acuciaban el hambre, la sed y las ganas de descansar, pero su instinto le decía que se apresurara, que no tenía tiempo que perder.

Debía llegar cuanto antes.

En el lado derecho se emplazaban una sucesión de puertas idénticas, cada una con un número de latón no correlativo: de la veinte se pasaba a la ciento diez, y de esta a la cincuenta y tres. La número ocho, su destino, no llegaba nunca.

Se detuvo frente a una de ellas al azar. La diecinueve. Agarró el picaporte y abrió apenas un resquicio. No estaba a oscuras. Empujó con las yemas de los dedos y la ranura se amplió con un chirrido hasta formar el rectángulo perfecto del marco. Una lámpara colgaba de la pared izquierda. La llama se contoneaba impúdica. La bañera, al fondo, estaba teñida de un tono escarlata refulgente idéntico al que salpicaba las paredes y cubría el suelo.

Una voz melosa femenina le animaba a aproximarse. A asomarse. A indagar.

«Ven», decía quedamente. «Ayúdame».

Y entró. Por supuesto. ¡Quería ayudarla!

Prendió la lámpara por el asa y la sostuvo en alto. El suelo estaba pegajoso, y cuanto más se acercaba a la pila, más le costaba despegar

los pies de los tablones para dar el siguiente paso.

Finalmente, con gran esfuerzo, llegó. Estaba exhausto y no entendía por qué. Le costaba respirar, como si el aire fuera más denso o sus pulmones tuvieran una capacidad menor.

El líquido rojizo llegaba hasta el borde del recipiente. Un pie marmóreo emergía en el ángulo opuesto y apoyaba el talón en el canto. Le faltaba una uña y mostraba unos vistosos moratones de múltiples colores.

Deslizó la vista por el cuerpo desnudo hasta alcanzar la parte superior de la bañera, donde se hallaba la cabeza. Consiguió arrancar del suelo un pie y colocarlo junto al otro. Levantó la lámpara y se asomó.

El rostro estaba machacado. La masa informe no permitía identificar órgano alguno.

Se agachó para ver mejor y la testa sin rostro se volvió de repente hacia él.

Chilló e intentó saltar hacia atrás, pero las suelas clavadas a los tablones le impidieron huir y cayó al suelo, sentado. La lámpara se rompió, el aceite se derramó y se inflamó a su lado.

Una mano pálida y huesuda asomó de la superficie líquida iluminada por las llamas y se agarró al borde. Los dedos eran largos y finos; las uñas, amoratadas. La sangre empezó a rebosar y a caer al suelo en una catarata tétrica que le empapó los zapatos y se mezcló con el petróleo ardiente.

Sus pies seguían inmovilizados. Empezó a desabrocharse los zapatos.

Los despojos comenzaron a emerger y el reguero de sangre rebosante se incrementó.

Se abrasaba. Las llamas amenazaban con prender sus ropas y quemarlo vivo. El humo pestilente le inundaba los pulmones.

Consiguió liberar la pierna izquierda cuando la cabeza ya estaba del todo fuera. En el amasijo del rostro se abría un agujero grande, profundo y negro en el lugar donde, en circunstancias normales, estaría la boca. Distinguió una lengua que se abría paso entre la carne hasta emerger. Liberó finalmente el pie derecho y se arrastró con los

codos hacia atrás, sin perder de vista el torso saliente de pechos pequeños.

«¿Por qué te marchas?» decía la voz. «Te necesito».

Se puso de pie a trompicones, salió al pasillo y corrió hacia el resplandor. Pero, pese a sus zancadas desesperadas, comprendió que permanecía estático en el mismo lugar.

Chilló de nuevo.

Oyó el gruñido de una nueva puerta al abrirse y otra figura desnuda, destrozada y chorreante de sangre se materializó frente a él. Se dio la vuelta para escapar, pero descubrió que otro cadáver idéntico lo esperaba, expectante, a su espalda.

—¿Qué queréis de mí?

«Te queremos a ti».

En un parpadeo, las tres figuras se abalanzaron sobre él.

Guasch soltó un alarido y abrió los ojos.

Estaba tumbado en la cama, empapado de sudor y tenía la respiración agitada. El corazón le bombeaba con fuerza.

Lucía abrió la puerta de golpe y entró en la habitación.

—He oído un grito desde el pasillo. ¿Te encuentras bien?

Guasch se tumbó de nuevo en la cama y se llevó las manos a las sienes. Hacía mucho que había dejado atrás las pesadillas, desde que había hecho las paces consigo mismo y asimilado la muerte de su madre. La visita en sueños de la chica del balneario ponía de manifiesto la necesidad que sentía de hacer justicia con urgencia.

Lucía le cogió de la mano.

Guasch se tomó un rato hasta acompasar su respiración y asimilar la realidad que le rodeaba. Se acercó a la jofaina para refrescarse. Un ejemplar de la edición extraordinaria del periódico de la tarde reposaba en la mesita de noche. Leyó los titulares.

—¿Qué es esto?

—*El Isleño*, un número especial sobre el crimen. El artículo de la portada es bueno.

Guasch cogió el diario para leerlo entero, ya completamente despejado, con los ojos bien abiertos y los sentidos alerta. A medida que avanzaba, entendía menos cómo un periódico local había

averiguado todo aquello. Algunas cosas se habían exagerado por el autor, pero la mayoría eran correctas. Era evidente que el tal Pere Pau Bestard sabía moverse y tenía buenos contactos.

Volvió a tumbarse boca arriba. Vació los pulmones y se serenó.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Lucía.

—Me he dormido.

—Me refiero a tu sueño

—Y yo a la investigación: la he descuidado.

—Solo has comido y descansado para reponer fuerzas. ¿Cómo pretendes avanzar sin hacerlo? Ahora vas al puerto a recoger a Riera y os ponéis en marcha. Todo será más sencillo con él a tu lado.

Guasch permaneció todavía un rato en silencio. Aquel sueño le había provocado un profundo desasosiego.

—Necesito ver a Pons esta noche, le escribiré una nota.

—Recuerda que mañana tenemos la visita a Can Vivot.

Cruzaron una mirada cómplice.

—Ahí has estado fantástica.

—Tú también lo habrías logrado.

—Quizá, pero quién ha conseguido que nos abran las puertas hoy has sido tú.

—Las marquesas son hermanas; no hubiera sido difícil ir por cualquier otro motivo.

—Deja de restarte méritos, ¿quieres?

Guasch consultó la hora y su mujer lo miró con un puntito de malicia. Se levantó, cerró la puerta de entrada y corrió el cerrojo.

—Tenemos tiempo para relajarnos un poco antes de la llegada del vapor, mi querido señor Guasch. Creo que después de este mal trago necesita usted relajarse un poco…, pero de verdad. No sé si me explico…

Su tono no era nada inocente.

—A la perfección, doctora Lequerica. He de reconocer que admiro sus terapias de choque, que son siempre de lo más apropiadas.

Guasch bajó ligeramente la intensidad de la luz. Le fascinaba la sensación de intimidad que la penumbra imprimía en ese cuerpo cuyos recovecos conocía tan bien. Estiró el brazo, agarró a su esposa

por la cintura y le susurró al oído.

—Me gustaría comprobar que todo sigue en su sitio.

Lucía apoyó una rodilla junto a él y recitó aquella coletilla en su lengua materna que a menudo repetía, a modo de excitante amenaza, en los prolegómenos de sus juegos de adultos: «Voy a contar hasta tres».

—*Hiru arte zenbatuko dut.*

Entonces, tal y como anunciaba la frase en vasco, inició el conteo:

—*Bat…, bi…, hiru*!

Y se sentó a horcajadas sobre los muslos de Guasch.

Ahora fue ella quien acercó la boca a su oreja.

—Le aseguro que no echará nada en falta en su inspección, pero asegúrese bien, que nunca se sabe —dijo en un susurro mientras empezaba a desabrocharle los botones de la camisa—. Y que sepa que me parece muy mal que haya usted dormido con la ropa de calle puesta. Esto es inadmisible. Voy a tener que castigarlo…

Con dos tirones se la quitó, la lanzó al suelo y empezó a besarle el cuello.

Sin prisa. Con suavidad.

—Me lo merezco —dijo Guasch, mientras tiraba de las cintas que comprimían el corpiño de ella—, pero este es mi territorio y aquí mando yo.

Lucía se llevó el dedo a los labios exigiendo silencio y se inclinó sobre él.

—Eso habrá que verlo.

19

Llegada

Riera

Riera salió a cubierta. No quería perderse la entrada al puerto.

La bahía era inmensa, y la costa estaba salpicada de pequeños puntos de luz, salvo en un lugar en el que resplandecía una aureola luminosa que no llegaba a comprender. ¿Qué generaba aquel destello blanco?

Hacia ese punto exacto apuntaba la proa del Rey don Jaime I: la ciudad de Palma.

Su destino.

El trayecto en vapor se le había hecho largo, en parte por el mar ligeramente revuelto y en parte también por los nervios del viaje. No era para menos en alguien que salía de Ibiza por primera vez pasados los cuarenta años. Se preguntó cuántos ibicencos habrían viajado. Estaba seguro de que no demasiados: la mayoría de los *mussons*, que eran los ibicencos acomodados que habitaban en la ciudad amurallada; religiosos; pequeños comerciantes de la *pagesia*, como el viejo mulero que le acompañaba en el vapor; los jóvenes llamados a armas y, naturalmente, los emigrantes que abandonaban la isla en busca de las oportunidades que la isla les negaba. Eso era todo. La inmensa mayoría de los payeses no había traspasado nunca su implacable frontera de agua, y en muchos casos ni siquiera habían bajado a Vila.

A Riera le había llegado el momento de embarcarse, y qué mejor motivo que ayudar a un amigo a resolver un «crimen terrible», tal y como rezaba el cable. Él, de normal imperturbable, estaba inquieto

ante el desconocimiento de lo que se iba a encontrar, de aquel mundo nuevo por descubrir.

Todavía se encontraban lejos del muelle.

El gajo de luna menguante iluminaba desde lo alto y perfilaba la silueta del lienzo amurallado y de las edificaciones que asomaban sobre este.

El mar, aunque bravo, no se había mostrado en exceso agresivo durante el viaje, lo cual no había impedido que el mulero se hubiera mareado y, apoyado en el pasamanos de estribor, vomitado todo alimento y bebida ingeridos durante la última década. Sin embargo, el viejo se encontraba ahora sentado en una de las sillas de proa perfectamente recuperado de las inclemencias del viaje, locuaz y de excelente humor.

—Hay que reconocer que Palma es una ciudad preciosa —dijo tan pancho.

Riera lo miró con desdén.

—Veo que sigue indispuesto…

El otro lo miró sin comprender.

—En absoluto. ¿Por qué lo dice?

—¿No es usted ibicenco?

—De Morna, a mucha honra, pero no entiendo lo que quiere… decir.

—Ya veo que desconoce la opinión que gastan los mallorquines sobre nosotros.

—Reconozco que no es muy buena.

—¿Muy buena? —Puso los ojos en blanco—. Nos tratan de monstruos. ¿Cómo puede alabarlos?

El hombre se encogió de hombros.

—No entiendo qué relación guarda la belleza de la Ciutat de Mallorca o de la isla en general con los prejuicios equivocados que puedan tener algunos mallorquines, que no todos, respecto a nosotros. Son cosas distintas.

Riera masticó entre dientes unas palabras gruesas y se acercó hasta la barandilla.

El vapor se deslizaba pausado cerca de un faro alto e imponente y

bordeaba una lengua de mar que se introducía en la tierra.

—Ese es el faro de Porto-Pi —explicó el viejo a su espalda—. ¡Dicen que es de los más antiguos del mundo!

—Ya me hago a la idea de que todo aquí es maravilloso…

—Es un buen sitio para vivir —continuó el mulero, inmune al sarcasmo—. ¡Hay mucho de todo y se pueden hacer grandes negocios! Ya lo verá.

Riera pensó que su gran negocio en ese momento no era otro que encontrar a un asesino. Los ibicencos serían, a decir de los mallorquines, «unos salvajes y unos bárbaros», cuando no «peores que los moros», pero alguien en aquella tierra «pacífica y entrañable» acababa de matar a una mujer de un modo bestial. A él no lo engañaban, tan santurrones no eran.

De manera instintiva se tocó el *raor*, el pequeño cuchillo que, como buen ibicenco, llevaba siempre al cinto.

—Eso es el Corb Marí —continuó el viejo, con ganas de compartir sus conocimientos—, y cuando estemos más cerca veremos los molinos de es Jonquet y el arrabal de Santa Catalina, que es una barriada de pescadores y marineros. Hay buenas tabernas ahí, si quiere un día podemos ir juntos.

Riera no supo qué responder a aquella propuesta amable, no tenía la menor idea de nada relacionado con su visita a Mallorca, ni dónde se alojaría ni cuánto tiempo se quedaría. Estaba empezando una aventura desconocida, realizando un salto al vacío.

Por primera vez consideró la posibilidad de que el guardia civil de Ibiza no hubiera contestado el telegrama de Guasch, o que se hubiese equivocado con el nombre del destinatario y que su amigo no lo hubiera recibido y no lo esperara en el muelle a su llegada.

¿Qué haría entonces, solo y fuera de casa? No tenía ni idea de a dónde ir.

Se dijo que ya no era un niño. Algo se le ocurriría, como ir a preguntar al cuartelillo. Debía calmarse un poco.

El barco se acercaba y la muralla y los edificios no paraban de aumentar de tamaño. El mulero, que ya había dejado claro que conocía bien la isla, proseguía infatigable con unas explicaciones que

Riera solo seguía a medias: que si aquella era la Porta del Mar, que si esa otra la Porta des Moll o, ahí a la derecha, sa Portella…

En la costa descansaban una infinidad de barcas de pesca de diferentes esloras y mangas, todas ellas aparejadas con velas latinas. Varios barcos de carga fondeaban a los pies de la ciudad, y otro vapor todavía más grande que el suyo reponía fuerzas en el muelle para su próximo viaje.

—Ese de ahí es el Mallorca, el vapor correo que cubre el trayecto con Barcelona. Su propietario es Miquel Estade, el hasta hace poco alcalde de la ciudad, ¿sabe? El que se enfrentó al cólera. Seguro que ha oído hablar de él.

Riera se estaba cansando de tanta cháchara.

—Casi no me da tiempo a aprender el nombre de los gobernadores de Ibiza, ya ni le cuento si tuviera que conocer el de los alcaldes de Palma…

Necesitaba salir de ese barco, poner los pies en tierra firme y perder de vista a aquel charlatán.

El muelle estaba iluminado por unas farolas que emitían una extraña luz blanca y constante. Eso sí le pareció realmente mágico.

—¿Qué… qué es aquella luz?

El mulero le habló del gas, una especie de aire raro que, no sabía bien de qué manera, tenía la prodigiosa capacidad de iluminar. Riera no comprendía cómo era posible. No podía despegar los ojos de aquella luminiscencia prodigiosa.

Un par de llamativos carruajes y un puñado de figuras se repartían por el martillo cuando el barco maniobraba hacia el muelle.

Se fijó en que una de ellas sobresalía por encima de las demás y respiró aliviado. Al menos no iba a tener que buscarse la vida.

Saludó con la mano y la forma alta y esbelta de Guasch correspondió de igual modo.

El proceso de atraque se realizó en un santiamén.

Riera se despidió del mulero, al que deseó buena suerte en sus negocios, y se lanzó pasarela abajo con tanta ansia que a punto estuvo de tropezar y caer al mar. Por fortuna, logró llegar sano, salvo y seco a tierra cuando su amigo y cicerón ya se encontraba a los pies de la

escalerilla.

Se dieron un abrazo que Riera acompañó de unas sonoras palmadas en la espalda.

—¿Ha crecido o me lo parece a mí?

—Muchas gracias por venir. —Guasch parecía conmovido—. No sabe cuánto me alegra tenerlo aquí.

—No podía dejarlo solo ante el peligro.

—Lo celebro de verdad.

Riera entregó a pie de barco su pasaporte a un policía que se encargaría de custodiarlo hasta su marcha y que le dio el visto bueno solo después de comprobar que su licencia sanitaria estaba en orden. Guasch hizo un gesto y un hombre que permanecía de pie junto a uno de los carruajes se acercó raudo para hacerse cargo de su equipaje.

—Xisco nos acompañará —anunció Guasch—. Puede alojarse en casa de mi cuñada con nosotros o, si prefiere tener un poco de independencia y privacidad, en una posada cercana que me han recomendado y cuyo coste, por supuesto, corre de mi cuenta. Nos hemos parado de camino para preguntar y me han confirmado que tienen habitaciones disponibles. Usted decide.

—No querría ser un estorbo…

—En absoluto, los marqueses tienen estancias de sobra. Les hemos hablado del afamado subinspector de policía de Ibiza y estarán encantados de acogerlo.

—¿Marqueses? ¿Habla en serio?

—Hum…, sí, ¿por qué?

—¿Y viven en un palacio?

Guasch se tomó la pregunta en serio.

—Aquí las llaman *cases de senyor*, y desde luego que lo es. Una maravilla arquitectónica, como la mayor parte de los patios señoriales que he podido ver por ahora en la ciudad.

Riera bajó la mirada a sus humildes *espardenyes* de esparto; sus *balons*, los pantalones típicos ibicencos, estrechos a la altura de los gemelos y más anchos en los muslos, y su *caputxó*, el desgastado abrigo negro con pespuntes de colores y capucha puntiaguda que lucían las gentes originarias del campo pitiuso. Como él.

—Si no le importa, prefiero alojarme en la posada. No me imagino en el palacio de un señor marqués.

—¿Está seguro? Le repito que no es ninguna molestia, y le adelanto que se sentirá como en su casa.

—O mucho mejor. A ver si luego no me voy a querer marchar…

Guasch rio la ocurrencia. Se le veía sinceramente feliz por su llegada y Riera se sintió halagado por sus atenciones. Quizá demasiado, pues no tenía del todo claro en qué podría él ayudar a resolver un crimen espantoso en una ciudad desconocida como aquella.

—Le acompañaré a la fonda y, si no se encuentra muy cansado del viaje, aprovecharé para ponerle al corriente de todo mientras comemos algo. Ya le adelanto que hay algunas cosas que le sorprenderán.

—No tengo la mejor duda. —Riera puso los brazos en jarras y desplazó la vista a su alrededor—. Todo esto es una novedad para mí.

—Le encantará Mallorca, ya verá.

A Riera se le agrió la expresión.

—Ya estamos otra vez…

20

Encuentros y desencuentros

GUASCH

Riera, que ya llevaba unas cuantas, se sirvió otra copa de anisado y se llevó a la boca un buen pedazo de *panada*, las sabrosas empanadas de carne, tocino y guisantes que les habían servido en la tasca anexa al hostal. También se había metido un buen par de ellas entre pecho y espalda.

—A ver si lo he entendido bien —recapituló mientras se chupaba las puntas de los dedos—: estamos usted y yo solos y tenemos que trabajar al margen de la autoridad, que está formada por un enjambre de guardias civiles, municipales y soldados que, en su opinión, parecen capaces y están bien organizados.

—Eso es.

—Y tendremos la ayuda de un cabo mallorquín que, a escondidas y jugándose el pellejo, nos informará de lo que van descubriendo en la investigación oficial.

—Ajá…

—Pero, vamos a ver, si son tan buenos no entiendo por qué tenemos que investigar también nosotros. ¿No sería lógico esperar a que resuelvan el crimen y, si no lo logran, hacerlo de manera oficial a través del Cuerpo de Investigación?

—¿De verdad cree que, después de haber visto el cadáver, soy capaz de visitar iglesias y pueblos pintorescos en lugar de buscar al asesino? Ya sabe cuál es mi manera de trabajar y entiendo que esta intervención, como cualquier otra, no es más que una colaboración. Mi intención es compartir con la Guardia Civil, a través de nuestro

contacto, lo que averigüemos. No quiero saltarme la legalidad.

—No, claro, lo que quiere es darle un rodeo —dijo Riera antes de vaciar el vaso de un trago—. Eh, ¡no está mal este brebaje!

El hombre empezaba a tener los ojos vidriosos y Guasch pensó que en breve debería pararle los pies si quería que a la mañana siguiente estuviera en condiciones de levantarse. Solo faltaría que después del trayecto en barco, una vez en Mallorca, no pudiera trabajar.

—Entonces, ¿qué hacemos mañana? —preguntó el subinspector, que miraba la botella vacía con desaprobación y hacía un gesto al mesero para que la reemplazara por una llena.

—Yo iré a Can Vivot. Me interesa conocer a Biel, ¿recuerda? El joven que le he contado…

—El señorito al que abordó el calvo del balneario.

—El mismo. No entiendo qué relación pueden tener dos personas tan dispares. Me pareció extraño el modo en que se desarrolló el encuentro y que este se produjera justo la mañana siguiente de aparecer el cadáver en el balneario. Esos dos se llevan algo entre manos.

—Ya me dirá qué hago yo mientras tanto.

—Usted puede seguir al vigilante. Será interesante ver dónde va y con quién se relaciona.

—¿Y la Guardia Civil no lo ha detenido?

—No creo que tengan ningún motivo a día de hoy para sospechar de él.

Riera asintió.

—¿Podré hacerlo sin que me descubra? En Ibiza sería imposible.

—Aquí hay mucho trasiego de gente, en especial en el barrio donde vive. No tendrá problemas para ocultarse. Además, todavía estamos en carnaval y, como ya ha visto, hay muchas personas disfrazadas por la calle.

—Mi atuendo de ibicenco es impecable —dijo el subinspector, agarrando un pedazo de empanada—. ¿Y qué más ha pensado?

Guasch negó con la cabeza.

—El gran misterio ahora mismo, al margen de descubrir al asesino, es conocer la identidad de la víctima. Por lógica, una vez resuelto

saldrán nuevos hilos de los que tirar. Más allá de eso, le confieso que no tengo ningún plan. Espero que el cabo nos cuente algo que nos ayude a decidir cómo seguir.

—¿Va a venir ahora?

Guasch consultó su reloj de bolsillo mientras el mesero dejaba un nuevo recipiente ambarino y Riera se llevaba la copa a los labios.

—No creo que tarde en llegar —anunció Guasch antes de dirigir una mirada de desagrado a su amigo—. ¿No cree que ya ha bebido bastante? Mañana no podrá ni tenerse en pie.

El subinspector apuró la bebida y soltó una risita.

—Lo mejor para neutralizar los efectos del alcohol es comer mucho, y ya ve que me estoy esforzando al máximo.

Guasch iba a hacer referencia a su glotonería cuando la puerta de la calle se abrió y asomó la cabeza despejada de Pons, que paseó los ojos por la sala hasta descubrirlos en una esquina. El subinspector le daba la espalda.

El cabo vestía de civil aquella noche y, de no estar al tanto de su verdadera ocupación, Guasch lo habría tomado por un mallorquín cualquiera de clase humilde. Era un hombre común que pasaba desapercibido y eso, para un trabajo como el suyo, era una gran ventaja. El uniforme le confería, cuando se lo endosaba, una capa de autoridad de la que ahora carecía.

Se acercó a ellos mientras se desprendía del abrigo y se detuvo junto a la mesa.

Riera levantó la vista mientras masticaba el enésimo bocado, pero dejó el proceso a medias y se quedó con la boca entreabierta.

—¿Qué hace él aquí? —preguntó Pons.

—¿Este es el «héroe» que nos va a salvar? —replicó Riera—. ¡Está de broma!

Los dos contemplaron a Guasch en busca de una explicación.

—Ya veo que se conocen…

—Sí —respondieron al unísono.

Entonces Guasch recordó el comentario del guardia contándole que había estado destinado un tiempo en Ibiza. Lo había pasado por alto. Era imposible que, de un modo u otro, no hubiera coincidido con el

subinspector.

—¿No podemos buscar otro contacto? —lanzó Riera.

—Me parece una idea excelente…

El cabo miró la puerta.

—Tome asiento, por favor. ¿Por qué no nos calmamos un poco?

Guasch hizo un gesto al tabernero para que se acercara y consiguió, después de insistir varias veces, que el mallorquín se sentara con ellos. Riera se puso de morros, cruzó los brazos y dejó de comer. De las tres cosas, la que daba la verdadera medida de su indignación era la tercera.

Cuando el hostelero se marchó, Guasch se centró en ellos.

—¿Se puede saber qué les pasa? Aunque mejor no me lo cuenten, me da lo mismo lo que sucediera entre ustedes en el pasado. Lo que quiero es que ahora se centren en la chica asesinada y violada de manera salvaje con un objeto metálico. Pons, por Dios, que usted la vio con sus propios ojos…

—¿Cómo sabe eso? —preguntó el guardia mirándolo a los ojos. Estaría ofendido, pero los detalles no se le escapaban.

—He tenido acceso a la autopsia —respondió, sin mencionar a Lucía —. También sé de los dos objetos causantes de la agresión y que sin duda constarán en el informe.

Guasch explicó los pormenores al subinspector, que todavía ponía mala cara, y se dirigió de nuevo al cabo.

—¿Cómo ha ido el día?

Pons apoyó el abrigo en el banco en un gesto que se podía interpretar como una tregua.

—Queda descartado, salvo sorpresa, que la víctima sea un *botifarra*.

—¿Cómo dice? —preguntó Guasch, desconcertado. Hasta Riera levantó una ceja.

—Así es como llamamos aquí a los nobles, ya sabe…

—Ah, pues no tenía la menor idea, pero le agradezco la explicación. Las manos de la víctima ya permitían intuir que se trataba de una mujer trabajadora y no de una aristócrata. ¿Se refiere a eso?

—Entre las clases pudientes no ha habido ninguna denuncia por desaparición. El despliegue de soldados y guardias ha sido tremendo,

se han tocado muchas puertas y no se ha echado a nadie de menos.

—¿Y entre las clases menos favorecidas?

—Faltan dos mujeres jóvenes de cabello oscuro: la esposa de un carpintero que lleva dos días en paradero desconocido y la hija del propietario de un molino del Molinar de Llevant. Hay compañeros investigando ambos casos.

Riera callaba, pero Guasch sabía que permanecía atento a la conversación.

—¿Qué opina usted?

—En el caso del carpintero me huelo que la esposa ha huido de casa, porque hay palizas de por medio, según hemos averiguado a través de un vecino. Apuesto a que está en casa de algún familiar en el pueblo. Mañana espero poder decirle algo.

—¿Y la hija del molinero?

—No tengo ninguna teoría, a ver qué somos capaces de averiguar.

Yo he estado todo el día interrogando gente de casa en casa. También he hablado con los vigilantes de los portales de las murallas, como esta mañana, cuando nos hemos encontrado.

—¿Y tiene alguna otra novedad?

—No. Tampoco en el balneario hemos encontrado nada más.

—Vi las manchas de sangre en el exterior que me comentó, pero no entiendo muy bien a qué corresponden…

Guasch calló de repente y trató de capturar un pensamiento pasajero.

—Oiga, ¿y si el asesino hubiera tirado allí el arma del crimen? O las armas… ¿Por qué no organiza una batida para buscarla?

—¿En el mar?

—¿Y si hubiera provocado esas manchas al lanzarla al agua?

Pons hizo un mohín mientras valoraba la acción.

—Pues no sé qué decirle. Es una opción. En aquella zona hay cierta profundidad y estos días hemos tenido mala mar, por lo que el fondo no se ve con claridad. Tendríamos que mirarlo pronto, antes de que el objeto, de existir, se cubra de arena.

—Solo es una idea.

—Lo propondré, no se preocupe. No perdemos nada por

comprobarlo.

Riera seguía en silencio, como si no les prestara atención y ahora troceaba las nuevas empanadas que había traído el posadero.

Pons se encogió de hombros y tomó un pedazo de *panada*.

Comieron en silencio, enfrascados cada uno en sus pensamientos. Riera dedicaba miradas desconfiadas y poco disimuladas al mallorquín.

Cuando se despidieron, quedaron en encontrarse en ese mismo lugar la noche siguiente. Si había alguna noticia que valiera la pena comentar, se buscarían.

—*Bona nit, ervissenc* —se despidió el guardia cuando cogía el abrigo.

—*Encara no has après a parlar bé?* —saltó Riera—. *Tan difícil és dir-ho com Déu mana? Ei-vissa, Ei-vissenc! Amb «i», collons, amb «i»! Quins ous!*

Guasch fue a poner paz de nuevo, pero se contuvo al intuir que Pons, siempre serio, se marchaba riendo por lo bajo y que Riera, a pesar del alboroto, no estaba tan molesto como quería aparentar.

21

Ángel caído

PERE PAU

Pere Pau había acompañado a Miquel hasta la puerta de su casa. Llegaron a trompicones, pero enteros y contentos. No había chicas hermosas en la taberna del Bribón aquella noche, pero sí hombres y mujeres con ganas de pasarlo bien. Como ellos. Pere Pau sabía que el pueblo mallorquín, de natural discreto, era propenso a ver con malos ojos que alguien tratara de destacar por la razón que sea, *i ara aqueix què se creu?*, o que hablara de uno mismo con inmodestia resaltando las propias virtudes, lo que era considerado como un acto de engreimiento absoluto. Él aquella noche, sin embargo, no había dejado de recibir elogios de unos y otros desde que había entrado en el cuchitril. Muchos no sabían leer ni escribir y era consciente de que algunos solo le regalaban el oído con la esperanza de obtener una alcohólica recompensa. Estaba seguro, sin embargo, de que la mayoría sentía verdadera dicha por su éxito. Finalmente, feliz de compartirlo, había invitado a una ronda a todos los parroquianos sin excepción. A su salud.

La ocasión lo merecía.

Torció por la esquina de una callejuela del arrabal. La cabeza le daba vueltas y no sabía qué hora era. Un gajo de luna iluminaba con tibieza la calle y creaba un fascinante juego de resplandores suaves y sombras profundas. El barrio permanecía en silencio mientras los catalineros dormían y reponían fuerzas para enfrentarse, en unas pocas horas, a una nueva jornada de duro trabajo que él también debería afrontar.

Volvería a hablar con sus contactos en la Guardia Civil, trataría de colarse como fuera en el balneario, aún a riesgo, como bien había dicho Miquel, de coger un resfriado de muerte, y buscaría a Toni Petit con la esperanza de que el enano hubiera descubierto algo que valiera la pena. Confiaba en que le hubiera ido mejor que al Bribón, que seguía sin tener novedades. El tabernero estaba perdiendo facultades.

Recordó al señor Gelabert y su sonrisa orgullosa cuando le había entregado el artículo terminado, y las miradas menos benévolas de algunos compañeros de redacción, que veían en él, por primera vez, no ya solo un igual, sino un rival que les cogía la delantera mientras ellos seguían enfangados en sus articulitos insustanciales. Dentro de unos años se convertiría en redactor jefe, y Gelabert podría disfrutar de un merecido descanso y quedarse en casa escribiendo poesía romántica o pescando *llampugues* en su *llaüt* mientras él gestionaba el periódico y le llenaba los bolsillos. Se veía incluso pasando por delante del propio hijo de don Pedro, o pidiendo un porcentaje en el accionariado para, después, controlar la totalidad del negocio. Aunque, bien pensado, ¿por qué no apuntar más alto? ¿Qué le impedía fundar su propio periódico? Que se quedara el hijo con *El Isleño*. Sabía que no le resultaría sencillo ascender desde las catacumbas de un orfanato hasta semejantes cotas, pero si algo había aprendido era que el dinero huele el talento y las buenas ideas, y a él no le faltaban ni lo uno ni las otras. Ni las ganas de trabajar, por supuesto. Conseguiría lo que se propusiera a base de dejarse la piel para lograrlo.

Como siempre había hecho.

Apenas entró en el callejón que conducía a su casa cuando percibió un movimiento extraño cerca de su portal, una sombra que alteró el tono profundo de la oscuridad. Pensó que el alcohol le estaba jugando una mala pasada, pero una nueva variación le convenció de que sus sentidos no le engañaban.

Aquello no le gustó.

—¿Quién anda ahí?

Pese al abotargamiento, trató de hacer un repaso rápido de todos aquellos con los que tenía cuentas pendientes, pero no encontró a

nadie que sintiera la necesidad de ajustar cuentas con él de manera violenta, no tenía deudas significativas ni enemigos reconocidos. Valoró la posibilidad de que fuera algún marido celoso, pero también lo descartó. Siempre era discreto y, además, era muy improbable que conocieran su domicilio.

Lamentó no llevar nada con lo que defenderse.

—Voy armado —mintió—, y no me gustaría tener que herir a nadie sin necesidad. Salga y hablemos.

La sombra tomó forma en la bruma negra que se acumulaba en su puerta y se bañó en la luz mortecina de la luna invernal como un ángel caído del cielo.

La reconoció.

—No pensaba que fueras a llegar tan tarde —dijo la morenaza con voz cansada.

—Ni yo que estuvieras esperándome aquí a estas horas —respondió, acercándose a ella—. Estarás helada.

—Necesito entrar en calor.

Ya no sentía cansancio ni malestar, y dio por supuesto que las luces del alba lo encontrarían todavía despierto.

—Estás en el lugar apropiado.

22

¡Cómo está el servicio!

GUASCH

La distancia entre los palacios de Can Puig y Can Vivot podía cubrirse a pie en poco más de diez o doce minutos sin necesidad de apresurar el paso. Tampoco el desnivel del terreno justificaba un trayecto en carruaje. Pese a ello, el marqués de Bellpuig había dado orden el día anterior de preparar los dos coupés que tenía a buen resguardo en los cobertizos y que eran «ideales para moverse en invierno por Ciutat» y a primera hora de la mañana los criados los tenían limpios y relucientes y con los caballos enganchados, listos para partir.

Los marqueses y Tomàs habían subido al primero de los coches, y Guasch, Lucía, Claudio y Apolonia habían ocupado el segundo. Para el breve trayecto bajaron por el passeig des Born para posteriormente subir por el carrer del Conquistador. La gente se detenía a su paso para admirar la comitiva y Guasch vio cómo varios caballeros de porte elegante se quitaban el sombrero como muestra de respeto al reconocer a los marqueses, que saludaron con la mano desde el asiento trasero de su carruaje.

Accedieron al patio de Can Vivot por la entrada principal del carrer de Can Savellà.

Cuando los chóferes dieron el alto, se abrió una de las dos puertas de la planta noble y una niña de poco más de diez años vestida con un tutú de bailarina salió corriendo, seguida de dos caballeros de diferente edad, padre e hijo, y de una dama sonriente. Las dos marquesas se dieron dos cariñosos besos mientras los hombres se saludaban con familiaridad, al igual que Tomàs y Biel, que se

fundieron en un abrazo rápido acompañado de unas sonoras palmadas en la espalda. Unos y otros, también la niña risueña que respondía al nombre de María Magdalena, cumplimentaron a Apolonia y a Claudio y se presentaron a Guasch y a Lucía.

Biel resultó ser un joven educado que se movía con desenvoltura. Estrechó la mano de Guasch con decisión; dedicó a Lucía una reverencia digna de una emperatriz; alabó el diseño de los coupés de don Francisco, que agradeció sus palabras henchido de orgullo, y consiguió que Apolonia se ruborizara como una adolescente al elogiar su espléndido collar de esmeraldas.

El recibidor de la planta noble daba acceso tanto al ala de ceremonia como a la zona privada de la familia. El anfitrión, don Joan Sureda i Boixadors, ante la insistencia de su homólogo de Bellpuig, se vio en el compromiso de mostrar antes del desayuno la primera de ellas, reformada por el primer marqués de Vivot, fiel seguidor de Felipe V, a principios del siglo anterior. Lucía quedó enamorada, más allá de los frescos de Dardanone, de los tapices flamencos o de la alcoba de representación en honor al rey, de la surtida biblioteca de la casa, que disponía de manuscritos de valor incalculable entregados por los frailes capuchinos en una de las desamortizaciones eclesiásticas. A Guasch le maravilló el extraordinario dosel de la cama de representación, confeccionado con tejido de seda con hilo de plata y flores de oro que, según afirmó el marqués, procedía del interior de una tienda de campaña que Felipe V había empleado en la guerra de Sucesión y que había regalado al primer marqués de Vivot tras la victoria final.

Al final, fue la esposa de don Joan, doña Bárbara de Verí i Salas, quien tuvo que frenar el discurso apasionado que había llevado a su marido a contar detalles menores de los frescos y largas anécdotas detrás de la adquisición de alguno de los curiosos ejemplares de la biblioteca.

La gran mesa del comedor estaba elegantemente vestida con un mantel de hilo fino y una vajilla de porcelana de Limoges. Una *boiserie* sobre la que se distribuía una vasta colección de platos y bandejas de plata cubría la parte inferior de las paredes del comedor. El sol tibio

atravesaba sesgado la amplia cristalera que daba a la galería y al jardín y centelleaba en el delicado cristal de las copas.

Los platos eran deliciosos y variados: panes recién horneados, mantequilla fresca, quesos artesanales traídos expresamente desde Mahón, sobrasadas condimentadas de distintos modos y un bien curado jamón de Guijuelo que, según había explicado don Joan, les enviaba periódicamente un amigo de la familia. El pantagruélico desayuno se completaba con un sinfín de pastas y frutas escarchadas, ensaimadas *de tallades, llises* o rellenas de cabello de ángel y un humeante chocolate que adquirían en un pequeño horno cercano llamado Can Joan de s'Aigo.

Como siempre que se enfrentaba a un espectáculo gastronómico como aquel, Guasch no pudo evitar pensar en cómo lo hubiera disfrutado Riera, que en ese momento debía de encontrarse a la intemperie, esperando a que Joan Ramis saliera de su casa.

Un conjunto de cámara de criados músicos compuesto por dos violines, viola, chelo y contrabajo interpretaba en la *quadreta* anexa una composición de Mozart.

El capellán personal del marqués, que se había unido a ellos, bendijo la mesa con prosopopeya y, finalmente, unos y otros se lanzaron felices a degustar los deliciosos manjares.

Biel y Tomás departían animados a un lado de la mesa. Guasch había procurado sentarse cerca de ellos y Lucía, hábil, había sacado los primeros temas de conversación, que sirvieron para destapar varios aspectos personales de Biel, como que era un gran aficionado a la caza y a la equitación, además de un excelente esgrimista y un jugador particularmente dotado para el billar, un juego muy popular entre los mallorquines.

—¡Yo no le he ganado nunca, y no lo hago nada mal! —exclamó Tomàs.

—Me temo que mi primo exagera un poco.

—Podemos comprobarlo cuando deseen, estaré encantado de medirme con ambos —propuso Guasch, ejerciendo de mediador—. Pero ¿hablamos de esgrima o de billar?

—Yo pensaba en billar —respondió Tomàs.

—Menos mal… —dijo con falso alivio.

Rieron todos.

—¿En serio te atreverás? —retó Lucía.

—Querida, que me ganaras una vez no significa que sea tan malo. O quizá sí…

Nuevas risas.

—¿Por qué no lo comprobamos al finalizar el desayuno? —propuso Lucía, que miró a Guasch con fingida inocencia—. Un desafío así debe resolverse en caliente, antes de que alguno de los contrincantes se eche para atrás. ¿No crees, Marc?

—Cuenten con ello —convino el anfitrión.

Guasch se mostraba de buen humor, pero permanecía atento a las reacciones de Biel. Nada en su comportamiento parecía mostrar que estuviera a disgusto o que escondiera algo.

Un miembro del servicio retiró los platos vacíos y otro les ofreció un poco más de chocolate caliente que Guasch no pudo ni quiso rechazar. Estaba delicioso. Ya comería menos en el almuerzo. Una joven criada, que resultó ser la joven a la que había consultado el nombre de la casa, entró con una bandeja repleta de *confits d'ametlla* y dulces de *bescuit*. No levantó la vista, por lo que Guasch no pudo averiguar si lo había reconocido.

El capellán y las dos parejas de marqueses estaban enfrascadas en sus propias conversaciones, a las que, ahora sí, Guasch prestó atención y en las que se dispuso a participar. Hablaron de los efectos del cólera, de la sífilis y de otras enfermedades infecciosas que habían azotado a los palmesanos, y se despacharon a gusto con la figura del gobernador civil saliente, el denostado con aparente justicia don Adolfo García de León. Desmenuzaron el funcionamiento del Cuerpo de Investigación del Crimen, a cuyo director general los aristócratas conocían en persona, y escucharon varias anécdotas de Guasch sobre alguno de sus más morbosos casos. Comentaron algunas de las teorías de Alcàntara, del que alabaron sus dotes artísticas; valoraron los avances de Peyronnet en la restauración de la fachada de La Seu, cuyo diseño había creado cierta controversia entre los palmesanos y, cómo no, trataron temas políticos y militares, como las últimas correrías del

general Prim, antagonista en cuanto a ideario político del carlista marqués de Vivot, o la guerra que se había iniciado en el Pacífico contra Chile y Perú a finales del año anterior y que temían que se ampliara a otros países de la zona. También hablaron de los estudios universitarios de Lucía, que provocaron loas y alabanzas de ambas marquesas, así como la admiración de la joven María Magdalena, que afirmó querer convertirse en cirujana, matadora de toros o exploradora. Las risas de la audiencia, aunque cariñosas, no hicieron mella en la determinación de la niña, que apuró su segunda taza de chocolate sin alterarse. Apolonia y sus habituales reproches ante la falta de espíritu maternal de Lucía fueron minimizados por la concurrencia femenina, que celebró su inquietud intelectual.

La conversación derivó hacia temas prácticos relacionados con la gestión de las propiedades de ambas familias, lo que hizo que en un determinado momento Guasch se quedara con la cuchara inmóvil en el aire a medio camino de su boca.

—Imagínese cómo está el servicio —acababa de decir la anfitriona —, que una de las criadas se ha marchado sin despedirse ni dar explicación alguna. ¿Se lo pueden creer? ¡Se ha esfumado sin más! ¡No sé adónde vamos a ir a parar!

Guasch observó de reojo la reacción de Biel, que no desvió los ojos de su taza ya vacía en una actitud un tanto forzada. El joven se limpió las comisuras de los labios con parsimonia y, sin alterar en apariencia la pose tranquila, dobló la servilleta de hilo y levantó los ojos, que se cruzaron con los de Guasch. Ambos se sostuvieron la mirada y sonrieron con cortesía, pero fue el joven aristócrata quien primero desvió la vista en dirección a su madre.

—¿Está segura de que ha desaparecido? —preguntó Guasch.

La marquesa titubeó un instante.

—Le dijo a otra de las criadas que regresaba al pueblo, pero no entiendo por qué no podía al menos despedirse de nosotros, ¡con todo lo que hacemos por el servicio!

La conversación continuó por otros derroteros, pero Guasch no dejó de darle vueltas al hecho de que una criada se hubiera desvanecido en la casa a la que se había dirigido a escondidas el hombre que había

descubierto el cadáver de una chica sin identificar para hablar con uno de sus miembros, un joven que de repente parecía tenso ante la mención de aquella desaparición.

Guasch no creía en las casualidades.

—¿Qué edad tiene la criada?

Formuló la pregunta en voz alta, sin pensar ni darse cuenta, hasta después de haberla hecho, de que había dejado a la anfitriona con la palabra en la boca cuando ya trataba otros temas.

—¿La que se ha marchado?

Guasch asintió.

—Bastante joven, no sé si llegará a la veintena.

—¿Tiene el cabello negro y rizado?

El que intervino ahora fue don Joan, dejando claro que había entendido hacia dónde apuntaban sus preguntas.

—La respuesta a ambas preguntas es afirmativa, como una gran parte de las mujeres de la isla. Yo también he leído la prensa, Marc, no estará pensando en la joven del balneario, ¿verdad?

Doña Margalida y doña Bárbara soltaron una exclamación, el capellán se santiguó dos veces, Apolonia se tapó la boca con la mano y el resto de los comensales empezó a cruzar miradas interrogativas y a cuchichear.

—La persona que están definiendo se asemeja mucho a la víctima.

—Pero ella ha dejado dicho que volvía a su casa —insistió la anfitriona—. ¿Por qué no debería ser cierto?

Guasch iba a explicar que le pudo ocurrir cualquier cosa que le impidiera marcharse, pero reparó a tiempo en la expresión descompuesta de María Magdalena y comprendió que era necesario calmar los ánimos.

—Tiene razón, doña Bárbara, me he precipitado. Le ruego que me disculpe.

Y comenzaron a hablar todos a la vez en voz alta. Menos Biel, que tenía un rictus serio, y Lucía, que permanecía atenta a las reacciones de los demás. Guasch le suplicó por lo bajo que le ayudara a sacar otro tema de conversación y así fue como, al poco tiempo, se encontraban charlando de la excelente calidad del jamoncito de Guijuelo. Guasch

esperó todavía un tiempo prudencial antes de levantarse con expresión neutra, hacer una señal al anfitrión y llevárselo aparte.

—¿Cómo se llama la criada fugada, don Joan?

—Teresa. —El marqués de Vivot se tocó el cuello de la camisa, incómodo—. Sé que estuvo usted en el balneario y que vio el cuerpo exánime. ¿De verdad cree que puede ser ella?

—No conozco a su criada, por lo que no lo puedo asegurar, pero es una posibilidad. No me negará que es mucha coincidencia que la chica desaparezca el mismo día que se produce el crimen.

—Sería una gran desgracia, además de un escándalo para la familia.

—Por eso es conveniente que, antes de que intervenga la Guardia Civil, averigüemos nosotros todo lo posible. —Y se vio forzado a añadir—: De una manera discreta, por supuesto.

El marqués apenas dudó un instante antes de hacer un gesto de asentimiento.

—¿Qué necesita?

Guasch decidió no hacer ninguna referencia al encuentro del joven Biel con el vigilante. Ya hablaría con él a solas llegado el momento.

—Querría entrevistar a la criada con la que habló Teresa.

—¿A Coloma? Sí, desde luego, cuando desee.

Guasch valoró la situación y consideró que en aquel momento no podía ausentarse sin causar un mayor revuelo. Lamentó no haberse comedido y haber alarmado a los presentes de manera innecesaria.

—Cuando terminemos y se hayan marchado todos.

23

Calaveras

Pere Pau

Pere Pau había llegado temprano aquella mañana a la redacción, feliz pese a no haber dormido ni un minuto. Como solía decir el Bribón, «el sexo es el mejor de los descansos». No podía estar más de acuerdo con aquellas sabias palabras, y su total ausencia de cansancio en ese momento venían a demostrar lo acertado de su teoría.

Ente una cosa y otra, el ritmo de trabajo el día anterior en la redacción había sido terrible: al número especial le había seguido el corriente, en el que, además de las crónicas de las sesiones de las Cortes de Madrid, las transcripciones de otros artículos de prensa nacional e internacional y de las secciones locales habituales, también se había incluido el artículo de un compañero sobre las líneas de investigación abiertas por la policía local.

El número de personas interesadas en anunciar sus productos en *El Isleño* se había disparado, y Gelabert se frotaba las manos en sentido figurado y literal. También la cantidad de ciudadanos que se habían acercado para compartir sus teorías sobre el crimen había sido un despropósito: algunas eran auténticos disparates; otras, vaguedades sin recorrido, y un par dignas de ser analizadas, como la de una pareja de campesinos que afirmaba haber visto a una chica corriendo hacia el exterior de la Porta des Camp y otro que se había cruzado con una muchacha durmiendo la mona frente a una taberna en el carrer des Apuntadors. Dos compañeros habían salido para seguir las pistas. Ya informarían a la Guardia Civil después de avanzar en las pesquisas por su cuenta. El señor Gelabert lo tenía muy claro: no pretendía

entorpecer la investigación policial, pero eso no quitaba que primero alguien del periódico asomara la nariz.

El editor le había encargado para el siguiente número un artículo que diera continuidad a su éxito anterior y para el que no tendría un espacio acotado, lo que significaba exactamente «ocupa lo que necesites, ajustaremos el resto de las piezas a tu texto». Pere Pau había anotado en una hoja de papel las ideas para redactar el nuevo escrito y, cuando se disponía a coger el chaquetón para salir, reparó en una coronilla color zanahoria que apenas rebasaba la altura del mostrador. La esposa del editor se había puesto de puntillas para, arqueada sobre el tablero, ver y hablar a su pequeño interlocutor.

La mujer se giró para buscar a Pere Pau cuando este ya corría hacia la puerta.

—¡Gracias! —exclamó tomando a Toni Petit del brazo.

El crío se puso a chillar mientras lo arrastraba escaleras abajo.

—¡Tengo algo! —gritó descontrolado—. ¡Tengo algo!

Pere Pau terminó de ponerse el chaquetón.

—¡Cuéntame!

—Un hombre vio a dos calaveras persiguiendo a una chica.

—¿A dos calaveras? Tú estás tonto…

El niño puso los ojos en blanco.

—Es increíble que tenga que explicártelo todo: dos tipos enmascarados con calaveras de animales. ¡Que iban disfrazados, hombre!

—¿Dónde?

—En la cara…

—*Cony, com estam*! Me refiero a dónde los vieron.

—¡Ah! En Sa Calatrava, no muy lejos de Sa Portella.

Cerca de una de las puertas que bajaban al puerto. Eso estaba bien.

Ahora quedaba la otra pregunta crítica:

—¿Cuándo?

—La tarde del crimen, poco antes de la puesta de sol.

Sí, estaba muy, muy bien.

—En el Baluard del Príncep había la prueba de artillería que se canceló. Podría ser cualquier chica, ¿no? ¿Cómo te la ha descrito?

—Solo la vio de pasada…

—De acuerdo, pero ¿qué vio?

Toni Petit hinchó el pecho y Pere Pau sintió un cosquilleo delicioso en el cogote.

—Que tenía el pelo negro. Me ha dado la impresión de que podía ser ella.

—¿Puedo hablar con ese hombre?

—Supongo que me pagas para eso, ¿no? Vamos allá.

SEGUNDA PARTE

24

Teresa

Guasch

Teresa Coll Marquès tenía diecinueve años cuando cruzó la Porta Pintada diez meses atrás para adentrarse por primera vez en Ciutat. Natural de Lloseta, una pequeña localidad cercana a Inca, la joven de sedoso cabello azabache y mirada inocente había decidido marchase a la capital para buscar suerte lejos de las vicisitudes del campo y de su gente. Unos pocos días le bastaron para encontrar trabajo como ayudante de dependienta en una mercería del carrer de Sant Miquel, gracias a la intercesión de una prima segunda con la que compartía una habitación oscura en un callejón des Sindicat.

Coloma Morlà le explicó a Guasch que en Can Vivot, además de ayudar en la cocina, solía atender recados varios, como comprar hilos, botones, cintas y otras menudencias para el ama de llaves, y que fue en el comercio en el que Teresa despachaba donde se conocieron. Las dos muchachas habían congeniado al instante, hasta el punto de que Coloma la animó a solicitar una plaza vacante en Can Vivot. Después de una minuciosa entrevista personal que había superado con éxito, la joven *llosetina* no dudó en cambiar la tienda por el palacete y el cuartito compartido por una luminosa y aireada habitación que olía a flores frescas para ella sola.

Aquello era más de lo que había imaginado y una oportunidad que no podía dejar escapar.

Teresa pasó a depender del ama de llaves, una mujer entrada en años y en carnes que llevaba toda la vida trabajando para la familia y que se encargaba del funcionamiento de la casa y de la organización

del servicio. Tardó poco en aprender sus funciones y ganarse la estima de su superiora y de sus compañeras.

—Enseguida cayó bien a todo el mundo. Es muy atenta y cariñosa y realiza sus labores de forma rápida y discreta. Resulta fácil entenderse con ella.

—¿Cuándo entró a trabajar exactamente?

La criada frunció el ceño como si así pudiera concentrarse mejor.

Los antepasados retratados en las telas de fondos oscuros que poblaban las paredes de aquella *quadreta* parecían seguir la conversación con interés pese a no alterar sus poses de estudio. Guasch y Coloma se habían sentado en dos cómodas sillas de despacho junto a un escritorio repleto de documentos y correspondencia privada del marqués, que amablemente le había cedido aquel espacio privado.

—Unos días antes del Corpus, mientras hacíamos los preparativos para que los señores se trasladaran a la *possessió*. Lo hacen cada año.

—¿Pasan el Corpus fuera?

La chica lo miró extrañada, como si aquella pregunta careciera de sentido.

—Las familias pudientes de Ciutat se instalan en sus casas de la *part forana* en la época de calor una vez pasado el Corpus, nunca antes o durante, para pasar temporadas más o menos largas. Hay quién va y viene prácticamente cada semana y quien no regresa en todo el verano. Los marqueses no son una excepción, con todas las propiedades que tienen fuera les falta tiempo para visitarlas una tras otra.

—Lo que quiere decir que esta celebración inaugura la temporada estival, ¿es así?

—Eso es. En concreto, después de ver la procesión y de, como marca la costumbre, desayunar cuartos y ensaimadas en Can Tomeu. Por eso recuerdo que Teresa llegó el año pasado, cuando aireábamos la ropa de verano y limpiábamos los baúles.

—Y se instaló en la habitación contigua a la suya.

—Mi anterior compañera se había mudado a un *rafal* de los señores en Manacor y ella ocupó su lugar.

—¿Se presentaron otras chicas para el puesto?

—Un par más, pero ella era la mejor.

—¿Estaba contenta Teresa en el trabajo?

—Mucho.

Guasch se pellizcó el labio inferior.

—No entiendo por qué se marchó, entonces. Si ya había encontrado el puesto que quería y por el que había dejado el campo, ¿para qué regresar? No tiene sentido, o al menos yo no soy capaz, con la información de que dispongo, de encontrarlo. Cuénteme qué le dijo exactamente, por favor.

Guasch observó los rasgos equilibrados de la joven, su barbilla redondeada y la expresión afable. La piel blanca contrastaba con el cabello castaño oscuro, casi negro, que se ondulaba creando unos bonitos tirabuzones naturales. Tal y como le habían descrito a Teresa el marqués y ahora su compañera, estaba seguro de que habrían podido pasar por hermanas.

—Añoraba a su madre.

—Así, ¿de repente? —La chica le miró como si no comprendiera sus palabras y Guasch reflexionó en voz alta—. Se fue sin despedirse de los marqueses, y eso es muy extraño. ¿Por qué quedar mal con ellos y cerrarse la puerta a un posible regreso? Tal vez podría incluso trabajar en alguna de las fincas que los marqueses tienen en la *part forana*. ¿Ocurrió algo a su familia que la hizo cambiar de opinión? O aquí, ¿tenía desavenencias con alguien?

—Estos últimos días estaba más callada que de costumbre. Le pregunté varias veces si le sucedía algo o si la podía ayudar y me respondía con evasivas. Fuera lo que fuese, no lo quería compartir conmigo. Eso también me demostró que no teníamos una relación tan cercana como yo imaginaba.

—¿Intuye de qué podría tratarse?

Coloma bajó la mirada e hizo una mueca sutil para evidenciar que no tenía respuesta para eso. Poco a poco sus ojos habían enrojecido, como si la ausencia de su compañera le resultara dolorosa. Todavía más ahora que la sombra de una muerte atroz planeaba sobre ella. Se la notaba preocupada.

Guasch probó a cambiar de tema.

—¿Tenía alguna marca distintiva en el cuerpo? Algo que nos permitiera identificarla. Un lunar, una cicatriz… lo que sea.

—¿Puede… puede por favor no hablar de ella en pasado? —La joven empezó a temblar ligeramente—. Nunca la he visto sin ropa. No sabría decirle. A simple vista, que yo me fijara, he de responder que no. Tiene un hoyuelo en la barbilla, no sé si eso puede servirle.

—¿Hay algo más que crea que pueda sernos de utilidad?

Coloma negó con la cabeza antes de comentar, en un hilo de voz:

—No entiendo por qué piensa que la joven asesinada puede ser ella, con todas las chicas que hay en Ciutat. Bastaría con ir a Lloseta para comprobar que se encuentra bien y salir de dudas, ¿no?

Una lágrima le escapó del ojo y resbaló por la mejilla. Guasch le cogió una mano destemplada para reconfortarla. No se le ocurrió otro modo de hacerlo. Siempre se había sentido torpe a la hora de consolar a las personas que sufrían la pérdida de un ser querido, pese a que, por la naturaleza de su trabajo, aquello era algo con lo que debía lidiar de manera constante.

En efecto, nada permitía asegurar que la joven del balneario fuera Teresa, pero no se podía descartar esa posibilidad y era normal que Coloma sufriera por la incertidumbre. Quizá Guasch había sido desconsiderado al interrogarla de aquella manera, aunque era difícil obtener información útil sin realizar preguntas directas y en ocasiones dolorosas. No tenía alternativa.

Valoró sugerir a Pons que llevara a alguien al Hospital General para reconocer el cuerpo, pero se le antojó excesivo e imprudente hacerlo sin validar antes lo que pedía la joven. Su reflexión era sensata. Descartó también, por el mismo motivo, registrar por el momento el cuarto de Teresa.

—¿Ha entrado alguien en su habitación tras su marcha?

—Diría que no…

—Ciérrela con llave por ahora. Y no adelante acontecimientos, me encargaré personalmente de confirmar que su amiga está a salvo en casa de sus padres.

El instinto le decía que la visita a Lloseta no les depararía buenas noticias.

Ojalá se equivocara.

25

Amenaza

Riera

Riera llevaba horas boquiabierto. Todo cuanto veía era una novedad para él, y aunque lo reconociera a regañadientes, de un nivel desproporcionadamente grande en comparación con su isla de procedencia, una Ibiza pequeña, sencilla y, salvo contadas excepciones, miserable. En Palma, la población era desbordante; su forma de vestir, refinada y distinguida en los *senyors* y peculiar en la gente de estrato humilde; los edificios civiles, iglesias y conventos, de elegante y bella factura, las plazas amplias, los talleres de artesanía y las tiendas variadas, los puestos del mercado y los alimentos que allí se ofrecían, infinitos y perfectamente ordenados. Hasta los detalles en apariencia más nimios llamaban su atención y eran motivo de asombro, como el sistema subterráneo de cañerías que suministraba agua a todos los hogares de la ciudad que lo solicitaban, algo impensable en una ciudad de Ibiza en la que solo había una única fuente, o aquellas lámparas que funcionaban con gas, una especie de aire que tenía la capacidad de generar una luz resplandeciente y blanca.

Se veían grupos de personas ataviadas con disfraces bien elaborados, en contraste con las costumbres carnavalescas ibicencas, donde la gente se solía *emmariol·lar* o vestir con cualquier prenda estrafalaria que encontrara.

Xisco, el criado mallorquín de los marqueses de Bellpuig, había recibido el visto bueno de sus *senyors* para acompañarle esa mañana. Llevaba desde primerísima hora haciendo de cicerón y cumplía la

función en cuerpo y alma: le guiaba por las calles y se esforzaba por aclarar, dentro de sus posibilidades, todas las dudas que le surgían, que no eran pocas.

Riera y Xisco llegaron temprano al carrer de s'Argenteria y, mientras los comerciantes abrían sus establecimientos, pasearon arriba y abajo para no llamar la atención de vecinos y mercaderes, sin perder de vista la vivienda del guardián. Muchos negocios eran joyerías regentadas por *xuetes*, que según explicó el criado era el nombre que daban los lugareños a los judíos originarios de la isla.

—¿Por qué *xuetes*? —había preguntado Riera mientras admiraba las filigranas de un brazalete en uno de los aparadores.

—Nunca me ha quedado del todo claro. Era y es un modo despectivo de denominar a los judíos por el hecho de que no podían comer *xuia*, tocino, pero también he oído que viene de la palabra *xuetó*, que es como se los llamaba antiguamente. Ni idea de qué versión es la buena.

Habían esperado un par de largas horas hasta que el vigilante asomó por la puerta y se dirigió con paso lento hasta la plaza Mayor, un espacio inmenso rodeado por unos edificios porticados repleto de puestos de venta y comerciantes que compraban los productos a los campesinos para después ofrecerlos en el mercado. Se acordó del destartalado mercado de Ibiza, al que los payeses acudían para vender personalmente, sin orden ni criterio, cualquier cosa que tuvieran a mano. Pensó que nunca volvería a ver aquella explanada y la sencilla actividad de compraventa con los mismos ojos.

Por una parte le entristeció la obligada sencillez ibicenca, una vida de supervivencia en un entorno de miseria; por otra, se sintió más orgulloso que nunca de sus orígenes.

Ramis había saludado y bromeado con varios hombres y entablado una conversación distendida con una señora que atendía uno de los puestos y a la que terminó comprando diversas hortalizas. Riera, que seguía sus quehaceres apoyado en una columna, observaba con detenimiento a su víctima: no daba la sensación de haber vivido una experiencia traumática día y medio atrás. Es extraño que alguien que ha encontrado un cuerpo destrozado se ría como si nada a las pocas

horas. Parecía que hubiera dormido a pierna suelta. Había que tener mucha sangre fría para comportarse de aquel modo.

Sintió unos tirones en los faldones del abrigo y miró hacia abajo.

Un niño le miraba fijamente.

—¿Y tú de qué vas disfrazado? —preguntó el crío señalando sus pantalones *balons* y sus *espardenyes*.

—¿Nunca has visto a un ibicenco?

—¿Qué es eso?, ¿un comediante?

—Largo, mocoso.

—¿Por qué no lleva medias en los pies? ¡Qué frío!

—He dicho que te largues.

El crío se encogió de hombros y desapareció corriendo.

Xisco llegó con dos manzanas y entregó una a Riera, que le hincó el diente al momento. Estaba crujiente y sabrosa. El jugo le llenó la boca. Le encantó.

Joan Ramis paseó un rato más por la plaza e intercambió unas palabras con varias personas más antes de regresar a su casa con andar relajado. Riera bostezó sin disimulo, convencido de que tenían por delante otra larga espera, pero, para su sorpresa, el vigilante apenas permaneció arriba el tiempo justo para dejar la compra y volver a bajar.

El hombre tomó un callejón perpendicular, torció por el antiguo carrer del Segell, giró por unas callejuelas silenciosas de edificios apelotonados y descendió por unas escalinatas de escalones bajos, largos e incómodos de bajar tanto de uno en uno, como de dos en dos; finalmente llegó hasta un paseo que Xisco llamó es Born; apoyó el hombro en la esquina y sacó un paquete de tabaco, del que extrajo un cigarrillo que empezó a fumar con parsimonia. Riera y Xisco permanecían apostados en un portal desde el que le veían expulsar nubes de humo por la boca. El canto de una mujer les llegó desde alguno de los numerosos balcones abiertos. La gente cantaba mucho en Palma. Y además, lo hacían bien. Aquello le gustaba.

—Parece que está haciendo tiempo —observó Riera.

—Justo ha ido a ponerse debajo el *cap del moro*. Quizá se haya citado allí con alguien.

—¿*Cap* de qué?

El guía señaló por encima de Ramis.

—¿Ve aquello que sobresale de la esquina? —Riera afinó la vista y vio una especie de bola oscura varios palmos por encima de la coronilla reluciente. Asintió—. Es una figura que representa la cabeza de un moro en honor a don Ricardo Barceló, un ilustre marino mallorquín que, cuando capturaba musulmanes, tenía la costumbre de traer algunos a es Born para decapitarlos delante de la muchedumbre.

—¿Lo dice en serio?

—Tal y como se lo cuento.

—Me habían vendido la idea de que el mallorquín era un pueblo pacífico que rayaba la santidad.

—Bueno, era otra época y…

Riera señaló hacia delante.

—Oiga, ¿dónde está el tipo?

Ramis había desaparecido.

Salieron a la carrera de su escondrijo, se acercaron a la esquina y miraron a ambos lados del paseo para descubrir, una veintena de pasos por delante, caminando sin prisa, al hombre que llevaban media mañana escoltando.

Riera respiró aliviado.

Giraron a la izquierda y, en vez de seguir a Ramis por el paseo, continuaron por un lateral, charlando y disimulando como si tal cosa.

—¿Ve aquel edificio al otro lado de la rambla? —prosiguió Xisco—. Es Can Puig, el palacio de los marqueses. Ya verá cuando nos visite, es una maravilla.

Riera abrió la boca y tardó un rato en poder cerrarla. Aquello era una auténtica fortaleza, un castillo, un palacio en toda regla. Los mallorquines eran *de casa forta*. Masculló que ya tendría tiempo para hacer visitas mientras se preguntaba qué tramaba el hombre al que seguían y si se habría percatado del seguimiento, pero lo descartó: ni miraba hacia atrás, ni daba muestras de nerviosismo, ni había alterado su andar despreocupado.

Al final del paseo se erigía una estatua de la reina Isabel sobre un pedestal cilíndrico con cuatro figuras que la rodeaban y que

representaban, según explicó un Xisco ahora dubitativo, la paz, la guerra, la industria y la agricultura.

—¡Cuánta adoración por Su Majestad!

—Fue la propia reina quien puso la primera piedra en su visita a Mallorca hace unos años.

—No me la imagino trabajando… Quiero decir, realizando ningún esfuerzo físico, más allá de los escarceos amorosos con su legión de amantes, por supuesto.

Ramis se acercó a un jardín y tomó asiento en un curioso banco hecho con listones de madera y forja. Detrás suyo se levantaba un espacio amurallado del que sobresalían varias edificaciones voluminosas y, entre ellas, en el extremo más cercano a su posición, una torre en aparente estado de ruina.

—Es la torre des Caps.

Riera soltó una risita.

—¿Por qué? No me diga que colgaban ahí las testas que cortaban a los moros.

—De los moros no sé, pero de los condenados a muerte locales, sí. Se cuenta que una de ellas cayó una vez en plena ventolera y terminó rodando por es Born…

—Coge fama y échate a dormir.

El otro le miró sin comprender.

—¿A qué se refiere?

—Nada, nada. Lo que le comentaba antes, que tengo una charla pendiente con un cabo de esta tierra serena.

Xisco se encogió de hombros y señaló al vigilante.

—Ahora sí que no cabe duda de que espera a alguien.

El hombre había encendido otro cigarrillo y acechaba a izquierda y derecha con las piernas cruzadas.

—Tiene razón. ¿Le parece si nos separamos? Usted y yo juntos llamamos la atención y estamos muy expuestos, no me gustaría que se fijara en nosotros. Mantengámonos a la vista el uno del otro.

Así lo hicieron. Riera concluyó que el mejor modo de pasar desapercibido era sentarse en un banquito no demasiado alejado de Ramis. Se adentró silbando en el jardín con una mano en el bolsillo y

lo saludó con un gesto que el otro correspondió con un ligero alzado de sus frondosas cejas. Era curioso que todo el cabello de su cabeza se hubiera concentrado sobre las cuencas de los ojos. El vigilante no le prestó mayor atención y Riera ocupó el banco que se había marcado como destino y desde el que lo veía bien.

A un fumador le cuesta permanecer sentado sin sostener un cigarrillo encendido entre los dedos, y él lo era, por lo que sacó uno de *pota*, el pestilente tabaco que se consumía en Ibiza, y lo encendió. Sin prisa, expulsó el humo por la nariz y valoró la situación: la cabeza pelada continuaba rotando de un lado a otro en busca, suponía, de una cita que presumiblemente llegaba con retraso.

Xisco fingía contemplar absorto, con las manos a la espalda, una de las dos estatuas de leonas que flanqueaban el passeig des Born; cada cierto tiempo los miraba con disimulo. El movimiento de personas era fluido, al igual que el de carrozas, que le tenían fascinado. Todavía recordaba el breve trayecto que había hecho entre el muelle y la pensión nada más llegar al puerto: los soberbios caballos, la madera lacada y los elementos relucientes de latón. Se había sentido como un príncipe.

Ramis miró hacia una calle en pendiente que se orientaba en su dirección. Varios transeúntes disfrazados subían con paso lento y se cruzaron con otro que venía envuelto en una capa negra con el interior forrado de azul cielo y una capucha amplia por la que asomaba una máscara también celeste que le cubría todo el rostro. Se desplazaba con pasos largos y acompasados. Tanto la forma de vestir como de moverse tenían algo de inquietante.

El vigilante lanzó la colilla al suelo y se puso en pie.

La cita había llegado.

Riera se tensó y de repente no supo qué hacer para enfatizar su indiferencia, su fingida actitud despreocupada ante la vida. Decidió ladear el cuello, abrir ligeramente la boca y entrecerrar los ojos para representar que le había asaltado el típico sueñecito matutino. Optó por no roncar, pues los excesos resultaban sospechosos. Por una rendija minúscula al entrecerrar los ojos, ¿quién no ha jugado a ello de niño?, vio cómo el vigilante se giraba hacia él y esbozaba una

sonrisa indulgente antes de volverse de nuevo hacia el hombre de negro, que ya llegaba a su altura.

Riera aguzó el oído y comprendió que no estaba lo bastante cerca para escuchar una conversación que preveía se iba a desarrollar en tono quedo. La máscara se detuvo junto al guardián y ambos intercambiaron unas palabras que, como temía, no entendió. Aquel no era un encuentro entre dos amigos. ¿A qué venía aquella representación?

La sombra borrosa junto a las leonas permanecía de pie. La presencia del criado le tranquilizó, aunque sabía que era poco probable que alguien pudiera matar a otro en un lugar tan transitado como aquel. Pensó por qué habían escogido aquel espacio abierto para reunirse, concurrido y a la vez impersonal. ¿Quién se fijaría en ellos con todo lo que sucedía a su alrededor? ¿De qué se escondían, si es que de verdad lo hacían?

Concluyó que al menos uno de los dos necesitaba la seguridad de aquel lugar neutral, y seguramente sería el recién llegado, pues el guardián no tenía problema en mostrar su rostro, su voluminosa barriga y su calva a cualquiera que tuviera interés en verlos.

Riera abrió un ojo y vio cómo la máscara se acercaba al vigilante y, con un gesto discreto, le entregaba algo que Ramis guardó en un bolsillo interior del abrigo y del que extrajo, a su vez, un pequeño paquete que el otro escondió bajo la capa negra. La máscara le dijo algo al vigilante, que asintió repetidamente y, sin más, dio media vuelta y empezó a desandar la ruta por la que había llegado.

Ramis hizo lo propio y se encaminó hacia es Born.

Riera abrió el otro ojo, se puso en pie y gesticuló hacia Xisco para, después, señalar al vigilante. El criado asintió con disimulo y, con las manos enlazadas en la espalda, fingió concentrarse en los pechos de la leona mientras dejaba que el calvo le rebasara para después seguirle.

Riera empezó a caminar tras el misterioso hombre enmascarado, que ahora andaba a ritmo más ligero que cuando llegó, como si tuviera más interés, o urgencia, en llegar a su destino. Subió la pendiente con esfuerzo, consciente de que su estado físico, de natural cansado, no le permitiría caminar largas distancias ni tampoco

desplazarse a un ritmo endiablado. Confiaba en que ni lo uno ni lo otro fuera necesario.

El hombre era algo más alto que él y parecía más ancho de hombros, aunque desconocía si llevaba algo bajo aquel ropaje que le hiciera aparentar un mayor volumen. Se desplazaba con movimientos delicados y armoniosos, como si su mente le marcara el ritmo constante que debían seguir sus pasos.

Entonces la figura se detuvo y se volvió. Riera dio un respingo rogando que el otro, medio centenar de pasos por delante, no se hubiera percatado de que lo seguía. Decidió que no podía hacer otra cosa más que continuar ascendiendo la cuesta sin mostrar preocupación ni alterar el gesto. Metió las manos en los bolsillos del abrigo y se puso a canturrear. La máscara, que quizá lo observaba desde detrás de su disfraz, aguardó todavía un momento antes de proseguir su camino y Riera consideró que tal vez se había limitado a comprobar que Ramis no le seguía. Fuera como fuese, ya le había visto y no podía arriesgarse a que le descubriera de nuevo, aunque, bien pensado, ¿qué más daba si lo hacía? ¿No podía simplemente caminar por la calle en su misma dirección? La prudencia y el deber le aconsejaron continuar adelante con la esperanza de averiguar algo más de aquel hombre misterioso.

Al final de la rampa la calle torcía de manera brusca a la derecha, por lo que Riera lo perdió de vista durante el momento que tardó en llegar y, al hacerlo, vio cómo este desaparecía en un cruce cercano.

Aceleró para alcanzarlo y, al girar la esquina, chocó con él, que se había detenido y permanecía a la espera junto a la fachada del edificio. La capa le cubría todo el cuerpo, los brazos le caían a plomo a los costados, la capucha apenas mostraba la sombra del antifaz feote que le cubría la cara. Podía ser un anciano, una mujer o una niña voluminosa.

—Lamento el encontronazo —se excusó el subinspector—. Iba despistado…

La figura permanecía en silencio.

—¿Se encuentra bien?

Pero el enmascarado, en lugar de responder, se señaló los ojos con

dos dedos para después, en un movimiento pausado, apuntarlos hacia Riera. Aquello bien podía significar que lo había visto antes o una advertencia para que fuera con cuidado de meterse donde no le llamaban.

Sintió que el labio le temblaba y un escalofrío le recorrió la espalda, más que por el gesto en sí, por la apariencia sombría de quién lo realizaba.

—¿Quién es usted? ¿Por qué me amenaza?

Entonces el hombre se llevó el índice a la altura de los labios ordenándole callar para, enseguida, echar a correr por la calle que se abría ante ellos con la capa ondeando al viento. Riera permaneció en pie, quieto, con los ojos bien abiertos. No hizo amago de seguirlo, pues sabía que no tenía ninguna posibilidad de alcanzarlo, y se limitó a observar cómo, después de girar a la derecha, lo perdía definitivamente de vista.

Decidió que no le gustaba el carnaval mallorquín.

26

El vigía

PERE PAU

Portopí era el puerto más antiguo de Palma, y por lo que Pere Pau intuía, si bien no estaba seguro del todo, también de la isla. La ensenada, profunda y protegida de la tramontana por un cerro, se empleaba desde tiempos remotos como refugio de las embarcaciones cuando había riesgo de temporal. Estaba flanqueada, en ambos extremos de la bocana, por dos torres de diferente altura, origen y condición: la torre de Paraires, considerada por unos de origen romano y por otros de la época del reino de Mallorca, había tenido además de un uso puntual como lazareto, funciones defensivas. De ella partía en el pasado una gruesa cadena de hierro y troncos de madera a modo de flotadores que llegaba hasta el otro torreón y que se empleaba para impedir la entrada y salida de naves durante la noche.

La otra atalaya, conocida como torre de Portopí o de Senyals, de gran altura y matacán imponente, servía, además de como faro, para anunciar a la población mediante un sistema de banderas el número y tipo de barcos que se disponía a entrar a puerto.

—Te inventas la mitad de las cosas —aseveró Toni Petit cuando ya se aproximaban a la torre de Paraires.

El niño tenía que correr para seguir las zancadas de Pere Pau que, deseoso de entrevistar cuanto antes a un testigo que intuía vital, no se molestaba en reducir la marcha.

—¿Pero qué dices, enano? En el arrabal estas cosas se saben y ya está. Son historias que han pasado de padres torreros, marineros, pescadores o corsarios a sus hijos durante generaciones, y que ahora

los mayores cuentan a sus nietos.

—Claro que sí, hombre, en Santa Catalina lo sabéis todo…

Pere Pau se quitó el gorro y le dio al crío con él, que se rio.

—¡No te enfades, listillo!

—Pues cuentan que había dos torres más, la de Sant Nicolauet y la del Faro, que se derribó para construir el Castell de Sant Carles.

—¿Ahí es donde cortaban las manos a los niños?

—¡Anda, pero si tú también sabes cosas! ¿No me digas que también eres catalinero? —Hizo una indicación para torcer por el camino que rodeaba la ensenada—. No es exactamente así; la realidad es que a la chiquillería como tú le daba a veces por hacer puntería con las hondas a los cristales del faro. Imagina el peligro para los navegantes nocturnos quedarse sin guía para entrar a puerto, por eso había penas durísimas para los culpables, niños o adultos, que incluso podían ser condenados a la horca. La norma también se refería a cortar manos, en efecto, pero desconozco si alguna vez tal castigo se llevó a cabo.

El niño soltó un bufido y murmuró algo por lo bajo mientras, despreocupado, comenzaba a dar saltitos por el sendero. Con anterioridad se habían cruzado con un buen número de pescadores y campesinos que llevaban sus mercancías a Ciutat en carros de todo tipo. En aquel momento no había nadie a la vista.

La torre de Senyals se elevaba majestuosa ante ellos. De planta cuadrangular, no tendría menos de cuarenta metros de altura y estaba construida en tres niveles de piedra de *marès* en los que destacaba un peculiar matacán que rodeaba la parte superior del primer estrato. En ese momento no ondeaba ninguna bandera en la atalaya, señal de que no había embarcaciones aproximándose por el horizonte en dirección a la capital.

Pere Pau miró de reojo a Toni Petit.

—Espero que no hayamos recorrido todo este camino para nada…

—Se llama Joanot y es uno de los vigías. Ya te lo he dicho, no hay ninguna duda. Quédate tranquilo. Mi fuente lo conoce bien.

Pere Pau no tenía motivos para desconfiar del crío, que había demostrado de sobra que cumplía con sus compromisos siempre que se responsabilizaba de una tarea, con recompensa de por medio, por

supuesto. Toni Petit no bromeaba ahora, y si mostraba algún sentimiento no era otro que excitación ante la inmediatez del encuentro.

Pere Pau asintió y levantó la mirada. Ningún vigía se apostaba en la vertiente de tramontana, algo lógico teniendo en cuenta que en esa dirección solo había tierra firme.

Ni el uno ni el otro habían accedido nunca a aquella torre prohibida, por mucho que los dos, como la mayoría de los palmesanos, habían sentido siempre curiosidad por conocerla.

Se acercaron a la entrada. La puerta estaba entreabierta. Les alcanzó el tarareo de un hombre desde el interior. Entonaba una canción o, más bien, canturreaba una poesía que se le antojó de Miquel Llompart, *El coix de la Bau*, un gran *glossador* de Llucmajor que pese a ser iletrado poseía un talento portentoso para versificar. El vigilante demostraba tener buen gusto artístico.

—*Bon dia que Déu mos dó!* —saludó Pere Pau desde el exterior.

—*Uep!* —respondió el hombre, que interrumpió el canto y la tarea —. *Bon dia! Que hi ha res de nou?*

—*Buscam en Joanot.*

El otro se acercó a la puerta y se asomó.

—Está arriba… —Le señaló con el dedo—¡Eh, sé quién eres!

Toni Petit pasó la vista de uno a otro y Pere Pau se puso alerta. Los rasgos le eran familiares, pero fue incapaz de recordar de qué lo conocía y, por tanto, si debía o no preocuparse. No dijo nada, asintió y compuso una expresión neutra, y el hombre, como sucede siempre que alguien muestra un atisbo de emoción, sintió la necesidad de justificarse.

—¡Eres el muchacho que durante la epidemia accedía a las casas por los balcones y los tejados! Recuerdo que salvaste un par de vidas. Me dijeron que trabajas en *El Isleño* y que eres el periodista que ha escrito el artículo de la chica de los baños.

El vigilante recitó a continuación varios nombres de conocidos comunes entre los que destacaba una mujer casada de buena presencia que había visitado en varias ocasiones la cama de Pere Pau. Procuró no deleitarse en su recuerdo, pero anotó mentalmente que debía verse

con ella para revivir tiempos pasados.

Con el viento a su favor, decidió no andarse por las ramas.

—Precisamente queríamos conversar con Joanot sobre algo que puede tener relación con el asesinato…

Dejó la frase a medias para que las palabras calaran en su ojiplático interlocutor. Toni Petit callaba y lo observaba con atención, como si tomara nota mental de la actuación para interpretar algún día ese mismo papel.

—¿Qué puede saber él?

—Es probable que no sea consciente de lo que ha visto, por eso debemos verle. ¿Podemos subir? Es urgente.

—Está prohibido que personas ajenas al servicio de vigilancia accedan a las instalaciones —soltó el guardia, si bien al instante añadió—: como comprenderás…

Pere Pau valoró sus opciones.

Durante su vida de huérfano superviviente había aprendido infinidad de lecciones valiosas, pero había una que destacaba por encima del resto, una verdad para él incuestionable: todo el mundo necesita algo, bien sea reconocimiento, admiración, comprensión, afecto, placer o un simple hombro sobre el que derramar unas lágrimas. El secreto para conseguir que las personas te den aquello que precisas no es a menudo una cuestión de dinero, sino de entender qué les mueve y ofrecérselo en bandeja de plata. El instinto de Pere Pau no era infalible, pero acertaba más veces de las que erraba.

Podía pedirle al hombre que reemplazara a Joanot para que él bajara a hablar con ellos, pero no quería desaprovechar la ocasión de acceder al puesto de vigilancia. Le apetecía y punto, por eso dio unas cabezaditas de asentimiento y esbozó media sonrisa para dar a entender que se ponía en el lugar de su interlocutor y que comprendía las implicaciones mientras buscaba un resquicio por el que sortear las trabas.

Pensó que, después de haber admirado su actitud durante el cólera, aquel hombre necesitaba sentir que él también era un héroe y que podía contribuir a lograr algo grande. Y ese fue el flanco que atacó.

—Me hago cargo, amigo mío, pero quizá por esta vez podría hacerse

una excepción, ¿no le parece? —Estiró el cuello y miró a su alrededor para que fuera evidente que quería asegurarse de que no los escuchaban. Luego apoyó una mano en su espalda y adoptó un tono de confidencia—. Nadie tiene por qué enterarse de que nos hemos reunido aquí, pero usted y yo sí sabremos que habrá ayudado de manera crucial a descubrir al asesino de la muerte más horrorosa que se recuerda en Ciutat. Se lo pido como un favor personal y le aseguro que encontraré el modo de resaltarlo en mis artículos sin comprometerlo a nada. Le prometo… le juro que no tardaremos mucho.

La escalera, pegada al muro interior de la torre, constaba de cuatro tramos y tenía un pequeño descansillo al final de cada uno de ellos. Pere Pau evitaba mirar hacia abajo, donde el vigilante seguía sus evoluciones con los brazos en jarras. Hicieron una pausa en mitad de la escalada.

—¿Cómo lo haces para conseguir siempre lo que quieres? —masculló Toni Petit.

—En tu caso, soltando la mosca…

Aquello hizo gracia al niño, que se puso a reír a carcajadas.

El último segmento de la escalera se adentraba en una trampilla y daba a un piso de madera que se distribuía en dos estancias. En la principal había una mesa, un puñado de sillas y varios estantes repletos de un gran número de telas plegadas de diferentes colores que no podían ser más que las banderas con las que se transmitían las señales a la población. El sistema era tan antiguo como práctico. Le encantaba estar allí.

No había nadie en la habitación. Una puerta se abría en el muro de piedra para dar paso al matacán. Pere Pau quiso evitar que Joanot se llevara la desagradable sorpresa de encontrarse a dos desconocidos en su lugar de trabajo, que se sintiera amenazado y tuviera una mala reacción.

—*Bon día, Joanot*! —gritó asomando la nariz al exterior.

La brisa era viva, el olor a salitre del mar, intenso, y la panorámica más imponente incluso de lo que había supuesto, con el perfil de piedra de Ciutat al fondo de la bahía. Vio el Molinar de Llevant en es

Portixtol, y el de Ponent en es Jonquet, junto a su adorado arrabal; las colinas de na Burguesa, la extraordinaria serra de Tramuntana recortada por una imponente capa de nubes y la llanura ondulada e interminable que se extendía tras la ciudad.

El ceño fruncido de un hombre asomó por una de las esquinas. Era obvio que no esperaba su presencia allí ni suponía quiénes eran.

—¿De dónde salís vosotros dos? ¿Qué hacéis aquí?

—Somos conocidos.

—¿De quién?

—De su compañero de abajo.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo se llama mi compañero de abajo?

Pere Pau mostró las palmas de las manos en señal de buena voluntad, pero fue Toni Petit quién tomó la palabra.

—Tenemos amigos comunes.

—¿Tú y yo? —Joanot resopló por la nariz—. Bajad rápido antes de que os tire matacán abajo…

Pero el niño no se inmutó y se refirió al propietario de la taberna que el vigilante solía frecuentar y a un par de feligreses. Contó también varios detalles que una persona ajena a su entorno no podría conocer. El vigía lo miró ahora con curiosidad.

—De acuerdo, ya veo que tienes trato con mis amistades, pero está prohibido subir aquí. ¿Por qué no me buscáis en otro momento?

—Porque necesitamos comentar con usted lo que vio la noche del *dijous llarder* —respondió Pere Pau.

—En carnaval se ven muchas cosas.

—Dos hombres que perseguían a una chica.

Joanot hizo un mohín, como si no supiera de qué hablaba.

—Dijo usted que iban disfrazados de animales —aclaró Toni Petit.

El hombre dio una palmada al aire.

—¡Los dos chalados aquellos! Menudos imbéciles. Iban como cubas y llevaban pieles, o quizá eran sacos, no pude distinguirlo bien. Lo que sí vi fueron las calaveras de cerdo con las que cubrían sus rostros. Yo estaba orinando en un portal cuando ellos salieron de una esquina y se abalanzaron sobre una pobre muchacha. Le dieron un susto de muerte. Uno la cogió del brazo y se le insinuó; ella logró soltarse y salió

corriendo.

—¿Hacia dónde se fue?

—Torció por la calle de Santa Clara. Ellos la siguieron…

—¿La alcanzaron?

—No lo sé, pero lo dudo, eran grandes y diría que no demasiado rápidos —Los miró con detenimiento—. No me habéis dicho a qué viene todo esto. ¿Sois amigos de la chica? ¿Le ha pasado algo?

Era imposible que no estuviera al tanto del crimen. Pere Pau le explicó quién era y que investigaba para *El Isleño* la muerte del balneario.

—¿No ha pensado que pudieran ser la víctima y sus asesinos? —inquirió.

—¡Claro, y justamente la capturaron delante mío! —Chascó la lengua—. Yo estaba con el *pardal* fuera y no me dio tiempo de seguirlos. Seguro que la muchacha se escapó sin más.

—¿Oyó algo cuando los perdió de vista?

—Las obscenidades que le seguían gritando.

Aquello no aclaraba nada, podía haber pasado cualquier cosa.

—¿Sabría describir a los hombres o a la chica?

—Estaba muy oscuro.

—Haga un esfuerzo, por favor, seguro que distinguió algo.

—De ella solo puedo decir que tenía el pelo negro, y una capa o un mantón oscuro, apenas pude ver una sombra que apretaba a correr; respecto a los dos animales aquellos, ya os lo he dicho: eran grandes y vestían de manera rudimentaria, con las piernas descubiertas y dos cráneos de cerdo atados en la cara.

—¿Tenían algún acento peculiar o algo que nos permita averiguar de dónde son?

—Cualquier cosa que nos ayude a encontrarlos —añadió Toni Petit, que ya intuía que tendría que encargarse de la búsqueda.

Joanot negó con la cabeza.

—Lo siento. Todo pasó en un abrir y cerrar de ojos. Solo vi lo que os he contado.

27

Part forana

GUASCH

Guasch localizó a Xisco deambulando entre los viandantes en los aledaños de la casa de Ramis. El criado lo recibió con una sonrisa y le narró el seguimiento realizado al guardián, la extraña y breve reunión mantenida con un misterioso enmascarado y cómo él y Riera se habían separado para poder seguir a los dos hombres.

—Ha ido directo a su casa —concluyó Xisco sin poder ocultar la enorme excitación que le provocaba todo aquel divertimento.

—¿Y Riera?

—No sabría decirle. No hemos quedado en nada. He dado por supuesto que nos encontraríamos aquí, pero todavía no ha aparecido.

Guasch le dio una palmada de agradecimiento y en su cabeza empezó a valorar los riesgos a los que podría haberse enfrentado el subinspector cuando lo vio aparecer por el carrer de s'Argenteria.

Respiró aliviado.

—¿Cómo ha ido ese desayuno? —preguntó Riera cuando los alcanzó.

—No me diga que tiene hambre.

El ibicenco levantó una ceja, como si no comprendiera el sentido de aquella pregunta.

—¿Le sorprende?

Guasch le dio unas monedas a Xisco y le pidió que fuera a Can Joan de s'Aigo a comprar unas ensaimadas. Si había entendido bien las indicaciones, el horno no quedaba lejos de allí.

Cuando estuvieron a solas puso a Riera al día de sus averiguaciones

en Can Vivot y de la entrevista mantenida después con la prima de Teresa, quien, como no podía ser de otra manera, se alarmó ante sus preguntas.

—¿Y qué le ha contado?

—Que apenas se veían, pero que le extrañó esta repentina intención de regresar a casa. Teresa vino de Lloseta huyendo del futuro duro y sin expectativas que la esperaba allí. También le llama la atención que no haya pasado a contarle nada ni a despedirse de ella.

—Quizá no ha tenido tiempo… ¿Cree que es ella la chica del balneario?

—Es una posibilidad que, como bien sugiere la otra criada, es sencilla de comprobar.

—¿Piensa enviar a alguien al pueblo ese?

—Preferiría que fuéramos a Lloseta usted y yo.

—¿Cuándo?

—Ya.

Riera narró que había perseguido a un enmascarado y cómo este le había tendido una pequeña emboscada para, después de amenazarlo veladamente, escapar.

—Qué extraño…

—Tendría que haberle quitado la máscara sin más. ¡No he sabido reaccionar a tiempo!

—Tengo la sensación de que Biel, el hijo del marqués de Can Vivot, oculta algo. No sé qué puede ser ni por qué, de ser él, se pondría un ridículo disfraz… Es pueril.

—No querría ser identificado ni… ¡Eh, un momento, pero si estaba con usted!

—Durante el desayuno. Nos hemos despedido cuando yo iba a entrevistar a Coloma y lo he perdido de vista. Y después he ido a interrogar a la prima de Teresa, por lo que le ha dado tiempo a vestirse, salir de la casa y acercarse a la plaça de la Reina, que está a poco más de cinco minutos a pie de Can Vivot.

—Entonces, ¿no lo ha interrogado todavía?

—Con la gente poderosa conviene andarse con tiento hasta tener las cosas encarriladas. No porque considere que tengan privilegio alguno

sobre las clases más humildes, sino porque pueden obstaculizar con mayor facilidad cualquier acción posterior. No nos cuesta nada hacer unas comprobaciones antes de apretarle un poco. Salta a la vista, como le decía antes, que tiene cosas que explicar.

Xisco llegó cargado con un paquetito e informó a un Riera salivante que le había traído tres clases de ensaimada: con cabello de ángel, con *tallades de sobrassada i xuia* y una tercera *llisa*, con azúcar molido espolvoreado por encima.

Riera se abalanzó sobre el paquete y lo abrió con dos tirones para dejar a la vista aquellas pequeñas obras de arte de masa acaracolada, aroma embriagador y delicioso color dorado cubiertas de azúcar fino.

—Así que estas son las famosas ensaimadas mallorquinas… Que conste que en Ibiza también tenemos, ¿eh? —Acercó la nariz e inhaló con fuerza—. Pero he de reconocer que estas huelen muy bien…

Al primer mordisco se le humedecieron los ojos.

—Parece que no le desagradan.

Antes de responder, el subinspector dio otro bocado más.

—Eftan bien buenaf, fí, fí…

—Mastique tranquilo y coja fuerzas. Me gustaría pedirle que indague sobre Ramis. Haga referencia a la muerte del balneario y su nombre saldrá solo. No tendrá que insistir mucho para que se refieran a él. Pero no se demore demasiado. Yo voy a Can Puig, necesito escribir y enviar una nota a Pons. Cuando vuelva, partiremos hacia Lloseta.

Aunque Guasch había intuido el día de su llegada, encaramado en lo alto de la torre de Son Armadans, que la llanura que se extendía más allá de Ciutat no sería pequeña, solo en aquel momento constataba su verdadera dimensión.

Recordó las explicaciones que nada más conocerse le había dado el padre de Apolonia, el marqués de Bellpuig, sobre la forma romboidal de la isla. A nivel político, el territorio se repartía en tres grandes áreas, los partidos judiciales de Palma, Inca y Manacor. Desde un punto de vista geográfico, en la vertiente norte, y de oeste a este, se

prolongaba una cordillera montañosa con numerosos picos, entre los que destacaba el Puig Major. En la sierra, a parte de la orgullosa Sóller, habían proliferado algunas villas e incluso un monasterio tan notable como el de Lluc. A los pies de las montañas y de modo paralelo a ellas se había desarrollado la principal arteria de comunicación de la isla, el camino que cruzaba la isla y que unía Ciutat con Alcudia, las dos únicas poblaciones mallorquinas emplazadas junto al mar; a lo largo de ese camino se repartían varios pueblos, siendo Inca el más importante. Xisco confirmó que la localidad de Lloseta, desgajada de la municipalidad de Binissalem una quincena de años atrás, quedaba al oeste de aquella ciudad. Era un lugar pequeño y tardarían un par de horas en llegar.

Habían abandonado la fortaleza renacentista por la Porta Pintada Nova, próxima a la puerta homónima de las murallas medievales por la que se decía que el último día del año 1229 el Rey Jaime I había entrado en la ciudad en la conquista de la isla a los mahometanos; según las crónicas, sin embargo, aún tardó dos años en derrotar a los infieles que resistían en la serra de Tramuntana.

Una infinidad de molinos de viento brotaban de la tierra en la explanada que se expandía más allá de Ciutat. La mayoría de las huertas de la zona, sino todas, tenían uno de aquellos cilindros gigantes coronados con aspas de madera cubiertas de telas.

—Los señores Vernièr y Bouvy, este último muy amigo de la familia —Xisco señaló hacia el sureste—, se valieron de ellos para drenar el pantano que se extendía junto a la ciudad y acabar con la plaga permanente de mosquitos y la propagación de enfermedades que solían afectar a Ciutat.

—¿Cómo sabe usted todo eso? —preguntó Guasch, admirado ante aquellos inesperados conocimientos en una persona de condición humilde y seguramente de escasa o nula formación académica.

—Los señores marqueses tienen un predio en Sant Jordi y yo, junto con otros compañeros, trabajé en la extracción del agua de la finca. Lo que les cuento lo sé de contemplarlo con mis propios ojos.

—Sí que tiene fincas el marqués.

—Sí, señor Riera —respondió Xisco con naturalidad—, nadie en

toda Mallorca tiene tantas fincas ni tan grandes como don Francisco. Quizá después venga don Joan, el marqués de Vivot.

Riera dedicó una mirada inquisitiva a Guasch, que se encogió de hombros.

La calesa, tirada por dos caballos, avanzaba a un ritmo endiablado. El trasiego de campesinos, con carros de diferente factura, en ocasiones directamente en mulas y otras, las menos, a pie, era constante en ambas direcciones.

Riera observaba con atención todo cuanto ocurría en el exterior, como la sucesión de pueblos de mayor o menor tamaño que cada cierto tiempo encontraban a su paso. Aquello era opuesto a la isla de Ibiza, donde la población rural vivía diseminada en casas independientes, convenientemente alejadas unas de otras, y no había sabido agruparse alrededor de los templos que un siglo atrás el obispado había levantado *foravila*.

En aquel momento, la mirada del subdirector se perdía en los picos de la cordillera, un paisaje que sus ojos sedentarios no habían contemplado jamás.

—¿Qué le parece Mallorca hasta ahora? —preguntó Guasch no sin malicia.

—Grande.

—Vamos, hombre, cuénteme sus impresiones.

—¿Qué quiere que le diga?, ¿que es preciosa?

—¿Lo es?

—¿Qué le sucede, Guasch? ¿Tiene ganas de chinchar?

—Reconozca que la isla es bonita.

—Pues sí, lo es, y además aquí tienen cosas que nosotros no podemos ni imaginar. —Señaló hacia la cordillera, serio—. Como eso. O una catedral como La Seu, o los palacios, los conventos y otros muchos edificios…, o colegios e institutos, o el mercado a rebosar de alimentos y de vida. Se nota que aquí hay dinero, y el gobernador de la provincia, y marqueses y grandes señores, obispo y capitán general. Vila, en comparación con Palma, no es más que un pueblo humilde y pobre. No es comparable, nosotros no tenemos nada y aquí tienen de todo. Me ha gustado lo que he visto, por supuesto, aunque no lo

cambio por Ibiza. Uno no puede traicionar sus raíces. ¿Y sabe qué? Que las ensaimadas están muy buenas, pero ahora me comería un *flaó* entero.

—No crea que aquí no hay gente que lo pase mal. No es oro todo lo que reluce, sobre todo después de la epidemia. Le sorprendería la cantidad de mujeres que han enviudado y se han quedado sin recursos, hombres de edad sin posibilidades o niños huérfanos… La gente humilde que sirve en una gran familia es afortunada, porque no debe preocuparse de su manutención, pero los que no gozan de semejante privilegio también tienen vidas muy duras.

—Diferencias de clases las hay en todo el mundo, no olvide que nosotros también tenemos a nuestros *mussons*…

Guasch meditó las palabras del subinspector, recordó su experiencia en Ibiza y lo que había aprendido en los pocos días que llevaba en Mallorca.

—La sociedad mallorquina es compleja, mucho más que la ibicenca. Los que ustedes llaman *mussons* no son más que, y lo digo con el mayor de los respetos, herederos de alguna tierra cercana a Vila, y no particularmente grande, que mercadea con los poco abundantes frutos que obtienen del campo. Después están los payeses, que son propietarios de las tierras que labran y que viven como pueden…

—Malviven, querrá decir.

—Eso es, pero en Ibiza no tienen nobleza, y en Mallorca no solo la hay y es propietaria de gran parte de la isla, sino que dentro de ella conviven muchos estratos que van desde la poderosa élite de *Ses Nou Cases* a otras estirpes más humildes. Y luego están los *xuetes*, los descendientes de judíos conversos que forman un grupo aparte y que, con independencia de su poderío económico, están mal considerados por los cristianos viejos de la tierra, pero los mismos *xuetes* también tienen a su vez diferentes niveles y clases entre ellos… En resumidas cuentas, que aquí todo está estratificado y que, para complicarlo más, hay infinidad de artesanos y mercaderes más o menos adinerados.

Riera asintió y centró de nuevo su atención en el paisaje.

El criado había cerrado la ventanilla de vidrio frontal para que el aire no les molestara y avanzaron un buen tramo en silencio, hasta

que el subinspector regresó de su ensoñación, sonrió con picardía y se aclaró la voz.

Cualquier comentario era posible.

—Y usted ¿qué tal con Lucía? La he visto tan encantadora como de costumbre. ¿Cómo llevan su relación a distancia después de contraer matrimonio? No me puedo hacer a la idea de algo así, con lo bonito que es estar muy muy cerca de la mujer… Ya me entiende…

Le entendía a la perfección.

Guasch le habló de sus visitas periódicas a París y de lo largos y difíciles que se le hacían los días lejos de su esposa, así como de lo orgulloso que se sentía de que ella estuviera cumpliendo su sueño. O, más que eso, su destino.

—Hay gente que está llamada a hacer cosas grandes, y creo que Lucía es una de ellas.

—Pues a mí me cuesta bastante entender su situación.

—No le culpo, nadie la entiende.

Rieron.

—Espero saludar en algún momento a Claudio y a Berengaria…

—¿Se refiere a Apolonia?

—Eso… me he confundido. Es que vaya nombrecito.

Riera le guiñó un ojo.

—Los conoció en nuestra boda, ¿recuerda?

—Su boda… ¡Cómo olvidarla! Es la primera vez que vienen dos prometidos de fuera solo para casarse en Ibiza. ¡A quién se le ocurre!

—Nos hacía ilusión casarnos en el lugar en el que nos conocimos.

—Podrían haber celebrado la ceremonia en la catedral.

—¿Qué mejor lugar que la propia iglesia de Sant Jordi? Fue la que me llevó a la isla…

Guasch recordó su enlace con Lucía, sus familias desplazándose desde Madrid y el País Vasco, amigos desde cualquier lugar y todas las amistades locales que uno y otro, más ella que él, habían hecho durante su estancia en Ibiza. Su esposa había insistido en invitar, en la misma iglesia después de la ceremonia, a todo aquel que quisiera acercarse a compartir ese día de felicidad con ellos, y habían acudido tantos vecinos que a duras penas alcanzó la comida y la bebida para

todos los que no se quisieron perder aquel evento excepcional.

Las palabras de Riera, que seguía hablando de Claudio, lo sacaron de su ensoñación.

—… porque no todos los días te presentan a un diputado de las Cortes de Madrid. No es habitual que tan ilustres personalidades se codeen con la *pagesia* de Ibiza.

El tono incisivo de Riera mostraba sin tapujos, como de costumbre, su recelo hacia las clases dirigentes y pudientes, que para él no dejaban de ser los mismos perros con distinto bozal. Y en realidad, lo eran.

—Le aseguro que Claudio es un hombre cabal.

—No, si no digo lo contrario, pero lo que le falta a él y a todos los de su cuerda es pisar el mismo suelo que pisamos los que trabajamos. Como usted y yo. No le vendría mal a su hermano mancharse un poquito los zapatos.

—¿Y qué tal su vida en Ibiza? —Guasch intentó cambiar de tema—. ¿Todo bien por casa?

—Mi esposa está estupenda, el pequeño creciendo y los dos mayores haciendo su vida en el campo, trabajando de *majorals*. No hay grandes novedades desde la última vez que nos visitó. Y con respecto a la nueva casa, cualquier cosa es mejor que la cueva en la que vivíamos. Estamos muy bien. Y todo gracias a usted.

Guasch levantó una ceja.

—Yo no hice nada.

—El reconocimiento que a día de hoy todavía me tienen los ibicencos y las autoridades es gracias a la investigación que hicimos juntos.

—Todo lo que ha conseguido ha sido fruto de su trabajo. Se lo ha ganado usted solo y por sus propios méritos.

El subinspector desvió la mirada hacia el exterior visiblemente emocionado. Y es que Riera era así, un hombre trabajador, a veces refunfuñón, ocurrente y fiel. Y glotón, por supuesto.

—Me decía en su última carta que de un tiempo a esta parte las cosas están más tranquilas.

El subinspector recuperó la palabra y la compostura.

—Tenemos menos escaramuzas, heridos y muertos. Espero que no sea algo puntual y que los ibicencos en general nos soseguemos un poco.

—¿Cree que lo lograrán?

—¡Qué va! —rio—. Pero disfrutemos al menos de esta tranquilidad pasajera.

—¿Y la epidemia, entonces?

—Pues lo que le escribí: por suerte, no nos afectó. El cólera pasó de largo en Ibiza, afortunadamente el cordón sanitario funcionó y logramos evitar el contagio. Estaba todo organizado, incluso se habían hecho colectas para los futuros necesitados y cedido varias viviendas y locales en La Marina para actuar como hospitales temporales.

—Si el cólera no les contagió fue por esa buena previsión, Riera.

El subinspector meditó un poco.

—Supimos ser solidarios y marchar todos a una, también los *mussons*, que, aunque no son santo de mi devoción como bien sabe, estuvieron a la altura. Ah, ¿y sabe qué?

—Sorpréndame.

—Los venerables capitulares de Ibiza recolectaron en octubre mil doscientos reales para socorrer a los afligidos mallorquines. Como lo oye, el alcalde de Palma escribió una carta anunciando que sufrían «suma miseria». ¿Qué le parece? Para que luego nos critiquen. ¡Y yo hoy no he visto ninguna miseria en el mercado!

—Ya supondrá que los que la padecen no tienen recursos para comprar allí, Riera. Hace dos meses que se ha superado el cólera y, por suerte, la mayoría de los palmesanos ha regresado a la normalidad. Seguro que las víctimas que han quedado en situación de desamparo agradecen mucho la ayuda que les han hecho llegar, no lo dude.

El subinspector gruñó un rato y Guasch no dijo nada más. Sabía que el fondo de aquel hombre no podía ser más noble ni más generoso. Desvió la mirada hacia la cordillera, cubierta por un cielo encapotado, y suspiró.

—¿Qué le sucede? —preguntó Riera

Guasch necesitó un momento para aclarar sus pensamientos.

—No sé si estamos avanzando. A ver qué descubrimos en Lloseta. Por cierto, ¿ha averiguado algo interesante sobre Ramis antes?

—Un par de señoras me han dicho que es un buen hombre, «reservado, como la mayoría de los mallorquines», viudo desde hace poco y que echa mucho de menos a su esposa, pues eran un matrimonio bien avenido. Nada más. Y respecto a lo de no avanzar, permítame recordarle que carece usted de recursos *com Déu mana*, y que tampoco le han permitido dirigir la investigación. No se mortifique, está haciendo lo que puede.

Guasch asintió distraído. Sabía que el subinspector hablaba con la mejor intención, y también que lo que decía era cierto, pero tenía un mal sabor de boca.

—¿Ha podido enviar la nota a Pons?

—El hijo de una de las chicas del servicio ha salido a buscarlo para entregarle la carta en mano. Quiero que nos reunamos con él esta noche, que nos ponga al día de los avances de la investigación oficial y explicarle lo que hayamos podido averiguar nosotros.

—¿Qué cree que puedan haber descubierto?

—Supongo que habrán interrogado a media ciudad y espero que alguien haya visto algo. Siempre hay un testigo, solo hay que saber dar con él y conseguir que hable. La Guardia Civil tal vez ya conoce la identidad de la víctima o directamente la del asesino, que es otra posibilidad… Ya veremos, confío en que el cabo tenga buenas noticias.

—¿Se imagina que el caso ya estuviera resuelto a nuestro regreso? —Guasch se permitió una sonrisa y Riera prosiguió con la fantasía—. ¿Le importaría?

—¿Importarme? Me conoce y sabe que no me tomo las investigaciones como una competición entre compañeros, sino como una lucha del bien contra el mal.

—Bueno, bueno, dentro del mal quizá no, pero dentro del bien no me negará que hay matices importantes, ¿eh? Reconozca que en el fondo le gustaría dar con el asesino y restregárselo por la cara al gobernador interino ese…

Guasch hizo un gesto con la mano que daba a entender que era un caso perdido.

—Olvídelo…

—¿Le gustaría encontrar a Teresa en Lloseta y que la pista se fuera al traste?

Ahora era Riera quien estaba chinchón.

—¡Por supuesto! ¿Qué disparate es ese?

El subinspector levantó las manos en son de paz y después señaló la cesta que les habían dado en Can Puig para el viaje. Guasch intuyó el tipo de comentario que vendría a continuación

—Por casualidad, no habrán puesto ahí alguna ensaimada de esas, ¿verdad?

Acertó.

28

La feligresa

PERE PAU

—Es este.

Pere Pau se acomodó el pañuelo del cuello y volvió a meter las manos en los bolsillos del abrigo. Al resoplar, formó una nubecilla de vaho ante sus narices. El sol medroso había huido a las primeras de cambio y el cielo se había cubierto con un manto compacto y malcarado de nubes grises.

Toni Petit se apoyaba en el marco del portal y Pere Pau se acercó para asomar la nariz: una escalera empinada trepaba en línea recta por el hueco tenebroso que, después de un rellano breve, ascendía hasta el segundo nivel. El olor agrio a orín era intenso.

—Has sabido cuál era por el pestazo.

—*No diguis dois*! —replicó el niño—. Todos los portales abiertos de Ciutat huelen a meado en carnaval. Solo he seguido las indicaciones que nos ha dado Joanot: «una entrada a mano derecha sin puerta de acceso en la calle del Beato Alonso, justo enfrente de la calle de Can Fonollar». No puede ser otra.

Era cierto.

Pere Pau desanduvo sus pasos y se giró hacia el niño.

—Sabemos que la chica venía caminando por aquí hasta llegar a la esquina con Can Fonollar, de la que salieron dos hombres grandes disfrazados con pieles de animales o sacos y unas calaveras de cerdo que se abalanzaron sobre ella. La muchacha se asustó, nuestro testigo les gritó que la dejaran en paz y ella aprovechó para echar a correr.

—Podría haber torcido por aquí —señaló el niño, deteniéndose

frente al callejón de Can Dusai, un pasaje estrecho que se abría a mano derecha.

—Podría, pero sabemos que no lo hizo.

—¿Por qué no?

—Porque es una ratonera. Yo no me metería ahí si quisiera escapar de alguien.

—Dudo que tuviera tiempo de pensar mucho.

—En eso estoy de acuerdo, pero creo que el instinto le dijo que siguiera recto.

Se acercaron hasta el siguiente cruce mientras empezaban a caer unas minúsculas gotas de lluvia. La nube cumplió su amenaza, aunque con moderación.

—Imagino que correría calle abajo hasta sa Portella para salir de las murallas —propuso Toni Petit mirando a izquierda y derecha en la confluencia de calles.

—Tal vez sí… o tal vez no.

—¡Pues claro! ¡Siempre puede pasar una cosa o todo lo contrario! ¡Qué espabilado!

Pere Pau no entró esta vez al trapo.

—No, en serio, nos ha dicho que el encuentro fue al anochecer, ¿verdad?

Era una pregunta retórica.

Observó de nuevo el largo callejón que, después de un giro, iba a desembocar en una de las puertas de la fortaleza. No sabía quién podría haber fuera de las murallas a aquellas horas, pero el centro del bullicio carnavalero no estaría allí, ni mucho menos. Él no hubiera tratado de escapar por esa vía.

Fijó la vista en la gran puerta de madera y en el muro que bordeaba el recinto del convento de Santa Clara.

—¿A qué hora celebran oficio las hermanas? —preguntó.

—¿Tengo cara de ir a misa?

—¿No te han enseñado que no se responde a una pregunta con otra, enano?

—¿Me hablas a mí?

Pere Pau le miró con cariño. Le encantaba aquel pequeñajo listo

como el hambre.

—Tengo curiosidad por saber si es a las seis.

Cruzaron el pórtico y se adentraron en la plaza que se abría frente a la iglesia y la residencia de las clarisas. Como muchos de los claustros y jardines de órdenes religiosas, era un espacio holgado en una ciudad en la que se apiñaban humanos y animales. Pere Pau había oído decir a alguien que en su día ese convento ocupaba todo el barrio de sa Calatrava hasta la calle del Sol, y que esta, conocida en aquella época como la rambla de Santa Clara, acogía a más de un centenar de monjas y disponía de un huerto enorme e incluso de animales. El tiempo de esplendor había pasado y desconocía cuántas hermanas residían ahora allí, en un espacio que, sin lugar a duda, seguía siendo muy generoso dadas las estrecheces de la ciudad.

El templo tenía una fachada cuadrada a un lado de la cual se erigía la torre alta y estrecha del campanario. En el lado contrario estaba el edificio del monasterio, detrás del cual debía de encontrarse el claustro.

Se dirigieron hacia la puerta de la iglesia, sobrecargada de figuras talladas en piedra.

El templo estaba vacío a aquella hora. Olía a piedras solemnes y humo viejo. Las figuras de los retablos parecían dirigirles miradas severas. El silencio era envolvente e invitaba a la devoción. Saber que tras aquellos muros se enclaustraba una comunidad de mujeres que dedicaban su vida a rezar por la salvación del alma de sus congéneres era en cierto modo tranquilizador. Pere Pau se acercó a la pila, mojó los dedos en agua bendita y se santiguó. Toni Petit lo miró con curiosidad y se abstuvo de hacer ningún comentario jocoso, como si pasara por alto aquella debilidad.

Allá cada uno con su relación con Dios.

Tomaron asiento en el último banco.

—¿Qué hacemos? —preguntó el niño al cabo de un rato en tono aburrido—. ¿Quieres rezar un poquito más o encerrarte con las monjas? Quizá deberíamos preguntar a alguien, ¿no crees?

—Estoy pensando que aquí no hay nadie y…

Un chirrido proveniente de la sacristía le sacó de su error.

Se miraron.

Un monaguillo adolescente les abrió la puerta de la sacristía al segundo toque, los examinó de arriba abajo y frunció el ceño. Su aspecto debía de diferir de los feligreses habituales que visitaban el templo.

—¿Qué queréis?

—Buenos días, joven hermano. —Pere Pau unió las palmas de las manos e hizo una reverencia—. Nuestra abuela Margalida, recién llegada del pueblo, nos manda preguntar por los horarios de las misas de esta muy honorable parroquia.

El muchacho posó la vista en el llamativo pañuelo rojo del cuello, una nota discordante y frívola en aquel entorno de paz espiritual que alimentaba el espíritu y salvaba almas extraviadas.

—A la ocho de la mañana y a las seis de la tarde.

Pere Pau sintió cómo se le aceleraba el pulso.

—¿Son siempre a esas horas?

El otro asintió.

Pere Pau se giró hacia Toni Petit y fingió una regañina.

—¿Ves? ¡Ya te decía yo que la chica no mentía!

El crío abrió los ojos de un modo que podía interpretarse como indignación o incomprensión.

—¿Cómo podía saberlo? —respondió con vaguedad, siguiéndole el juego.

—¡Espero que le pidas disculpas cuando la volvamos a ver!

El monaguillo no pudo contener la curiosidad.

—¿De quién habláis?

—De una joven que dice que estuvo en la liturgia de esta parroquia la noche del *dijous llarder*.

—¿Y qué problema hay? ¿Por qué os debería mentir?

Pere Pau se lo quedó mirando y Toni Petit se le adelantó.

—No parece demasiado devota, señor monaguillo…

El acólito se rascó la coronilla.

—Recuerdo que el jueves por la tarde una muchacha abrió la puerta de la iglesia de un empujón y entró corriendo. Interrumpió la celebración y nos volvimos todos a mirarla.

—¿La conocía usted, joven hermano?

Él chasqueó la lengua.

—Y dale…, no se dice «joven hermano», y no, ni la conocía ni la conozco. Solo llevo unas semanas en la parroquia. El rector les podrá confirmar si es una feligresa habitual.

—¿Podemos hablar con él?

—Está visitando enfermos.

—¿Cuándo regresará?

El monaguillo hizo un mohín.

—Unos días sale unas horas y otros llega entrada la tarde…

—Le esperaremos.

El niño cerró a su espalda y Pere Pau asió el pomo polvoriento y la abrió con rapidez. La nueva estancia era amplia y de muros altos. Estaba vacía. Se adentró unos pasos en busca del chiquillo y oyó un clic tras de sí. Entonces reparó en que no había ninguna otra salida, ni puerta ni ventana, ni lugar alguno para esconderse. ¿Dónde se había metido ese mocoso? Quería hablar con él y decirle que no estaba solo, que le quería ayudar del mismo modo que hicieron con él, que también otros podían tener buena suerte si se dejaban apoyar, que la vida para un huérfano no tenía por qué ser una travesía solitaria en el desierto si colaboraban entre ellos. Se volvió y abrió la puerta desde dentro para acceder a la habitación anterior, pero comprobó para su sorpresa que esta había mutado. Ahora tenía forma octogonal y de ella partían otros tantos pasillos de iluminación modesta y distancia en apariencia infinita. El niño estaba quieto, con los brazos pegados al cuerpo, la cara sucia y arañazos en las rodillas. Lo miraba desde la distancia de uno de aquellos pasadizos.

—¿Por qué huyes? —preguntó Pere Pau—. Solo te quiero ayudar.

—Sígueme.

El crío se dio la vuelta y se alejó caminando.

Pere Pau obedeció y echó a andar tras él, sin lograr alcanzarlo. Cuanto más rápido caminaba, más se alejaba el pequeño, hasta que desapareció. Al fondo del pasadizo se abría un pequeño espacio con

una nueva puerta.

No se paró a pensar que la situación carecía de sentido. Su obsesión era encontrar al niño y hacerle entrar en razón, decirle que lo acogería, que le enseñaría a leer y a escribir correctamente, que podría repartir y vender los ejemplares de su periódico o, mejor todavía, que podían hacerlo juntos.

Abrió esta nueva puerta y tras ella descubrió un camastro.

Se sintió exhausto y se tumbó.

Al cerrar los ojos escuchó una voz lejana, como si proviniera de un mundo a miles de leguas. Era suave y melosa, pero sus palabras sonaban nerviosas, apremiantes. Las obvió, se relamió y se concentró en la morenaza de cuerpo exuberante, piel suave y pechos voluptuosos que había aparecido junto a él: su morenaza, sus pechos. Sintió que se empezaba a excitar y que su cuerpo le pedía a gritos fundirse con el de ella.

La chica gimió, acercó la boca rosada y húmeda a su oreja y le dijo:

—¡Despierte, joven!

Pere Pau abrió un ojo desconcertado y descubrió frente a él, en mitad de la penumbra, el rostro de un anciano con ropajes de sacerdote, cabeza tonsurada y mirada preocupada. Fue a quejarse para que le dejara seguir manoseando a su amante, pero la morenaza le guiñó un ojo, le sonrió y, antes de desvanecerse, se despidió hasta el próximo sueño íntimo.

La boca pastosa le impidió articular palabra.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, señor —logró decir al fin.

Estaba medio tumbado en uno de los confesionarios de la iglesia de Santa Clara, con la nuca apoyada en el reclinatorio. Al incorporarse, notó el cuerpo entumecido.

Hizo memoria.

Después de media hora sin que el rector hiciera acto de presencia, había dado instrucciones a Toni Petit para que empezara a buscar a las calaveras. Ya aguardaría él al clérigo. Pero tan larga fue la espera que se durmió, se sumió en un sueño placentero y perdió la noción del tiempo.

Se incorporó y el sacerdote relajó el semblante.

—¡Me había asustado! Temía que estuviera enfermo —dijo sacudiendo la cabeza—. Me han dicho que me buscaba usted. ¿En qué le puedo ayudar? ¿Acaso desea que le suministre el sacramento de la confesión?

—No es necesario, padre. Soy un hombre virtuoso y temeroso de Dios —respondió logrando no echarse a reír—. Quería preguntarle por la chica que irrumpió en la misa del *dijous llarder*, ¿la recuerda? Dice su ayudante, el joven hermano, que entró corriendo en plena celebración.

—¿Puedo preguntarle por qué la busca?

Pere Pau escarbó entre su catálogo de sonrisas y escogió la más inocente de todas, capaz de competir con la de una niñita angelical en su primera comunión, y le contó una versión mejorada de la excusa cándida que le habían colado al monaguillo y que giraba alrededor de conceptos como «gratitud», «buena samaritana» y «disculpas».

El religioso se dejó convencer por la patraña.

—Sí, por supuesto que la conozco. Asiste a misa de manera regular desde hace unos meses. Teresa se llama, es una buena feligresa que trabaja en Can Vivot. Seguro que conoce usted la casa y la familia… La cuestión es que el jueves después de misa permaneció todavía un tiempo en el templo orando, y tuve ocasión de saludarla cuando terminé de confesar a unos parroquianos.

Tenía que ser ella.

Pero algo no acababa de encajar.

—Pero ¿en Can Vivot no tienen oratorio, capilla y capellán interno?

—No tienen uno, sino dos capellanes que ofician, además de misa diaria, todas las celebraciones litúrgicas especiales. Pero eso no quita para que Teresa venga igualmente aquí. Me consta que disfruta oyendo cantar a las hermanas y, según me reconoció una vez, le gusta imaginarlas en su capilla tras la reja que tenemos frente al altar y que las separa del mundo exterior.

—¿Y le contó algo aquella noche? ¿Estaba más serena cuando habló usted con ella?

El sacerdote lo miró con suspicacia.

—¿A qué vienen todas estas preguntas, joven? ¿No estará usted prendado de ella con la esperanza de ser correspondido?

Pere Pau volvió a parapetarse tras su sonrisa cándida. Ni lo confirmó, ni lo desmintió. Optó por rascarse el cogote.

—Bueno, ya sabe…

El religioso vio en aquella respuesta vaga la confirmación de sus sospechas y le dio unas palmaditas reconfortantes en el hombro.

—El jueves la vi serena, en efecto. Teresa es una muchacha virtuosa, y usted, al margen de quedarse dormido en los confesionarios, parece un joven responsable. Le animo a que la corteje y sean ustedes muy felices.

Pere Pau hizo una genuflexión a modo de agradecimiento y despedida.

Can Vivot no quedaba lejos, pero antes quería preguntar a varios conocidos sobre la casa, la familia y el personal de servicio. Después se acercaría a husmear.

No debía tardar demasiado en pasar por la redacción. Necesitaba ponerse cuanto antes a escribir el próximo artículo, pero tenía que valorar cómo dosificar la información para seguir manteniendo la atención de los lectores sin desvelar todo lo que había descubierto. Quería guardarse una carta en la manga.

La cosa se ponía interesante.

29

Lloseta

GUASCH

Comparada con Ciutat, la villa de Lloseta no era más que un pequeño pueblo a los pies de la impresionante serra de Tramuntana. Sin embargo, más allá de la inexistencia de un recinto amurallado y de no estar emplazada en una colina, la dimensión de la localidad no difería demasiado de la ciudad de Ibiza, según calculó Riera a ojo de buen cubero nada más bajar del carruaje.

—Y Binissalem era todavía más grande —había rematado.

Entre la charla, una parada apresurada y la contemplación del paisaje, el viaje había pasado rápido y les había resultado ameno. En el llano alternaban olivos, grandes algarrobos de frutos incipientes, almendros que empezaban con florecer e higueras peladas a la espera del estío, siempre con la escarpada sierra de fondo. Habían pasado junto a varios hostales de carretera, unos albergues con establos para las caballerías y cuartitos en los que los carreteros podían pasar la noche, y habían parado en uno de ellos para ir al baño y que los caballos y Xisco repusieran fuerzas. Riera no había desaprovechado la ocasión para zamparse varias rebanadas de pan negro con aceitunas saladas y beber un par de generosos vasos de vino tinto.

Poco antes de alcanzar los extensos olivares que poblaban los alrededores de Lloseta habían atravesado una población cercana rodeada de viñedos llamada Binissalem en la que habían quedado deslumbrados ante la contundencia de una iglesia llamada, según Xisco, Santa María de Robines.

El más humilde pero orgulloso templo parroquial de Lloseta

conformaba, junto al palacio de los condes de Ayamans y la plaza que se extendía frente a ellos, el corazón del pueblo. Las fachadas no estaban enlucidas y dejaban al descubierto las piedras irregulares y los sillares que las formaban. Aunque el tiempo de mercado había finalizado, todavía quedaban un puñado de campesinos recogiendo sus puestos.

Guasch y Riera se dirigieron a un hombre que, mirándolos de reojo, aceleró el proceso de carga de las últimas cestas en su carro. Lo alcanzaron cuando ya montaba de un salto en el pescante.

—*Perdoni, senyor* —dijo Riera—, ¿podría por favor decirnos dónde…?

—¡Yo no sé nada! —gritó arreando a las bestias y levantando una nube de polvo.

Guasch y Riera se miraron sin comprender y buscaron al resto de payeses que pululaban por la plaza. Habían desaparecido. El subinspector arqueó las cejas, separándolas de los párpados.

—A ver si al final lo que había oído decir con respecto al carácter reservado de los mallorquines no era tan exagerado.

—Sigamos, encontraremos a alguien seguro. Tratemos de no hacer preguntas demasiado directas y si es necesario mintamos un poco.

Riera refunfuñó por lo bajo cuando se ponían en marcha.

Dos mujeres que, por su rasgos parecidos y la diferencia de edad debían de ser madre e hija, aparecieron por una calle transversal cogidas del brazo y charlando entre ellas por lo bajo. Al detectar su presencia se detuvieron y trataron de escabullirse, pero Guasch detuvo la operación de retirada con un gesto de la mano y una sonrisa vacilante.

—*Bon dia tenguin*!

Ellas respondieron en un susurro inaudible y, sin ocultar su recelo murmuraron algo entre sí de lo que apenas pudo captar la palabra *forasters*. Desconfiaban de ellos.

Guasch les dijo que eran familia indirecta del marqués de Vivot, que pasaban unos días de vacaciones en la isla y que querían saludar a la familia de Teresa Coll. Riera hizo un par de bromas de las suyas que las hicieron reír y entre una cosa y otra lograron allanar el camino y

abrir una pequeña fisura en su caparazón.

—La madre suele venir al mercado a vender —confirmó la mayor de las dos con un acento que no fue sencillo de entender—. Pero veo que hoy ya ha recogido y se ha ido a su casa.

—¿Saben si su hija ha regresado de Palma? —preguntó Riera.

—No, que yo sepa, y me extrañaría que lo hiciera…

—¿Por qué?

—La niña se fue en contra de la voluntad de sus padres después de una fuerte discusión. Muy mal tendrían que haberle ido las cosas para volver al pueblo.

Aquello no le gustó nada. A Teresa le había ido bien en la capital, donde había encontrado un trabajo privilegiado bajo el ala protectora de una de las grandes familias de Ciutat.

—¿Existe algún problema entre ellos?

—Para nada, pero Teresa tiene unas ínfulas que casan poco con la sencillez de sus padres. Menos los Ayamans y un par de familias menores de *senyors*, Lloseta es un pueblo de gente sencilla y hacendosa. Parece que a ella esto le queda pequeño, que quiere ser más que los demás.

—Hace un año que se marchó y no ha visitado a sus padres ni una sola vez —añadió la joven mostrando su disgusto—. *Això no es fa!*

—¿Cómo son? —se interesó Guasch.

—Trabajadores… Buena gente. Tienen también dos varones mayores que se enrolaron en un barco en Alcudia hace un tiempo. No podría decir nada malo de ninguno de ellos. Teresa debía ayudar y dar continuidad al trabajo de la madre. Pero los abandonó.

Las noticias eran malas. Lo que de camino consideraban probable, que la supuesta fugitiva estaría en casa de sus padres, ahora parecía una posibilidad remota.

Las campesinas les indicaron cómo llegar al hogar de la familia situado a las afueras del pueblo y hasta allí se acercaron con el carruaje en un breve paseo que Riera llenó de improperios y palabras soeces ante el previsible desenlace. Guasch estaba demasiado taciturno como para llamarle la atención.

La casa tenía el techo a dos aguas, era pequeña, destartalada y daba

la impresión de estar vacía, además de poder venirse abajo en cualquier momento. El huerto era igual de humilde y de dimensiones reducidas.

Riera llamó a la puerta con insistencia pero, como temían, nadie respondió. Dieron la vuelta al edificio y encontraron debajo de una ventana un cajón con los restos no vendidos del producto que habían llevado al mercado. Era evidente que la madre había pasado por allí antes de marcharse de nuevo.

Preguntaron a un vecino que pasaba por el camino y este los orientó sobre cómo llegar a Bárbara, la mina en la que trabajaba el padre, que se encontraba en un paraje no demasiado alejado del pueblo llamado Ses Comes. Con la calesa no tardarían demasiado en arribar.

Un grupo de campesinas con el que se cruzaron negaron entre risas ser la madre de Teresa, como si aquello fuera un disparate, y aseguraron no haberla visto aquella mañana. Guasch sintió que le embargaba el desánimo. Naturalmente, podían existir infinidad de motivos por los cuales la chica no hubiera llegado a Lloseta: un cambio de opinión de última hora, algún contratiempo inesperado o un hecho al azar que simplemente hubiera retrasado su llegada. Sin embargo, las explicaciones de la mujer del mercado le daban mala espina, así como el comentario de Coloma, que no se le iba de la cabeza, sobre su cambio de carácter de los últimos tiempos, como si algo la preocupara. ¿Qué le pasó a Teresa para que se produjera ese cambio?

El acceso a la explotación minera estaba delimitado por un muro de piedra de mediana altura y una verja de madera de doble hoja y amplio notable que se encontraba abierta. Un edificio se elevaba en una explanada alejada de la entrada y hacia él se dirigió el carruaje, que se detuvo frente a la puerta.

Se escuchaban voces del interior.

Guasch y Riera descendieron del coche y, nada más poner el pie en el suelo, la puerta se abrió y asomó un hombre que miró a Guasch de arriba abajo.

—¿Qué desea el señor?

Guasch dio el nombre del padre de Teresa.

—¿Ha hecho algo?

—Nada malo, que yo sepa. Necesito hablar con él por un tema personal.

El otro asintió lentamente, como si no le encajara que un caballero de ropaje impecable se presentara con la calesa de un príncipe en una mina perdida del interior de la isla para charlar con un minero cualquiera.

—Está detrás —dijo haciendo un gesto con la barbilla—, comiendo con su mujer.

Guasch sintió cómo Riera le dirigía una mirada rápida.

La vegetación, formada básicamente por pinos y arbustos bajos, rodeaba la explanada trasera, en la que destacaba una imponente montaña del lignito que se extraía en la explotación. Bajo uno de los pinos habían colocado una mesa alargada en la que, sentados el uno frente al otro, comía una pareja solitaria.

—No sé por qué tengo la sensación de que esto no va a ir bien —dijo Guasch.

—Porque es evidente que la chica no está aquí.

Cuando se acercaban a la mesa, la mujer se levantó de un salto y se llevó la manos a la cara.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó.

Guasch pensó en el incomprensible poder del instinto maternal, capaz de percibir cosas invisibles para el resto de los humanos. Optó por decirles la verdad, con tacto pero sin rodeos:

—¿Son ustedes los padres de Teresa Coll Marquès? Hemos venido para comprobar si se encontraba con ustedes.

La madre empezó a temblar. El marido dio la vuelta a la mesa y rodeó a la esposa con los brazos.

—Se marchó a Ciutat a trabajar la primavera pasada. Desempeña su labor en la casa del marqués de Can Vivot.

—Lo sabemos. Una mujer ha aparecido muerta en los baños del muelle, una joven de identidad desconocida. Naturalmente, hay infinitas posibilidades sobre quién puede ser y estamos aquí para descartar que se trate de su hija.

—Pero ¿por qué han venido? —preguntó la madre—. ¿No está en el

trabajo?

—Dejó dicho que regresaba a casa y se marchó.

La mujer gimió y el marido la estrechó todavía con más fuerza, quizá para consolarla o tal vez para sostenerla y que no cayera al suelo. Guasch estuvo tentado de ayudarle.

—No tiene por qué ser ella —dijo el progenitor, aparentando convicción—. Iremos a Ciutat a buscarla.

—Pueden venir con nosotros si lo desean.

El padre reparó en su ropa.

—Ustedes no son de la Guardia Civil…

—Pertenecemos a un cuerpo de investigación paralelo que se dedica a resolver casos complejos como este —apuntó Riera con rapidez.

No era necesario dar mayores explicaciones.

Tampoco las pidieron.

30

Un nuevo objetivo

PERE PAU

La campana d'en Figuera, en el ayuntamiento, tocaba las cuatro de la tarde cuando Pere Pau llegó a las inmediaciones de Can Vivot. Había hablado con un par de conocidos relacionados de manera indirecta con aquella distinguida estirpe de *botifarres*: el primo de uno de los mozos de cuadra y el hijo de un carpintero que solía realizar trabajos en sus propiedades. Los dos coincidieron en resaltar el buen nombre de la familia, la merecida buena fama de los marqueses y el desconocimiento de quién era Teresa, la joven que según el rector de Santa Clara trabajaba en el casal.

Pere Pau entró en Can Vivot por el carrer de Sa Campana. El portero no estaba en su garita y nadie le dio el alto, lo cual tampoco era grave, pues aquellos espacios, aunque privados, estaban abiertos al público. El patio era amplio y tenía dos grandes arcos de piedra vista que lo cruzaban de un lado a otro; se abrían varias puertas que, como en casi todos los palacios, solían corresponder a los apartamentos de los criados de mayor rango, que los habitaban con sus familias, y a los capellanes. La vivienda del portero estaba junto a la entrada, algo también habitual. Se asomó por una ventana, pero no lo vio.

Se dirigió a los establos de los caballos, al de las mulas y al del borrico. En todos había presencia animal, pero no humana. El olor a heces y a paja era envolvente. Tamborileó con los dedos en el marco y se apoyó en el portón de las caballerizas para hacerse el encontradizo. Entonces escuchó unas voces que provenían de un patio adyacente, más imponente y mucho más señorial, según atestiguaba una gran

escalera con el escudo familiar y unas abombadas columnas de mármol rojo y arcos achatados con adornos vegetales. Las voces que escuchaba procedían de un almacén. Cuando se disponía a entrar se cruzó con dos hombres que salían acompañados por una mula cargada con dos cántaros.

—¿Trabajan ustedes aquí?

—Lo sentimos, joven, solo estábamos comprando vino.

—¿Eso es la bodega?

Asintieron.

—¿Saben dónde puedo encontrar a alguien de la casa? ¿El portero, tal vez?

—El bodeguero hoy no está, y es el portero quien atiende a los clientes. Hay varios esperando y ya le adelanto que tiene para un rato.

—Pruebe en la puerta del servicio —sugirió el otro—, está al fondo del otro patio.

Pere Pau agradeció la información y, cuando regresaba sobre sus pasos, vio que un hombrecillo de cabello rubio y frente despejada cruzaba la entrada empujando una carretilla con varias vasijas de buen tamaño. El hombre dejó el carrito a los pies de una puerta a la que se accedía por una escalera. Acababa de llamar cuando reparó en la presencia de Pere Pau, que ya se encontraba un par de escalones por debajo de él y lo saludaba con la mano y una sonrisa radiante. Al llegar a su altura se dio cuenta de que, pese a las entradas pronunciadas, tendría más o menos su edad.

—*Bon dia*! —saludó Pere Pau. El otro esbozó una sonrisa tímida y correspondió con un ademán—. Este es el acceso de servicio, ¿verdad?

Cuando el chico iba a responder, se abrió la puerta de lo que sería la despensa y se asomó una señora con delantal blanco y cara avinagrada. La mujer pasó la vista de uno a otro para finalmente posarla en el carrito que descansaba a los pies de la escalera.

—¿Qué lleváis ahí, Benet? No me digas que traéis leche a estas horas.

—Me han dicho que viniera, que tal vez la necesitaran.

La mujer dirigió al muchacho una mirada afilada y masculló algo entre dientes que hacía presagiar que, si dependiera de ella, esa leche

no cruzaría el umbral.

—Esperad.

Y desapareció almacén adentro.

—No está de muy buen humor hoy —se atrevió a bromear Pere Pau.

—Ni mejor ni peor que los otros días.

—Oye, ¿tú vienes mucho por aquí?

El otro se quedó un instante en babia, como si valorara cuánto podría ser mucho y cuánto poco.

—Varias veces a la semana, ¿por qué?

—¿Conoces a Teresa?

—¿Quién?

—Una chica del servicio, no sé exactamente en qué parte de la casa trabaja.

El otro sonrió con torpeza.

—Creo que nunca he hablado con ninguna Teresa. Aquí trabajarán entre cincuenta y sesenta personas…

En ese momento, una figura se recortó en la puerta como si se tratara de una aparición.

No era la mujer agria de antes, sino una joven preciosa de ojos claros y piel blanca que contrastaba con un abundante cabello de tirabuzones oscuros. La única similitud con la señora anterior era que ambas habitaban este mundo, respiraban y vestían uniforme. Pere Pau quedó embelesado, y tal vez fue por haber bajado la guardia que lanzó la afirmación al aire con tono melindroso.

—Tú eres Teresa.

Su aspecto coincidía con lo poco que había visto Joanot, una cabellera oscura, y con la descripción algo más detallada del rector.

—Me parece que te confundes —respondió ella con una sonrisa que dejó al descubierto una hilera completa de dientes nacarados—, yo soy Coloma. ¿Y tú?

—Pere Pau, desde ahora tu más humilde servidor.

La chica dudó un instante antes de decir:

—Teresa ha regresado al pueblo.

Después desvió la vista hacia Benet, en quién pareció reparar por primera vez, y este se vio en la necesidad de dar una explicación.

—No venimos juntos. Nos acabamos de conocer.

La joven hizo un gesto afirmativo, miró los recipientes con la leche y manifestó con un tono de voz que no escondía su pesar:

—Dice la cocinera que estamos servidos y que te la puedes llevar. Me sabe mal que hayas venido para nada. —El chico fue a replicar algo, pero se quedó a medias y con la boca entreabierta—. Espero que se la puedas vender a alguien.

Benet reaccionó por fin, después de dudar un instante.

—Claro.

Se despidió de ambos con una cabezada, agarró el carrito y, traqueteando, desapareció de su vista saliendo por el carrer de Sa Campana.

Pere Pau sintió un cosquilleo al quedarse a solas con la chica, que, de manera esperanzadora, continuaba allí, con la puerta entreabierta.

—¿Hace mucho que se marchó Teresa?

—Un par de días. ¿Puedo preguntarte para qué la buscas? Tal vez yo pueda ayudarte.

De forma insólita, no supo qué responder a eso, por lo que dio un manotazo al aire para restarle importancia y dar el tema por zanjado. Por el momento. Había decidido aprovechar aquella situación para marcarse un nuevo objetivo.

—Me preguntaba si esta noche me acompañarías al baile de es Born.

—Quién, ¿yo?

Pere Pau apoyó la palma de la mano en la pared y recorrió el patio con la mirada.

—No veo a nadie más por aquí…

—Lo siento, pero no.

—¿¡Cómo que no!?

Se incorporó. Una negativa no entraba en sus planes.

—Gracias por tu propuesta, pero no te conozco de nada —dijo dando un paso atrás dispuesta a cerrarle la puerta en las narices—. Ya nos veremos.

Pere Pau colocó el pie en el umbral para bloquearla.

—¡No puedes dejarme así! ¡Me moriré!

La chica rio.

Estaba claro que aquel «no» significaba que sí. Las mujeres eran así de complicadas a veces. En el fondo, aquello no dejaba de ser un juego, y solo tenía que encontrar el modo de dar la vuelta a su razonamiento. Como siempre. Se dijo que Coloma necesitaba seguridad. Tenía que dársela para conquistarla.

—Ven con una compañera y yo traeré a un amigo.

Ella abrió el resquicio un par de dedos.

—¿Tan guapo como tú?

—El más feo que encuentre. Quiero que solo te fijes en mí.

Coloma rio de nuevo.

Pere Pau sabía que ya la tenía. ¡Qué fácil era!

—¿A las siete en la estatua de la Reina?

La criada lo miró de reojo, se ruborizó y, antes de cerrar la puerta, asintió.

31

Puesta al día

GUASCH

La taberna estaba en plena ebullición a primera hora de la noche. Las clases populares, lo mismo que las privilegiadas, mantenían intacta su necesidad de divertirse y llenaban las calles y los antros como aquel. Riera señaló una mesa en un rincón y Guasch acertó a distinguir la coronilla del cabo entre los parroquianos. Lograron abrirse paso a empellones y llegar hasta el guardia, que los recibió con un alzado de cejas, tres copas y una botella a medio consumir.

—Llegáis tarde —dijo Pons, contemplando a Riera.

—Díselo a él, valiente… —respondió señalando a Guasch.

El mallorquín masculló algo por lo bajo y llenó los vasos con parsimonia mientras ellos se desprendían de las prendas de abrigo. El tiempo fuera era frío, pero apacible en el interior. El calor humano es lo que tiene, en especial cuando se acompañaba con dosis más o menos generosas de alcohol.

Mientras tomaban asiento, Pons les explicó que las dos mujeres morenas que habían desaparecido de Ciutat habían sido localizadas y que estaban vivas. El cadáver de la joven de los baños no pertenecía ni a la hija del molinero ni a la esposa del carpintero. Entonces, Guasch puso a Pons al corriente de la existencia de Teresa, empezando por el seguimiento al que había sometido a Ramis y terminando por el trayecto de regreso en carruaje desde Lloseta que, en medio de un baño de lágrimas, habían hecho aquella misma tarde en compañía de los padres de la joven.

—¿Dónde están ahora? —preguntó el guardia.

—Duermen en casa de la prima.

—No creo que peguen ojo —apuntó Riera.

—Podría no ser Teresa —señaló Pons.

—Lo sé, pero ellos tenían que venir igualmente. Ante la incertidumbre, un buen padre no se quedaría nunca en el pueblo a la espera de noticias. Están a su disposición para lo que necesite.

—¿Qué ha pensado?

—Que se acerquen mañana al Hospital General para reconocer el cadáver.

—No lo veo claro.

—¿Por qué?

—Por todo. Porque esta pobre gente no está preparada para ver un cuerpo en ese estado; porque no puedo justificar la visita ante mis superiores, y porque mañana es domingo y será complicado localizar al doctor.

Riera plegó los brazos y los movió arriba y abajo.

—Te tenía por muchas cosas, Pons, pero no por un gallina.

El mallorquín lo bendijo con su indiferencia.

—Es imprescindible que la vean —continuó Guasch—. Si es su hija, la habrán encontrado y saldrán de dudas, y si no lo es, el alivio superará el trauma de ver un cuerpo destrozado. Respecto a la investigación, no tiene de qué preocuparse, ya lo vestiremos para que parezca que es obra suya… Lo único que sugiero es que usted los acompañe.

—No quiero medallas que no me corresponden.

—Eso es irrelevante, investigamos como podemos, y si estamos aquí es precisamente para ir de la mano. Centrémonos en despejar incógnitas, el resto debe importarnos poco o nada.

El cabo pasó la vista del uno al otro y terminó concediendo una cabezada afirmativa.

—Lo arreglaré para mañana por la mañana. Me gustaría que estuviera el doctor que hizo la autopsia para darle un aire oficial. Le avisaré esta misma noche. No quisiera actuar por mi cuenta sin haber dado ningún preaviso.

—Tráiganlos al hospital a las diez.

Guasch asintió y miró al subinspector.

—Nosotros no podremos entrar con usted, pero me gustaría que mi esposa, que ya estuvo presente durante la autopsia, los acompañe durante el reconocimiento.

El cabo no solo no puso ninguna objeción, sino que esbozó una sonrisa casi imperceptible, tomó la copa y se la llevó a los labios.

—Tengo buenas noticias —anunció mientras empezaba a beber sin prisa.

Daba la sensación de que el hombre quería divertirse un poco a su costa. Si las noticias eran buenas, no le importaba entrar en aquel jueguecito. Riera tenía otro parecer.

—¿Nos las piensas decir o vas a tenernos en ascuas toda la noche?

El mallorquín mantuvo los ojos clavados en él mientras apuraba el contenido del vaso con parsimonia. Después lo dejó en la mesa y se limpió los labios con el dorso de la mano antes de dirigirse a Guasch.

—Hemos encontrado el arma del crimen. Tal y como usted sugirió, hemos explorado en la dirección que apuntaba el reguero de sangre que había junto al cuarto de máquinas. Estaba hundida en el fondo del puerto, a poca distancia del muelle. En condiciones normales, con el mar en calma y el agua transparente, hubiera quedado a la vista de un observador atento, pero…

—Tampoco puede decirse que estos días haya hecho muy mal tiempo —cortó Riera.

—Sí lo suficiente como para que el agua estuviera revuelta y la cubriera de sedimentos. Si no hubiéramos buscado a propósito en esa dirección no la habríamos encontrado, pues ya estaba casi completamente tapada.

—¿Y bien? —lo apremió Guasch—. ¿De qué se trata? Según la autopsia, el asesino había empleado dos instrumentos diferentes, uno punzante en la zona vaginal y otro romo y en apariencia curvo en el rostro. ¿Debemos seguir buscando un segundo objeto?

—No será necesario, este lo tiene todo.

Los ojos de Guasch se encontraron con los de Riera.

—¿Y es…?

—Un cayado de pastor. De madera, pero con acabados metálicos en

la parte curva y en la punta.

Alguien volcó una botella en una mesa vecina y dos hombres se enzarzaron en una discusión. Varios parroquianos empezaron a abuchear a los litigantes entre risas y gritos. Guasch apoyó los codos en el tablero, se inclinó hacia delante y elevó el tono para que pudiera escucharlo.

—¿Lo ha llevado a analizar? ¿Han indagado en las herrerías de por aquí? ¿Qué más han hecho? ¿Hay pastores en Ciutat?

—¿No tiene ninguna pregunta más?

Riera le rio la gracia.

Aquellos dos empezaban a entenderse a su costa. Tanto mejor.

—Lo he mandado llevar al hospital, pero dudo que lo analicen antes del lunes.

—Podemos hacerlo nosotros después del reconocimiento.

—¿Nosotros? ¿Lo dice en serio? No creo que debamos meternos en eso.

—Mañana lo vemos.

El cabo levantó una ceja antes de proseguir.

—Hemos dado con el cayado a primera hora de la tarde en pleno sábado de carnaval. Como supondrá, no hemos avanzado nada. Nos pondremos con las herrerías mañana, aunque dudo que podamos encontrar a mucha gente. Veremos si hay suerte. El lunes irá mejor.

—¿Alguna otra novedad?

—Pues fíjese que sí. Un testigo afirma haber visto que una máscara rondaba la zona del balneario y que hablaba con el vigilante.

Guasch chascó la lengua.

—No es ningún secreto que Ramis estuvo charlando y bebiendo con algunas amistades en la puerta de los baños, él mismo lo declaró.

—¿Una máscara vestida de negro?

El cabo asintió.

—Podría ser la misma que he seguido hoy —Riera miró a Guasch.

—Es necesario entrevistar de nuevo a Ramis e identificar a quiénes le acompañaron el jueves por la noche. No olvidemos que ha sido él quien nos ha llevado hasta Teresa.

—Haremos el listado de esas amistades y lo validaremos —le

aseguró Pons.

—También nos ha llevado hasta el joven Biel —añadió el subinspector.

—Cierto, por eso es imprescindible confirmar mañana que el cadáver pertenece a Teresa. Si lo aclaramos, estrecharemos el círculo alrededor de esos dos.

—No me hace ninguna gracia enfrentarme a *botifarres*. Basta un pestañeo del padre para que me echen del cuerpo y dos para que me metan en prisión.

Guasch sabía bien lo que era lidiar con personajes poderosos y que había que tratarlos con justicia, pero con inteligencia. Serían cuidadosos.

Riera torció la sonrisa, vaticinando una chanza.

—Y si pestañea tres veces lo destinarán de nuevo a Ibiza, a convivir con los bárbaros. Yo iría con cuidado, Pons.

Contra todo pronóstico, el mallorquín, que empezaba a tener los ojos vidriosos, sonrió, cogió de nuevo su vaso y lo alzó. Guasch y Riera lo imitaron y levantaron los suyos.

—¡Por los ibicencos salvajes!

—¡Y por los señoritos mallorquines!

32

La verbena

PERE PAU

—¡Aquí no viene nadie! —exclamó Miquel cuando las campanas de La Seu anunciaban la misa de las siete.

—No seas cagaprisas, la cita era ahora, y estas son de las que se hacen de rogar —respondió Pere Pau con el hombro apoyado en una de las estatuas que custodiaban a la reina—. Cuando lleguen, deberías mostrarte indiferente. Si notan que tienes hambre esta noche te quedarás sin comer, como siempre. Hazme caso.

—Muy seguro estás tú de que vendrán…

Pere Pau se desanudó el pañuelo rojo del cuello para acto seguido volvérselo a enlazar, colocando las puntas en el interior de la camisa. Se había puesto sus mejores galas. La noche lo merecía. O eso intuía. Aquella chica preciosa y de apariencia frágil e inocente tenía que ser suya a cualquier precio.

—¿Cuándo te he fallado?

Metió las manos en los bolsillos y dio otro vistazo a su alrededor sin alcanzar a identificarla entre la multitud que se iba congregando en el passeig des Born. Las lámparas de gas refulgían con un resplandor especial. Esa noche nadie quería perderse el baile. Pese a su aparente confianza, Pere Pau no tenía del todo claro que Coloma no hubiera cambiado de opinión en el último momento o que al no encontrar carabina hubiera optado por no acudir al encuentro.

Se dispuso a esperar un poco más mientras recordaba con satisfacción aquella tarde fructífera desde que había salido de Can Vivot.

Toni Petit le había informado de su estéril búsqueda de las calaveras: el niño y sus compinches habían preguntado a algunos conocidos del Socorrador, el lugar en el que se sacrificaban y chamuscaban los cerdos, pero ninguno había sabido darle referencias de aquellos «dos hombres muy altos»; también habían indagado en las tabernas más o menos cercanas a las clarisas, y tampoco allí habían tenido suerte. La conclusión era que, o bien los hombres venían bebidos de su casa, o habían consumido sus dosis de alcohol en el domicilio de alguna amistad. Eso restringía la búsqueda al ámbito privado y dificultaba la localización de los dos hombretones. El crío lamentó la falta de avances y se comprometió a continuar con las pesquisas durante la tarde y la mañana siguiente. Pere Pau no podía pedirle más, por lo que le dio el gorrazo de costumbre y lo emplazó a encontrarse al mediodía siguiente frente a la entrada del Hospital General. Quería hablar con un celador que conocía para averiguar la suerte que había corrido el cadáver.

Después se había encaminado a la plaça de Cort en busca de algún conocido en la Guardia Civil. Uno de ellos reveló, para su sorpresa, que habían encontrado el arma del crimen en el mar, cerca del balneario. Se frotó las manos ante la buena nueva. Era poco probable que alguien más tuviera aquella información tan reciente. La incluiría en su artículo.

Se dirigió satisfecho a la redacción, donde, como de costumbre, llegó tarde. En esta ocasión, sin embargo, al margen de la sonrisa entregada de la esposa de Gelabert, todo fue diferente, pues el propietario cambió sus usuales exabruptos por un «¡A ver si aprendéis del chaval, manada de besalfombras!» y las miradas de sus compañeros trocaron el desdén y la arrogancia habituales por la más vulgar envidia cochina. El editor le informó de que las dos pistas que habían seguido desde la redacción —la de la chica corriendo en la Porta des Camp y la de la borracha del carrer dels Apuntadors— habían quedado en nada, pues ambas estaban sanas y salvas.

A lo largo del día había ido dando forma al nuevo artículo en su cabeza, por lo que apenas se sentó lo escribió del tirón, hizo un par de incorporaciones menores y lo entregó al editor ante los ojos atónitos

de sus colegas cuando salió de nuevo, silbando, por la puerta.

No tardó demasiado en llegar a casa y acicalarse para su cita nocturna. Solo tuvo tiempo de tumbarse un momento a descansar antes de que Miquel llamara a la puerta para dirigirse juntos a es Born.

Miquel estaba ahora desesperado.

—¿Y si nos vamos? Está claro que nos han dado plantón, y aún nos perderemos el baile…

Pere Pau dudaba qué responder cuando vio cómo dos chicas risueñas descendían cogidas del brazo por el carrer del Conquistador. Una de ellas era bajita y rubia; la otra lucía una abundante cabellera oscura que subía y bajaba a cada paso de forma ondulante. Esos tirabuzones pertenecían a Coloma.

—¿Ves? —Pere Pau le soltó un codazo a su amigo y respiró aliviado —. ¡Ya están aquí, hombre de poca fe!

La empalagosa expresión del pánfilo de Miquel, que obvió sus sabios consejos en el complejo arte de la seducción femenina, dejaba claro que la carabina de cabello dorado era de su total agrado. Pere Pau mantuvo una imagen digna, confiada y hasta cierto punto distante.

—¿Llegamos muy tarde? —preguntó Coloma.

—En absoluto, justo ahora empieza el sorteo del primer baile.

Pero Pau le ofreció el brazo, pero la chica, tras un ligero titubeo, se apretó todavía más a su compañera. Él se limitó a sonreírle con galantería. No le asustaban los retos difíciles y la noche acababa de empezar. Torres más altas, y más tímidas, habían caído rendidas entre sus brazos. Sabía de la importancia de tener paciencia.

Las muchachas, franqueadas por Pere Pau y Miquel, cada uno junto a su correspondiente pareja, se dirigieron a paso vivo hacia la mitad del paseo, donde se concentraba el gentío alrededor del escenario de la orquesta y del espacio en el que tendría lugar el baile. El obrero que representaba a la cofradía organizadora y que presidía el acto señaló desde el palco a un hombre elegantemente vestido que cubría su rostro con un antifaz blanco.

—¡Ofrecen cinco escudos! —miró sonriente a la concurrencia—. ¿Nadie más quiere pujar para ofrecer el primer baile a su amada? No

me lo puedo creer… ¿De verdad que no las quieren más que eso? ¡Vamos, señores! Necesitamos arreglar la capilla y hacer otras mejoras en la parroquia y así no vamos a…

—¡Seis escudos! —gritó un hombre de edad en primera fila.

La gente aplaudió la nueva oferta y el *senyor* saludó con la mano a la concurrencia.

—¿Tal vez el caballero quiera recuperar el privilegio ofreciendo siete escudos?

—¡Doce escudos! —voceó un hombre que se cubría con una máscara de expresión triste y desolada.

El griterío fue atronador. El *senyor* del antifaz y el de más edad gesticularon para indicar que, para decepción de sus enamoradas, no podían o no estaban dispuestos a superar aquella cifra. El obrero trató todavía de animar a los asistentes antes de dar la subasta por concluida, bajar del escenario y entregar entre aplausos una caña verde al ganador. Este a su vez entregó una bolsita de cuero como pago de la cantidad convenida ante el júbilo de los presentes.

El hombre de negro se acercó a una dama de ropajes costosos y mentón elevado que le dio su bolso antes de dirigirse a un joven elegantemente vestido, probablemente su hermano para, juntos de la mano, colocarse en el centro de la zona de baile. Pere Pau pudo sentir el orgullo de ella sintiéndose observada por la multitud, deseada por muchos y envidiada por todas. El maestro de ceremonias hizo una indicación al director de la banda, que empezó a tocar los primeros acordes de la cotizada primera pieza.

—¡Qué locura! —admiró la rubia—. ¡Nunca había visto una puja tan alta por la primera *mateixa*! Hay que tener mucho dinero para regalarlo de esta manera.

—Estoy de acuerdo en lo de tener mucho dinero —convino Pere Pau —, pero no en lo del regalo.

—Ha dicho que harán unas reparaciones en la capilla —recordó Miquel.

—Me refiero a que este hombre ha comprado el respeto y el reconocimiento de la comunidad y, en especial, el de su enamorada. Yo lo veo como una especie de inversión con la que obtiene algo a

cambio: admiración.

—¡Pero si va enmascarado! —replicó su amigo—. No se sabe quién es. ¡Hasta podría ser una mujer!

—¡Tenía voz de hombre! —recordó la rubia entre risas.

—Estas cosas se terminan sabiendo.

Coloma permanecía en silencio, atenta a todo cuanto sucedía a su alrededor, enganchada de forma permanente al brazo de su amiga.

—¿Tú qué opinas? —preguntó Pere Pau, deseoso de entablar una conservación con ella.

Las mejillas de la criada enrojecieron.

—Imagino que antes de que termine el baile conoceremos la identidad del ganador, y, si no, ya lo hará saber cuando le convenga.

—¿Lo ves, Miquelet?

—¿El qué?

Pere Pau chascó la lengua.

—Que no te enteras de nada.

Rieron todos. Miquel un poco menos.

Después de entretenerse con el sorteo de los siguientes bailes y viendo cómo danzaban las enamoradas de los ganadores, llegó por fin el turno del populacho, que se lanzó a marcar los pasos del fandango que la orquesta empezaba a tocar, disfrazados la mayoría, enmascarados otros, vestidos con sus vestimentas habituales unos pocos.

Las mesas de los cafés de es Born estaban a rebosar de clientes variopintos que comían, bebían y reían, igual que los dueños de los balcones de los apartamentos de los sobrios edificios que daban al elegante paseo. Una estudiantina pasó por uno de los laterales y acompañó con sus instrumentos a la banda. Un grupo de chicas se acercaron agarradas del brazo y entre risas a los jóvenes músicos.

Un Miquel eufórico agarró a la rubia por la cintura y esta se dejó llevar sin miramientos. Al final le saldría bien la jugada al puñetero. Aquella era la suerte del novato. Coloma se quedó sola, petrificada, y miró a Pere Pau con una expresión que aunaba terror y vergüenza.

—No bailo tan mal, ¿eh? —bromeó él—. Prometo no pisarte demasiado.

Ella sonrió y, por primera vez, pareció relajarse.

—Soy yo la que no lo hace tan bien…

—Entonces, practicaremos juntos.

Coloma, que no tenía alternativa, aceptó su brazo y se encaminaron a la zona de baile. Pere Pau sintió que había derribado la primera barrera y se dijo que todo lo relacionado con la seducción, como la mayoría de las cosas de la vida, era cuestión de perseverancia. No debía precipitarse. Raramente le había fallado aquella sencilla estrategia.

Como había advertido, la chica no controlaba algunos pasos, pero no se desenvolvía del todo mal. El exultante Miquel y la rubia bailaban coordinados a poca distancia, separados por otras parejas de bailarines.

Pere Pau le preguntó por su trabajo en Can Vivot.

—Llevo casi tres años contratada allí —respondió ella, concentrada en sus pies—. Ayudo en cualquier tarea que me encomienden, naturalmente, aunque suelo estar más en la cocina. Me gusta cocinar. Combinar alimentos es mágico, y no se me da mal. ¿A qué te dedicas tú?

—Combino palabras en *El Isleño*.

La chica lo miró extrañada.

—¿En el periódico? ¿Y qué haces allí?

—Pues eso, escribo. Soy redactor.

—¿En serio? ¿Y sobre qué escribes?

Decidió no andarse por las ramas. No por un repentino ataque de honestidad, pues era de la opinión de que la sinceridad conviene administrarla en las dosis justas, sino porque pensaba que la relación con la chica había llegado a un punto en el que, para obtener la información que precisaba, necesitaba serlo.

—Ahora, sobre el crimen del balneario, ¿de qué si no?

Ella abrió los ojos y se trastabilló.

—¡No me digas que eres tú el que hace esos artículos que comenta todo el mundo!

Pere Pau se relamió de satisfacción, pero trató de no mostrarla, y para ello tiró de una modestia tan falsa que no creyó que fuera a colar.

—Bueno, ya sabes. Todos en la redacción escribimos sobre ello, yo solo soy uno más…

Habían dejado de bailar. Los danzarines rotaban a su alrededor como peonzas, ajenos a su inmovilidad.

—No es verdad. —Coloma lo miró con un brillo en los ojos que le hizo sentirse importante, como si todas las hazañas anteriores de su vida cobraran sentido solo en ese instante—. Eres el escritor del artículo. ¡De verdad que no se habla de otra cosa en Ciutat!

Alguien les gritó que se apartaran y Pere Pau la atrajo hacia sí con firmeza y salieron de la pista de baile. Se abrieron paso entre la gente hasta alcanzar la Font de Ses Tortugues, frente a la imponente mansión de Can Puig. Hacía rato que habían perdido de vista a Miquel y a la rubia.

—¿Por qué viniste a Can Vivot preguntando por Teresa? —inquirió Coloma, cerrándose la capa sobre el pecho.

La pregunta era lógica.

Y Pere Pau recordó que no se la había respondido aquella tarde.

La temperatura había bajado, o tal vez fuera el simple hecho de que sus cuerpos habían dejado de estar en movimiento. Pere Pau meditó qué camino tomar y escogió de nuevo la transparencia.

No se reconocía.

—La noche del *dijous llarder* Teresa acudió a la iglesia de las clarisas.

—Suele ir a misa.

—En la casa tenéis capellán y capilla en la que oficia misas.

—Ella se sentía cómoda yendo allí…

—Esta vez no fue a rezar, sino a resguardarse de dos hombres que la perseguían.

La chica se cubrió la boca con la mano.

—¿Por qué? ¿Quiénes eran?

—No tengo ni idea. Ni tampoco si la esperaron al terminar la eucaristía y la prendieron después.

—¿Cómo sabes que era Teresa?

—El rector de Santa Clara me lo confirmó y me explicó dónde trabajaba. Por eso me acerqué a Can Vivot, para ver si la encontraba…

o si había desaparecido.

Pere Pau vio cómo la criada empezaba a temblar. Con gusto la hubiera abrazado, pero se controló.

—¿Me dijiste que Teresa había regresado a casa?

Una lágrima resbaló por la mejilla de Coloma, como si la historia que acababa de oír le hubiera abierto los ojos a una nueva realidad.

—Sí, me dijo que quería marcharse. Estaba convencida que había regresado con su familia, pero… pero empiezo a dudar de que sea cierto.

Pere Pau sintió pena por ella, y al mismo tiempo una euforia desmedida por haber dado con una pista que parecía correcta. Trató de que no se le notara demasiado cuando preguntó:

—¿Por qué no me cuentas lo que sabes?

Y Coloma se lo contó.

33

Nueva partida

Guasch

Guasch no recordaba haber visto nunca llorar a su esposa, algo hasta cierto punto normal habida cuenta que apenas llevaban juntos dos años en los que no habían vivido situaciones dramáticas y en los que, por sus investigaciones errantes y los estudios de ella en París, estaban separados buena parte del tiempo. Ni siquiera el recuerdo de la prematura muerte de su madre le hacía derramar una sola lágrima, o la vivencia de un evento de extraordinaria dicha como fue su propia boda, en la que Guasch sí reconocía haber llorado de felicidad. No es que Lucía fuera una persona insensible a los sentimientos o al dolor, pero era una mujer fuerte, racional e inteligente, con una forma de ser equilibrada, capaz de poner las situaciones en contexto y de comprender de manera práctica los entresijos de la vida. Y, además, era bilbaína, una señal de identidad importante y un motivo de orgullo que en cierto modo venía a justificar todo lo anterior.

Sin embargo, esta vez, cuando salió de la sala de autopsias, Lucía se le acercó, lo rodeó con los brazos, apoyó la cabeza en su pecho y lloró. En silencio. Sin ostentaciones. Con pesar. Las personas sobrias sobrellevan la angustia sin aspavientos.

Guasch no dijo nada porque no había nada que decir. Sabía por experiencia que en determinadas situaciones la mera presencia reconforta más que las palabras torpes, superficiales y a menudo inoportunas que uno pueda llegar a articular. Por tanto, se limitó a estar allí, abrazándola y compartiendo con ella la tristeza de experimentar en primera persona la reacción de unos padres que no

estaban preparados para enfrentarse a la visión del cuerpo exánime de su hija, poco más que una niña cuyo único pecado fue marcharse de su hogar en busca de un futuro mejor, alejado de las estrecheces de la vida agraria y del entorno familiar.

Le había llegado desde el pasillo el aullido gutural de la madre, seguido de unos chillidos desgarradores y un lloro desconsolado. También escuchó la queja enérgica y frustrada del padre por no poder contemplar el rostro de su hija por última vez. Un rostro, como advirtió el doctor con claridad a través de la puerta cerrada, que ya no era tal, y por eso se encontraba tapado. Ante la insistencia del progenitor, el galeno se avino a descubrirlo bajo su propia responsabilidad, pero se mostró inflexible a que su esposa lo viera en esas condiciones.

—¿¡Quién le ha hecho esto a mi hija!? —oyó que gritaba el padre.

Se escuchó un golpe seco. Más que un objeto pesado caído al suelo, Guasch lo asoció al sonido de un puño golpeando una superficie compacta. Después oyó el murmullo de una voz que podía pertenecer a Pons seguido de un llanto quedo masculino. El sollozo de un hombre curtido poco dado a llorar.

Riera separó las cejas de los párpados, resopló junto a Guasch y se alejó por el pasillo, caminando con la cabeza gacha, las manos enterradas en los bolsillos de su *caputxó* y el periódico de la mañana enrollado bajo un brazo.

Guasch había leído varias veces el artículo del día, hasta el punto de que casi lo podía recitar de memoria.

Año X.—Núm. 2811 Sábado 10 de febrero de 1866 Islas Baleares

EL ISLEÑO.

AVANZAN LAS PESQUISAS EN EL CRIMEN DEL BALNEARIO: ENCONTRADA EL ARMA DEL CRIMEN

Sigue siendo una incógnita todavía, al margen de la identidad del asesino, la gran cuestión que se plantea la totalidad del pueblo mallorquín: ¿quién es la víctima? *El Isleño* ha podido averiguar en una investigación propia que no se echa de menos a ninguna meretriz de Ciutat y, según indagaciones de la autoridad, rastrean el paradero de dos mujeres de moral intachable que al parecer han desaparecido de sus hogares y que esperemos que en breve, si Dios quiere, reaparezcan sanas y salvas.

La Guardia Civil sigue infatigable tocando a las puertas de todos los vecinos de los barrios próximos al puerto sin que, por el momento, nadie haya sido capaz de aportar ninguna pista relevante para el esclarecimiento de los hechos, y es que la primera noche de carnaval era, y quizá se buscó de manera premeditada, una fecha ideal para perpetrar un crimen de esta índole, ocultar la identidad y pasar desapercibido entre los enmascarados.

Por ahora, el culpable parece haberse salido con la suya, para desgracia de los palmesanos de bien que siguen, inquietos aunque esperanzados, las evoluciones de las fuerzas del orden.

Confiemos en la autoridad y actuemos con prudencia y sentido común esta noche en la que, no lo olvidemos, un despiadado asesino anda todavía suelto por las calles de nuestra muy querida ciudad.

Sigue la Ciutat de Mallorca conmocionada después del hallazgo, la noche del *dijous llarder*, del cadáver desnudo, deshonrado y desfigurado de una joven de identidad todavía desconocida en el balneario del muelle. No se habla de otra cosa en el mercado, en los comercios, en las calles y en las tertulias; las consecuencias del cólera, las andanzas del General Prim o el relevo del ya por fortuna exgobernador civil de la provincia, el pasivo, descortés e ineficaz marqués de Casa Pizarro, y el nombramiento del médico don Primitivo Seriñá como su sustituto en el cargo. Todo ha pasado a un segundo plano ante este crimen que engrosa la lista, por los tristes motivos ya enumerados, de los más crueles e injustos que se recuerdan en la isla.

Las autoridades, lideradas sobre el terreno por el teniente de la Guardia Civil don Ignasi Arnall, han resuelto una de las incógnitas que nos veníamos preguntando al hallar durante la tarde de ayer, en el fondo del muelle, en las proximidades de las instalaciones termales, el arma empleada para cometer el sangriento crimen: un cayado de pastor con apliques metálicos con el que parece que se violentó primero y asesinó después a la desdichada víctima. Este hallazgo supone un gran avance para la autoridad, al abrir una línea de investigación hasta ahora inexistente.

Si algo tuvo claro después de leer aquella noticia era que quería conocer cuanto antes al redactor. Un tipo capaz de descubrir por su cuenta todo lo que recogía en los escritos tenía que colaborar con él de una manera u otra o, cuanto menos, facilitarle los contactos para poder avanzar en su investigación.

En el momento en que el subinspector llegaba de nuevo a la altura de la puerta esta se abrió para dar paso a un Pons cariacontecido seguido del matrimonio *llosetí* que, abrazados y anegados en lágrimas, se sostenían el uno al otro para no caer, hundirse en la tierra y convertirse en polvo. El cabo se giró y le hizo un gesto para indicarle que iban a cumplir con los trámites necesarios.

Fue entonces cuando Lucía salió de la morgue y se abrazó a Guasch mientras Riera se alejaba en silencio para dejarles intimidad.

Su esposa le explicó que el matrimonio había identificado a Teresa nada más ver el cuerpo, sin necesidad de descubrir su fisonomía, pues como suele suceder, hay detalles que solo unos padres reconocen en sus hijos, igual que un pintor sabe identificar hasta el más ínfimo detalle de cualquiera de sus obras: una marca de nacimiento, un lunar, una pequeña cicatriz, la forma sutil de un brazo o de los dedos de la mano. La mujer había estado a punto de desmayarse, y su esposo tampoco tenía mucho mejor aspecto. Lucía había sujetado a la madre cuando él se había puesto a gritar y Pons y el doctor habían tenido el tacto suficiente para calmarlo y la firmeza necesaria para que la situación no se les fuera de las manos. Al final, el hombre había cumplido su deseo de ver por última vez la faz de su hija antes de caer de rodillas y romper a llorar.

Un drama aplastante e injusto. Como lo eran la mayoría de sus casos, cuando no todos, pues ¿qué vida arrebatada por otro lo merece en realidad más allá de los casos de estricta defensa propia? Guasch sabía que, como siempre sucedía, al terminar aquella investigación, con suerte de un modo satisfactorio, él sería un hombre distinto al que la inició. Y se preguntó hasta qué punto necesitaba enfrentarse a esas situaciones extremas para conocerse a sí mismo. No podía pensar en el dolor de unos padres que se habían entregado con amor a su hija para cuidarla y educarla durante veinte años para, después, encontrarla

tendida en una camilla inerte, desnuda y violentada. Se vio a sí mismo teniendo descendencia con Lucía en un futuro no muy lejano y visualizó los años de desarrollo y formación de aquellas pequeñas personas que se iban convirtiendo en lo que la vida les invitaba a ser, e intentó recrear la sensación de perderlos por cualquier motivo humano o, como en el caso de Teresa, inhumano. Sabía que su vida perdería todo el sentido a partir de entonces. Y se recordó, para que no se le pasara por alto, que la razón última por la que renunciaba a la vida privilegiada que el destino le había brindado era conseguir que los asesinos que cometían aquellos actos atroces pagaran por ellos, generalmente entregando al garrote la integridad de su pescuezo y, con él, su propia existencia.

El galeno salió al pasillo. Vestía ropa de calle. Su rictus serio y triste se adecuaba a la escena que acababa de presenciar. Se dirigió directamente a Guasch.

—Querrá estar presente cuando estudiemos la posible arma del crimen.

Lucía se enjugó una última lágrima y se hizo a un lado. La aflicción había sido reemplazada por su expresión decidida habitual.

—No es mi intención ponerlo en un compromiso, doctor. Supongo que estará al corriente de que el gobernador interino me ha apartado de la investigación.

—En efecto, lo estoy, del mismo modo que soy consciente de que ha sido usted quien ha descubierto la identidad de la víctima por su cuenta y sin la ayuda de las autoridades. Por no hablar de la extraordinaria valía de su esposa como forense. No se imagina cuánto he disfrutado escuchándola durante el tiempo compartido practicando la intervención.

El galeno extendió la mano hacia la puerta mientras miraba con afecto a Lucía, que hizo una inclinación de agradecimiento con la cabeza.

—Les ruego que me acompañen, no creo que nos demoremos mucho.

Guasch hizo una señal hacia Riera.

—¿Le importa si se une a nosotros?

El galeno hizo un gesto de asentimiento y accedieron a la sala.

Era grande y estaba helada. Una mesa de madera robusta se levantaba como un altar frente a uno de los grandes ventanales, que daban a un patio interior y permitían la entrada de luz natural. Un bulto cubierto con una sábana blanca dormía sobre ella, y a su lado, formando una L, se ubicaba un tablero sobre el que reposaba un palo largo de madera en cuyos extremos se habían añadido sendos apliques de metal, uno recto que terminaba en punta y otro que se abría para después retorcerse hacia el lado opuesto y componer la forma de un gancho. El conjunto resultante era un cayado más sofisticado y resistente que los simples bastones que solían emplear los pastores para prender o retener a sus reses.

Los elementos metálicos presentaban las primeras señales de oxidación por el efecto del agua salada.

—¿Tenía algún resto humano? —preguntó Guasch, expeliendo una nube de vaho en la atmósfera gélida.

—No —respondió el médico—. El agua y los peces han hecho una limpieza impecable.

—¿Cómo podemos confirmar que es el arma del crimen? —quiso saber Riera.

—Con la que la víctima también ha sido forzada —añadió Guasch.

—Bastará comparar la forma curva con alguna de las laceraciones visibles de la cara y el cuerpo —explicó Lucía—. Y buscar similitudes entre el otro extremo y las heridas provocadas en la zona vaginal. No será difícil encontrar elementos identificativos.

—Pueden permanecer aquí a nuestro lado o, si lo prefieren, tomar asiento en aquel banco mientras trabajamos.

Mientras se sentaban, Lucía retiró la tela y dejó al descubierto el cuerpo de un color blanco azulado. Le habían colocado los brazos estirados en los costados a lo largo del cuerpo. El batiburrillo que ocupaba el espacio de la cara había adquirido el tono granatoso de la carne madurada. Guasch observó a Riera de refilón. Vio más tristeza que repugnancia en un hombre que estaba, quizá, más acostumbrado que él a ver cadáveres de personas asesinadas.

Pese al frío y a las hierbas que habían colocado en varios puntos, el

olor de la sala era agrio.

Lucía cogió un pequeño tablón de madera con varias pinzas que sostenían una hoja de papel inmaculada en la que dibujó con trazo ágil una figura femenina desnuda. El galeno se colocó sobre la nariz unos anteojos de montura metálica y cristales redondos y, acercando la cabeza al cuerpo, empezó a señalar con el dedo diferentes puntos, dando detalles sobre la marca que había generado el impacto y la orientación probable del objeto. Lucía desplazaba con rapidez los ojos del cadáver al papel, marcaba los golpes y añadía las notas oportunas según los comentarios del médico. Cada cierto tiempo pedía una aclaración y en varias ocasiones detuvo su tarea para hacer alguna observación que el médico dio por buena. Guasch y Riera siguieron todo el proceso sin perder detalle. Al final, Lucía mostró sus anotaciones al doctor, que dio unas cabezadas de asentimiento antes de separar con esfuerzo las piernas rígidas de la víctima. Lucía colocó una nueva hoja en el tablón y perfiló otra figura que, desde la perspectiva en la que se encontraba, no podía ser más que la zona vaginal. Realizaron entonces un proceso similar al anterior, si bien en esta ocasión revisaron varias veces la punta del arma para incluir las apreciaciones que consideraron oportunas.

En poco más de una hora dieron el trabajo por concluido.

Guasch y Riera los miraban con atención, dos alumnos aplicados a la espera de la explicación del profesor.

—¿Y bien? —preguntó el subinspector, impaciente—. ¿Es posible traducir todo lo que han ido comentando en palabras comprensibles para unos simples humanos como nosotros?

—No hay ninguna duda de que se trata del arma del crimen —dijo el médico—, las marcas del cadáver son concluyentes.

Lucía puso frente a ellos los apuntes que había ido tomando. Sobre el cuerpo estaban dibujadas algunas de las señales que el cayado había impreso, así como su inclinación al impactar. Una letra pequeña e inteligible incluía detalles sobre cómo se había producido el impacto.

—Hay media docena de golpes que lo demuestran de manera incuestionable. Por ejemplo, ¿veis esta marca? —Lucía señaló el omoplato derecho de la víctima, en el que destacaba un morado

rodeado por un aura amarillenta, y después mostró un fragmento de la vara—. La curvatura es exactamente esta. Lo mismo sucede en la entrepierna, hay desperfectos en el metal que han provocado laceraciones inconfundibles en la piel.

—Cualquiera de estos golpes puede haberla dejado inconsciente —añadió el médico—. Seguramente fue en ese momento cuando se produjo la violación y, una vez terminó, la golpeó en la cara desde una posición alta, hasta dejarla así…

—¿Para qué la metió en la bañera? —preguntó Riera. Los otros tres se lo quedaron mirando y el ibicenco se vio obligado a dar una explicación—. Imagino que los golpes se los darían fuera, en el suelo, que la desvistieron y que después, finalmente, la debieron de meter dentro.

Guasch asintió. Era una reflexión que todavía no habían hecho.

—La bañera estaría llena del agua que caía de la tubería que cruza la estancia y él la debió de coger en brazos y ponerla dentro. Las manchas de sangre que cubren las paredes, el banco o la misma bañera no dejan dudas con respecto a eso. Además, no creo que la contundencia de los golpes fuera la misma si hubiera estado sumergida en el agua, ¿es así?

Miró al médico, que respondió:

—En efecto. Es una buena cuestión…

—Para la que no tenemos una respuesta —concluyó Lucía—. Quizá la metiera en la bañera porque así podía recoger mejor la ropa y sus objetos personales, o para no verle la cara, o para que el cuerpo no fuera tan fácilmente visible desde la puerta…

—¿Cuántas veces la golpeó? —inquirió Guasch.

—No menos de dos docenas, la mayoría en la cara, alguna suelta a la altura de los hombros o el cuello. Todos los golpes eran contundentes.

—Sin que ella se pudiera defender en ningún momento —lamentó el doctor mientras se quitaba de la frente una gota de sudor invisible.

Permanecieron en silencio mientras el doctor y Lucía recogían el material empleado en el análisis. Pons, cariacontecido, entró en la sala cuando ya terminaban. Nadie tuvo el valor de preguntarle cómo

habían ido las gestiones administrativas. La respuesta era tan obvia como innecesaria.

—¿Tenemos algo? —preguntó el cabo.

Fue Riera quien tomó la palabra.

—Tenemos el arma del crimen y hemos averiguado la identidad de la víctima. No está mal para empezar la mañana. Ahora sabemos a qué estamos jugando.

—Así es —Guasch se puso en pie y empezó a abrocharse los botones del abrigo—. Empieza una nueva partida.

34

Puñetero

PERE PAU

Pere Pau y Toni Petit se ponían al día mientras esperaban. Se habían sentado en el suelo y apoyado la espalda en un muro del carrer de la Pietat, cerca de una de las puertas secundarias del Hospital General, en el lado opuesto de la residencia donde vivía el crío pelirrojo, la ingente Casa de la Misericòrdia.

Toni Petit y sus compinches seguían sin tener indicios de las calaveras, y Pere Pau comenzaba a impacientarse ante la posibilidad de que se encontraran en un callejón sin salida. Le molestaba que el esfuerzo hubiera sido estéril, que las perspectivas de avanzar en la investigación se difuminaran y que todo quedara en nada.

Pere Pau había evitado adrede hacer referencia a las calaveras en su anterior artículo, a sabiendas de que la pista que le había llevado a Can Vivot y a la criada desaparecida podía ser buena y que valía la pena seguir tirando del hilo antes de comunicarlo a los lectores. Coloma le había contado que había recibido la visita de un investigador forastero, un tal Guasp, que se había interesado por la desaparición de Teresa. A saber quién era ese tipo y qué camino le había llevado hasta allí. Confió en que aquel hombre no estuviera entroncado con la familia Guasp, propietaria del *Diario de Palma* y competidores directos de *El Isleño*. Le vino a la mente el patriarca de los Guasp, víctima del cólera, y pensó que no valía la pena guardar información y que en el artículo del día siguiente haría referencia a sus últimas pesquisas.

Era duro para alguien como él asimilar dos fiascos consecutivos.

Desde un punto de vista profesional, la velada con Coloma había sido un éxito que le había permitido averiguar la posible identidad de la víctima, pero desde una óptica personal había sido un estrepitoso fracaso. Podía contar con los dedos de las manos, y le sobraban, las veces que en su vida adulta se había propuesto seducir a una mujer sin lograrlo. Y no es que dudara de que Coloma se sintiera atraída por él, que lo tenía claro, sino que después del baile y la conversación, del esfuerzo y la paciencia, ¡ella le había pedido que la acompañara a casa! Y mientras él, como un majadero, escoltaba a la criada modosa, el papanatas de Miquel triunfaba con la rubia después de hacer lo contrario de lo que él, su guía sentimental, el faro que iluminaba las tinieblas insondables del corazón femenino, le había sugerido.

El mundo al revés.

Al menos le quedaba el consuelo de que después de dejar a Coloma en la puerta de su casa se había acostado pronto y había podido dormir, pero, y justo ahí venía el segundo chasco, ¿de qué servía madrugar si no avanzaban en la investigación?

Confirmar la identidad de la víctima era muy importante, pero dar con los asesinos lo era mucho más. Ese era su gran objetivo y por eso abroncó a Toni Petit, que se defendió con uñas y dientes.

—¿Y qué quieres que haga? ¡No he encontrado a nadie que haya visto a esos dos fulanos! ¡A nadie!

Lo cierto era que no sabía cómo orientar al crío.

Pere Pau vio por fin que el celador que conocía asomaba la nariz por la puerta del hospital. Se puso en pie y le hizo un gesto con la mano.

—Espérame aquí y luego decidimos.

El cuidador se le acercó corriendo.

—¡Vamos hacia la entrada principal, rápido! ¡Quizá todavía los encontremos!

—¿Cómo…? ¿A quién?

—¡A los padres de la chica del balneario! Hace un momento estaban rellenando los formularios para darle sepultura.

Pere Pau sintió que se le aceleraba el pulso.

—¿Se sabe el nombre de la víctima?

—Teresa. Teresa Coll.

Se quedó sin respiración.

¡Había dado con ella!

Cierto que seguramente había perdido la oportunidad de informar de su identidad en exclusiva, pues de aquí a la tarde se propagaría el rumor, pero había ganado un discurso y una narración para explicar cómo había llegado hasta ella que impresionaría no solo a Gelabert, sino a la totalidad de lectores palmesanos.

Y lo que se derivaba de aquello era incluso mejor: si se había confirmado que la víctima era Teresa, ya solo quedaba por corroborar que también los dos gigantes que buscaban, las famosas y escurridizas calaveras, eran los asesinos. Y aquella pista no solo era vital, sino que, estaba seguro, solo la tenía él. Se estremeció solo de pensarlo y se imaginó adquiriendo una imprenta de segunda mano y lanzando su propio periódico antes de final de año. *La Voz de la Calle*, *Nuevos Tiempos*, *La Vanguardia Balear*… Tenía que pensar bien la cabecera, pero por ahora decidió que lo mejor era dejar de lado el cuento de la lechera y acelerar el ritmo para no perder la estela del celador.

Torcieron por la esquina de la fachada principal.

Varios carruajes esperaban en la plazoleta que se abría frente al edificio. Los cocheros charlaban animosos en un corrillo cerca de la entrada de la Casa de la Misericòrdia con las manos hundidas en los bolsillos y las bocas humeantes por el vaho del frío y del humo de sus cigarrillos, ajenos a las penas y los tormentos que habían llevado a sus señores al sanatorio. Un grupo de Hermanas de la Caridad, responsables del cuidado de los enfermos y de los asilados de La Misericòrdia, así como de la inclusa, se dirigían hacia el hospital. El viento húmedo y molesto de Llebeig soplaba racheado y provocaba el siseo arrítmico de las ramas de los plátanos y de un ficus colosal. La mañana había despertado desapacible. Nada de todo aquello le importaba ahora lo más mínimo.

El celador rastreó la plaza con la vista.

—¿Y bien?

—No los veo.

Toni Petit los seguía a cierta distancia.

—Vienen de Lloseta, ¿no?

El otro lo miró de refilón.

—¿Y tú cómo lo sabes?

Hizo un gesto para quitarle importancia y se centró en algo que sí le parecía crucial.

—¿Cuándo los ha localizado la Guardia Civil?

—Pues creo que no han sido ellos, hablaban de dos señores.

—¿Guasp…?

—No sé mucho más —Se detuvo en el distribuidor de la entrada principal—. Voy a comprobar si todavía siguen dentro, tú no te muevas y…

—¿Dónde está el cuerpo?

—La morgue está en el ala norte, cerca del cementerio de Camp Roig, ¿por qué?

—Voy para allá.

El chico se encogió de hombros, le dio instrucciones sobre cómo llegar y lo dejó.

Pere Pau le hizo un gesto a Toni Petit para que se acercara, y mientras entraban en el edificio lo puso al corriente de las novedades.

—¿Para qué quieres ver a la muerta? —preguntó el niño.

Pere Pau no tenía claro si la idea le horrorizaba o le fascinaba.

—Por ahora, me gustaría ver qué nos encontramos.

Cuando entraban en la sala de recepción se dieron de bruces con un grupo variopinto encabezado por un cabo de la Guardia Civil al que conocía muy bien.

—El periodista del momento —dijo Pons serio—. ¿Por qué no me extraña verte aquí?

—Será porque hago bien mi trabajo.

Sonrió. No fue correspondido.

Los acompañantes los rodearon. Se trataban de un reconocido cirujano de la ciudad; un hombre de baja estatura ataviado con un abrigo extraño de capucha puntiaguda y alpargatas de esparto, sin medias, ¿un moro de tez blanquecina, quizá?; una dama elegante de piel pálida y expresión resuelta, y un caballero alto de mirada interrogativa que le resultaba familiar. Este último apoyaba la mano

sobre la espalda de la mujer en un gesto protector. ¿Serían los padres de Teresa? Lo descartó al instante. No parecían campesinos *llosetins* y, además, eran demasiado jóvenes para tener una hija en la veintena.

¿Quiénes eran aquellos tres y qué hacían allí?

El doctor aprovechó para despedirse con una excusa banal y se escabulló por la puerta. Entonces Pere Pau cayó en la cuenta de que había visto a ese hombre distinguido en el balneario la noche del crimen. Sí. Definitivamente era él, y ya en aquel momento iba acompañado de Pons, aunque no del moro. Apostaría sus ingresos de un año a que sería el Guasp del que le había hablado Coloma.

El sujeto no apartaba ahora la vista de su pañuelo, como si le resultara también familiar. ¿Se habría fijado en él la noche del balneario, cuando él y Miquel hablaban con el fraile de aliento apestoso? Se le antojó improbable, teniendo en cuenta la cantidad de gente que se apiñaba alrededor de los baños.

—¿Qué haces en el hospital? —inquirió el cabo.

No estaba de buen humor. Y parecía agotado. Supuso que sería él quien había acompañado a los padres de Teresa.

—¿No va a presentarnos? —preguntó el caballero, que lo continuaba estudiando.

—Soy Toni Petit —se adelantó su amigo desde las bajuras.

—Y yo Pere Pau, para servirle —dijo tendiendo la mano—. ¿Y usted es…?

—Marc Guasch —respondió, estrechándola con la firmeza justa—. Esta es mi esposa, Lucía Lequerica, y nos acompaña un compañero y amigo de Ibiza, el subinspector de policía Toni Riera.

Ahí estaba. Qué pena no haber podido hacer la apuesta, ya tendría parte del dinero para comprar su imprenta. No tenía duda de que habían sido el alto y el compañero de la vestimenta extravagante, el moro que en realidad era ibicenco, quienes habían dado con los padres de Teresa.

La cosa se ponía interesante.

—Tengo que felicitarle por sus artículos —dijo Guasp con una admiración que parecía sincera—. Escribe usted muy bien, pero sobre todo me sorprende su capacidad de investigación.

—Gracias —respondió Toni Petit inesperadamente.

El enano se estaba propasando. Pere Pau le dirigió una mirada de advertencia.

—Celebro que le gusten —dijo.

El hombretón pareció titubear un momento. Entonces miró a sus acompañantes como si les pidiera disculpas, se acercó a Pere Pau y lo tomó con delicadeza del brazo.

—¿Podría hablar con usted un momento a solas?

Se ponía muy, muy interesante.

Salieron juntos y se apostaron junto a la entrada.

El caballero le explicó sin rodeos que pertenecía a un cuerpo especial de policía con sede en Madrid cuya función era la de resolver crímenes no esclarecidos por las autoridades locales. Reconoció que de manera casual se encontraba en Mallorca cuando se produjo el asesinato y que había empezado a investigar por su cuenta junto con el subinspector.

—¿Con qué propósito?

—Descubrir al asesino, por supuesto.

—¿Al margen de la Guardia Civil?

—Para serle sincero, sí. No tengo autorización oficial.

Y lo decía tan pancho, pese a ser una confidencia que podía emplear contra él. Le hacían gracia los forasteros que abren los cofres de sus intimidades y que esperan una contrapartida equivalente cuando el mallorquín, y él en eso era bien de la tierra, es reacio a compartir sus secretos con nadie. Le diría lo que le conviniera, sin compromisos, lo que le tuviera que decir.

Esbozó la sonrisa cómplice del que sabe leer entre líneas.

—Imagino que al gobernador interino no le haría ni pizca de gracia que alguien le robara el mérito de descubrir al asesino. Una medalla así le podría quitar la etiqueta de interinidad en su próximo nombramiento.

—Eso mismo pienso yo.

—Me hago cargo de la situación —dijo Pere Pau, listo para interpretar a continuación el papel de simplón—. Lo que no entiendo es por qué me cuenta todo esto.

—Quiero que colabore conmigo.

—¿En su investigación paralela? Mire, yo solo soy un humilde periodista, dudo que pueda serle de utilidad.

—Estoy convencido de lo contrario.

—Ya… —Fingió que meditaba, pero solo un poco—. ¿Y qué gano yo con todo esto?

—¿Debo interpretar que desea algo más que información privilegiada para sus artículos? —preguntó con media sonrisa.

Vaya, el tipo también sabía sonreír, no era ninguna mosquita muerta. Tendría que estar alerta con él.

—Tengo la buena costumbre de pagar a mis fuentes —dijo Pere Pau —. O, para ser justo, ellos tienen la mala práctica de pedirme un pago por sus gestiones.

—Si eso significa que desea cobrar por las suyas, no veo inconveniente. Seguro que nos ponemos de acuerdo.

Guasch dio unas cabezadas de asentimiento mientras levantaba una ceja.

—¿*Habemus* acuerdo?

No podía ceder tan rápido.

—Me lo pensaré…

—Como quiera —Si aquello le cogió por sorpresa, desde luego no lo demostró—. ¿Conoce Can Puig, la casa del marqués de Bellpuig?

—Por supuesto.

Guasp sacó un reloj del bolsillo y lo contempló con cara de concentración.

—Estaremos allí a las tres. Pregunte por mí.

—¿Y si no voy?

El investigador le dio una palmadita amistosa en el hombro y le señaló con el dedo cuando ya empezaba a marcharse.

—A las tres en punto. No se retrase.

Definitivamente, sabía manejar la situación.

El muy puñetero.

35

Lágrimas

GUASCH

El personal de servicio de Can Vivot al completo formaba un semicírculo en la *quadra principal* del ala privada de la mansión. El criado mayor y el segundo criado junto con sus familias, mayordomo, cocheros, mozos de cuadra, cocinera y ayudantes, ama de llaves, doncellas, lavanderas y limpiadoras, maestros, músicos, portero y los dos capellanes, además del amo de la *possessió* de Son Vivot, que acababa de llegar de la finca, y sus dos hijos. No faltaba nadie. Frente a ellos, sentados en una hilera de sillas mucho menos numerosa, se encontraba la familia del marqués que residía en el palacio: el matrimonio y sus hijos Biel y María Magdalena, junto a Guasch, Lucía y el subinspector Riera. Unos pasos por delante estaban el cabo Pons y el guardia con cara de cenutrio que le solía acompañar.

Pons acababa de informar a los empleados de que Teresa, su hasta ahora compañera, era la víctima del balneario. Guasch había procurado no perder detalle de las reacciones de unos y otros, que, como no podía ser de otro modo, habían sido de sorpresa, espanto o dolor, cuando no todas a la vez. Varias criadas habían comenzado a llorar desconsoladas; Coloma había dado una arcada y, cubriéndose la boca con la mano, había salido corriendo de la habitación. Uno de los mozos de cuadra había comenzado a temblar de manera ostentosa y el ama de llaves había estado a punto de sufrir un vahído. Alguien atento le acercó rápidamente una silla y un vaso de agua.

Lucía se acercó con discreción a María Magdalena y la cogió de la mano para sacarla de la sala y llevarla a la *quadreta* anexa ante la

mirada conmocionada de doña Bárbara, incapaz de reaccionar. Guasch aprobó la iniciativa. Todo aquello era excesivo para una niña.

El cabo solicitó con voz monótona la colaboración de los presentes, conminándolos a informar de cualquier circunstancia relacionada con Teresa que pudiera arrojar luz sobre el crimen, en especial si había acaecido durante las últimas semanas. Anunció también que se entrevistarían con todos ellos de manera individual.

Antes de la charla, nada más llegar a Can Vivot, Guasch y Pons se habían reunido a solas con don Joan para adelantarle la triste noticia y darle cuenta de las pesquisas realizadas hasta la fecha sin hacer, por el momento, ninguna alusión a su hijo. El marqués se había llevado las manos a la cabeza y, una vez recuperado de la turbación inicial y resignado, se había mostrado dispuesto a colaborar en todo cuanto estuviera a su alcance.

—Lo mejor será reunir a la familia y al servicio —había sugerido Pons, según lo acordado de camino a la mansión—e informar a todos a la vez.

—Llegados a este punto —aclaró Guasch—, carece de sentido ocultar los hechos y arriesgarnos a que los chismorreos se propaguen por la casa. Si me permite la expresión, don Joan, hay que coger el toro por los cuernos. Estoy seguro de que usted más que nadie comprenderá que lo mejor es afrontar la situación con arrojo.

El aristócrata asintió tras una breve meditación e hizo sonar una campanita de plata. Al momento se oyeron unos toques en la puerta y, sin esperar respuesta, apareció el mayordomo, que en dos zancadas rápidas se situó, hierático y envarado, en mitad de la estancia a la espera de instrucciones.

—Que todo el mundo deje sus quehaceres y acuda al salón principal. Ya mismo. Repito, todos. —El criado se desvaneció con la misma celeridad con la que había aparecido—. ¿Tienen algún sospechoso?

—Ninguno por ahora, señor —mintió Pons—. Fue una noche de mucho alboroto…

—Me importa poco que estuviéramos en carnaval, no me creo que no haya testigos.

—La Guardia Civil, la policía municipal y la dotación militar de Ciutat en pleno están volcadas en la resolución del crimen, señor. No se recuerda una movilización así en la isla.

—Pues nadie lo diría, fue hace tres días y están perdidos. —Se levantó y señaló a Guasch—. ¡Si no fuera por este hombre, no sabrían ni la identidad de la víctima! Teresa… Dios mío… Hablaré con el gobernador interino, les aseguro que me va a oír.

—Como guste, don Joan. Lo que le puedo asegurar por mi parte es que seguiré haciendo todo lo posible para esclarecer el crimen. —Miró a Guasch—. Incluso quizá más de lo que debería.

—¿Dónde está el cadáver? Prepararemos el funeral aquí en Can Puig.

—Los padres han arreglado los papeles para llevarla a Lloseta y enterrarla allí, señor.

El aristócrata miró extrañado al cabo Pons.

—¿Por qué?

—Estaban conmocionados, señor, diría que ni se han planteado que usted los ayudaría.

—Como bien sabe, es una costumbre bien arraigada. Luego lo hablaremos, cabo.

Salieron del despacho y se dirigieron hacia el gran salón, al que ya habían acudido varios miembros del servicio, que murmuraban entre sí. Lucía y Riera esperaban sentados, atentos a todo cuanto sucedía a su alrededor. El subinspector se levantó apenas vio a Guasch y se dirigió raudo hacia él.

—Biel está solo en la sala anexa, quizá podríamos abordarle antes de hacer el anuncio general. No estaría de más ver cómo reacciona…

La sugerencia era oportuna.

El hijo del marqués fumaba distraído mientras oteaba por uno de los grandes ventanales de la salita. Guasch tocó el marco de la puerta y el joven se giró con brusquedad.

—Me ha asustado —dijo con una sonrisa forzada.

Sus dedos se movían sin cesar y Guasch vio que jugueteaba con una moneda. Fuera, los murmullos y el ruido de muebles al arrastrarse iban en aumento.

—Lo lamento, no era nuestra intención.

—¿A qué viene todo este alboroto?

Guasch se preguntó hasta qué punto el desapego de la pregunta era real o fingido.

—Venimos a anunciar la identidad de la víctima del balneario.

—¿Piensan ir casa por casa?

El tono impertinente tampoco le pasó desapercibido a Riera, que respondió:

—En absoluto, ustedes tienen el privilegio de ser los primeros y también los únicos a los que se les comunicará.

—¿Y a qué debemos tal honor?

—A que se ha confirmado que la víctima servía aquí.

El joven levantó la ceja y dio una calada rápida al cigarrillo, quizá para ocultar sus sentimientos o para ganar tiempo.

—¿Es Teresa?

—¿Por qué se refiere a ella?

—Ayer en el desayuno lo sugirió usted de manera abierta. Y es obvio que se ha marchado de la casa.

Estaba molesto. O lo fingía.

—Me resultó llamativo que hubiera desaparecido una persona precisamente en esta casa.

—¿Qué quiere decir?

Guasch dio un paso hacia Biel. El joven se puso alerta.

—¿Qué relación tiene usted con Joan Ramis?

—No conozco a nadie que responda a ese nombre.

—Pues casualmente le vi hablando con él.

El otro frunció el ceño.

—Da la sensación de que sabe usted más cosas que yo, tal vez pueda iluminarme.

—Es el vigilante del balneario…

—Calvo, panzudo y grandote —detalló Riera.

—Y la persona que descubrió el cadáver de Teresa —prosiguió Guasch—. Vino a verle la mañana después del crimen. Qué coincidencia, ¿no? Lo abordó a usted en la calle de Can Savellà, frente a la entrada del patio.

El joven dio una última calada a su cigarrillo y lo miró a los ojos mientras expelía un humo que impactó en el rostro de Guasch. Odiaba el tabaco, pero no se inmutó.

—Déjenme en paz —respondió antes de acercarse al cenicero que descansaba en una mesa auxiliar para aplastar la colilla.

En la *quadra* contigua se escuchó la voz del cabo Pons poniendo orden y Biel aprovechó para escabullirse.

—Si me disculpan…

Guasch le agarró del brazo para impedir que saliera, pero el joven se revolvió y se le encaró.

—Que sea la última vez que me pone una mano encima —masculló mientras levantaba un dedo amenazante—. Me importa poco que sea usted el cuñado de mi prima o que trabaje en ese cuerpo de policía. ¿Me ha entendido?

Desconocía qué podía ocultar respecto a Teresa o qué relación mantenía con Ramis, pero no ganaba nada añadiendo más leña al fuego, sin pruebas, en ese momento.

—Solo le pido que colabore con nosotros.

—No sé nada. No vuelva a importunarme.

—Descubriré la verdad.

—A ver si es cierto.

Y dando media vuelta se dirigió al salón.

Coloma regresó ahora por la puerta del servicio. Resultaba evidente que se había refrescado la cara en alguna jofaina. Tenía las mejillas rojas y los ojos anegados en lágrimas. Se dirigió directamente al ama de llaves y le apoyó una mano en el hombro. La mujer le lanzó una mirada de gratitud entre hipos.

—Si tienen alguna pregunta, por favor, siéntanse libres de hacerla en este momento —añadió Pons—. Recuerden que estamos aquí para ayudarlos.

La mayoría se sorbía los mocos mientras permanecían cabizbajos o mantenían los ojos fijos en el cabo. Alguno paseaba la vista a su alrededor, como si buscara quien rompiera el silencio.

Se oyó un inoportuno ruido de tripas cercano. Guasch miró de reojo a Riera, que se encogió de hombros en un gesto que podía significar

«no he sido yo», «qué le voy a hacer» o «me mata usted de hambre».

Una criada levantó la mano con timidez.

—¿Tardarán mucho en encontrar al asesino?

—Me atrevería a decir que no. —Las firmes palabras de Pons, Guasch no tenía dudas, iban dirigidas al marqués—. Estamos haciendo todo lo posible y no cesaremos en nuestro empeño hasta dar con él.

La mujer respiró aliviada.

Un nuevo coro de murmullos se elevó entre los presentes.

La marquesa hizo un gesto a su marido, que acercó la cabeza y, después de escucharla con atención, asintió y se levantó de su butaca presidencial.

—Antes de regresar a sus tareas, quiero que recuerden dos cosas: por un lado, que está en su mano desvelar cualquier información que pueda ser de ayuda, cuando les entrevisten y, por otro, que queda terminantemente prohibido que hablen con nadie ajeno a la casa de este desagradable asunto. Incluso es preferible, por su bien, que no lo comenten entre ustedes. Con su colaboración, quizá podamos descubrir al asesino.

Dio dos palmadas al aire para dar por finalizada la reunión.

—Y ahora, vuelvan a sus quehaceres.

36

El escondrijo

GUASCH

Guasch, Riera y Pons observaban el cuartito de Teresa Coll desde el umbral: una cama sin dosel, una jofaina con agua, una mesita de noche, una alfombra, una silla arrinconada y una *caixa*, un baúl alargado de un metro y medio apoyado sobre pies muy bajos.

—Dice la marquesa que abandonó varias prendas —explicó Riera.

—Una persona de origen humilde, que por definición tiene pocas pertenencias, no suele dejar nada atrás de manera injustificada.

—Es cierto, ¿por qué lo haría?

—Quizá se marchó a toda prisa y se vio forzada a llevarse solo lo indispensable —sugirió Pons.

—En ese caso, ¿a qué se venían esas prisas?

Fue Guasch quien respondió:

—La criada explicó que las últimas semanas se comportaba de manera extraña. Tendremos que preguntar al resto de personal, por si pueden orientarnos más.

—Bueno, tendremos que escudriñar por aquí, ¿no? —sugirió Riera —. Aunque a simple vista no hay muchos escondites posibles.

—¿Qué esperan encontrar? —preguntó Pons.

—¿Comida? —soltó Riera.

El guardia chascó la lengua.

—Podrías mostrar un poco de consideración hacia la víctima.

—También podría quedarme dormido junto al cadáver.

—Oye, ¿por qué no te vas a…?

—¡Por favor! —cortó Guasch—. ¡Así no hay quien se concentre!

El ibicenco y el mallorquín se cruzaron todavía unas miradas desafiantes, pero al menos lo hicieron con la boca cerrada.

La reducida dimensión de la habitación no permitía que pudieran trabajar los tres de forma simultánea. Guasch dio un paso al frente, se quitó la americana y la colgó de un gancho en la pared.

—Ya hago yo el registro. ¿Tenemos la cesta?

Riera recuperó el canasto que les había facilitado el ama de llaves para recoger las pertenencias restantes de Teresa y lo dejó sobre la cama. La responsable del orden de la casa había corroborado en su entrevista la información facilitada por Coloma el día anterior y que durante la mañana habían ido completando los compañeros de servicio a los que habían tenido tiempo de interrogar: todos coincidían en destacar de la víctima su amabilidad, su bondad y su responsabilidad en el trabajo. No parecía tener tacha alguna. Nadie sabía tampoco por qué de repente había decidido marcharse ni, por supuesto, quién podía haberse ensañado con ella de ese modo.

Guasch reunió todas las posesiones de la joven y las colocó con delicadeza en el interior de la cesta. En suma, había un jubón, un *rebosillo*, dos abanicos, unas enaguas, dos pares de medias, una falda y un par de zapatos no demasiado desgastados. Le costó no pensar en la desesperación de esos padres al dejar marchar una hija a Ciutat y recibir, a cambio, un cadáver desfigurado y un canasto repleto de prendas inertes. Confió en poder ayudar a cumplir aquella cita, creía que de Horacio, en la que defendía que la justicia, aunque lenta, raramente deja de alcanzar a un criminal.

Haría todo lo posible.

Guasch extrajo el único cajón de la mesita para comprobar que estaba vacío. Tocó la base con los nudillos, revisó con detenimiento el hueco en el que encajaba y lo puso del revés.

—Me temo que no encontraremos nada —dijo Pons.

—Es posible —convino Guasch, dirigiéndose al baúl—, pero eso no quita que debamos revisarlo, ¿no?

A Guasch no le pasó por alto la sonrisita de suficiencia que Riera dedicó al guardia.

Pasó las manos por las paredes y por el fondo y decidió que la

madera de cerezo era sólida y que no se ocultaba nada en su interior.

A continuación retiró las sábanas de la cama y palpó la almohada y el colchón con meticulosidad, prestando especial atención a cualquier protuberancia; descubrió que la tela protectora tenía un pequeño descosido en uno de los laterales y hundió el dedo en la paja del interior.

Miró alternativamente al subinspector y al cabo.

—¿Qué sucede? —preguntó el mallorquín.

—Aquí hay algo.

Apretó con fuerza las manos alrededor de aquel punto y retorció ligeramente el colchón antes de asentir.

—¿Ha traído su *raor*, Riera?

El subinspector sacó la cuchilla del cinto, la abrió y se la entregó a Guasch.

Dos cortes bien dados bastaron para rasgar la tela que cubría aquella zona del jergón. Guasch introdujo una mano, removió la paja comprimida y percibió una dureza inesperada. Con dos dedos, como quien coge una delicada taza de porcelana, extrajo un pendiente dorado.

—¿Eso es oro? —exclamó Riera.

El cabo soltó un bufido cuando Guasch se lo entregó.

—¿Sería tan amable, estimado Pons, de sacar el colchón a la terraza y destriparlo?

El cabo obedeció con la ayuda del subinspector, que regresó cuando Guasch, que había retirado la alfombra y apoyado el somier contra la pared, se arrodillaba para comprobar las baldosas hidráulicas del suelo.

—Esta sí que no la había visto venir —comentó Riera en voz baja.

—Me temo que será una sorpresa para todos.

—Quizá no ha sido Teresa, ese colchón ya estaría aquí cuando ella ocupó la habitación.

—Es una posibilidad.

De manera ordenada, una a una, fue palpando todas las losetas.

—¿Me ayuda a desplazar la *caixa*, por favor?

—¿De verdad lo ve necesario? No creo que la chica pudiera

moverlo.

—Difícilmente, y menos estando lleno, pero quiero examinarlo igual.

Entre los dos no fue demasiado difícil sacarlo al pasillo.

Guasch se arremangó la camisa y se arrodilló de nuevo. Empezaba a estar acalorado.

Tres filas más tarde descubrió que una de las baldosas que quedaba debajo del baúl bailaba y que tenía una esquina parcialmente rota. Introdujo la punta del cuchillo de Riera en la ranura, hizo palanca y la levantó sin demasiado esfuerzo.

La cabeza del subinspector asomó por encima de su hombro.

—¿Qué es esto?

—Un escondite excelente.

La cavidad tenía algo menos de tres dedos de profundidad y ocupaba casi todo el espacio de la plaqueta, si bien dejaba un marco de aproximadamente un dedo en cada uno de los lados que permitía colocarla de nuevo y cubrir el hueco de manera convincente.

Estaba vacío.

Guasch se incorporó y estiró las piernas y los brazos. Tenía el cuerpo entumecido. Riera tomó asiento en la silla y pasó la vista por toda la habitación, desconcertado.

—¿Qué más encontraremos?

—Pero si aquí dentro no hay nada.

—¿Le parece poco la mera existencia del escondrijo?

—Le tomaba el pelo, Riera…

—No lo creía capaz de bromear en situaciones así.

Guasch volvió a la carga mientras el subinspector se ponía en marcha en la esquina opuesta.

—¿Qué opina? —preguntó el ibicenco en un determinado momento.

—Que tiene usted razón, que esta habitación habrá estado habitada por muchas otras muchachas antes que Teresa y que quizá esto no tiene nada que ver con ella.

Cuando ya se levantaban sin haber descubierto nada más, les llegaron unas voces airadas desde el pasillo. La primera cabeza que asomó por la puerta fue la de don Joan, seguida de la de un atribulado

Pons.

—¡Esto es inconcebible! —bramó el noble.

—No conviene sacar conclusiones precipitadas —advirtió Guasch mientras se secaba el sudor de la frente.

Empezó a exponer su teoría con respecto a las criadas anteriores, pero el aristócrata elevó una mano al aire y Pons negó con vehemencia. Guasch se vio en la obligación de guardar silencio.

—Fue ella, Marc —dijo el marqués.

—¿Por qué está tan seguro?

—Porque este pendiente, al igual que el otro que hemos encontrado entre la paja del colchón, pertenecen a mi mujer, y porque se los regalé hace solo unos meses. Nadie ha ocupado esta habitación desde entonces.

—Ha aparecido algo más —añadió Pons.

Guasch se dio cuenta de que estaba boquiabierto. Cerró la boca.

—¿Qué? —preguntó Riera.

—Un dedal de plata.

—¿De la casa?

—Se viene otra sorpresa —adelantó el cabo—: lleva impresa el sello de una reconocida mercería del centro.

—No me diga que es la misma en la que trabajó Teresa.

El marqués asintió cariacontecido.

—Pero ¡esto no tiene sentido! —exclamó Riera.

Se lo quedaron todos mirando. Guasch intuyó por dónde iba el subinspector.

—¿Lo dice porque es incoherente robar objetos de tanto valor y no llevárselos?

—Claro.

—Pues para mí es mucho más incomprensible que un criado robe algo, lo que sea —terció el marqués—. Mire, quizá ustedes no estén al corriente de cómo es la vida en una casa como la mía, pero les adelanto que somos una gran familia. Quizá suene a tópico, pero es la realidad. Los criados son unos privilegiados por tener una vida mucho más segura que los que habitan fuera de estos muros, pero nosotros también somos afortunados de contar con ellos para trabajar en

nuestras fincas o mover el engranaje de una casa como esta. Convivimos día a día y procuramos que no les falte de nada, y a cambio ellos nos dan su trabajo y su fidelidad en una relación de confianza mutua. Mire: menos el *hereu*, que vive en la planta noble, el resto de nuestros hijos, lo mismo que los descendientes de los marqueses de cada generación, han dormido aquí arriba, en lo que llamamos *ca ses dones*, con las mujeres solteras del servicio. Por eso digo que este hurto no tiene sentido: ¿qué gana con el robo? ¿Qué necesidad tiene de hacerlo si aquí dispone de todo lo que necesita?

—Entiendo lo que quiere decir, don Joan, pero si partimos de la base de que Teresa ha cometido el robo, la pregunta es: ¿por qué lo robó y después no se lo llevó?

—No veo quién le compraría unas joyas tan caras —terció el marqués.

Guasch se pellizcó el labio inferior mientras le daba vueltas a una idea. Señaló el escondite bajo la baldosa.

—¿Y si hubiera sustraído otros objetos que le reportaran un ingreso mayor o un riesgo menor? ¿Han echado algo más en falta recientemente?

Don Joan apretó los dientes.

—Eso mismo le iba a comentar: había un collar a juego con los pendientes que no ha aparecido. Tampoco sería sencillo de vender. En cualquier caso, consultaré con mi esposa para que revise bien su joyero. Imagínese que nadie se había dado cuenta todavía del robo, ha tenido que ser hace poco.

—El collar no estaba en el balneario —dijo Guasch—. ¿Y si el móvil fuera este? El asesino pudo arrebatárselo antes de matarla.

Se quedaron en silencio, mirándose las caras unos a otros.

—A ver, yo puedo acercarme a la mercería de San Miquel y preguntar por el dedal —se ofreció Pons—, y también poner en marcha la búsqueda del collar. Preguntaremos en joyerías y averiguaré qué salida se le puede dar a un objeto de tanto valor. Coincido con el marqués, es muy extraño que desaparezca una joya así, no veo quién puede comprarla.

Don Joan parecía cansado.

Guasch asintió en silencio mientras trataba de poner orden en el batiburrillo de posibilidades que ofrecía aquel descubrimiento inesperado. Extrajo su reloj de bolsillo y consultó la hora: tenía veinte minutos para llegar a Can Puig y preparar la reunión. Le sorprendería mucho que el periodista no asistiera, y tenía trabajo para él.

37

Reunión de equipo

GUASCH

El reloj de péndulo marcaba las tres y media. Riera terminó de rebañar el segundo plato de *sopes* que un criado de rictus impertérrito le había servido en la sala que el señor marqués les había prestado en Can Puig.

Guasch escribía a un ritmo frenético en una gran hoja de papel que había colgado en una de las paredes y Lucía los acompañaba como una más del equipo. El cabo Pons no debería de tardar mucho en regresar de su visita a la mercería de Sant Miquel y Pere Pau Bestard, el intrépido periodista, les estaba dando plantón por mucho que Guasch se negara a reconocerlo en voz alta.

—Es imposible que no venga —murmuraba cada vez que Riera se refería a ello—. Lo mire por dónde lo mire, solo puede ganar.

—En ocasiones, la gente no es capaz de ver lo que para nosotros resulta obvio, Marc.

—Lucía, el chico es inteligente y tiene perspectiva. Sobre eso no tengo dudas.

—Por mí, mejor si no se presenta, Guasch, siento tener que decirlo, pero creo que se ha precipitado. No tenemos referencias, y que trabaje en el periódico y escriba buenos artículos no significa nada con respecto a su honradez. Perdone que se lo diga así, pero ha sido un error invitarle.

—Se confunde, Riera.

—Lo dudo.

—Pons me ha confirmado que no solo puede sernos útil, sino que

además es de fiar. Un chico de la inclusa hecho a sí mismo.

—¿De verdad? —admiró Lucía.

—Lo que no me entra en la cabeza es que todavía piense que Pons es de fiar —masculló el subinspector.

El nombre de Teresa envuelto en una elipse ocupaba el espacio superior del mural, y de este salían cuatro flechas hacia abajo que culminaban en sus respectivos rectángulos: en el primero podía leerse lloseta; en el segundo, mercería; el siguiente enmarcaba el nombre de can vivot y en cuarto y último lugar aparecía el rótulo de balneario. Había ido tomando notas a los pies de estos nombres en una caligrafía rápida y compleja.

—Doña Lucía, ¿descifra usted los garabatos que dibuja su señor marido? —preguntó Riera mientras terminaba de plegar la almidonada servilleta de lino.

—A ver, déjeme adivinar… —se avino ella, sentándose en la punta de la silla y mordiéndose la punta del dedo—: creo que en el primero ha escrito «mercado», y delante… no lo tengo claro: ¿mujeres?

—Ajá…

—En el segundo, antes del interrogante, diría que pone «dedal» —señaló el papel—; pero debajo del tercero reconozco que no entiendo una palabra…

—Apostaría que en la segunda línea dice «Biel» seguido de «joyas», y de la última caja solo distingo el nombre del vigilante, «J. Ramis».

—También «Por qué» y «Quién».

—Pues fíjese que casi hemos entendido una décima parte…

Alguien tocó con discreción, probablemente uno de los sirvientes.

—¡Adelante! —gritó Guasch, colocándose entre el mural y la puerta e ignorando las chanzas sobre su caligrafía.

El criado abrió y se adentró un par de pasos en la sala con la mirada fija en el infinito.

—Ha llegado el joven que esperaba, señor Guasch.

—¡Hágalo entrar!

Una sombra de duda cruzó la cara del sirviente.

—Viene acompañado, señor.

—¿Por quién?

—Por un niño pelirrojo.

—Estaban juntos en el hospital —comentó el subinspector—. No será su hermano… Desde luego, no se parecen en nada.

—Dígale al chaval que espere fuera, que esta reunión es solo para adultos.

—Se lo he sugerido, pero se ha negado de manera tajante.

Fue Lucía quien despejó las dudas.

—Que pasen los dos de una vez, si viene con él será por algo, ¿no?

—Pero querida… —Guasch chascó la lengua e hizo un gesto al criado—. Voy con usted.

Pere Pau y el niño pelirrojo hablaban animadamente en la calle. Al abrirse la puerta, callaron de golpe y le dirigieron unas miradas expectantes acompañadas de unas sonrisas forzadas.

—Veo que ha venido con su amigo, señor Bestard, ¿a qué debo el honor?

—Trabajamos juntos —explicó el crío con descaro.

Guasch contempló con condescendencia al pequeño.

—No miente, señor Guasp.

—Es Guasch, con ce hache, no con pe.

El periodista abrió los ojos.

—¿Ah, sí?

—Mi familia es originaria de Ibiza —dijo, sin más—, allí es un apellido bastante habitual.

Pere Pau asintió y esbozó una nueva sonrisa, ahora más segura.

—Tendríamos que negociar nuestras condiciones antes de empezar, para que después no haya malentendidos.

—Me parece muy razonable. Usted dirá.

—Quiero libertad total sobre lo que me apetezca publicar y nadie podrá vetarme.

Guasch no dudó.

—Imposible, habrá determinadas pistas que, de ser publicadas, podrían alertar a los sospechosos, por lo que no hay acuerdo en cuanto a este punto. Lo siento, pero hay informaciones que no podrán ser reveladas bajo ningún concepto, y sus artículos deberán estar siempre consensuados conmigo. —Después del palo, tocaba ofrecer la

zanahoria—. Sin embargo, le puedo garantizar que esta colaboración totalmente atípica por mi parte le generará un contenido privilegiado para sus artículos.

—Además de unos ingresos económicos más que interesantes…

A Guasch le gustó aquel detalle. El chico había hecho una petición inaceptable para, después, hacer otra en la que se veía moralmente obligado a ceder más de lo que en un principio hubiera concedido. Tal y como imaginaba, el chico era listo.

—¿Qué cifra tenía en mente, señor Bestard?

—Quiero dos escudos.

—Eso es mucho dinero.

—No tardará en comprobar que son una buena inversión, confíe en mí.

Guasch hizo como que dudaba un instante.

—Hecho.

—Y ahora falta lo mío —dijo el mocoso ante la mirada atónita de Guasch—, que serán otros dos.

Soltó una carcajada.

—¿Se han vuelto locos? Están pidiendo un dineral.

—Estamos juntos en esto, señor Guasch —dijo el periodista.

El niño esbozó una sonrisa beatífica.

El desparpajo y el descaro de aquellos dos espabilados eran asombrosos, pero se dijo que toda esa picardía se traducía en un proceso de investigación y unos artículos periodísticos óptimos. Era innegable que ese peculiar equipo conseguía resultados.

Pons apareció a buen ritmo por el fondo del callejón.

—De acuerdo, muchachos. Luego hablaremos de las condiciones de pago. Entren y no se preocupen, que llegaremos a un acuerdo.

El cabo lucía una cara de circunstancias que respondía por sí misma la pregunta que había ido a resolver a la mercería.

—En efecto, faltaba uno de los dedales de plata, el que hemos encontrado.

Señaló a los chicos, que esperaban en el patio cuchicheando entre sonrisitas.

Guasch se encogió de hombros, le explicó el pacto al que habían

llegado en referencia a la censura que iba a aplicar a los artículos del periódico y confirmó que colaborarían con ellos.

El guardia suspiró con resignación.

—Espero que todo esto valga la pena, nunca he trabajado de una manera tan…

—¿Anómala? —Guasch le dio una palmada en el hombro mientras le hacía un gesto para que entrara—. Si le sirve de consuelo le diré que yo tampoco.

Pere Pau y Toni Petit cruzaron las diferentes estancias de la mansión boquiabiertos y sin perder detalle hasta entrar en la sala de reuniones. Lucía y Riera les esperaban de pie; el subinspector, con los brazos cruzados y una sonrisita en los labios.

Su mujer colocó un par de cojines en la silla que ocuparía el niño y Guasch esperó a que todos tomaran asiento. Entonces los miró de uno en uno y sintió que por fin, pese a la heterogeneidad de los miembros, tenía un equipo con el que trabajar. Se dijo, además, que era un grupo excelente.

No se anduvo por las ramas. Señaló el papel.

—Los aquí reunidos estamos al corriente de los aspectos básicos del crimen, pero me gustaría que pusiéramos en común lo que hemos averiguado cada uno por nuestra cuenta para que partamos todos del mismo punto, ¿me explico? —Asintieron, también el niño, que cruzó los dedos de las manos sobre el pecho y se puso serio—. La historia que nos interesa de Teresa empieza varias semanas antes del Corpus del año pasado, cuando dejó a sus padres en Lloseta, en contra del deseo de aquellos, y se mudó a Ciutat para buscar fortuna.

—Unas conocidas del pueblo —explicó Riera—dieron a entender que la chica era «muy ambiciosa, egoísta y que no pensaba en sus pobres padres».

—Esta imagen contrasta con la que nos han dado aquí, donde todo el mundo coincide en destacar que Teresa era «buena chica, trabajadora y amable con sus compañeros».

—Y eso creímos nosotros hasta que encontramos los objetos robados —dijo Pons.

—¿Cómo? —Pere Pau se incorporó en la silla—. ¿Qué es eso?

Riera levantó un dedo.

—Recuerden bien lo que les digo, jóvenes: las chicas con caras angelicales no son nada de fiar. ¿Me oyen? Nada de fiar.

—Una cosa no quita necesariamente la otra —explicó Lucía obviando el comentario de Riera—: podía ser una persona encantadora y tener una ambición que la llevara, como parece, a robar.

—Cierto —convino Guasch antes de explicar al periodista el inesperado descubrimiento en el colchón y el escondite vacío de debajo del armario.

Hizo un gesto al guardia para que compartiera sus últimas averiguaciones.

—Los propietarios de la mercería en la que trabajó en el carrer de Sant Miquel la tenían por una chica responsable con conocimientos básicos de costura y de la mercancía que allí se vende, que aprendía rápido, mostraba buena actitud y un excelente trato con las clientas. Lamentaron que hubiera permanecido tan poco tiempo con ellos, si bien dijeron comprender los motivos que la llevaron a cambiar de trabajo. Todo eran palabras favorables hasta que salió el tema del dedal que, en efecto, había sido sustraído del cajoncito correspondiente; resulta que los dedales están envueltos uno a uno en una tela de gasa fina y que Teresa se había limitado a reemplazar uno de plata por otro más sencillo y económico de metal. Pese al tiempo que hace que se marchó, todavía no se habían dado cuenta del cambio.

—Eso es que no venden muchos —observó Toni Petit.

A Guasch le hizo gracia la observación.

—La cuestión —prosiguió—es que Teresa se enteró por Coloma, una joven clienta que trabajaba en Can Vivot, de que había una vacante en la casa; se presentó a las correspondientes entrevistas y, finalmente, se la adjudicó.

—Y llegamos a lo del balneario —anunció Riera.

—Todavía no. —Guasch señaló en el mural el rectángulo de Can Vivot—. Todo el mundo alaba a Teresa, si bien los días previos a su asesinato se comportó de manera extraña, no dio explicaciones y

confesó a Coloma su voluntad de regresar al pueblo con su madre, cosa que, como sabemos, no llegó a suceder. Sabemos también que hurtó de la casa y escondió en su habitación unas joyas de gran valor. En su huida dejó alguna de sus pertenencias, también los pendientes y el dedal robados, pero no al parecer un collar. Según se desprende de los interrogatorios, nadie la vio marcharse con la maleta, y eso que para salir tuvo que pasar necesariamente por la sala de estar del personal. Ni siquiera el portero en su garita frente a la puerta del carrer de Sa Campana la vio. Parece que se marchó a escondidas. ¿Por qué?

Pons se acomodó en su silla. Riera capturó un puñado de confites que había en la mesa y le ofreció uno a Toni Petit, que lo rechazó con la mano sin dejar de prestar atención.

Ninguno sabía qué responder.

—Es todo muy extraño —convino Pere Pau.

—Y ahora sí que llegamos al balneario —Guasch miró a Riera y plantó el dedo índice sobre el último rectángulo—, que es también otro gran interrogante: las huellas demuestran que Teresa entró por su propio pie a través de una rotura en la estructura del edificio, y eso significa que o bien fue allí acompañada, o bien se citó con alguien pero que, en cualquiera de los dos casos, y yo me decanto por el segundo, accedió por voluntad propia. Intuimos, a raíz de otro rastro de pisadas, que el asesino entró y salió por el mismo lugar.

—¿Por qué opta por la opción de la cita?

—Porque todos los pasos van directamente a la cabina número ocho. Si no, hubieran entrado en cualquiera de las anteriores. No creo que sea algo relevante, simplemente quedaron en verse allí.

Hizo una pausa para beber un poco de agua.

—¿Qué más sabemos en relación con los baños? —preguntó Riera —. Tal vez podría traducirnos esos pintarrajos…

—Estaba valorando los posibles motivos por los que Teresa aceptó ir hasta allí y con quién quedó. Desconozco si esa cita tiene relación o no con los hurtos, pero su actitud nerviosa de los últimos días es un indicio de que podría ser que sí.

—Quizá alguien le pidió que robara el collar —sugirió Pons.

—Y terminaron discutiendo —añadió Riera.

—Pero ¿para qué quedar a escondidas en un lugar tan complicado? —planteó Toni Petit—. No lo entiendo.

—Esa es una pregunta excelente —reconoció Guasch, señalándolo con el dedo.

—¿Un encuentro íntimo? —preguntó Lucía.

La miraron unos y otros. La sonrisa de Pere Pau relució en la sala.

—Señores —dijo ella, que miró a Toni Petit y pareció dudar antes de lanzarse a hablar—, les ruego que no olviden un hecho crítico: Teresa Coll fue brutalmente violada antes de ser asesinada. Fuese cual fuese el motivo por el que entró en los baños, derivó en su tortura y asesinato. También quiero recordarles, o informarles, que el asesino empleó un cayado con unos apliques metálicos para forzarla. ¿Qué significa esto? Tal vez que no fue capaz de terminar la agresión sexual y que por esa razón, furioso, la ultrajó de manera salvaje antes de matarla a golpes, lo que demuestra una ira desproporcionada. No se me ocurre otro motivo que no sea una relación sexual insatisfactoria.

Los hombres carraspearon incómodos en sus asientos, quizá porque una mujer se expresara con aquella naturalidad sobre temas relacionados con la muerte o, sobre todo, con el sexo. Fue Toni Petit quien tomó la palabra.

—¿De verdad puede alguien reaccionar así por…, bueno, ya me entiende, por no poder… eso?

—Te sorprendería las cosas que he visto en referencia a… eso.

—¿Es usted policía? —preguntó el todavía sonriente Pere Pau, incorporándose en el asiento.

—Mi especialidad es la medicina forense, joven.

—¡Oh, qué… interesante!

La sonrisa perdió brillantez.

—Celebro que se lo parezca —dijo Lucía, centrándose de nuevo en Guasch—. Y luego está el vigilante…

—Cierto. Otra de las grandes incógnitas de todo este asunto es Joan Ramis y su misteriosa visita a Can Vivot para abordar a Biel.

—Sin olvidar su encuentro con el enmascarado negro.

—¿De qué están hablando? —preguntó Toni Petit, adelantándose a

su socio.

Riera le explicó ambos encuentros y formuló las preguntas que le surgieron al respecto: ¿qué relación pueden tener dos hombres tan dispares?, ¿por qué se produjo la visita el día después del crimen? y ¿era Biel el enmascarado que le había amenazado?

—Lo que está claro —terminó el subinspector—, es que ese encuentro no es casual, tiene que haber un motivo detrás que desconocemos.

—Obviamente —aprobó Pere Pau.

—Ahora debemos repartirnos las tareas pendientes —comentó Guasch, barriendo a los asistentes con la vista—. Tenemos que separar las pistas que seguirá la Guardia Civil de nuestra investigación.

—Ya he puesto a los chicos a preguntar por las joyerías con respecto al collar —informó Pons.

—Excelente.

—Nosotros tenemos algo que añadir… —intervino Toni Petit.

—¿Qué nos hemos dejado? —Riera se rascó el cogote.

—Esto es imposible que lo sepan —les aseguró Pere Pau—. Es una pista sobre la que todavía no he escrito en ninguno de mis artículos y que está relacionada con dos hombres que acosaron a Teresa la noche del *dijous llarder* y que provocó que se viera obligada a refugiarse en la iglesia de las clarisas.

—¿Cómo dicen? —exclamó Riera.

—Iban disfrazados y llevaban unas calaveras de cerdo en la cara —continuó Toni Petit—. Llevamos casi dos días detrás de ellos.

Calló y cruzó una mirada con el periodista.

Los demás esperaron a que uno u otro terminase el relato que había quedado a medias.

—¿Y bien? —preguntó Pons, impaciente.

El crío soltó una risita.

—Hoy hemos encontrado una pista que parece ser buena. —¿Qué significa eso?

—Que por fin los hemos localizado —respondió Pere Pau.

38

Gigantes

GUASCH

La taberna del Bribón era un tugurio abarrotado que apestaba a alcohol rebajado y a un batiburrillo de efluvios humanos. Los parroquianos, disfrazados de cualquier cosa, suponía, celebraban el domingo de carnaval entre botellas de anisado y otros brebajes despreciables. Guasch y Riera permanecían apostados en una de las mesas del fondo en compañía de Pere Pau y Toni Petit, que rechazó ingerir bebida alguna bajo el pretexto de que «no bebo cuando trabajo».

El subinspector dio otro sorbo a su vaso sin despegar la vista de la puerta.

—¿Seguro que vendrán?

—Eso dice el Bribón —respondió Pere Pau haciendo un gesto hacia el propietario del antro, un tipo que cantaba a voz en grito mientras servía sus frascos de líquidos inciertos detrás de la barra—, y suele equivocarse poco.

—Si usted lo dice… —vaciló Guasch, que no se molestó en ocultar sus reservas—. ¿Fue él quien identificó a las calaveras?

—En realidad, lo hizo un conocido suyo en Ses Enramades Velles, cerca de la Porta de Sant Antoni. Dos hombres como esos no pasan desapercibidos.

—Qué coincidencia encontrarlos tan fácilmente, ¿no? —repuso Riera.

Fue Toni Petit quien le respondió sin ni siquiera mirarlo.

—Si quiere llamar así al hecho de que media ciudad los estuviera

buscando para nosotros, entonces sí es una grandísima coincidencia. Yo más bien diría que lo raro es que con todo el esfuerzo no los hubiéramos encontrado antes.

El subinspector frunció el ceño.

—Oye, niño, ¿tú qué edad dices que tienes?

Pere Pau soltó una risita. También Guasch sonrió.

—Diez años, señor, para servirle… si paga bien, claro.

Riera titubeó sin saber qué responder.

—Parece que tienes menos —dijo.

—Es que me cuido mucho.

El airado rostro del subinspector empezaba a adquirir tonos amoratados y Guasch decidió acudir en su ayuda.

—¿Qué es eso que me ha contado Pons de su heroica acción durante el cólera?

—Pues eso —respondió Toni Petit—, que es un héroe.

—No es para tanto, yo sólo…

—¡Sí qué lo es! —le cortó el crío—. Mucha gente huyó de sus casas y abandonaron a más de un apestado, que al final moría por falta de asistencia o de tardanza en recibir auxilio. Pere Pau salvó a un par de personas, además de encontrar varios cadáveres.

—¿De verdad? —exclamó Riera—. ¿Cómo fue…?

—Espeluznante. —Pere Pau hizo una mueca y el subinspector le hizo un gesto animándole a continuar—. Fueron unas semanas muy amargas. Un día me colé en una vivienda en un primer piso forzando uno de los postigos. El hedor a muerte del interior era insoportable, por lo que abrí todas las ventanas para que entrara luz, pero sobre todo aire. Pregunté a gritos si había alguien y nadie respondió. Con el pañuelo en la nariz, me adentré en la habitación contigua. Allí la peste era todavía peor, pues a la podredumbre se le sumaba un olor nauseabundo a excrementos. En el camastro había un bulto insignificante, un esqueleto con piel y pelo ralo en una pose rocambolesca. Abrí también la ventana de la habitación y me acerqué para ver si reconocía el cadáver. —Se detuvo con un centelleo en los ojos. Ninguno de los tres osó apurarle para continuar—. Y entonces el hombre movió los ojos y susurró en un hilo de voz que todavía no

estaba muerto.

—Y lo salvó —concluyó Toni Petit con el pecho henchido de orgullo.

No era para menos.

Pere Pau continuó narrando la dureza de aquellos meses, la huida de la población al campo, la carencia de alimentos y de fármacos por la falta de suministro y la especulación codiciosa de algunos personajes carentes de escrúpulos y de caridad.

—Todo eso dice muy poco de esos individuos —finalizó.

—Al contrario —le corrigió Riera—: lo dice todo.

—También hubo quien, en el otro extremo, se jugó la vida por socorrer, atender o reconfortar a los enfermos. Mucha gente sin nombre, desde monjas a *botifarres* o civiles sin nombre.

Toni Petit asentía con expresión distraída.

—Se cuentan anécdotas buenas tanto del alcalde como del obispo —dijo Pere Pau—: al parecer un enfermo preguntó al obispo Salvà durante una de sus visitas diarias a los hospitales de coléricos si no tenía miedo de contraer la enfermedad, y el hombre, ya mayor y medio ciego, le respondió que sí, pero que tenía más vergüenza de no hacer lo que debía que miedo a morir.

Riera celebró el chascarrillo y preguntó:

—¿Y el alcalde?

—Don Miquel pertenece a la alta *mossoneria* de Ciutat…

—¿Cómo dice? —le cortó el subinspector—. En Ibiza llamamos *mussons* a los señoritos de Dalt Vila.

—Debe de ser lo mismo, aquí se llama así a la burguesía, en contraposición con la nobleza, a la que se agrupa bajo el calificativo de *botifarreria*.

—Nosotros no tenemos de esos…

—Los aristócratas también llaman despectivamente *genteta*, gentecilla, a los pequeños y vulgares burgueses advenedizos.

—Prosiga con lo del alcalde, por favor —animó Guasch, curioso.

—Pues eso, que don Miquel es un hombre de genio acostumbrado a mandar y que durante los días más duros de la epidemia hacía rondas por las tabernas de Ciutat y sacaba a bastonazos a los transportistas de

cadáveres y a los enterradores, que se escapaban para descansar porque no daban abasto.

—Las situaciones extremas sacan lo mejor y lo peor de nosotros —apuntó Guasch, consciente de que poca filosofía de vida podía enseñar a aquellos dos supervivientes—. Por cierto, no nos han terminado de explicar cómo acabó el encuentro con las calaveras

—¡Ah, sí! Hicieron buenas migas con el compadre del Bribón y quedaron en encontrarse hoy aquí. —El periodista se fijó en su expresión de incredulidad y prosiguió con la explicación—. Hay pocas cosas más atractivas para un bebedor que la posibilidad de ingerir alcohol sin desembolsar un real.

—¿Y eso es lo que les prometió?

—Ni más ni menos.

Guasch suspiró.

—¿Pudo averiguar algo acerca de ellos?

—Que son carreteros. Vienen a Ciutat un par de veces por semana transportando productos agrícolas o ganado de la *part forana* y confirmaron que el jueves pasado estaban aquí.

—¿Sacó su conocido a colación el tema del asesinato para comprobar cuál era su reacción?

—No me consta.

Riera recuperó por fin el habla.

—¿Dónde se hospedan?

—En casa de un familiar cerca del Baluard des Socors.

—No hemos podido dar con ellos —informó Toni Petit—, y eso que por la tarde he puesto a cuatro colaboradores a dar vueltas por el barrio, pero nadie los ha visto.

Colaboradores. Cuatro. He puesto.

¿De dónde salía aquel niño con visos de intendente de policía? La respuesta era obvia: del lugar donde las criaturas se ven obligadas a espabilar por su cuenta para sobrevivir. La calle.

—Dios mío… —murmuró Riera de repente.

Guasch siguió la dirección de su mirada y vio cómo cruzaban la puerta dos seres de tamaño colosal, vestidos con pieles de oveja y la cabeza cubierta por una tela de saco con dos agujeros a la altura de

los ojos sobre la que se habían acoplado sendas calaveras de cerdo. Movían arriba y abajo los brazos e imaginó que de no ser por el alboroto podría escuchar los gritos que proferían. Enseguida se formó un corrillo a su alrededor. Alguien se pinzó la nariz a su lado y sacó la lengua. Pintaba que no debían de oler demasiado bien.

Pere Pau y Toni Petit parecían más satisfechos y orgullosos por su aparición que impresionados por su aspecto asilvestrado. Guasch conocía bien aquella sensación provocada por el trabajo bien hecho y, en silencio, admiró su buen hacer.

—¿Y ahora qué? —preguntó el subinspector.

—Hemos descartado una detención directa de la Guardia Civil para interrogarlos por nuestra cuenta —les recordó Guasch—, y eso es exactamente lo que vamos a hacer. Les recomiendo que a partir de ahora mostremos un talante festivo

—Esa es mi especialidad —masculló Riera.

Guasch se levantó, se dirigió a la mesa contigua y plantó sobre el tablero un generoso puñado de monedas para que los ocupantes la abandonaran. Atónitos y etílicos, los vecinos celebraron su buena suerte y se dirigieron raudos a la barra para transformar sus inesperados ingresos en nuevas y abundantes dosis de alcohol. Después mandó a Pere Pau a buscar más bebida y se empezó a abrir paso hacia los recién llegados, que seguían danzando en la entrada. Aunque hizo aspavientos con los brazos a medida que se acercaba a ellos, solo logró captar su atención cuando ya casi los tenía enfrente. Las máscaras le impidieron percibir su reacción, pero sí vio que los agujeros de las capuchas apuntaban en su dirección. Uno era un poco más bajo que Guasch, mientras que su compañero le sacaba medio palmo. No estaba acostumbrado a encontrar hombres de aquel tamaño. De hecho, ya le resultaba extraordinario que alguien se aproximara mínimamente a su altura.

—¡Los mejores disfraces del carnaval! —gritó, fingiendo euforia—. ¿Sabéis beber con las máscaras puestas?

Oyó cómo reían bajo los cráneos de puerco y prosiguió.

—Habéis ganado el premio de la noche, ¡estáis invitados! ¡Vuestras bebidas hoy corren por mi cuenta!

Se miraron el uno al otro, levantaron los puños y lo celebraron con un aullido seguido de unos gritos rítmicos.

Uh. Uh. Uh.

Guasch ensanchó la sonrisa, apoyó la mano en la piel del hombro del menos alto e hizo un gesto en dirección al rincón al que ya regresaba Pere Pau cargado con varias botellas.

Se encaminaron hacia allí.

La actitud de los parroquianos aunaba admiración y congoja, y se apartaban para dejar pasar a aquellos dos engendros salidos del infierno. Guasch imaginó que esa noche irrumpirían en más de una pesadilla.

Riera y los muchachos habían unido las dos mesas para dar cabida a sus nuevos acompañantes, que nada más tomar asiento desanudaron los cordeles que sostenían los cráneos postizos y retiraron sus capuchas para dejar a la vista dos rostros sudorosos piqueteados de viruela de dos cuadragenarios de rasgos peculiares: el más alto tenía los pómulos salientes y la nariz chafada, mientras que en el otro destacaban unos ojos hundidos y una frente despejada coronada por una mata de cabello veteado de gris.

—¡Salud, amigos! —brindó el más alto, lanzándose sobre la botella más próxima.

—¡Adoro el carnaval! —añadió su compañero, que mostró una dentadura mellada mientras vertía el líquido en un vaso y lo alzaba por encima del corro.

Los dos empinaron el codo hasta agotar el contenido de sus recipientes de un sorbo.

—¿De dónde habéis sacado estas calaveras? —preguntó Toni Petit con fingida admiración.

—Del Socorrador, naturalmente —respondió el más alto encogiéndose de hombros.

Guasch y Riera pusieron cara de no comprender.

—Es el edificio municipal en el que se sacrifican y socarran los cerdos —explicó el crío—, detrás del convento de Sant Agustí. Habíamos preguntado allí, pero nadie reconoció haberles visto.

—¿Qué dices, niño? —preguntó uno.

—¿Por qué lo preguntas? —se interesó el otro—. Si quieres unirte a nosotros, quizá podamos buscarte un cráneo de cochinillo…

Los gigantes se miraron y estallaron en carcajadas, como si una réplica suya en miniatura les resultara desternillante. Y, desde luego, el contraste de Toni Petit con aquellos dos monstruos vestidos todos de la misma guisa, en circunstancias diferentes, podría resultar gracioso.

—¡Bebamos! —propuso Pere Pau alzando su copa—. ¡Hoy es un día para celebrar!

Guasch y Riera lo secundaron y a los gigantes les costó poco entrechocar sus vasos y apurar, una vez más, sus contenidos.

Varias rondas después, los dos hombres seguían igual de sobrios. Sin duda, su complexión enorme y la evidente práctica en la ingesta de alcohol anestesiaban los efectos que este les pudiera provocar.

Consideró que ya se habían ganado su confianza y que había llegado el momento de abordar el tema. Pere Pau se le adelantó.

—¿Hay alguna novedad en relación con la chica del balneario? —preguntó de manera que pudieran escucharlo todos.

Las calaveras los observaron con curiosidad.

—Que trabajaba en un palacete de la Vila d'Amunt y que era de Lloseta. —Guasch obvió el nombre de Teresa a propósito.

—¿En serio? —dijo Toni Petit.

Guasch puso cara de circunstancias y se dirigió a los carreteros.

—Sabréis que torturaron y asesinaron a una joven en los baños del puerto la noche del *dijous llarder*, ¿verdad?

—¡Qué espanto! —Riera se tapó la cara en un gesto excesivamente teatral.

Guasch le regañó con los ojos antes de proseguir.

—¡No se habla de otra cosa en la isla!

—Por supuesto que sí —respondió el mellado mientras buscaba una nueva botella que apurar—. ¡Es horrible!

Se produjo un silencio que enseguida se encargó de romper Pere Pau.

—Estuve en el balneario el mismo jueves por la noche y vi cómo sacaban el cuerpo.

—¿La llegaste a ver? —preguntó el más grande—. Dicen que estaba fatal.

—Imposible, la habían cubierto con una sábana. —Luego probó suerte—. ¿Vosotros no fuisteis?

—¿Al balneario? ¡Qué va! No nos enteramos hasta la mañana siguiente.

—Esa noche bebimos demasiado…

—No como hoy, ¿eh? —puntualizó Riera, dándole a uno un codazo.

El gigante soltó una risotada y le propinó una palmada amistosa que casi lo derribó del taburete.

—¡Pero si la noche acaba de empezar, hombre!

—Y vosotros, ¿no habéis oído nada? —continuó Guasch.

—Somos carreteros y estamos todo el santo día arriba y abajo…

—¡Por eso mismo! —exclamó Toni Petit, aplicando una lógica aplastante—. Nadie puede enterarse de más chismorreos que vosotros.

Negaron con la cabeza de manera demasiado rápida… o coordinada. O quizá no fueran más que imaginaciones suyas. Guasch resopló, tal vez había ingerido una excesiva cantidad de ese alcohol inmundo, porque se empezaba a sentir mareado. Decidió levantarse, pero se tambaleó y se desplomó sobre su asiento. Un frasco cayó de la mesa al suelo y se hizo añicos.

Los gigantes soltaron una nueva y apestosa carcajada y Guasch se llevó las manos a la cabeza. Definitivamente, se había extralimitado. Los restos de cristal de la botella se repartían entre los pies de unos y otros, y pensó que deberían de estar atentos para no cortarse. Pero entonces reparó en algo que le hizo vislumbrar un hilillo en su mente del que empezó a tirar hasta comprender la lógica que explicaba todo lo relativo a aquellos dos hombres de aspecto singular.

Se sirvió otra copa, diciéndose que el alcohol ya no le podía afectar más. Había llegado a su límite. Dio el primer sorbo.

—Señores —levantó un dedo al modo de Riera y anunció—: ¡vamos a jugar a un juego!

—¡Me encanta! —exclamó el grandullón.

—¿Qué juego?

—Se llama «el reto de la hipótesis».

Se miraron el uno al otro.

—No lo había oído nunca.

—¿Qué es una hipótesis? —se interesó el amigo.

—Consiste en decir una frase que luego hay que confirmar o rechazar aplicando la lógica.

Riera le contemplaba con los ojos entrecerrados.

Pere Pau se rascó una oreja.

Toni Petit se sirvió una copa.

La expresión de besugo de los dos gigantes dejaba entrever que no entendían nada, pero no pareció importarles. La gente simple no necesita comprender para conversar.

—¡Vamos con esa hipóquetis!

—¡Venga!

—Bien —Guasch dio otro largo sorbo a su vaso y les señaló con el dedo—, la hipótesis que voy a exponer es la siguiente: vosotros dos sois los asesinos de la chica del balneario.

Riera abrió los ojos como platos.

Pere Pau se rascó la otra oreja.

Toni Petit se bebió la copa de un trago.

—¿Quiénes? ¿Nosotros? —preguntó el mellado, de repente serio—. ¿Cómo que la hemos matado nosotros, qué tontería es esa?

—¿De qué estás hablando, amigo? —replicó el gigantón, incorporándose en su asiento.

Ahora nadie reía.

Riera y los chicos intercambiaron miradas de incredulidad.

—Va, hombre, relajaos, ¡no es más que un juego!

—Ya no me gustan tus juegos.

—Supongámoslo. Lo primero que me extraña es que nadie se fijara en dos percherones como vosotros, vestidos con vuestros disfraces diabólicos, que son todo menos discretos, merodeando por los alrededores del balneario, o cruzando las murallas, o incluso persiguiendo a la chica… Bueno, esto último sí, pero lejos del muelle.

—Estoy de acuerdo —corroboró Toni Petit.

—¡Prosigamos! —Guasch dio un nuevo sorbo—. Lo que se dice pequeños no sois, ¿verdad? Y yo me pregunto, ¿cabría uno de vosotros

por el hueco de los baños por el que accedieron la víctima y el asesino?

Hizo una pausa dramática que aprovechó para verter un poco más de líquido en su copa.

—Mi respuesta es: difícilmente.

Las dos calaveras lo miraban con atención. El grandullón cerraba y abría el puño de manera inconsciente. Guasch vio que Riera no apartaba el ojo de aquella maza obra de la naturaleza.

—Y a todo esto…, me he referido al asesino en singular porque en la escena del crimen solo aparecieron las huellas de un pie. Centrándome en nuestro caso, ¿por qué solamente entró uno, y no los dos? ¿Podría ser esa huella de alguno de vosotros? Hombre —señaló sus pies—, tenéis unas buenas pezuñas, por lo que también diría que es casi imposible que uno de los dos esperara fuera mientras el otro accedía al interior y lo pisoteaba todo… con un pie reducido.

—¡Viva! —el mellado levantó el puño cerrado.

—Y por último, queda lo más importante: que la chica se metió en el balneario por su propio pie y que no huía de vosotros ni de nadie.

Todos le prestaban la máxima atención, unos más boquiabiertos que otros, pero todos permanecieron expectantes para ver cómo concluía el juego. Guasch se levantó, alzó su copa y esperó a que los demás se le unieran

—Por todo ello, amigos calaveras, debo anunciaros que la hipótesis planteada por este su servidor queda oficialmente refutada y que yo os declaro inocentes de la desgraciada muerte de la noche del *dijous llarder*.

Los gigantes estallaron en vítores, y justo cuando Guasch iba a dar cuenta de esa última copa sintió la necesidad imperiosa de salir corriendo en busca de un rincón en el que volcar todas las anteriores.

39

Primitos

Pere Pau

La esposa de Guasch ayudó a subir a su quejoso marido por las escaleras hasta la habitación mientras Riera, que se había declarado incapaz de acompañarlo, esperaba sentado en uno de los escalones del patio canturreando canciones subidas de tono bajo la vigilancia de Toni Petit y de uno de los mozos de cuadras de Can Puig.

Saltaba a la vista que los elixires del Bribón causaban estragos entre los primerizos, si bien era cierto que tanto Guasch como Riera, en su esfuerzo por no desentonar de las calaveras, se habían propasado de largo y al final, como siempre que uno se excede con el alcohol, no queda otra que pagar la factura.

Pere Pau se despidió con una sonrisa culpable después de dejar el cuerpo del investigador desplomado sobre la cama para que, ya a solas, su mujer lo acomodara a su gusto para pasar la noche. Estaba claro que necesitaría reposar durante buena parte de la mañana.

Después, entre él y Toni Petit ayudaron al subinspector a ponerse en pie y lo acompañaron a su hospedaje esquivando grupos de ciudadanos exaltados por el jolgorio por callejones pobremente iluminados en los que Cort todavía no había instalado lámparas de gas y donde las de aceite apenas alumbraban. Una vez en la pensión, igual que habían hecho con Guasch, lo dejaron sano y salvo en sus aposentos.

—Estas atenciones no están incluidas en nuestros honorarios —comentó el niño cuando ya salían a la calle—, tendremos que cobrarlas aparte.

—Ya ves, enano, somos pura generosidad.

Pere Pau le quitó importancia mientras sacaba de un bolsillo el paquete de tabaco del bueno. Estaba de excelente humor, pese a que la euforia de haber encontrado a los sospechosos y a los que tantos esfuerzos habían dedicado había durado un santiamén. Los argumentos esgrimidos por Guasch eran tan lógicos e irrefutables que, a medida que le iba escuchando, se sorprendía de haber estado tan convencido de la culpabilidad de aquellos dos mastodontes, más allá de su comprensible aspiración de ser quien descubriera a los asesinos. Le fascinaba la facilidad con la que se había autoconvencido de la veracidad de un hecho por el simple anhelo de que fuera cierto. La realidad no posee el don de amoldarse a nuestros intereses, por muy intenso que sea nuestro capricho o elevada la recompensa esperada.

Encendió un cigarrillo y le dio una larga calada mientras caminaba en silencio junto a Toni Petit. El niño no estaba de tan buen humor.

—Levanta ese ánimo, hombre. Pocas veces en tu vida harás un negocio tan redondo como el de hoy. ¡Pero si no has visto dos escudos juntos en tu vida!

—Eso no quita que me sienta decepcionado porque el esfuerzo no haya valido de nada.

Pere Pau no quiso hurgar en la herida y evitó ahorrarle la lección de que buena parte de los asuntos a los que dedicaban el tiempo los adultos tenían poco sentido, cuando no poca recompensa. Ya lo iría descubriendo él por su cuenta.

Se acercaban al punto en el que debían separar su caminos cuando escucharon una melodía nostálgica desde una calle transversal. Se acercaron al momento para descubrir un grupo de músicos que formaban un semicírculo frente a la fachada de una casa señorial. A su alrededor se distribuían varios sirvientes con antorchas. Un joven ataviado con ropajes elegantes se había colocado delante de la banda y levantaba la cabeza hacia el balcón principal de la planta noble, desde el que dos muchachas sonrientes, probablemente su prometida y la hermana, miraban embelesadas.

Un corro de curiosos se repartía por los alrededores para presenciar el espectáculo, disfrutar de la música y cotorrear sobre los

enamorados.

—¡Qué despliegue! —dijo Toni Petit—. Da gusto cortejar con el bolsillo lleno.

—No lo sé —respondió Pere Pau—, nunca me ha pasado.

Soltaron una carcajada que recibió la reprimenda de los espectadores más cercanos.

—¡A ver si ahora que tendrás un buen dinerito consigues una novia! —retó Pere Pau después de enjuagarse las lágrimas.

El chiquillo hizo una mueca y sacó la lengua.

—No me interesan las chicas.

—¡Hasta en eso eres sabio, enano!

—¿Cómo puede decir semejante cosa el gran seductor de Ciutat?

Pere Pau se encogió de hombros. No sabía bien qué le había llevado a hacer aquel comentario, pero tal vez podría estar relacionado con la morenaza a la que llevaba dos días sin ver, o con Coloma, con la que estaba deseando encontrarse de nuevo. E intimar. Pensó en la criada y consideró que era inadmisible que la noche anterior la hubiera acompañado a su casa sin que mediara entre ellos el más mínimo roce. No recordaba nada igual.

Lanzó los restos del cigarrillo al suelo y los pisoteó.

—Voy a acercarme a Can Vivot.

—¿Ahora? ¡Bromeas!

—En absoluto.

—Entonces, te acompaño.

—No voy a investigar, o al menos no directamente.

—No digo que no te haga gracia la Coloma esa, pero… ¡tú lo que de verdad quieres es que te cuente qué ha pasado desde que les han dicho lo de Teresa! ¡No das puntada sin hilo!

—¡Y tú solo piensas en ganar dinero!

Se encaminaron hacia la plaza de Santa Eulalia. A Toni Petit no le venía de paso, pero le quiso escoltar un tramo.

—¿Piensas cantarle una serenata desde la calle? Seguro que la sacas de la cama.

Cuando llegaron al punto de despedida, Pere Pau se quitó el sombrero, lo blandió ligeramente y le soltó el tradicional gorrazo de

despedida.

—Ale, date por bendecido. Ahora vete a dormir, nos vemos mañana.

—Seguro que descanso más que tú.

Toni Petit se fue dando saltitos y, mientras saludaba con la mano, esquivó a un grupo de enmascarados. Pere Pau fue consciente como pocas veces antes del cariño que sentía por aquel niño, uno de los pocos, junto a Miquel y alguno más, a los que consideraba su verdadera familia. Si le pagaba lo que pedía, o lo que acordaban, siempre de manera más que generosa, no era por otra cosa más que por ayudarle. Por supuesto que el crío se lo ganaba y le era de utilidad, porque era brillante haciendo aquel trabajo, pero el fondo último de todo aquello era que lo quería. ¿Qué sentido tiene engañarse a uno mismo y no llamar a las cosas por su nombre?

No tardó demasiado en llegar a Can Vivot.

La callejuela de Can Savellà estaba tranquila y, al margen de la jarana proveniente de calles lejanas, en silencio. Una ventana iluminada en la planta superior indicaba que todavía quedaba algún trasnochador, tras aquella larga jornada, entre los señores de la casa. No todos los días se descubría que una de las jóvenes y apreciadas empleadas había sido brutalmente asesinada y que, además, abusaba de la confianza de los *senyors* para sustraer objetos de valor de su propiedad.

Era demasiado tarde para presentarse allí, lo sabía, pero necesitaba ver a Coloma, oler de nuevo su aroma y besarla, y también interesarse por Teresa, averiguar qué se decía en la casa y cómo habían reaccionado don Joan y su familia. Placer y trabajo, trabajo y placer. Quizá no debería mezclarlos, o tal vez hacerlo era precisamente lo que le motivaba.

El patio señorial estaba iluminado por un par de lámparas de aceite que colgaban de los muros. Se dirigió con sigilo al patio trasero, procurando no hacer ruido para no despertar al portero. Pese a la distancia, a los muros y a las puertas que los separaban, oyó con claridad unos ronquidos que salían de la que debía de ser la alcoba de los capellanes. Los apartamentos donde los criados dormían con sus familias estaban en silencio. Subió por la escalera de servicio de

puntillas y golpeó la puerta con mesura, casi con dulzura. Pegó el oído a la hoja, pero no escuchó sonido alguno.

Repitió la operación con un poco más de brío, y continuó insistiendo varias veces más hasta que, por fin, oyó ruidos en el interior.

Una ranura negra se dibujó en el lateral de la puerta.

—¿Quién eres tú y qué quieres a estas horas?

Era la voz autoritaria de una mujer de edad. La cocinera, cuya habitación estaba, según le había explicado Coloma, junto a la puerta.

—Soy Pere Pau, busco a Coloma.

—¿Ha sucedido algo?

—Avísela, por favor, necesito verla. Soy… un primo suyo. Tengo algo urgente que decirle de nuestra tía. Se lo ruego, señora.

Pese a la oscuridad, Pere Pau se esforzó por sonreír.

—¿No puedes esperar a mañana para decírselo?

—De verdad que no, no sabe lo importante que es.

La mujer suspiró y murmuró algo incomprensible.

—Espérate aquí, anda…

En el patio hacía un frío seco que tendría que soportar un buen rato, ya que la mujer tenía que subir al piso superior a buscarla. Le supo mal por ella, pero ¿quién dijo que el trabajo de celestina fuera sencillo?

Finalmente se abrió una nueva rendija. Una llamita insignificante luchaba contra la negrura e iluminaba a duras penas un ojo entreabierto.

—¿Pere Pau? —dijo una voz que parecía recién llegada del reino de Morfeo—. ¿En serio eres tú? ¿Ahora somos primitos?

—Somos lo que haga falta.

—A saber qué le habrás contado a la cocinera para que accediera a despertarme, ¡la pobre casi se mata por la escalera del torreón!

—Oye, no te lo tomes a mal, la verdad es que no podía acostarme sin volver a verte…, aunque a oscuras no te distingo demasiado, ¿eh? ¿Podríamos hablar en algún lugar más iluminado y caldeado?

—No sé…

—¡Se me están helando los pies!

—¡Shhh! ¡No grites!

—Lo digo en serio, necesito entrar —cuchicheó.

Después de un titubeo, la abertura se ensanchó lo justo para dejarlo pasar. Pere Pau se deslizó al interior y Coloma cerró la puerta a su espalda. La chica vestía un camisón que llegaba hasta el suelo y se arrebujaba en un mantón de lana. Llevaba el pelo recogido en una trenza ancha como un puño que dejaba su cuello al descubierto y le daba un aspecto delicado.

Se encontraban en la salita de estar del personal, en cuya chimenea todavía caldeaban unas brasas. La sala hacía a sus vez de distribuidor, ya que daba acceso a las habitaciones de los hombres solteros, de la cocinera, de alguna de las despensas y, por la larga mesa que asomaba por una de ellas, del tinelo, el comedor del personal.

—Me has salvado la vida.

—¡No tienes vergüenza!

—Reconozco que no es una de mis virtudes…

—¿Que no qué…?

—Oye, ¿no podríamos hablar en tu habitación?

—¿Estás loco? Ni siquiera deberías estar aquí.

—Entonces ¿dónde? No pretenderás que nos quedemos aquí de pie, ¿no?

—Tenemos prohibido que entren extraños, y la cocinera estará atenta.

—¿Desde cuándo tu primo carnal es un extraño? ¿Por qué me maltratas de esta manera?

Ella, ahora sí, soltó una risita queda. Le tendió la mano y él la tomó. Estaba cálida. Entraron en el tinelo y después en otra habitación. Pere Pau miró a su alrededor. La llamita titilante del candil de Coloma apenas permitía intuir, entre las sombras, lo que parecían sacos y otros recipientes de gran tamaño. El olor a cereales, aceite, vino, especias y demás alimentos daba las pistas suficientes para comprender que aquel espacio se empleaba como despensa.

—¿No podemos coger dos sillas de vuestro comedor?

—Si estás cansado, siéntate en un saco. Yo me quedaré de pie.

Aquello no era lo que había imaginado, pero al menos estaba con

ella y obedeció. Dio unos pasos dubitativos y palpó lo que resultó ser un fardo repleto de grano. Se sentó encima con cuidado.

—¡Es cómodo! —Poco a poco sus ojos se iban adaptando a la luz escasa—. Ya me he enterado de lo de Teresa.

—¿A qué te refieres?

Tenía que demostrar que sabía de qué hablaba.

—Que es la víctima del balneario y que ha robado cosas de la casa y de la mercería en la que trabajaba. ¡Vaya pieza, tu amiga!

Coloma calló un segundo antes de contar con voz insegura.

—He visto cómo destripaban su colchón en la terraza de arriba y sacaban algo pequeño de entre la paja. Don Joan estaba muy enfadado. Ha sido una sorpresa para todas. No lo hubiera dicho nunca. —Después de una nueva pausa, preguntó en un tono más vivo —. ¿Cómo te has enterado?

—He conocido a Guasch, el hombre que me dijiste que te había interrogado.

—Sí, es cuñado de la señora Apolonia, la hija de los marqueses de Bellpuig.

—Ahora trabajamos juntos.

Trató de que sonara casual, como si colaborar con las familias de las *Nou Cases* fuera algo habitual para él. La voz de ella, desde luego, transmitió la máxima admiración.

—¿De verdad? Hoy ha estado aquí, con nosotros, y después de que don Joan anunciara lo de Teresa ha entrevistado a parte del personal junto a un señor ibicenco y dos guardias civiles.

—Lo sé, por eso te lo decía. Lo hemos tratado en la reunión.

—Ha sido muy desagradable…

—¿Por qué? ¿No han sido correctos con vosotras?

—No es eso, es solo que la situación era difícil, por las acusaciones contra Teresa. No sé…, que robara está muy mal, pero eso no justifica lo que le han hecho. ¡Es muy injusto!

Calló.

Pere Pau sintió su fragilidad, como si de repente la chica pudiera hacerse añicos.

Se levantó y en dos zancadas se colocó frente a ella y la abrazó.

Ella no le rehuyó.

—Siento mucho lo que le ha pasado a tu amiga. Te aseguro que encontraremos al asesino.

—Nada me gustaría más, pero eso no la hará volver.

Se oyó la tos seca de un hombre y Coloma se tensó y se apartó.

Pere Pau sintió que su aroma se desvanecía y el encantó desapareció.

—Tienes que marcharte —dijo ella en un susurro todavía más débil mientras, con cautela, regresaban a la salita de estar.

—Prométeme que nos veremos mañana. —Coloma abrió una rendija de la puerta exterior. Él ya se disponía a salir cuando de repente se detuvo—. Promételo, por favor.

Sus cabezas estaban una frente a la otra, hasta el punto de que podía sentir su aliento.

Coloma lo miró, esbozó una sonrisa dulce y, de manera fugaz e inesperada, lo besó en la mejilla.

—Te lo prometo.

Después lo sacó de un empujón y cerró la puerta a su espalda.

40

Sombra

Pere Pau

Pere Pau se despidió de los conocidos con los que se había cruzado en el passeig des Born y prosiguió su camino hacia el arrabal, agradecido de estar de nuevo a solas para regodearse con el recuerdo de Coloma. Había hecho bien en visitarla a aquella hora improcedente; las mujeres aprecian sobremanera los gestos extraordinarios e inesperados que las saquen de la rutina y las hagan sentir especiales y valoradas. Empezó a sopesar sus sentimientos hacia ella, pero enseguida descartó ese pensamiento y decidió no darle más vueltas: odiaba cualquier tipo de compromiso o atadura, en especial en lo referente al corazón.

Por tanto, se centró en el recuerdo de aquella despedida asombrosa y en el beso espontáneo y huidizo que le había regalado la joven. Cierto que él había allanado el camino y servido la oportunidad en bandeja, pero había sido ella quien había salido de su caparazón de miedo, timidez o inseguridad, todavía no sabía exactamente qué, para tomar la iniciativa y dar el salto.

Y eso para él tenía mucho valor.

Estaba exultante por aquello y, también, por el hecho de tener una confidente en Can Vivot que pudiera informarle en persona más allá de lo que averiguara el propio Guasch. Ya pensaría cómo jugaba esa carta y qué compartía con los demás, pero por el momento se aseguraba una fuente de información que, como poco, le serviría para contrastar lo que fuera saliendo en las reuniones.

En algunas calles de la Vila d'Avall que no contaban con *festers* ni con ningún otro alumbrado público la pestaña lunar los condenaba a

una oscuridad casi absoluta que, sin embargo, permitía disfrutar del cautivador manto de estrellas. Se detuvo para deleitarse en la contemplación de aquel espectáculo prodigioso y, al hacerlo, le pareció oír unos pasos detenerse detrás de él. Se giró extrañado, pero en la penumbra no alcanzó a distinguir ningún movimiento.

Sonrió para sí ante aquella especie de delirio y levantó otra vez la mirada al cielo. Un cielo cuyos secretos desconocía, por mucho que siempre se hubiera sentido atraído por los mensajes ocultos de los astros. Anotó mentalmente que en un futuro pediría ayuda para descifrarlos. Le costaba poco buscar a quien pudiera enseñarle algo y preguntar al respecto. Había aprendido hacía tiempo que a la gente le gusta hablar de lo que sabe. Pensó sobre ello y se dijo que esa inquietud por aprender era su principal virtud y, seguramente, lo que más le apasionaba, casi al mismo nivel que las mujeres.

Prosiguió su camino y llegado un punto volvió a escuchar aquel sonido desacompasado, como si su marcha provocara el eco irregular de un segundo juego de pisadas, algo del todo imposible. Se detuvo de nuevo, se giró con las manos hundidas en los bolsillos del abrigo y escudriñó la oscuridad, esta vez con mayor detenimiento. Pero las sombras cubrían todo cuanto le rodeaba y le impedían distinguir los matices en las distintas capas de profundidad.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Prestó atención, pero no fue capaz de ver nada ni de apreciar sonido alguno.

Se encogió de hombros y prosiguió su camino, pero ya sin la capacidad de recrearse en el recuerdo de Coloma o de concentrarse en los secretos de aquellas constelaciones misteriosas. Se desplazó despacio, tomando conciencia de sus movimientos cuidadosos y del golpeteo apagado que provocaban sus pies. Poco a poco fue incrementando el ritmo, procurando pisar con fuerza antes de alcanzar una esquina y, una vez rebasada esta, se detuvo y siguió moviendo las piernas y haciendo ruidos contra el suelo de tierra para que el posible perseguidor interpretara que proseguía su camino. Continuó así unos segundos, haciéndolas cada vez más suaves, hasta que detuvo el fingido andar por completo.

Se encontraba a dos pasos de la esquina. En silencio. Conteniendo la respiración. No escuchaba nada, ni brisa, ni hojas agitarse, ni música o voces lejanas ni, tampoco ahora, paso alguno. El tiempo parecía haberse detenido en aquel callejón de Ciutat y él encontrarse en mitad de un sueño sin forma ni sentido.

Desechó la posibilidad de que aquel desvarío se debiera a un efecto retardado de los licores del Bribón.

Saltó desde la esquina y se plantó en mitad del callejón perpendicular.

Aguzó la vista y por fin lo descubrió, en medio de aquel océano oscuro. La figura, de mediana altura, se recortaba en plena calle. No tenía rostro, no distinguía sus ropajes ni apreciaba particularidad alguna, tan solo la presencia extraña e incómoda de aquel bulto negro sobre un lienzo de idéntico color. No estaría a más de una docena de pasos de él.

—¿Quién eres?

La forma no respondió, quizá porque aquella criatura que nadaba entre la realidad y la ensoñación no podía razonar ni transmitir pensamientos.

—¿Por qué me sigues?

Más silencio.

No estaba seguro de que aquella cosa respirara.

Dio un tímido paso hacia ella y se detuvo de nuevo.

La figura no se movió.

Entonces levantó el pie para acercarse de nuevo, pero al hacerlo el ser giró sobre sí mismo y empezó a correr en dirección contraria. Pere Pau tardó un instante en reaccionar que la criatura aprovechó para incrementar la distancia que los separaba.

Por fin salió en pos suyo.

—¡Detente!

Pero el ritmo de las pisadas se incrementó todavía más.

Pere Pau era rápido, y no tenía dudas de que lo alcanzaría. De hecho, los primeros reconocimientos públicos que había obtenido en su vida habían sido gracias a las competiciones de carreras a pie, las famosas *corregudes* de Santa Catalina. Cierto que ya no era aquel niño

hambriento, en todas las acepciones de la palabra, pero no habían pasado tantos años ni tampoco él había perdido su buen estado físico. A todo ello había que añadir un aspecto adicional: quería capturar al acosador misterioso a cualquier precio, desvelar su identidad y averiguar el motivo de su seguimiento. ¿Le había estado esperando a su salida de Can Vivot? ¿Desde cuándo le acechaba? ¿Quizá desde el Bribón?

Pere Pau calculó la distancia que les separaba y contó las zancadas que necesitaba para alcanzarle. Unas veintiséis. Tenía que espabilar si no quería perderlo. Se desabrochó como pudo el abrigo, apretó los dientes y aceleró un poco más. La sombra esquivó a una pareja disfrazada y después a un grupo de tunos que gritaron entre risas a su paso. Algunos callejones estaban empedrados, otros no; unos estaban más iluminados que otros, pero, con o sin luz, con o sin pavimento, el corredor misterioso no reducía el ritmo ni él la distancia.

Intentó adivinar hacia dónde se dirigía y supuso, por el rodeo que estaba dando, que se encaminaba a la puerta de Santa Catalina. Aquello le convenía, pues si se adentraban en el arrabal, que controlaba al dedillo, quizá pudiera buscar algún atajo conocido y darle alcance.

Él corría bien, pero el otro no le andaba a la zaga.

En la puerta de la fortaleza seguro que se toparían con la dotación militar y con una pequeña multitud, y fantaseó con la posibilidad de que alguien entorpeciera a su contrincante y le hiciera perder un tiempo que él aprovecharía para darle caza. Pero la realidad caprichosa fue por otros derroteros, y su perseguido sorteó con facilidad cuantos obstáculos humanos e inhumanos se cruzaron en su camino. Además de veloz, también era ágil.

Cuando Pere Pau traspasó el portal, el individuo ya había alcanzado el final del puente y giraba por Sa Feixina en dirección norte. Varios grupos se repartían en la explanada alrededor de otras tantas hogueras de llamas inciertas sobre aquella superficie inmensa que dejaba a la izquierda las torres, los molinos y la viviendas del arrabal creciente y, a la derecha, el zigzag rotundo de los lienzos y baluartes fortificados. Los reflejos del fuego y las siluetas bailaban en los muros como

grandes sombras chinescas.

Nadie reparó en ellos, dos espíritus nocturnos enfrascados en una carrera sin sentido, dos borrachos quemando el exceso de alcohol, una víctima persiguiendo a un ratero cualquiera. Nada digno de prestarle atención o a lo que dedicar algo más que una ojeada pasajera y unas risas.

El corredor se paró un instante y miró atrás, como si valorara qué hacer o hacia dónde dirigirse. Aquello demostraba una sangre fría fuera de lo común ante el avance patente de Pere Pau, que se acercaba a buen ritmo. Otro hubiera continuado corriendo sin control en vez de sacrificar parte de su ventaja. Entonces se volvió y desapareció por la vertiente del foso que pasaba junto al Hornabeque y que se abría a lo largo de sa Riereta.

Pere Pau alcanzó el punto en el que se había detenido el fugitivo y tomó el sendero estrecho que descendía hasta el cauce del torrente y descubrió, a media altura, un portón olvidado. Se trataba de una de las entradas que daban acceso a las contraminas, unos antiguos túneles militares excavados a principios de siglo como parte de un plan para la mejor defensa de Ciutat. El fin último de aquella madeja de galerías y ramales no era otro que permitir a los minadores locales acercarse por el subsuelo hasta las posiciones ocupadas por el enemigo y, mediante potentes cargas de pólvora y de una sola vez, hacerlos volar por los aires y sepultarlos en el dinamitado subsuelo mallorquín. Pere Pau sabía, como la gran mayoría de los palmesanos, de la existencia de aquellas minas artificiales, y que algunas de sus entradas habían sido selladas y que otras se habían candado para impedir el paso a desheredados y demás almas en pena.

La particularidad en concreto de aquella cerradura era que había sido forzada y que el portón estaba entreabierto.

Pere Pau miró a su alrededor y vio el muro contundente del Hornabeque alzarse sobre su cabeza. La punta del Baluard de Sitjar, al otro lado del torrente, apuntaba hacia él. No había ningún ser humano a su alrededor ni, tampoco, rastro de su perseguido. Se asomó a sa Riera, pero el sonido del agua esta vez no lo cautivó. Entre tiniebla y matorrales no descubrió a nadie.

Pensó en dejarlo estar, pero al instante lo descartó.

Supuso que la sombra se había adentrado en las galerías. Terminó de abrir el portón de tablones pesados y asomó la nariz para olfatear un intenso olor a cerrado.

La oscuridad era total y se maldijo por no llevar nada más que su humilde mechero.

Anotó mentalmente, mientras trataba de generar las primeras chispas, que tenía que acostumbrarse a portar consigo algún tipo de arma con la que, llegado el caso, defenderse. Confió en no necesitarla en aquel momento.

—¡Sé que estás aquí dentro! —gritó—. Podemos comportarnos como dos personas civilizadas, ¿no crees? ¡Sal y hablemos!

El sonido de su voz se perdió en la negrura.

Por fin consiguió prender la llamita y, despacio, adaptó la vista y empezó a distinguir cuanto le rodeaba, que no era sino dos muros rústicos a los lados y un techo de tierra compacta. En el suelo se repartían guijarros y pequeñas ramas secas que, a saber quién, cómo y por qué las habían llevado hasta allí.

Agarró una rama de pino con una frondosa mata de hojas resecas y acercó la mecha hasta que, poco a poco, empezó a arder. La asió con ambas manos y la sostuvo delante suya. El crepitar de la llama rompía el silencio que lo envolvía. Se introdujo en la galería, un túnel recto que se hundía tierra adentro. Una decena de pasos más adelante vio que nacían nuevos pasadizos que se prolongaban en diagonal. Orientó la llama hacia los nuevos ramales y no logró ver nada más que una oscuridad creciente.

Decidió continuar por el carril central.

Había avanzado solo un poco cuando escuchó un sonido a su espalda, una especie de chasquido seguido de un sonido repetitivo, como si alguien rascara una superficie de madera. Giró sobre sus talones y regresó corriendo hacia el portón de la entrada que se acababa de cerrar a cal y canto.

Dejó la rama en el suelo, estiró y empujó con todas sus fuerzas. Le arreó varias patadas.

Nada funcionó.

Respiraba con dificultad. Pegó la oreja al tablero y escuchó, con total claridad, un resuello al otro lado. Fuera. En libertad.

Apoyó la frente en el portón y le propinó un par de puñetazos.

—Ábreme —ordenó Pere Pau, aunque la exigencia sonó como una súplica lamentable—. ¡Te encontraré!

¿Aquello que se oía era una risa?

La llama perdió intensidad y las sombras empezaron a reconquistar el entorno. Echó una rápida mirada a su alrededor en busca de nuevos elementos que quemar, pero en lugar de eso descubrió en una esquina el cadáver momificado de un perro, un esqueleto con pellejo.

Oyó unos pasos tranquilos que se alejaban y unos sonidos rítmicos, como si el desconocido estuviera silbando. Lo imaginó alejándose con las manos en los bolsillos, disfrutando de las constelaciones que un momento atrás lo habían maravillado a él.

Se dejó caer al suelo y golpeó el portón.

Empezó a dolerle el puño.

La rama ardiente se consumió del todo y lo dejó completamente a oscuras.

Trató de concentrarse, pero un único pensamiento se imponía sobre los demás: el no saber cuánto tiempo pasaría allí encerrado antes de ser rescatado.

41

Resaca

Guasch

Guasch apoyaba los codos en la gran mesa del comedor mientras sostenía la cabeza entre las manos. La notaba maciza y pesada, como si toda la masa de su cuerpo se hubiera concentrado en aquella extremidad que ahora palpitaba con vida propia.

—¡Basta, por favor! —suplicó Riera junto a él—. ¡Parece que me estén dando martillazos en el cráneo!

El subinspector permanecía derrumbado en su silla, con los brazos rebosando por los costados y los ojos entreabiertos fijos en el techo.

Xisco lo había ido a buscar en el carruaje y hacía apenas un momento que se había dejado caer en su asiento como un saco de algarrobas. Se encontraba en un estado tan deplorable que ni siquiera reaccionó ante el generoso desayuno que, una mañana más, poblaba la mesa de Can Puig.

—Pensaba que a vuestra edad aguantaríais mejor el alcohol—les regañó Lucía, divertida.

—El veneno que nos sirvieron no sabe de edades… —gruñó el ibicenco.

Estaban los tres a solas en el gran salón después de haber excusado al servicio. Si los necesitaban, los llamarían con la infalible campanita. Los marqueses habían regresado al predio de Son Armadans mientras que Polita y Claudio se encontraban desde la jornada anterior, junto a otras dos parejas, visitando el monasterio de Lluc. Su cuñada les había perdonado la ausencia permanente, había rehecho sus planes con su hermana y les había informado de que aquella misma tarde estarían

de vuelta y que Claudio asistiría con antiguos conocidos a una competición privada de billar entre caballeros que se prolongaría toda la noche.

—Al menos, vuestro sacrificio valió la pena —comentó Lucía.

Guasch abrió un ojo y vio cómo su mujer arrancaba un pedazo de ensaimada *llisa* y la mojaba en su tazón de chocolate con fingida indiferencia. El tono llevaba un ligero retintín que, a pesar de su estado, no le pasó inadvertido. Se tomó el comentario en serio.

—La pista era buena. Los chicos hicieron un excelente trabajo, pero al cruzarlo con nuestra información, más completa, me di cuenta de que no encajaba. Aquellas dos bestias son unos animales que asustaron a Teresa, pero a todas luces no son los culpables de su muerte.

—¿Entonces…?

—¡Buenos días!

Tomàs, el hermano menor de Apolonia, hizo su entrada en la sala. Su apariencia era impecable, como de costumbre: rasurado perfecto, corte de cabello a la moda, vestimenta refinada y expresión afable. Pese a encontrarse en su propia casa, pidió permiso con un gesto antes de tomar asiento con ellos.

No le pasó por alto el aspecto desmejorado de sus invitados.

—¿Se alargó la noche? Tienen ustedes cara de cansancio.

Era evidente que el joven había escogido las palabras más cuidadosas para describir su imagen lamentable.

—Caímos en un antro de lo más deplorable—explicó Riera, que estiró el brazo para servirse una taza de delicioso chocolate humeante y capturar una ensaimada en una clara señal de que estaba volviendo en sí.

Guasch no tenía apetito, pero concluyó que también él necesitaba reponer fuerzas.

—¿Conoce la taberna de un hombre apodado el Bribón?

El joven aristócrata esbozó una sonrisita mientras se servía un par de unos deliciosos bizcochitos llamados *quartos*.

—No tengo el gusto.

—No se esfuerce demasiado por conocerlo —respondió Riera, relamiéndose antes de dar el primer bocado.

—Ayer estuvimos en Can Vivot —explicó Guasch—. Hablamos largo y tendido con don Joan y entrevistamos a buena parte del servicio.

—Ya me han dicho que se confirman sus sospechas con respecto a la criada. ¡Qué desgracia!

—También tuvimos ocasión de charlar con Biel…

—Apenas un momento —añadió Riera.

El joven los miró de refilón mientras ensartaba con el tenedor y cortaba con pulcritud un pedazo de bizcocho esponjoso.

—¿Por qué lo comentan?

—¿A qué se refiere?

—No sé, parece que han mencionado a Biel por algún motivo. Además, me están mirando los dos fijamente.

Introdujo el bocado de *quarto* en la boca y empezó a masticar con parsimonia, esperando una respuesta.

—Me parece que oculta algo —soltó Guasch a bocajarro.

El joven dejó el bocado a medias y sonrió.

—Quién, ¿Biel o yo?

Riera soltó una risita. Guasch también se permitió sonreír.

—Me refería a su primo, por supuesto, ¿o acaso tiene usted algo que esconder?

—Un conocido suele decir que todos tenemos tres vidas: la pública, la privada y la secreta. Yo no soy una excepción, pero me temo que la tercera no es particularmente interesante para nadie, a veces ni siquiera para mí. ¿Qué cree que oculta Biel?

—Algo relacionado con la joven asesinada.

Sonrió.

—Creo que Biel puede esconder muchas cosas —admitió—, pero me extrañaría que tuvieran relación con la muerte de alguien.

—Qué respuesta tan enigmática…

—No recuerdo si les hablé de su estancia en Inglaterra unos años atrás, en plena adolescencia. Don Joan, mi tío, decidió hacerle regresar antes de lo previsto.

—¿Opioides? —cortó Lucía.

Los tres se la quedaron mirando y ella arqueó las cejas.

—¿Qué quieres decir, querida?

—La conversación me ha hecho rememorar un olor que no había relacionado con nada en particular hasta ahora, al hacer referencia a la estancia de Biel en Inglaterra. Ahora he caído en la cuenta.

—No lo entiendo, ¿un olor le ha recordado a un país? —Riera los miró uno a uno—. ¿O debería decir que un país le ha recordado a un olor? No sé ni cómo expresarlo…

—¿Cuándo lo oliste?

—El día que conocimos a Biel, al saludarlo por primera vez. Era él quien desprendía esa, digamos, fragancia.

—¿A qué olía?

El subinspector seguía perdido.

Lucía se mordió la punta del dedo índice, como solía hacer cuando se concentraba en algo, como si aquel gesto sencillo le permitiera abstraerse de cuanto le rodeaba.

—Era un olor dulzón, a canela y azafrán, y algo más que en ese momento no fui capaz de reconocer y que debía de ser clavo. —Hablaba sin dejar de remover la cucharilla en la taza de chocolate con la otra mano. Entonces miró a Riera—. Lo de Inglaterra me ha recordado a la fórmula de Sydenham que incluye, entre otros, estos ingredientes. Por eso he caído, nada más.

Riera se rascó el cogote. Guasch lo conocía ya lo suficiente como para saber que ese gesto predecía a una pregunta.

—¿Se puede saber de qué está hablando?

—De láudano, naturalmente.

—¿Qué es eso?

—Una bebida alcohólica hecha con vino, originalmente de Málaga, y opio. Aparte de las demás especias que he listado antes.

—¿Y eso qué significa?, ¿que le gusta beber?, ¿cocinar?

—El láudano es un medicamento. Lo que pasa es que, aunque suele tener un uso terapéutico, a principios de siglo allí se le empezó a dar una utilidad más social. Es muy popular entre artistas, que lo consideran un néctar divino y abusan de él en busca de inspiración, tal y como hicieron los miembros del famoso Círculo Diodati. No es ningún secreto que Mary Shelley y Polidori lo consumieron, y que *Frankenstein* y *El vampiro*, sus dos obras de cabecera, son fruto de sus

efectos.

—¿Y a dónde nos lleva todo esto? —Riera no parecía muy convencido—. ¿Qué más da que Biel consuma láudano? —Tomó la taza humeante, la alzó a modo de brindis y se la acercó a la boca—. Yo tomo chocolate y ensaimadas y no pasa nada.

Guasch miró a Tomàs.

—Discúlpenos, le hemos interrumpido cuando iba a explicarnos los motivos que llevaron a don Joan a hacer que su hijo regresara a Mallorca.

—Al parecer, su comportamiento no solo fue inapropiado, sino que en alguna ocasión pudo calificarse incluso de escandaloso.

—¿No tienen ustedes una buena relación?

El joven se encogió de hombros.

—Sí, desde luego, somos primos. Nos apreciamos…

—¿Pero?

—Pero nada, tenemos caracteres y aficiones diferentes, eso es todo.

—¿Qué escándalos protagonizó Biel? —preguntó Riera.

—Los excesos pueden espolear a un adolescente intrépido hacia el mal camino… —Tomàs hizo un gesto vago con la mano—. Al final, después de un par de sucesos, mi tío se cansó y lo obligó a regresar. En contra de su voluntad, por supuesto. Estuvo allí poco más de un año.

Se hizo un silencio breve que rompió Guasch.

—Tiene que haber algo más, algo que sucede o ha sucedido en Can Vivot. ¿Sabe si tenía algún trato «especial» con Teresa?

—¿Con la víctima? No tengo la menor idea.

—¿Es habitual que los señores intimen con el servicio? —Riera le guiñó un ojo—. Ya me entiende…

El joven hizo una mueca que venía a decir que no se chupaba el dedo.

—Pues depende del señor y de la persona del servicio. Pasará lo mismo que en cualquier relación entre hombres y mujeres.

Le gustaba la sensatez madura de aquel joven.

—En un muchacho intrépido quizá no sería tan extraño… —insistió Riera.

—Podría ser.

—¿Hay algo más que nos quiera contar?

—No sé si saben lo de las veladas.

Se cruzaron las miradas.

—¿A qué se refiere?

—A unos encuentros que organiza Biel cada medio año en alguno de sus predios del *pla*. Me invitó varias veces, pero no fui.

—¿Por qué razón?

—Yo me divierto de otra manera.

—¿Y cómo se recrean los asistentes que no termina de encajar con usted?

El joven hizo un nuevo gesto que daba a entender que aquello no lo pensaba revelar.

—En cualquier caso, quizá puedan averiguarlo.

—¿Por qué?

—Porque esta noche organiza una.

42

Humo

Pere Pau

Pere Pau tenía hambre, sed y frío, pero por encima de todo tenía una necesidad urgente de salir de aquel entramado de túneles sellados por la naturaleza y por la mano del hombre.

Antes de empezar a explorar las galerías había estudiado el portón en busca de algún resquicio que le ayudara a escapar, grietas, tablones sueltos, bisagras, clavos oxidados…, pero no había encontrado ningún punto débil en aquella maldita puerta prehistórica. Intentó rascar el suelo con la punta de la rama, pero apenas logró arañar la tierra petrificada por el paso de los años. Probó a hacer palanca en la rendija interior. El ejercicio, como suponía, fue estéril.

Pegó la oreja a la madera y escuchó gritos lejanos e irreales que llegaban amortiguados y suaves como los susurros cariñosos de una amante entregada. Pateó la puerta con la planta del pie y se desgañitó, pero los golpetazos y los alaridos se perdieron en ecos intermitentes mina adentro en un sonido que derivó en una risotada macabra.

Por mucho que se encontrara oculto bajo una capa de tierra, no dejaba de estar a los pies del Hornabeque, junto al torrente de sa Riera o, como quien dice, en plena ciudad. Se dijo para tranquilizarse que alguien bajaría por el sendero y lo encontraría. Pero no estaba dispuesto a permanecer a la espera de que llegaran las primeras luces del día y un alma caritativa pasara frente a la puerta para rescatarle. Quién sabe si sería al alba o al cabo de dos días. Volvió a encender la mecha, decidido a buscar la manera de salir por sí mismo de aquella prisión. El haz de luz era ridículo, pero suficiente para atemperar la

desagradable sensación de encontrarse sumergido en un gran pozo de oscuridad. El simple hecho de verse las manos y ser consciente de su propia presencia lo serenó.

Empezó a caminar mientras pensaba en el perro reseco y en cómo habría llegado hasta allí. Seguramente, la entrada por la que había accedido se había clausurado por cualquier motivo y había quedado atrapado. No eran buenas noticias para Pere Pau que un animal con mejor visión, olfato y capacidad de orientación que la suya no hubiera sido capaz de escapar por su propia cuenta.

Apartó de un plumazo aquellos pensamientos negativos.

Tardó poco en llegar al nacimiento de las galerías oblicuas. Levantó la llamita para ver si alguna corriente de aire la inclinaba en alguna dirección, pero de haberla, no la percibió. Hizo lo propio con los otros dos túneles, con idéntica suerte. Aquello era un mal presagio, pero no se dejó vencer por el desánimo.

Permaneció un buen rato de pie, pensando cómo afrontar aquello sin que se le fuera de las manos. Tenía que aplicar un orden y una lógica a sus movimientos para no perderse y para no duplicar esfuerzos. Finalmente llegó a la conclusión de que avanzaría siempre por la ramificación de la izquierda; de no tener salida, desandaría aquel trecho, marcaría el suelo con una X, tomaría el próximo corredor y, cuando hubiera agotado las opciones de una bifurcación, volvería atrás y probaría la siguiente. De este modo podría descartar pasadizos con criterio y completar un mapa mental de los ya recorridos.

Se puso en marcha.

Contaba los pasos en voz alta para, además de controlar la distancia recorrida, no sentirse tan solo. Un consuelo quizá infantil, pero que le reconfortaba. Había crecido solo y eso no era más que una nueva prueba que le deparaba el destino y, desde luego, no de las peores.

Procuraba llevar un ritmo pausado, para que sus ojos pudieran revisar el suelo y los muros y evitar que la llama frágil se quebrara. Encontró piedras de diferentes tamaños. Se dijo que a la vuelta, si no conseguía encontrar una salida, cargaría con alguna y golpearía la puerta con ella hasta abrir alguna vía de escape. También había ramas

de diferentes grosores y hojas secas.

El primer ramal estaba obstruido por un derrumbe y regresó para proseguir por el túnel siguiente que, como pudo comprobar, se ramificaba en otras tres galerías. Aquello, más que un inconveniente, lo animó, pues multiplicaba sus opciones de éxito. Tomó aire y prosiguió su camino, que terminó en una tapia. Se dirigió al siguiente, y luego al otro…, y así hasta dieciséis veces para un total de siete mil ochenta y cuatro estériles pasos con los que dio por finalizado el túnel central.

Necesitaba descansar antes de afrontar la última galería. Se sentó en el suelo frío y apoyó la espalda en la pared de tierra. No tardó en caer en un sueño inquietante e intermitente del que solo recordaría fragmentos incoherentes en los que tanto flotaba en un cielo sin estrellas como caía en un pozo sin fondo. Tampoco esta vez tuvo pesadillas en la que aparecieran los cadáveres hallados durante el cólera. Nunca las tenía. Como si los muertos respetaran su sueño en agradecimiento por la ayuda prestada.

Le despertó el tañido distante de la campana de Cort que tocaba las cinco. Sintió que le dolía todo el cuerpo y que el duermevela, lejos de ser reparador, le había apelmazado los huesos.

Se acarició la cara y sintió la barba incipiente. Pensó en la imagen desarrapada que debía ofrecer. Palpó el suelo con las manos hasta dar con la mecha, que esta vez tardó más que de costumbre en encender, y decidió poner en práctica una idea a la que había dado vueltas durante su deambular nocturno: agarró las ramas, hojarasca y restos de madera que había encontrado durante la exploración y que había ido reuniendo en los distintos cruces y los cargó en varios viajes hasta la entrada. Después sacó del bolsillo una piedra quebrada que disponía de un vértice cortante y, sin darle más vueltas, empezó a golpear con ella la parte baja del portón. Percutía en una zona en la que la rendija del suelo era algo más ancha. Su objetivo no era derribarla ni crear una grieta imposible por la que escapar sino, simplemente, astillarla para llegar al corazón de aquellos viejos pero resistentes tablones.

Empezó a sudar y se quitó el abrigo primero y, después, el pañuelo rojo del cuello, con el que se secó el sudor que le resbalaba por la

frente. Apoyó las ramas en la puerta, y dejó un hueco para que fluyera el aire que se filtraba por la ranura inferior. Las maderas estaban en su mayoría secas. Descartó alguna humedecida. Ante la duda, astilló todavía más los tablones. Sabía que una vez consumida aquella leña improvisada no tendría una segunda oportunidad.

Entonces se arrodilló y acercó la lumbre. El crepitar de las ramas se le antojó maravilloso. Apartó el mechero y sopló para que prendiera con más fuerza.

Aunque el fuego creció, temió que la fogata fuera insuficiente y que la puerta no llegara a arder. Cogió su abrigo y la piedra cortante y, sin dudarlo, lo rasgó y despedazó hasta conseguir una docena de tiras gruesas de tejido lanoso que, una a una, fue incorporando a la lumbre para infundirle más brío. Agregó también las ramas húmedas que en principio había descartado y retrocedió un par de pasos.

La humareda empezó a llenar la cavidad y a avanzar con rapidez hacia él, que siguió retrocediendo. Tosió. Le empezaron a llorar los ojos y decidió adentrarse en el pasadizo de la derecha para protegerse y al mismo tiempo buscar algo más para echar al fuego.

Un centenar de pasos después encontró dos cajones viejos que alguien en su día debió de rapiñar y esconder allí para repartir algún botín. Lanzó la carga a las llamas mientras se cubría las vías respiratorias con el brazo. El humo le impedía ver con claridad, pero logró vislumbrar que la puerta se había teñido de negro y que la hoguera mantenía más o menos su intensidad.

Regresó al túnel corriendo a por más material.

Recuperó su mechero y avanzó a buen ritmo hasta que llegó a una nueva bifurcación. Como de costumbre, torció a la izquierda y, unas zancadas más allá, descubrió algo amontonado en el suelo. Eran unas telas enrolladas o unas viejas prendas de vestir. Las cargó bajo el brazo, dispuesto a lanzarlas a las brasas, pero el humo alcanzaba ya casi la intersección principal y comprendió que no podría acercarse más. Lo lamentó apenas un instante antes de comprender que aquello eran excelentes noticias, pues indicaba que la puerta debía de estar ardiendo. Regresó sobre sus pasos. Tiró el fardo al suelo y se dejó caer encima, dispuesto a esperar a que el fuego terminara su labor

redentora.

Se permitió una sonrisa de satisfacción.

Iba a apagar la mecha cuando se fijó en el pegote de ropa que asomaba por su entrepierna. Se levantó de un brinco. Dejó la llama en el suelo y deshizo el hatillo a toda prisa. Varias prendas cayeron al suelo. Cogió una de ellas. Era una camisa de mujer. La colocó en el suelo y la desplegó. Estaba rasgada de arriba abajo. Su color original había sido blanco, aunque ahora estaba sucia de tierra y lucía numerosos manchones oscuros. ¿Rojos? El resto de las prendas completaban el ropaje habitual de una mujer: un jubón negro, dos pares de enaguas manchadas, unas medias rotas de lana y una capa sencilla.

Oyó un delicioso crujido proveniente del portón justo cuando concluía que o mucho se equivocaba o aquella era la indumentaria que llevaba Teresa la noche del *dijous llarder*. Sintió un escalofrío, se llevó las manos a la cara y él, el destacado niño de la inclusa, el donjuán de Santa Catalina, el superviviente de una y mil batallas, no pudo evitar echarse a llorar.

43

Corredores

GUASCH

La puerta estaba escondida bajo una escalera en el lateral del edificio. El niño que los había ido a buscar a Can Puig, que no tendría más de seis o siete años, tocó con los nudillos y lanzó una patada certera a un gato incauto que se le puso a tiro. El animal voló por los aires y soltó un maullido antes de desaparecer a la carrera por la esquina. Se escucharon voces y ruidos en el interior. Riera esperaba tras el chiquillo, con las manos cruzadas en la espalda y los pulgares girando sobre sí mismos mientras oteaba a un lado y a otro con curiosidad. Guasch guardó su reloj de bolsillo y le hizo un gesto a Xisco para que les esperara en el carruaje. No se demorarían demasiado.

La puerta se abrió del tirón y el pequeño mensajero que los acompañaba se escurrió hacia el interior. Toni Petit se hizo a un lado y les franqueó el paso.

—¿Por qué han tardado tanto?

Guasch obvió el comentario y asomó la nariz.

La vivienda era una habitación sencilla y diáfana en la que destacaban una gran cama, un baúl, un par de sillas y una mesa sobre la que descansaba un aguamanil repleto de agua negra. Un joven con el torso descubierto y las mejillas a medio afeitar los miraba a través de un pequeño espejo colgado en la pared: el periodista Pere Pau Bestard se estaba adecentando. El ambiente olía a humo.

—Gracias por acercarse.

—Déselas a su mensajero. Salíamos ya de casa y el crío se ha lanzado a los pies del carruaje instándonos a venir con urgencia. Ha

sido muy convincente. ¿De dónde saca estos portentos?

No se ahorró el tono de admiración.

—En el hospicio los hay a paladas. Los mejores, por la cuenta que les trae, ya se encargan de destacar.

Guasch vio de reojo que Toni Petit mostraba orgulloso a su pequeño amigo una reluciente medallita de plata que llevaba colgaba del cuello.

—¿Y bien? ¿Qué quiere de nosotros?

El joven les narró los acontecimientos extraordinarios que le habían sucedido durante la noche y que incluían una persecución, un encierro, un fuego liberador y un descubrimiento sorprendente.

—¿Qué dice que ha encontrado? —preguntó Riera que, como Guasch, había escuchado el relato aguantando la respiración.

Pere Pau señaló un hatillo de lo que parecían trapos sucios que descansaba en una esquina. Toni Petit y su socio lo agarraron y extendieron las prendas por el suelo.

A Guasch le costó poco comprender qué era aquello. También a Riera.

—*Me cago en el món*!

—Esto no puede ser una coincidencia —dijo Guasch, acercándose a la ropa.

La camisa estaba cortada de arriba abajo por la parte delantera y lucía numerosos manchones en varios puntos.

—Estoy de acuerdo —convino Pere Pau desde el espejo—. Es imposible que un perseguidor misterioso me guíe hasta una mina abandonada en la que «casualmente» están las prendas que llevaba la víctima del caso que estoy investigando.

—¿Qué quieren decir con eso? —preguntó Riera—. Porque a mí se me ocurren muchas posibilidades que, al mismo tiempo, son opuestas: podría ser que alguien las hubiera descubierto y se las quisiera mostrar sin revelar su identidad, o que el mismo asesino lo encerrara allí porque le daba lo mismo.

—No veo claro ni lo uno ni lo otro —planteó Toni Petit—. Si es lo primero, ¿por qué encerrarlo? Bastaría con dejar el vestido en la puerta de su casa.

—Pero no habría averiguado dónde estaban, enano.

—Da lo mismo, hay infinidad de maneras más sencillas para que apareciera sin tener que armar este lío.

—Es posible —convino Riera, que se rascaba el cogote—, pero si es el asesino, ¿por qué no lo mató? Ha demostrado que no tiene ningún reparo en hacerlo, y de la manera más brutal…

—Más bien la pregunta debería ser al revés: ¿por qué matarme? Ni le vi la cara. Yo no suponía ninguna amenaza para él.

—Y en lugar de eso, te permitió descubrir las prendas, ¿no? —dijo Toni Petit.

—Era difícil que diera con ellas en todo ese entramado de túneles —valoró Guasch pinzándose el labio—. Si no hubiera recorrido la práctica totalidad de las galerías no las hubiera encontrado. No deja de resultar curioso que lo llevara hasta allí.

—Quizá simplemente quería retenerme, era una cuestión de tiempo que pasara alguien frente a esa puerta.

—¿Por qué razón desnudó a la chica y dejó su ropa en un túnel abandonado? —preguntó Riera.

—Por el mismo motivo por el que la desfiguró —respondió Guasch —: para que no la identificáramos. Una vez que ya sabemos quién es, no le importa que encontremos una pista que en su momento nos hubiera podido llevar hasta ella y que ahora, en realidad, nos aporta bien poco.

Pere Pau asintió mientras se anudaba los lazos de la camisa.

—Estoy de acuerdo.

—¿Y cómo sabe él que conocemos la identidad de la víctima? —preguntó Riera.

—A estas alturas es *vox populi* —respondió Guasch.

—¿Qué significa eso? —preguntó Toni Petit—. Usa usted palabras muy raras.

—Estoy de acuerdo —convino Riera, levantando la mano.

—Que no es ningún secreto y que en este momento lo debe de saber toda la ciudad.

—Y ahora ¿qué hacemos?

Las miradas convergieron en Guasch, que se tomó un tiempo para

aclarar las ideas.

—Me gustaría averiguar qué hizo Biel anoche.

—¿Por si fuera el perseguidor misterioso? —Riera hizo una mueca —. Yo veo más a Ramis en ese papel.

—Las dos conclusiones que saqué ayer del corredor tienen que ver con su estatura y rapidez, y el vigilante, que es grande, panzudo y probablemente lento, no cumple ninguna de las dos. De haber sido él, le habría dado alcance en un santiamén. No tengo ninguna duda.

Guasch asintió.

—Preguntaré a Tomàs si tiene algún modo de averiguarlo.

—Déjeme a mí, tengo un nuevo contacto en la casa.

—¡Ah! ¿sí? ¿Quién?

El joven dio un manotazo al aire y Guasch comprendió que no tenía intención de compartirlo con ellos y que no valía la pena insistir. Prosiguió con sus reflexiones:

—Si no estoy equivocado —dijo—, uno de los eventos más importantes en las fiestas que se celebran en la isla suelen ser las *corregudes*, las carreras, ¿no?

—Así es, y las de más renombre son las de Santa Catalina. Primero corren las personas, después los animales más lentos y finalmente los caballos. Es todo un espectáculo. No es que los premios sean más generosos que en las fiestas de los pueblos, pero el reconocimiento es mayor. Yo mismo me proclamé ganador hace unos cuantos años.

—¿Podríamos saber quiénes fueron los participantes más destacados de las últimas ediciones? Tal vez nos proporcione alguna pista.

—Compite mucha gente —explicó Toni Petit—. La mayoría de Ciutat, pero también de toda la isla.

Pere Pau negó con el dedo.

—No creo que haya tantos candidatos, os aseguro que corría muy bien. Además, el hecho de que conociera las galerías deja bastante claro que es de por aquí. En principio, yo descartaría a los corredores de la *part forana*. Hablaré con los miembros de la cofradía que organiza las competiciones a ver qué me pueden contar.

—Yo también preguntaré a un par de conocidos.

Guasch se dirigió al subinspector.

—¿Por qué no los acompaña?

—¿Yo? No creo que pueda aportar nada.

En cierto modo tenía razón. Tanto el niño como el periodista conocían a sus interlocutores y habían demostrado sobradamente ser resolutivos.

—Sabe interrogar, Riera, ¿le parece poco? Escuche, valore y si se le ocurre algo interesante, pregunte. Lo que ha hecho siempre, en definitiva.

—Visto así, no sé a qué estamos esperando.

44

Mastodonte

GUASCH

Pons aguardaba apoyado en un muro del carrer de la Bosseria y lo recibió con un gruñido hosco que no decía nada pero que, atendiendo a su retraso de casi una hora, lo decía todo. Un abrigo descolorido cubría el uniforme del guardia, que llevaba el sombrero bajo el brazo cubierto por una tela.

—Si me ve algún superior de esta guisa, me amonesta de por vida —masculló.

—Procuraremos que eso no suceda.

—¿Y el glotón ibicenco dónde está? ¿Se ha quedado devorando ensaimadas?

Guasch no entró al trapo.

Se pusieron en marcha.

Los viandantes y los comerciantes, la mayoría descendientes de cristianos nuevos de narices prominentes y pieles oliváceas, los miraban de arriba abajo con curiosidad algunos y con recelo otros, en una actitud defensiva que por lo que Guasch había comprendido era un plato que llevaba varios siglos cociéndose a fuego lento.

—¿Y bien? —dijo Pons—. Espero que la demora haya valido la pena.

Guasch lo puso al día de las últimas novedades: las peripecias nocturnas de Pere Pau y las sospechas recaídas sobre Biel, el joven y rebelde aristócrata. Le expuso su teoría de que él pudiera ser el corredor misterioso y le explicó que Riera y los muchachos estaban investigando sobre los jóvenes que habían participado en las

competiciones de los últimos años.

—¿Ha hablado con Arnall para interrogar de nuevo a Ramis?

—Desde luego, pero lo ve diferente de nosotros y no lo considera necesario. Para él no es sospechoso.

—Pues nada —Guasch se encogió de hombros—, para eso estamos aquí. Ahora veremos qué es o deja de ser ese hombre.

El mallorquín resumió de manera escueta los avances de la investigación oficial: habían identificado al único artesano que creaba e insertaba ese tipo de apliques metálicos en los cayados, un asturiano afincado en Ciutat desde hacía una década, que les había facilitado los nombres de los pastores a los que recordaba habérselos vendido. Pese a no disponer de un listado completo, el número de clientes identificados alcanzaba las dos docenas.

—Eso está muy bien.

—La mala noticia es que ninguno de los pastores entrevistados por ahora lo ha extraviado, y llevamos visitados unos cuantos; la buena es que van saliendo otros nombres y que podemos ampliar la búsqueda. Ya veremos en qué acaba todo esto. Será lento, porque no es sencillo dar con ellos, ya que están desperdigados por los montes o por cualquier sitio.

—¿Alguna novedad sobre el collar desaparecido?

—Nadie ha sabido darnos ninguna pista. Estamos en un callejón sin salida.

—¿Qué haría alguien con una joya como esa?

—No sabría decirle. Todos confirman que es muy difícil de vender. Hemos contactado con usureros y joyeros, entre ellos algunos *xuetes* de esta calle, por cierto, por si alguien se lo hubiera ofrecido, pero no hemos tenido suerte.

Se detuvieron frente a la escalera que subía a la vivienda de Ramis.

—Lo he estado controlando y cuando he dejado de seguirlo bajaba por la cuesta del Conquistador en dirección a la plaça de la Reina. Podía ir al muelle, y no daba la sensación de que fuera a regresar de inmediato.

Accedieron al portal y subieron los escalones empinados hasta el segundo y último piso. En el rellano había una sola puerta, a la que

llamaron. Como esperaban, no obtuvieron respuesta ni les llegó ningún sonido del interior.

Guasch señaló la cerradura

—¿Sabe abrirla? A mí no se me da demasiado bien…

El mallorquín lo apartó a un lado con el brazo, le tendió el sombrero para que se lo aguantara y extrajo del bolsillo del abrigo las herramientas necesarias para forzarla.

—No veo nada, ¿puede hacerse a un lado y dejar de taparme la luz, por favor? —Guasch se movió obediente y al guardia le brillaron los ojos como si disfrutara con el reto—. A ver si me acuerdo…

Se acordaba. En un par de minutos la tenía abierta.

—Adelante —dijo, apartándose.

La puerta emitió un chirrido cuando Guasch la empujó con la yema de los dedos. Tuvo una sensación desagradable por estar accediendo a una casa sin consentimiento, por realizar un allanamiento. Él, que al margen de sus orígenes familiares se contaba entre los más escrupulosos seguidores de la ley y el orden, se colaba a hurtadillas en una vivienda ajena como un vulgar ladronzuelo. Procuró apartar aquellos pensamientos de su mente y centrarse. Hacía lo que debía y punto.

—¿A qué huele?

Guasch aspiró con fuerza. El olor era penetrante.

—A hierbas, no sé cuáles.

Lamentó que Lucía no estuviera allí, pues seguro que habría identificado de qué variedades se trataba, al menos la mayoría. Había sido él quien, prudente por lo que pudiera deparar el registro de la casa, se había opuesto con firmeza a que los acompañara. Nadie podía acusarle de ser restrictivo con las actividades de su esposa, más bien sabía por las malas lenguas que le tachaban precisamente de un exceso de permisividad con ella, pero, por un lado, aquellas voces le importaban un comino y, por otro, era consciente de que Lucía necesitaba libertad e independencia, poder tomar sus propias decisiones. ¿Quién se enamora de una persona para luego esforzarse en modelarla a su antojo? ¿Qué queda al final de la personalidad original que nos atrajo de ella? Cuando deseas la felicidad de alguien

debes asumir la posibilidad de que tome un camino diferente del que tú esperas. Como había hecho él mismo con su familia. Pero esta situación era diferente, involucrarla en su trabajo era un asunto arriesgado y él no deseaba poner en peligro a su mujer de manera innecesaria. Lucía se había molestado, era evidente, pero Guasch no podía ceder.

Un quinqué apagado colgaba de la pared junto a la puerta. Tocó el cristal y notó que no estaba del todo frío. Cerraron la puerta tras de sí, que emitió un nuevo quejido. La estancia, holgada, estaba pobremente iluminada por una rendija de luz que entraba por un ventanal de cortinas medio corridas. El espacio estaba dominado por una alacena alta y una mesa desgastada alrededor de la que se distribuían tres sillas de diferente factura. Dos puertas se abrían en uno de los muros. Entre ellas destacaba el hueco de una chimenea con restos de brasas recientes. Un montón de leña se apilaba en una esquina. Una prenda de punto descansaba en el respaldo de un balancín colocado junto a la ventana y un costurero abierto a su lado, sobre una mesita, daba la sensación de que la labor estaba a medio hacer y a la espera de que alguien la terminara. Detrás había una cómoda baja con grandes cajones que, supuso, contendrían telas, manteles y demás elementos textiles. Tendrían que comprobarlo todo, y rápido.

—Me dijeron que Ramis es viudo.

—Así es. Su esposa murió a finales de octubre, fue una de las últimas víctimas de la epidemia, cuando ya la ciudad había recibido el visto bueno de la reina para celebrar el Te Deum —confirmó el guardia, que señaló la mecedora e hizo una mueca—. Es extraño que eso siga ahí.

—No lo ha tocado —Guasch asintió mientras se acercaba a la alacena—. Hay quien necesita tiempo para superar una pérdida, e incluso quien no la asimila nunca. ¿Por qué vive en el barrio judío? ¿Acaso Ramis lo es?

—La *xueta* era ella, una *mirona*. Esta era la casa de sus padres.

—Defina «mirona».

—Es una manera de hablar, así se apoda a los que se llaman Miró, uno de los apellidos que identifican a los *xuetes*.

Guasch pasó el dedo por una balda de la alacena y confirmó que no estaba del todo limpia. Abrió varios cajones al azar, en los que encontró objetos dispares abandonados: agujas y pequeñas herramientas empleadas por los pescadores para remendar las redes; velas de cera de distinto grosor y un par de mecheros. Imaginó un matrimonio organizado y, por qué no, bien avenido que de repente pierde a uno de sus integrantes.

—¿No tenían hijos?

El cabo negó con la cabeza mientras abría una de las dos puertas y asomaba la nariz.

—Este es el dormitorio.

La cama estaba por hacer. El ajuar se completaba con un armario robusto, un escritorio que hacía también las funciones de tocador y una silla sobre la que se amontonaban, de nuevo, varias prendas de vestir. Algunas habían caído al suelo, esperando que alguien se apiadara de ellas y las recogiera. Guasch estuvo tentado de hacerlo, pero se controló. La luz mortecina de la mañana encapotada atravesaba fría y agonizante un cristal que pedía a gritos una limpieza. Un Cristo de madera tallada agonizaba con los brazos extendidos en una cruz sobre la cama.

—No deberíamos tardar demasiado —advirtió Pons, que abrió la otra puerta.

—¿Es la cocina?

El cabo asintió.

—Sí, y de aquí parte una escalera que lleva a la azotea.

—¿Qué habrá arriba?

—Un lavadero, un tendedero, un trastero… Lo habitual.

Se repartieron las estancias: Guasch se encargaría de registrar la habitación y el cabo, la sala comedor. El primero en terminar empezaría con la cocina y después subirían al tejado.

Guasch inició la inspección como solía, de manera metódica y ordenada. En el armario encontró prendas de hombre plegadas en los estantes y varios vestidos de mujer colgados de unas perchas. Había preferido mantenerlos en su sitio antes que regalarlos a familiares o conocidas, quién sabe si por amor o por dejadez. Todavía era pronto

para hacerse una idea de los motivos últimos que movían a aquel hombre.

El armario no escondía ningún secreto, y tampoco la cama. Desde el salón llegaba el sonido de puertas y cajones que se abrían y cerraban y la voz queda de Pons, que murmuraba por lo bajo en lo que parecía el rezo de un beato en plena liturgia.

Guasch se dirigió al escritorio y abrió el único cajón, que contenía una copiosa correspondencia de tono amarillento. Cogió un sobre al azar. La destinataria era una mujer apellidada Miró, el remitente Ramis y el matasellos de Southampton, un importante puerto del suroeste de Inglaterra. Aunque otras cartas habían sido enviadas desde otros puertos europeos, la mayoría de los que encontró eran ingleses.

Las conclusiones que extraía de todo aquello eran cuanto menos curiosas: una mujer judía que sabía leer y escribir fallecida unos meses atrás en una epidemia y un marido marinero con una educación más que aceptable que le mandaba misivas cada vez que atracaba en un nuevo puerto. Aquello no correspondía con la imagen ruda que se había formado del vigilante.

Guasch se acercó al umbral y se dirigió al cabo, que había terminado con la alacena y abría el primer compartimento de la cómoda.

—¿Por qué dejó Ramis el mar para trabajar de vigilante? No pensaba que eso fuera posible.

—¿Qué quiere decir? —dijo el guardia mientras extraía varios pliegues de telas y palpaba el fondo del compartimento.

—Que los marineros necesitan embarcarse y vivir en su elemento. Que es raro que lo dejen.

Pons chasqueó la lengua mientras extraía varios pliegues de telas. Guasch empezaba a comprender que aquello podía significar cualquier cosa, como, seguramente en este caso, que no tenía la menor idea de qué responder.

Regresó a su tarea.

En la parte interior del cajón, detrás de las cartas, se escondía una cajita de madera de tamaño no superior a un puño grande. La extrajo y abrió la tapa para dejar al descubierto varias joyas de elaboración

sencilla y valor probablemente moderado. Buscó un collar con las características del que había desaparecido en Can Vivot, pero no lo encontró. Metió el dedo para remover las joyas y vio que entre las cadenas y los abalorios sobresalía una pieza recta y plana. La estiró. Era una cruz de oro. El travesaño vertical estaba torcido y parecía haber sido enderezado, dejando a la vista una ligera imperfección. Soltó un soplido. Coincidía con la descripción que la madre de Teresa había hecho de la joya de su hija.

Tiró de la cruz para extraerla, pero la cadena se enganchó. Sacó la piña de joyitas y desenmarañó el enredo, impaciente; la liberó y la estiró sobre el escritorio. La cadena estaba rota por la mitad, tal y como lo estaría si hubiera sido arrancada del cuello de una joven asesinada o moribunda.

Sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo, pero se dijo que debía serenarse y evitar extraer conclusiones precipitadas. No sería tan extraño que en la isla de Mallorca hubiera otras cruces abolladas y que alguna de ellas tuviera la cadeneta rota. Pero sería demasiada coincidencia.

Sacó un pañuelo blanco e inmaculado de su bolsillo, lo desdobló, retiró la cadena de la cruz, la cogió por un extremo y la levantó. A simple vista parecía limpia. Cogió la tela y frotó el cordón a conciencia, procurando apretar con las yemas y las uñas para que el proceso llegara hasta los rincones más ocultos de los eslabones. Cuando se dio por satisfecho, se acercó a la ventana y miró el tejido a contraluz para descubrir que el punto donde había limpiado la joya, además de arrugado, estaba ligeramente manchado de rojo.

Se preguntó cuántas de esas hipotéticas cadenitas rotas con la cruz abollada podían presentar restos de sangre. La respuesta era evidente: tal vez una o, más probablemente, ninguna. Por tanto, o mucho se equivocaba o aquel era el collarcito de Teresa Coll Marquès.

Se disponía a informar al cabo cuando escuchó el rechinar de la puerta y una exclamación de sorpresa de un hombre al que, sin duda, no le sentaría bien descubrir intrusos en su vivienda, y ese tipo, colérico, podía ser muy peligroso.

Guasch se asomó a toda prisa para ver cómo Ramis derribaba una

de las sillas y se abalanzaba sobre un Pons que apenas tuvo tiempo de girarse y levantar las manos para protegerse de aquella locomotora humana. El vigilante alzó un puño imponente y le asestó un golpe en el costado que dobló al guardia en dos y le hizo gemir de dolor. Guasch gritó y se acercó corriendo para detenerlo, pero Ramis dobló el cuerpo con agilidad, echó la cabeza hacia atrás en un movimiento brusco y le asestó un testarazo en la mandíbula que lo derribó. Sintió que tenía el maxilar desencajado y unos calambrazos de un dolor agudo e intermitente que le taladraron el cerebro. Tardó un instante en reaccionar, pero el ruido de la brega le obligó a reincorporarse rápido.

Trastabilló al ponerse en pie y vio al guardia hecho un ovillo en el suelo, entre la cómoda y la mecedora volcada, mientras Ramis cargaba la pierna una y otra vez y le propinaba patadas sin piedad. Guasch no sabía si los había reconocido, ni si ser consciente de su identidad serviría para apaciguar o espolear todavía más su ira.

Se colocó otra vez detrás de él y le rodeó el cuello con el brazo. Apretó y tiró con fuerza hacia sí al tiempo que le chillaba que se detuviera. Iba a matar a Pons. Ramis arqueó el cuerpo y trató de liberarse entre gemidos. Guasch oprimió todavía más aquel cuello ancho y por un instante pensó que lo podría dominar. Pero entonces recibió un golpe seco en la cadera, seguido de varias percusiones más. Notó que se quedaba sin respiración y que necesitaba llevar las manos al flanco izquierdo para aliviarse. No lo hizo, pero el dolor le obligó a reducir la presión lo suficiente como para que el vigilante se llevara las manos al cuello y empezara a retorcerle el brazo para soltarse.

Guasch tiró de él y logró liberarlo.

Entonces Ramis se giró, alzó la mirada desafiante y se fijó por primera vez en él. Pese a la luz escasa, por fuerza tenía que haberlo reconocido. El antiguo marino le embistió con los brazos flexionados y los dientes apretados. Guasch plantó la pierna derecha detrás y esperó a que el otro se acercara lo suficiente y, cuando lo tuvo donde quería, descargó una patada rápida y certera que le alcanzó en el estómago. Ramis se detuvo, se llevó las manos a su magnífica barriga y bufó.

—¡Dejémoslo aquí! —gritó Guasch—. ¡Hablemos!

Pero Ramis no estaba por la labor. Agitó la cabeza, se incorporó y formó una vez más aquellas dos amenazantes mazas con sus puños.

—Acabamos de empezar…

Guasch tragó saliva y vio que Pons gemía en su rincón. Desconocía en qué estado se encontraba y cuántas partes del cuerpo tendría rotas, pero después de la paliza que le habían dado, el simple hecho de que se moviera era una buena noticia.

Ramis se dirigió de nuevo hacia él, esta vez con pasos firmes y lentos, y Guasch comprendió que si aquel hombre dejaba de comportarse de manera impulsiva y se concentraba en pelear con criterio, tendría todas las de perder. Había entrenado para la lucha cuerpo a cuerpo, pero nunca había tenido necesidad de ponerlo en práctica y de enfrentarse a un mastodonte enfurecido como aquel.

—Esto es innecesario.

—Cierre el pico de una vez.

Ramis continuó en su avance pausado y Guasch retrocedió hacia la puerta para ganar tiempo y valorar sus opciones. Una posibilidad era huir, pero no se planteaba abandonar a Pons en aquellas circunstancias. Lamentó no llevar consigo su arma, no tanto para utilizarla como para intimidar al vigilante e impedir el ataque.

Probó de nuevo a armar la pierna para lanzarla en cuanto tuviera ocasión, pero Ramis había aprendido la lección y se acercaba escorado y con los brazos bajos.

Estaba acorralado.

Cuando ya casi podía sentir su aliento vio cómo un leño de madera se elevaba por encima del cráneo pelado del vigilante y descargaba un estacazo rotundo. El crujido sonó seco y el vigilante cayó al suelo como un saco de legumbres.

Guasch y Pons quedaron cara a cara. El cabo sostenía un tronco largo y grueso como un brazo, el abrigo estaba arrugado y sucio, la cara abollada y manchada por la sangre que manaba de una ceja y presentaba serias dificultades para respirar.

—Dios mío… —alcanzó a decir Guasch—. ¿Cómo se encuentra?

El mallorquín observó el cuerpo inmóvil del vigilante y su cabeza sangrante y luego clavó los ojos en Guasch.

—Yo estoy vivo. —Resopló dejando caer el leño al suelo y llevándose las manos al costado—, pero este no lo sé.

45

Unos cuantos nombres

Riera

—¿Se puede saber a dónde vamos? —preguntó Riera—. Llevamos una hora buscando a gente que no encontramos y andando en círculos por estas calles sin llegar a ningún sitio.

Quizá exageraba un poco, era justo reconocerlo.

En el itinerario caminaban por callejones oscuros en los que se topaban con edificios ruinosos con galerías destartaladas, paredes desconchadas, piedras erosionadas por el paso de los siglos y rincones con hedor a orina rancia en los que descubrió a ancianos aburridos viendo pasar la vida, a fulanas pintarrajeadas esperando clientes o a niños sucios jugando a juegos inocentes. Pero también paseaban por amplias avenidas de edificios señoriales, ramblas arboladas con balcones repletos de flores coloridas y perfumadas y calles silenciosas pobladas de iglesias elegantes o conventos rodeados de altos muros de piedra.

El recorrido era agradable y una fuente de sorpresas constante para los ojos curiosos de Riera, que se giraba a un lado y a otro, arriba y abajo, admirando cada nuevo rincón de aquella ciudad prodigiosa, con independencia de lo que encontrara.

Se habían separado de Pere Pau cuando salieron de la reunión. El periodista fue directamente hacia Santa Catalina, mientras ellos empezaron a callejear en busca de algunos contactos de Toni Petit que no lograron encontrar. Ahora se dirigían a la plaza de toros de la ciudad, construida y estrenada el año anterior.

—¿Cuál es tu historia? —preguntó Riera con curiosidad, a un cierto

punto—. Porque me atrevería decir que no es muy normal. ¿De dónde vienes?

El niño subía una ligera pendiente dando saltitos y respondió sin mirarlo.

—No tengo ni idea.

—¿Qué significa eso, que no conoces a tus padres?

—Claro, si «vengo» de algún sitio es de la inclusa.

Lo dijo como algo natural, como un hecho asumido y sin mayor relevancia.

—Me refiero a después, cómo llegaste a ser así de espabilado. Por favor, no es que no te comportes como un niño, sino que eres más listo que muchos adultos que conozco. Que casi todos, en realidad.

«Incluso que yo», pensó.

—Es que los mayores están tan metidos en sus problemas que no se centran en las cosas importantes. —Entonces se detuvo y esperó a que Riera se pusiera a su vera—. Dicen que sé moverme y negociar.

—¡Pero si tienes diez años!

—¿Y qué más da? Venga, me cae usted bien, señor policía, ¿qué quiere que le cuente?

—No sé, ¿cómo empezó todo? ¿En qué momento descubriste que tenías esas habilidades?

—Hará unos tres años…

—¡Pero si entonces tenías siete!

—¡Vaya! Es bueno restando, ¿eh…? —Riera puso los ojos en blanco —. Pues eso, un día caminaba por el muelle y vi cómo un panadero perseguía a unos niños de La Misericòrdia gritando que le habían robado un pan. El hombre los había reconocido y sabía dónde encontrarlos, pero yo medié por ellos y lo convencí de que no los acusara, porque les iban a castigar mal, y que a cambio ellos trabajarían un día para él. El día de trabajo fue duro, porque les puso a descargar sacos de harina y a ordenar el almacén, pero quedó encantado, y a día de hoy, dos de ellos siguen trabajando para él.

—Y te quedaron todos agradecidos.

Encogió los hombritos.

—Sí.

—¿Tienes más anécdotas como esta?

—¡Uy, sí! Un montón, otro día se las cuento, señor policía.

—Puedes llamarme Riera. O Toni, si lo prefieres.

El niño se detuvo.

—¿También se llama Toni?

—Así es, somos tocayos.

—No sé qué significa eso, pero señor policía es más divertido. ¿No me piensa detener?

—¿Yo? ¿Por qué debería…?

Calló al ver que el niño lucía una sonrisita y comprendió que de nuevo le tomaba el pelo. Suspiró. *Estam apanyats amb aquesta jovintut.*

Para cruzar la Rambla pasaron junto a un humilde huerto que, según explicó Toni Petit, estaba previsto que en un futuro se convirtiera en un jardín botánico. En el carrer des Oms les atacó una nube de humo pestilente que emitían unas chimeneas cercanas. Riera se cubrió la boca con la solapa del abrigo y tosió varias veces.

—Es por la hulla de la fábrica de papel del señor Pericàs. Los vecinos no están muy contentos con tenerla en su barrio. Tampoco las monjas de la inclusa.

—¿Tú vives ahí?

Riera señaló la Casa de la Misericòrdia, un edificio inmenso que se elevaba junto a la rampa que subía al Hospital General y en cuya vertiente norte vio que se estaba construyendo una nueva ala. Si el asilo se ampliaba era porque en Palma había muchas personas sin recursos. Él había visto ya unos cuantos aquella mañana. Al final, Guasch tendría razón cuando afirmaba que no todo eran *flors i violes* y que en aquella tierra efervescente y llena de oportunidades también existían altas dosis de miseria.

—Sí, ese es mi hogar.

—¿Cómo es la vida allí? —se interesó Riera mirando la sobria mole de piedra.

El niño se encogió de hombros.

—Estamos separados de las mujeres y organizados por grupos de edad. Yo estoy con los chicos de hasta quince años. Nos despertamos temprano, a las siete o siete y media, oímos misa y después vamos a

los talleres…

—¿Talleres de qué?

—De zapatería, de carpintería…, también hay una imprenta. A los niños además nos dan clases las hermanas.

—¿Y tú cómo lo haces para estar siempre fuera, haciendo tus cosas?

—Yo voy un poco por libre…

Esbozó una sonrisa pícara.

Riera lo miró con admiración. Y con cariño. Había una pregunta que quería hacerle desde que lo había conocido.

—¿Te gusta vivir en el asilo?

El crío meditó un momento antes de responder.

—No conozco otra cosa. ¿Qué le puedo decir?

Torcieron hacia el Baluard de Jesús, pasaron bajo el acueducto que traía el agua desde la Font de la Vila y llegaron hasta un edificio de forma circular con ventanas de diferente factura y un sinfín de puertas de acceso. Un saliente culminado por tejas sobresalía del vértice superior. El edificio era de gran tamaño, pero no particularmente agraciado.

—¿A quién vamos a ver?

—A un amigo que trabaja aquí.

—¿Hay espectáculos de toros por estas fechas?

—Los habrá en verano, y he oído que en primavera quizá presenten acrobacias. —El crío chasqueó la lengua—. Estuve el día de la inauguración. Arjona, Cúchares… El público se quejó de que tanto los toros como los toreros estaban medio mareados todavía por el trayecto en barco, pero a mí me encantó. La plaza estaba a reventar. Pere Pau dijo que había más de ocho mil personas.

—¿Y cómo conseguiste entrada? ¿No era muy cara?

El niño le miró como si estuviera loco.

—Me colaron. ¿En serio que no me va a detener? ¿Qué tipo de policía es usted?

Riera suspiró. *Puta boix*.

—Anda, granuja, deja de buscarme las cosquillas, que al final las vas a encontrar.

Accedieron por un portón lateral que daba a una serie de callejones

internos. Toni Petit saludó a un par de trabajadores con los que se cruzaron y estos le indicaron dónde podía localizar a su amigo. Uno de ellos miró con curiosidad las *espardenyes* de Riera y su peculiar atuendo y sonrió.

El conocido de Toni Petit era un muchacho varios años mayor que él, más alto, corpulento y con el rostro cubierto de granos. Hablaba con la voz rota de un adolescente en pleno proceso de cambio. Toni Petit no desaprovechó la ocasión de meter cizaña:

—¿Qué te pasa en la boca cuando hablas?

El otro dejó de remover la paja del establo y puso los brazos en jarras.

—¡Hombre, pero si es Zanahorio!

—Te encanta mi pelo…

—Acércate y verás.

—No, que me pegas los granos.

—Hoy te abro la cabeza, seguro.

El crío rio de nuevo y subió de un salto en una valla baja de madera.

El amigo reparó entonces en Riera.

—Acompaño a Toni Petit.

—Ya lo imagino.

—Es policía, o respondes a nuestras preguntas o te metemos en la cárcel.

—Claro…

El amigo cruzó las piernas, se apoyó en un montón de paja y sacó un cigarrillo y un mechero del bolsillo.

—Quizá fumar aquí no sea buena idea —advirtió Riera señalando el forraje.

El otro hizo caso omiso y encendió el pitillo como si tal cosa mientras Toni Petit le preguntaba por las carreras de los últimos años sin explicar el motivo de su interés ni, por supuesto, la posible vinculación con el crimen del balneario.

—¿Ganarás alguna o piensas perder siempre? —concluyó el pequeño pelirrojo.

El amigo soltó una *bufarada* de humo y lo miró de reojo.

—Sé de uno que esta temporada no irá a los toros. —Toni Petit hizo una mueca y el otro continuó—. Ha habido gente muy buena últimamente.

Dijo varios nombres que Toni Petit, a juzgar por su expresión, conocía. Hablaron de las características y las formas de ser de alguno de ellos y de los caminos que habían emprendido como marineros, mozos de cuadra o aprendices de toneleros, carpinteros de ribera o vidrieros. Varios por los que se interesó el crío parecían no vivir ya en Ciutat.

Riera prestaba atención y pasaba la mirada de uno a otro.

Después de repasar las añadas de corredores pasaron a hablar de lo que habían oído de las poblaciones colindantes. Toni Petit no parecía satisfecho, como si su amigo no le hubiera dicho nada significativo o como si ya supiera todo lo que le estaba contando.

—¿Hay algún buen corredor que conozcas que no haya competido en las *corregudes* de Santa Catalina? —preguntó Riera de repente.

Los dos lo observaron con curiosidad, como si se sorprendieran de que aquel señor supiera hablar. El amigo arrugó la frente e hizo memoria.

—No sé…

—¿Alguien que pudiera ganarte a ti? —añadió Toni Petit.

El adolescente dio unas cabezaditas, pensó un rato más en silencio mientras se apartaba el pelo de los ojos. Finalmente miró a Riera.

—Me atrevería a daros unos cuantos nombres.

46

Negocios

Guasch

Guasch tenía la mandíbula dolorida y se sentía invadido por los remordimientos. Nada de aquello tendría que haber sucedido de esa forma, y todo era culpa suya: la desorganización, el llegar tan tarde y sin la compañía de Riera para que vigilara y retrasara la posible llegada de Ramis y, por supuesto, la involucración de Pons y la paliza que acababa de recibir.

Se dijo que no tenía sentido lamentarse a esas alturas y que cabía celebrar por un lado que Lucía no los hubiera acompañado y, por otro, que Joan Ramis hubiese sobrevivido al garrotazo del cabo, por mucho que la brecha de la cabeza hubiera sangrado de manera copiosa un buen rato y que el bulto que le había salido tuviera mal aspecto.

Guasch había maniatado al vigilante Ramis en el suelo antes de revisar sus bolsillos y limpiarle la herida. Después fue a buscar una almohada al dormitorio y se la acomodó bajo la nuca. El vigilante seguía inconsciente, pero al menos su pecho subía y bajaba de forma acompasada.

—Acabemos con esto de una vez —había dicho Pons, retirándose el pañuelo de la ceja para asegurarse de que su herida había dejado de sangrar—. Después de la que hemos liado, es lo mínimo.

—Si realmente este es el collar de Teresa, quizá encontremos alguna otra cosa que le pertenezca.

—¿Como qué?

—Pere Pau halló su ropa en los túneles, pero no estaban los zapatos. No tengo la menor idea de qué. Algo que nos llame la atención.

El guardia se levantó, apretó los dientes y se llevó la mano al costado. Era probable que tuviera alguna costilla rota. En cuanto terminaran lo llevaría de cabeza al Hospital General o llamaría a un médico cirujano para que lo atendiera en su casa.

—Vamos —se limitó a decir mientras se encaminaba hacia la cómoda renqueando.

—Déjeme a mí.

El gruñido de Pons significaba algo así como «siga con lo suyo y déjeme en paz».

Al margen de derribar la mecedora y un par de muebles menores, no se había producido ningún destrozo en la casa durante la pelea. Guasch colocó las cosas en su lugar y se dirigió a la habitación, donde terminó de registrar el escritorio y los demás elementos pendientes. Descubrió una caja de latón escondida detrás de un segmento extraíble del rodapiés. Estaba llena a rebosar de monedas, tantas que podía decirse que contenía una pequeña fortuna. Volvió a colocarla en su sitio.

Se centró después en la cocina, a la que acudió Pons al cabo de un rato con aspecto de que le hubiera pasado por encima una caravana de diligencias. El cabo sí obedeció esta vez y se sentó resoplando en una silla mientras él continuaba hurgando de manera metódica dentro, debajo y alrededor de los cazos, cazuelas y demás utensilios que allí se amontonaban. No quedó un solo rincón en el que mirar. No halló nada.

Tal y como había anunciado Pons, en la cocina había una escalera estrecha que ascendía al tejado. Puso el pie en el primer escalón y miró al cabo, que hizo un gesto negativo.

—Mejor suba usted, yo le espero en el comedor vigilando que el elemento este no haga nada raro cuando vuelva en sí.

—Dudo que tenga muchas ganas.

Pons se permitió una sonrisa cansada recubierta de una pátina de tristeza y Guasch sintió que una nueva punzada de remordimientos lo carcomía mientras subía los escalones, abría la portezuela y accedía al amplio tejado, y también cuando caminaba entre la infinidad de tiestos con plantas de aroma intenso y distinta altura y frondosidad, y

se asomaba al carrer de s'Argenteria, que quedaba una decena de metros por debajo, o fisgaba en los tejados vecinos, separados por tapias de madera que permitían mantener cierta privacidad. Solo empezó a difuminarse su malestar cuando abrió la primera de las portezuelas de las dos casetas levantadas en la parte posterior de aquel gran espacio diáfano. En su interior se distribuían, perfectamente ordenados, todos los elementos necesarios para realizar la colada, que una vez hecha debía de tenderse en las cuerdas dispuestas en el exterior. Como de costumbre, Guasch levantó, golpeó, arañó y palpó todo lo que encontró. Tampoco allí hubo sorpresas.

Cerró y se dirigió a la otra puerta.

Un olor violento le abofeteó la nariz al abrirla, y se vio obligado a airear el cuartito antes de entrar. No tendría más de tres por tres metros y estaba repleto de botellas, morteros, cazos, cestas y una balanza romana colgada del techo en un rincón. En una de las repisas superiores había no menos de un centenar de frascos vacíos de cristal de diferentes tamaños y, en el inmediatamente inferior, varias docenas más repletos de líquidos de distintas tonalidades con etiquetas con nombres escritos en la caligrafía pulcra que recordaba la de las cartas del escritorio. Descubrió una cesta llena de tapones de corcho. Numerosos matojos de plantas en distinto estado de secado colgaban de los estantes de madera o de unos listones colocados en el techo. En uno de los laterales, frente a un ventanuco, habían colocado una repisa de mármol, y junto a ella, un fogón en el que debían de macerarse o cocinarse todos aquellos ingredientes.

Se apoyó en la puerta y valoró cómo afrontar aquel registro. Fue a rascarse la barbilla, pero sintió una nueva punzada de dolor que le hizo desistir.

De repente cayó en la cuenta de que Biel y Ramis compartían el haber visitado Inglaterra, si bien por motivos distintos. Tendría que indagar sobre los lugares y las fechas en que uno y otro habían estado allí, aunque veía improbable que hubieran coincidido o que su relación hubiera nacido en aquel país lejano. Casi a la vez recordó, viendo el espectáculo que se presentaba ante sus ojos, el listado de ingredientes necesarios para, según Lucía, componer el láudano:

canela, azafrán, clavo, vino de Málaga y opio. Valoró cuántos estarían presentes en esa pequeña cocina y almacén. Los buscó y, como suele suceder cuando uno es consciente de lo que espera encontrar, dio con ellos enseguida. El vino estaba en una garrafa de cristal en el suelo, y el resto de los componentes, en frascos de diferentes tamaños. Finalmente localizó unos recipientes cuyas etiquetas tenían escrita la letra L seguida de unos porcentajes que iban del diez al treinta por ciento.

Agarró uno de ellos al azar, el marcado con un diez por ciento, y lo destapó. Se lo acercó con cuidado a la nariz e inspiró. El olor era profundo y logró reconocer uno de los ingredientes: canela. O tal vez fueran dos si ese otro efluvio menor resultaba ser clavo. Alejó el frasco para verlo mejor e imaginó que la L podía significar «láudano» y el porcentaje la cantidad variable, en la fórmula, de alguno de los componentes. Tras varias comprobaciones olfativas entre las diferentes muestras de L, creyó haber identificado el aroma al que se refería aquella proporción y que supuso que debía de ser el opio.

Cogió un par de frascos minúsculos y, con la ayuda de un embudo de pico estrecho, vertió un par de muestras para mostrárselas a Lucía. Asintió y se dio por satisfecho. De serlo, podría explicar un posible vínculo entre Ramis y Biel. El primero cocinaba el láudano y el segundo lo consumía. Una duda surgió casi al mismo tiempo: ¿por qué compraría Biel ese producto a Ramis cuando podía adquirirlo a un boticario de manera legal y, sin duda, con mayores garantías de calidad?

Cuando descendía escuchó unas voces amortiguadas en el salón.

Bajó a trompicones.

Pons estaba sentado en una silla no demasiado lejos del cuerpo del vigilante, que seguía en el suelo y tenía los ojos abiertos y la mirada perdida en el techo. Levantó el cuello y se fijó en Guasch.

—Ahora la autoridad viene a robarme a mi propia casa —espetó, volviendo a apoyar la nuca en la almohada—. Y además, intenta matarme.

—Nadie le quiere robar, ni mucho menos matar.

—Pues lo disimulan muy bien.

—Tal vez usted debería de haber actuado de una manera más racional cuando ha entrado.

—Gracias por el consejo. La próxima vez que encuentre ladrones en casa les ofreceré una copa de anisado.

—Le repito que no…

—Entonces ¿qué cojones hacen aquí? —Ramis se dirigió a Pons desde abajo—. A este *senyoret* no le sucederá nada, porque ellos siempre salen de rositas, pero te aseguro que encontraré la manera de acabar contigo. Esta vez habéis, o mejor dicho, has cruzado tú una línea demasiado gruesa como para que no te afecte. ¿Sabe alguien que estáis aquí o habéis actuado por vuestra cuenta?

—¡Cállese! —Guasch sacó la cadenita de oro, se acercó y la sostuvo frente a la cara—. Sabemos que este collar y la cruz pertenecían a Teresa Coll. ¿Cuándo se la arrancó?, ¿antes o después de matarla?

—Ya estamos otra vez con esa tontería…

—¿Está negando que pertenezca a la víctima?

—Yo no he matado a nadie.

Al menos no refutaba lo de la cadena.

—No solo la víctima fue forzada y desfigurada por una persona que tuvo un comportamiento tan brutal como el suyo de hace un rato, sino que, además, tiene una joya que le pertenecía. ¿Qué es esto? ¿Un recuerdo? Es imposible que no viera ni oyera nada, por mucho que diga que esa noche estuvo con sus amigos bebiendo en la entrada de los baños.

—La Guardia Civil me pidió sus nombres, habló con ellos y comprobó que no mentían.

—Es cierto.

—No me creo que no se diera cuenta de nada —insistió Guasch.

—Había mucho alboroto, y bebí demasiado.

—Eso ya se lo he oído decir antes.

—Porque es la verdad.

—¿De dónde sale esta cadena? —Guasch se lanzó al suelo y lo agarró por las solapas del chaquetón—. ¿Y por qué la tiene usted?

El vigilante desvió la mirada y se tomó un tiempo antes de responder.

—No sé de quién es, estaba en el suelo del pasillo cuando hice mi última ronda.

—Y no pensó que pudiera ser de la víctima, claro. —Guasch no se ahorró la ironía.

—Ni recordé que la tenía en el bolsillo hasta hace un par de días. Entonces sí pensé que podía ser suya, por supuesto, pero… ¿qué importaba ya? La guardé en el joyero y no le di más vueltas.

—Estaba manchada —preguntó Pons.

—¿De sangre? No me lo pareció. La dejé tal y como la encontré.

—Y ¿no se le ocurrió que a la madre de Teresa le gustaría recuperarla?

Ramis hizo un gesto negativo con la cabeza. El hombre continuaba con la vista perdida y a Guasch le vino a la mente la imagen de un caballo de guerra derribado en mitad de la batalla. En este caso, la contienda no era más que la vida, que a menudo es injusta.

—No pensé en ella… ¿Se la pueden hacer llegar?

Los ojos de Guasch se cruzaron con los de Pons.

—Desde luego —respondió más calmado—. ¿Qué tiene ahí arriba?

—Plantas para mezclas.

—Ese volumen no es para consumo propio.

—En ocasiones las comparto con mis amistades.

—¿Está el joven Biel de Can Vivot entre ellas?

Ahora sí Joan Ramis volvió la cabeza y lo observó con atención.

—No tengo amigos de tan alta alcurnia.

—De ser así ¿qué le une a él, además de haber visitado o vivido los dos en Inglaterra durante los últimos años? ¿Cierta afición por los opiáceos? Le vende usted las pócimas que prepara arriba. No es su amigo, sino su cliente. ¿Por qué no lo reconoce sin más? ¿De qué tiene miedo? ¿Le ha dicho él que lo mantenga en secreto o no quiere que descubramos de dónde saca usted la adormidera?

Las preguntas se agolpaban en la mente de Guasch.

—Quizá la importe de manera ilegal para eludir el pago de impuestos —planteó Pons—. No se me ocurre otro motivo, porque ninguno de estos ingredientes está fuera de la ley…

Guasch se arrodilló junto al vigilante y le hizo un gesto para que se

pusiera de lado.

—¿No ve que nada de esto es relevante en comparación con estar acusado de asesinato?

—Un asesinato con el que nada tengo que ver, aparte de no haber prestado la debida atención al lugar en el que se produjo. Eso sí es mi responsabilidad…, que no es poca.

Guasch, que intentaba liberar a Ramis, no logró deshacer el nudo. Entró en la cocina y regresó con un cuchillo. En poco menos de un minuto consiguió cortar la cuerda. El vigilante desentumeció los brazos, que debían de estar dormidos, se frotó las muñecas y se palpó la zona de la herida antes de comprobar que los dedos no estaban manchados de sangre fresca. En vez de incorporarse, apretó los dientes, dobló la almohada y permaneció estirado en el suelo boca arriba.

—Supongo que tendrá usted familiares o amistades que se dediquen al comercio y entenderá que uno no puede desvelar ciertas cosas de sus clientes si desea mantenerlos, y yo no tengo ninguna intención de perder a los míos. Lo único que puedo decirle, y es cierto, es que no hay nada en los negocios que tengo con el señor Biel relacionado con esa pobre chica.

Guasch tuvo la sensación de que no mentía.

Se levantó y tendió la mano al vigilante para ayudarle a incorporarse; Pons le imitó con esfuerzo y le ofreció también la suya. Entre los tres, gimiendo, lograron ponerlo en pie. Ramis se tambaleó y tomó asiento en una de las sillas.

—Dígame una cosa más —añadió Guasch—, ¿por qué fue a buscar a Biel a Can Vivot el día siguiente del crimen? Parecía usted malhumorado.

Ramis acogió con naturalidad que Guasch tuviera aquella información y no aparentó darle mayor importancia.

—La noche anterior vino al balneario para hacerme un pedido grande y le…

—¿Perdón? —le cortó Pons.

Guasch tuvo que repetirlo en voz alta.

—¿Está diciendo que Biel estuvo en los baños la noche del crimen?

—Vino a verme, así es.

—¿Disfrazado?

—Sí.

—¿Y cómo es que no lo ha dicho antes?

—Ya le he explicado que soy discreto con mis negocios.

—Sí, pero en este caso… —empezó a regañarlo Pons.

Guasch levantó una mano para detenerlo.

—Prosiga, por favor.

—Pues eso, que vino para un encargo y yo le respondí que antes quería consultar mis notas. Por la mañana al despertarme hice cuentas de las deudas pendientes y fui a advertirle de que si no se ponía al día, no le iba a suministrar de ninguna manera lo que me pedía. —Se encogió de hombros y se acarició la herida de manera instintiva—. Estos señoritos se valen de su nombre para que se les fíe sin que nadie se atreva luego a cantarles las verdades y decirles que son unos aprovechados. Yo no estaba dispuesto a que me tomara el pelo y le dije que, o pagaba por adelantado, o no había trato. Eso fue todo.

Guasch suspiró y sintió que Pons lo observaba de soslayo. Seguramente él también había llegado a la conclusión de que el vigilante decía la verdad.

—Joan —dijo Guasch después de aclararse la voz y mientras buscaba las siempre escurridizas palabras de disculpa. El viudo levantó la vista—. Quiero pedirle perdón por lo que ha sucedido hoy aquí. Le ruego no se lo tenga en cuenta al cabo, y le pediría que cualquier acción que pretenda tomar sea contra mi persona. Asumiré las consecuencias, cualesquiera que sean.

Ramis no pudo disimular su sorpresa y, cuando reaccionó, lo hizo con una sencilla inclinación de cabeza. Guasch agradeció el gesto y se dijo que a veces no hay reprimenda más severa que una simple mirada silenciosa.

47

Lista negra

GUASCH

El carruaje se detuvo en medio del patio de Can Puig y Xisco saltó raudo al suelo para, diligente como de costumbre, abrir la portezuela.

Guasch, más recostado que sentado en el asiento trasero, seguía concentrado en el estudio pormenorizado del techo del coche. El carraspeo del cochero lo sacó de su ensimismamiento. Forzó una sonrisa, agarró sus pertenencias y puso pie a tierra.

—¿Desea algo más el señor?

Guasch negó con la cabeza, le dio una palmada amistosa en el hombro y se encaminó a la escalera que conducía a la planta noble.

Se detuvo y se volvió.

—¿Qué hace esta noche?

Xisco esbozó una mueca amable que podía venir a decir que los sirvientes no hacían otra cosa más que estar a disposición de sus señores.

—Nada especial, don Marc. ¿Necesita que lo acerque a algún sitio?

—Tal vez. —Ahora sí subió la escalinata—. Si acaso, le mandaré avisar.

El criado hizo una reverencia rápida y se encaminó hacia las bestias de tiro.

El reloj de cuerda del salón marcaba las tres y media de la tarde y la quietud reinante daba a entender que la comida había concluido, la sobremesa no se había prolongado y los comensales descansaban en sus aposentos.

Guasch tenía hambre, pero se impuso la necesidad de ver a Lucía y

confesarse con ella. Se dirigió a su habitación, tocó con los nudillos y recibió la venia de su esposa, que, seria, avanzaba en la lectura de *Rojo y negro* junto a la ventana. Dejó el libro sobre la mesa, se acercó hasta él y lo abrazó con calidez.

—Siento la discusión de hoy —se excusó Guasch, rodeándola con los brazos.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Lucía cambiando de tema.

Guasch narró, sin escatimar en detalles, las aventuras y desventuras de una jornada que fácilmente hubiera podido ir mejor, pero que también podría haber ido mucho peor. Ella le dejó hablar sin interrumpir, con la mejilla apoyada en su pecho y, cuando terminó, se tomó un tiempo para reflexionar y emitir su veredicto.

—Las cosas no siempre salen como uno desea —dijo, acariciándole la espalda—. Lo importante es que no ha pasado nada verdaderamente grave, que habéis hablado con franqueza con el vigilante y solucionado las dudas que teníais y que has sabido reconocer tu error.

—El cirujano ha dictaminado que Pons tiene al menos dos costillas rotas y que necesita reposo absoluto. Me temo que eso no lo voy a enmendar pidiendo disculpas.

Ella examinó su mandíbula mientras él aguantaba estoico el dolor punzante.

—¿Duele? —preguntó su esposa.

—Sobreviviré.

—Eso espero… ¿Me dejas ver las muestras que has traído?

Guasch se las entregó y, mientras Lucía se acercaba al ventanal, se desprendió de las prendas de abrigo, se aflojó el nudo de la corbata y se desabotonó los puños de la camisa. Tenía calor, aunque desconocía si era por la agradable temperatura de la habitación o por la rabia que todavía acumulaba a causa de las malas decisiones del día.

Abrazó a su mujer por detrás mientras ella analizaba uno de los frascos a contraluz. Cuando se dio por satisfecha, retiró el tapón, dejó que el aroma se liberara y aproximó la nariz.

—Tenías razón. Diría que parte de la fórmula de láudano de Sydenham, pero que se ha alterado la composición.

—Lo dices como si existiera más de una fórmula.

—Un par más. En Francia, por ejemplo, es habitual encontrar la del abate Rousseau, que utiliza alcohol de alta gradación y levadura de cerveza. —Levantó el frasco que tenía en las manos—. Este compuesto es láudano modificado.

—¿Y eso supone algún problema?

—No para Ramis, que es lo que persigue.

—¿A qué te refieres?

—Que adaptada las mezclas a las demandas de sus clientes.

—¿Qué es ese hombre, una especie de alquimista?

—¡Oh! Me gusta cómo suena la palabra alquimista —exclamó Lucía, que la saboreó un par de veces en voz baja.

Le encantaba la mente abierta de su mujer, su manera de pensar diferente y sus salidas inesperadas.

—Esta es la combinación marcada con un diez por ciento —aclaró Guasch—, la otra es la del treinta, que será porque contiene una mayor proporción de opio.

Lucía tomó el otro frasco y repitió el ritual.

—Es cierto. Enhorabuena, señor Guasch. Tiene usted un talento olfativo fuera de lo común.

Sonrieron. Necesitaban aquellas muestras de complicidad después de la tensión de la mañana.

Tomó asiento en la butaca libre y se acarició el mentón dolorido.

—Lo que no termino de comprender es por qué los clientes de Ramis no acuden a un farmacéutico para que desarrolle esos productos especiales. El resultado final sería mucho más seguro. No sé si me fiaría demasiado de la báscula, de la calidad de los ingredientes y de la mañana de un marinero retirado.

—La nueva Ley de Farmacia impide a los boticarios realizar fórmulas secretas, querido.

—¿Desde cuándo se cumplen las leyes en este país?

Lucía dejó escapar la risa cristalina que tanto le gustaba y que en ese momento le sonó a música celestial.

—En eso he de darte la razón…

—Biel le debía dinero a Ramis y, por lo que me ha parecido entender, la deuda no era pequeña. Quizá ese sea otro motivo, que los

farmacéuticos no le fiaran porque pensaran que, a la hora de la verdad, él no respondería.

—¡Pero si pertenece a una de las familias más prestigiosas y acaudaladas de la isla!

—Tal vez el marqués le ha bloqueado el acceso al dinero —se encogió de hombros—. No tengo la menor idea.

—Bueno, pues ya tienes una posible razón. —Lucía sonrió de nuevo —. ¿Qué quieres hacer ahora?

Llevaba todo el día dándole vueltas.

—Tengo que infiltrarme en la celebración de esta noche.

—No creo que Biel te abra las puertas de par en par después de vuestra charla de hoy.

—Por eso digo que tendré que infiltrarme. Estamos en carnaval, necesariamente será una fiesta de máscaras o, mejor todavía, de disfraces. Eso me daría una oportunidad.

—¿No crees que pueda reconocerte por el físico?

—Me arriesgaré.

—Quiero acompañarte.

La frase no dejaba lugar a dudas respecto a su intención: aquello estaba lejos de ser una petición.

—Pero Lucía, ¿y si es peligroso?

—Peligroso ha sido lo de esta mañana, y he de darte la razón, ¡pero esto no es más que una fiesta! ¿Crees que los parisinos no saben organizarlas? Parece que has olvidado que he estado casi cinco años viviendo allí.

—A saber qué nos encontraremos…

—Nada que seguramente no haya visto u oído ya. ¿Recuerdas la relación de amistad que me une a Baudelaire? Por poner un ejemplo.

Lucía esbozó una sonrisa angelical y dio por zanjado el asunto. Guasch no quería discutir de nuevo con ella y sabía, porque él mismo lo había vivido en sus carnes en varias de sus visitas parisinas, que los ambientes en los que se movían algunas de sus amistades, como el bala perdida de Baudelaire, ahora en estado grave por sus excesos, no eran precisamente lugares de moralidad intachable.

Como no veía ninguna amenaza real en el horizonte, asintió.

—¿Cómo entramos? —preguntó Lucía.

Guasch consultó su reloj de bolsillo. Todavía tenía un momento antes de que llegaran los demás para la reunión.

—Voy a hablar con Tomàs.

Besó a su esposa y salió al pasillo.

La estancia del hermano menor de Apolonia quedaba en el extremo opuesto de la planta. Guasch llamó a la puerta con reserva y confió en que no estuviera descansando, pero enseguida oyó el arrastrar de una silla y pasos que se acercaban.

—¡Marc! ¿Va todo bien?

—¿Puedo pasar? Quería comentarle un asunto.

El joven dudó un instante, como si aquella petición lo pillara de improviso. Reaccionó rápido.

—Por supuesto, entre por favor.

La habitación era espaciosa, luminosa y elegante. Varios óleos con escenas de caza poblaban las paredes de la habitación.

El joven hizo un gesto en dirección a un gran escritorio repleto de libros, planos y documentos que empezó a apilar mientras se excusaba por el desorden.

—No toque nada, por favor, solo quiero hacerle una petición. No me demoraré mucho.

Tomaron asiento.

—Usted dirá.

—Verá, necesito ir a la velada que organiza Biel esta noche en su casa de campo. ¿Puede explicarme qué debo hacer para asistir?

—Es preciso disponer de una invitación que entrega él en persona.

—¿Tiene usted alguna que me…?

—Ya le dije que no voy a esos encuentros. —Levantó ambas manos para disculparse—. El convidado puede llevar los acompañantes que desee con dos requisitos: que sean de su máxima confianza y que, por supuesto, paguen la correspondiente entrada.

—¿Pagar entrada? ¿Cómo es eso?

—Por el entretenimiento que ofrece Biel. —Se encogió de hombros —. Los caballeros repiten una y otra vez, por lo que no deben de pasarlo muy mal.

—¿Acaso las damas no pueden ir? —El joven negó con la cabeza—. Interesante, ¿y qué tipo de caballeros van?

—Al principio iban los de su círculo más cercano, pero después el corro se fue ampliando. Desconozco cuántas personas acudirán esta noche, pero seguro que son bastantes y que están dispuestas a gastarse un buen dinero por la diversión.

El reloj sonó ceremonioso en el salón y Guasch se puso en pie. El joven aristócrata hizo lo propio.

—Necesito esa invitación, Tomàs, y si puedo ir acompañado, mejor que mejor. Naturalmente, me haré cargo del coste de todas las entradas.

—Entendido, Marc. —El joven hizo una mueca y le miró a los ojos —. No le puedo garantizar que lo logre, pero sí que haré todo lo posible.

—Para mí es suficiente.

Guasch se despidió y fue a su habitación en busca de Lucía, pero ya había bajado al salón. Aprovechó para ir al aseo, pues la naturaleza no entiende de agendas ni de compromisos y, cuando salía de nuevo por la puerta, aliviado y satisfecho, cayó en la cuenta de algo y regresó raudo a ver a Tomàs. Definitivamente, ese día no estaba demasiado centrado.

—¿La velada de esta noche es de disfraces o de máscaras? —preguntó cuando Tomàs se asomó por la rendija de la puerta.

—Me informaré.

Le agradeció una vez más su predisposición y bajó los escalones de dos en dos.

Los criados habían servido un *refresc* de almendras, confites y bizcochitos, y Riera, Pere Pau y Toni Petit charlaban animosos y con la boca llena alrededor de la gran mesa de la sala auxiliar. Lucía les servía zumo de naranja de una jarra de cristal tallado.

Guasch les saludó. Riera se levantó y se le acercó. Los jóvenes correspondieron con la mano y siguieron con su conversación.

—Pero ¿qué le ha pasado en la cara? —preguntó el subinspector, señalando el morado que empezaba a asomar en la mandíbula—. Le tratan mal los mallorquines, ¿eh? Esto en Ibiza no le habría pasado.

Guasch iba a replicar que en Ibiza había sido peor, pero decidió que no valía la pena enfangarse en esa conversación y se refirió, edulcorando la narración y sin entrar en detalles personales, a lo acontecido en el domicilio de Ramis.

—¿Y Pons?

—En casa, convaleciente; no está en su mejor momento.

Riera le miró con pesar.

—¿Sabe lo que le digo? —Levantó un dedo sermoneante—. Que siempre he pensado que los calvos barrigones no son de fiar... ¡Tome nota! No son nada de fiar.

A Guasch le pareció que la expresión de pesar del subinspector era sincera y pensó, como acostumbra a suceder, que las diferencias se liman ante un enemigo común.

—¿Cómo les ha ido a ustedes? —preguntó mientras tomaba asiento —. Espero que la jornada haya sido productiva.

—Con los cofrades de Sant Magí, bien —empezó Pere Pau—. Como le expliqué, ellos son quienes organizan las fiestas de agosto y los que mejor conocen a los corredores. Les he comentado que buscaba a uno en concreto y les describí el perfil del que me encerró. Lo primero que han dicho es que podría tratarse de cualquiera, pero después se han centrado y han empezado a enumerar candidatos de los últimos años con formas de ser particulares y…

—Defina «particulares».

—Quiero decir mozos que pudieran ser conflictivos o llegar a dar problemas; los que consideraban chicos sin tacha no entraban directamente en esta lista negra. —Guasch asintió, podía ser un primer filtro aceptable—. La cuestión es que hemos ido descartando a muchos por diferentes motivos y al final el listado ha quedado reducido a seis que, o bien yo no conocía de nada o que, de hacerlo, me parecían sospechosos.

—¿Por qué?

—Por tener algo personal contra mí. Por ejemplo, la prometida de uno de ellos estuvo un tiempo encaprichada conmigo y he sabido que él se terminó enterando.

—¿Has podido hablar con alguno de ellos? —preguntó Riera.

—He encontrado y descartado a cuatro, quedan dos que visitaré esta misma tarde.

—Bien. —Guasch asintió agradecido por su esfuerzo—. ¿Algo más destacable?

Pere Pau negó con la cabeza.

—¿Y a ustedes cómo les ha ido?

—Pues muy bien, la verdad —dijo Toni Petit con su desparpajo habitual—. Hemos hablado con un par de conocidos que han participado, incluso ganado, en las *corregudes* de los últimos años y que nos han dado algún detalle interesante.

Fue el subinspector quien, después de chuparse los dedos, prosiguió.

—Les hemos preguntado si conocían algún buen corredor que no hubiera participado en las carreras y salieron tres nombres.

—Esa es buena —reconoció Pere Pau mirando a Toni Petit—. ¿Quiénes son?

—El hijo de uno de los panaderos; un chico de Santanyí que lleva varios años en Ciutat realizando trabajillos varios y un buen amigo tuyo…

—¿Amigo mío? —Pere Pau alzó una ceja—. ¿Quién?

—Miquel.

Pere Pau soltó una carcajada.

—Ya le gustaría correr tanto, pero no. Por supuesto que queda descartado. ¿Qué sabes de los demás? Necesito más detalles.

—El primero ayuda a su padre en el horno, su madre trabaja en la pescadería de…

—¿Pep Colom?

—*Cony*…, ¿lo conoces?

—Pues claro. Es buen chico, no lo imagino persiguiéndome o encerrándome en los túneles, no te digo ya asesinando a Teresa Coll. Yo lo descartaría. ¿Y el otro?

—No han sabido contarnos mucho aparte de lo que te decía, que es de Santanyí, que llegó a Ciutat hace cuatro o cinco años y que trabaja en lo que encuentra. No ha competido nunca en las fiestas de Santa Catalina por motivos varios: o bien se había hecho daño o, este último año, porque regresó al pueblo durante las fiestas.

—Han remarcado que no dura demasiado en ninguno de los sitios en los que trabaja —subrayó Riera.

—¿A qué se dedica actualmente? —preguntó Guasch, que tenía tendencia a desconfiar de quien se demostraba incapaz de mantener su puesto de trabajo.

—Ahora lleva un tiempo más estable compaginando distintas ocupaciones —respondió Riera.

—Trabaja de chico de los recados en un par de sitios y, puntualmente, de ayudante del enterrador del cementerio.

—Menudo contraste —exclamó Lucía, que permanecía atenta a todo.

—Lo del cementerio da escalofríos —reconoció Riera—. A mí no me busquéis ahí mientras pueda salir por mi propio pie.

Guasch y Lucía cruzaron una mirada cómplice. Sabían de lo que hablaba.

—¿Y los recados? —se interesó Pere Pau—. ¿Dónde es?

—En una floristería de la plaça de Sant Antoni y otro negocio de la misma familia, una lechería.

—¿Cómo se llama el chico?

—Benet Tur —respondió Toni Petit.

—¿Tur? —Guasch miró a Riera—. ¿Ese apellido no es ibicenco?

—En efecto, en Ibiza es bastante habitual, pero parece que aquí también hay algunos.

Guasch volvió al crío pelirrojo.

—¿Han podido hablar con él?

—Todavía no, pero sí que…

—¡Un momento! —Pere Pau dio un brinco en su asiento—. ¿Has dicho Benet y que reparte leche?

—Sí, ¿por…?

—¡Lo conozco! —se llevó las manos a la cabeza—. ¡Dios mío, sí, sé quién es!

Guasch no comprendió el motivo de aquella reacción.

—¿Qué es lo que le llama tanto la atención?

—Lo conocí hace un par de días. Apenas cruzamos unas palabras mientras él esperaba a que le atendieran en…

Calló.

—¿En…?

—En la casa donde trabajaba Teresa Coll, en Can Vivot.

48

Colometa

PERE PAU

—¿Tú no eres el primo de Coloma, el que vino anoche? —preguntó la cocinera en el umbral de la despensa con los brazos en jarras y postura desafiante—. Creo que ayer me tomaste el pelo y casi me rompí la crisma por ir a despertarla…

Pere Pau tenía claro que no convenía enfrentarse a quien ostentaba el poder de estamparle la puerta en las narices, y menos aún cuando ese alguien demostraba sin tapujos su intención de hacerlo.

—¿Yo? —probó a hacer una voz más grave para que no lo reconociera—. Me parece que se equivoca, señora. Si era de noche y estaba oscuro, puedo comprender la confusión… Además, yo la recordaría a usted y a su grácil figura. ¡Estoy seguro!

La mujer no relajó el semblante y Pere Pau optó por dejar de parlotear y ponerse en evidencia y sonrió con complicidad. La centinela frunció el ceño y lo analizó en silencio. Él contraatacó forzando la sonrisa un poco más y aleteando las pestañas un par de veces. Tenía clarísimo que los seres angelicales pestañean con entrañable convicción.

—Voy a buscarla —dijo la mujer que, sin embargo, no movió un dedo.

—Es usted muy amable. Yo me quedo aquí quieto, esperando.

Seguía sin moverse. Desde luego, la actitud de aquella arpía tenía poco que ver con la amabilidad de la noche anterior.

—Aquí sigo…, ya ve…, je, je…, no me he marchado…

Al final, a regañadientes, la mujer se metió en el almacén. Pere Pau

respiró aliviado y se asomó por la puerta con el deseo de ver llegar a la joven que, finalmente, apareció secándose las manos en el delantal. Un tirabuzón se había desbocado y le caía frente a un ojo.

Estaba preciosa.

—¿Qué haces aquí a estas horas? ¡Me van a llamar la atención!

Sus ojos brillaban. A él no lo engañaba con aquella actitud remilgada.

—He venido a buscar mi beso del día. Ya casi no recuerdo el de ayer…

—¡Eres un sinvergüenza!

Quizá otro menos avezado que él hubiera interpretado erróneamente aquella apariencia ofendida, pero él conocía lo suficiente a las mujeres como para captar la esencia que ocultaban tras los más cándidos comportamientos y sabía que, en el fondo, sus deseos no diferían demasiado de los masculinos. Sabía que la naturaleza humana llevaba a la gran mayoría de la mano por unos derroteros muy similares.

—Oye, eso ya me lo dijiste anoche, ¿no? —Coloma miró rápido hacia el interior—. Quiero mi beso.

—Imposible, nos vemos esta noche y ya veremos…

—Eso por supuesto. —Pere Pau se giró para comprobar el patio—. Aquí no hay nadie que se pueda escandalizar. El portero no está nunca en su sitio. ¡Me encanta ese hombre!

Acercó sus labios a los de ella hasta sentir su aliento. Coloma no se apartó y él se aproximó todavía un poquito más, hasta rozarlos suavemente con los suyos. Tampoco ahora lo evitó. Pere Pau se hubiera entregado con gusto, pero el siguiente paso iba a tener que darlo ella.

Y más que paso fue una auténtica zancada.

Coloma apoyó la mano en su cintura y unió sus labios tiernos, además de sus cuerpos, en un beso largo y húmedo. Ella abrió la boca y liberó su lengua impaciente para que batiera con la de él, que le entregó la suya mientras la apretaba todavía más contra sí, como si pretendiera fundir sus cuerpos en uno solo.

Un ruido estrepitoso en la cocina los obligó a separarse con

brusquedad. Coloma, con las mejillas arreboladas, se limpió los labios con la mano en un acto reflejo, como si así borrara las pruebas del delito. Una voz acalorada surgió del interior, seguida de un murmullo de disculpa de la culpable de aquel desaguisado.

—¡Coloma! —graznó la bruja desde el interior.

—¡Ya voy, señora!

—¡No tardes! ¡La cena no se cocina sola!

Ella se tapó la boca con la mano y esbozó una sonrisa divertida.

—En el fondo, no es tan fiera como aparenta…

—Pues lo disimula muy bien —masculló él, decepcionado y excitado a la vez.

—Debo entrar.

Pere Pau la agarró del brazo con suavidad.

—Tengo que hacerte un par de preguntas rápidas —dijo con apuro —. Una es sobre Biel…

—¿Qué pasa con el señorito?

—Eso mismo me pregunto yo, ¿qué sucede con él? ¿Qué son esas veladas que organiza en un *rafal*? ¿Qué hace en esas noches?

Ella le miró extrañada.

—No sé a qué te refieres.

—Necesito saber si también salió la noche del *dijous llarder*.

—Pero ¿cómo quieres que yo sepa eso?

—¡Averígualo por mí, por favor!

El entrecejo de Coloma se arrugó un poco más.

—Oye…, ¿has venido a verme a mí o a preguntarme cosas de estas tuyas?

—¡La duda ofende! Yo vine a por mi beso…

—Ya te lo he dado.

—Pero… también necesito averiguarlo —bajó la mirada—. Por favor, Colometa.

Ella le miró fijamente y apoyó una mano en la puerta, como dando a entender que se les acababa el tiempo. Suspiró.

—Ya comprendo que es por tu trabajo. No te preocupes, preguntaré, y si descubro algo, ya te contaré. ¿Qué es lo otro?

—¿Cómo…?

—Has dicho que querías consultarme dos cosas.

—¡Ah, sí! Lo otro es respecto a Benet.

Coloma soltó una risita.

—¿Cuál de todos? Conozco bastantes Benet.

—El que os trae la leche. Vino hace tres días, estaba aquí cuando nos conocimos tú y yo.

—Lo recuerdo muy bien —dijo ella con voz pícara mientras miraba una vez más hacia el interior—. No tengo mucho trato con él, más allá de abrirle la puerta, pero dime qué necesitas, a ver si te puedo ayudar.

Pere Pau pensó cómo formular la pregunta.

—¿Desde cuándo lo conoces?

—Empezó a trabajar con el dueño de la lechería y a llevarnos la leche hace…, hum…, un año más o menos, no sabría decirte la fecha exacta. ¿Es importante?

—No lo sé todavía. ¿Cómo es él?

—Tímido y poco hablador, ya lo viste. A mí me ha parece buen chico.

—Ya, los callados suelen parecer buena gente, ¡pero vete tú a saber qué piensan!

—Yo soy tímida, ¿te parezco buena chica?

—Buenísima, y el beso que me has dado es el mejor ejemplo. ¿Sabes si Benet tenía relación con Teresa?

—De tenerla, sería similar a la que tiene conmigo o con cualquier otra compañera, o incluso menor, porque él se relaciona con las que estamos en cocina y Teresa limpiaba arriba. No creo que tuvieran ningún trato. Oye —se cubrió otra vez la boca con la mano—, ¿a qué vienen todas estas preguntas de Benet y Biel? ¿Te lo ha dicho el señor Guasp? ¿Crees que ellos dos tienen algo que ver…?

Si lo negaba, estaría cerrando una puerta que le interesaba mantener abierta, pero tampoco podía reconocerlo abiertamente.

—Y si lo insinuara, ¿qué pensarías?

—No me puedo creer que cualquiera de los dos la haya matado. —Encogió ligeramente los hombros—. Todos queremos saber quién le quitó la vida a Teresa, no hemos hablado de otra cosa en todo el día, pero no sé…, me parece que estás un poco obsesionado y que

sospechas de cualquiera sin motivos.

—A mí solo me obsesiona una cosa.

Estiró los brazos para prenderla de nuevo, pero Coloma se echó para atrás y dio un manotazo al aire.

—¡Para! ¡Tengo que entrar ya o voy a tener problemas serios!

—Pasaré a recogerte esta noche, tenemos cosas pendientes.

—En eso estoy de acuerdo. A las diez en punto te quiero aquí, ¡y no llegues tarde!

49

Es dimoni

GUASCH

Riera tiró del cuello de la camisa y levantó la barbilla en el enésimo intento de aliviar la presión que sentía en la nuez.

—Este corbatín me va a matar, ¿de verdad es necesario?

—Ya sabe que sí —respondió Guasch, paciente—. La velada es de etiqueta, y sin ella no podrá acceder a la fiesta. Me interesa que entre y no se pierda detalle de nada.

—Va usted muy elegante, Riera —lo halagó Lucía en un intento de suavizar su descontento—. Debería hacerse un retrato y mostrárselo a su esposa.

—Me diría que dónde voy disfrazado de esa manera.

Tomàs permanecía serio y en silencio en su asiento, abstraído en la contemplación del Pla de Mallorca que pasaba ante sus ojos a toda velocidad, bañado en los últimos rayos del sol poniente. El joven había cumplido su palabra y, según explicó de manera sucinta, recibió la invitación oportuna de un Biel tan sorprendido como halagado por su asistencia.

Guasch había movilizado rápido a Riera para que se preparara. Lucía no había dado su brazo a torcer y, una vez confirmado que la velada era una mascarada, argumentó que disimularía su condición femenina bajo un antifaz y una capa.

—Puedo vestirme, moverme y comportarme con la misma falta de gracia que cualquier hombre, Marc. No tienes que temer por mi fingida masculinidad. Lo único que podría delatarme es la voz, y me bastará con no hablar.

Guasch había desistido de continuar oponiéndose y se terminó convenciendo de que los argumentos de su esposa no dejaban de ser ciertos. Solo esperaba que aquella noche de jarana no deparara sorpresas desagradables.

El carruaje avanzó con brío una media hora bajo el manto de estrellas y la luna inexistente hasta que, llegado a un cierto punto, redujo de manera drástica la velocidad. Xisco propinó dos golpecitos al cristal delantero.

Era la señal convenida.

—Deberíamos cubrirnos los rostros —sugirió Tomàs.

Obedecieron.

El joven aristócrata había escogido una truculenta máscara picuda, con anteojos y todo, como las empleadas por los médicos durante las antiguas epidemias de peste negra. Lucía había explicado que aquel atuendo se atribuía a un galeno francés que trataba a la realeza del siglo XVII y que solía perfumar el interior del pico para supuestamente purificar el aire venenoso, si bien, según ella, el sistema servía de bien poco. Desde luego, a Tomàs le sentaba de maravilla, pues le cubría completamente no solo la faz, sino toda la cabeza que coronaba, además, con un sombrero de piel de cabra. El subinspector había optado por una careta de Pantaleón con perilla de chivo; Lucía, por la máscara menos femenina que habían encontrado, de león con vello y bigotes, al tiempo que cubría sus manos con guantes negros, y Guasch, una de Pierrot blanca con mejillas rosadas y expresión desolada.

El carruaje se detuvo frente a la entrada de una finca. Se asomaron a las ventanas laterales. Dos fogatas ardían en sendas estructuras de hierro colgadas en sus respectivas columnas, una a cada lado del portón abierto. Un hombre vestido de etiqueta y tocado con una máscara de ciervo se acercó hasta el pescante para comprobar la invitación y dar unas indicaciones a Xisco. El diálogo fue breve y el carruaje prosiguió su marcha hacia la casa señorial.

—No puedo respirar —se quejó de nuevo Riera—, y tampoco veo bien por estos agujeros. Se me cae la máscara.

Tomàs carraspeó desde el interior del pico y Guasch se dirigió al subinspector como si se tratara de una criatura.

—Ya verá como en seguida se acostumbra…

—Tengo calor.

Guasch suspiró y decidió no añadir nada más. Paciencia, ya estaban llegando.

El edificio principal, de dos plantas y fachada imponente, quedaba a varios minutos del primer control, lo que revelaba el tamaño formidable de la hacienda. Dos docenas de carros, con sus respectivos cocheros enmascarados, esperaban perfectamente aparcados al fondo del inmenso patio frontal.

Un criado envarado se acercó para abrirles la puerta.

—¿Todo esto es una única vivienda? —Un silbido emergió desde debajo de la máscara de Pantaleón—. Parece un cuartel.

Bajaron ignorando el comentario.

Les llegó un coro de ladridos, gemidos y alaridos de perro. Supuso que serían los sabuesos de caza de la familia, exaltados ante la llegada de tantos extraños.

—Sobre todo, no te separes de mi lado —susurró Guasch a Lucía.

—No temas, Pierrot. Yo te protegeré.

Guasch sonrió bajo la máscara y admiró la «bilbainidad» inquebrantable de su señora esposa. En cierto modo, se sintió tranquilo. Tomàs y Riera se adelantaron y él y Lucía entraron detrás.

Un hombre corpulento con una máscara de zorro les dio la bienvenida desde detrás de un escritorio mientras una llamativa mujer de piernas estilizadas, ataviada con un corpiño ajustado y profusión de plumas y perlas se ofreció para recoger sus capas. Guasch negó con la cabeza y la sirvienta se retiró dócil tras una leve reverencia.

—No sabía que tu trabajo fuera tan entretenido —cuchicheó el león.

Guasch ignoró la provocación y se acercó al mostrador cuando Tomàs mostraba su invitación y, tal y como se había comprometido, abonó las cuatro entradas.

Quizá Biel debiera una suma elevada a Ramis, pero era indudable que, visto el número de carrozas de la explanada, aquella noche ingresaría una pequeña fortuna. A lo mejor su economía no era tan mala como había imaginado, o tal vez era un manirroto. Ya indagaría.

El recepcionista asintió e hizo un gesto con la mano hacia el

interior.

—Diviértanse.

Una magnífica escalera de roble al fondo del recibidor conducía a la planta superior, mientras dos puertas amplias se abrían a cada lado. El pico curvo de Tomàs apuntó interrogativo hacia Guasch y este indicó la entrada que quedaba a su izquierda. Tanto daba una que otra.

Media docena de mesas de juego se repartían en una estancia amplia. Cada una estaba ocupada por cuatro jugadores que, parapetados tras sus respectivas máscaras, apenas charlaban entre ellos. Varios espectadores permanecían de pie a su alrededor siguiendo la evolución de una u otra partida. En un extremo de la sala había una mesa de billar, una zona de butacas y una chica igual de desabrigada que la guardarropa que servía bebidas alcohólicas a dos caballeros.

Guasch estudió a Riera, pero con la máscara no pudo identificar su reacción al descubrir un espacio dedicado al que había sido su talón de Aquiles, los naipes, que le habían costado el patrimonio familiar.

—¿A qué se juega aquí? —preguntó Riera.

—Las clases altas suelen jugar al tresillo y al marilla…

—Esos juegos son legales, ¿de verdad que no se entretienen de otra manera?

—También al set i mig y al canet, que suelen ser lances de dinero y que son algunos de los juegos de naipes prohibidos fuera de estos muros…

—También en su interior —matizó el subinspector.

—Sí, pero no le extrañe que alguno de estos caballeros sea la autoridad que debería multarlos.

Una máscara salió con paso lento de una puerta lateral en la que no habían reparado y se cruzó con ellos cuando se encaminaba hacia la salida. Olía a humo dulce y terroso.

—Eso es opio —siseó Lucía.

—Vamos a ver qué hay ahí dentro.

La portezuela quedaba disimulada entre las molduras de madera de la pared. Tenía un pequeño pomo que se abrió sin emitir sonido alguno. El interior se encontraba en semipenumbra y el ambiente

cargado de aquel humo almizclado. Los muebles habían sido retirados a ambos lados, y sobre ellos se repartían unas figuras decorativas. En las rinconeras había búcaros con flores; dos grandes abanicos japoneses colgaban de la pared del fondo junto a otros adornos y amuletos y, a sus pies, una especie de otomana con profusión de cojines sobre los que descansaban dos caballeros que se habían desprendido de caretas y chaquetas. Tenían la boca abierta, la mirada perdida y los ojos vidriosos, y permanecían enganchados a sendos conductos para fumar que salían de una enorme botella de cristal que podía pasar por un gran animal que absorbía sus almas pecadoras.

—Y aquí está el fumadero —susurró Lucía a su espalda.

—¿Qué le sucede a esa gente? —preguntó Riera, que no debía de haber visto nunca un establecimiento como aquel ni unos individuos en semejante estado de enajenación.

—Es una sustancia que, por lo comentado en la facultad y después de ver el comportamiento de determinados amigos, parece claro que produce acostumbramiento —respondió Lucía—. Entre otras cosas. Yo les llamo «peregrinos del extravío».

—Muy poética —comentó Guasch—. Imagino que el proveedor del material será nuestro amigo Ramis.

No había nada más que ver allí.

—Un momento —dijo Riera, acercándose a los hombres reclinados para agacharse frente a uno de ellos y regresar casi al instante—. El caballero de la derecha es el que se reunió con Ramis en los jardines y al que seguí después hasta que me dio esquinazo.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Llevaba esa misma máscara y esa misma capa. Estoy seguro.

Guasch se rascó la barbilla por debajo de la máscara.

—Tiene sentido. Si no recuerdo mal, comentó que se habían intercambiado algo, y vista su afición al opio no es difícil concluir qué tipo de intercambio hicieron.

La máscara de Riera se movió arriba y abajo, dando su conformidad.

—¿Dónde estará Biel? —preguntó Lucía cuando cruzaban el vestíbulo en dirección contraria.

La nariz de la peste rotó en horizontal.

—En cualquier sitio… Si ven una máscara de *dimoni* con cuernos de cabra, es probable que sea él.

—¿De demonio? —repitió Riera—. ¡Qué apropiado!

—Las fiestas de *dimonis* son muy habituales en la *part forana*.

La sala contigua tenía una superficie todavía mayor que la sala de juegos. Estaba amueblada con sillones y divanes, y también disponía de una barra con bebidas alcohólicas servidas por otra mujer de atuendo escaso. Media docena de caballeros se repartían aquí y allá e interactuaban con otras tantas damas ataviadas con largas túnicas de seda con aberturas laterales interminables y antifaces que dejaban al descubierto labios carnosos pintados y sonrientes.

—*Emperobonu*! —resopló Riera—. Estos mallorquines no se privan de nada.

Varias máscaras de hombres se giraron hacia ellos.

—Deberíamos separarnos —propuso Tomàs—. Llamamos mucho la atención.

Su cicerón se acercó a la joven semidesnuda para servirse una bebida. Riera tomó asiento en una de las butacas y empezó a tamborilear con los dedos mientras paseaba los ojos de un lado a otro o, mejor dicho, de una dama de compañía a otra.

—Parece que al subinspector ya no le aprieta el cuello de la camisa —observó Lucía.

—Ni padece temblores ni calores.

—Calores quizá sí…

Rieron por lo bajo y se movieron hacia una pared de la que colgaba un gran espejo para observar su reflejo; vestidos de manera idéntica y con sus tamaños contrapuestos podían pasar por padre e hijo.

—¿Te apetece algo de beber, vástago mío?

—Por ahora no, padre.

Rieron de nuevo.

Una mujer sedosa encaminó hacia ellos su andar felino y su máscara aterciopelada.

—Tenemos visita —anunció Lucía.

La desconocida era alta y tenía un cuerpo voluptuoso bajo aquella tela de caída limpia y tacto sensual.

—¿Qué hacen dos caballeros tan apuestos y tan solos? —dejó caer con voz melosa mientras apoyaba una mano en el hombro de Guasch y aproximaba su cuerpo al suyo sin pudor.

Hablaba un castellano correcto pero peculiar, con unas erres arrastradas y excesivas propias de quien ha aprendido la lengua en el extranjero y todavía conserva trazas de su lengua materna. Guasch se preguntó qué camino habría seguido la vida de aquella mujer para terminar vestida de aquella guisa en una casa perdida en el campo mallorquín.

—Acabamos de llegar —respondió, intuyendo la sonrisa socarrona bajo la máscara impertérrita de Lucía.

—Los he visto entrar.

Guasch se preguntó si aquella compañía tendría algún coste añadido y valoró el tipo de acuerdo que Biel habría alcanzado con aquellas damas tan voluntariosas.

—¿Cómo se presenta la noche? —preguntó.

—Apenas acaba de comenzar, pero intuyo que será muy placentera.

El tono acaramelado se fundió en su oído.

—¿Y qué costaría disfrutar de su grata compañía durante esta velada?

La mirada del león pasaba del uno al otro sin perder detalle.

La mujer dijo una cifra que se le antojó escandalosa, para después añadir:

—Pero también podríamos pasar una parte de la noche juntos y luego buscar otros entretenimientos estimulantes. ¿Qué le parece?

Le parecía que Biel tenía bien engrasada la maquinaria de producir dinero en esos eventos en los que agrupaba todas las tentaciones en las que podía caer un hombre de moral disoluta. No sabía si las veladas habían sido así desde el principio o si iba, probablemente, perfeccionando la fórmula, pero el negocio era excelente, en especial al dirigirlo a un grupo de confianza dispuesto a hacer frente común y callar ante oídos indiscretos como, aparte de la autoridad, los de sus señoras esposas.

Decidió poner a Lucía en un pequeño aprieto.

—Yo estoy servido, gracias, pero tal vez mi hijo se sienta tentado

por la idea.

La dama asumió la propuesta con naturalidad y posó una mano amigable en el hombro de su nuevo objetivo, aquel supuesto aristócrata de tierna edad.

—¿Y qué opina el joven caballero? ¿Tal vez el león quiera demostrar su fiereza en otro campo de batalla?

Guasch apenas distinguía el brillo tamizado de los ojos de su mujer, que lo observaban a través de los agujeros de la máscara, y la imaginó buscando el modo de salir del atolladero sin revelar su condición. Pero entonces Lucía rodeó con el brazo la cintura de seda, la atrajo ligeramente hacia sí e hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

La sonrisa mercenaria se ensanchó ante la caza de aquella joven pieza.

—Podemos subir a las habitaciones del piso superior —informó.

La máscara de Pantaleón los observaba con curiosidad desde el sillón. Sus dedos habían dejado de tamborilear.

A Guasch no le costó demasiado comprender que ahora el problema lo tenía él. Carraspeó y levantó un dedo ceremonioso con la esperanza de que las palabras brotaran de su boca por inspiración divina. Pero el Señor debía de estar atendiendo asuntos más importantes, porque solo logró balbucir:

—Vamos a tomar una copa…, hijo… Después buscaremos a la señorita.

Las mujeres desenlazaron su abrazo, la mano enguantada de Lucía acarició la mejilla de la cortesana, que le lanzó un beso al aire y Guasch arrastró a su esposa hasta la barra.

—¿Qué pasa, Marc, no quieres iniciar a tu vástago en las artes del amor?

—¡Te he salvado de una buena! ¿Qué hubieras hecho si no llego a solucionar el enredo?

—¡Ah! Eso nunca lo sabrás, querido…

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir con…?

—Qué entretenidos estamos, ¿eh? —dijo el subinspector a sus espaldas.

Como bien había apuntado su mujer, el policía había superado

todos sus males.

También Lucía daba muestras de disfrutar de la velada, sobre todo ahora que la diversión era a su costa.

La camarera los observaba expectante, y Guasch pidió consumiciones para los tres justo cuando sonó una campanilla en el exterior y vieron desconcertados a su alrededor que varios caballeros se levantaban de sus asientos. El volumen de los murmullos se incrementó.

—¿Qué sucede? —preguntó Guasch.

—Van a dar comienzo las riñas —respondió la chica mientras preparaba sus copas.

—¿Cómo dice?

Un criado abrió de par en par la puerta que daba a la recepción y varios invitados se dirigieron hacia allí con paso tranquilo.

—Riñas de perros, señor. *Cans de bou*.

—¿Qué es un *ca de bou*? —preguntó Riera.

—Una raza de perros de la tierra. ¡Son muy bravos!

Se miraron los unos a los otros y Guasch comprendió lo que era una evidencia: a las mujeres de pago, el alcohol, los juegos de cartas prohibidos y el fumadero de opio solo le faltaban la sangre, la muerte… y las apuestas. ¿Quedaría alguna otra sorpresa? No se le ocurría cuál podría ser, pero de existir otra debilidad humana no dudaba de que Biel la habría incluido en el catálogo de aquella noche especial.

Cuando tuvieron las bebidas, dotadas de unos canutillos que permitían beber sin retirar del todo la máscara, siguieron al grupo y se adentraron en otra sala a la que también se accedía desde el distribuidor principal. Los invitados les impedían tener una visión completa y solo alcanzaban a vislumbrar los miles de libros que llenaban las estanterías que, medio en penumbra, llegaban hasta el techo de la estancia, cubierto de frescos con escenas clásicas. Lucía habría disfrutado en aquel templo de sabiduría y conocimiento.

—«Riñas de perros» significa peleas de perros, ¿verdad? —Riera se rascó la máscara, como si así pudiera remitir el picor cutáneo—. Pues creo que la chica se ha confundido, porque estamos en la biblioteca.

¿Dónde se supone que van a luchar?

A medida que los invitados fueron tomando asiento la panorámica se fue despejando hasta permitirles distinguir un cuadrilátero delimitado por unas rejas verticales de hierro de más de metro y medio de altura y un dedo de grosor que dejaban ver el interior con inmaculada claridad. La pista, que mediría una quincena de metros cuadrados, estaba cubierta por una gruesa capa de paja y tierra con el objetivo de proteger, probablemente, el entarimado de madera. Por encima del cuadrilátero brillaba una delicada lámpara de araña con lágrimas de cristal que concentraba la luz sobre el espacio dedicado a la lucha.

Alrededor de la arena se repartían casi un centenar de sillas, de las que pocas estaban libres. Guasch, Lucía y Riera se sentaron juntos en tercera fila, desde la que disfrutaban de una buena perspectiva general.

—Esto es asombroso —exclamó Riera.

—No sé si me gustará el espectáculo —anunció Lucía.

La gente hablaba alto por los nervios, por la sed de sangre o porque las máscaras impedían que los acompañantes pudieran comprender con claridad las palabras de sus interlocutores.

Un caballero vestido de impecable etiqueta entró por una puerta de la que llegaban ladridos rabiosos y gemidos de perros. Tenía la altura y la complexión de Biel, una máscara de *dimoni* con cuernos de cabra como la que se suponía que llevaba Biel y, cuando se dirigió al público, la voz de Biel.

—*Estimats amics!* —gritó Biel, levantando las manos para que los presentes le prestaran atención. Tardó poco en lograrlo—. *Gràcies per venir aquesta nit*.

El público entregado gritó y aplaudió con ganas.

—¡Como ya sabéis, no hay velada sin pelea! ¡Hemos encontrado y traído los *cans de bou* más fieros de la isla para que hagan las delicias de todos vosotros!

Nuevos vítores.

—¡Espero que apostéis con criterio y que, además de pasarlo bien, ganéis un buen dinero esta noche!

Dos hombres sin máscara y con corbatín rojo aparecieron por la puerta y recibieron una nueva salva de aplausos por parte del respetable, que se lo pasaba en grande. Biel dio algunas instrucciones básicas de comportamiento a los espectadores, en especial a los de primera fila: no tocar la jaula, no introducir las manos ni ninguna otra parte del cuerpo en el interior y, por supuesto, bajo ningún concepto intentar tocar a los *cans de bou*.

A continuación, tomó asiento en una silla reservada de la primera fila y cruzó los brazos dispuesto a disfrutar del espectáculo como uno más. Los asistentes aplaudieron con rabia cuando el primer perro hizo su aparición de la mano de su orgulloso propietario. El can, de color canela, tenía un cuerpo fibroso, el cabezón imponente, el cuello grueso y fuerte y la mandíbula, poderosa, lista para arrancar tendones y triturar huesos. El hombre encerró al perro en una pequeña jaula en uno de los costados mientras uno de los empleados de corbatín rojo ponía un letrero sobre la misma en el que se leía su nombre: Cerberus.

—Vaya montaje —alabó Guasch.

—¿Qué nombre es ese? —preguntó Riera.

—Es el perro de Hades —explicó Lucía.

—¿Hades es ese señor?

La máscara de Lucía hizo un gesto negativo.

—Hades era, en la mitología griega, el guardián de las puertas del infierno, y Cerberus su perro de tres cabezas.

—Pues a este le faltan dos…

Una vez que Cerberus estuvo encerrado y que el propietario le hubo retirado el morral, apareció un segundo hombre con un ejemplar de corte similar al primero, de color más claro y actitud todavía más agresiva, probablemente por la presencia de su rival en la sala. El perro estaba tan fibrado como Cerberus e igual de hambriento. El letrero correspondiente mostró otro nombre temible: Satán.

—Esta riña será un infierno —bromeó el subinspector, atinado.

Guasch iba desviando la vista a los contrincantes pero, sobre todo, observaba a Biel: su pose relajada y confiada, su sensación de liderazgo y su carisma. El caballero que se sentaba a su costado se inclinaba forzado hacia él para hablarle. Pese a la máscara, destilaba

respeto y admiración. La mujer de seda, al otro lado, debía de sentirse afortunada de encontrarse junto al impulsor de todo aquello.

Los corbatines rojos tomaban anotaciones rápidas con las apuestas de los espectadores, que gritaban todos a la vez, señalaban a uno u otro perro e indicaban cifras con los dedos de ambas manos para que no quedaran dudas de sus intenciones. Más de uno se había desprendido de la careta. Los contendientes ladraban y se lanzaban contra los barrotes, deseosos de despedazar al rival. El alboroto era ensordecedor.

—¿Han visto a Tomàs? —gritó Riera.

—No desde que se tomara una copa en la sala anterior —respondió Lucía.

—Aquí será complicado dar con él. —Guasch estiró el cuello y lo buscó entre la muchedumbre hasta que, a su izquierda, reparó en una figura trajeada de máscara picuda que, de pie tras las sillas y puño en alto, estaba inmerso en el espectáculo canino.

Lo señaló y el resto asintió.

—¿Quién creen que ganará? —se interesó el subinspector.

—No tengo la menor idea —respondió Guasch

La capa de Lucía se movió arriba y abajo a la altura de los hombros.

—¡Pues yo apuesto por Satán! —aclaró Riera.

—¿Por qué?

—Porque es el amo del infierno y Cerberus solo la mascota de uno de sus criados. ¡Satán partirá en dos al chucho ese! ¡Vamos, muchacho!

—Una teoría muy elaborada, Riera —convino Guasch, inesperadamente divertido.

Al final, y sin pretenderlo, se estaban dejando llevar por la euforia de aquella masa desatada.

Una campana tañó en la sala y los corbatines rojos retiraron al unísono unas puertas levadizas para liberar a las bestias. En un pestañeo, las mandíbulas de los animales se enzarzaron en un duelo de dentelladas y entrechocar de colmillos; los cabezones se movían con ademanes vigorosos y disparaban gotas de saliva; las pezuñas surcaban el aire buscando herir el rostro del contrincante; los dueños

gritaban consignas desde sus rincones, espoleando a las fieras; los espectadores se habían puesto en pie y derribado algunas sillas y seguían dando instrucciones a los corbatines, que señalaban a unos y otros y anotaban, en pleno caos, las apuestas que recibían. Guasch, pese a ponerse en pie, empezó a tener dificultades para ver las evoluciones del interior de la jaula, pero no perdió detalle de cómo Biel seguía el combate con idéntico ardor que el resto de los asistentes.

Riera erró en su análisis y Cerberus destrozó a Satán, en sentido literal, entre los sollozos de su amo; después, Trasto mató sin contemplaciones a Espartaco y, en un duelo de perras, Electra dejó tuerta y moribunda a Atlas. Algunos salivazos y salpicones de sangre habían alcanzado a los espectadores de la primera fila, en especial a una dama de compañía que lucía unos visibles manchones rojos en su delicado vestido de satén.

El público jaleaba cada combate con renovado fervor y las apuestas eran cada vez mayores. A la espera del cuarto duelo, Guasch y Lucía se propusieron darse un respiro e inspeccionar la casa. Biel se escurrió por la puerta de servicio y Guasch se quedó ensimismado mirando el espacio negro que lo había engullido.

—¿Qué sucede? —preguntó su esposa.

—Nada —dijo, dudando—, que Biel se ha marchado.

—Irá a preparar el próximo espectáculo.

Al darse la vuelta descubrió la máscara del cólera de Tomàs que, apoyado en la librería y con las manos en los bolsillos, parecía entretenerse observando los movimientos de la gente. Guasch escudriñó entre el público y certificó la presencia del hombre que había visto antes con un antifaz parecido.

—¿Tomàs? —preguntó con tiento.

El pico ganchudo apuntó hacia él y la voz tardó un instante en emerger del interior.

—¿Todo bien, Marc? —respondió la voz de su concuñado.

—Sí, ahora que sé que es usted quien está debajo de esta máscara. Le había confundido antes con otro caballero que llevaba una similar…

—Esa es la gracia de las mascaradas, ¿no?

—Ya… —Guasch lo miró con detenimiento—. ¿Ha estado aquí todo el rato?

—¿Por…?

—Por curiosidad.

—He ido y venido varias veces.

Entonces recordó a Biel.

—¿Sabe a dónde conduce esa puerta?

Tomàs miró en la dirección que le indicaba.

—Me temo que no conozco tan bien la casa.

—¿No ha estado nunca aquí?

—Mi tío, el marqués de Vivot, tiene una docena de propiedades como esta en la isla, señor Guasch. Sí, quizá haya venido antes, pero no tengo ningún recuerdo particular…

—Entiendo.

—¿Qué sucede? —preguntó Riera al unirse a ellos.

Guasch le explicó la marcha del anfitrión.

—¿Y qué tiene eso de raro?

—Probablemente nada, pero parecía que salía a hurtadillas.

—Pero si está en su propia casa…

Guasch cogió a su mujer del brazo, no quería perderla de vista.

—Ahora regresamos.

Salieron al exterior y no tardaron en dar con Xisco, que se encontraba hecho un ovillo en el interior del carruaje. Recibió la petición, o el encargo, además de somnoliento, con incredulidad.

—¿Quieren que busque al cochero de Biel?

—Así es —confirmó Guasch—. Y que compruebe que su carruaje sigue aquí.

—Entendido, don Marc.

El criado se desperezó rápido y salió con paso vivo para cumplir con la orden.

—¿Qué crees que sucederá ahora? —preguntó el león.

—Que Xisco encontrará al criado de Biel, entraremos a dar una vuelta por la casa y no tardaremos en regresar a Ciutat. Pero por lo menos me habré quitado este regusto amargo.

El cochero de los marqueses de Bellpuig apareció corriendo por la esquina del edificio. Guasch fue a preguntar, pero el hombre se le adelantó.

—¡El señor Biel se ha marchado con el *break* hace un instante!

—¿Dónde ha ido?

—No me lo han sabido decir.

Guasch ordenó a Xisco que preparara el carruaje y él y Lucía corrieron a buscar a los demás.

50

Desaparecido

GUASCH

Guasch calculó que Biel les sacaba entre cinco y ocho minutos de ventaja. Si Xisco apretaba a las bestias, según lo rápido que se moviera el otro, tal vez podrían darle alcance antes de llegar a Ciutat.

Si es que se dirigía allí.

Al poco de partir se toparon con un coche, al que detuvieron para preguntar por el *break*. Les confirmaron que, en efecto, se habían cruzado hacía unos minutos con uno que «iba muy rápido».

¿Por qué razón Biel abandonaba el evento del que era anfitrión en el momento cumbre de la velada? ¿Había surgido alguna urgencia? ¿Había olvidado algo importante? ¿Tenía que recoger en persona a algún gerifalte?

Guasch compartió sus inquietudes con el resto, pero ninguno pudo imaginar un motivo tan poderoso como para justificar aquella escapada. Tomàs permanecía abstraído en sus pensamientos, y Guasch le inquirió al respecto.

—No sabría decirle, Marc —se limitó a responder—, yo tampoco lo entiendo.

Cruzaron el puente de la Porta des Camp, cuyo foso a aquellas horas estaba libre de cordeleros, y atravesaron la puerta ante los ojos curiosos de los ciudadanos, algunos disfrazados, y de la guarnición militar. Las calles seguían, pese a la hora intempestiva, repletas de hombres y mujeres en plena efervescencia carnavalesca.

—A esta gente le gusta la jarana —comentó Riera, admirado.

—A los mallorquines, independientemente de su origen, de la clase

social o de la edad, nos gusta cantar, bailar, recitar *glosses*… y divertirnos.

Se dirigieron directamente a Can Vivot.

Guasch bajó en la calle del Sant Crist, a pocos pasos de la mansión de Biel, y cubrió el último tramo a pie mientras el resto esperaba en el carruaje. Encontró el *break* del marqués en mitad del patio; el cochero cargaba un saco de forraje para recompensar a la esforzada caballería.

—*Bona nit*! —Guasch saludó con la mano, dispuesto a improvisar—. ¿Está don Biel en casa?

La expresión extrañada del hombre podía deberse a infinidad de motivos, todos sobradamente justificados. Confió en que su atuendo elegante y su tono jovial ayudaran a diluir las sospechas.

—No está aquí.

—¡Pero si acaban de llegar! —Guasch señaló los animales sudorosos que se recuperaban del esfuerzo—. Es urgente que comente con él un asunto. ¿Sabe dónde podría encontrarlo?

El hombre hizo un gesto negativo antes incluso de que terminara de formular la pregunta.

—Siento no poder ayudarle, caballero, pero el señor no me informa de lo que hace.

—Por supuesto, pero quizá tiene alguna idea de dónde puede haber ido.

El otro cruzó los brazos, a la defensiva.

—Ni la más mínima.

Guasch se fijó en que el criado no desmontaba los aparejos ni metía los caballos en las cuadras. Bajó el tono de voz, para dar a la conversación un aire más confidencial.

—Imagino que no tardará en regresar a la finca, ¿verdad? Quizá podría esperarle por aquí…

—Como guste el señor. No me ha dado ninguna instrucción al respecto.

Guasch no tuvo ninguna duda de que, al menos ahora, mentía.

—Entiendo. Le agradezco su ayuda y no le molesto más.

Y se despidió.

Al regresar al coche sabía lo que tenían que hacer.

—Vamos a separarnos y a rondar por la zona. No sé dónde se ha metido Biel, pero apostaría a que no anda muy lejos.

—¿Por qué? —preguntó Riera.

—Porque de ser así, habría ido con el coche hasta el lugar en cuestión, ¿no cree? A no ser que lo haya dejado en algún lugar no demasiado lejano en el tiempo que hemos tardado en llegar, por supuesto.

Guasch miró a Tomàs.

—Le agradezco mucho su ayuda y siento las molestias que le hemos ocasionado esta noche. No se preocupe por nosotros, regresaremos andando.

El joven bajó inesperadamente de la calesa.

—Al contrario, ya voy yo caminando, como sabe, Can Puig no queda lejos. Que Xisco se quede con ustedes para acompañarlos cuando terminen.

Y se alejó con paso decidido hacia su palacio.

—Vamos allá —dijo Guasch—. Nos encontraremos aquí dentro de una hora. Y usted, Xisco, le ruego que esté atento por si Biel regresa a casa.

—¿Qué hacemos si lo vemos? —preguntó el subinspector.

—Seguirlo. Nada más.

Riera se encaminó hacia un extremo de la calle y Guasch hacia el opuesto. Su esposa había dejado la máscara en el coche y se cubría la cabeza con la capucha, que le ocultaba suficientemente el rostro.

Guasch chascó la lengua.

—¿Dónde se habrá metido este hombre?

—¿No has pensado que el cochero puede haber mentido y que esté en Can Vivot?

—¿Haciendo qué? —Se encogió de hombros—. Si fuera para recoger algo habría subido y bajado y ya estarían de vuelta a la finca. O habría enviado a alguien. Todo este lío no puede ser para meterse en casa sin más.

—¿Entonces?

Hizo un gesto de negación.

—No tengo la menor idea, Lucía.

Pasearon por las calles, admirados ante el fervor de un pueblo que exprimía al máximo la penúltima noche de aquel carnaval extraordinario. Nadie parecía recordar a Teresa, cuya memoria, al margen de su círculo más próximo, empezaba a diluirse con rapidez. Con el tiempo se hablaría de ella como un hecho puntual, una anécdota lejana y macabra que en su momento rompió la paz habitual del pueblo mallorquín, pero nadie sería capaz de recordar con precisión su rostro, ni sus sueños, sus esperanzas, sus miedos o sus ambiciones personales. Todo lo que era se había ido con ella. A Guasch le gustaba no perder esa perspectiva, porque le motivaba a no desfallecer cuando una investigación se encallaba, hacía que se esforzara más.

Deambularon un buen rato con la sensación de estar perdiendo el tiempo, de que no se toparían con Biel por casualidad en una esquina, pero confiando en que Riera tuviera más suerte. Se perdieron por unos callejones que después tuvieron que desandar y que cada vez estaban más tranquilos. Llegaron tarde al punto de encuentro. Riera y Xisco les esperaban en el carruaje, en sus respectivos asientos. Riera con la boca abierta y emitiendo unos ronquidos rítmicos.

Se asomó al patio de Can Vivot. El carruaje había desaparecido y Guasch no supo si lo habían guardado en alguno de los múltiples patios de la casa o si se habría marchado por otra puerta.

Suspiró y regresó a su coche con la sensación de haber perdido el tiempo. Estaba ansioso por meterse en la cama y descansar. No sabía si sería capaz. La noche no había sido productiva y confiaba en que la mañana le encontrara con mejor ánimo y energías renovadas.

Las iba a necesitar.

51

Precipicio

Pere Pau

La llama de la vela titilaba moribunda junto a la puerta en un esfuerzo por no sucumbir ante su destino fugaz. Pere Pau Bestard permanecía tumbado en su cama, con los dedos enlazados detrás de la cabeza mientras miraba, en la penumbra y ensimismado, el techo de su habitación. Desnudo, cubierto únicamente por una *flaçada* de lana hasta la mitad del pecho, se regocijaba en el recuerdo de las últimas e intensas horas desde que había recogido a Coloma en Can Vivot hasta que se habían quedado dormidos.

La chica se había mostrado comedida al principio, no por una timidez que sabía que ya no sentía sino, supuso, por encontrarse con algún conocido en las inmediaciones de su lugar de trabajo. El servicio tiene una imagen que mantener y hay ciertas habladurías que conviene evitar. Ya cerca de sa Portella, más lejos de posibles conocidos, Coloma había revelado poco a poco el temperamento ardiente que había mostrado unas horas atrás. Le besó con pasión, buscó su cuerpo con las manos y se estremeció con sus caricias certeras.

La intención de Pere Pau era pasear hasta es Born, comer algo, beber mucho y, como digno colofón de aquella velada magnífica, catar la cama de su casa. Pero los planes habían cambiado por completo y pasado, por la vía rápida y consenso entre las partes, al último apartado.

Pere Pau había tenido serias dificultades para abrir la puerta de su domicilio, pues no le resultaba sencillo introducir una pequeña llave

en la cerradura a oscuras y con una joven mordisqueándole el lóbulo de la oreja y manoseándole todo el cuerpo. Entraron a trompicones y cayeron, entre risas, sobre la cama mullida. La primera vez hicieron el amor a oscuras y con la puerta abierta. La presencia del gato, ronroneante y con la cola tiesa, les hizo reparar, cuando terminaron, de la falta de intimidad. Por suerte, el callejón estaba a oscuras y vacío a esas horas, y los vecinos, de fiesta o durmiendo.

La segunda y tercera vez se buscaron bajo la tenue luz de una única vela, con menos urgencia, deleitándose en los detalles y esforzándose por agradar al otro hasta quedar finalmente saciados y dormidos.

Pere Pau sabía por experiencia que las mujeres, bajo una apariencia formal, educada o remilgada, podían esconder una fogosidad insatisfecha e insaciable. Aquel era el caso de Coloma, quien, además, se había comportado en la cama con una entrega y una iniciativa fuera de lo común.

Coloma se movió a su lado, cuchicheó algo que no llegó a entender y, estirando el brazo, paseó una mano cálida por su pecho. Pere Pau se giró hacia ella. La criada deslizó la mano hacia su barriga y continuó bajando, buscándolo.

Y lo encontró. Listo para un nuevo envite.

—¡Pero qué tenemos aquí! ¿Quién es este grandullón?

—Tu nuevo mejor amigo.

La cuarta fue la mejor. El territorio ya había sido explorado y cada uno sabía lo que podía pedir y ofrecer. Con complicidad. Se disfrutaron, se exprimieron y se saciaron el uno al otro hasta quedar de nuevo rendidos.

Coloma dijo que no quería llegar demasiado tarde. Tenía que levantarse temprano para preparar los desayunos a primera hora. Se vistieron entre bromas. Les costó localizar alguna prenda que se había escurrido bajo la cama.

Salieron de regreso a Can Vivot en plena oscuridad. Hicieron el camino de vuelta agarrados por la cintura, contándose confidencias al oído y haciendo juegos de palabras que siempre iban con segundas. Todavía quedaban viandantes y había lío, en especial por las principales arterias del centro. Coloma se interesó por su trabajo y por

las sospechas sobre Biel y Benet, y Pere Pau le explicó las pocas novedades que había y le confesó que ahora consensuaba los artículos con Guasch para no alertar a los posibles sospechosos.

—¿Y no te sabe mal?

—¿A qué te refieres?

—A que al principio los escribías tú según lo que ibas descubriendo por tu cuenta y que ahora son… —se quedó a medias sin saber cómo terminar.

—¿Un poco menos míos?

—Sí, eso.

Pere Pau meditó bien la respuesta. La pregunta tenía sentido.

—La verdad es que no. Siento que ahora pertenezco a algo más grande. Tampoco tengo la sensación de que los artículos hayan dejado de ser míos, lo que ocurre es que el equipo es ahora más amplio. Y sí, es cierto que no lo lidero yo, pero me da lo mismo.

Los alrededores de la mansión estaban más tranquilos, con algún carruaje solitario a la espera del *senyor* de turno.

Ella abrió la puerta de servicio y le dirigió una mirada significativa.

—Mañana nos vemos de nuevo —propuso Pere Pau.

—Me gusta como piensas.

Se despidieron con un beso profundo y largo.

Pere Pau tenía la sensación, de regreso a casa, de que sus pies flotaban sobre las calles de Ciutat, de que un ser extraño habitaba en su cuerpo y que su corazón latía a mayor velocidad de la habitual. Acostumbrado a la fugacidad de las relaciones espontáneas, cuando no instantáneas, espoleado por el deseo incesante de andar de flor en flor, no comprendía qué le había sucedido esa vez, en qué momento la situación había dado un vuelco y había pasado de lanzar el anzuelo a ser él quien quedara atrapado en las redes de aquella *gateta moixa*. El cazador implacable, capturado por su inocente presa. Le gustaba esa sensación.

Rio.

Quizá aquella era la primera vez en su vida que tenía la sensación de que todo encajaba: se le valoraba en el trabajo que deseaba, sus vecinos le admiraban, sus amigos le apreciaban y una chica que valía

la pena… ¿le quería? Probablemente. Pero la novedad no era esa, pues no era extraño que las mujeres, al margen de su edad y estado civil, quedaran prendadas de él. El titular de la noticia era que Pere Pau Bestard sentía algo especial por Coloma Morlà.

Pensó en Miquel. Quería saber cómo se encontraba y cómo le iba con la rubia. Hacía un par de días que no lo veía, pero tenía la impresión de que también él estaba mejor que nunca. Le alegraba que el chico vergonzoso y generoso, incapaz de cualquier sentimiento negativo, hubiese roto sus propios límites y dado aquel paso importante. La timidez no es más que una barrera auto impuesta por una mente insegura. Le apetecía organizar una salida con sus respectivas chicas, los cuatro juntos. Y reír. Sí. Sentía unas ganas estúpidas de reír por cualquier cosa.

Algunos *festers* necesitaban más leña, y supuso que los alguaciles de Cort pasarían en breve con el carro para recargarlos. Desconocía qué hora sería, pero el horizonte estaba todavía lejos de clarear. Con un poco de suerte, podría dormir un rato.

Los vigilantes del Portal de Santa Catalina correspondieron a su saludo con un movimiento de cabeza sin interrumpir su conversación ni prestarle mayor atención. El puente estaba inusualmente tranquilo. La luna creciente esbozaba la silueta del arrabal con trazo experto. Varios grupos se repartían por la explanada, al fondo de la cual vislumbró el Hornabeque. Recordó el portón calcinado en el margen de sa Riera y el olor mareante del humo. Y también la ropa ensangrentada de Teresa. Se detuvo para controlar su espalda y confirmar que nadie andaba tras sus pasos esa noche. El puente seguía desierto, los guardias charlaban tranquilos, las estrellas brillaban en aquella noche sin luna… y él seguía levitando. Feliz.

Se adentró sin prisa en las callejuelas oscuras y ahora tranquilas del arrabal. Los catalineros, sensatos, no habían prolongado demasiado la velada, quizá buscando reservar fuerzas para la noche siguiente, la última de aquel carnaval atípico.

La silueta imperfecta de la iglesia de Sant Magí se erigía a lo lejos como el leal centinela del barrio que velaba por el descanso y el bienestar de su rebaño de almas dormidas. Pere Pau se sintió

reconfortado por aquella figura familiar y el entorno en el que había nacido, crecido y, ahora podía decirlo, madurado.

Al menos un poco.

Torció por la calle lateral para, enseguida, introducirse en su callejón.

La ausencia de luna lo condenaba a la negrura más absoluta. Pero eso no representaba ningún problema, lo conocía al dedillo.

Oyó el maullido del gato y bisbiseó para que se acercara, pero este no obedeció.

Se desanudó el pañuelo, extrajo el cordón que llevaba colgado del cuello con la llave de su casa y dio un paso en dirección a la puerta para…

Sintió que su tobillo estallaba en mil pedazos y cómo un objeto contundente le reventaba la mandíbula y transformaba su aullido en un gemido grotesco. Al derrumbarse tuvo conciencia de que el pie derecho no le acompañaba en el colapso, de que actuaba por libre.

La caída fue menos dolorosa que los tres golpes rotundos que impactaron en su rostro apenas llegó al suelo. Quedó aturdido, pero todavía en estado de semiinconsciencia. Notaba como si además de la pierna le hubieran arrancado la parte inferior de la cara. Le quemaba. Le metieron un trapo en la boca y empezó a ahogarse. La nariz no le daba para inspirar el aire que exigían sus pulmones. Se esforzó por no perder la consciencia del todo. Trató de tragar saliva e ingirió un objeto duro que probablemente fuera un pedazo de diente. Se intentó quitar el guiñapo de la boca, pero su agresor le propinó un nuevo mazazo en el estómago.

Se encogió sobre sí mismo y gimió.

La llave debió de caérsele de la mano, pues oyó que la puerta de su vivienda se abría. Lo agarraron de la pierna buena, lo que quedaba de la otra le quemaba, y tiraron de él hacia el interior. Un sonido metálico arañó el suelo. ¿Qué era aquello? La axila se le trabó con el marco de la puerta y su atacante lo solucionó arreándole dos patadas en las costillas que le hicieron enderezarse y desengancharse. Las diferentes partes de su cuerpo competían por transmitir la más intensa sensación de dolor, para que su cerebro fuera consciente de la

urgencia de mitigarlo. Pero no podía reaccionar, estaba bloqueado.

Se llevó una mano temblorosa a la frente y sus dedos se pringaron de un líquido cálido y viscoso. Su cerebro le recordó que no tenía nada de valor que justificara todo aquello, pero el trapo solo le permitió emitir un mugido patético. Se lo fue a retirar y un nuevo puntapié, esta vez en la entrepierna, le hizo plegarse de dolor y desistir.

Oyó unos pasos que se dirigían a la puerta y cómo esta se cerraba. Rezó porque el agresor se hubiera marchado y lo hubiera dejado solo, que la paliza hubiera terminado, pero el repiqueteo en el suelo confirmó que su atacante continuaba en el interior de la habitación.

¿Qué quería de él?

Consiguió sacarse ahora sí el pañuelo y aspiró una bocanada de aire. Tenía la boca reseca y no logró articular palabra. Necesitaba salivar. Apretó los dientes que le quedaban en su sitio y al hacerlo sintió que se le partía otro más y lo escupió, estiró el brazo y logró palparse la parte baja de la espinilla para descubrir que tenía un objeto de hierro enganchado y que este le había torcido el tobillo en una posición antinatural: los huesos se habían quebrado y lo único que mantenía el pie unido al resto de la pierna eran la carne ardiente y la piel. No podía ser sino un cepo de los empleados por los cazadores para capturar presas, aunque el tamaño de este era excesivamente grande. Apoyó las manos en el suelo para levantarse y emitió un grito de dolor y rabia que apenas duró lo que tardó su agresor en abalanzarse sobre él y arrearle una nueva andanada de golpes. Sintió varios crujidos sospechosos, también cuando su cogote rebotó contra el suelo.

La bestia se incorporó y lo observó desde las alturas antes de dirigirse a sus extremidades inferiores y empezar a manipular la mandíbula metálica. Pere Pau no tuvo fuerzas para gritar mientras los dientes de hierro desgarraban sus músculos y arrancaban sus tendones al liberarlos de la presión.

Se preguntó cómo podía haber salido todo tan mal, por qué no había visto venir la amenaza ni sabido defenderse, y pensó, ingenuo, que, si sobrevivía a aquel ataque, compraría un cuchillo y lo llevaría siempre con él.

Los pensamientos brotaban con una rapidez exasperante: pensó que no podría volver a correr, como si aquello fuera importante en ese momento; recordó las bromas de Toni Petit y se alegró de haberle entregado la medalla de Cort, no se le ocurría un más digno sucesor; pensó en la confianza de Gelabert, en su esposa y en su escritorio repleto de papeles y, por encima de todo, evocó su último beso con Coloma. Y comprendió que ya no podría conocerla mejor ni disfrutarla más.

Sintió ganas de llorar.

Se preguntó si el sendero de la felicidad acababa siempre en un precipicio. Pensó en Miquel y confió en que el suyo discurriera mejor.

Una lágrima le resbaló por la mejilla. Contenía miedo, rabia y dolor. No quería morir, al menos no tan pronto.

Llenó sus pulmones de aire.

—Eres el asesino de Teresa —dijo.

El hombre no se alteró y se arrodilló junto a él en silencio. Respiraba tranquilo, como si el padecimiento y el horror de aquella escena demencial no le alterara el pulso. Parecía observarlo fascinado, como el niño malvado que analiza las convulsiones de una lagartija en plena tortura. Pere Pau no distinguió sus facciones borrosas, que le eran familiares, pero sí captó su aroma dulzón. Agradable y cálido. Le resultó absurdo que un asesino oliera bien, que un funcionario de la muerte no apestara a azufre.

—¿Lo eres…?

Un buen periodista a la caza de su última noticia.

La bestia se incorporó. Sostenía el cepo abierto. Lo colocó sobre el rostro de Pere Pau, que vio como en una nebulosa aquella dentadura metálica.

—Hablas demasiado.

Abrió la mano y lo dejó caer.

TERCERA PARTE

52

Baño

GUASCH

—¿Marc?

Guasch abrió los ojos en la penumbra y trató de ubicarse. La cama mullida y los aromas familiares le indicaron que estaba en su habitación de Can Puig. Parecía que la búsqueda de la velada anterior había sucedido en otra vida, como si el tiempo se hubiera expandido aquella noche extraña. No sabía qué hora era.

Palpó a tientas el otro lado del colchón, que encontró vacío y frío.

—No estoy ahí.

Lucía se dirigió con paso tranquilo hasta el ventanal y descorrió ligeramente la cortina, dejando pasar una estela oblicua de una luz fría y melancólica.

Guasch se cubrió el rostro con el brazo y protestó.

—Hoy has dormido mejor —dijo su mujer, que, sin prestar atención a sus quejas, colocó algo sobre la mesita de noche y se sentó a su lado para acariciarle el pelo—. Te espera un día intenso, y Riera y los chicos llegarán en algo más de una hora. Deberías prepararte.

Entonces Guasch captó un olor que hacía un instante no estaba ahí.

—¿Has traído chocolate? —apartó el cojín y se incorporó; su esposa estaba vestida, señal de que ya había bajado a desayunar y regresado —. ¿Estaba Tomàs abajo?

Ella asintió.

—¿Te ha contado por qué anoche estaba tan callado?

—Pues ahora estaba incluso peor.

—¿A qué te refieres?

—A que apenas me ha dirigido la palabra.

—Es muy extraño, ¿qué le sucede a este hombre? ¿Y Polita y Claudio?

—Regresaron ayer, sí. Tu hermano tuvo anoche una competición, creo que de billar, y regresó al amanecer, y él y nuestra querida cuñada siguen descansando en su habitación. Apuesto a que se levantarán a la hora de comer.

—A ver si luego tengo ocasión de verlos, no les estoy haciendo ni caso.

—Es comprensible, Marc.

—Ya, pero… me sabe mal. Oye, y volviendo a Tomàs, ayer, entre las luchas de perros y la confusión de máscaras lo perdimos de vista un buen rato, ¿qué crees que hizo mientras tanto?

—¿Insinúas que buscó compañía «sedosa»?

Guasch se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea, pero cualquier cosa es posible, ¿no? Todos somos humanos. Ya sabes lo que suele decir mi padre en referencia a eso…

—Tu padre, Dios mío, no he conocido a nadie que tenga tantas teorías, frases hechas y proverbios para todo como él, y, si no, se los inventa sobre la marcha. ¿A cuál de todos te refieres?

—A cuando dice que «los pecados del hombre son tres: la carne, la carne…».

—… «y la puta carne».

Rieron.

—Sí, esa ya la sabía. ¿Cómo olvidarla?

—El chocolate está delicioso, por cierto.

—Desconozco cuáles serán las debilidades del joven Tomàs —retomó Lucía—, pero a mí me parece una persona responsable y comedida.

—No seré yo quien diga lo contrario. Lo que no quita que, estos últimos días, tenga un comportamiento particularmente reservado.

Entonces se percató de que sobre la mesita reposaba *El Isleño* y lo desplegó para leer el artículo del día de Pere Pau. Lo conocía bien, puesto que lo habían comentado antes de que el muchacho se dirigiera

a la redacción. Le gustó, como siempre, su estilo franco y directo. Le encantaban él y Toni Petit, los dos salidos de la nada y capaces de formarse; de vencer las adversidades de una sociedad que, salvo por la caridad de algunas órdenes religiosas, les daba la espalda, y de encontrar la manera de sobrevivir, primero, y de destacar por encima de los demás, después. Nadie tiene tantas ganas de superarse como el que conoce de primera mano la miseria y el hambre.

Miró la hora. Tenía tiempo para asearse como mandan los cánones. Dio orden de que le calentaran agua para darse un baño y se terminó el chocolate con dos sorbos antes de tumbarse junto a Lucía.

—¿Qué opinas de ayer? —preguntó ella.

—Que Biel tiene muchos y buenos contactos, y que su círculo de influencia llega lejos. A saber quién se escondía bajo aquellas máscaras…

—Quizá hasta el propio gobernador.

—¿Cuál de los dos? —Soltó una risita sarcástica.

—No lo sé, pero es obvio que había invitados poderosos.

Guasch vació los pulmones mientras le daba vueltas a todo aquello.

—¿Qué hay de ilegal en lo que vimos anoche? La prostitución no, ya que en esta provincia no hay una reglamentación al respecto; el fumadero de opio tampoco está regulado ni vetado; las peleas de perros son completamente legales… Lo único problemático son los juegos prohibidos de naipes y ya ves tú…

—¿Entonces?

—Creo que lo original es ofrecerlo todo junto.

—Y con esa puesta en escena.

—Así es. Ya oíste lo que contó Tomàs respecto a las peleas de perros, que desde que había cerrado el circo de *Els tancats* para construir la plaza de toros ya no había dónde librarlas.

—¿Y lo de los *braus*? —Le tembló la voz—. Menudo espectáculo terrible debe de ser ver dos *cans de bou* peleando contra un toro. Qué locura…

—*Panem et circenses*. No sé si hemos avanzado mucho desde los romanos.

—Al menos ahora no hay gladiadores matándose entre ellos.

Lucía le brindó una tímida sonrisa y clavó la mirada en el techo. Tenía algo en mente.

—Le he dado vueltas a la repentina marcha de Biel.

—¿Y…?

—Nada. No he llegado a ninguna conclusión. No tengo ni idea de dónde se metería ni para hacer qué exactamente.

Permanecieron un rato el uno junto al otro, sumidos en sus pensamientos hasta que tocaron a la puerta. Guasch autorizó la entrada y una pareja de criados accedió al dormitorio con un carrito cargado con cubos de agua humeante. Los dejaron junto a la bañera siguiendo sus indicaciones y se despidieron con una inclinación de cabeza.

Guasch se empezó a desvestir bajo la mirada atenta de su esposa, que se incorporó en la cama dispuesta a disfrutar del espectáculo.

—Vaya, no tengo lo que se dice mucha privacidad.

Lucía levantó el brazo y se tocó la alianza con el pulgar varias veces.

—Tengo derecho, he pagado mi entrada.

—¿En qué momento te has vuelto tan descarada y no me he dado cuenta?

—¿Perdona? El que se desnuda sin rubor y mancilla mi alma inocente eres tú.

—Ya podrías bañarte conmigo.

—Mañana, querido, hoy no tenemos tanto tiempo. Tendré que conformarme con disfrutar de la función desde la distancia.

Guasch vertió un par de cubos en la pila y se metió enseguida. El agua estaba muy caliente, casi hirviendo, y sintió cómo se abrían los poros de la piel y la nariz se le despejaba. Echó la cabeza hacia atrás y apoyó la nuca en la piedra fresca. El contraste era delicioso.

—A lo que no dejo de darle vueltas es a las chicas —dijo—, no a las meretrices de fuera, sino a las otras, las del servicio. Eran de la tierra.

—Esa tonadilla no se puede esconder.

—¿Dónde las encontrará?

—¿Piensas en Teresa?

Guasch se giró para observarla. A veces pensaba que ella tenía la

capacidad de introducirse en su mente y captar sus pensamientos antes que él mismo. Recordó que tuvo aquella misma sensación la noche en que la conoció mientras paseaban, a oscuras, por los solitarios lienzos amurallados de Dalt Vila, en Ibiza.

—Sí. Me pregunto qué relación tendrían. Ella trabajaba en el palacete de su familia, era joven y ambiciosa. Quizá decidió reclutarla y le ofreció un modo sencillo y rápido de ganar un dinero adicional, conociendo además a hombres influyentes y…

—¿Y…? Sigue.

—¿Divertirse? No sé bien cómo seguir, pero lo que queda claro es que tengo que sentarme con Biel de una vez por todas y sonsacarle todo lo que necesitamos saber.

—No será sencillo.

Guasch asintió pensativo y apoyó de nuevo la nuca. Ahora la piedra estaba menos fría.

—Ya, pero no tenemos elección. Ha llegado el momento de enfrentarnos a la familia.

53

El mismísimo diablo

Toni Petit

A Toni Petit le gustaba cruzar Sa Riereta por la pasarela de Sa Feixina, escuchar el sonido de sus pisadas sobre la madera, saludar a la gente con la que se cruzaba o escupir entre los tablones y ver cómo el salivazo se diluía en el agua mientras lo arrastraba la corriente. Todo muy sano y muy natural a sus diez años.

Para que luego dijeran que no parecía un niño.

Aquella mañana, sin embargo, no estaba de humor para deleitarse con el ruido de sus pasos o las sonrisas de los viandantes, ni siquiera con la contemplación de los escupitajos navegantes. Pere Pau no había acudido a su cita matutina y llegaban tarde a la reunión con Guasch y el policía ibicenco, Riera, y a él no le gustaba retrasarse ni dejar de cumplir con sus compromisos. Conocía bien la fama de seductor de su amigo, que gracias a su innegable atractivo, desparpajo y verborrea tenía un gran éxito entre las mujeres. Se hacía cargo del correspondiente insomnio que aquello le suponía, pues disfrutaba de sus conquistas en horario nocturno, robando horas al sueño. Aunque ejercitarse de noche no parecía hacer mella en él, que había demostrado sobradamente que a la hora de la verdad sabía despertarse, en el supuesto de que llegara a dormir, y cumplir con sus compromisos.

Menos hoy.

Se estaría haciendo viejo.

Cierto que equivocarse es humano, que el cuerpo aguanta lo que aguanta y todas esas obviedades que suelen decir los mayores, pero la

realidad era que ahora tenía que ser él, el enano, quien fuera a sacarlo de la cama de la oreja y lo pusiera en marcha. Como un pastor responsable haría con una oveja descarriada.

Parecía mentira.

Le pediría un aumento de sueldo. O que le enseñara a leer y a escribir mejor, porque en La Misericòrdia no enseñaban del todo bien y con Pere Pau todo era más fácil y más divertido. Tenía claro que formarse le reportaría más beneficios que esas pocas monedas de más que le podía pedir. A Pere Pau le había ido bien, y él necesitaba adquirir más soltura.

Hacía rato que las lavanderas mojaban, frotaban, aclaraban, tendían la ropa y parloteaban en la desembocadura del torrente. Un par de ellas repararon en su pelo naranja y lo saludaron. Él respondió al instante. Había aprendido que la simpatía abre más puertas que la belleza y casi tantas como el dinero. Bueno, quizá aquello último era un pelín exagerado, pero ser simpático a la larga cundía mucho.

Terminó de cruzar el puente y avanzó por Sa Feixina a buen ritmo. Varias embarcaciones en distinto estado de construcción reposaban en la costa mientras un enjambre de carpinteros de ribera revoloteaba a su alrededor. Unos pescadores reparaban sus redes en la costa entre jolgorio y risotadas. Los molinos de Es Jonquet, en especial el molí d'en Garleta, giraban sus palas al viento generoso que el *migjorn* les regalaba aquella mañana. La mar estaba ligeramente picada.

La vida en la ciudad seguía su curso y aquello le gustaba.

Se adentraba en el carrer Major del arrabal cuando se dio de bruces con un joven de facciones conocidas.

—*Uep, Miquel, com va*? —saludó Toni Petit.

El amigo de Pere Pau pareció dudar sobre si pararse o no. Finalmente lo hizo.

—*Tot bé lo nostro, i tu què fas per aquí*?

—Buscar al dormilón de tu amigo.

—¿Pere Pau se ha dormido? Esto sí que es una novedad. A saber qué habrá hecho esta noche.

—Y con quién…

—Eso me lo puedo imaginar.

Toni Petit compuso una sonrisa de camaradería que el otro no correspondió.

—Y tú, ¿a dónde vas?

—Estoy de recados ayudando a mi padre. Ya sabes.

Sí, ya sabía. Sabía bien que su padre era alfarero y que Miquel le asistía en el negocio, y por saber también sabía que, aunque el vástago se esforzaba por seguir los consejos de su progenitor, su desempeño era bastante defectuoso. Lo anterior, según confesión de Pere Pau, que intentaba justificar siempre a su amigo con palabras cariñosas y razonamientos laxos.

—¿Por qué no me acompañas? —propuso.

Miquel fijó la vista en las murallas para después volver a mirarlo a él.

—Voy con un poco de prisa…

—Vamos hombre, está aquí al lado. Ayúdame a sacarlo de la cama y en nada estás en marcha otra vez. Nos tiramos encima suya y lo aplastamos un poco…, ya sabes.

Aunque saltaba a la vista que Miquel no estaba muy por la labor, terminó por acceder.

Se pusieron en marcha.

—Tienes mala cara, ¿eh? —soltó Toni Petit—. Se ve que tampoco tú duermes mucho últimamente.

—¿Por qué lo dices?

—Porque anoche debiste de estar muy ocupado, con esas ojeras que gastas. Me ha dicho Pere Pau que la rubia es guapa y que trabaja en un casal de La Seu, ¿no?

—Ya veo que el periodista no sabe mantener la boca cerrada —replicó medio en broma, medio en serio.

—Su trabajo es informar, ¿no? —Rio un poquito para rebajar la tirantez—. Que hay confianza, hombre, últimamente hemos pasado mucho tiempo juntos. De algo tenemos que hablar.

—Pues con la rubia va bien, es muy buena chica.

—Entonces como tú, solo espero que sea más espabilada.

Le dio una palmada amistosa mientras giraban por la calle.

—Muy gracioso.

Se cruzaron con dos lavanderas que, cargadas con sus cestas rebosantes, se dirigían al muelle, y entraron en el callejón que, como siempre, estaba tranquilo. Rompían el runrún lejano del arrabal los maullidos apagados de un gato desde el interior de alguna vivienda. La luz sesgada del sol cubría la callejuela de una capa de irrealidad.

—Tiene la puerta cerrada —observó Miquel.

—¿Tú duermes con la puerta abierta?

—Eres siempre tan chistoso…

—¿Qué? ¿No es verdad? Mira, también tiene las contraventanas cerradas. ¡Qué curioso!

—*Per què no vas a cagar*?

—Uy, ¡qué sensible!

Toni Petit soltó una risita mientras se plantaba frente a la puerta y tocaba con los nudillos. Puso los brazos en jarras. Miquel esperaba tras él, paseando la vista de la entrada del callejón a la de la vivienda.

El maullido del gato sonó cercano.

—¿Has oído eso? —dijo Toni Petit, boquiabierto—. El minino está dentro.

—Sí —respondió Miquel—. ¿Y qué?

—¿Cómo que «y qué»? Pues que es imposible que el gato no lo haya despertado.

Volvió a tocar a la puerta, esta vez más fuerte.

—¿No puede ser que haya salido de casa y se haya olvidado de vuestra reunión?

—Pfff…, pero ¿no lo conoces? Pere Pau no se olvida de estas cosas.

Puso la mano en el pomo de la puerta, que no estaba cerrada con llave y cedió hasta crear una rendija por la que el gato salió a la carrera, como si huyera del mismísimo diablo.

—¿Hola?

El silencio en el interior era absoluto. También la oscuridad.

Terminó de empujar la hoja, que se abrió del todo con un lamento pesado.

—¿Pere Pau?

La cama estaba movida y fuera de lugar.

—¿No ves que no hay nadie? Vámonos.

Toni Petit se fijó por primera vez en el suelo bajo sus pies y señaló una mancha oscura que se iba tornando rojiza a medida que se adentraba en la vivienda. El olor era fuerte y penetrante. Un hervidero de moscas revoloteaba en algún lado, produciendo un zumbido desagradable.

—¿Qué… qué es esto?

Toni Petit entró pisando con cuidado y se dirigió hacia la ventana. Lo hizo sin pisar la mancha y sin ser del todo consciente de sus movimientos. Le temblaban las manos cuando las acercó al pestillo de la contraventana.

Le costó descorrerlo.

Una luz mortecina inundó la habitación lo justo para advertir que algo, más allá de la ya de por sí sospechosa mancha del suelo, no iba bien, que nada de aquello debía de suceder de aquel modo. Dos bultos alargados que sobresalían al otro lado de la cama habrían pasado por ser dos piernas de no ser porque el pie de una de ellas, teñido de un rojo brillante, estaba torcido en una posición antinatural.

Un pegote de moscas formaba círculos a su alrededor.

Empezó a temblarle todo el cuerpo. Un nudo en la garganta, como dos manos prietas, le impedía gritar. Habría querido salir corriendo de allí, despertar de aquella pesadilla y respirar aliviado ante una realidad más piadosa.

Se acercó a la cama, obligándose a avanzar sin apartar la vista de esas piernas deformes. Percibió que Miquel había desaparecido, o al menos que no se encontraba en el mismo lugar de antes. No lo buscó ni le prestó mayor atención.

Solo cuando tuvo aquel guiñapo sanguinolento delante despegó los ojos lagrimosos de las piernas y recorrió todo el cuerpo con la mirada hasta el lugar en el que se encontraba la cabeza.

Y entonces sí gritó con todas sus fuerzas.

54

Algo personal

GUASCH

Riera repicaba el talón contra el suelo del carruaje en un acto reflejo. Lucía permanecía con los ojos entrecerrados, sumida en sus pensamientos, dejando que su cuerpo oscilara por el vaivén de la calesa, cuyas bestias trotaban ahora por los callejones de la Vila d'Avall en dirección a Santa Catalina. Guasch miraba al exterior, atento a todo y a nada, evocando en su cabeza una y otra vez la entrada del niño desconocido en la sala de reuniones. Los tres se habían sorprendido al encontrarse a una nueva criatura en lugar de sus dos colaboradores habituales.

Guasch le preguntó al crío si había sucedido algo, aunque la respuesta, habiéndose presentado una hora tarde respecto a la hora de la cita, era más que obvia.

—Algo muy grave, señor. Toni Petit solo me ha dicho eso y que vayan cuanto antes a casa de Pere Pau…

—Bien, en ese…

—… y que traigan un médico.

Corrieron hacia las cuadras. No estaba Xisco, pero sí otro mozo que les preparó el carruaje en unos minutos. Tomàs se asomó en lo alto de la escalinata del patio al escuchar los gritos y Guasch apenas lo vio de refilón cuando ya salían al carrer de Can Savellà.

Más de un carro tuvo que apartarse para cederles el paso, los viandantes saltaban o se hacían a un lado y a punto estuvieron de pasar por encima de una pareja de ancianos ensimismados. El niño acompañaba al cochero en el pescante gesticulaba y advertía a gritos a

unos y a otros para que les dejaran pasar.

En breve llegaron al arrabal. Un breve que se hizo eterno.

El carruaje los dejó en una de las arterias principales, donde la afluencia de gente era más densa y les impedía avanzar. Hicieron el último tramo corriendo. Guasch llegó antes que los demás y vio a un chico espigado sentado en el suelo al fondo del callejón. Lloraba con la espalda apoyada en la pared y rodeaba con los brazos las piernas que tenía plegadas sobre el pecho. No era Pere Pau, sino el amigo que le acompañaba en el balneario.

Aquello no pintaba nada bien.

—Toni Petit nos ha mandado llamar —urgió Guasch—. ¿Dónde está?

El otro se limitó a desviar la barbilla en dirección a la vivienda.

Alguien había vomitado junto a la entrada. El olor era intenso y desagradable. La puerta estaba entreabierta. Se disponía a abrirla cuando Lucía y Riera aparecieron en la callejuela y llegaron hasta él.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó el subinspector, entre jadeos.

Guasch empujó la puerta para descubrir a Toni Petit sentado en la cama, rígido, serio y con los ojos fijos en ningún sitio. Una gran mancha de sangre cubría el suelo, algo se había arrastrado y dejado un reguero que se dirigía hacia un lado de la cama, desde el que asomaban dos pies colocados en una posición imposible.

Pensó en el joven y sonriente periodista y sintió ganas de llorar.

Aquella habitación le recordaba demasiado al balneario.

—Tratemos de no alterar nada —dijo de manera instintiva, esforzándose por mantener la mente en blanco—, y ojo con pisar las manchas del suelo.

Lucía se dirigió hacia Toni Petit, le acarició el pelo y se arrodilló frente a él. No reaccionó.

—¿Por qué no lo acompaña fuera, Riera?

El subinspector entró y le tendió la mano. El crío se levantó y la tomó, Riera lo rodeó con el brazo y el niño se aferró a él. Salieron por la puerta sin pronunciar palabra.

Guasch vació sus pulmones y se dijo que tenía que mantener la cabeza fría y centrarse en los detalles. Lucía se colocó a su lado. Tenía

los ojos fijos en el cuerpo inerte del joven periodista.

—Dios mío…

Un hierro diabólico le aprisionaba la cabeza y se hundía en ella a la altura de las sienes, como la dentadura de un gigantesco y metálico *ca de bou*. La nuca se apoyaba en el suelo, y a su alrededor se había formado una gran aureola densa y roja. Guasch se concentró en el rostro que se entreveía a través de la armadura y confirmó lo que le decía la lógica: la víctima era Pere Pau Bestard. Tenía la boca y los ojos abiertos.

Guasch sintió cómo los suyos se anegaban en lágrimas.

—Dime que al menos la muerte ha sido instantánea —susurró—. Por favor.

Lucía se arrodilló y examinó el cuerpo con detenimiento de arriba abajo. También ella tenía los ojos llorosos. ¿Cómo no? ¿Quién podría resistirse a aquella estampa dantesca? Las sensaciones se disparaban por el hecho de conocer a la víctima, y todavía más porque era una de esas persona que de verdad valían la pena.

—No sé cuánto habrá durado la tortura antes de usar el cepo, pero te garantizo que una vez incrustado en la cabeza, la muerte ha sido instantánea. No tengo ninguna duda.

Guasch se sentó en la cama, sorbió la nariz y se secó los ojos con un pañuelo. No recordaba la última vez que había llorado de aquel modo. Miró a su alrededor, tratando de centrarse. Debía hacerlo.

Se esforzó por reconstruir los hechos.

El callejón no estaba empedrado y, en consecuencia, tampoco la entrada de la vivienda, que era de tierra dura. Una mancha oscura, aunque en buena medida absorbida por el terreno, era todavía visible. Se acuclilló y la tocó. Estaba fresca. Descubrió unas hendiduras de un dedo de grosor que, por su forma, imaginó que debían de corresponder al cepo. Eso significaba que el mecanismo estaba preparado frente a la puerta, esperando a que Pere Pau se acercara a abrirla. Y funcionó. Ahí fue donde le destrozaron la pierna.

Se incorporó y miró alrededor. La vivienda no estaba aislada, sino rodeada de casas. ¿Cómo era posible que nadie escuchara los alaridos que debió de proferir el joven y acudiera en su ayuda? Fuera de día o

de noche, alguien debió oírlo. Iría puerta por puerta e interrogaría a todo el arrabal si era necesario.

Aquello se había convertido en algo personal.

Se concentró en las marcas junto a la puerta. Habían arrastrado el cuerpo malherido con cepo y todo hacia el interior.

Fuera, Riera se había sentado en el suelo junto a Toni Petit, que apoyaba la espalda en su costado y sostenía con fuerza entre sus manos menudas, como el más preciado tesoro, el pañuelo rojo de Pere Pau, hoy manchado de un tono más oscuro. El subinspector le acariciaba el pelo y le susurraba unas palabras que le habría encantado escuchar y que mantenían al niño tranquilo. El otro joven seguía en el mismo lugar, con la misma expresión descompuesta y el mismo llanto quedo.

Varias personas pasaban por la calle principal. Nadie se volvió ni les prestó atención.

Entonces Guasch cayó en la cuenta, y se sorprendió de no haber pensado antes en ello, de que tenían que informar del asesinato a la autoridad. Hacerlo, además, sacaría a la luz su investigación privada, lo que iniciaría otra oficial para esclarecer los hechos. Aquello desató toda una tromba de pensamientos en su ya de por sí mente embotada. Sintió que el espacio reducido y asfixiante de esa casa era su propia cabeza intentando dar cabida a todo tipo de ideas y posibilidades. El olor a hierro, sangre, vísceras, orín y vómito, el zumbido de las moscas… Una presión sobrehumana, demoníaca, hacía que el aire que respiraba fuera cada vez más denso y escaso.

¿Habría descubierto Pere Pau algo en sus últimos minutos u horas de vida que había llamado la atención del asesino? ¿Era su muerte consecuencia directa de que Guasch lo incorporara a su investigación? ¿Lo había puesto él en la boca del lobo?

Trató de apartar aquellos pensamientos nefastos. Cerró los ojos y acompasó la respiración. No estaba acostumbrado a sentirse así, a perder los estribos y dejarse arrastrar por los remordimientos. Se dijo que no valía la pena adelantar acontecimientos y sí, en cambio, aclarar qué había sucedido, encontrar al culpable y hacer que pagara el crimen muy caro. Una vez resuelto, tendría vía libre para asimilar

su responsabilidad y la culpa el resto de sus días.

Volvió a centrar su atención y sus esfuerzos en el drama que le rodeaba. Lucía se encontraba arrodillada junto al cadáver. Se sentó en la única silla de la estancia, a cierta distancia de ella.

La respuesta era clara, pero no quería condicionar a su mujer, de manera que lo preguntó de la forma más aséptica posible:

—¿Crees que se trata del asesino del balneario?

—¿Tú no?

—Dos crímenes salvajes en menos de una semana en un lugar tranquilo como Ciutat de Mallorca es obvio que, desde un punto de vista conceptual, han sido cometidos por la misma mente trastornada. El asesino es cruel y no le importa infligir dolor a la víctima sin que, al parecer, le afecte lo más mínimo durante el proceso. La palabra exacta es tortura. Pero me interesaba conocer tu opinión a raíz de lo que has visto en los dos cuerpos.

—Claro que lo creo, Marc; lo has descrito perfectamente. Teresa es violada y después le machaca el rostro; a Pere Pau le parte la pierna, le revienta la mandíbula y después le clava el armatoste este. Me da la sensación de que el asesino siente rabia hacia las víctimas, por el motivo que sea. En el caso de Teresa había, en mi opinión, un claro componente sexual. En este no sabría decirte.

—A ambos les ha destrozado la cara.

Su mujer se acercó. Posó la mano sobre su hombro y lo apretó de forma casi imperceptible con los dedos. Guasch se estremeció, pero agradeció el contacto. Las lágrimas le escocían el alma. El olor penetrante, dulzón y nauseabundo de la muerte se mezclaba a las mil maravillas con la culpa y la rabia. Lucía echó una última mirada al cadáver de Pere Pau antes de hacer un gesto hacia la puerta y comentar:

—Para averiguarlo, vamos a tener que capturar al asesino.

55

Llueve sobre mojado

GUASCH

Ignasi Arnall cerró los puños con fuerza cuando Guasch le informó en persona del asesinato de Pere Pau Bestard. El teniente conocía al chico, con seguridad mucho más que el propio Guasch y, según reconoció, desde el crimen del balneario había seguido con interés sus artículos diarios en *El Isleño*.

También le comunicó, ya de camino a Santa Catalina y rodeados de uniformes azules, que había estado intercambiando información con él sobre el asesinato del balneario y que incluso habían iniciado una colaboración informal.

—Entonces, ¿no estaba usted disfrutando de la belleza de nuestra isla, señor Guasch?

—Usted también vio a Teresa Coll, teniente, no creo que me pueda culpar por intentar encontrar al asesino por mi cuenta. ¿Qué hombre de bien no haría lo mismo? Añada a eso mi condición de investigador. No podía quedarme de brazos cruzados.

El catalán se había limitado a asentir.

La llegada de una dotación importante de la Guardia Civil al arrabal había alterado de manera instantánea la paz de los lugareños, que se arremolinaron en torno a la entrada del callejón al tiempo que estiraban el cuello por encima de los hombros uniformados y empezaban a especular sobre el motivo de su presencia allí. Como sucede siempre en estos casos, no tardaron en averiguar qué había sucedido.

Y no reaccionaron bien.

A la muerte despiadada de una joven humilde había que añadir la de un héroe popular, querido por sus vecinos y admirado por todos. La gente se puso a gritar y a lanzar consignas puño en alto. Alguien empujó a uno de los guardias y, al tratar de defenderse este, se armó un pequeño tumulto que, gracias al ánimo apaciguador de uno de sus compañeros, no fue a mayores.

Lucía se había llevado a Toni Petit a Can Puig, y el amigo lloroso de Pere Pau, que respondía el nombre de Miquel, había regresado a su casa. Ya tendrían tiempo de tomarles declaración a su debido momento.

Ahora, Guasch y Arnall esperaban en el edificio del Gobierno Civil, sentados en dos incómodas sillas, a que el gobernador interino de la provincia, el fácilmente irritable don Ricardo de las Cuevas, hiciera acto de presencia. Un grupo de indignados se había agolpado a las puertas del edificio, por lo que raro sería a esas alturas que fueran ellos quienes dieran la primicia al político, que más mal que bien ya se habría enterado de las novedades y vendría sulfurado.

La reunión se preveía tensa.

En un determinado momento, el autómata que había conocido en su visita anterior anunció que don Ricardo «no tardaría en llegar». El griterío de fuera se intensificó poco después de que la campana d'en Figuera tocara las doce del mediodía.

Guasch lo interpretó como una señal.

Ni él ni el secretario se equivocaron esa vez y el gobernador interino entró en el gran salón dando vigorosas zancadas en compañía de dos caballeros a los que tenía el gusto de conocer: el alcalde también interino, don Joan Vanrell, y el ilustre y polifacético don Pere d'Alcàntara Penya. Cuando reparó en su presencia, don Ricardo imprimió todavía más brío a sus pasos agigantados y se plantó frente a él.

—¡Arnall! ¿Por qué he tenido que enterarme de esta desgracia en la calle?

El teniente se cuadró y dudó un instante que Guasch aprovechó para responder con calma:

—Porque nos ha resultado imposible encontrarle, don Ricardo. Por

eso le esperábamos aquí.

Después saludó con una cabezada a Alcàntara, que correspondió de idéntico modo, y a don Joan, que tragó saliva ante aquella respuesta irreverente.

—¿Y usted qué hace aquí? —inquirió el gobernador.

—Esperar para contarle lo que sabemos.

—¿Qué tiene que explicarme?

—Quizá podríamos ponerlo al día en un lugar más discreto…

Subieron a la primera planta entre los exabruptos de don Ricardo, pero esta vez Guasch no se dejó obnubilar por su personalidad estrambótica. Durante los últimos días había reflexionado al respecto y se había convencido de que no había nada reprobable en su investigación paralela. Si la autoridad no se avenía a colaborar, ya se encargaría de buscar nuevas vías de trabajo. El asesinato de Pere Pau no podía poner un punto final a la labor que habían venido desempeñando, sino más bien lo contrario: significaba que tanto Pere Pau como Guasch y el resto de los compañeros habían hecho lo correcto, habían tocado las puertas adecuadas y hecho las preguntas acertadas. Retirarse, abandonar la investigación, sería actuar tal y como el responsable de aquella carnicería esperaba que hicieran, y Guasch no estaba por la labor de darle el gusto.

Entraron los cinco en el despacho de don Ricardo y se sentaron alrededor del gran escritorio, el gobernador a un lado y el resto al otro, formando un semicírculo. Para su alegría, Alcàntara también formaba parte de la reunión. Era una buena noticia que don Ricardo, que debía de tener al arquitecto por un hombre cabal, decidiera no prescindir de su compañía en esas circunstancias.

El cielo plomizo reflejaba bien su estado de ánimo y la algarabía del exterior les llegaba ahora amortiguada.

Guasch expuso sin demora el avance de sus pesquisas y su relación con Pere Pau, obviando adrede los aspectos que involucraban a Pons o al cirujano que había colaborado con Lucía. Se refirió a Can Vivot y al comportamiento extraño de Biel. Finalmente, dio cuenta de las pocas acciones realizadas de la mano de Pere Pau hasta que aquella misma mañana había encontrado su cuerpo sin vida.

El gobernador escuchó con el rictus serio y, por primera vez desde que lo conocía, no le interrumpió. Aquello era *per se* una buena señal.

—Todo esto es inaudito —comentó después de una larga reflexión —. ¿Ha confiado información de este calibre a niños de la calle? No sé cuántas normas ha incumplido usted con esta manera de actuar tan irresponsable…

—Ya le respondo yo: ninguna.

El sentido común le sugería no entrar en una disputa, por eso Guasch no había reaccionado de modo airado ante semejante agravio. Confiaba en que el descontento popular se pusiera de su lado e imaginó a las autoridades de Madrid exigiendo resultados inmediatos a raíz del segundo crimen. Tal vez aquella presión interna y externa le forzara a flexibilizar su posición y por eso, en un giro de sensatez, había mantenido a Alcàntara en el grupo y no le había saltado al cuello a él a las primeras de cambio.

Dentro de la situación lamentable en la que se encontraban, no dejaban de ser buenas noticias. Guasch observó al Maestro Mayor de fortificaciones, que le devolvió una mirada serena.

—Don Ricardo —se lanzó este, rompiendo el mutismo de la sala—, soy consciente de su buena voluntad con respecto a la gestión del incidente del balneario y de sus esfuerzos para resolver el crimen, pero…

—Ahora viene lo bueno —dijo el gobernador con sarcasmo.

—¿Cómo dice?

—Que todo el mundo sabe que en una frase que contiene un pero lo único relevante es lo que viene después. Proceda, por favor.

¿De verdad estaba dando pie a escuchar una crítica?

Alcàntara no inmutó el gesto.

—Quería decir que es una lástima tener a nuestra disposición un talento como el del señor Guasch, que además está abierto a colaborar con nosotros, y no dotarlo de las herramientas necesarias para hacer su trabajo. Un trabajo que, como es sabido, redunda en beneficio de la comunidad y que debería realizarse, por supuesto, de un modo armonizado y bajo su batuta.

El alcalde carraspeó.

—Estoy convencido de que encontrarán el modo de colaborar —dijo.

Guasch hizo un gesto de agradecimiento a los dos prohombres, que lo miraron con expresión de «ya hemos hecho nuestra parte».

El gobernador interino se levantó y se acercó a la ventana murmurando; bajó la vista hacia la muchedumbre que se acumulaba frente al edificio y la dotación militar que debía bregar con ella para contenerla. Los gritos se escuchaban ahora con mayor claridad, pese a verse atemperados por el cristal. El gentío exigía una solución inmediata a todo aquel despropósito.

—Arnall —resolvió finalmente don Ricardo—, a partir de ahora, el señor Guasch forma parte del equipo y queda bajo su responsabilidad. Quiero que sigan hasta el final las pistas que han surgido de ambas investigaciones y que me tenga informado de cualquier avance. ¿Queda claro?

—Por supuesto, señor. ¿Y cómo actuamos respecto al joven Biel?

—He dicho hasta el final, ¿no lo ha entendido?

—¿Eso significa que…?

—Que si se resiste, se topará con mi autoridad, con independencia de quién sea su familia. Y ahora, salgan de aquí y encuentren al malnacido que ha hecho esto.

56

El cuidador

GUASCH

Antes de abandonar el edificio, mientras se dirigían a la planta baja, Guasch y Arnall decidieron los pasos inmediatos a seguir.

Obviando las órdenes explícitas del gobernador, el teniente propuso que ambos lideraran la investigación, aunque sobre el papel fuera él quien interactuara con su superior y responsable de las operaciones de su equipo.

Acordaron interrogar a Biel, a Coloma Morlà y a los amigos más cercanos y vecinos de Pere Pau, acabar de revisar de una vez por todas el listado de pastores con cayados metálicos y, aunque probablemente fuera infructuoso, terminar la investigación de los corredores. También deberían buscar información sobre el cepo y practicar la autopsia al cadáver de Pere Pau.

Iba a resultar pesaroso, pero ¿acaso no lo eran la mayoría de las tareas en ese trabajo suyo? Guasch sopesó si todos aquellos sinsabores valían la pena, pero recordó los cadáveres de Teresa y de Pere Pau y que el asesino andaba suelto y se respondió al instante que sí.

Ante el barullo existente en la puerta principal, optaron por salir por una accesoria.

Se separaron para cumplir con lo pactado: Arnall coordinar a sus hombres y Guasch acercarse a Can Puig para hablar con Toni Petit. Después se encontrarían en Can Vivot.

La ciudad había perdido la alegría. No se escuchaba a la gente cantar, los viandantes lucían expresiones serias y se dedicaban miradas de soslayo unos a otros, como si cualquier desconocido, o

incluso conocido, fuera sospechoso de los asesinatos. Se dijo que ese era el verdadero problema, que el culpable se escondía bajo la apariencia de un hombre normal. Durante los días de carnaval había ocultado su verdadera identidad bajo un disfraz de vecino cualquiera. Una cosa era segura: se encontraba allí, entre ellos, comiendo su misma comida, paseando sus mismas calles, respirando su mismo aire.

Le informaron nada más llegar que Lucía había partido con el carruaje y que Riera estaba en la habitación con el niño. Allí los encontró. Toni Petit yacía en la cama con los ojos cerrados y la respiración entrecortada y Riera lo velaba en una silla con cara de preocupación. Nunca había visto al subinspector tan contrito.

—Hace una hora que Lucía se ha marchado al hospital —explicó.

—¿Para practicar la autopsia?

El subinspector asintió y volvió la vista al pequeño. Movió la cabeza a derecha e izquierda y suspiró.

—Estas no son experiencias que debiera tener una criatura.

Guasch no podía estar más de acuerdo. Si a él, como profesional y persona adulta, le había impactado ver el estado en que había quedado Pere Pau, no quería imaginar cómo podía llegar a afectar a Toni Petit la visión del cuerpo destrozado del que, para él, era un referente, una especie de hermano mayor.

—¿Le ha contado algo?

—Me ha explicado cosas de Pere Pau: cómo vivió y sobrevivió en la nada, cómo aprendió a leer y a escribir casi por su cuenta; me ha hablado de su valentía y de cómo, con su forma de ser y su empuje, había conseguido destacar sin recursos ni familia de renombre que le apoyara.

Guasch imaginó la vida de aquel pequeño huérfano, nadando a contracorriente, construyendo en solitario y por su cuenta, poco a poco y desde que tenía uso de razón, unos vínculos que actuaran a modo de pilares más o menos estables sobre los que apoyar su frágil existencia y vivir el día a día, sorteando los problemas, sobreviviendo a las circunstancias y, en definitiva, creando un camino propio de la nada. ¿Podía levantarse un crío como aquel después de recibir un mazazo que dinamitaba su vida? Por supuesto, por necesidad y porque

no tenía otra opción.

Encontraría la manera de ayudarlo.

Le señaló con el dedo y Riera negó con la cabeza dando a entender que prefería no despertarlo.

—Sí que ha hablado…

—Bueno, ha sido en un momento en el que necesitaba recordar a su amigo.

—¿Ha dicho algo de la noche pasada?

—Que Pere Pau se había citado con Coloma.

—¿La cocinera de Can Vivot?

—La misma.

Asintió.

—Así que esa era la fuente de información que tenía en la casa. Debí imaginarlo…

—Por lo visto, habían empezado a intimar.

—Tampoco me extraña.

—¿Y a usted cómo le ha ido?

Guasch le puso al día de la reunión mientras se quitaba la chaqueta, se acercaba a la jofaina y se arremangaba la camisa. Vertió un chorro de agua fresca en la vasija, hundió las manos y empezó a refrescarse la cara y a explicarle la presión popular y seguramente institucional a la que estaba sometido el gobernador interino. Finalmente, mientras se secaba con una toalla, le contó su reciente aceptación como miembro del equipo de investigación oficial que, en realidad, iba a dirigir tras la fachada del teniente Arnall.

—Entonces, yo ya no pinto nada aquí —lamentó el subinspector.

—Al contrario, amigo mío, ahora disfrutamos por fin del reconocimiento que deberíamos haber tenido desde el principio. Usted no se moverá de mi lado hasta que no hayamos resuelto estos crímenes.

El policía esbozó una sonrisa distante, tomó asiento de nuevo y posó la palma de la mano en la frente del pequeño con cuidado de no despertarlo. Chascó la lengua.

—Cuando se despierte, pediré que le traigan un buen chocolate.

—Mejor uno para cada uno —propuso Guasch—, a usted también le

sentará bien.

—Eso siempre —aseguró esbozando una sonrisa distante.

—¿Ha podido hablar con Miquel esta mañana?

El subinspector se puso serio de nuevo.

—Toni Petit me ha dicho que es… era… muy buen amigo de Pere Pau y que solían salir juntos. Pere Pau era el carismático, quien llevaba la voz cantante. Miquel le admiraba.

—¿Pero ha podido intercambiar alguna impresión con él?

—Solo dos palabras antes de que llegaran los guardias y se armara todo el alboroto. Le he visto mal… Me ha parecido que tenía una cierta sensación de culpa.

—¿A qué se refiere?

—A que hablaba como si tuviera remordimientos.

—Coño, Riera, se explica usted como un libro cerrado. ¿Culpa de qué?

—Y usted empieza a hablar como un tabernero de puerto. ¿Qué quiere que le diga? Es solo una impresión. Está claro que tendremos que conversar con él.

Guasch se bajó las mangas de la camisa, se rehízo el nudo de la corbata y se puso la americana.

—Voy a Can Vivot, ¿qué va a hacer usted?

Riera respondió sin apartar los ojos del pequeño.

—De momento me quedo de guardia. Si regresa Lucía ya me acercaré, y si tiene que marcharse de allí, por favor, deje dicho adónde para seguirle el rastro.

Así lo haría.

57

Un hombre insatisfecho

GUASCH

John Stuart Mill dijo una vez que un ser humano insatisfecho vale más que un cerdo satisfecho. La reflexión del genial economista y filósofo británico era más larga y profunda, pero aquel era el fragmento que Guasch no podía quitarse de la cabeza mientras pasaba frente a la fachada de la iglesia de Santa Eulalia. Se preguntó el motivo de aquella repetición obsesiva y comprendió que no podía deberse sino a la esencia de esa frase lapidaria: un hombre disconforme está dispuesto a luchar para conseguir lo que anhela. Y aquel era el estado en el que él se encontraba en aquel momento: terriblemente insatisfecho. Necesitaba descubrir al asesino.

Al final del carrer del Sant Crist se topó con Arnall y sus hombres. Media docena. El teniente conversaba con uno de ellos de espaldas y Guasch reparó en la presencia de Pons. A simple vista, el cabo no tenía mal aspecto, incluso parecía más alto de lo normal. Se acercó a él y se estrecharon la mano.

—No puedo creer que ya esté usted recuperado —admiró Guasch.

—Me aburría en casa…

Lo miró con detenimiento y no le costó comprender la realidad que se ocultaba bajo aquella apariencia de normalidad: que estaba igual de maltrecho que el día anterior, que debía de llevar el torso fuertemente vendado para intentar contener el dolor y que, en definitiva, él también era un ser humano insatisfecho que necesitaba encontrar al culpable y hacerle pagar sus pecados. A cualquier precio.

—Me alegra mucho verlo de nuevo —admitió Guasch.

—Lo mismo digo.

—Por cierto, ¿puede creerse que desconozco su nombre de pila?

Pons levantó una ceja, como si no esperara aquella pregunta personal o como si no le convenciera la respuesta que debía dar.

—Ovidi.

—¿Se llama Ovidi Pons?

El otro se encogió de hombros.

—Mi abuelo, ya sabe… —Entonces se puso serio, los ojos brillantes —. Vio usted el cuerpo de Pere Pau, ¿verdad?

Cómo no, aquel era el motivo que le había levantado de la cama.

Asintió. No era necesario añadir nada más.

—¿Cómo lo hacemos? —preguntó Arnall, que había concluido su conversación.

—Creo que antes de interrogar a Biel debemos saber qué hizo Pere Pau anoche.

Guasch explicó la relación que el periodista mantenía con Coloma y que la pareja, según le constaba, se había citado la noche anterior.

—¿Qué sugiere? ¿Esperamos aquí mientras usted habla con ella? ¿Quiere que le acompañemos Pons o yo?

—Lo mejor será que vaya solo. Cuantos más seamos, más coaccionada se sentirá.

Le dio una palmadita en la espalda y se adentró en el patio.

No tardaron en abrir la puerta de la despensa, aquella en la que parecía un siglo atrás, había coincidido por primera vez con la criada de tirabuzones negros a la que ahora se disponía a visitar. Esta vez, sin embargo, se recortaba en el hueco de la puerta la figura de una mujer fondona a la que recordaba haber visto dos días antes, cuando comunicaban al servicio la identidad de la víctima del balneario. Si no erraba, era la cocinera.

Guasch saludó, se presentó y preguntó por la criada.

La mujer lo examinó de arriba abajo.

—Usted es el caballero que acompañaba a la Guardia Civil. Espero que no traiga más malas noticias, ¡bastante tenemos ya con la muerte de Teresa y ahora con la atrocidad del joven de Coloma!

—Me gustaría hablar con ella.

—No sé si es lo que más le conviene a la niña. Nunca he visto a nadie llorar tanto.

—Me hago cargo, señora, y le aseguro que si no fuera del todo necesario no la molestaría en estos momentos.

La mujer asintió de mala gana y se hizo a un lado.

El almacén estaba repleto de sacos de grano, cestas con hortalizas, tinajas con aceite y otros líquidos y una infinidad de embutidos colgando del techo. Los múltiples colores y olores atacaban sus sentidos y le recordaban que la hora de la comida había pasado y que él la había desatendido. En la cocina, varias chicas limpiaban cacharros y la vajilla con la que los señores habían realizado el ágape.

—¿Está el señor Biel en casa? —preguntó.

—El señorito Biel ha llegado para la comida, que ha hecho con la familia, y ahora debe de estar reposando en sus aposentos.

Guasch no había caído en la cuenta de que el joven podía haberse quedado en el *rafal*. Ni lo había considerado. Por suerte, había regresado a Ciutat. Así todo sería mucho más cómodo y sencillo para su interrogatorio.

Cruzaron la salita del servicio, caldeada por una chimenea en la que crepitaba un leño de buen tamaño, y subieron por una recia y estrecha escalera de caracol que, según informó la mujer, también llevaba a los porches y a la garita de la torre de la casa, desde la que se divisaba todo el puerto.

—Desde ahí arriba los señores controlaban la llegada de sus navíos.

Salieron al piso en el que estaban los cuartos *de ses dones*, donde Guasch ya había estado un par de veces para hablar con Coloma y para registrar la habitación de Teresa. Aquellas veces había accedido desde el comedor de los señores. Después de un descansillo enfilaron un largo pasillo en el que se distribuían las habitaciones de las mujeres solteras, los baños y otra que se empleaba como escuela para los niños y en la que vio una pizarra colgada de una pared y un puñado de sillitas y pequeños pupitres. El sol se filtraba por un gran ventanal.

La mujer se detuvo frente a una de las últimas puertas, que estaba abierta, y le hizo un gesto para que esperara. Tocó en el marco y salió

una mujer de pequeña estatura y cabello canoso recogido en un moño bajo. Era el ama de llaves. Cuchichearon con las cabezas pegadas y la recién salida lo miró sin disimulo y con desaprobación. La otra añadió algo más y la cocinera terminó asintiendo. Le hicieron un gesto para que se acercara y, a regañadientes, le franquearon el paso.

—No tarde mucho —dijo el ama de llaves—, necesita descansar.

—Estaré lo menos posible.

La habitación era gemela a la de Teresa. La silla se encontraba junto al cabecero de la cama; varias prendas de vestir pendían de los ganchos de la pared; una taza humeante colmaba el ambiente de un agradable olor a camomila que le hizo rememorar las veraniegas mañanas de domingo en la finca de la costa valenciana. Hacía una eternidad de aquello, tendría la edad de Toni Petit.

Coloma Morlà permanecía tumbada de cara a la pared, con las piernas encogidas y tapada hasta el cuello. Presentaba una respiración agitada y gimoteaba.

Las señoras, tan preocupadas por la salud de la joven como deseosas de escuchar la conversación, esperaban pacientes en la puerta con las manos cruzadas sobre el regazo y los ojos y los oídos atentos a todo cuanto presenciaban.

—Necesitaría un poco de intimidad, si son tan amables.

Pero ellas no se movieron ni alteraron el gesto.

Guasch suspiró, forzó una sonrisa y, haciendo una pequeña reverencia, cerró la puerta ante sus miradas atónitas.

Coloma no había cambiado de posición y tampoco parecía haber reparado en su presencia. Guasch se acercó y tomó asiento en la silla.

—Buenas tardes, Coloma. Soy Marc Guasch.

La joven contuvo un último gemido y levantó la cabeza. Entonces empezó a darse la vuelta, aparentemente con intención de levantarse.

—Lo siento, yo… no le esperaba.

—No se mueva, por favor. No es necesario.

Coloma había logrado girarse parcialmente hasta quedar boca arriba. Tenía los ojos rojos por el llanto y la cara de una tonalidad similar. Se pasó un pañuelo por los lacrimales, emitió un largo suspiro y se quedó mirando el techo.

—Lo siento —repitió.

—Sé que había iniciado usted una relación con Pere Pau Bestard y que anoche quedaron en verse. Como comprenderá, dada la magnitud de los acontecimientos, es importante que conozcamos cualquier cosa que tenga relación con él, incluso detalles menores. En especial, lo que hizo las últimas horas, por supuesto, pero también antes. Le pido que haga memoria y me lo explique todo, por favor.

La chica le escuchó en silencio con la mirada vidriosa. Guasch temió que rompiera a llorar de nuevo, pero en lugar de eso, respiró un par de veces como para darse ánimos y empezó a hablar.

—Nos conocimos por casualidad. Él llegó a la casa preguntando por Teresa y en un primer momento hasta me confundió con ella.

—¿Sabe cómo llegó él hasta Can Vivot?

—A través de la iglesia de las clarisas. Preguntó al rector por ella y este le dijo que trabajaba aquí. Había descubierto que unos hombres la asustaron y que ella se refugió en la iglesia.

—Continúe, por favor.

—Ese primer día me invitó a ir a la verbena. Le dije que no, pero se las apañó para convencerme de que fuéramos con carabinas. Yo fui con una amiga y él con un amigo.

—¿Miquel?

Asintió.

—Estuvimos bailando y hablando toda la noche. Es… era… muy gracioso. También inteligente. Escribía en el periódico…, ya sabe. Lo hacía muy bien. Estaba feliz de que se reconociera su trabajo, de que toda la isla hablara de sus escritos. También lo estaba por colaborar con usted.

—¿Qué le contó de eso?

—Que habían empezado a trabajar juntos. Estaba muy ilusionado, hasta el punto de que le daba igual no llevarse el mérito de la investigación, tal y como había hecho hasta entonces. Le encantaba la idea de formar parte de un equipo como ese.

Guasch sintió que se le formaba un nudo en la garganta.

—¿Qué pasó la última noche?

Una lágrima resbaló por el lacrimal, le rodeó la oreja y se fundió

con el cuello del camisón. Cerró los ojos para impedir que brotaran nuevas lágrimas. Ni la situación dramática ni el dolor restaban un ápice al atractivo natural de aquella joven de sedosos tirabuzones que se desparramaban sobre la almohada y enmarcaban su rostro equilibrado y puro. Guasch sabía que no podía apretarla más y la dejó rehacerse a su ritmo.

—Quedamos para vernos —dijo finalmente—. Estuvimos juntos casi toda la noche. Fuimos a su casa…

Ahí se detuvo y Guasch supo que lo ocurrido allí formaba parte de su intimidad. Hicieran lo que hicieran, que lo podía imaginar, era cosa de ellos. Se centró en temas prácticos.

—¿Cuándo se separaron?

—Me acompañó aquí cuando aún quedarían un par de horas para el amanecer. Después regresó a su casa a dormir, imagino.

—¿Notó algo extraño durante sus paseos de ida y vuelta, alguien que les hablara, que los siguiera, que los mirara de algún modo particular?

—Nadie, que yo me fijara.

Por supuesto. Dos tortolitos en pleno tonteo no reparan en terceras personas, y mucho menos en posibles enemigos. Nadie sospecha ni ve más allá cuando tiene la fuente de felicidad a su lado.

—Y en Santa Catalina, al entrar o salir de la casa de él, ¿tampoco observó nada fuera de lugar?

Negó de nuevo.

—Algo destacable que recuerde de algún otro día.

Ahora sí notó que se tomó un tiempo para responder, que hacía un esfuerzo por pensar.

—Hace un par de días me preguntó por el chico que nos trae la leche.

—¿Benet?

—Sí, ese, ya veo que sabe quién es.

—¿Qué puede contarme de él?

—Lo mismo que le dije a Pere Pau, que apenas lo conozco y que es buen chico. Pregunté a otras chicas de cocina y todas opinan lo mismo.

—Y del señor Biel, ¿qué puede explicarme?

—Que es el señorito de la casa.

—Por supuesto, pero ¿cómo es con ustedes? ¿Conoce las veladas que organiza?

Ella le miró extrañada.

—¿Qué veladas? ¿Aquí? Pere Pau también me lo preguntó…

Aquello ya respondía a su duda. No había podido aclarar apenas nada, ni del periodista, ni de Biel, ni de Benet. Guasch se levantó, dispuesto a marcharse.

—Debería hablar con Miquel —dijo Coloma, cerrando los ojos—. Seguro que él puede contarle muchas cosas de su amigo.

—Si necesita o recuerda algo, hágamelo saber, por favor. Lo que sea.

Y salió para avisar a Arnall, diciéndose que estaba destinado a ser, toda la vida, un hombre insatisfecho.

58

El señorito

GUASCH

Ovidi Pons lideró la comitiva escaleras arriba, llamó a la puerta de la planta principal y se hizo a un lado para que Guasch y Arnall quedaran frente a ella. El resto de los guardias se situaron a su espalda a diferentes alturas.

Un criado al que conocía de las visitas anteriores abrió la puerta y se quedó petrificado, sin saber qué decir ni a quién dirigirse. Finalmente, preguntó a Guasch, el civil al que con seguridad recordaba de sus visitas anteriores.

—Buenas tardes, ¿qué desean los caballeros?

Lo dijo sin levantar la voz, como si temiera importunar a los señores a la hora del descanso o como si tuviera un trapo hundido en la garganta que le impidiera expresarse de un modo normal.

—Necesitamos ver al señor Biel —dijo Guasch.

—¿Ahora?

—Correcto.

—¿Los… siete?

Guasch y Arnall habían acordado cómo abordar la situación.

—Por ahora, solo entraremos nosotros tres.

—Bien…, pues…, si son tan amables de seguirme, voy a buscar al señor.

Los guio hasta una de las salitas y desapareció cerrando tras él las puertas correderas.

La espera no se prolongó demasiado, pero en lugar del joven Biel fue su padre, don Joan Sureda i Boixadors, marqués de Vivot, quién

entró en la sala.

Se pusieron en pie. El aristócrata se dirigió directamente a Guasch y obvió a los guardias.

—¿Se puede saber qué significa esto?

—Necesitamos hablar con su hijo.

—¿Sobre qué?

—Nos interesa saber qué hizo la pasada noche, y también la del *dijous llarder*, entre otras cosas. Biel tiene mucho que explicar y, lamentablemente, hasta ahora no ha mostrado ninguna predisposición a hacerlo.

—¿Y por qué no se me ha informado antes? Daba por supuesto que me tendría usted al corriente de cualquier aspecto de la investigación que estuviera relacionado con esta casa. Le tenía por un buen profesional, además de por una persona cercana…

Guasch mostró las palmas de las manos.

—Precisamente por eso estoy ahora aquí, don Joan, haciendo lo que debo.

El marqués le dedicó una mirada cargada de resentimiento que venía a hablar de la amistad y los lazos de sangre que unían a ambas familias, de la conciencia de clase y la solidaridad entre miembros de la nobleza local.

Guasch solo deseaba que el respaldo oficial del gobernador le permitiera hacer bien su trabajo.

—En realidad, todo es más sencillo de lo que parece —añadió. El noble alzó una ceja, que formó un signo de interrogación—. Basta con que su hijo nos explique lo que necesitamos saber y ya está. Los inocentes no tienen nada que temer.

Se oyeron unos pasos fuera de la habitación justo cuando el marqués lanzaba una última advertencia.

—Su mera presencia aquí acompañado de la Guardia Civil es una vergüenza para la familia, Marc, ¿no lo entiende?

—Una conversación no tiene por qué deshonrar a nadie si no hay culpabilidad.

—La simple sospecha ya es una humillación.

La puerta se abrió para dar paso al joven Biel. Vestía con informal

elegancia, con un batín corto de terciopelo azul en lugar de chaqueta, y no daba muestras de haber estado durmiendo unos minutos atrás. Tampoco parecía preocupado ni sorprendido, como mostraba su sonrisa confiada.

—Buenas tardes, caballeros, ¿les han ofrecido algún *refresc*?

—Biel, yo me encargo de esto.

—No hay nada de lo que deba preocuparse, padre. Estaré encantado de hablar con estos caballeros y de solucionar todas sus dudas.

Aquel cambio de actitud era inesperado y Guasch se preguntó qué lo habría motivado, qué le habría hecho pasar de la tensión y las reticencias de aquella primera entrevista fugaz a esta buena predisposición y a este derroche de seguridad.

—Celebro oír eso —dijo Guasch antes de girarse hacia el marqués —. Ahora, si es tan amable…

—¿Está insinuando que me vaya? —Negó con vehemencia—. Pienso estar presente.

—Padre, por favor, le ruego que me deje atender en privado a estos señores. No tema.

Don Joan envaró la pose y salió sin despedirse. Guasch comprendió que aquello tendría repercusiones a nivel personal, pero se obligó a recordar en el cepo pinzando la cabeza de Pere Pau y no le importó lo más mínimo. El mayordomo impasible se disponía a cerrar la puerta cuando Biel le pidió que trajera un refrigerio. El criado asintió y cerró en silencio. El joven les dirigió una mirada tranquila e hizo un gesto indicando que tomaran asiento en las butacas.

—Parece usted muy descansado pese a no haber dormido la pasada noche —empezó Guasch.

—Todavía soy joven para trasnochar sin que los efectos sean demasiado evidentes.

—¿Sería tan amable de explicarnos qué hizo?

—Estuve en una celebración con unas amistades.

—Me consta, pero me refiero a cuando dejó a esas amistades en mitad de la velada y desapareció por arte de magia.

Ahora sí, el otro le miró con detenimiento, como si valorara qué sabía realmente.

Pons y Arnall concentraban su atención en el joven aristócrata.

—No sé de qué habla.

Ya no se mostraba tan cómodo.

—A cuando regresó a Can Vivot desde su *rafal* en la *part forana*, descendió del *break* a toda prisa y desapareció por las calles de Ciutat en plena noche. —Guasch se acomodó en su asiento antes de sentenciar—. Le sienta bien la máscara de *dimoni*: me encantaron esos cuernos de cabra.

Se hizo un silencio que el criado rompió al llamar a la puerta e irrumpir en la salita con el *refresc* solicitado. El joven aprovechó el ínterin para ordenar las ideas y solo respondió cuando quedaron de nuevo a solas.

—Le veo bien informado.

—Gracias.

—Tanto, que me sorprende que no sepa responder a la pregunta por sí mismo.

—¿Perdón?

—Que si sabe tanto, ¿por qué no me explica lo que sucedió?

—Lo lamento, pero mi imaginación es tremendamente limitada y solo es capaz de ligar los dos únicos hechos que conozco de aquella noche: que Pere Pau Bestard fue asesinado y que el momento en que esto sucedió coincide con la hora en la que usted estuvo desaparecido por las calles de esta ciudad.

El joven se apoyó en el respaldo de la butaca y cruzó las piernas.

—No puede estar hablando en serio…

—Desde luego que sí.

—Pero ¿me considera sospechoso? ¿Por qué? ¿Por una coincidencia ridícula? Media ciudad estaba en la calle en ese momento. Esto funciona al revés, Marc: dígame usted por qué querría asesinar a ese joven al que, por cierto, no tenía el gusto de conocer. ¿Porque no me gustaban sus artículos? Al contrario, ¡eran excelentes! Esto no tiene ningún sentido. La justicia estará de mi parte. *In dubio pro reo*, ya sabe. Necesita usted pruebas sólidas para acusarme y demostrar que he sido yo, y le aseguro que no las va a encontrar.

—Ayúdeme a entenderlo, entonces.

El otro asintió lentamente, como si valorara el abanico de posibilidades que se desplegaba ante él. Sin embargo, las alternativas no eran tantas.

—Sintiéndolo mucho, no puedo.

—¿Cómo dice? —intervino Pons, reclinado en una posición poco natural, seguramente para amortiguar el dolor—. ¿No ve que la voluntad es escucharle y valorar su versión? ¿Por qué no colabora?

—Se trata de la identidad de la persona a la que visitó —aclaró Guasch—. Es eso, ¿no? Porque es usted un caballero y no está dispuesto a desvelar de quién se trata.

Biel le miró en silencio y aquello de que «quien calla, otorga» encajó a la perfección. Decidió continuar.

—¿De verdad sería capaz de asumir las consecuencias de un crimen como este por callar un nombre que le podría salvar?

—Usted lo ha dicho.

—Imagino que no es necesario que le diga que esas consecuencias son la muerte por garrote —especificó Arnall, directo.

—Además del descrédito de su familia —añadió Pons.

—Lo lamento, pero no puedo decírselo. —Su sonrisa mutó en una mueca—. Confío en la justicia y en lo que le he dicho antes.

—Es una dama, ¿verdad? Y está comprometida o casada —aventuró Guasch.

Por toda respuesta recibió una mirada fría.

Aquello era otro sí.

—¿Qué puede contarnos de Teresa? ¿O también eso es un secreto? Sabemos que estuvo usted en el balneario la noche de su muerte. No me negará que es mucha casualidad que deambulara por la ciudad precisamente las dos noches en las que se produjeron ambos crímenes.

—Repito que estamos en carnaval y que siempre hay gente en la calle estos días.

—Ya, pero Teresa trabajaba aquí, y estuvo usted exactamente en el lugar en el que se produjo el crimen. ¿Por qué no nos informó en su momento?

El joven golpeó los brazos de la butaca con ambas manos mientras se ponía en pie.

—¡Yo no tengo nada que ver con la muerte de Teresa ni con la del periodista! ¿Cómo tengo que decírselo?

No hay nada mejor que mantener la calma más absoluta para exasperar todavía más a alguien que grita.

Guasch extendió cuanto pudo los brazos y extremó su tono tranquilo.

—Puedo llegar a comprender, aunque no lo comparta, su silencio con respecto a esa mujer misteriosa, pero ¿también está forzado a guardar silencio sobre Teresa? ¿Por qué? No hay nadie a quien proteger más allá del asesino. Por favor, Biel, usted es un hombre inteligente.

Iba a dirigirse a los guardias, pero Arnall se le adelantó.

—Esperaremos fuera.

Pons se levantó con un bufido y salieron por la puerta.

—¿Y bien? —Guasch se sirvió una copita de *resolis*, a la que dio un pequeño sorbo—. Si es inocente, estoy de su parte. No se lo puedo decir más claro.

El aristócrata necesitó todavía un tiempo para reflexionar y Guasch le dejó hacer.

En realidad, podía comprenderlo: la gente poderosa no está acostumbrada a tener que justificar sus actos ni a dar explicaciones.

—Háble me de Teresa —pidió cuando se cansó de esperar.

—Nos tratábamos…

—¿Y eso qué quiere decir?

—¿De verdad tengo que explicárselo?

—Sí. —Se encogió de hombros—. Empiece por el principio.

—No hay mucho que contar. Entró a trabajar aquí, era una más. En un determinado momento me fijé en ella, que no se mostró ajena a mi interés ni a mis atenciones. Fin de la historia.

—Se equivoca, aquí es precisamente donde empieza «la historia». ¿Cuánto tiempo hace?

—Unos tres meses.

—¿Sucedió algo que le llamara la atención en los últimos días?

Negó con la cabeza.

Guasch tenía muy presentes las palabras de Coloma en las que le

habló de sus silencios y de su sensación de que le sucedía algo que se salía de lo normal.

—¿Está seguro?

—Por supuesto, aunque debo reconocer que esta última semana apenas nos vimos.

—¿Por qué?

—Sabe usted muchas cosas de lo que hice anoche, Marc. Imagino que comprenderá que todo aquello no se organiza solo.

—Entiendo. ¿Y qué cree que sucedió para que Teresas decidiera regresar a casa?

—No tengo la menor idea. A mí no me dijo nada, y lo cierto es que en su actitud tampoco lo noté. Parecía muy a gusto aquí, y también conmigo. Fuera lo que fuese, surgió repentinamente.

—¿Sabía usted de los robos?

—¡Por Dios, claro que no! De hecho, estoy seguro de que la fuga de Teresa debe de estar relacionada con los hurtos. Si no, no me lo explico.

—¿La echa de menos?

—¿Perdón? —El joven paralizó la mano en el aire cuando se disponía a agarrar su copa—. Bueno, sí…, nos divertíamos juntos.

Había poco entusiasmo en aquella respuesta, algo por otro lado comprensible en un hombre tan dotado para encontrar diversiones con tanta facilidad, para disfrute propio o ajeno.

—¿Por qué se quedó paralizado cuando se confirmó que el cadáver del balneario era el de Teresa?

—Mantengo una relación con una persona y de repente me entero de que ha sido asesinada de manera salvaje. No sé cómo reaccionaría usted, pero para mí, obviamente, fue una gran impresión.

—Mantendrían sus encuentros en absoluto secreto.

—¿A usted qué le parece?

—A mí no me parece nada, por eso pregunto.

—Sí, por supuesto, éramos muy discretos. No creo que nadie reparara en nosotros.

Guasch sintió de repente el cansancio acumulado.

—¿De dónde salen las chicas de la velada de ayer? ¿También son

«criaditas» suyas?

—Hay muchas mujeres jóvenes y de buen ver dispuestas a ganar unas monedas, incluso fuera de la isla, como veo que pudo comprobar. Dígame, ¿le atrajo alguna en particular?

El joven esbozó una sonrisa desvergonzada y Guasch se levantó.

Por el momento, ya tenía suficiente.

—Gracias por su tiempo. Volveremos a vernos.

Y, sin esperar a que el otro se despidiera, salió por la puerta y se marchó.

59

Lácteos

Guasch

Según Guasch salió al patio de Can Vivot, descubrió a Riera y a Toni Petit de pie junto al gran arco de medio punto de la entrada.

Si no esperaba la presencia tan temprana del subinspector, todavía menos la del niño, que permanecía con expresión seria, los brazos cruzados y la mirada curiosa barriendo a su alrededor. El pañuelo de Pere Pau, que debían de haber limpiado en Can Puig, rodeaba su cuellecito.

Antes de hablar con ellos se acercó a Arnall y Pons, que departían con sus hombres, y les explicó el resultado de la charla mantenida con el joven aristócrata. Se repartieron las tareas pendientes y se emplazaron al anochecer en el edificio del Gobierno Civil.

Guasch se puso de cuclillas frente al crío y quedó cara a cara con él. Este le miró a los ojos con los labios apretados. La primera intención de Guasch fue preguntarle cómo se encontraba, pero comprendió a tiempo que la pregunta no tenía sentido.

—Te doy mi palabra de que encontraremos al asesino y pagará por lo que ha hecho.

—Ustedes lo encontrarán y yo se lo haré pagar.

Le sorprendió aquella réplica decidida y certificó algo que había comprobado ya infinidad de veces, que la sed de venganza es uno de los motores que mueven el mundo.

No valía la pena apostillar nada.

—Tengo una tarea importante para ti, pero preferiría que no la cumplieras solo. ¿Podrías encontrar algún amigo de esos tuyos para

que te acompañe? Mejor si sois varios.

Toni Petit salió corriendo en busca de ayuda.

Apenas tuvo tiempo de poner a Riera al día de las novedades cuando el chiquillo apareció con tres ayudantes. Se planteó si todos los niños de la ciudad estaban compinchados y a sus órdenes e intuyó que sí, o casi sí.

Les explicó lo que esperaba de ellos y se encargó de que comprendieran la importancia de que hicieran exactamente lo que les encargaba, ni más, ni menos. Los pequeños se sentaron en un escalón de la calle dispuestos a llevar a cabo su cometido y él y Riera subieron al carruaje de Xisco, que les esperaba diligente en el cruce con el carrer del Sant Crist.

Según el cochero, no era necesario desviarse demasiado para llegar a la lechería de Benet, por lo que Guasch le pidió que, antes de acercarse al Hospital General, los condujera hasta allí.

Esquivando carros y ciudadanos llegaron con rapidez a la plaça de Sant Antoni, junto a la iglesia y el portal del mismo nombre. Se detuvieron frente a un establecimiento con un rótulo en madera que, en unas bonitas letras decorativas, anunciaba el nombre del propietario de la lechería. Nada más descender pudieron comprobar que los ánimos en la calle seguían crispados. La gente hablaba en voz alta a su alrededor, cuando no a gritos, para mostrar su indignación. Todas las conversaciones giraban alrededor de los dos crímenes.

Le asaltó una vez más la imagen de la cabeza ensangrentada de Pere Pau ensartada en aquella jaula dentada, con los ojos desorbitados perdidos en la nada. Se planteó qué fue lo último que vio, lo último que pensó. Cuáles fueron sus últimas palabras.

Entraron.

Una señora de expresión inquisitiva y delantal inmaculado se levantó de detrás de un largo mostrador de mármol en el que se exhibían botellas de vidrio rellenas de una leche blanca y apetitosa, tarros repletos de mantequilla y varios tipos de queso de distintas formas, tamaños y texturas. A un lado se situaban tres grandes recipientes de metal que con seguridad contenían leche para vender a granel. El aroma era una agradable mezcla de todos aquellos lácteos

unida al olor del heno seco procedente de la parte posterior. Imaginó que, pese a que seguramente recibían la mayor parte de la leche de granjas cercanas, también ellos tendrían algún animal propio en los establos traseros.

La paja crujió bajo sus pies.

—*Bona tarda tengui* —saludaron los dos al unísono.

—*Bona tarda us dó Déu. Què desitgen es senyors?*

—Buscamos a Benet —dijo Riera, sin que Guasch tuviera tiempo de abrir la boca—. Trabaja aquí, ¿verdad?

La mujer hizo un gesto de asentimiento.

—¿Para qué lo necesitan?

—Solo queremos hablar con él —intervino Guasch.

—¿Por qué?

—Para hacerle unas preguntas.

—Me parece que van a tener que contarme algo más.

La lechera cruzó los brazos y pasó la vista de uno a otro.

—Somos policías, señora, y lo que tenemos que tratar con Benet es algo que, sintiéndolo mucho, no le podemos revelar. ¿Se encuentra aquí sí o no?

—¿Y su uniforme?

—No todos estamos obligados a llevarlo.

La expresión de la mujer seguía siendo de recelo.

—Voy a ver dónde está —murmuró—. Espérenme aquí.

Y se escabulló por la entrada que se abría a su espalda en el preciso instante en el que dos señoras de vestimenta humilde accedían al local cuchicheando, levantaban las cabezas, les deseaban buenas tardes y seguían hablando de lo suyo. Guasch y Riera aguardaron impacientes y en silencio, atentos sin querer a la conversación de las clientas, de la que pescaron palabras sueltas como «cepo», «muerto» y *on anam a parar*!

Riera hizo un gesto de asentimiento con el que seguramente pretendía transmitirle su respaldo. Guasch lo agradeció pese a que no fuera necesario, pues sabía de sobra que podía contar con él. Le habían encantado las atenciones y el cariño que había brindado a Toni Petit desde que lo habían encontrado velando el cadáver de su amigo

y mentor. Por mucho que el crío fuera extraordinario, no dejaba de ser un niño revestido con una coraza de valentía que aquella vez, y no era para menos, le quedaba demasiado holgada. La inmensa mayoría de los hombres hechos y derechos tampoco sabrían cómo afrontar una experiencia como esa.

La lechera reapareció y cortó de raíz sus cábalas. La mujer se fijó en las clientas y dudó un instante.

—¿Por qué no se acercan a los establos, caballeros? —sugirió—. Allí encontrarán lo que buscan.

Les dio una explicación escueta sobre cómo llegar y se centró en las recién llegadas.

Guasch y Riera dieron la vuelta a la esquina, torcieron por el carrer dels Socors para torcer de nuevo y adentrarse en una callejuela estrecha. El portalón que daba al establo estaba abierto de par en par, y un mozo de complexión delgada y fibrosa y cabello claro, aunque escaso, descargaba unos contenedores metálicos de un carretón. Al verlos aparecer se irguió, se quitó el sudor de la frente con la manga de la camisa y entrecerró los ojos.

—Supongo que usted es Benet. Soy Marc Guasch, inspector del Cuerpo de Investigación del Crimen, y este caballero que me acompaña es el subinspector Toni Riera. Colaboramos en la búsqueda del asesino de Teresa Coll y ahora también de Pere Pau Bestard y necesitamos que nos responda a unas preguntas.

—¿El asesino? ¿Quieren decir que una misma persona los ha matado a los dos?

—Creemos que sí.

—¿Y en qué puedo ayudarlos yo?

La expresión interrogativa parecía sincera.

—¿Conocía a Teresa?

—De vista, nunca hablé con ella. No trabajaba en la cocina, que yo recuerde al menos. Solo voy a Can Vivot un par de veces por semana para llevar la leche y retirar los contenedores vacíos. No tengo mucho trato con el personal de allí.

—¿Qué puede contarnos de Pere Pau Bestard?

—Lo conocí de pasada hace unos días, precisamente en Can Vivot,

después de intentar hacer una entrega que por cierto rechazaron.

—¿Tuvo algún trato más con él después de ese día?

—No lo he vuelto a ver.

Guasch miró a su alrededor hasta cruzar su mirada con la de una vaca taciturna que, junto a sus dos compañeras, se aburría en su corral. En otro habitáculo descansaban varias ovejas de vellón largo. Un montón de paja se acumulaba en una esquina y varios taburetes y recipientes se repartían de manera ordenada por la estancia.

—Nos han dicho que cambia de empleo con frecuencia —dijo Riera.

—Pues ya llevo casi un año aquí, y si me quieren, espero seguir mucho más.

—¿Qué pasó con los otros trabajos?

—En uno llegué tarde varias veces; en otro no me entendía con el dueño ni con algún compañero… —se encogió de hombros—, creo que he aprendido la lección.

—También trabaja en el cementerio como ayudante del enterrador y repartiendo flores o plantas para otro negocio de esta misma familia.

—Caray, sí que están bien informados. Es cierto. Trato de ganarme el jornal como buenamente puedo, señor.

—¿Y cómo es ese trabajo? —preguntó Riera con una mueca de asco.

—¿El del cementerio? —El repartidor y enterrador se encogió de hombros—. Meto ataúdes en agujeros o nichos para después cubrirlos de tierra o sellarlos. Nada más. Un entierro no es nada terrorífico, si se refiere a eso. Basta con no pensar en lo que hay dentro de las cajas. Al final te acostumbras.

—¿Cómo combina ambas obligaciones?

—Al cementerio voy solo de manera puntual, cuando me necesitan y si he cubierto los turnos de la lechería. Durante el cólera sí que acudía con mucha frecuencia. Fue una locura, no dábamos abasto, estuvimos varias noches sin dormir…, en los días más fuertes llevamos más de cien cadáveres al cementerio de coléricos.

—¿Qué hizo la noche pasada? —preguntó Guasch.

—Pues dormir.

—¿Toda la noche?

—Desde bastante temprano, sí.

—¿Y la anterior?

—También. Tengo esa costumbre.

Guasch y Riera intercambiaron una mirada rápida.

—¿No sale usted de fiesta para disfrutar del carnaval?

Hizo una mueca.

—Como mucho, voy a alguna taberna a tomar algo.

—¿Lo puede acreditar?

—¿Qué significa eso?

—Si alguien puede confirmar que estaba usted durmiendo ayer. ¿Vive solo?

—Hay varias docenas de personas que tal vez podrían hacerlo, pero a la hora de la verdad no hay nadie que duerma conmigo.

—Perdone, pero no le entiendo.

—Vivo en una de las celdas del antiguo convento de La Mercè con más gente, pero duermo solo y dudo que se fijen mucho en mí.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—Suelo pasar desapercibido.

—Dicen que corre usted bien… —comentó Riera.

—Hum… ¿Es un halago? Pues no sé…, gracias.

Sonrió con torpeza.

Guasch miró al subinspector y después de nuevo al chico, que les devolvió una mirada interrogativa, como si no supiera muy bien lo que esperaban de él.

Quizá tampoco ellos estaban del todo seguros.

—Esto es todo —se despidió Guasch—, le agradezco mucho que nos haya atendido.

60

Inhumano

GUASCH

El trayecto hasta el Hospital General resultó más accidentado de lo esperado al quedarse el coupé bloqueado en un callejón estrecho por el desprendimiento de un balcón. Por suerte nadie había resultado herido, pero fue necesario, al no poder maniobrar, bajar del carruaje y moverlo manualmente.

—¿Y bien? —preguntó Riera mientras Xisco empujaba el coche con la ayuda de unos viandantes—. ¿Qué le parece el corredor, repartidor y enterrador de Benet?

—Un tipo insípido con pocas amistades, ¿no? ¿A qué joven no le gusta salir y divertirse?

—No parece mala gente, quizá un poco paradito.

—Nadie es malvado a simple vista.

El subinspector hizo una mueca.

—Hay tipos malencarados que dan la sensación de poder hacer cualquier cosa…

—Y que a lo mejor son unos trozos de pan. No me diga que cree en las apariencias hasta ese punto, Riera. Estos crímenes no son cualquier cosa. ¿Cuántas veces ha visto algo parecido?

—Nada que se le acerque, desde luego.

—Ni yo.

Encontraron a Lucía al fondo del pasillo, apoyada en la pared junto a la puerta de la sala de autopsias. Guasch cruzó una mirada rápida con Riera y aceleró el paso. Por desgracia, los últimos días había visto a su mujer demasiadas veces de esa guisa, cubierta por una capa de

venerable solemnidad. Vestía un delantal manchado de pardo, los brazos del vestido arremangados, el pelo alborotado y el rostro sudoroso. Su aspecto era a la vez sensible y firme, herido y decidido, humano y profesional.

Se dijo una vez más que estaba perdidamente enamorado de ella.

Guasch la abrazó y Lucía correspondió con rigidez.

—¿Cómo ha ido?

Le pareció la manera menos dolorosa de formular la pregunta.

Ella se tomó un tiempo para responder.

—Ha sido terrible. No había visto nunca nada igual, y mira que he practicado cientos de autopsias y he visto cosas desagradables, pero esto… esto es inhumano. ¡Nadie merece morir así!

Su discurso no variaba demasiado de la conversación recién mantenida con Riera.

Calló y Guasch no le preguntó nada más, ya hablaría cuándo y cómo quisiera.

El subinspector esperaba unos pasos más allá, concediéndoles una cierta privacidad, por mucho que Guasch sabía que permanecía atento a todo por si podía ser de ayuda. Agradeció en aquel momento más que nunca su presencia en Palma, que hubiera dejado la seguridad que le proporcionaba su tierra para acudir en su auxilio y vivir en primera persona y junto a él aquella barbarie. El sufrimiento se lleva mejor en compañía, y él contaba en esos momentos con el inestimable apoyo de su admirable mujer y de aquel ibicenco leal.

—El cepo le partió de una sola vez la tibia y el peroné.

—Medio arrabal debió de oír los gritos de dolor —dijo Riera.

—Imagino que sí —auguró Guasch—, o eso espero. La Guardia Civil está en estos momentos interrogando a los vecinos. Confío en que demos con algún testigo que nos pueda dar alguna pista.

—También tiene la mandíbula descoyuntada.

—¿Y eso qué significa? —inquirió Riera.

—Que está desencajada o fuera de lugar. —Lucía miró a Guasch—. Es lo que ya hablamos en casa de Pere Pau: recibió varios golpes contundentes que con seguridad, aparte del dolor, lo debieron dejar sin sentido o en un estado de gran aturdimiento. Visto lo que le

hicieron a continuación, espero que así fuera.

—*Déu meu, pobre al·lot!*

—El cepo de la cabeza, ¿es el mismo que el empleado en la pierna?

—Hemos comparado las marcas del dentado y concluido que son idénticas. Ha sido muy laborioso abrir y retirar el cepo, algunos dientes estaban retorcidos y se habían quedado incrustados en el cráneo.

Riera resopló y se palpó la cabeza de modo instintivo.

—Sin embargo, lo peor no es eso, sino que el asesino trató de abrir la trampa, seguramente para recuperarla, pero el sistema estaba trabado y no lo logró.

—¿Cómo habéis averiguado eso?

—Las marcas de algunas heridas estaban rasgadas. —Vació sus pulmones de aire—. También hemos encontrado huellas de pisadas en el torso y en el cuello, de haber apoyado el pie para hacer fuerza y desengancharlo. Las manchas del suelo reflejan bien cómo movió el cuerpo cuando tiraba del hierro sin éxito.

—¡Ni los animales actúan así! —bramó el subinspector—. ¿Cómo se puede ser tan cruel?

—Me llama la atención tanto esfuerzo para llevárselo —dijo Guasch —. Desde luego no quería que lo encontráramos.

—Tendremos que visitar a algún herrero.

—Y a algún cazador.

Lucía se dirigió hacia la puerta y agarró el pomo.

—Voy a preparar el cepo para que os lo podáis llevar. Esperadme aquí.

61

Punto de situación

Guasch

Arnall cogió a Guasch del brazo y, sin dejar de mirar de reojo a Lucía y a Toni Petit, sentado sobre una pila inestable de cojines, se lo llevó aparte.

—Desconozco su modo de trabajar en el Cuerpo de Investigación, pero esto en nuestra tierra se sale completamente de lo normal. Si el gobernador se entera de la presencia de mujeres y niños en una reunión oficial, al margen de lo que venía haciendo usted hasta ahora, me vería en un buen aprieto.

Guasch miró a los objetos de la advertencia y vio al crío, que departía con Lucía con aspecto serio. El pequeño estaba franqueado por su esposa y por Riera, que hablaba con Pons, mientras los observaba de reojo con curiosidad.

El equipo se había congregado a petición suya lejos de las miradas indiscretas, en una sala recóndita de uno de los anexos del amplio edificio del Gobierno Civil, junto al antiguo convento de los franciscanos.

—Comprendo sus temores, por eso nos hemos citado aquí. Nadie tiene porqué informar a don Ricardo, ¿no?

—No entiendo por qué han venido ellos.

—Ahora lo verá. —Esta vez fue él quien lo tomó por el antebrazo y le indicó con un gesto amable que tomara asiento.

—Pons habla muy bien de usted y de sus resultados —masculló el guardia.

—Entonces confíe en mí, por favor.

Apenas se sentaron, Guasch les agradeció su asistencia y cedió la palabra a Lucía, que compartió con ellos el resultado de las autopsias de los cadáveres de Teresa Coll y de Pere Pau Bestard. Arnall levantó las cejas varias veces al escuchar sus apreciaciones e incluso hizo un par preguntas a las que su esposa, profesional, dio una amplia y razonada respuesta. Para terminar su intervención, expuso sus conclusiones con respecto a una única autoría, que se vieron respaldadas por Pons, quien comentó el estudio que había realizado esa misma tarde en ambos escenarios del crimen.

—Después de comparar las pisadas del balneario con las del domicilio de Pere Pau, creo poder afirmar que pertenecen al mismo pie.

—¿Por qué? —se interesó Riera—. ¿Alguna particularidad?

—Si se refiere a una marca especial, he de decir que no. Las pisadas son normales y han sido hechas por unos zapatos comunes con suela de piel. Me refiero a que la huella es muy parecida en cuanto a forma y tamaño. Y una cosa más, que quizá sea importante: no salen de la vivienda.

—Explíquese —dijo Guasch.

—Que en la calle, pese a ser de tierra compactada, no hay ninguna marca de sangre alejándose de la casa. Ninguna significa exactamente eso: cero.

—¿Y con esto quiere decir que…?

—Que es probable que se descalzara y se marchara descalzo. Hemos buscado rastros de sangre por todo el arrabal por si, llegado un momento, se las hubiera vuelto a calzar, pero no hemos tenido suerte. También es cierto que si regresó a Ciutat a la fuerza cruzó la explanada y que esta, compuesta por polvo y tierra, habría absorbido la sangre con rapidez. Además, es probable que mucha gente haya pasado por encima.

—¿Han preguntado a los vecinos si vieron a alguien descalzo anoche?

El cabo asintió.

—Así es, pero no hemos encontrado nada.

Todo eso entraba, por desgracia, dentro de lo esperado, pero

estaban obligados a hacer todas y cada una de aquellas comprobaciones.

—¿Y respecto a los alaridos?

—Nadie oyó nada, o al menos eso dicen. Y créame, la gente tiene ganas de colaborar.

—Pero ¿cómo puede ser? —se lamentó Riera.

—Lo único que se me ocurre es que dejara a la víctima sin conocimiento antes de pisar el cepo —propuso Pons.

—¿Entonces cómo pudo introducir ahí el pie?

—Tal vez lo golpeara en el mismo momento en que lo hacía.

—¿Y dónde se escondería? —preguntó Arnall.

—La puerta de Pere Pau está debajo de una escalera, se colocaría ahí, agazapado o cubierto con algo —propuso Pons—. Hemos descubierto algunos hierbajos pisoteados.

—Anoche no había luna —dijo Guasch—, estaría oscuro.

—¿Cómo pudo no descubrirlo?

—Iría con la guardia baja y el otro se escondería bien —continuó Guasch—. Lo cogió por sorpresa.

—¿Hay algo más? —se interesó Arnall mirando a Lucía.

—Es más una sospecha que una afirmación, pero me atrevería a decir que el asesino, una vez analizadas las heridas y las magulladuras, empleó la mano izquierda. Es zurdo.

—Eso está bien, ¿no? —dijo Riera mirando a los demás—. Siempre es más sencillo encontrar a un zurdo que a un diestro.

—Repito que es una sospecha, no lo puedo asegurar. En el caso de Teresa está más claro, por las marcas de las heridas en la entrepierna y por la orientación del mango del cayado en el rostro. Con Pere Pau es más complicado de afirmar, pero el asesino apoyó el pie derecho en el cuello para tirar del cepo. Si fuera diestro sería más normal que hubiera apoyado el izquierdo.

Se sumieron en un silencio denso.

Los últimos rayos del día desaparecían tras los cristales de las dos amplias ventanas y anunciaban la llegada de la última noche de aquel carnaval sangriento. Los ánimos no serían los mejores entre una población cuyos sentimientos cabalgaban entre el miedo y la

indignación.

Guasch pasó al siguiente punto de la lista.

—¿Alguna novedad respecto al cayado?

Toni Petit permanecía sentado en su pose habitual, con los dedos de las manos entrelazados sobre la barriga. Arnall le había dirigido varias miradas de suspicacia, como valorando qué podía decir o callar en presencia de un niño de la calle.

—Sí —confirmó el teniente, visiblemente satisfecho—. Hemos encontrado dos pastores que no tienen los bastones. El primero dijo haberlo vendido, y el segundo, que se lo habían robado.

—¿Puede alguno de ellos ser sospechoso?

—No lo creo. De hecho, ni uno ni otro tenían noticia de los crímenes. Según mis hombres, no daban la sensación de mentir.

—¿Han comprobado ambas historias?

—Hemos confirmado la venta. Respecto al posible robo, todavía no. Dice que no tiene idea de quién pudo ser.

—¿Estamos seguros de eso? Salvo sorpresa, es el único cayado que está fuera de control, teniente. Tiene que ser ese.

—Haré más averiguaciones.

—Mejor aún —dijo Guasch—, ¿por qué no trae al pastor a Ciutat para que lo podamos interrogar?

Arnall dudó un instante antes de asentir.

—Así lo haré.

Era su turno, pero Guasch le cedió la palabra a Riera para que fuera él quien diera las explicaciones oportunas. El policía señaló a Pons.

—Hemos llevado el cepo al herrero que nos sugirió el cabo, el asturiano que en su momento informó acerca del cayado. A grandes rasgos, nos ha dicho que se trata de un instrumento rudimentario, construido a base de piezas recuperadas de otros artilugios y que un gran señor difícilmente tendría uno de estas características. Ni de estas dimensiones. En Mallorca no hay caza de animales de semejante tamaño.

—Los cepos los emplean los criados y los ayudantes durante la caza, no los señores —apuntó el cabo, receloso.

—Correcto, pero son ellos los que los pagan, y así como tienen

buenos perros, buenas ropas y buenas armas, también acostumbran a emplear buenos cepos y a conservarlos en perfecto estado para que funcionen correctamente. El herrero ha calificado este como de «cachivache».

—¿Y eso qué significa de cara a la investigación?

Fue Guasch quien respondió.

—Por un lado, que es extraño que Biel, buen aficionado a la caza, tenga un elemento de este estilo en su propio ajuar; y por otro que, *a priori*, para encontrar algo parecido tenemos que rascar entre los miembros más humildes de la sociedad. A no ser, por supuesto, que un prohombre lo haya sacado de algún lugar inmundo para darle este uso específico.

—Es decir, que no podemos concluir nada —concluyó Lucía.

—Me temo que no.

Observó a Toni Petit, que le devolvió la mirada. El pequeño seguía en la misma pose, atento a todo, pero sin abrir la boca. Guasch evitó tratarlo como a un niño herido y se dirigió a él como a uno más del equipo. Suponía que era el mejor favor que le podía hacer.

—¿Y a ti cómo te ha ido la espera en Can Vivot?

—Bien. Tal y como nos había indicado, hemos seguido a todas las personas del servicio que salían de la casa. Han sido tres criadas y un chaval. Ha sido fácil saber quién de los cuatro llevaba la carta.

—Un momento —dijo Lucía—, ¿qué carta? ¿de qué estáis hablando?

Guasch dio la explicación oportuna.

—Después de interrogar a Biel supuse que, de ser cierta su versión, trataría de contactar con la dama misteriosa para darle algún tipo de aviso o para demostrar su compromiso de amor.

—Oh, bien pensado.

Guasch se permitió una ligera sonrisa ante aquel valioso reconocimiento.

—¿Cómo sabías quién llevaba la carta? —preguntó a Toni Petit.

—Porque el niño es quien suele realizar los recados.

—¿Lo conoces?

—De vista, como a casi todos.

—Entonces ¿sabemos a quién iba dirigida la nota?

—Tenemos algo mejor que eso.

El crío se irguió sobre los cojines, se sacó los faldones de la camisa e introdujo la manita por debajo para extraer un sobre plegado en dos.

Guasch se levantó y cogió la carta al vuelo.

Unas iniciales elegantes indicaban el nombre velado de la supuesta dama; las del reverso eran las de Biel.

—¿Se la has quitado al chico?

—¿He hecho mal? En el amor y en la guerra todo está permitido, y yo estoy en guerra.

Guasch vio de refilón cómo Arnall quedaba boquiabierto y, sin entrar en más detalles, rasgó el sobre, extrajo la nota y leyó en silencio su contenido.

Cinco pares de ojos lo contemplaban con expectación.

Cuando terminó, tragó saliva y paseó la paseó la mirada de uno a otro.

Dobló el mensaje en cuatro pliegos mientras ponía orden a las ideas que le bombardeaban la cabeza y se lo guardó en el bolsillo interior de la chaqueta. Les debía una explicación y se la dio sin entrar en detalles.

—En efecto, es una carta de amor dirigida a una mujer casada. Biel empieza contándole nuestro interrogatorio y asegurándole que su secreto está a salvo con él. Después se refiere a su apasionada cita de la noche anterior, de la que da detalles íntimos.

—Vaya por Dios… —musitó Lucía.

—¿Quién es ella? —preguntó Pons.

—¿Y qué importa eso? —terció Arnall, práctico—. Lo único que nos interesa es valorar si Biel queda descartado como sospechoso después de esto o no.

Todas las miradas confluyeron en Guasch, que se masajeó las sienes y cerró los ojos mientras recapacitaba.

—En efecto, creo poder asegurar que Biel no es nuestro hombre.

62

Homenaje

GUASCH

La taberna del Bribón era aquella noche un hervidero de actividad agridulce. La muchedumbre entraba y salía sin cesar por la puerta del establecimiento, pero no había música, ni gritos, ni risas intempestivas, solo un parloteo a medio tono que formaba, en conjunto, un gran runrún.

Guasch y Riera se abrieron paso como buenamente pudieron y, una vez dentro, descartaron acercarse hasta la barra. Tras ella, sin dar voces ni montar el espectáculo, asomaba la cocorota del tabernero que daba nombre, personalidad y alma al garito. Junto a él se apreciaba el cabello de la mujer que le ayudaba a suministrar los brebajes que solicitaba una clientela compungida pero sedienta.

Y es que la curiosa y volátil naturaleza del ser humano sobrelleva mejor las penas, y también las alegrías, con altas dosis de alcohol.

—Tendría que haberme acordado de crecer más cuando era niño —se quejó Riera.

—No distingo ningún rostro conocido.

—El que me da miedo es Toni Petit, si es que llega a venir.

—Por supuesto que vendrá al homenaje de Pere Pau, pero no creo que deba preocuparse por él.

—Claro, porque no tiene alternativa y lleva toda la vida cuidándose él solito, pero en este entorno lleno de adultos apretujados no podría ni respirar.

Un joven se levantó en una mesa lejana.

—Mire, ahí está el amigo de Pere Pau.

—¿Miquel?

—El mismo.

—¿Quién le acompaña?

Guasch estiró el cuello.

—Ni idea, sus compañeros están sentados y no acierto a verlos, pero se está riendo a carcajada limpia.

El trasiego en la puerta impedía que esta se terminara de cerrar en ningún momento, pero al menos servía para airear la mezcla hedionda de olores humanos, suciedad y alcoholes baratos. Un grupo se levantó y liberó milagrosamente una mesa a su lado. Lograron sentarse en sendos taburetes justo cuando un Pons de dientes apretados conseguía entrar aprisionado entre un grupúsculo de parroquianos. Guasch gritó su nombre y el cabo, entre resoplidos y empellones, alcanzó su posición.

—Pero ¿qué pasa aquí? Esto es una locura.

—Parece que la gente apreciaba al joven —dijo Riera.

El subinspector maniobró y logró auparse sobre el taburete.

—Hombre, Guasch, ¡por fin sé lo que siente!

Pons hizo lo propio y Guasch volvió a ponerse en pie.

Tanto uno como otro quedaban ahora por encima de su cabeza.

El mallorquín señaló a un hombre bien vestido y expresión apenada que se apoyaba en una de las paredes.

—Ese es don Pedro José Gelabert, propietario de *El Isleño* —afinó la vista—, y esa mujer con un *rebosillo* negro de luto colocado sobre el blanco junto a él debe de ser su esposa.

—Me temo que ha perdido a su mejor redactor —dijo Guasch.

A su lado se escuchó el gemido hiposo de una mujer joven. Pese a las lágrimas de cristal que lo empañaban, su rostro era bello y, según parecía, estaba casada. El supuesto esposo la abrazaba con una expresión severa que parecía preguntarse a qué se debía aquel llanto desconsolado. Guasch dio por supuesto que no sería la única mujer que, independientemente de la edad y el estrato social, lloraría al apuesto donjuán.

Sintió que se le encogía el corazón.

Por la puerta asomó un grupo variopinto en el que destacaba un

viejo destartalado vestido con un hábito de monje y, a su lado, un joven con las facciones de Benet. Le llamó la atención encontrarse con aquellas dos caras conocidas que, sin embargo, se separaron nada más entrar, como si su aparición conjunta no fuera sino una mera coincidencia.

El fraile se aproximó hacia su posición y se apoyó en la pared. Guasch se las apañó para acercarse hasta él.

—¡Veo que ha entrado con Benet!

El otro le dirigió una mirada interrogativa.

—¿Nos conocemos?

Su aliento apestaba a rata muerta.

—Soy Marc Guasch. Nos hemos visto antes.

—¿Ah, sí?

—Usted estaba en el balneario la noche del crimen, precisamente con Pere Pau Bestard, el periodista al que hoy rendimos este triste homenaje.

Un destello le iluminó la mirada.

—Fra Alipi, para servirle —se presentó, tendiendo una mano pastosa que Guasch apretó con desgana—. Pobre muchacho… En efecto, le conocí cuando usted dice. Parece que hace una eternidad, pero apenas han pasado cuatro o cinco días. Después ya supe de él y de su buen hacer en el periódico y durante el cólera.

—Y a Miquel, ¿también lo conoció ese día?

—¿Miquel?

—El amigo que acompañaba a Pere Pau en el balneario. Los recuerdo hablando a los tres juntos cuando sacaban el cadáver de Teresa Coll.

—¡Ah! Pues fíjese que no sabía su nombre. Sí, también fue ahí mismo.

Guasch buscó con la mirada a Benet, que permanecía de pie al otro lado de la puerta. Miraba a un lado y a otro con curiosidad, seguramente sorprendido, como ellos mismos, de aquel acto desbordante de reconocimiento.

—¿Y Benet? —preguntó sin separar la mirada del repartidor.

—¿Qué Benet?

—El joven que ha llegado con usted: baja estatura, delgado, cabello claro y frente despejada.

—¡Ah, sí! Ocupa una de las celdas del convento, lo mismo que yo. Hemos venido varios de allí a propósito del homenaje. No me lo quería perder. Me sabe muy mal la muerte del periodista, ¿sabe? Y más de esta manera…

El fraile se lo quedó mirando con sus ojos amarillentos, a juego con el color de sus escasos dientes, clavados en unas inflamadas encías grises.

—¿Hay algo más que me quiera preguntar?

—¿Por qué lo dice?

—Porque me mira fijamente y no para de preguntarme cosas.

—Pues sí, ahora que lo dice: ¿Benet es compañero suyo de celda?

Abrió su boca desdentada y maloliente y rio.

—Las celdas son individuales, caballero.

—Ah, sí, es verdad. ¿Vecinos, quizá?

—El chico ocupa una cercana, pero no está exactamente pegada a mí. ¿Por qué quiere saberlo? —Dirigió una mirada divertida a su traje de buen corte y mejor paño—. ¿Acaso quiere una habitación en el claustro? No casaría usted demasiado con el resto de los residentes. Si quiere, puedo ponerlo en la lista de espera, soy el encargado del lugar.

Guasch comprendió que debía enfocarlo como una broma.

—Pues mire, no es mala idea. ¿Cuál es su habitación?

El otro volvió a mostrar su dentadura derribada y Guasch se unió a su risa.

—La de la esquina junto al pozo.

—¡Tomo nota! ¿Y la de Benet?

—Mirando desde la puerta, la tercera a la izquierda.

—¡Hecho, entonces! Espero que seamos vecinos pronto.

Después de unas cuantas frases triviales se despidieron en buenos términos y Guasch regresó con sus compañeros.

—Riera, usted quédese aquí, controle a Benet y esté atento también a Miquel. Me interesa saber quién le acompaña y a qué se debe ese buen humor que parece que gasta esta noche. No entiendo cómo ha pasado del llanto a la alegría ni por qué. Y si viene Toni Petit, métalo

ahí con usted, ¿está claro?

El policía asintió.

—¿Algo más?

—No creo que tardemos mucho en regresar.

—¿Y yo? —preguntó Pons.

—Necesito que me acompañe. ¿Ha traído la ganzúa?

63

La celda y el zurdo

GUASCH

La iglesia y el antiguo convento de La Mercè, según explicó Pons en dos pinceladas rápidas, habían sido construidos un puñado de siglos atrás por los Mercedarios, una orden religiosa fundada para la redención de los cristianos cautivos en manos de musulmanes, y a ella habían pertenecido hasta la desamortización de 1835, año en que sus instalaciones habían pasado a poder del Estado y sus miembros habían sido expulsados de Mallorca.

—Y el fraile desdentado ¿qué hace aquí?

—Oficialmente no es mercedario desde hace más de treinta años.

—Que a juzgar por el pestazo que desprende, es más o menos el tiempo que lleva sin quitarse el hábito.

El cabo rio por lo bajo.

—Oiga, esta vez no podemos cometer los mismos errores que en casa de Ramis. Si me rompen dos costillas más no me podré mover.

—Descuide. Usted abra la puerta y quédese fuera, vigilando. Iré rápido. No creo que una celda pequeña me dé mayores problemas.

El otro asintió y avivó, dentro de sus limitaciones, el paso.

La Mercè quedaba relativamente cerca de la taberna del Bribón, al otro lado del carrer del Sindicat. En una callejuela se cruzaron con varias prostitutas que les ofrecieron unos servicios que rechazaron con diplomacia.

La iglesia tenía una contundente fachada de piedra con un bello rosetón tallado y una torre igualmente imponente que quedaban ahogadas entre los callejones estrechos; a los pies de la torre se abría

una pequeña plaza rodeada de edificios bajos. Junto al templo se levantaba un muro alto con numerosas ventanas detrás del que debía de encontrarse el claustro y, por tanto, las viejas celdas de los frailes, actualmente ocupadas por laicos.

Una puerta daba acceso al conjunto residencial.

Estaba cerrada con llave.

Guasch se apoyó en el portón y vigiló a un lado y a otro mientras Pons bregaba con el primero de los obstáculos. La calle estaba tranquila y libre de viandantes pese a ser la última noche de fiesta. En teoría, por supuesto, pues el jolgorio se había atenuado, cuando no cortado de raíz, y el que debía ser un carnaval de alegría para los supervivientes del cólera se había convertido en un doble funeral.

Al duelo por los muertos recientes había que añadir el miedo a la presencia de un asesino despiadado que andaba suelto por Ciutat. ¿Quién podía moverse tranquilo por aquellos callejones oscuros, en ocasiones solitarios, con semejante bestia al acecho? Si hasta un hombre joven y atlético como Pere Pau había muerto en sus manos manchadas de sangre, ¿quién estaba a salvo?

La puerta de la residencia se abrió emitiendo un lamento seco. Guasch y Pons se colaron por la rendija y la cerraron a su espalda.

—Desde que lo conozco, no paro de quebrantar la ley —lamentó el cabo.

—No me enorgullece llevarlo por la senda del mal.

El patio era amplio, estaba rodeado por arcos rebajados y, por fortuna para sus intereses, estaba desierto. El pozo al que se había referido el fraile se encontraba, como bien había indicado, próximo a uno de los rincones. Caminaron por la galería dejando a la izquierda una sucesión de esbeltas columnas helicoidales. A la derecha se distribuía una docena de pesadas puertas de madera, todas cerradas. No estaban numeradas ni tenían señal alguna. Se detuvieron frente a la última de ellas, la que debía de cubrir la esquina del edificio y que, según estimó, sería de las más amplias del recinto.

Contó tres puertas a su izquierda y se detuvo de nuevo.

—Es esta.

—¿Está seguro?

—Es la que ha indicado el fraile.

En un par de minutos estaba abierta y la celda, a su disposición. Guasch anotó mentalmente, por enésima vez, que tenía que esforzarse en aprender aquel arte tan práctico como ilegal.

—Espéreme en la entrada. Si viene Benet, avíseme.

—Usted dese prisa.

Guasch entró y dejó apenas un resquicio abierto para evitar suspicacias ante la inesperada aparición de algún otro residente. Por una ventana alta sin cortinas se colaba una claridad mortecina que le permitió situarse. La habitación era estrecha y sencilla. Le recordó, por su ajuar básico, a la de la mayoría de las personas de origen humilde que había visitado. Carecía de decoración en la paredes o demás objetos prescindibles. Tenía un catre con unas cuantas mantas bien plegadas, un baúl, un pequeño escritorio a juego con una sencilla silla de madera, un hornillo y un mueble bajo con unos pocos utensilios de cocina.

Sobre el escritorio reposaba una vela a medio consumir que encendió.

La luz débil apenas iluminó las paredes de piedra desnuda.

El olor a humedad se imponía al de sudor de las prendas de trabajo que debía de haber empleado durante el día.

Afinó el oído, pero no advirtió ningún aviso del cabo ni ningún otro ruido.

Y empezó.

Abrió el baúl para descubrir una serie de prendas bien plegadas. Las sacó y vio que estaban razonablemente limpias. No habría más de media docena. Las volvió a colocar en el interior. Se arrodilló para mirar debajo de la cama, donde encontró una cesta plana con ropa sucia. La sacó y la examinó: las prendas no tenían manchas de sangre.

Se sentó en la silla y miró alrededor. De no ser porque había reconocido la vestimenta que llevaba unas horas atrás, habría creído que se encontraba en la habitación equivocada. Aquello estaba inesperadamente limpio y arreglado aunque, bien pensado, ¿por qué debería ser Benet desordenado por el simple hecho de tratarse de un varón joven de clase baja? Se lamentó ante aquellos prejuicios

elementales y se dijo que, pese a su experiencia, todavía tenía que aprender a observar a su alrededor con una mirada transparente.

Revisó las paredes y las piedras del suelo, muy desgastadas por el paso de los siglos, en especial a los pies del camastro y, tal y como temía, no encontró nada extraño.

Suspiró.

Allí no había vestimentas con restos de sangre ni herramientas con las que armar o abrir cepos asesinos.

Sin perder más tiempo, como le había prometido al cabo, salió, le dio instrucciones para que cerrara la puerta y ocupó su lugar como vigilante.

Después de un breve y silencioso paseo, se plantaron frente a la todavía masificada taberna del Bribón, a la que consiguieron acceder tras nuevos apretones y empujones. Encontraron a Riera y a Toni Petit en la misma mesa.

Todavía tardaron un momento en alcanzarlos y tomar asiento.

—¿Cómo ha ido? —se interesó el subinspector. La expresión de Guasch respondió en su lugar—. De acuerdo, ya lo he entendido…

—¿Y por aquí?

—Benet y el fraile han ido hacia la barra hace un tiempo, la muchedumbre los ha engullido… —El policía estiró el cuello en su pequeña atalaya—. Por ahí veo sus coronillas.

—¿Y Miquel?

—Ahí sigue.

Toni Petit intervino desde las bajuras.

—Hemos llegado a la conclusión, después de mucho observar, de que Miquel es zurdo.

El subinspector asintió con una sonrisita.

—Vaya —respondió Guasch, dirigiendo una mirada hacia la mesa del supuesto amigo de Pere Pau—, esto sí que no me lo esperaba.

64

Polvo eres

Lucía

Lucía no había caído en la cuenta de que ese día era Miércoles de Ceniza, primer día de Cuaresma, y que, por tanto, aquella mañana no iba a poder cumplir con la promesa hecha a la pequeña María Magdalena de tomar las dos un chocolate con ensaimadas en Can Tomeu, la concurrida cafetería de es Born. Deberían guardar ayuno.

El carnaval y el desenfreno habían tocado a su fin y ahora la sufrida población mallorquina se enfrentaba al espartano tiempo de privaciones y sacrificios que suponía aquel periodo extraordinario y que, según comprendió, en la isla se cumplían a rajatabla.

La niña no se lo tomó a mal.

—No pasa nada —dijo encogiéndose de hombros—. Ya lo esperaba, pero tenía curiosidad por ver si eras capaz de convencer a mis padres de lo contrario. Me hubiera sorprendido mucho.

Lucía le propuso un plan alternativo.

—¿Y si vamos a pasear las dos después de misa y hablamos de temas que te interesen?

—¿Eso incluye tus estudios de medicina?

Aquello le gustó.

—Por supuesto. Si yo los estoy cursando, ¿por qué no podrías hacerlo tú? Pero oye, ¿qué pasa con lo de ser matadora de toros? ¿Ya no entra en tus planes?

La niña meditó bien la respuesta y respondió con seriedad.

—Todavía no lo he descartado, ¿eh?

La celebración en La Seu fue larga y ceremoniosa, pues el obispo de

la diócesis de Mallorca, el Ilustrísimo y Reverendísimo Señor don Miquel Salvà Munar, notable académico además de amadísimo y caritativo religioso, dedicó un sermón largo y profundo a los fallecidos en la epidemia de cólera morbo y, también, a las dos recientes víctimas del carnaval, como ya empezaban a llamarlo.

La imposición de la ceniza a todos los presentes fue lenta y meticulosa, ya que nadie quiso quedarse sin la marca de la cruz en la frente. Tampoco Lucía, pues, si bien su fe era escasa, no lo era su respeto por las tradiciones de la tierra, y tuvo que reconocer que las palabras del sacerdote, «recuerda que polvo eres y en polvo te convertirás», lograron estremecerla tras los hechos acontecidos.

Después de misa, las mujeres de Can Vivot y de Can Puig decidieron regresar a sus respectivos domicilios. Lucía y María Magdalena pidieron permiso a la madre de la niña para dar un paseo juntas con el compromiso de estar de vuelta antes del mediodía. Pese a las reticencias iniciales por la amenaza del misterioso asesino, la marquesa terminó cediendo al recibir garantías de que solo se moverían por zonas transitadas. Lucía argumentó que el asesino solo había actuado por las noches, pero aquella lógica, más que tranquilizar, había inquietado a ambas familias.

Fuera como fuese, habían obtenido la venia oportuna y se marcharon contentas y cogidas del brazo. La niña estaba feliz de hacer algo diferente; Lucía, aliviada de olvidar, aunque fuera por un momento, lo vivido los días pasados.

La mañana había amanecido despejada. Unas nubecillas pasajeras se suspendían en lo alto. La invariable brisa de *migjorn* las envolvía en un agradable olor marino que Lucía agradeció, pues ni en París ni en Madrid podía disfrutar de aquel aroma a salitre y a mar ni, por supuesto, de las vistas marítimas que tanto le gustaban.

A menudo evocaba con nostalgia su apacible etapa ibicenca y Mallorca, la isla vecina, no hacía sino acrecentar la añoranza de aquel recuerdo entrañable. También pensó en su padre y en cómo habían superado, los dos juntos, apoyándose el uno en el otro, la triste e inesperada muerte de su madre. Lucía había heredado su energía y su inquietud. Sin embargo, no había día que no la echara todavía de

menos, como una herida que no llegaba a cicatrizar.

—¿Quieres que vayamos hacia la Llotja? —propuso la niña, haciéndola regresar al presente.

—¿Dónde está?

María Magdalena formó una O con los labios.

—¿No lo sabes? ¿No la has visitado nunca?

—Quería que me la mostraras tú. ¿Vamos?

—¡Claro!

Dejaron atrás la fachada inacabada de La Seu con su andamio, que asemejaba un esqueleto de madera.

Bordearon el vetusto y ruinoso edificio de la Almudaina y descendieron, junto a la muralla, por una escalera adornada con bellas plantas que los llevó hasta el Portal des Moll. El movimiento de ciudadanos era importante pese a tratarse de un día festivo, o tal vez por ello. La población deambulaba tranquila por las explanadas interiores de las murallas en grupos pequeños. Algunos niños pequeños jugaban a perseguirse mientras las gaviotas graznaban en lo alto o vigilaban a los viandantes desde las cimas de los mástiles de los barcos fondeados en el muelle. La torre de Senyals y la de Paraires, así como el castillo de Bellver, rodeado este de una frondosa alfombra de vegetación, eran testigos privilegiados de la apacible estampa. Le pareció vislumbrar la torre de Son Armadans.

Parecía que hacía una eternidad que habían llegado a aquella tierra dispuestos a disfrutar de sus bondades. Nada había salido como preveían.

—Ya casi hemos llegado. —María Magdalena señaló con el dedo—. Mira, ¡es ese!

La Llotja era un imponente edificio de estilo gótico con una fachada y una puerta majestuosas, dos ventanales ricamente decorados a juego con la entrada y un par de torreones octogonales, uno en cada esquina, que se unían por una elegante crestería abierta coronada por almenas moriscas. El espacio interior daba la sensación de ligereza, y era si cabía más espectacular. Estaba formado por cuatro naves separadas por seis columnas helicoidales sin base ni capitel que se asemejaban a unas deliciosas palmeras.

—¿Te gusta? —preguntó la niña, siguiendo con la mirada los nervios de los arcos que se incrustaban en los muros.

—Me parece maravilloso, ¿y a ti?

La niña asintió con los ojos brillantes.

—Es uno de mis sitios preferidos de Ciutat.

—¿Y no has pensado en hacer estudios de arquitectura? —preguntó Lucía—. En París se imparten en la *École des Beaux-Arts*. Tú misma podrías hacer edificios tan bonitos como este.

—¡Me encantaría!

Salieron y tomaron asiento en unos bancos de piedra de la plazoleta.

A su izquierda, paralelo al lienzo amurallado que daba al mar, se elevaba un edificio alargado que, según explicó María Magdalena, era un cuartel que se había empleado como hospital de coléricos durante la epidemia.

—Mi tío era el responsable —dijo la niña, orgullosa, apoyando la cabeza en el costado de Lucía, que empezó a acariciarle el pelo—. Tomeuet quiere hacer edificios.

—¿Quién es? ¿Un amigo tuyo?

—Sí. Mi madre dice que le gusta mucho para mí.

—¿No es de familia noble?

—Sí, claro. Si no, no le gustaría tanto. —Hizo una mueca.

—Ya…, ¿y a ti qué te parece?

—Que tiene la piel blanca como un calamar y que tartamudea cuando habla.

—Quizá es que le gustas.

—¿Tú crees?

—¿También tartamudea cuando habla con los demás?

La niña movió la cabeza en sentido horizontal.

Lucía miró a ambos lados y bajó el tono de voz para dar a su mensaje un aire de confidencia.

—Eso es que se pone nervioso cuando está contigo.

—¿Tú crees? —Pareció meditarlo bien—. Quizá… Oye, ¿y cómo es Marc?

—¿Mi marido?

La niña asintió.

—Pues muy bueno, le quiero mucho. Y él a mí también. Me encanta que permitamos que el otro haga sus cosas. Estamos muy a gusto juntos.

—¿No tiene más enamoradas?

Lucía rio con ganas ante aquella ocurrencia.

—¡Espero que no! ¿Por qué lo preguntas?

—Porque mi hermano Biel sí tiene más de una.

—¿Ah, sí? —dijo divertida—. Quizá son solo amigas. «Enamorada» es una palabra muy seria.

—¿Tú das besos en la boca a tus amigos?

—¡Uy, no! Eso sí que no… Oye, ¿y tú cómo lo sabes?

La niña bajó la voz hasta que apenas fue un murmullo.

—Detrás de las cortinas me entero de muchas cosas.

—Te gusta espiar a los adultos, ¿eh?

—Es más divertido que jugar con los hijos de las criadas, son muy pequeños.

Lucía meditó un poco antes de continuar.

—Está claro que un beso en los labios significa que hay algo más que una simple amistad. —Lucía recordó la conversación con Guasch y la relación que según este Biel había mantenido con Teresa—. ¿Quiénes son esas enamoradas? ¿Era Teresa una de ellas?

—Ella también, pero yo lo vi más veces con Coloma.

—¿Cómo has dicho?

La niña se puso de pie de un bote y le tendió la mano.

—¿Seguimos paseando?

65

Miquel

Guasch

Guasch y Riera entraron en la alfarería del padre de Miquel, quien abandonó su labor para indicarles que su hijo no tardaría en regresar de sus recados matutinos y que podían esperarlo allí mismo. Ellos declinaron amablemente la invitación y optaron por aguardar en la calle caminando, pero sin alejarse demasiado de las instalaciones.

El establecimiento se encontraba en el arrabal de Santa Catalina, no lejos de los molinos del camí de Son Rapinya y cerca de otros pequeños y medianos talleres que producían los bienes necesarios para satisfacer la demanda continua de aquella ciudad insaciable: alfareros, tejedores, toneleros o cordeleros ocupaban muchos de los locales a pie de calle. Las fachadas rotuladas anunciaban la naturaleza de los productos ofrecidos, así como el nombre del titular del negocio.

Les sorprendió encontrar una inmensa fábrica de cordelería que, según les indicaron, tenía una máquina de vapor de dieciocho caballos y empleaba a casi doscientos operarios. No había una industria como aquella en toda la isla.

El subinspector empezó a liar uno de sus infumables cigarrillos de *pota*.

—¿Va a seguir envenenándome con eso?

—No exagere.

Guasch bufó y se alejó unos pasos de él.

El policía soltó una risita.

—¿Cree que puede ser Miquel?

—No tengo dotes de adivinador, Riera.

—Solo le pido una opinión.

Guasch vació sus pulmones lentamente mientras aclaraba las ideas.

—Diría que Miquel no es el asesino, pero…

—Pero ha visto tantas cosas en su vida como policía que ya ha aprendido que nunca se puede descartar a nadie, por cercano que en apariencia sea a la víctima.

Lo recitó del tirón y sin respirar.

—Exacto, Riera. ¿Para qué pregunta si ya lo sabe?

—Para ocupar el tiempo mientras viene el cachorrillo. O quizá para escuchar su bonita voz.

—Veo que se ha levantado muy ocurrente esta mañana.

—Si eso es un piropo, se lo agradezco.

En realidad, le encantaba que Riera recuperara un poco de su humor en unas circunstancias tan poco proclives a bromear como las que se habían encontrado hasta ahora. Agradeció aquella pausa que les brindaba la investigación, aunque esta no se dilató demasiado, pues el muchacho no tardó en aparecer por una de las calles transversales.

—¡Miquel!

El joven se volvió y, al verlos, levantó la mano a modo de saludo. Por un momento pareció dudar sobre si dirigirse primero al taller o hacia ellos. Finalmente optó por lo segundo.

Les tendió una mano desangelada.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Guasch.

—Imagino que como cualquier persona que el día anterior acaba de descubrir a su mejor amigo salvajemente asesinado.

—Anoche no estaba tan compungido. —Riera se lanzó a la carga.

El otro levantó las cejas.

—¿Perdón?

—En la taberna del Bribón parecía usted de muy buen humor.

—Estaba con mi enamorada y ella no paraba de bromear para hacerme sentir mejor…

—Pues doy fe de que lo consiguió. Si es tan amable, díganos qué hizo anteayer desde un par de horas antes del amanecer —le pidió Guasch.

El joven abrió los ojos de un modo exagerado.

—¿La noche que murió Pere Pau?

—Que lo mataron —matizó Riera—. Sí, esa.

—¿Pueden explicarme a qué viene esto? Porque si tratan de insinuar que yo tengo algo que ver con la muerte de mi amigo…

—¿Qué?

—*Se'n poden ben anar a la merda!*

El joven se encaminó hacia la alfarería.

—¡No me ha respondido!

El joven se paró y bajó visiblemente los hombros en un movimiento de resignación. Se giró y les dio la cara. Tenía los ojos llorosos. Le temblaba el labio inferior. Dio dos pasos hacia ellos.

—¿Cómo se atreven a insinuar algo así? ¿Quiénes se han creído que son?

—Dos policías empeñados en encontrar al asesino de Pere Pau y de Teresa Coll —dijo Guasch, que se permitió esbozar algo parecido a una sonrisa—. Solo eso.

—Me acosté temprano.

Aquello ya lo había oído hacía poco en boca de Benet. El subinspector debió de pensar lo mismo.

—¿Es que nadie salió esa noche?

—¿Cómo dice?

—¿Puede atestiguarlo alguien?—avanzó Guasch.

—Estuve con mi enamorada hasta después de la cena. Cuando llegué a casa, mis padres ya habían salido.

—¿Ellos sí fueron de fiesta?

—Había una en su asociación, la de los maestros alfareros y otros industriales.

—¿A qué hora regresaron?

—No me enteré, ya dormía, pero bastante tarde, seguro.

—¿Pueden confirmar que estaba usted allí cuando llegaron?

Suspiró.

—Pues la verdad, no creo que abrieran la puerta para comprobarlo. ¡Ni que fuera un niño de pecho! No sé si mi madre lo hizo…

Aquello podía parecer humillante para un hombre en ciernes como

él, pero se trataba de una investigación.

—Comprendo —dijo Guasch.

—¿Podría darnos la dirección de su domicilio?

—¿En serio quieren hablar con ella?

—Me temo que es usted el principal interesado en que resolvamos este punto.

El subinspector señaló su mano.

—Solo una cosa más que necesitaríamos confirmar, ¿es zurdo?

El joven negó con la cabeza en lo que más que una negación parecía incredulidad.

—Sí, ¿por qué?

Ahora fue Riera quien suspiró, tiró su cigarrillo pestilente al suelo y lo aplastó con la punta del pie.

—Por nada.

66

Muchos Biel

Lucía

Can Vivot estaba sumida en lo que Lucía interpretó como una calma tensa. A la muerte de una trabajadora de la casa había que añadir la de la pareja de otra de las criadas y ahora, además, la acusación vertida contra uno de los ilustres hijos del marqués.

Lucía subió por la escalinata que conducía a la planta principal en compañía de María Magdalena atenta a cuanto le rodeaba. La niña canturreaba canciones de la Jaia Corema que, según le había explicado, era una vieja fea y decrépita pintada sobre madera, cartón o incluso papel que todas las familias mallorquinas, con independencia de su capacidad económica y siguiendo la tradición, colgaban en el comedor o en la cocina de sus casas. La anciana personificaba la Cuaresma: tenía siete piernas, una para cada una de las semanas de aquel periodo de abstinencia, y cada sábado o domingo se le cortaba una, con gran alborozo de los niños, hasta el Sábado Santo, momento en que se quedaba sin ninguna y se daba por concluido aquel tiempo especial.

Tocaron a la puerta y uno de los criados les abrió.

—¿No quieres ver la Jaia Serrada? —preguntó María Magdalena.

—¿No se llamaba Jaia Corema?

—Es que a mitad de Cuaresma se la corta por la mitad. Por eso tiene dos nombres.

Lucía abrió los brazos para que la niña se acomodara entre ellos y la abrazó.

—Muchas gracias —dijo—, me lo he pasado muy bien y he

aprendido muchas cosas contigo. Eres una niña muy inteligente.

—¡Yo también lo he pasado muy bien! Cuando quieras, repetimos, pero recuerda que tenemos un chocolate pendiente, ¿eh? ¡No me olvidaré!

La besó en la mejilla y entró corriendo en la casa.

Lucía se despidió del criado con una inclinación de cabeza, bajó la escalinata, se dirigió al *pati vell* y subió la escalera de servicio.

Sentía la necesidad de hacerlo.

La ayudante de cocina la miró con curiosidad desde el umbral, sorprendida de que una *senyora* apareciera por allí.

—¿Está Coloma?

—Arriba, en su habitación, en los cuartos *de ses dones*.

—¿Podría verla?

Pareció dudar.

—¿Quién le digo que la busca?

—Lucía Lequerica, la esposa de Marc Guasch.

—Deme un momento, subo a ver.

La mujer se demoró un rato en regresar.

—Sígame, por favor.

Se hizo a un lado y la dejó pasar.

—¿Cómo está?

—Igual que ayer, llorando a todas horas.

—No es para menos, menuda desgracia.

Subieron por una escalera en espiral.

La chica le indicó el cuarto de Coloma.

—Está bien que la entretenga un poco —murmuró antes de regresar a sus quehaceres.

La puerta estaba entreabierta. Lucía tocó en el marco con suavidad y una voz femenina la autorizó a entrar.

Coloma, al verla, se puso en pie y se abrochó una rebeca que le llegaba casi hasta las rodillas. Daba la sensación de haber encogido. Tenía los ojos hinchados y la cara enrojecida.

—Buenos días, señora.

—Buenos días, Coloma, ¿cómo se encuentra?

La chica señaló la silla. Ella estiró las sábanas, tomó asiento en la

cama y cruzó los brazos sobre el regazo.

—Sigo haciéndome a la idea… Gracias por preocuparse, le agradezco mucho que se haya acercado.

—He ido a pasear con María Magdalena y de regreso no quería dejar de visitarla. Soy estudiante de medicina, si puedo hacer algo por usted, estoy a su disposición.

La criada sacó un pañuelo arrugado del bolsillo y se secó unas gotas de la nariz.

—Gracias. No estoy mal, es solo… —hizo amago de echarse a llorar, pero logró contenerse. Se llevó la mano al corazón— dolor del alma, ya sabe.

Lucía recordó las palabras de la niña y se dijo que muchas personas no tenían suerte, como esa ayudante de cocina que había pasado de caer en las garras de un señorito que se aprovechaba de su posición para acostarse con las criadas a encontrar el verdadero amor y perderlo al instante. La vida no nos prepara para estas situaciones, y si al final nos acostumbramos a ellas es a base de acumular dolor y, como hubiera dicho su padre, «a hacer callo».

—Coloma, quiero pedirle que sea fuerte, que se tome su tiempo y que no se deje embaucar por hombres poderosos que solo buscan su propia satisfacción. Es una mujer joven y tiene toda la vida por delante, ¿me oye?

Se preguntó hasta qué punto tenía derecho, desde su posición privilegiada, a hablar de esa manera a una chica sin recursos ni posibilidades y muy probablemente sola en aquel mundo egoísta y cruel.

—¿Por qué lo dice?

—Porque puede encontrarse con muchos Biel en su vida.

La chica puso cara de no comprender y Lucía se explicó.

—Sé que mantuvieron una relación, más o menos larga, aunque quizá debería decir que fue él quien la tuvo con usted…, entre otras mujeres. La animo a seguir buscando a alguien con quien valga la pena compartir su vida y a evitar que determinados hombres se beneficien de su inocencia, belleza y juventud.

Coloma bajó la mirada, como si se sintiera avergonzada, pero sin

necesidad de seguir fingiendo.

—A Biel no podía decirle que no. —Intentó sonreír sin lograrlo—. Con Pere Pau todo era distinto. Él era espontáneo y divertido. Con él, los sentimientos eran de verdad.

Lucía sintió un cosquilleo en la espalda.

Se levantó y, sin poder contenerse, la abrazó.

67

Llucmajor

GUASCH

Guasch había convocado al equipo a una hora razonable. Sabía que la noche anterior había sido larga para todos y también que Arnall iba a necesitar un tiempo para poner a sus hombres en marcha en los diferentes frentes abiertos. Ahora, Guasch ascendía los peldaños del Gobierno Civil seguido de Riera, que resoplaba detrás de él como si llevara toda la mañana subiendo escaleras.

—Tengo que moverme más —dijo el subinspector.

—¿Ha probado a comer menos?

—Vaya, nos hemos levantado con buen pie…

Venían de visitar el domicilio de Miquel, un piso ubicado cerca de la Porta de Jesús, detrás de la plaza de toros. La madre los recibió con una mirada suspicaz, como tocaba al enfrentarse a dos forasteros que decían ser policías y que llamaban a su puerta preguntando qué había hecho o dejado de hacer su hijo. La señora les había abierto una rendija solo después de obligarles a jurar en arameo que eran la autoridad. La sombra del asesino del carnaval acechaba amenazante y alcanzaba hasta el rincón más peregrino de la ciudad y de las mentes desconfiadas de sus habitantes. La inquietud y la suspicacia, cuando no el miedo, eran palpables entre los palmesanos.

—Diría que estaba en casa cuando llegamos —respondió la mujer.

—Pero no lo vio.

—No necesito abrir la puerta de su dormitorio para saberlo. Son cosas que una madre sencillamente percibe.

Guasch sintió cómo Riera lo miraba de soslayo y pensó que a la

mujer no le habría resultado difícil mentir para salvar a su hijo. Pero a la gente honesta le cuesta salirse de la senda de la verdad, cualesquiera que sean sus consecuencias.

—¿A qué hora llegaron de la asociación?

—Empezaba a clarear.

Eso era más tarde de la franja en que Pere Pau había acompañado a Coloma y, por tanto, el testimonio servía de poco, pues no aclaraba dónde estaba Miquel antes de su llegada.

—¿Notó algo raro a la mañana siguiente?

—No sé a qué se refiere.

—¿Se encontraba bien su hijo? —preguntó Riera—. ¿Tenía manchas de sangre?

Guasch le dedicó una mirada de advertencia, pero ya era tarde.

—¡Santo Dios! ¡Claro que no!

—¿Y sus zapatos?

—¿Qué les pasa?

—¿Tenían sangre o echó de menos alguno de sus pares?

—No dispone de tantos como para que se me pase si falta alguno. Los tenía todos, y además estaban razonablemente limpios. ¿Está claro?

—Sí, señora, pero…

—Ahora, si me disculpan, tengo que hacer la comida.

Y cerró la puerta.

Pons y Toni Petit ya ocupaban sus respectivos asientos en la sala de reuniones. Hablaban con inesperada camaradería, como viejos compañeros de batalla que se refieren a conocidos y enemigos comunes. Ese niño no dejaría nunca de sorprenderle.

Parecía que Arnall llegaría tarde.

Guasch había tenido que insistir a Lucía para que se tomara la mañana de descanso y se fuera con Apolonia y las otras mujeres a la misa de La Seu. Bastante había hecho en todo aquel embrollo.

Tomaron asiento y Guasch explicó las novedades.

—Seguro que hay muchos zurdos en Ciutat —afirmó Pons, refiriéndose a Miquel.

—Está claro —convino Guasch—. La cuestión es cuántos hay en el

entorno de Pere Pau de los que dudemos sobre lo que hicieron la noche de los hechos.

—Pero Lucía dijo que no estaba completamente segura de que lo fuera —intervino Toni Petit.

—Correcto, pero también remarcó que todo apuntaba a que sí.

—Pero —insistió—, por lo que entendí, no era definitivo.

—Es verdad —hubo de reconocer—. ¿Por qué lo dices? ¿Sospechas de alguien?

La cabecita pelirroja hizo un gesto negativo.

—Era solo para dejarlo claro.

Unos pasos cercanos avisaron de la inminente aparición de Arnall. Tocaron a la puerta, que se abrió para permitir que asomara el rostro mofletudo de un guardia que poco o nada tenía que ver con el del teniente.

—Señores, me piden si son tan amables de acompañarme.

—¿Ha sucedido algo?

—Ha llegado la persona que esperaban.

—¿Quién? —preguntó Riera.

—El pastor. —Toni Petit saltó al suelo—. A ver qué nos puede contar.

—¿Tan rápido?

Salieron en tropel, bajaron las escaleras y siguieron al guardia hasta el amplio recibidor principal para, al fin, introducirlos en un pasillo lateral. Se detuvo frente a una puerta.

—Están aquí, el teniente ya está dentro.

—No podemos pasar todos —advirtió Guasch.

—Vaya usted, por supuesto —respondió Riera.

El resto asintió.

Guasch dio unas instrucciones rápidas a Pons y entró, cerrando la puerta tras de sí.

El pastor se encontraba sentado de frente. Tenía cara de pocos amigos, y seguramente no comprendía qué hacía allí, tan lejos de su hábitat y de su rebaño.

Arnall se puso en pie.

—Guasch, le presentó a Ginés, que muy amablemente ha venido

de…

—¡Amablemente no! ¡Me han obligado a venir!

—Se lo agradecemos mucho, don Ginés.

—*Don Ginés? Batuadell! Sí que són educats a Ciutat*!

Guasch le preguntó acerca de su trabajo para crear un ambiente distendido en el que se sintiera cómodo y que también le serviría para entender las particularidades de su vida. El pastor empezó a explicar la historia de su familia desde que su abuelo emigrara a Mallorca durante la guerra del Francés.

Llamaron a la puerta y un guardia interrumpió el interrogatorio con una botella de cristal tallado y tres recipientes a juego. Arnall le dirigió una mirada interrogativa y Guasch mantuvo una expresión neutra mientras se levantaba y servía el líquido ambarino en las copas. Un chorrito más generoso en la del pastor.

—Para compensar en parte las molestias que le hemos ocasionado, el señor gobernador le quiere ofrecer su mejor licor.

—¿De verdad?

—Por supuesto.

Chocaron los vasos y saborearon la bebida que, en efecto, era excelente. No la había enviado don Ricardo, naturalmente, pero sí había dado instrucciones a Pons para que fuera a buscarla a su despacho.

En ese momento de distensión, el cabo tocó a la puerta y entró con expresión seria portando un objeto alargado de madera con apliques metálicos en ambos extremos.

Dejó el bastón sobre la mesa y desapareció.

Aquello era todo. Guasch no había tenido tiempo de organizar más sorpresas.

—¿Es el suyo? —preguntó.

El hombre casi ni lo miró, como si el ser consciente de que con él se había matado, además de ultrajado, a una mujer le produjera una repulsa feroz.

—Sí.

—¿Cómo lo sabe?

—He pasado muchas horas con él.

—Cuéntenos cómo se lo robaron.

—Pues fue un día, así sin más. —Hizo una mueca como de no comprender—. Yo estaba en mi casa, lo dejé colgado de la rama de un algarrobo que queda cerca del camino mientras preparaba las ovejas y de repente, cuando me fijé, había desaparecido.

—¿Suele dejarlo allí?

Ginés se encogió de hombros y pensó un momento.

—Nunca me había parado a pensarlo, pero sí, tengo la costumbre de dejarlo siempre en los mismos sitios. Cuando estoy por fuera suelo colgarlo en alguna rama baja.

—¿Dónde vive usted?

—Cerca de Llucmajor.

Ese nombre le resultaba familiar.

—En la Tramuntana, si no me equivoco.

Arnall y Ginés lo miraron sin comprender. Fue el teniente quien se dio cuenta del error e hizo la aclaración oportuna.

—Me parece que se confunde con el Puigmajor, que es una montaña, la más alta de la isla, en realidad, y que, como bien apunta usted, está en la serra de Tramuntana. Llucmajor es un pueblo que queda al sureste de Ciutat, en el camino de Santanyí. Nada que ver.

—¡Ah!

También había escuchado antes el nombre de esa población. Y recordaba la situación y en referencia a quién. Sintió, como siempre que hacía un descubrimiento, que se le aceleraba el pulso.

—¿Recuerda en qué época del año sucedió? ¿En agosto, tal vez?

—Sí, ¿cómo lo sabe?

Guasch se frotó la cara con ambas manos, se puso en pie y se dirigió a Arnall.

—Teniente, debemos regresar al claustro de La Mercè.

68

Llaves

GUASCH

Guasch y Riera caminaban a paso ligero tras un grupo de guardias que, liderado por Arnall, avanzaba por el carrer del Sindicat en dirección al antiguo convento de la Orden de los Mercedarios. Pons había salido unos minutos antes con otro destacamento hacia la lechería, que tampoco se encontraba lejos. Entre unos y otros confiaban en formar una pinza que les permitiera capturar al sospechoso, interrogarlo «como Dios manda» y registrar cualquier lugar que pudiera tener relación con él.

—¿Y no puede ser una coincidencia? —preguntó Riera.

—Algo huele mal cuando varios detalles inconexos señalan a la misma persona —respondió Guasch—. Un único suceso puede ser casual, pero muchos no lo son.

—¿Inco…, qué? Cuando no se le entiende al hablar es que está inspirado.

Aquella teoría era nueva.

—Hechos independientes, que no tienen relación entre sí.

—Que robaran un cayado en las fechas en las que Benet no pudo competir en las carreras de Santa Catalina por encontrarse en el pueblo visitando a sus padres no lo convierte en culpable.

—La granja se encuentra a mitad de camino de la ruta que tuvo que seguir, y el cayado estaba a su alcance en el momento en que desapareció.

—Por allí debe de pasar mucha gente.

—El bastón ha aparecido en Ciutat y se ha usado para asesinar a

una persona.

—Lo pudo traer cualquiera…

—Vamos a ver: estuvo en el lugar cuando robaron un cayado que terminó en Ciutat y con el que mataron a una chica que trabajaba en una casa que él frecuentaba. Vuelvo a lo de antes: tantas coincidencias no pueden ser casuales

—¿Y el cepo?

—De eso no sabemos nada —reconoció Guasch—. Todavía.

—Bueno, ¿qué más puede decirme de Benet? —prosiguió Riera, que disfrutaba como un niño haciendo de abogado del diablo.

Nunca mejor dicho en aquel caso.

—Benet conocía a Pere Pau —dijo Guasch.

—Y a Teresa, aunque fuera solo de vista.

—Eso es lo que él dice. Lo que está claro es que lleva un año visitando Can Vivot varias veces por semana, y que de un modo u otro conoce a todo el mundo allí. Y no olvide que no tiene coartada para la noche del crimen, que llegamos a él por las competiciones atléticas y que encaja con el perfil del tipo que, según Pere Pau, tenía el hombre que lo encerró en las minas.

—Es pequeño y ligero, pero no es de Ciutat.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Que Pere Pau sospechaba que su perseguidor conocía bien la ciudad para conducirlo por aquellas calles hasta terminar en las grutas.

—Benet es repartidor, puede dominar cualquier rincón de Palma.

—La entrada de las minas está muy escondida, y en una zona en la que no hay clientes a los que servir leche.

—Bien, entonces le diré que no tiene casi amistades y que dedica el tiempo a callejear y a meterse en cualquier agujero que encuentra.

—¿Siempre tiene respuesta para todo?

Guasch dejó escapar un suspiro.

—Porque sé que es el asesino.

—Le recuerdo que no encontró nada en su celda.

—Ya… —Volvió a pensar en todas las posibilidades—. Tal vez lo alertamos yendo a la lechería. Ahora veremos qué somos capaces de

encontrar y qué nos saben decir sus compañeros de claustro.

—Ayer no confesó nada.

—Demostró que sabe disimular, y nosotros quizá estuvimos demasiado blandos.

Los viandantes se apartaban a su paso y los vecinos se asomaban a los balcones para mirarlos. La operación no era precisamente discreta. Ni tenía por qué serlo.

El portón del claustro de La Mercè estaba abierto. El grupo se adentró en bloque, con el ímpetu de un ariete, y los hombres se desparramaron por el patio que, sin llegar a estar desierto, sí estaba bastante tranquilo. Dos residentes que charlaban en sendas sillas mientras tomaban el pálido sol invernal se levantaron de sus asientos y se escondieron tras una columna.

Ninguno de los dos era Benet.

Arnall preguntó por el repartidor y por el fraile. Entre tartamudeos dijeron que desconocían el paradero del primero, y que el religioso había entrado en su celda un rato antes.

No tardó en abrirles la puerta.

—¿Qué ocurre, señores?

—Necesitamos acceder al cuarto de Benet Tur —dijo Arnall.

El monje se aturulló y Guasch se asomó tras el guardia para tranquilizarlo.

—Buenos días, Fra Alipi. Soy yo. ¿Tiene la llave? Me comentó anoche que es usted el encargado.

—Debería tenerla por aquí.

—Ya tarda.

El teniente no estaba para monsergas.

El viejo regresó, tembloroso y maloliente, con una ristra de llaves en la mano.

Guasch pensó que era un asunto incómodo para un residente con algo que ocultar que un tercero pudiera acceder libremente a su celda y tuviera vía libre para hurgar entre sus cosas.

—¿Las emplea a menudo? —preguntó Guasch cuando el hombre se dirigía hacia la puerta de Benet buscando en el manojo de llaves.

—No, señor, salvo que un residente extravíe la suya y me lo solicite.

No es algo muy habitual. De hecho, muchos suelen dejar sus puertas abiertas.

—¿Y Benet se lo ha pedido alguna vez?

El hombre hizo memoria mientras seguía toqueteando las llaves, que tintineaban.

—No, él es muy responsable.

Las manos le temblaban y parecía no encontrar la que buscaba.

—Es para hoy —urgió el teniente.

Arnall se asomó por encima de su hombro mientras se pinzaba la nariz con los dedos. No lo culpaba, el hedor que emanaba del fraile era insoportable.

La espera se prolongaba. El fraile había probado varias llaves.

—¿Qué sucede? —preguntó Guasch.

—Que no la encuentro…

—¿Cómo puede ser?

—No lo sé, no lo entiendo. Las tengo todas ensartadas en este alambre, por orden.

—Cuéntelas.

El hombre le dirigió una mirada de incredulidad y se puso manos a la obra. Cuando terminó, levantó los ojos. Estaba perplejo. Repitió la operación.

—Falta una.

Aquello resolvía sus dudas anteriores.

—No se preocupe.

Guasch preguntó a voz en grito si alguno de los presentes sabía abrir una cerradura como aquella.

Dos guardias levantaron la mano y, si bien distaban de tener la habilidad de la que había hecho gala Pons, no se demoraron demasiado en forzarla. Arnall había aprovechado para mandar a dos de sus hombres a interrogar a la pareja de las sillas y a otros dos a que fueran puerta a puerta en busca de otros moradores.

Guasch entró en la habitación seguido de Riera. A la luz del día se la veía diferente, más grande, y como si los pocos muebles y enseres salieran de una nebulosa y cobraran vida para pasar a ocupar el espacio que de verdad les correspondía. Todo seguía en el mismo sitio,

como si el joven no hubiera dormido allí, o su paso hubiera sido circunstancial.

Registraron la celda con mayor detenimiento que la noche anterior.

No encontraron nada destacable.

—¿Dónde estará la segunda llave? —preguntó Riera.

Aquella era una buena cuestión. No era habitual que alguien saliera de casa con dos copias idénticas.

El religioso entró en la cámara. Se le veía más apurado que antes.

—¡Me falta otra!

—¿A qué se refiere? ¿No ha dicho que faltaba solo una?

—Existen dos llaves maestras que abren todas las puertas del recinto, menos las celdas, por supuesto. Yo llevo siempre una conmigo…

—Y la otra la tenía guardada en algún sitio y ha desaparecido —completó Guasch.

—Eso es.

—¿Tiene usted su copia, al menos?

—Sí, por supuesto.

—¿Puede mostrarnos qué puertas abre? —dijo el subinspector.

El monje paseó la mirada del uno al otro. Arnall socorría a uno de sus hombres en el interrogatorio a un residente.

—Síganme.

Fra Alipi los acompañó a una verja trasera que conducía a dos pequeños almacenes llenos de trastos que Guasch mandó registrar y a un pesado portón de madera que bajaba a un hipogeo que se abría bajo el claustro.

—¿Podemos entrar? —preguntó Guasch.

El monje asintió y empujó la hoja de la puerta, que se abrió en silencio.

El olor a humedad les abofeteó la nariz.

—¡Un momento! ¿Qué hay ahí abajo? —masculló Riera—. Esto no me hace ninguna gracia.

—En una cripta hay muertos —explicó Fra Alipi.

—Quédese aquí arriba, no es necesario que baje —respondió Guasch, que conocía el respeto que sentía el subinspector por los

cementerios.

—No lo dejaré solo.

Guasch hizo un gesto de agradecimiento y miró al fraile.

—Hermano, ¿sería tan amable de traer algo para iluminarnos?

Mientras el religioso cumplía con la solicitud, Guasch pasó los dedos por los goznes y se los llevó a la nariz. El olor era agradable y familiar.

—Están impregnados de algún tipo de grasa. Y la cerradura también.

El fraile no tardó en regresar con dos lámparas de aceite y una vela. Las prendió y abrió la marcha. A continuación iba Guasch, y Riera cerraba el grupo. Por descarte, sería el subinspector quien llevara la vela, que aceptó con desgana.

Guasch acercó la luz al primer escalón, repleto de moho.

—¿Baja alguien aquí alguna vez?

—Yo desde luego que no. Ni recuerdo cuándo lo hice por última vez. Hará fácilmente un lustro.

—¿Alguien más tiene llave?

—La persona que se ha llevado la otra copia.

El monje se encogió de hombros mientras descendía despacio los escalones. Llevaba el farol por delante para iluminar allá por donde pisaba. La escalera no era estrecha, para que los monjes de antaño pudieran bajar los cuerpos sin vida de sus hermanos y darles sepultura.

—¿De verdad no la había echado antes de menos?

—Para nada. Yo tengo la mía, y esas las guardo en un pequeño saco en uno de los cajones de mi escritorio. No las compruebo nunca, porque no las necesito.

—¿Y la del cuarto de Benet? ¿Cuándo fue la última vez que la empleó?

—Seguramente al llegar él aquí.

Guasch señaló unas marcas en el verdín del suelo. Se agachó y pasó la mano por encima.

—Estas pisadas son recientes.

—¿Hay algún otro acceso?

El fraile chascó la lengua, dando a entender que no.

Siguieron el descenso.

—Si son recientes, ya sabemos quién ha bajado —prosiguió Guasch.

—¿Quién? —preguntó Riera a sus espaldas.

—Benet Tur, el ladrón que ha sustraído la llave. El asesino que andamos buscando.

Se miraron unos a otros en silencio, digiriendo las palabras que acababan de pronunciar, conscientes de que habían resuelto el gran interrogante que había asolado a la ciudad de Palma durante aquellos intensos días de carnaval. Ahora tenían que encontrar pruebas que sustentaran lo que en aquel momento no era más que una teoría sólida. Guasch tenía la sensación de que se dirigían hacia ellas.

Y cayó en la cuenta de algo.

—Mire bien por dónde pisa, hermano; el asesino ya ha usado un cepo una vez.

Finalmente, con precaución, llegaron a la planta del sótano sanos y salvos. Las paredes estaban húmedas y frías. Una cucaracha correteó frente a sus pies. Un pasillo breve daba a dos cámaras y desembocaba en una tercera. En la primera se abrían, cual paneles de abeja, no menos de un centenar de nichos rectangulares. Las lápidas eran anónimas y demostraban la entrega total de sus moradores eternos a la humilde vida religiosa.

Guasch analizó el suelo, pero no encontró marcas claras como las de los primeros escalones. La segunda sala y la tercera tenían idéntica estructura y dimensión.

—¿Cuántos monjes habrá aquí enterrados?

—Piense que a lo largo de los siglos han pasado muchos religiosos por este claustro

—Pues siguen todos aquí —murmuró el subinspector, que agarraba la vela temblorosa con ambas manos.

—Riera, ¿sería tan amable de subir y pedir ayuda al teniente? Cuantos más seamos, más rápido avanzaremos.

—¿Quiere usted abrir los nichos para comprobar si contienen algo más que esqueletos?

Guasch suspiró paciente.

—Eso es.

—En ese caso reemplazaré a uno de los guardias y me quedaré arriba.

Y se fue.

En pocos minutos había dos hombres en cada cripta con un par de nuevas lámparas palpando las losas y metiendo los dedos, cuando no las uñas, en cualquier grieta sospechosa. El voluntarioso y atribulado fraile también les ayudaba.

Fue Arnall quien gritó desde la sala del fondo y fueron a reunirse con él.

Una de las lápidas inferiores había cedido y caído al suelo nada más tocarla. No estaba fija. En el interior del nicho se ocultaban dos sacos de lienzo grueso y color indeterminado que un guardia sacó a rastras. Uno de los fardos era más pesado, y el ruido evidenció que contenía objetos o piezas de metal.

Formaron un corro alrededor del hallazgo, sosteniendo las lámparas en alto.

Unos y otros le miraban expectantes, esperando que los abriera, pero Guasch sonrió a Arnall e hizo un gesto de asentimiento.

—Por favor, teniente: haga los honores.

69

En busca y captura

GUASCH

Una pareja de guardias municipales que habían acompañado a Pons informó con voz entrecortada de que el hombre al que buscaban había desaparecido de su lugar de trabajo o, mejor dicho, matizaron que había ido a la lechería para después ausentarse en pleno reparto, dejando parte de la mercancía abandonada en un callejón.

—Cojan aire y cuenten la historia desde el principio —ordenó Arnall, a quien se le había esfumado de un plumazo la euforia de la cripta.

El más alto de los dos guardias asumió la función de portavoz, respiró un par de veces y se aclaró la voz mientras ordenaba las ideas.

—Nos hemos personado en la lechería de Sant Antoni, señor. El propietario nos informó de que Benet había acudido al trabajo esa mañana, como todos los días, que debía hacer tres repartos en su primera salida y que se había marchado hacía ya un buen rato, por lo que no debería de tardar demasiado en regresar. El cabo no quiso esperar, pidió la dirección de los clientes, dejó dos hombres en los establos y dividió al resto para que fueran a buscarlo por las calles con orden de detenerlo.

—Bien hecho —bendijo Arnall.

—La cuestión es que hemos hablado con los dos primeros clientes, que nos han confirmado la entrega…

—Pero el tercero no —interrumpió el otro con un castellano cerrado —. Y después hemos encontrado el carro abandonado con un par de vasijas llenas en una de las travesías de la calle Sindicato.

—Cerca de aquí —advirtió el teniente.

—Puede haber huido —dijo Guasch—. El Portal de Sant Antoni está al lado, ¿no?

—Pons ha dado el aviso en la puerta, y los vigilantes dicen no haber visto salir a nadie que coincidiera con la descripción de Benet.

—Tendríamos que alertar a todos los accesos, señor —recomendó el andaluz.

Arnall profirió dos gritos y agrupó a los guardias dispersos por el patio para, al momento, designar las entradas a las que debía acudir cada uno. El andaluz describió la vestimenta que llevaba esa mañana Benet y describió su apariencia física.

—¡Que retengan a cualquier persona que se acerque mínimamente a este aspecto!

Guasch tomó la palabra cuando el teniente iba a dar la orden de partida.

—Es necesario definir un centro de operaciones. Yo descartaría el Gobierno Civil y buscaría un punto más céntrico, equidistante a todas las puertas de la muralla.

Arnall asintió rápido y pensó todavía a mayor velocidad. Guasch lo imaginó visualizando el plano de Ciutat y buscando una especie de punto de equilibrio.

Levantó un dedo admonitorio.

—Para cualquier comunicación, diríjanse al patio de Can Berga, en la plaça des Mercat. —Extendió los brazos—. ¿Qué hacen aquí parados? ¡Fuera de mi vista!

Y desaparecieron.

Quedaban un puñado de guardias civiles en el patio.

—¿Qué hemos averiguado?

—Que tuvo problemas en sus trabajos anteriores —respondió uno.

—Sabíamos que había cambiado de ocupación varias veces —confirmó Guasch—, pero no los motivos por los que lo hizo.

—Por lo visto, en uno de ellos tuvo una pelea con un compañero, que terminó con un brazo roto y la cara maltrecha.

—¿Lo mató? —preguntó Riera.

—No, pero salió malparado del encontronazo.

—¿Y no terminó en la cárcel?

—No hubo denuncia por parte del agredido.

—¿Por qué?

El guardia se encogió de hombros y señaló al corrillo de los residentes, formado por media docena de hombres que cuchicheaban entre ellos cabizbajos, sin quitarles el ojo de encima. Fra Alipi se encontraba entre ellos.

—¿Está ahí? —preguntó Arnall.

—No, señor. Solo el informante, que no ha sabido decirme mucho más.

Guasch hizo un gesto al monje para que se acercara y el hombre obedeció cariacontecido.

—Tiene mala cara, hermano.

—No es sencillo asimilar que alguien al que has tratado de manera cotidiana durante tanto tiempo haya matado a dos personas inocentes, y además de una manera tan inhumana. Estamos todos consternados…

Parecía que iba a añadir algo más, pero calló.

—¿Qué más puede decirnos sobre Benet? —preguntó Arnall.

El hombre caviló un momento sin dejar de asentir con la cabeza, como si de repente relacionara detalles que hasta entonces había considerado menores. Como si los ojos se le hubieran abierto ante una nueva realidad.

—De pequeño tuvo problemas en casa con su padre.

—¿Qué pasaba con él?

—Que le pegaba cuando se emborrachaba. También apalizaba a su madre y a un hermano mayor. Según contó, raro era que estuviera sobrio, por lo que imagínense el percal… El otro escapó un buen día de casa y los dejó solos a él y a su madre. Benet aguantó hasta que finalmente vino a Ciutat.

—¿Por qué no lo ha contado antes?

—Me lo ha comentado ahora uno de los muchachos. De hecho, todos sabíamos cosas sueltas, pero ninguno tenía, ni creo que tenga todavía, una idea conjunta de lo que le pasaba o le dejaba de pasar.

—¿Algo más?

El fraile suspiró.

—La última vez que vino del pueblo parecía satisfecho. Dijo que «por fin» había resuelto el problema.

—¿A qué se refería?

—A su padre, pero no aclaró nada más ni el compañero le dio más importancia. Pero después de ponerlo en común y de descubrir todo esto…

—Mandaremos a alguien a casa de sus padres a Santanyí —apuntó Arnall.

—Está usted ayudando mucho —dijo Guasch—. ¿Hay alguna otra cosa que nos quiera comentar?

El religioso hizo un gesto negativo y regresó con sus compañeros cabizbajo.

El teniente repartió nuevas tareas y mandó a informar al gobernador, al capitán general y a los *senyors* de Can Berga, a quienes pediría prestado el patio para emplear como cuartel general.

Los policías salieron raudos a cumplir con sus cometidos y Guasch, Riera, el teniente y un guardia de escolta se dirigieron con paso más pausado hacia la plaça des Mercat.

Arnall puso voz a sus pensamientos cuando esquivaba los pies de un mendicante que sobresalían de un portal.

—¿Cómo puede alguien carecer totalmente de empatía por otra persona? Siempre he visto agredir o matar por algún motivo, aunque fuera inconcebible para mí, pero esta vez es por pura maldad.

—Yo diría que el problema va más allá —añadió Guasch—. Después de revisar las autopsias me atrevería a decir que Benet disfruta causando dolor a sus víctimas. Este ensañamiento no es normal.

—Nos resulta siempre fácil encontrar un motivo para odiar al prójimo —concluyó Riera.

No le faltaba razón.

El teniente se limitó a resoplar y a apretar los puños.

Guasch recordó las herramientas ensangrentadas que habían encontrado en el interior del saco de la cripta, las piezas metálicas sueltas y oxidadas que le habrían sobrado después de montar el cepo o con las que quizá pensaba preparar un segundo artilugio; las ropas ensangrentadas que habría empleado en ambos crímenes, junto a dos

pares de zapatos manchados, unos de hombre y otros de mujer, y un saquito de cuero con joyas, anillos de distinto estilo, grosor y valor, collares, pendientes y algunas piedras preciosas. No reconoció el collar del marqués.

Habían concluido que los zapatitos pertenecían a Teresa, los de hombre a Benet y que las joyas eran fruto de pequeños hurtos a víctimas desconocidas.

Guasch miró a Arnall.

—Creo que no podemos emplear nuestra propia vara de medir con una mente como la de Benet. Ese hombre no sabe lo que es el respeto o el cariño hacia los demás o, como bien ha dicho usted, simplemente la empatía.

El ánimo de la población parecía doblemente alterado, pues a los dos crímenes había que añadir el movimiento de guardias civiles, municipales y tropas que circulaban por Ciutat y que asociaban sin duda con la búsqueda de algún sospechoso. Los palmesanos los miraban con congoja, y Guasch pensó que a esas alturas no era ningún secreto que el círculo se estrechaba y, también, que pronto toda la ciudad estaría al corriente de la identidad de Benet.

Lo que más le preocupaba era vigilar los accesos a las murallas, que en breve estarían controlados. Confió en no llegar demasiado tarde.

—Si no lo capturamos rápido, convendría decretar el toque de queda. Al menos durante esta noche —propuso Guasch.

Arnall lo miró de reojo. Empezaba a conocerlo lo suficiente como para saber que el teniente tenía la habilidad de, llegado el momento, hacer lo correcto al margen de las consecuencias.

—Hasta hace poco, en Ciutat se decretaba el toque de queda cada noche tres horas después de la puesta de sol. Es algo que no vendrá de nuevo a los ciudadanos.

Cuando llegaron a Can Berga encontraron, en el patio, a los guardias y criados que portaban unas sillas para distribuir alrededor de las dos grandes mesas que ya habían sacado. Poco a poco empezaron a llegar los hombres que había enviado a las puertas. Todos traían un mensaje similar: nadie había identificado a ninguna persona que encajara con la descripción de Benet. Por supuesto, el

asesino podía haber camuflado su apariencia bajo algún disfraz, pero al menos sabían que no había escapado bajo su aspecto normal.

Se instalaron en el improvisado cuartel de campaña, dieron órdenes a sus hombres y cruzaron los dedos.

Don Ricardo, acompañado de don Adolfo y rodeado por su propia corte de aduladores, se personó en el zaguán de Can Berga con evidentes muestras de alivio. Conversó con ellos e impartió órdenes innecesarias durante un buen rato. Arnall aprovechó la posterior visita del alcalde y del capitán general para obtener el visto bueno del triunvirato para establecer un excepcional toque de queda nocturno. Todos habían comprendido la necesidad de evitar un nuevo crimen. Cuando don Ricardo consideró que la situación estaba controlada y que su liderazgo había quedado acreditado, se marchó rodeado por el enjambre de moscones.

Entraba ya la tarde cuando se personaron en Can Berga los dos antiguos patrones de Benet, que habían dado sus versiones de lo ocurrido con el susodicho y que se resumían en varias discusiones con compañeros con los que llegó a tener peleas importantes. No podía decir lo mismo, después de un interrogatorio en profundidad, el propietario de la lechería, su jefe actual, que reconoció no haber tenido problemas con Benet, al que definió como un joven «reservado y serio, pero cumplidor».

—Claro que sí —masculló un sulfurado Riera—, todo muy normal.

Se llamó también a consultas al capataz de los enterradores del cementerio municipal, que dijo haberlo despedido un par de semanas atrás después de descubrirlo sustrayendo una joya de un cadáver antes de darle sepultura. Desconocía si esta había sido una práctica habitual en el muchacho, pero había decidido prescindir de él de inmediato. Aquello podía explicar el origen de todos o, al menos, algunos de los objetos de valor encontrados en la cripta.

Debatieron largo y tendido sobre una posible relación o acuerdo entre Teresa y Benet con respecto a los objetos robados y cómo harían después para venderlos. Por supuesto, las conjeturas eran muchas y las respuestas, inexistentes.

El sol se aproximaba al horizonte sin que hubieran localizado al

joven santañense, por lo que Arnall dio la orden excepcional de cerrar las puertas de las murallas y decretar el toque de queda convenido. Todos los hombres a su cargo patrullarían la ciudad.

Guasch empezó a temer que la anguila se les hubiera escurrido de las manos, y propuso a Riera y a Pons salir a callejear.

Ambos aceptaron sin rechistar.

70

Látigo

Coloma

No podía permanecer ni un minuto más encerrada entre aquellas cuatro paredes, a riesgo de que le estallara la cabeza. Sentía que ya tenía suficiente, que había llegado al límite. Decidida, se levantó de la cama y la arregló con pulcritud. Luego se refrescó la cara con agua y se cepilló los tirabuzones con esmero. Finalmente, se desprendió del camisón y se abrigó para hacer frente al frío que debía de hacer fuera.

Era hora de salir.

La luz menguante se colaba por la ventana, anunciando que el día no tardaría en abandonarlos. Un día duro, un día en el que a media tarde el ama de llaves y la segunda cocinera habían tocado a la puerta y entrado, dubitativas, haciéndose fuertes la una a la otra, para informarle entre sollozos de que la Guardia Civil había identificado al asesino de Teresa y de Pere Pau y que este no era otro que un conocido de la casa, Benet, el repartidor que les llevaba la leche desde hacía un tiempo.

—¡Quién lo hubiera dicho!

—¡Nosotras mismas podíamos haber acabado como la pobre Teresa!

Coloma no había sido capaz de reaccionar ni de derramar lágrima alguna. Se había quedado bloqueada, y cuando finalmente pudo hablar, les dio las gracias y casi se podría decir que las había consolado a ellas, diciéndoles que no se sintieran mal por su situación, que se reharía y superaría todas aquellas adversidades, porque era lo que había hecho siempre desde que tenía uso de razón.

Cuando la dejaron a solas de nuevo se tuvo que esforzar por alejar

una retahíla de pensamientos funestos y mantener la mente en blanco. Hasta que había dicho basta. Había llegado el momento de salir.

Apoyó la mano en el pomo y abrió.

Enfiló el pasillo decidida y bajó por la escalera de la torre hasta la salita de estar.

Las ayudantes de cocina se sorprendieron de verla en pie y vestida de esa guisa. Dejaron los pollos a medio desplumar, se limpiaron las manos en los delantales de manera coordinada y se acercaron a ella con cara de preocupación.

—Ha pasado un militar para advertirnos de que hay toque de queda esta noche. No podemos salir de la casa hasta el amanecer.

—Todavía hay luz.

La cocinera, su superiora, se unió a ellas.

—Es peligroso. Está oscureciendo y te obligarán a regresar, además…

Coloma hizo un gesto con la mano.

—Además, ¿qué? ¿Cree que Benet vendrá también a por mí? —Les dedicó una sonrisa dulce y se dirigió hacia la puerta que daba al *pati vell*—. No se preocupe, no me sucederá nada y no tardaré en regresar. Se lo prometo. Sé cuidarme sola.

Estaba decidida, no la iban a detener.

Abrió el último escollo que la separaba del exterior y bajó las escaleras del patio.

Por fin.

Hacía frío, más del que había imaginado, como si el periodo de Cuaresma hubiera traído además de las estrecheces habituales de su tiempo, un clima más severo. Pero el frescor la reanimó. Aquello era justo lo que necesitaba. Saludó al portero, que fue a asomarse por el ventanuco para advertirla, y sin detenerse salió al carrer de Sa Campana.

Apretó los brazos contra el pecho y empezó a caminar.

El sol todavía no había descendido del todo. Tenía margen para moverse.

Zigzagueó a izquierda y derecha y desembocó en la plaça de Sant Francesc, presidida por la enorme fachada de la iglesia de los

franciscanos y, junto a ella, la puerta del ruinoso claustro que daba cobijo a gente pobre y a pequeños talleres de cordelería. Ella misma había vivido allí durante un tiempo antes de entrar a formar parte de la gran familia de Can Vivot.

Las calles estaban casi desiertas, salvo por la presencia de algún caminante esquivo que se dirigiría a su domicilio mirando por encima del hombro. Una ráfaga de viento agitó las ramas de los plátanos que ocupaban el centro de la plaza y formó un pequeño remolino que levantó unos granos de tierra que le golpearon el rostro. El tiempo era desapacible, en línea con su estado de ánimo. Al menos percibió el aroma a mar que tanto le agradaba.

Se agarró a aquel pensamiento positivo.

No había salido de su cuarto desde que Pere Pau la acompañara de regreso a Can Vivot el lunes pasado. Y ahora él ya no estaba ni volvería a estar, porque se lo habían arrebatado. Así de injusta era la vida con ella. No se lo merecía.

Pensó en Benet. En el malnacido de Benet. En el imbécil de Benet.

Sintió ganas de llorar, no solo de dolor, sino también de rabia, pero había agotado las lágrimas.

Se veía actividad en el interior de las casas: luces tenues, sombras en movimiento y algún vecino que vigilaba la calle parapetado tras los visillos de las ventanas. En la esquina con Terra Santa, un anciano salió al balcón para exhortarla a ponerse *a repairo*, y le gritó que por qué se ponía en peligro sin necesidad.

—*Corre a amagar-te, nina!*

Coloma aceleró el paso, más por alejarse de él que por un miedo que no sentía.

Su pensamiento se resguardó en el lejano recuerdo de su infancia feliz, a cobijo bajo la figura protectora de un padre alegre y fuerte y de una madre bella y cariñosa, pero en exceso sumisa; y continuó reviviendo la senda del pasado hasta el golpe letal que le dio la vida al arrebatarle a su progenitor en un accidente inesperado y mortal. Recordó los sueños rotos de la niña que en aquel momento dejó de ser, y a ese nuevo padre que aprovechaba las ausencias de su madre para tocarla en sus partes íntimas, besarla y obligarla a hacer aquellas cosas

tan despreciables que le dejaban una desagradable sensación de suciedad. Pero su madre no la creyó ni la defendió y Coloma aguantó hasta que reunió la valentía suficiente para escapar lejos de su hogar, en el supuesto de que aquel infierno fuera digno de tan delicioso nombre.

—¿A dónde va, señorita? —dijo el guardia—. ¿No sabe que hay toque de queda? La campana está a punto de tocar a rebato.

—¡Debe usted refugiarse en su casa cuanto antes! —añadió su compañero.

Ella señaló hacia delante, bajó la cabeza y farfulló unas palabras que debieron de interpretar como sumisión. Torció por el carrer dels Frares, al final del cual se dibujaba la fachada del templo. La campana d'en Figuera, tal y como acababa de anunciar el guardia, comenzó a propagar los veinticinco toques con su repiqueteo regular.

Un ejército de palomas emprendió el vuelo a la vez.

Los últimos rayos de sol teñían el cielo de rojo sangre.

Se le erizó la piel.

Llegó al final de la calle.

El campanario se erigía poderoso y amenazante a su izquierda. El sonido lejano de la campana de Cort reverberaba todavía en el aire. La plazoleta estaba desierta, igual que el carrer de la Volta de La Mercè, donde se abrían la puerta principal del templo y la del claustro.

Apoyó la frente en el portón de la iglesia, llenó los pulmones de aire, empujó la pesada hoja y entró.

Estaba vacía, envuelta en un silencio con aroma de espelmas.

Fue a introducir los dedos en la pila de agua bendita, pero retiró la mano enseguida. La muerte de su padre había hecho que ella y Dios rompieran la relación filial que habían mantenido hasta la fecha.

Tomó asiento en el último banco.

No se arrodilló.

—Aquí me tienes —dijo en voz alta—. ¿Qué más quieres de mí? ¿No tenías suficiente con todo lo que me habías quitado ya? Estoy sola otra vez. Lo has vuelto a conseguir…

Pensó en Pere Pau y se dijo que lo necesitaba a su lado. O en su interior. ¿Cómo había podido cruzarse en su camino para marcharse a

las primeras de cambio? ¿Por qué todos los hombres la abandonaban?

La sensación de desamparo había sido una constante en su vida adulta. Sin embargo, nunca la había sentido con tanta fuerza como en ese preciso instante, en aquella situación desesperada. Ahora debía ser más fuerte que nunca. Estaba preparada.

Escuchó un sonido a su espalda y se puso en pie de un salto.

Al girarse se dio de bruces con Benet, el tímido repartidor de leche, el despiadado asesino, el hombre más buscado de Ciutat. Estaba serio e inmóvil, al acecho, y la examinaba con la mirada profunda del depredador que estudia a su presa antes de abalanzarse sobre ella. Una sonrisa siniestra se dibujó en sus labios finos mientras daba dos pasos en su dirección.

Coloma ahogó un grito, levantó la mano y le propinó un bofetón que le giró la cara y que resonó como el estallido de un látigo en las paredes del templo.

—¡Maldito imbécil!

Y lo volvió a golpear una y otra vez.

Una y otra vez.

71

Rebato

GUASCH

A aquellas alturas, Guasch dominaba a la perfección el trayecto que iba de la plaça de la Constitució a Can Vivot, un camino que había recorrido a lo largo de aquellos días, en ambos sentidos, no menos de una treintena de veces. En esta ocasión lo acompañaban su esposa, Lucía Lequerica, el subinspector de la policía ibicenca, Toni Riera, y el cabo mallorquín de la Guardia Civil Ovidi Pons. Toni Petit había quedado, a regañadientes, recluido en su habitación de Can Puig.

Guardias de ambos cuerpos y soldados continuaban patrullando las calles de Ciutat e instaban a los pocos palmesanos imprudentes que todavía circulaban por la vía pública a recogerse en sus hogares. Cuanto antes se retiraran, más sencillo resultaría gestionar el toque de queda y menor, por tanto, el riesgo de que se produjera una nueva desgracia. El comportamiento de Benet era imprevisible, y el saberse acorralado podía llevarle a cometer una escabechina. Por supuesto, cabía la posibilidad de que hubiera huido antes de dar el aviso a los portales, pero los vigilantes habían corroborado una y otra vez que no habían visto salir a nadie que se ajustara a su descripción. ¿Dónde se escondía, en tal caso, y por qué no había escapado?

Guasch, Riera y Pons habían recorrido varias calles antes de acercarse, a petición suya, al casal del marqués de Bellpuig para recoger a Lucía, a la que Guasch no veía desde aquella mañana temprano.

Su mujer le había contado en un aparte la conversación con María Magdalena en la que la niña le había desvelado que su hermano,

además de con Teresa, también había tenido una relación con Coloma.

—Y seguro que muchas más… —concluyó Guasch.

—Lo importante para nosotros es que Biel ha estado con las dos criadas.

—Y que Coloma está siempre metida en todo.

—Pero Marc, ¿cómo puedes decir eso cuando ha sido víctima de un señorito que se cree con derecho a hacer lo que le plazca y con quien le plazca? No se pudo negar, a riesgo de perder su trabajo, ¿en serio no lo ves?

—Conociendo a Biel es posible, pero no me puedes negar que todos los caminos conducen hasta ella. Recuerda que fue Coloma quien invitó a Teresa a trabajar en Can Vivot, quien tenía una relación con Pere Pau poco antes de ser asesinado y ahora, por lo que comentas, también con Biel.

—¿Y?

—No lo sé, pero quiero hablar con ella cuanto antes.

Partieron los cuatro hacia Can Vivot.

En la esquina con el carrer d'en Brossa se dieron de bruces con una pareja de guardias que, cuadrándose ante Pons, informaron de que la población estaba colaborando y actuaba con prudencia.

—Y también con un poquitito de miedo… —dijo Riera.

Accedieron al *pati vell* del palacio por el carrer de Sa Campana, saludaron al portero y tocaron a la puerta de servicio. Se oyeron unos pasos rápidos. La cocinera abrió de un tirón y los miró boquiabierta. Tardó un momento en reaccionar.

—¿Qué desean? —preguntó por fin, mirando a Lucía.

—Parece que ha visto un fantasma, señora —dijo Riera.

El comentario era impertinente.

—Esperaba encontrar a otra persona.

—Estamos en pleno toque de queda —explicó Pons—, por lo que dudo mucho que reciba demasiadas visitas hoy.

—Una de las criadas ha salido, y pensaba que era ella.

Guasch se aclaró la voz.

—¿Coloma, tal vez? —La empleada asintió y Guasch miró a Lucía—. ¿Por qué no me extraña?

—Le advertí que teníamos órdenes de no salir, pero no me escuchó.

—Ya…, ¿adónde ha ido?

—No nos los ha dicho, tan solo que «necesitaba salir».

Guasch miró hacia la calle y valoró si tenía sentido ir a buscarla. Lo descartó.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Riera.

—Ustedes dos esperen aquí, y cuando regrese, avísenos para interrogarla. Nosotros vamos arriba.

Subieron la escalinata y tocaron a la puerta que daba al recibidor y al área privada de los marqueses. Mientras esperaban, Lucía le preguntó por su intuición con respecto a Coloma.

—Es lo que hablábamos antes, empiezo a pensar que esta chica se las apaña para pisar todos los fregados. ¡Siempre! Hay gente que tiene esa cualidad. ¿Qué hace en la calle precisamente ahora, tras pasarse dos días metida en la cama sin parar de llorar?

—¿Tengo que responderte, Marc?

La miró sin comprender qué insinuaba. Se le ocurrían muchas posibilidades, y algunas de ellas eran hasta contrapuestas.

—Si eres tan amable, quizá me podrías ayudar a entenderlo.

—Necesitaba salir para despejarse. Lo que ha dicho.

—Es peligroso, hay toque de queda y la han advertido.

—¿No lo entiendes? Se nota que no te han roto nunca el corazón.

Guasch se puso serio. Porque estaba cansado, y porque esta vez Lucía se equivocaba.

—Sabes que sí, querida, en esto te confundes.

Lucía bajó la mirada y apoyó la mano en su brazo dispuesta probablemente a disculparse, pero la puerta se abrió y el criado cortó cualquier atisbo de reconciliación. El hombre quedó petrificado en posición de firmes y con la vista fija en Guasch, que lamentó haber visto más a aquel tipo durante aquellas supuestas vacaciones que a su hermano Claudio, con el que quería sentarse a hablar.

Sí, definitivamente necesitaba que aquella pesadilla terminara de una vez.

—Buenas tardes —saludó el sirviente.

—Querríamos hablar con la señorita María Magdalena, por favor.

—¿Con ella…?

—Sí, con la hija de los marqueses. ¿Sería tan amable de avisarles? Imagino que querrán estar presentes durante la conversación.

El criado se hizo a un lado y les franqueó el paso antes de cerrar la puerta y, cruzando el oratorio privado de los marqueses, los acompañó hasta la *quadra principal*. Luego los invitó a tomar asiento en unas de las sillas mallorquinas, encendió una gran lámpara de mesa y se retiró hacia la *quadreta* contigua.

Una puerta enorme con marcos de estaño y grandes cristales de vidrio soplado daba a la galería de arcos generosos y columnas estilizadas y a un frondoso jardín en el que destacaban dos palmeras de tallo infinito. A lo lejos, por encima del casal vecino, se avistaba la espadaña de la iglesia de Sant Francesc.

El azul del cielo empezaba a fundirse a medida que el día cedía su trono a la noche.

—He hablado sin pensar, Marc. Lo siento —dijo Lucía en aquella semipenumbra—. No era mi intención recordarte a Aurora.

Guasch no estaba dolido con ella. No podría.

—Es agua pasada, ya lo sabes.

—Por supuesto, pero eso no quita que en su momento te hiciera daño. —Sonrió con nostalgia—. Todavía recuerdo cuando me lo contaste…

—En tu biblioteca de Ibiza. No lo he olvidado.

Un ruido ligero, apenas un roce, se oyó detrás suyo y los dos se levantaron de un salto.

—¿Quién va? —preguntó Guasch, pero Lucía levantó la mano y señaló la punta de un zapatito que asomaba por debajo de las cortinas.

Guasch sintió que se había perdido algo.

—Me parece que alguien nos está vigilando —dijo Lucía bajando la voz, pero procurando que la pequeña espía la oyera —, y quizá sea una personita a la que debo un chocolate con ensaimadas.

La cortina se movió y asomó un ojo de María Magdalena.

—¿Cómo has sabido que estaba aquí? —La voz de la niña sonaba decepcionada. Se acercó a Lucía y se sentó en su regazo—. He hecho ruido, ¿no?

—Un poquito…

—Es que me estaba cayendo —reconoció antes de mirar a Guasch—. ¡No se enfade con Lucía, por favor, don Marc! ¡La quiero mucho!

—Ah, pues yo también.

No se oía a nadie fuera, era como si el mundo a su alrededor se hubiera detenido.

—María Magdalena —aprovechó Lucía—, ¿podrías repetir a Marc lo que me has contado esta mañana?

—Hemos hablado de cosas de chicas.

Hizo un gesto hacia Guasch dando a entender que delante de él no podían hablar de según qué temas.

—Me has dicho que viste a tu hermano Biel con Teresa, pero también con Coloma.

La niña la regañó con la mirada, como si se sintiera defraudada de que hubiera desvelado uno de aquellos secretos.

—¡Eh! —se quejó Guasch—. No puedes enfadarte. ¡Tú nos espiabas a nosotros!

María Magdalena sonrió con camaradería.

—¿Cuándo los viste? —insistió Lucía.

—Muchas veces. La última, hace unas semanas.

Guasch se inclinó hacia delante y apoyó los codos en los muslos.

—¿Con quién estuvo primero? ¿Lo recuerdas?

Lucía le acarició el cabello en un gesto cariñoso.

—Con Coloma lo vi muchas veces y desde hace tiempo. Después, con Teresa, pero menos.

—¿Hay alguna otra cosa que nos quieras contar?

—A Teresa la quería más.

—¿Por qué lo dices?

—Porque los besos eran más largos. —Se rascó el brazo y levantó la mirada—. Bueno, al principio con Coloma también lo eran. ¡No hace mucho estuvo con las dos!

—¿¡A la vez!? —exclamaron Guasch y Lucía.

—¡Nooo! —La niña rio—. Primero con una y después con la otra.

Lucía le apoyó la cabeza en su pecho.

—Qué cosas tan raras hacemos los adultos, ¿verdad?

—No todos —respondió Guasch, pensando en las implicaciones de todo aquello—. Esto no es muy habitual.

—¡Pues yo lo he visto más veces!

Se oyó el ruido de unos pasos firmes y la voz enérgica de don Joan que llegaba desde la sala contigua.

La campana de Cort tocó a rebato y los cristales vibraron ligeramente en sus marcos de estaño.

—¿Qué quieres decir?

—Que un día vi también cómo Coloma besaba a Biel y, después, al repartidor.

Guasch se puso en pie de un salto cuando la puerta se empezaba a abrir. Sintió que le fallaban las rodillas.

—¿Qué repartidor? ¿Sabes su nombre?

—El que nos trae la leche. Creo que se llama Benet.

72

Auxilio

COLOMA

Benet la agarró por las muñecas para impedir que Coloma le siguiera abofeteando. Ella se revolvió y en el forcejeo logró liberar una mano con la que intentó arañar su rostro sin conseguirlo. Él se divertía, hasta que pareció cansarse del juego. Se puso serio, miró la puerta de la sacristía para comprobar que no salía nadie, le aprisionó los antebrazos con una mano fuerte como una tenaza y utilizó la otra para propinarle un bofetón que le cruzó la cara y la lanzó al suelo.

Coloma consiguió anteponer los brazos para no golpear el rostro contra las grandes losas de piedra.

Benet se sentó encima suyo, le inmovilizó los brazos con las rodillas y le agarró la mandíbula con fuerza. Se llevó el índice a los labios y la mandó callar. Coloma respiraba de manera entrecortada mientras forcejeaba. El cabello revuelto le cubría la cara. La mejilla le quemaba.

Él se agachó y acercó la boca a su oído.

—¿Quieres que nos oigan, Colometa? —cuchicheó y le lamió la mejilla despacio—. Eso me obligaría a matar también al monaguillo y al cura. Y sabes que lo haría. Soy un soldado obediente.

La liberó con una risita.

—¡Eres un estúpido! Lo has hecho todo mal. ¡Todo!

—¿Lo dices porque he quitado de en medio a tu nuevo amorcito?

—Era mi nada.

—Pues os vi mientras follabais, y tú gemías como una puta perra…

Coloma se apartó el pelo de la cara y lo estudió con atención.

—Me has hecho daño. Me duele la cara.

—No cambies de tema. Te conozco muy bien, como si te hubiera parido. La primera vez lo hicisteis con la puerta abierta y lo vi todo desde fuera. Estaba oscuro y vosotros demasiado ocupados como para daros cuenta. Tú llevabas la voz cantante, y eso me volvía loco. —Puso su rostro frente al de ella y le escupió al hablar—. Tendría que haberlo matado ahí mismo, y de paso…

—¿De paso qué…? ¿También a mí?

Benet se apartó.

—No sé qué le viste al blando ese. Corría como una niña, y ya le di un aviso cuando lo encerré en los túneles. Podía haber acabado con él ese día y hubiese sido lo mejor. Allí nadie lo hubiera encontrado. Pero no, tuvo que salir y seguir tocándome los huevos. Al final se llevó su merecido.

Coloma apretó los puños y él desvió de nuevo la vista hacia la sacristía.

—Te escondes arriba, ¿verdad?

—Fue lo que acordamos si las cosas se torcían. El teniente y los investigadores esos ibicencos han pasado a mi lado, de hecho casi me pisan, pero los *senyorets* no tienen ojos para los pobres mendigos.

—Podías haber huido…

—Podía, pero quería verte y sabía que vendrías al anochecer.

—Con el toque de queda no ha sido fácil. —Coloma señaló la puerta del campanario—. ¿Subimos?

Benet la ayudó a levantarse, le cedió el paso como el caballero que no era y cerró la puerta de la torre a sus espaldas. Entonces la agarró del brazo, la empujó contra la pared y pegó su cuerpo al de ella. Coloma sintió su erección contundente, y eso en alguien tan bien dotado como él era mucho sentir. Jadeaba.

Le encantaba aquella sensación de control. Tener poder sobre él. Sobre todos.

Hundió los labios en los de Benet y lo buscó con la lengua, pero se detuvo y lo apartó de un empellón.

—Vamos. Aquí no estoy tranquila.

—Ve tú delante.

Obedeció.

—¿Nunca sube nadie ahí arriba?

—Son siete pisos, y mientras las campanas funcionen evitarán hacerlo —sonrió—. Ya sabes que es uno de mis sitios preferidos en Ciutat.

Coloma asintió y recordó alguno de los tórridos encuentros que habían mantenido en la espadaña. La primera vez había temido que le estallara la cabeza cuando las campanas empezaron a tañer, pero, inesperadamente, aquello la calentó, como también la excitaba tener sexo en la cripta con las manos apoyadas en las lápidas y Benet embistiéndola por detrás mientras ahogaba sus gemidos con la mano.

—¿Por qué no quisiste verme después de lo de Teresa? —lamentó Benet en mitad de la subida—. Quería hablar contigo y contarte los detalles. Además, se supone que tenías que darme la maleta con su ropa.

—No convenía que nos vieran juntos.

—Eres una zorra embustera. Lo que pasa es que apareció el periodista y te gustó. Por eso el día que coincidimos los tres me quitaste a mí de en medio en vez de echarlo a él.

—¿No ves que estando con Pere Pau teníamos a la prensa a nuestro favor?

—¿Qué importaba eso?

—¡Todo Ciutat comentaba lo que él escribía en el periódico, *beneit*! Él dominaba la opinión de la gente y yo lo empezaba a dominar a él. ¡Lo hubiera manipulado a nuestra conveniencia! Además, formaba parte de la investigación oficial y me tenía al día de todo. ¿Lo oyes? ¡Me enteraba de todo!

—Mientes, estabas encelada por él y punto. El resto no son más que excusas.

—Déjalo, ya veo que no lo entiendes. Y ya puestos, ¿se puede saber qué le hiciste a Teresa?

—Lo que tú me dijiste.

—Te pedí que acabaras con ella y que no la pudieran identificar, que yo les despistaría diciendo que había vuelto a casa para que los marqueses no denunciaran su desaparición y la policía no preguntara

demasiado…

—También me animaste a hacer con ella lo que me apeteciera.

Coloma detuvo la subida y se volvió. Él esquivó su mirada.

—Sí, pero ¿con un hierro? ¡Eres un animal! ¿Por qué?

—Algo salió mal…

—¿Qué quieres decir? —Bajó un escalón y le agarró la entrepierna, que seguía firme—. ¿No se le levantó el pajarito a mi toro?

Benet le apartó la mano de un manotazo y ella soltó una carcajada.

—¿De qué te ríes?

Coloma le cogió la cabeza con ambas manos y le mordió el lóbulo con fuerza.

—Ahora te quedarás a gusto conmigo. Ven.

Lo soltó y continuaron el ascenso.

Unas palomas echaron a volar cuando ella salió a la terraza del campanario.

El viento era molesto en las alturas. El cielo se desteñía en tonos granates. La panorámica de Ciutat a vista de pájaro era asombrosa. Recordó que la primera vez que subió quedó boquiabierta contemplando el mar azul en el horizonte.

Un cúmulo de mantas descansaba en un rincón, junto a una almohada rellena de paja y varias piezas de fruta. Un sinfín de cagadas de pájaro en distinto estado de desecación salpicaba el suelo aquí y allá. Coloma cerró los ojos e inspiró el delicioso aire salino en el preciso momento en que Benet le agarraba los pechos por detrás y la amenazaba con su miembro. Ella se revolvió y se empezó a desprender de las prendas de vestir, que fue tirando al suelo.

—Bájate el pantalón. Ahora. Eres mi soldado, ¿no? ¡Pues obedece!

Tenía muy claro lo que quería y los pasos que iba a seguir.

Él torció el gesto, pero hizo lo que le pidió. Casi cayó al suelo al empezar a sacarse el pantalón. Rieron con complicidad.

—Fuera todo… ¡No! Espera…

Coloma se acercó y le bajó de una los calzones para liberar aquel enorme miembro que tantas satisfacciones le había dado. Lo agarró con firmeza y con él en la mano dirigió a Benet hasta uno de los ventanales.

—¿En serio no me vas a desnudar? Estás irreconocible…

—Esperaba órdenes, mi señora.

Coloma se relamió. Lo tenía a su merced.

Benet se arrodilló, le arrancó la ropa interior y la lanzó a un rincón.

—Ahora, pégame.

El guerrero no se hizo de rogar y con la palma de la mano le dio una sonora bofetada. Ella saboreó el regusto metálico en el labio. Se tocó con los dedos y sintió el escozor de una pequeña herida.

Miró las yemas y comprobó, entre las sombras crecientes, el color pardo de la sangre.

—¿No puedes hacerlo mejor?

Apenas lo dijo recibió un nuevo golpe, esta vez más fuerte.

Se tambaleó y notó cómo se le humedecía la entrepierna.

Lo agarró del cuello, lo besó con fuerza y señaló el alféizar.

—Siéntate.

Y se arrodilló frente a él.

Su dureza le quedó a la altura de la boca. Le dio un beso casto y puro seguido de un inocente lametón.

Gimió.

—Échate hacia atrás.

Él obedeció, y Coloma acomodó las piernas fibrosas y flexionadas de él sobre sus hombros y las acarició. Colocó las manos abiertas detrás de los muslos y abrió la boca para recibirle.

Benet echó la cabeza atrás y emitió un gemido gutural.

Se relajó. Se dejó llevar.

Entonces Coloma, con toda la fuerza y la rabia que fue capaz de reunir, impulsó su cuerpo hacia delante al tiempo que levantaba y empujaba las piernas de Benet que, cogido por sorpresa, no pudo asirse y, dando una voltereta sobre sí mismo en el aire, en la nada, se precipitó al vacío.

Y voló.

Y gritó.

Y aterrizó en el pavimento duro de la plazoleta con un crujido sordo y mortal.

Coloma se asomó y distinguió la pequeña e inerte mancha

blanquecina.

—Parece que no me conocías tanto como creías.

Oyó el sonido de postigos y ventanas abrirse y vio a varios vecinos asomarse al balcón y empezar a gritar. En la oscuridad creciente no alcanzaba a ver si miraban hacia lo alto del campanario, pero intuyó que sí.

No había tiempo que perder.

Se tiró al suelo y se restregó en la mugre; se pasó las manos sucias por la cara y se enmarañó el pelo; se corrió la sangre del labio por la mejilla y rasgó el cuello de su vestido. Se quitó uno de los zapatos, que tiró de cualquier manera y se lanzó corriendo escaleras abajo.

—¡Auxilio, por favor, que alguien me ayude! ¡Ha intentado matarme!

Y empezó a llorar desconsolada.

73

Heroína

GUASCH

Don Joan, que había convocado a la totalidad del servicio en la *quadreta*, consolaba a su esposa sollozante mientras Guasch interrogaba a los mozos de cuadras, Lucía estaba con la cocinera y sus ayudantes y una pareja de guardias civiles trataba con el resto de los criados y mujeres de la limpieza. Los ancestros de la ilustre familia, protagonistas de alguno de los retratos que poblaban los señoriales muros, observaban el ajetreo con curiosidad, felices en su inmovilismo ante el excepcional entretenimiento que aquella noche se les brindaba.

Riera y Pons entraron en la estancia e hicieron un gesto a Guasch, que se disculpó con los muchachos y acompañó a los recién llegados a un rincón.

—La habitación de Coloma está limpia —anunció Riera, confirmando sus malos presagios—. No hemos encontrado nada sospechoso.

—Pero nada de nada —subrayó el cabo.

Guasch resopló, y al hacerlo cruzó la mirada con la del marqués, que parecía haber descendido del altar que le brindaba su título nobiliario para implorar que acabaran con aquella pesadilla de una maldita vez.

Hasta el momento, nadie había declarado nada negativo con respecto a Coloma, por mucho que el testimonio de María Magdalena sugiriera una relación entre la sirvienta y el asesino.

—¿Qué piensa? —preguntó Riera, trayéndolo de vuelta a la realidad.

—Que Coloma nos ha ocultado información. Quiero que registremos toda la casa, hasta el último rincón.

—¡Pero si ocupa toda la manzana!

—Empecemos por las despensas, la cocina y los cuartitos *de ses dones*, que son las zonas en las que ella suele moverse. Después ya pensaremos por dónde seguimos. Pons, busque refuerzos donde sea, necesitamos más manos.

—Descuide, señor.

—Por cierto, me gustaría que revisaran de nuevo el cuarto de Teresa.

Los dos policías intercambiaron una mirada.

—No lo entiendo, si está completamente renovado. El colchón y hasta los muebles son nuevos, y nadie ha ocupado su lugar.

—Coloma me parece muy astuta, si yo fuera la mitad de listo que ella y quisiera esconder algún objeto, lo pondría allí donde es más seguro que no volvamos a mirar.

—Como quiera… —abdicó Riera—. No seré yo quien le diga que no.

Bajaron los dos al ala del servicio, mientras Guasch se acercaba a Lucía.

Las compañeras de Coloma no salían de su asombro, cabizbajas en su mayoría, como si a la sorpresa ante aquel vuelco inesperado se añadiera cierto pudor por la actitud reprobable de su compañera. Lucía le hizo un gesto con la mano que daba a entender que no tenía novedades o que luego le comentaría.

Alguien aporreó con fuerza el portón del recibidor. Se miraron unos a otros. El criado se separó de los guardias para cumplir, siempre digno, con sus obligaciones. El resto, de manera más o menos indisimulada, permaneció atento, y hasta don Joan se puso en pie para ver mejor. Se oyó una exclamación espontánea del impertérrito sirviente y todos, ahora sí sin excepción, observaron cómo dos soldados cruzaban el umbral con paso renqueante mientras sostenían entremedias la figura magullada y ruinosa de Coloma. Tenía el labio partido, la cara herida, manchada de sangre y suciedad y cruzada por unos surcos de lágrimas que le llegaban hasta la barbilla. Llevaba el abrigo abierto y torcido, se agarraba el vestido roto con una mano

temblorosa en un intento de no mostrar sus pechos, los pies descalzos y la mirada de un perro apaleado.

La cocinera y un par de mujeres se precipitaron hacia ella para ayudarla entre los gritos del personal. Lucía siguió sus pasos alarmada, mientras dirigía a Guasch una mirada de desconcierto. Don Joan dio orden de que la llevaran a la *quadra* vecina, que empleaba como despacho personal, y en un abrir y cerrar de ojos la habían sentado en una butaca mullida, rodeado de cojines y servido una infusión que quién sabe de dónde habían sacado a esa velocidad. Una de las chicas la tapó con una manta. Otra empezó a limpiarle el rostro con un trapo húmedo. Hasta la marquesa se acercó a dedicarle unas sentidas palabras de consuelo.

Guasch se aproximó a los militares, se presentó y pidió una explicación que enseguida le brindaron. La chica había sido secuestrada y forzada por Benet Tur, al que, en un lance fortuito, había logrado empujar al vacío desde lo alto de un campanario. El asesino más sangriento que recordaba Ciutat había muerto antes de acabar con su tercera víctima.

—Gracias a Dios —concluyó un soldado.

—Esta joven ha vuelto a nacer —añadió su compañero, visiblemente emocionado.

Guasch dio las gracias a los hombres por su ayuda, tomó asiento y se llevó las manos a la cara, superado por el giro repentino que acababa de dar la situación. Necesitaba asimilarlo, comprender de qué manera la presunta sospechosa se había transformado no solo en víctima, sino además en la heroína de la ciudad.

Oyó que Lucía se ofrecía con la mejor voluntad para realizarle un reconocimiento médico. Aquello no podía estar pasando. Se levantó y corrió hacia la entrada para detener a los militares, que ya se encontraban a mitad de la escalinata dándose palmadas en la espalda, satisfechos por el feliz desenlace y la agradable sensación del deber cumplido.

—¿En qué iglesia ha ocurrido el suceso?

—En la de los mercedarios.

—¿En La Mercè? —Asintieron. Guasch bajó unos escalones y se

puso a su altura—. El toque de queda estaba ya operativo, ¿verdad?

—Todavía lo está.

Guasch les pidió que aguardaran allí y subió de nuevo a la carrera.

La cocinera se sentaba junto a Coloma, pero se levantó para reunirse con él cuando la convocó.

—Necesitaría confirmar la hora en la que salió Coloma de casa.

—Poco antes del anochecer.

Miró el reloj. Todo había sucedido muy deprisa. Demasiado deprisa, teniendo en cuenta la distancia que separaba aquella iglesia del palacio del marqués de Vivot.

—¿Le dijo qué iba a hacer?

—Ya se lo dije: despejarse y estirar las piernas. Después de dos días encerrada es normal, ¿no cree?

Guasch hizo un gesto de agradecimiento y se reunió de nuevo con los militares.

—¿Tienen algo urgente que hacer?

—Nada, señor.

—En ese caso, acompáñenme.

Guasch entró en la despensa y encontró a Riera y a Pons hurgando tras unos enormes sacos de legumbres. Puso a los militares a las órdenes del cabo y subió de nuevo al despacho para ordenar que salieran todas las cuidadoras menos Lucía. El marqués exigió estar también presente, y Guasch no pudo rehusar.

Coloma le dirigió una mirada de incomprensión ante su falta de sensibilidad.

—Me siento extenuada —dijo cuando se quedaron a solas—, y muy dolorida.

—Lo comprendo, y siento tener que molestarla, pero es importante aclarar unos puntos.

Lucía lo regañó con la mirada, dando a entender que la chica no estaba en condiciones de hablar. Guasch la obvió y trató de centrarse.

—¿Qué hacía en La Mercè?

—¿Cómo dice? Necesitaba salir de aquí…, no aguantaba más… torturándome con el recuerdo de Pere Pau…

—Esa iglesia está muy lejos.

—Caminé sin rumbo, no sabría decirle muy bien por dónde fui… —La joven se llevó las manos a la frente e hizo un gesto de dolor—. Perdone…, me duele mucho…

—Marc, ¿no podríamos dejar esto para mañana? —propuso Lucía.

—No. Siga, por favor.

—Necesito beber un poco…

Guasch vació los pulmones y se mentalizó de que iba a necesitar mucha paciencia.

La chica se tomó su tiempo, y entre gemidos y lamentos, y ayudada por Lucía, consiguió dar unos pequeños sorbos. Apoyó la mano en el antebrazo de su mujer en un gesto de agradecimiento y esta la cogió de la mano.

—Me estaba contando que no recuerda qué ruta siguió.

—Sí, es cierto… Encontré unos guardias muy amables que me dijeron que debía ponerme a resguardo cuanto antes. Estaban en el carrer del Sindicat. Recordé que había una iglesia cercana y decidí acercarme para orar un poco. Pensé que allí estaría a salvo.

—¿Sabía usted que Benet se escondía allí?

—¡Por Dios, claro que no! ¿Cómo podría saberlo? Ya le dije que apenas lo conocía…

—Miente.

La chica abrió los ojos sorprendida.

—¿Qué quiere decir?

—Lo sabe perfectamente: mantenía o mantuvo una relación con él.

—¡No es verdad!

—Hay testigos que los vieron —intervino Lucía con la mejor voluntad.

La chica pasó la mirada de uno a otro.

—¡Estaba obsesionado conmigo! Si se refieren a una vez que intentó besarme, logré librarme de él y le dije que me dejara en paz y que no me volviera a molestar.

—¡Miente de nuevo! —gritó Guasch—. ¿Por qué no nos lo contó cuando pudo? ¡Ha tenido infinidad de ocasiones para hacerlo!

—Me daba vergüenza lo que pudieran pensar de mí… Tampoco creí que eso fuera importante…

Y rompió a llorar entre hipidos.

Lucía dirigió una mirada gélida a Guasch, que vio cómo se controlaba para no abrazar a la chica.

—Ha subido a la torre del campanario por su propio pie. Es imposible que Benet la arrastrara por una escalera tan alta. ¿Por qué no ha pedido auxilio?

—¡Me golpeó! —gritó ella, señalando sus labios—. Me hizo daño y tuve miedo de que me matara allí mismo, en la iglesia. Hice lo que me pedía… y gracias a Dios me pude librar de él cuando me empezaba a forzar. ¡Tengo mucha suerte de estar viva! ¿A qué vienen todas estas preguntas?

Empezó a respirar de manera agitada y se llevó la mano al pecho.

—Más agua, por favor…, agua…, agua…

Cuando Lucía le acercaba de nuevo la taza tocaron a la puerta. Era uno de los militares.

—Pregunta el cabo si puede usted bajar.

Guasch miró al marqués, que hizo un gesto para indicar que se quedaba a cargo de la víctima, y él y el soldado descendieron los escalones de dos en dos para entrar en la despensa y encontrar a Riera que, de rodillas y con el trasero levantado, tenía medio cuerpo metido entre unos grandes cántaros de loza barnizada. Pons y el otro hombre uniformado se encontraban junto a él y sostenían sendas lámparas en alto.

—Hemos encontrado algo —informó Pons—. Aquí hay un saco escondido.

—¡Sáquelo, Riera!

—¿Que saque el saco, dice? —dijo Riera, que pese a la situación y la posición degradante todavía tenía humor—. ¿Y qué cree que intento hacer? Pero con una mano no… Un momento, ¡ya sale!

La tela era de rafia básica; el bulto, voluminoso y, saltaba a la vista, poco ligero.

—Déjeme que le ayude.

Mientras Guasch tiraba de uno de los extremos, el subinspector lo destrabó y entre los dos lograron liberarlo.

Lo abrió sin esperar a que Riera se reincorporara. Vio varias prendas

de vestir hechas un ovillo. Las extrajo y descubrió, en el fondo, una maleta de dimensiones medianas que, al sacarla, comprobaron que contenía objetos personales femeninos: las prendas de vestir que supuestamente, según Coloma y solo según ella, Teresa se había llevado en su demasiado repentina huida al pueblo que nunca se había producido. Si aún había dudas con respecto a la versión de Coloma, habían quedado despejadas.

—¿Serían tan amables de acompañarme para detener a esta mujer, por favor? —se dirigió a Pons—. ¿Se encarga usted? Sugiero llevarla al Hospital General para que le realicen las curas oportunas, pero en calidad de detenida. Mientras, nosotros prepararemos a conciencia el interrogatorio de mañana.

El cabo asintió y miró a los militares.

—Le apoyamos —dijo uno de ellos.

Subieron por la escalinata en silencio. Uno de los soldados llevaba la maleta en una mano y el saco con el resto de las prendas en la otra. Pons murmuraba por lo bajo, como si ensayara las palabras que se disponía a pronunciar.

Cuando Guasch empujaba el portón de entrada escuchó gritos desde el interior. Entró a la carrera, cruzó las dos *quadres* que le separaban del despacho del marqués y encontró un panorama muy distinto al que había dejado antes de salir.

Biel se encontraba frente a la gran puerta del despacho de don Joan y tenía los brazos y las manos extendidos mientras gritaba a alguien que «dejara eso». Guasch comprendió enseguida que el alguien debía de ser Coloma y el eso…

Se precipitó hacia el estudio. Y entonces la vio.

Se le heló la sangre.

El brazo de Coloma rodeaba el cuello de Lucía con una rabia y una fuerza que un momento antes era inimaginable. En la otra mano sostenía un objeto metálico y afilado cuya punta apoyaba amenazante, sin llegar a perforar la carne, en la garganta de su esposa. El sillón se había volcado y los cojines caído al suelo. La mirada que la criada mantenía clavada en Biel rezumaba un odio que corroboraban las palabras que brotaban de su boca.

—¡Todo esto es culpa tuya!

—Coloma, por Dios, suéltala. ¡Vas a hacerle daño!

Ella sonrió como los dementes, como quien ya nada puede perder.

—Yo solo quería volver contigo, Biel. Que siguieras siendo mío…

Guasch sintió su corazón bombeando desbocado y se preguntó cómo podía haber sido tan irresponsable de poner a su mujer en esa situación de peligro. Deseó poder chasquear los dedos e intercambiarse por ella, pero aquel era un mal momento para la fantasía. Necesitaba pensar. Y no hay nada más complicado que centrarse cuando algo infinitamente más importante que tu propia vida está en juego.

—Coloma —dijo—. Por favor. No haga ninguna tontería.

—¿Qué es eso que llevan ahí?

La criada hizo una seña hacia un soldado, que miró de forma automática los objetos encontrados que llevaba en las manos. Guasch comprendió que ella no le escuchaba del todo, que sus palabras carecían de sentido. Pero pensó que era importante seguir hablándole y mantener una parte de su mente ocupada, que mientras prestara un mínimo de atención a la conversación no se plantearía hundir aquel abrecartas en el cuello de Lucía.

—Las prendas y el equipaje de Teresa —respondió. No tenía sentido ocultarlo—. Estaban en la despensa, detrás de unos cántaros de aceite…, allí donde usted los escondió. A la espera de poder sacarlos sin peligro imagino; quizá con la ayuda de Benet y su carretilla.

Coloma no aflojaba la presión y Lucía no apartaba la vista de la boca de Guasch. Estaba concentrada. La imaginó atenta a cualquier gesto de la criada, hasta el más imperceptible, buscando algún punto débil, esperando la ocasión de hacer algo. Pero ¿qué? ¿Qué podían hacer? No había margen entre aquella punta metálica y la piel suave del cuello de su mujer.

Entonces Guasch detectó un movimiento inesperado en la puerta trasera del estudio y trató de no desviar la mirada hacia la sigilosa figura que apareció detrás de Coloma. No sabía si celebrar la iniciativa de Riera o rebanarle el pescuezo allí mismo. Aquello no le dejaba margen de maniobra.

—Matar a Pere Pau fue idea de Benet, ¿verdad? Imagino que el periodista había averiguado algo a última hora… ¿o simplemente fueron los celos?

Riera dio unos pasos sigilosos hacia Coloma. Por fortuna, el suelo no era de madera, sino de baldosa hidráulica, lo que reducía el riesgo de provocar crujidos traicioneros. No podía mirarlo, pero juraría que llevaba algo en la mano.

—En eso yo no tuve nada que ver. Nada.

—¿Tampoco en la muerte de Teresa?

La criada ahora sí le escuchó y clavó en él una mirada dolida.

—Parecía una *gateta moixa*, la muy puñetera, y al final ya ve cómo me pagó el haberla traído aquí, haberla incorporado a la familia. ¡Me traicionó!

Guasch esbozó una sonrisa suave que buscaba transmitir calma a la criada, camuflar la amenaza evidente.

Riera dio un paso más.

Fuera lo que fuese, el momento de hacerlo era ahora.

—¿Sabe lo que pienso? —Guasch miró a Lucía a los ojos—. *Hiru arte zenbatuko dut*.

—¿Qué está diciendo?

Lucía clavó los ojos castaños en él y pestañeó dos veces.

Ella sí lo había entendido.

—Es una frase en vasco —Guasch dio un pequeño paso hacia las mujeres— que tiene una coletilla curiosa: *bat*…

—¿Se puede saber de qué está hablando?

—*Bi*…

—Pero ¿qué…?

—*Hiru*!

Lucía agarró con todas sus fuerzas el brazo que sostenía el arma, estiró el cuello para alejarlo de la punta y tiró hacia abajo.

Guasch se abalanzó sobre ellas.

Riera alzó el objeto que tenía entre las manos.

Coloma apretó los dientes y presionó.

Epílogo

Sa Foradada

Guasch

Guasch se agachó, cogió una piedra del suelo, la hizo bailar en su mano hasta encontrar una posición convincente y la lanzó con fuerza hacia el cielo para observar cómo ascendía, dibujaba una suave parábola y, finalmente, se precipitaba acantilado abajo hasta batir de manera casi imperceptible la superficie espumosa del mar.

—Vas a partirle la crisma a algún pescador —observó Claudio junto a él, con las manos en los bolsillos y la cabeza hundida entre los hombros.

El ambiente fresco venía acompañado de unas molestas ráfagas de viento. Las gaviotas planeaban a diferentes alturas, presumiendo ante los pobres humanos de un poder para ellos inalcanzable. Hacía tres días que habían partido de Ciutat para despejarse, y aquella mañana, como las dos anteriores, habían ido a pasear.

—¿Quién saldría a pescar con el mar tan picado?

—Lo que tú digas, pero aléjate de ahí, estás demasiado cerca del borde.

Guasch y Claudio caminaban por un sendero casi invisible a pocos palmos de uno de los contundentes despeñaderos de la costa norte mallorquina. En concreto, se habían instalado en la *possessió* de Son Masroig, adquirida un par de años atrás por la familia Cortei, muy cercana a los marqueses de Bellpuig, que se la habían cedido para que se repusieran de los convulsos días pasados.

—¿Te parece si vamos hacia Sa Foradada? —propuso Claudio.

Su hermano señaló una imponente península que se adentraba en el

mar y en la que se abría un agujero que, según la leyenda, había provocado el cañonazo de un barco en el siglo XVI durante una batalla naval entre corsarios mallorquines y piratas berberiscos.

Guasch se encogió de hombros.

Tanto le daba.

Miró el borde del precipicio. Apenas dos pasos le separaban de aquel filo letal, dos pasos que le mantenían a salvo de una muerte segura. Guasch sentía desde la infancia, un pánico irracional a las masas de agua oscura o a sumergirse junto a grandes elementos submarinos pero, en contraposición, no le afectaban en modo alguno las alturas y habría podido caminar por el borde mismo de aquel acantilado feroz sin miedo alguno a caer al vacío.

Retomaron su caminar tranquilo.

—¿En qué piensas?

La pregunta era retórica, pues su hermano ya lo sabía: pensaba en unos hechos que no podría olvidar jamás. Claudio, con la mejor voluntad, le invitaba a desahogarse, y seguro que también sentía curiosidad por conocer los entresijos de lo ocurrido en aquel caso extraordinario del que tan solo tenía un conocimiento superficial.

Le debía una explicación y había llegado el momento de dársela. Primero, porque era bueno sacar de una vez lo que le atormentaba, y segundo, porque su hermano era de las pocas personas con la que podía hablar de todo aquello sin tapujos.

—En Teresa…, en Pere Pau…, en Lucía… Recordaba el funeral de Pere Pau, las sentidas palabras de despedida de su amigo Miquel, la iglesia de Sant Magí llena a rebosar, al igual que la plaza y las calles adyacentes… Fue precioso y a la vez muy triste.

—¿Cómo te sientes?

Caminaron todavía un tramo más en silencio mientras Guasch ponía en orden sus pensamientos y sentimientos: en su cabeza y en su corazón.

—Culpable.

—No lo eres.

—Sabes que sí. Debí ser más precavido, concluir que la muerte de Teresa se salía de lo habitual y que detrás de ella se escondía una

mente trastornada que representaba un peligro para todos y, muy en especial, para los que jugábamos a investigar por nuestra cuenta.

—Hiciste lo que debías, Marc, y volverías a actuar igual en las mismas circunstancias. Igual de bien, quiero decir.

—¿De bien? —Sintió que los ojos se le nublaban—. Trataría de conseguir que el resultado final fuera muy diferente.

Claudio debió notar que por ese camino iba mal y cambió el enfoque.

—Todavía no me puedo creer lo del padre de Benet… Me cuesta imaginar la cara de los guardias al encontrar su cuerpo degollado y putrefacto en el fondo del pozo. ¡Y sin que su mujer denunciara su desaparición!

—Ella sabía perfectamente dónde estaba desde hacía medio año, por eso dijo en el pueblo que se había marchado con otra. Benet la libró de su maltratador, pero también le temía a él. No fue culpa suya que su hijo sufriera una infancia tan dura, sino de un marido alcohólico y en extremo agresivo.

—Ya, bueno. Tampoco es responsabilidad tuya el cauce que tomó esta investigación y, sin embargo, te sientes culpable.

—*Touché*, hermanito.

No sonrió.

—¿Y el cepo? —se interesó Claudio.

—El padre de Benet tenía una auténtica colección en su establo. Los empleaba para cazar de manera furtiva en las *possessions* de los señores de la zona. Benet había crecido en un entorno en el que era importante dominar el funcionamiento de esos aparatos y estaba muy familiarizado con ellos.

—Me cuesta asociar esa infancia atormentada con la celda impoluta que te encontraste aquella noche en el claustro de La Mercè.

—Cuando Riera y yo fuimos a interrogarlo a la lechería lo pusimos en alerta, y nada más llegar a casa sacó todo lo que le comprometía de su cuarto y lo escondió en la cripta. Un residente del claustro dijo haber oído ruidos en su celda y verlo entrar y salir acarreando tinajas de agua y objetos varios. No llegó a ver adónde se dirigía con ellos. Tampoco se le pasó por la cabeza que aquel compañero reservado

fuera el asesino que tenía en alerta a toda la ciudad y no le prestó mayor atención.

—Define «en alerta».

—Oye, esa frase es mía…

Guasch se agachó, recogió otra piedra, dio un paso hacia el acantilado ante la mirada temerosa de su hermano y la lanzó lejos. Esperó a que el agua la engullera para continuar.

—Si sospecháramos de todos los que nos rodean nos volveríamos locos, ¿no crees?

—No olvides que soy diputado en las Cortes de Madrid…

Ahí sí que Guasch tuvo que reír y Claudio lo secundó de buena gana.

—¿Y qué me dices del collar de la marquesa y la copia de la llave de La Mercè? ¿No es asombroso que aparecieran ahí?

—Éramos más de una docena de hombres registrando hasta el último rincón de Can Vivot, por fuerza los teníamos que encontrar, con independencia de dónde estuvieran escondidos.

—¡Pero si Coloma los había lanzado al fondo de un cántaro de aceite!

—Pues a mí me llama más la atención que Coloma se colara en la mercería de Teresa para supuestamente hablar con ella y que reemplazara el dedal de plata por otro sin apenas valor.

—Pero Coloma lo robó cuando Teresa todavía trabajaba en la mercería, ¿no? En ese momento todavía desconocía como se desarrollarían las cosas.

—Claro que no lo sabía, y es probable que lo robara para sí misma y que después lo aprovechara. Cuando le pedí que no entrara nadie en la habitación de Teresa, Coloma comprendió que la registraríamos a fondo y dio por supuesto que lo encontraríamos. Acertó.

Claudio dio unas cabezadas de conformidad.

—Para Coloma, después de usurparle a «su» Biel, Teresa sería poco menos que la reencarnación del diablo.

—Totalmente, lo consideraba de su exclusiva propiedad.

—Lo que no acierto a entender es porqué Biel no informó de su relación con Coloma y de las rencillas que le constaba que existían

entre las criadas.

—Porque estaba engañado, como yo, como Lucía y como todos. Te aseguro, porque a mí me sucedió lo mismo, que Coloma sabía ocultar perfectamente su verdadera personalidad bajo aquella apariencia angelical; era una auténtica, como las llaman por aquí y como ella misma dijo de Teresa, *gateta moixa*, un lobo con piel de cordero. Es asombrosa su facilidad para engatusar no solo a los hombres, sino también a las mujeres. ¡No he visto nunca semejante capacidad de manipulación!

—Quién sí conocía realmente su forma de ser era Benet.

Guasch reflexionó un instante antes de asentir.

—No sé si tanto, porque él mismo estaba obsesionado con ella. Lo que está claro es que tenían la suficiente confianza como para pedirle que matara a Teresa. Benet era una especie de juguete sexual para Coloma, y quizá ella también lo fuera para él; el sexo, o el deseo, era su manera de tenerlo bajo control.

—Vamos, que se juntaron el hambre y las ganas de comer…

—Que nosotros sepamos, Benet se estrenó matando a su padre el verano pasado. Quizá le gustó la sensación de poder, de ser juez y verdugo al mismo tiempo. No creo que averigüemos si en algún momento se lo contó a Coloma o no, supongo que sí, y quizá fue entonces cuando ella comprendió el potencial que tenía Benet y vio la oportunidad de deshacerse de Teresa. El caso es que él aceptó.

—¿Y por qué fue Teresa al balneario? ¿Por qué se coló por aquella rendija por su propio pie?

—A raíz de las entrevistas que hicimos *a posteriori* a todo el personal, tengo mi propia teoría. Es más sencillo indagar cuando sabes con exactitud qué buscas y qué debes preguntar. Me imagino la situación como un círculo vicioso, y nunca mejor dicho: Benet estaba obsesionado con Coloma, que lo manejaba a su antojo; Coloma, a su vez, estaba interesada en mantener viva a cualquier precio su relación con Biel, el señorito de la casa, por el beneficio o la satisfacción que le reportaría; Biel, que iba de flor en flor, ya se había cansado de Coloma y la había reemplazado por Teresa… y el círculo se cierra con ella y Benet, pues uno de los mozos, en contra de lo que me hizo creer

Coloma de que no se conocían, los vio hablando alguna vez. Desconozco cómo fue esta relación; tal vez Coloma la fomentara y mandara a Benet a seducirla o tal vez Teresa sí se sentía atraída por él y Coloma lo aprovechó. Imagino que fue algo así.

—Pero ¿por qué precisamente en el balneario?

—He reflexionado mucho sobre ello y creo que no es coincidencia. Coloma podía saber lo del láudano y que Biel y Ramis se encontraban allí. Vete tú a saber si a lo mejor lo acompañó alguna vez. Ella debió de concluir que era un buen lugar para matar a Teresa y que la noche del jueves lardero el vigilante no estaría muy centrado en su trabajo. Pensaba que, dada la cantidad de patios, cuadras, almacenes, salas y habitaciones de Can Vivot, podían haberla matado allí sin testigos, pero después he pensado que precisamente lo que querían era que no se pudiera identificar a la víctima, y por eso buscaron un lugar alejado que no la relacionara con la casa.

—Tienes razón —convino Claudio.

—Creo que Coloma pensaba que si eliminaba a Teresa, recuperaría a Biel.

—Eso es que no lo conocía tanto como creía. ¿Qué crees que sucederá en el juicio?

—Que ella se seguirá presentando como una víctima y no reconocerá su culpa. Acusará a Benet, que no podrá defenderse, y dirá que la controlaba y la forzaba, que tenía miedo y que no podía ni imaginar que él fuera el asesino; que Biel también se aprovechó de ella… En fin, Claudio, confiemos en la justicia. No nos queda otra. Creo que las pruebas son lo bastante concluyentes y espero que la cosa no se tuerza con algún imprevisto.

—Y si al final todo sigue su cauce, la pasarán por el garrote, claro.

—Es muy probable. Aquí en Mallorca tienen fama de evitar las ejecuciones públicas y de conmutarlas por cadenas de prisión perpetua, pero veo complicado que lo hagan en esta ocasión, visto el revuelo que se ha armado y la ascendencia que tenía Pere Pau sobre los palmesanos.

—Ese asesinato fue otra gran aberración.

Guasch sintió que se le formaba un nudo en la garganta.

—Vi la atracción que Pere Pau ejercía sobre las mujeres y cómo se jactaba de tener un contacto en Can Vivot. El pobre pensó que había conquistado a una atractiva fuente de información cuando, en realidad, el pescado fue él. Coloma vio el cielo abierto con Pere Pau: podía aprovecharse de la situación y dirigir al hombre del momento, el que informaba a la ciudad. Además, estaba en nuestro equipo de investigación, por lo que estaría también al corriente de nuestros avances.

—Y, aparte, era atractivo.

—A nadie le amarga un dulce.

—Pero la cosa se torció con Benet, que demostró ser mucho más celoso, oscuro y posesivo de lo que Coloma imaginaba. El hecho de que actuara por su cuenta y tuviera aquella reacción explosiva la fastidió doblemente.

—Así es, y al final Coloma decidió deshacerse de él cuando supo que lo habíamos descubierto y que corría el riesgo de que saliera su nombre. Debía curarse en salud y quitárselo de encima. Por eso lo sacrificó.

—¡Pues casi le sale bien!

—Ya lo puedes decir. De no haber sido porque María Magdalena los vio en actitud cariñosa, nadie los habría relacionado.

Claudio asintió. Se detuvieron.

Guasch supo lo que iba a preguntar su hermano antes de que abriera la boca.

—¿Y Lucía?

Una gaviota planeaba sobre ellos. Guasch pensó qué fácil sería cuando uno se siente culpable poder levantar el vuelo, evadirse lejos y volar…

—Fui un irresponsable, no debí confiarme y dejarla sola con aquella demente. No hice caso de mi intuición, de mis sospechas… Te aseguro que me vuelvo loco al recordarlo. Nunca me lo perdonaré.

—Estaban con el marqués.

—Un señor mayor que no supo reaccionar a tiempo.

—Nadie podía imaginar que Coloma se comportara de manera tan agresiva y desproporcionada cuando apareció Biel en la sala.

—Lo que la hizo enloquecer fue que Biel no se impresionara por su estado deplorable y su puesta en escena, que no corriera a defenderla y se comportara de manera distante, como si no la conociera de nada más allá de su pertenencia al servicio de la casa. O incluso ni eso, pues, como hemos visto, el servicio está perfectamente integrado en las familias nobles mallorquinas. Aquello propició su estallido de rabia.

Oyeron pasos tras ellos. Se volvieron.

—¿De qué habláis, queridos? —preguntó Apolonia capturando el brazo de Claudio—. No se os puede dejar solos. Me llevo a mi esposo, Marc, espero que no te importe prescindir de él un rato. Luego te lo devuelvo.

Lo arrastró consigo y Guasch vio cómo se alejaban, ella sujetando el sombrero con una mano para que no lo barriera una ráfaga de viento y él atento y afectuoso para con ella. Y recordó el otro pensamiento que aquellos días le atormentaba y que se había esforzado por aplazar, la nota que Biel había escrito a su amante misteriosa, y se dijo una vez más que debía reunir el valor suficiente para, en algún momento, revelar a su hermano que su esposa, Apolonia Rocabertí-Boixadors Dameto i de Verí, la madre de sus dos hijos, le había sido infiel con un antiguo amor de juventud. Ahora que todo había acabado, debía asimilarlo y buscar el modo menos cruel de decírselo.

Pensó de nuevo en Tomàs, el hermano responsable y sensible de Apolonia, tan alejado de las frivolidades mundanas de Biel y sus fiestas, y consideró que su cambio de humor de los últimos días podría deberse a la incomodidad de estar al tanto o de intuir la relación adúltera entre Apolonia y Biel. Conocería su relación pasada y quizá vio algún detalle que le hizo sospechar que la habían retomado. Tal vez tuvo incluso alguna evidencia cuando la noche de la velada regresó caminando a Can Puig y, quizá, descubrió a los amantes. Eso justificaría que a la mañana siguiente, todavía conmocionado, apenas interactuara con Lucía durante el desayuno. Aquello nunca lo sabría, pues no tenía intención de hablar con él para comprobarlo. Por desgracia, la carta era la prueba más sólida con la que podía contar.

Se volvió, dobló el brazo y sonrió.

Lucía lo agarró.

Llevaba una mano vendada y un vistoso pañuelo alrededor del cuello que ocultaba una herida que no era profunda ni letal, pero que pudo haberlo sido. Que Lucía siguiera con vida se debía a la alineación de varios astros. El primero, que ella lograse alejar el arma, pese a herirse los dedos de una mano, y que la fuerza ejercida por Coloma consiguiera solo desgarrar un lado de la mandíbula; el segundo, la llegada más o menos a tiempo de Guasch, que hizo trastabillar a la criada y, finalmente, al golpe que Riera le propinó en la nuca y que la dejó inconsciente.

Guasch sintió una vez más la emoción de tener a Lucía consigo. Se le empañaron los ojos.

¿Cuántas veces se había jurado a sí mismo aquellos días que nunca volvería a ponerla en riesgo y que la mantendría a salvo, alejada de su trabajo?

—El mar está bravo pero, pese al viento, hace un día precioso —susurró Lucía, que todavía no podía forzar la voz.

Por supuesto. Estar vivo permitía apreciar las cosas en su justa medida.

Guasch asintió y frotó con sus dedos los de ella.

—Tú sí que estás preciosa.

—Zalamero.

Sonrió.

—Por fin tenemos los días de descanso que habíamos venido a buscar.

—Ha costado llegar hasta aquí —murmuró Lucía.

En efecto, casi le había costado la vida.

—Tengo ganas de disfrutar contigo de esta tranquilidad —confesó Guasch—. ¡Y todavía nos queda casi una semana!

—Aprovechémoslo al máximo, apenas regresemos debo volver a París.

—Por eso lo decía…

—Qué pena que Riera no haya podido venir a la sierra con nosotros.

—Pena ninguna. Está bien que arregle todo el papeleo de Toni Petit. Pagaría una buena cantidad de dinero por ver la cara de sorpresa que

pondrá su mujer cuando llegue a Ibiza con un niño adoptado bajo el brazo.

—¡Pero qué niño! —admiró Lucía.

—Y mallorquín, ni más ni menos.

—Para que veas las vueltas que da la vida. Pero ¿en serio que no la avisará?

Guasch hizo un gesto negativo y dedicó una sonrisa a su esposa.

—Me hubiera encantado estar presente cuando le preguntó a Toni Petit si quería ir con él y con su mujer a Ibiza, y con el que sería su «hermanito» pequeño.

—¿Cómo reaccionó?

—Se puso a llorar y se abrazó a Riera. No hizo falta decir nada más.

—¿Y no echará de menos Mallorca y a todos sus amigos y conocidos?

—Seguramente sí, pero Riera le prometió que vendrían cuando quisiera, y ¿cuánto vale sentirse querido y pertenecer a una familia de verdad? Riera es un buen hombre y le ha cogido mucho cariño al niño. Por lo que parece, es recíproco.

Lucía asintió, pensativa. Guasch le pasó el brazo por la espalda y la apretó contra sí.

—Estoy convencida de que tardará poco en integrarse.

—¿Y nosotros qué…?

—¿Quiere usted ser padre, señor Guasch?

—Me gusta Primitivo, como el próximo gobernador. No me negarás que Primitivo Guasch Lequerica suena bien.

—Es una broma, ¿no?

—Estoy abierto a negociaciones.

Lucía le dio un codazo y esbozó una sonrisa nostálgica.

—Reconozco que a mí también me apetece mucho que tengamos hijos. Cuando termine mis estudios tenemos que tomarnos la tarea muy en serio. Hay que demostrar a Polita que se equivoca con respecto a mi instinto maternal.

Guasch miró la espalda de su cuñada y sintió una punzada en el corazón. Antes de dar ningún paso respecto al tema de su infidelidad, le gustaría hablarlo con Lucía. Seguro que ella le aconsejaría lo

correcto.

Ya encontraría el momento para comentárselo a lo largo del día.

—¿De qué hablabais antes las dos? —preguntó Guasch.

—Polita me ha dicho que no te explicara nada.

—Espero que no le hagas caso.

—Ya ves que no demasiado. Resulta que alguien del servicio de Can Masroig le ha contado que hace un par de noches asesinaron al dueño de una botillería en Palma. —Guasch se detuvo y miró a su esposa, alarmado. Aquello era lo último que esperaba escuchar—. El cadáver apareció bajo una mesa con los pies amarrados con una cuerda de escoba y un pañuelo en la boca.

—Dios mío, ¿es necesario que vaya a…?

—Ni lo sueñes. Ya han detenido al verdugo de la audiencia.

Caminaron un rato agarrados y en silencio.

—Qué barbaridad… —dijo finalmente Guasch, sin dejar de darle vueltas a la extraordinaria capacidad del ser humano para sesgar la vida del prójimo.

—También hemos hecho un juego de palabras —añadió Lucía, buscando con claridad cambiar de tema.

Guasch se dejó llevar por la conversación.

—¿Sobre qué?

Su esposa señaló el manto líquido que se extendía frente a sus ojos con la mano sana y Guasch miró en aquella dirección. Junto a Lucía, estando los dos a salvo, desaparecían las ganas de volar.

—Polita ha mencionado que hoy también hacía mala mar.

—Y es cierto…

—Sí, pero de repente he caído en que esas letras combinadas de otra manera pueden tener un significado igualmente válido, aunque muy diferente.

Guasch negó con la cabeza sin entender, pero feliz de comprobar que su mujer tenía, con una mano vendada, una herida en el cuello y una voz a la fuerza susurrante, la misma mente inquieta de siempre.

—Me temo que no te sigo.

—Dilo todo seguido…

—Malamar.

—¿Ves? «Mala mar» suena exactamente igual que «mal amar». Es decir, amar mal, del modo equivocado, anteponiendo tu interés, siendo egoísta y posesiva, celosa e infiel; aprovecharte del otro, manipularlo a tu antojo y lograr de él lo que te interesa para, una vez obtenido, mostrándote insensible a sus sentimientos y a su dolor, eliminarlo de tu vida e incluso arrebatarle la suya… En definitiva, lo que ha hecho Coloma en estas múltiples relaciones.

—No sé si a eso le llamaría amor, Lucía.

—Es lo que discutíamos nosotras.

—¿Y habéis llegado a alguna conclusión?

—Que quizá a su manera sí lo era, aunque nosotros no lo comprendamos ni lo compartamos. Tal vez Coloma se creyó sus propias mentiras y se autoconvenció de que la maldad que sentía sí que era amar.

—Querrás decir mal amar.

Lucía le rodeó la cintura con el brazo, apoyó la cabeza sobre su hombro y reanudaron su caminar pausado.

—Eso quería decir, querido: mal amar.

La Baronia de Rialb (Lleida), 26 de abril de 2024

Dramatis personae

Protagonistas y su entorno directo

Marc Guasch, investigador del Cuerpo de Investigación del Crimen

Lucía Lequerica, estudiante de medicina y esposa de Marc Guasch

Toni Riera, subinspector de policía de Ibiza y mano derecha de Marc Guasch

Claudio, hermano de Marc Guasch

Pere Pau Bestard, periodista de *El Isleño*

Toni Petit, huérfano espabilado y lugarteniente de Pere Pau

Miquel, amigo íntimo de Pere Pau

Can Vivot

Don **Joan Sureda i Boixadors**, marqués de Vivot

Doña **Bárbara de Verí i Salas**, esposa del marqués de Vivot

Biel Sureda i de Verí, hijo del marqués de Vivot

María Magdalena Sureda i de Verí, hija pequeña del marqués de Vivot

Teresa Coll Marquès, criada en Can Vivot

Coloma Morlà, ayudante de cocina en Can Vivot

Can Puig

Don **Francisco de Rocabertí-Boixadors Dameto**, marqués de Bellpuig

Doña **Margarita de Verí i Salas**, marquesa de Bellpuig

Apolonia Rocabertí-Boixadors Dameto i de Verí, cuñada de Marc Guasch

Tomàs Rocabertí-Boixadors Dameto i de Verí, hermano de Apolonia

Xisco, criado y cochero de los marqueses de Bellpuig

Políticos, guardias y funcionarios

Don **Adolfo García de León y Pizarro**, marqués de Casa Pizarro, gobernador civil de la provincia de las Baleares recientemente destituido

Don **Ricardo de las Cuevas**, gobernador interino de la provincia de las Baleares

Don **Joan Vanrell i Ferrà**, alcalde interino de la Ciutat de Mallorca

Ignasi Arnall, teniente de la Guardia Civil y responsable directo de la investigación

Ovidi Pons, cabo de la Guardia Civil y colaborador de Guasch

Don **Pere d'Alcàntara i Penya**, arquitecto municipal y hombre del renacimiento

Otros

Benet Tur, repartidor de leche en Can Vivot

El **Bribón**, propietario de la taberna de la que Pere Pau es cliente habitual

Joanot, vigía de la torre de Senyals y testigo

Joan Ramis, vigilante del balneario del muelle de Palma

Don **Pedro José Gelabert**, propietario y editor de *El Isleño*, jefe de Pere Pau

Glosario de palabras y expresiones en mallorquín e ibicenco

***Aigordent*:** Aguardiente.

***A porgar fum!*:** (Mall.) ¡Largo de aquí!

***A repairo*:** Guarecerse.

***Això no es fa!*:** ¡Esto no se hace!

***Amunt, amunt!*:** ¡Arriba, arriba!

***Balons*:** (Ibz.) Pantalones típicos del campesino ibicenco, anchos de cintura a la rodilla y estrechos hasta los talones..

***Batuadell*:** (Mall.) Comodín que denota asombro, alegría y maldiciones varias..

***Beneit*:** (Mall.) Tonto.

***Bon dia (o bona tarda) que Déu mos dó!*:** ¡Buen día (o buena tarde) nos dé Dios!.

***Bon dia (bona tarda) tenguin!*:** ¡Buen día (o buena tarde) tengan!.

***Brau*:** (Mall.) Toro.

***Bufarada*:** Resoplido.

***Bullit*:** (Mall.) Según el archiduque Luis Salvador, cocido a base de carne y verdura que se acompañaba con salsa de tomate..

***Buscam en Joanot*:** Buscamos a Joanot.

***Botifarra*:** (Mall.) Apelativo empleado por los mallorquines para referirse a sus aristócratas. El conjunto de la nobleza local recibe también el calificativo de *botifarreria*. Proviene del francés *botifler*..

***Ca de bou*:** (Mall.) Perro de presa; dogo mallorquín.

***Caixa*:** Baúl de madera que se empleaba a modo de armario..

***Cap del moro*:** (Mall.) Nombre que recibe una pequeña escultura ubicada en la esquina de una fachada del passeig des Born y que parece rememorar los reiterados triunfos marítimos del corsario mallorquín Antoni Barceló i Pont de la Terra..

***Capot (Mall.) i caputxò (Ibz.)*:** Abrigos con capucha habituales entre la gente del campo..

***Carrer*:** Calle.

***Catxorrillos*:** Pistola básica empleada por la gente de pocos recursos y muy habitual entre los campesinos ibicencos..

***Clastra*:** (Mall.) Patio rectangular de las *possessions* mallorquinas alrededor del que se distribuyen muchos de los edificios que marcan la vida rural de ese hábitat..

***Com Déu mana*:** Como Dios manda.

***Cony, com estam!*:** ¡Coño, cómo estamos!

***Corregudes*:** Carreras.

***Casa forta, (ser de)*:** Pertenecer a una casa (familia) adinerada..

***Corre a amagar-te, nina!*:** ¡Corre a esconderte, niña!

***Drap i llista*:** Distintos tipos de tejidos sencillos fabricados en la propia isla de Mallorca..

***Dijous llarder*:** Jueves lardero.

***Dimoni*:** Demonio.

***Drassana*:** Astillero.

***Emmariol·lar-se*:** (Ibz.) Disfrazarse de un modo informal, estrafalario, con prendas que no combinan entre sí..

***Emperobonu*:** (Ibz.) Expresión ibicenca que denota sorpresa..

***Encara no has après a parlar bé? Tan difícil és dir-ho com Déu mana? Quins ous*:** ¿Todavía no has aprendido a hablar bien? ¿Tan difícil es pronunciarlo como Dios manda? ¡Qué huevos!.

***Enhorabona, estimat! T'ho mereixes!*:** ¡Enhorabuena, querido! ¡Te lo mereces!.

***Es pot saber què vols?*:** ¿Se puede saber qué quieres?

***Espardenya*:** Alpargata fabricada con fibras vegetales muy habitual entre la gente del campo..

***Esper que valgui la pena, bon al·lot, si no, et ben reventaré...*:** Espero que valga la pena, muchacho, si no te reventaré..

***Estam apanyats amb aquesta jovintut*:** Estamos apañados con esta juventud..

***Flaçada*:** Manta.

***Flors i violes (ser)*:** Coser y cantar.

***Galera/Galereta*:** Tipo de carruaje muy habitual en isla de Mallorca..

***Gateta moixa (gatamoixa)*:** Se dice de quien en apariencia no tiene

maldad ni malos sentimientos, pero es todo lo contrario..

***Genteta*:** (Mall.) Gentecilla. Término despectivo empleado por los nobles mallorquines para referirse a los que socialmente ocupan un escalafón inferior, en especial a los burgueses advenedizos..

***Germanor*:** Hermandad.

***Hereu*:** Persona designada para recibir una herencia, generalmente el hijo mayor de una familia que busca, con esta fórmula, evitar la división del patrimonio familiar..

***I ara aqueix què se creu?*:** ¿Y ahora este qué se cree?

***Llampuga*:** Pescado alargado, llamado también dorado, pez limón o lampuga..

***Llaüt*:** Pequeña embarcación de madera típica de las Baleares..

***Llisa, ensaïmada*:** Ensaimada sencilla, sin ningún relleno ni cobertura más allá del característico azúcar fino espolvoreado por encima..

***Llosetí*:** Gentilicio, originario de Lloseta.

***Majoral*:** (Ibz.) Persona que se responsabiliza de la explotación de una finca que no es de su propiedad..

***Marès*:** Piedra arenisca.

***Mateixa*:** (Mall.) Baile.

***Me cago en el món!*:** ¡Me cago en el mundo!

***Mem!*:** (Mall.) Expresión que se emplea al inicio de una frase y que significa «a ver»..

***Migjorn*:** Viento del mediodía, viento del sur.

***Mussons*:** Apelativo empleado por los payeses ibicencos para referirse a los burgueses de Dalt Vila y por los aristócratas mallorquines para referirse a los burgueses mallorquines. Se usa siempre en sentido despectivo. En Mallorca, al conjunto de la burguesía se la llamaba *mussoneria*..

***No diguis dois!*:** No digas tonterías.

***No, la Mare de Déu dels Òrfens. Vols respondre, cony, Joan?*:** No, la Virgen de los Huérfanos. ¿Quieres responder, coño, Joan?.

***On anam a parar!*:** ¿A dónde iremos a parar?

***Pagesia*:** Mundo rural, campesinado.

***Panada*:** Empanada.

***Part forana*:** (Mall.) Toda la isla de Mallorca que no pertenece a

Ciutat..

***Passeig*:** Paseo.

***Pati vell*:** Patio viejo.

***Per què no vas a cagar?*:** ¿Por qué no te vas a cagar?

***Perdona'm, Catalina, però em feien molta gola*:** Perdóname, Catalina, pero me apetecían mucho..

***Portal forà*:** (Mall.) Entrada principal del *clastra* de una *possessió*..

***Possessió*:** (Mall.) Gran finca rural.

***Pota*:** Tabaco cultivado en las islas de Menorca e Ibiza de olor áspero y agrio..

***Pradí*:** (Mall.) Abuelo (generalmente, el padrino del bautizo)..

***Principi*:** (Mall.) Según el archiduque Luis Salvador, estofado de carne de ternera..

***Puta boix*:** (Ibz.) *Boix* es niño en ibicenco, el adjetivo no difiere del castellano..

***Quadra / quadra principal / quadreta*:** (Mall.) Sala / salón principal / salita..

***Què desitgen es senyors?*:** ¿Qué desean los señores?

***Que hi ha res de nou?*:** Respuesta a un saludo y que, literalmente, significa «¿Hay alguna novedad?»..

***Rafal*:** (Mall.) Término de origen árabe (como «alquería») que hacía referencia a las grandes unidades de explotación agrícola en Mallorca y que, poco a poco, después de la conquista de la isla en 1229, fue reemplazado por el concepto de *possessió*. En documentos del siglo XVI se denomina ya *possessió* a las extensiones de terreno con un valor superior a las mil libras, y *rafal* (entre otros términos), a los que tienen un valor inferior..

***Refresc*:** (Mall.) Aperitivo.

***Se sap qui és es mort?*:** ¿Se sabe quién es el muerto?

***Se'n poden ben anar a la merda!*:** ¡Pueden irse a la mierda!

***Ses cases de ses dones / Ca ses dones*:** Literalmente, «las habitaciones de las mujeres» (solteras). En la práctica, era el piso superior de la vivienda, en la que vivían las mujeres solteras de la casa, además de los hijos del marqués (menos el *hereu*). Había baños y una sala en la que la maestra impartía clases a los hijos pequeños del marqués y a

los de los empleados. En las terrazas se tendía la ropa y había gallineros..

***Sí que són educats a Ciutat!*:** ¡Qué educados son en Ciutat!.

***Sopes*:** (Mall.) Plato típico hecho de verduras (con las que se prepara un caldo) y rebanadas finas de pan de payés seco. Es también habitual añadir a lo anterior carne de cerdo..

***Tallades*:** (Mall.) Cortes de sobrasada y calabaza (entre otros ingredientes) que se añaden a un determinado tipo de ensaimada..

***Tot bé lo nostro, i tu què fas per aquí?*:** Nosotros bien, ¿y tú qué haces por aquí?.

***Uep!*:** (Mall.): ¡Ey! Suele ir acompañado de *Com anam*? (¿Cómo va?)..

***Ves…!*:** (Mall.) ¡Y tanto!

***Volant i rebosillo*:** Pañuelos empleados por las payesas mallorquinas, más o menos transparentes, para cubrirse la cabeza..

***Xuia*:** Grasa.

Nota del autor

Cuando Alberto Marcos, mi editor de Plaza & Janés, me propuso escribir una segunda novela para dar continuidad a la serie balear de Marc Guasch, me lancé a recabar información sobre la Mallorca del siglo XIX. *La isla de la calma*, de Santiago Rusiñol, y otros cuadernos de viaje de la época mostraban una isla tranquila que presumía de unas bajísimas ratios (oficiales) de criminalidad y en la que todo parecía indicar que «nunca pasaba nada». Después de documentarme, sin embargo, puedo confirmar que, como subraya Jeroni F. Fullana Martorell en su muy recomendable *Crímenes y criminales en la isla de la calma*, esta apreciación es falsa: en Mallorca en general, y en Palma en particular, ocurrían (y ocurren) cosas terribles como en cualquier otro sitio. Y hay registros de ello.

En un primer momento no encontré ningún asesinato que me encajara, así que opté por inventar o adaptar uno. Leyendo los tomos de Mallorca del archiduque Luis Salvador descubrí la existencia de unos balnearios cerca de la antigua Porta des Moll, a los pies de la muralla (no confundirlos con los baños de Can Barbarà), y el sitio me fascinó como escenario del crimen; quería también que la muerte se produjera durante el carnaval o en alguna de las fiestas de máscaras habituales de la Mallorca del siglo XIX y, también, después de la epidemia de cólera de 1865 y antes de la llegada del archiduque en verano de 1867. Con esta idea en mente, leí artículos y libros de homicidios cometidos en Mallorca y vi varios (y excelentes) episodios de *Memòria negra* de IB3 en los que descubrí dos historias terribles pero inspiradoras: una joven asesinada y desfigurada con una piedra a la que sustrajeron la documentación en un intento «cutre» de ocultar su identidad, y un fraile exclaustrado, Fra Alipi, que malvivía en el desamortizado convento de La Mercè y al que mataron y descuartizaron para repartir su cuerpo en tres sacos que diseminaron

por las calles de Palma en 1884. El primer caso me ayudó a definir el perfil de la víctima y algunos detalles del crimen; el segundo me dio un personaje secundario, una buena localización (el claustro) y la confirmación de que en la Ciutat del pasado también se delinquía…, ¡y de qué manera!

A medida que leía fui descubriendo una sociedad compleja que era radicalmente opuesta a la sencillez ibicenca de *Isla negra*; en Mallorca había, además de grandes figuras ilustradas y auténticos «hombres del Renacimiento», aristocracia, descendientes de judíos conversos, burguesía emergente, órdenes religiosas, gremios de artesanos, criados, payeses, jornaleros e incluso obreros. La complejidad era todavía mayor si uno ahondaba en cada uno de los grupos, pues en todos ellos existían diferentes niveles o, digamos, «calidades»: desde los nobles (se elaboraban «rankings de categorías») a los *xuetes* (había apellidos con más pedigrí que otros) o los criados (no era lo mismo trabajar «escaleras arriba» que «escaleras abajo»). Y luego estaban las relaciones entre hombres y mujeres. En las familias mallorquinas, nobleza al margen, el hombre solía ejercer el poder de una forma simbólica, mientras que eran las *madonas*, las mujeres, las que administraban el dinero, tomaban las decisiones y mandaban en casa. Uno de los retos de *Mala mar* era transmitir este complejo entramado social.

A nivel histórico surgía, como es natural, el otro gran desafío: sumergir al lector en una Ciutat de Mallorca auténtica. Para ello preparé, como en *Isla negra*, una línea del tiempo en la que ordené desde grandes hitos hasta pequeños detalles históricos que me permitían dibujarla de la manera más realista posible entre el 8 y el 14 de febrero de 1866 (día 17 en el epílogo). Es posible que se me haya pasado algo por alto o que haya alguna inexactitud (que ya saldrá y que agradeceré mucho que me comuniquéis), pero me atrevería a decir que la Palma de *Mala mar* se asemeja mucho a como era en realidad en esas fechas.

Luego estaba la trama, que quería diferenciar de *Isla negra*. En el club de lectura de Matilde Lladó en Ebusus, Luisa Cañas comentó que Guasch lo había tenido «fácil» en la investigación porque todos,

incluso el gobernador, estaban bajo su autoridad y además había «triunfado enseguida» en el amor. La reflexión me pareció muy interesante y me animó a hacer que Guasch tuviera que arremangarse y «sudar un poquito la camisa» en *Mala mar*. Por eso, el gobernador interino prescinde de él en busca de la gloria personal o tiene algunas discrepancias (menores, eso sí) con su adorada esposa. También es cierto que *Mala mar* es más dura que *Isla negra*: tiene más sangre e incluso un puntito de sexo; quizá es que estoy perdiendo la vergüenza… o que los personajes son más descarados y hacen lo que quieren.

El elenco de esta segunda novela es nuevamente una combinación entre personajes reales y ficticios. Don Adolfo García de León y Pizarro es tristemente real (por su nefasta, dramática y partidista gestión del cólera). También lo son don Pedro José Gelabert, propietario y editor de *El Isleño*; el alcalde interino don Joan Vanrell; el gobernador interino (con algún matiz que es largo de explicar) don Ricardo de las Cuevas (buen gestor, hombre sensato y muy querido por los mallorquines, en contra de la imagen que ofrezco en *Mala mar*); y los dos matrimonios de marqueses, los de Bellpuig (con todos sus hijos, menos Apolonia) y los de Vivot. Guasch, Lucía y Riera son ficticios, al igual que Claudio, Pons, Arnall, Pere Pau, Miquel, Toni Petit y sus secuaces, Coloma, Teresa y Benet, Biel o María Magdalena.

La bibliografía consultada ha sido ingente, pero me gustaría destacar los tomos de Mallorca del archiduque Luis Salvador (por supuesto); *Noticias y relaciones históricas de Mallorca (s. XIX)*, de Juan Llabrés Bernal; *Historia del arrabal de Santa Catalina*, de Juan Santaner Marí; y *Palma a través de la cartografía (1596-1902)*, de Juan Tous Melià. También han sido vitales un artículo sobre el cólera de Joana M. Pujadas-Mora y Pere Salas Vives (*El cólera como conflicto y factor de legitimación. Palma, 1865*) o las fabulosas *Cròniques de Palma* del cronista de Ciutat, Bartomeu Bestard, así como el mítico *Queridos mallorquines*, de Carlos García-Delgado Segués. Tampoco puedo dejar de mencionar el blog y perfil de Facebook de FAM (Fotos Antigues de Mallorca), que me han permitido no solo aprender, sino visualizar imágenes de lugares hoy desaparecidos.

Como *Isla negra*, *Mala mar* también va de detalles. Y estos abundan. Es imposible que los cite todos, pero sí daré un par de ejemplos como que algunas descripciones de edificios, calles o espacios de Palma son adaptaciones de las del archiduque; la entrega de medallas (y diplomas) a los héroes del cólera es cierta (se entregaron el 20 de enero de 1866); la caracterización del fumadero de opio en casa de Biel se corresponde con la un establecimiento clandestino desmantelado por la Guardia Civil de Barcelona a principios del siglo XX (en esa época el consumo de opio ya era ilegal). Además, se me ocurrió que Benet fuera originario de Santanyí al descubrir en la prensa de 1865 dos crímenes escabrosos cometidos en aquella localidad. Por otra parte, el crimen del dueño de la botillería el 15 de marzo de 1866, que aparece en el epílogo, es real, y también son propias y verídicas la anécdota del despertar de Lucía en su infancia y la de «los huevos» de Guasch. Todavía oigo a mi madre reír a carcajadas ante la ocurrencia, pero… ¡juro que los huevos estaban «entre las piernas» del abuelo! Elektra y Satán eran los nombres de dos perros (dogos) de un tío de mi mujer…

Entre algunas de las pequeñas licencias que me he tomado en *Mala mar*, tenemos la del claustro de La Mercè, cuya cripta subterránea es de mi cosecha; la Guardia Civil residió allí desde el terremoto de 1851, cosa que obvio y, además, sitúo la escalera del campanario en la portada de la iglesia cuando en realidad no está allí. La morgue del Hospital General no estaba donde yo la ubico. La estructura de los edificios de Son Armadans es inventada (no sé si tenían *clastra*, como la *possessió* estándar) si bien la torre es real. El gran salón del Círculo Mallorquín estaba en desuso y pendiente de una importante remodelación en febrero de 1866 y no se arregló para celebrar un baile de máscaras. El archiduque describe dos tipos de balnearios diferentes cerca de la Porta des Moll (sin especificar el año exacto): unos con vestidor y una trampilla que accedía directamente al mar (desmontables) y otros con bañera de piedra y un sistema hidráulico para calentar el agua (permanentes). Yo los he integrado en uno solo.

La frase «Los pecados del hombre son tres: la carne, la carne y la puta carne» es de Guimerà, un antiguo profesor del instituto que entre

fórmula y fórmula nos enseñaba los aspectos cruciales de la vida adulta…

La descripción desoladora de Ciutat durante el cólera que hace don Pere d'Alcàntara Penya, y en la que habla de un padre que pide ayuda a gritos con un bebé en brazos, la firma don Rafael Palet y Villava en un folletín del *Diario de Palma* del 23 de octubre de 1865.

No describo con detalle Can Puig porque en el edificio actual (en cuyos bajos hay una *megastore* de H&M) no queda ni rastro de aquella mansión, mientras que el palacio del marqués de Vivot (Monumento Nacional desde 1973), del que sí incluyo descripciones, no solo sigue existiendo, sino que además se puede visitar y se encuentra exactamente igual que después de la gran reforma que llevó a cabo el primer marqués de Vivot entre 1683 y 1717: se conservan los muebles originales, cuadros, frescos, lámparas y demás objetos de decoración en la librería, la sala de armas, la sala de representación o los estrados. Las descripciones de Can Vivot son precisas gracias a las explicaciones y revisiones de Pedro de Montaner y Magdalena Quiroga, los actuales propietarios, a quienes no puedo estar más agradecido por su tiempo, su paciencia y su sabiduría. Desde aquí os animo a descubrir esta joya arquitectónica que es una de las protagonistas indirectas de *Mala mar*, así como a haceros miembros de la Asociación de Amigos de Can Vivot. (Yo ya lo soy).

El mensaje que ocultaba el título ya lo ha desvelado Lucía en el epílogo, y es que esta historia trata de Mallorca y del mar que la rodea, pero también de «amores descarriados», de falta de empatía y de arrepentimiento por los malos actos cometidos; no solo por parte de Coloma y Benet, sino también, en mayor o menor medida, por alguno de los demás personajes.

Y esto es todo, querido lector. En este punto, Riera levantaría de nuevo un dedo para soltar alguna rierada, y me huelo que podría ser algo así como «Solo hay dos tipos de personas, recuerde bien lo que le digo: las que han leído *Mala mar* y las que no…, y las segundas no son de fiar. ¡Tome nota! No son nada de fiar».

Muchas gracias por haber llegado hasta aquí. ¡Nos vemos en Menorca!

Agradecimientos

Que tengas en las manos este segundo libro con el sello de Plaza & Janés significa que el primero, *Isla negra*, tuvo una buena acogida. Y ese es mi gran agradecimiento. Mi sueño al escribir esa primera novela era doble: por un lado, quería crear una historia capaz de sumergir a los ibicencos en aquella Ibiza del pasado de la que nos hablaban nuestros abuelos y que era difícil de imaginar; por otro, aspiraba a armar una trama detectivesca (en un entorno desconocido como la Ibiza de 1864) que mantuviera en vilo a los lectores (con o sin vínculo con la isla) hasta el final. No sé con exactitud cuánto habré conseguido; lo que tengo claro es que me siento muy feliz con el resultado.

Os doy las gracias de todo corazón por involucraros tanto en la primera historia de Guasch y Riera, por hacerla vuestra, por hablar de ella, compartirla, recomendarla e incluso regalarla (en algunos casos muchas veces). Gracias por las incontables e incondicionales muestras de cariño, los ánimos y las felicitaciones (quizá inmerecidas, pero siempre muy agradecidas). Gracias a los familiares, amigos y conocidos, pero, también, sorprendentemente, a los desconocidos que se han puesto en mi pellejo de autor novel (cincuentón) y han compartido y disfrutado esta experiencia conmigo. Decía Andrés Montes que «la vida puede ser maravillosa» y sin duda lo es, ¿cómo si no catalogaríais que gente que no conoces de nada entre en tu vida de un día para otro y pase a ser importante para ti? Me refiero por supuesto a la extraordinaria familia literaria cuyas entrañas he empezado a conocer con la L de prácticas en la espalda: lectores, bloguers/bookstagramers, periodistas, correctores, editores, escritores, comerciales, directivos, libreros, distribuidores y organizadores (y colaboradores) de certámenes literarios. Gracias a todos por acogerme en este nuevo mundo y por regalarme esta vivencia inigualable. No

puedo ponerme a decir nombres porque no podría ser exhaustivo y luego lamentaría haberme dejado a alguno. Ya sabéis quiénes sois y lo agradecido que me siento.

¡Gracias a todos!

Y entre una cosa y otra: presentaciones, certámenes de novela histórica y negra, entrevistas, visitas a librerías, firmas de libros y charlas en clubes de lectura, pues me he *liao* y he escrito una segunda novela. Desde luego, en el proceso, desde la escritura de *Isla negra* hasta ahora, he aprendido muchas cosas que me han permitido trabajar de un modo más eficiente temas como la estructura, la documentación y el estilo. Los que estéis al tanto de las vicisitudes de *Isla negra* no entenderéis que haya pasado de escribir un libro en seis años a hacerlo en siete meses. No pasa nada: yo soy el primer sorprendido. ¿Cuál ha sido el secreto, entonces? Tiene poco misterio: meterle muchas horas, robarle tiempo a todo y a todos (a la familia, a los amigos) y al… ¿ocio?, ¿qué es eso?, descuidar cosas que debería haber hecho más a conciencia, acostarme a las tres y a las cuatro de la mañana a menudo y, en resumidas cuentas, apretar los dientes. ¿Ha valido la pena? ¡Por supuesto!

Gracias a Alberto Marcos y a Gonzalo Albert, mis editores, por confiar en mí no ya solo para este segundo proyecto, sino también para un tercero ambientado en Menorca que ya estoy empezando a maquinar. Gracias a Alberto por su sensibilidad y por sus sabios consejos, que me han permitido pulir y mejorar este manuscrito hasta convertirlo en el novela que tienes entre manos.

Gracias a todo el equipo de Penguin Random House y de Plaza & Janés, que de un modo u otro me acompaña en esta aventura: David Trías, Sofía Lecumberri, Marta Martínez, Aurora Mena, Silvia García, Pepa Benavent, Fran Hoyo y el resto de los comerciales y correctores, el equipo de Diseño y el de Marketing, y el *dream team* de la Oficina del Autor. Esto no deja de ser un trabajo en equipo: gracias a todos por vuestra ayuda.

Gracias a Pedro de Montaner y Magdalena Quiroga, historiadores y propietarios de Can Vivot, por haber tenido la amabilidad de abrirme las puertas de su casa, por su paciencia a la hora de explicarme el

funcionamiento de un palacio en el siglo XIX y por responder a mis (a veces demasiado minuciosas) preguntas. Confío en poder dar visibilidad a su casa y a cumplir su sueño de rehabilitarla y conservarla en el mejor estado posible.

Gracias a los bares que me han alimentado (y de qué manera) durante la creación de esta segunda novela; a los de *Isla negra* hay que añadir uno más en cuyas mesas (la 1 y la 2) he escrito muchas de estas páginas y comido muchas docenas de trifásicos: gracias a Edu y Adri y a todo el equipo de Es Cantonet.

Gracias a Maria des Pou y a María José Amengual por su humor, sus conocimientos y el tiempo dedicado al *road trip* de presentaciones de *Isla negra* (también por sus recetas y trucos de cocina). Gracias por haber sido unas excelentes lectoras cero de *Mala mar*, por sus consejos, explicaciones y correcciones. Gracias a Gemma Marchena y a Sonia Valiente por las respectivas presentaciones en Palma y Valencia. Gracias a Toni Serra y a Antònia Marquès por sus enseñanzas sobre Mallorca; a Helena Tur por su sabiduría y, sencillamente, porque ¡contigo empezó todo!; a las mosqueteras de Palma por acogerme en su seno; a Xabi Muñoz por aclararme el texto de Lucía en euskera y a Pedro Pablo Uceda por hacer la traducción al ubedí del breve diálogo del guardia civil de Ibiza con Riera; a Carlos Arias por mostrarme con paciencia el centro histórico de Palma del derecho y del revés. Gracias a Ana Mantilla y a Lucas Morán por hacer de conejillos de Indias con el primer borrador.

Gracias a todas las librerías y libreros que habéis recomendado el libro, gracias por seguir ahí en este mundo digitalizado, luchando contra las pantallitas y las maquinitas y las plataformas on-line.

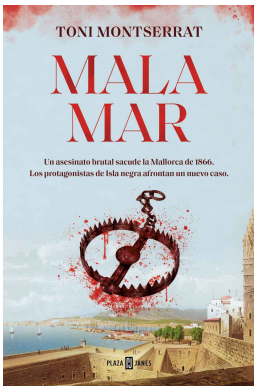
Gracias a mi familia, María, Mateu, Toni y Toya, por acompañarme en el proceso de uno y otro libro, por la paciencia, por el cariño y por acostumbrarse a tenerme en casa «sin estar del todo»; *us estim molt!* Gracias a mi padre, Toni Juan Ferrer (Toni Montserrat), por llevar un año con *Isla negra* en las manos y por tenerlo casi desgastado de tanto releerlo; gracias por su cariño y su ejemplo, por haber sabido aguantar sin verme mucho tiempo y por estar, a sus casi noventa y cuatro años, esperando impaciente y con la máxima ilusión a que se publique *Mala*

mar.

Y, por supuesto, gracias a ti, querido lector, por haber aguantado hasta estos párrafos finales, por haber invertido tu tiempo en una trama que espero que hayas disfrutado y que te haya permitido descubrir una ciudad fantástica en una época fascinante.

Gracias a todos… *i molta salut*!

Ciutat de Mallorca, 1866.
Los palmesanos se preparan para celebrar el carnaval tras superar una terrible epidemia de cólera cuando un brutal asesinato los sume de nuevo en la incertidumbre y el pánico.



Dos años después de los sucesos de Isla negra, Marc Guasch y Lucía Lequerica acompañan a Claudio, el hermano de Guasch, y a su esposa, Apolonia, en un viaje a la isla de Mallorca que coincide con el inicio del carnaval. En el baile de máscaras del jueves lardero organizado en el Círculo Mallorquín se codean con la aristocracia local y la élite del Gobierno. Pero lo que prometía ser una noche de fiesta y esparcimiento se torna en tragedia cuando una joven aparece muerta de manera violenta en un balneario del puerto de Palma, a los pies de la muralla. Guasch deberá lidiar con la reticencia de las autoridades locales para ayudarles a desentrañar el crimen.

Después del éxito de *Isla negra*, ambientada en Ibiza, Toni Montserrat continúa su serie balear y sitúa su nuevo thriller en la Mallorca del siglo XIX. Una trama policiaca adictiva y rigurosamente documentada que nos sumerge en una época desconocida de esta fascinante isla.

Toni Montserrat (Ibiza, 1974) es licenciado y máster en Administración y Dirección de Empresas por ESADE, y ha trabajado como consultor de negocios en Barcelona, Ciudad de México, Milán y Turín, donde también ha residido. Apasionado del arte, lector precoz, inquieto, curioso y emprendedor, se inició en la música siendo un niño, ha experimentado con la pintura y ha diseñado su propia marca de camisas durante quince años, pero ha sido en la literatura donde ha encontrado su verdadera vocación artística. Publicó su primera novela, *Isla negra*, en Plaza & Janés en 2023. Con *Mala mar* continúa su serie ambientada en las Baleares del siglo XIX.

Primera edición: junio de 2024

© 2024, Toni Montserrat
© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.,
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
Mapas: Nacho García Benavente

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Yolanda Artola
Ilustración de portada: © Rita Booh

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-03209-7

Compuesto en: www.acatia.es

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @plazayjanes
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Mala mar

Prólogo. Huye

Primera Parte

1. Ciutat
2. El baile
3. El balneario
4. Una bañera roja
5. Pere Pau
6. Brisa marina
7. ¡Pues disfrute!
8. Oportunidad
9. Quemar las naves
10. Muriendo
11. Guiñito
12. Ayuda
13. Refuerzos
14. Abordaje
15. Molestias
16. Telegrama
17. Éxito
18. Cómplices
19. Llegada

20. Encuentros y desencuentros
21. Ángel caído
22. ¡Cómo está el servicio!
23. Calaveras

Segunda Parte

24. Teresa
25. Amenaza
26. El vigía
27. Part forana
28. La feligresa
29. Lloseta
30. Un nuevo objetivo
31. Puesta al día
32. La verbena
33. Nueva partida
34. Puñetero
35. Lágrimas
36. El escondrijo
37. Reunión de equipo
38. Gigantes
39. Primitos
40. Sombra
41. Resaca
42. Humo
43. Corredores
44. Mastodonte

45. Unos cuantos nombres
46. Negocios
47. Lista negra
48. Colometa
49. Es dimoni
50. Desaparecido
51. Precipicio

Tercera Parte

52. Baño
53. El mismísimo diablo
54. Algo personal
55. Llueve sobre mojado
56. El cuidador
57. Un hombre insatisfecho
58. El señorito
59. Lácteos
60. Inhumano
61. Punto de situación
62. Homenaje
63. La celda y el zurdo
64. Polvo eres
65. Miquel
66. Muchos Biel
67. Llucmajor
68. Llaves
69. En busca y captura

70. Látigo
71. Rebato
72. Auxilio
73. Heroína
Epílogo. Sa Foradada
Dramatis personae
Glosario
Nota del autor
Agradecimientos

Sobre este libro
Sobre Toni Montserrat
Créditos